



UNIVERSIDADE DA CORUÑA

TESIS DOCTORAL

**"EL DEPORTE EN OCCIDENTE:  
Historia, Cultura, Política y Espacios."  
TOMO I**

**JOSÉ LUIS SALVADOR ALONSO**

**Directora  
Dra. M<sup>ª</sup> José Mosquera González**

**A Coruña, 2006**

## **TESIS DOCTORAL**

# **EL DEPORTE EN OCCIDENTE: Historia, Cultura, Política y Espacios.**

**Tomo I**

**José Luis Salvador Alonso**

**Directora: M<sup>a</sup> José Mosquera González**

**A Coruña, 2006**



**Dña. María José Mosquera González, Doctora en Ciencias de la Educación  
y directora de la Tesis Doctoral de D. José Luís Salvador Alonso cuyo título es:**

**"EL DEPORTE EN OCCIDENTE: HISTORIA, CULTURA, POLÍTICA Y ESPACIOS"**

**Hace constar que dicho estudio reúne a mi criterio los requisitos exigibles  
para su presentación, defensa pública y colación del grado de Doctor.**

**En A Coruña a 19 de enero de 2.006**

---

# **EL DEPORTE EN OCCIDENTE: HISTORIA, CULTURA, POLÍTICA, ESPACIOS.**

- **La definición: Durante la Cultura Clásica.**
  - **La recuperación y el juego en equipo:  
Durante el Período Preindustrial.**
  - **La reglamentación y expansión: Durante  
el Período Industrial.**
-

---

*Brindis: Por Andrés García y Amparo Bravo que me  
han dado lo mejor de sí mismos: un  
inmejorable pasado, un dulce presente y un  
inconmensurable futuro, además de la  
dignidad, el no rendirse y mantener el  
compromiso con los demás a través del arma  
más cargada de futuro, la poesía, único material de  
conocimiento verdaderamente humano y el  
único que puede responder a nuestras preguntas.*

---

---

## **Agradecimientos:**

A las magníficas traducciones llevadas a cabo, de las obras francesas, por Sofía Arrebola y Almudena García Bravo que no sólo traduce sino que corrige. A ese traductor del INEF de Galicia, Andrés Casado que como un ángel babélico planea sobre los textos más diversos sean en inglés, francés, alemán, latín o griego. A Olga García Serrano cuyas magistrales correcciones sacan del texto mis torpezas. A la infinita paciencia, buena disposición y sincera amistad de Iván Nuñez que le hace acudir siempre en ayuda de los torpes de la informática y del amigo. A González Valeiro por sus desvelos en ordenar mis desórdenes aunque sean en Macintosh. A los impagables ratos con Ricardo Gurriarán que hablando sobre la política y el hacer sociedad, me encarriló en la buena dirección. A los animosos consejos, visión enciclopédica y certeras indicaciones históricas de Herminio Barreiros, un entusiasta siempre positivo. A Vázquez Lazo, que puso a mi disposición sus "Citius...", un tesoro de la profesión, que todo entendido tiene que agradecer. A Eduardo Pinedo por su dedicación y las aportaciones de verdadero conocedor de la arquitectura deportiva. A José Andrés que tanto me ha puntualizado. A Carde que me metió en este lío. A Toni Ardá y Eduardo Blanco que me han distraído, con placentero éxito, de esta tarea tan laboral y laboriosa. Y por último a todos los estudiantes de educación física del INEF de Galicia, que con sus trabajos y desvelos han buscado y encontrado documentos, revistas y libros de gran valor para este modesto doctorando.

---

---

Introducción. ....	1
1. Presentación. ....	1
2. Análisis del problema. ....	5
2.1. El problema. ....	5
2.2. La respuesta cultural. ....	6
2.3. La respuesta lúdica. ....	8
2.4. La respuesta de la arquitectura. ....	10
2.5. La respuesta política. ....	11
2.6. Acotaciones al problema. ....	12
3. Estructura de la tesis. La forma del trabajo. ....	17
3.1. La base del argumento. ....	18
3.2. Exclusiones y obviedades. ....	20
3.3. Período clásico. ....	21
3.4. El período preindustrial. ....	22
3.5. La revolución industrial. ....	24
3.6. La expansión mercantil del fenómeno deportivo. ....	26
4. Objetivos del trabajo. ....	29
Notas: ....	31
Capítulo I. El Marco teórico. ....	33
El Marco teórico. ....	35
1. Objeto material de la tesis: El deporte en occidente su evolución socio-cultural y sus espacios lúdico deportivos. ....	36
2. El marco conceptual desde diversas interpretaciones de las ciencias humanas. ....	39
2.1. Teorías más sobresalientes sobre el origen del deporte. ....	39
2.2. El origen lúdico-festivo del deporte: Teoría de los Juegos. ....	41
2.3. Otras variantes de la Teoría de los Juegos. ....	52
3. Objeto formal de la tesis. La cultura como vehículo del juego y de los deportes. Contextualización de los deportes como inherentes a la cultura occidental. ....	59
3.1. Introducción. ....	59
3.2. El período clásico. Grecia. ....	60
3.3. El período romano. ....	67
3.4. La transición. ....	69
3.5. La antesala de los Juegos Olímpicos actuales. El industrialismo y las naciones. ....	72
Notas: ....	87
Capítulo II. La metodología. ....	89

---

---

1. La metodología científica. Breve análisis contextualizador: Introducción. ....	91
2. Teorías más destacadas, sobre los conceptos del deporte, desde el punto de vista de las ciencias sociales. ....	95
2.1. El deporte desde el funcionalismo. ....	95
2.2. Las sociologías figurativas. ....	96
2.3. El estructuralismo y el deporte. ....	97
2.4. Las tendencias socio-históricas. ....	98
2.5. Las aproximaciones interaccionistas. ....	100
2.6. Síntesis de las antítesis. ....	106
3. El problema metodológico de este estudio. ....	109
3.1. Metodología utilizada. ....	111
3.2. El planteamiento del trabajo. ....	122
4. Objetivos del trabajo. ....	126
Notas: ....	127

### CAPÍTULO III

#### PRIMERA PARTE. EL PERÍODO CLÁSICO: Grecia, Roma y Bizancio. La definición

del agonismo y sus espectáculos, su resolución en el espacio deportivo. ....

1. Grecia. El agón y su espacio para ser visto ....	133
1.1. Introducción. ....	133
1.1.1. Generalidades. ....	134
1.1.2. La génesis del deporte en Grecia. División en épocas. ....	138
1.2. Los agones, juegos y deportes helenos. Los míticos precedentes deportivos. Situados en los siglos oscuros y época arcaica. ....	143
1.2.1. La épica como referente. ....	145
1.2.2. La motivación de los agones. ....	150
1.2.3. Las polis (Anexo nº 2). ....	153
1.2.4. Origen de los Juegos. ....	155
1.2.5. La institucionalización de los agones. El período clásico. ....	160
1.2.6. Ceremonias y jornadas atléticas. ....	167
1.2.7. Las pruebas. ....	176
a) Las pruebas atléticas y sus complicaciones. ....	177
b) Las carreras (Dromos). ....	178
c) Los saltos (Halma). ....	181
d) Lanzamiento de la jabalina (Akóntisis). ....	183
e) Lanzamiento de disco (Diskema). ....	184



f) El pentatlón o las cinco pruebas (Péntathlon).	186
g) Las diversas formas de combates	187
1.2.8. Las pruebas del hipódromo.	191
1.2.9. Los dioses asistentes a las carreras: ¿Apostaban?	193
1.2.10. Otras actividades físicas.	198
1.2.11. Colofón a las actividades.	200
1.2.12. Otras cuestiones relacionadas con los agones.	204
a) El mito del gran fondo y los maratonianos.	205
b) Los Juegos femeninos	207
c) El mito de la paz olímpica.	208
d) Agones profundamente religiosos.	212
1.2.13. El lado económico de los Juegos.	213
1.2.14. El helenismo. La decadencia.	223
1.2.15. La expansión de los agones griegos.	229
1.3. El santuario-ciudad de Olimpia.	231
1.3.1. La localidad.	232
1.3.2. El santuario.	233
1.3.3. La descripción física del santuario.	235
1.3.4. Descripción de las instalaciones.	236
1.3.5. Evolución del estadio de Olimpia.	241
a) El estadio arcaico (siglo VI a.C.)	242
b) El estadio clásico temprano (siglo V a.C.)	243
c) El estadio clásico tardío (siglo IV a.C.)	244
d) Primer estadio romano (siglo II a.C.).	247
e) El segundo estadio romano. (siglo II).	248
1.3.6. La palestra.	249
1.3.7. El Gimnasio.	251
1.3.8. El Hipódromo.	253
1.3.9. Los otros Juegos.	255
a) Los juegos Píticos y sus instalaciones.	257
b) Los Juegos Ístmicos, el estadio y su complejo sistema de salidas.	260
c) Juegos Nemeos.	263
1.3.10. El mercadeo en los Juegos.	263
1.3.11. La cultura del agua: Los baños y los balnearios.	266
1.4. La vida cotidiana: Cuerpo y ciudad. Educación. Representación del cuerpo.	270
1.4.1. Cuerpo y ciudad.	272
1.4.2. Cultura y juegos.	279
1.4.3. El Agón como sistema de educación y adiestramiento.	280

a) El concepto de educación griego. ....	281
b) El programa. ....	282
c) El papel del gimnasio ateniense como centro educativo. ....	284
1.4.4. La educación espartana. ....	287
1.5. Las Polis griegas. ....	293
1.5.1. La polis como racionalización urbana. ....	295
1.5.2. La Atenas de Pericles. ....	296
1.6. Debate y conclusiones. ....	303
1.6.1. El griego y sus agones. ....	304
1.6.2. La individualidad griega. ....	305
1.6.3. La forma de relacionarse entre los griegos. La Política. ....	311
1.6.4. La relación de griego con su entorno. ....	317
1.6.5. El espacio deportivo en el mundo griego. ....	319
Notas ....	323
2. La magnificencia: Roma. ....	325
2.1. Introducción. ....	325
2.1.1. El Imperio. ....	328
2.1.2. El poder de Roma. ....	329
2.1.3. Importancia política del derecho romano. ....	330
2.2. Los juegos como política. ....	333
2.2.1. Los espectáculos como un instrumento político. ....	333
2.2.2. Panem et circenses. ....	334
2.2.3. Preocupación de los emperadores por los espectáculos. ....	335
2.2.4. Los espectáculos sustitutos de reuniones populares. ....	337
2.2.5. Aclamación a personajes. ....	337
2.2.6. Presencia y comportamiento de los emperadores en los espectáculos. ....	338
2.2.7. Peticiones y reclamaciones del pueblo durante los espectáculos. ....	341
2.2.8. Burlas e improperios contra los emperadores. ....	343
2.2.9. Manifestaciones políticas. ....	344
2.2.10. Etiqueta y forma obligada de vestir. ....	346
2.2.11. El coste de los espectáculos. ....	348
2.2.12. Carga sobre la clase senatorial. ....	351
2.3. Los juegos y los espectáculos. ....	353
2.3.1. Distintos festivales. ....	353
2.3.2. Las actividades de los ludii. ....	354
2.3.3. Las carreras de carros. ....	356
2.3.4. El escenario y el espectáculo. ....	357

---

2.3.5. La organización y las cuadrigas. ....	357
2.3.6. El espectáculo. ....	358
2.3.7. Tipos de carreras. ....	360
2.3.8. Aurigas y "facciones". ....	360
2. 4. La lucha de gladiadores en el anfiteatro. ....	362
2.4.1. Su origen y expansión. ....	363
2.4.2. El desarrollo del espectáculo gladiatorio. ....	365
2.4.3. Las venatorias o cacerías. ....	369
2.4.4. Las naumaquías o batallas navales. ....	371
2.4.5. Otros tipos de Juegos. ....	373
2.4.6. Los juegos en las termas. ....	375
2.4.7. El juego del teatro. ....	381
2.5. La capacidad constructiva de los romanos. Las instalaciones y equipamientos para los ludii. ....	384
2.5.1 Las instalaciones: Descripciones, funcionalidad y sus usos. ....	385
2.5.2. El anfiteatro: Precedentes. ....	386
a) El coliseum. ....	389
b) El Coliseo como símbolo de edificio político, público y espectacular. ....	390
c) Estructuras y medidas del Coliseum. ....	391
d). El Velarium. ....	395
e) La distribución de los espectadores. ....	396
2.5.3. El mayor edificio deportivo del mundo: El Circo Máximo. ....	398
2.5.4. Una civilización del agua: Las termas. ....	401
2.6. Aspectos de la vida cotidiana en la cultura romana: ....	411
2.6.1. La educación romana. ....	412
2.6.2. Los ejercicios en el campo de Marte. ....	413
2.6.3. La plebe. ....	414
2.6.4. Política y juegos durante la Roma republicana. ....	416
2.6.5. La política de la Roma Imperial: Pan y Circo ....	418
2.6.6. La acción política del pueblo en los "ludi". ....	420
2.6.7. Actitud de los cristianos ante los juegos. ....	426
2.7. Las causas de la llamada caída del Imperio: La economía. ....	428
2.7.1. Crecimiento y caída. ....	430
2.7.2. Los cristianos y su influencia en el Imperio. ....	434
2.7.3. La institucionalización del cristianismo. ....	435
2.8. Las urbs romanas. ....	437
2.8.1. El trazado de la ciudad latina. ....	440
2.8.2. Cuerpo y ciudad. ....	441

2.8.3. La ciudad como un recinto teatral. ....	444
2.8.4. Mirar y obedecer. ....	446
2.8.5. El foro romano. ....	448
2.8.6. Lectura del espacio deportivo de la Antigua Roma. ....	451
2.9. Discusión. ....	454
2.9.1. Comparación. ....	455
2.9.2. Fin y principio. ....	456
Notas ....	459
3. BIZANCIO: El imperio olvidado. ....	463
3.1. Introducción: Breve pasaje histórico y significaciones. ....	463
3.1.1. La labor de Constantino. ....	464
3.1.2. La soledad de Bizancio. ....	466
3.2. Las actividades físicas. ....	467
3.2.1. Las carreras de caballos y carros. ....	468
3.2.2. Las banderías en Constantinopla. ....	471
3.2.3. La rebelión del hipódromo o la insurrección Nike. Un ejemplo del uso político del estadio. ....	472
3.3. Las instalaciones deportivas: Termas e hipódromos. ....	476
3.3.1. Las termas. ....	477
3.3.2. Los hipódromos. ....	478
3.4. La vida cotidiana. ....	479
3.4.1. La regulación. ....	480
3.4.2. El esplendor. ....	481
3.4.3. La conversión en un estado medieval. ....	482
3.4.4. La decadencia. ....	483
3.5. El modelo de ciudad bizantina. ....	483
3.5.1. El factor económico en consolidación de las urbes orientales. ....	484
3.5.2. La ciudad de Constantinopla. ....	485
3.5.3. La representación corporal en el arte. ....	486
3.6. Aportaciones de Bizancio a la Cultura occidental. Conclusiones y discusión. ....	489
3.6.1. La conservación de la cultura clásica. ....	489
3.6.2. Los cambios técnicos en la caballería. ....	492
3.6.3. La aparición de la caballería como cuerpo determinante en las guerras. ....	492
3.6.4. Ocaso de la caballería bizantina y sus consecuencias. ....	495
3.6.5. Difusión de la Cultura Clásica y la caballería. ....	498
3.6.6. Las actividades físicas y sus instalaciones. ....	499
Notas: ....	501

TOMO II

CAPÍTULO III

PERÍODO PREINDUSTRIAL (De la Edad Media al siglo XVII)

Introducción	505
Notas	509

4.- LA EDAD MEDIA

4.1. Generalidades	511
4.1.1. Las fuerzas dominantes en la Edad Media: el feudalismo y la Iglesia	512
4.2. Las actividades físicas y deportivas en la edad media	516
4.2.1. Los juegos y distracciones en la Alta Edad Media	518
4.2.2. Las actividades físicas en los poblados primitivos	521
4.3. Las actividades físicas en la alta edad media	523
4.3.1. Los méritos de ser caballero	525
4.3.2. La caballería	527
4.4. Los juegos caballerescos	531
4.4.1. Torneos: Definiciones y suposiciones	532
4.4.2. Justas	571
4.4.3. Las otras modalidades de las luchas caballerescas: los desafíos y los duelos	576
4.4.4. El anhelo de una vida más bella: el mundo de la caballería cortés	581
4.4.5. Los pasos de armas	582
4.5. Caza y pesca	583
4.5.1. La caza	584
4.5.2. La pesca	592
4.6. El papel de la iglesia ante torneos y justas	592
4.6.1. Las reglamentaciones y prohibiciones	593
4.6.2. La Iglesia ante la caza y la pesca	596
4.7. Los torneos y justas en España	598
4.7.1. Juegos de cañas	599
4.7.2. Bohordos y quintelas	600
4.7.3. Correr sortijas	601
4.7.4. Los toros	602
4.8. Lo imaginativo y lo lúdico en la caballería	605
4.8.1. El espectáculo medieval	606
4.8.2. La decadencia de estas formas	607
4.8.3. Las evidencias del cambio	610
4.8.4. La caballería literaria	610

---

4.9. Prácticas corporales del resto de las sociedad medieval	612
4.9.1. Cualidades valoradas por las clases populares	612
4.9.2. Los ámbitos del juego popular	613
4.9.3. Las fiestas como motivación para realizar actividades físicas	614
4.9.4. La lucha	616
4.9.5. Tiro con arco	622
4.9.6. Los juegos de pelota y de balón	627
4.9.7. Juegos de pelota: el frontón, también llamado palma o paume	629
4.9.8. Las diferentes formas de balompié: hurling, chouie, soule, etc.	643
4.9.9. El control del poder sobre estos juegos	649
4.9.10. Balones en la cultura	650
4.9.11. Otros juegos de pelotas y balones	652
4.9.12. Patinaje y juegos sobre el hielo	654
4.9.13. Las actividades corporales en el ámbito rural	655
4.9.14. Actividades atléticas	656
4.9.14. Carreras hípicas y otros juegos de caballos	657
4.9.15. Los Juegos	658
4.10. Instalaciones	661
4.10.1. Juicios de Dios	662
4.10.2. El torneo	662
4.10.3. La expansión	665
4.10.4. Justas	666
4.10.5. Caza	669
4.10.6. Las celebraciones	670
4.10.7. Pesca	670
4.10.8. Los espacios de juegos	671
4.11. Los baños	672
4.11.1. La Edad Media, los orígenes de sus baños	673
4.11.2. Los baños cristianos	674
4.11.3. Los balnearios galaico-portugueses	676
4.11.4. Los baños árabes en España	677
4.11.5. La decadencia y persecución del baño	679
4.12. La fiesta en la edad media	680
4.12.1. Las fiestas cortesanas	680
4.12.2. Las fiestas populares	681
4.13. Cuerpo y ciudad	683
4.13.1. La ciudad os hará libres	683
4.13.2. El cuerpo compasivo	687

4.13.3. Ars Medica de Galeno .....	687
4.13.4. Palacio, Catedral y Abadía .....	689
4.13.5. Las piedras crean el cuerpo .....	691
4.14. Discusión .....	693
4.14.1. Una época llena de ganas de vivir .....	693
4.14.2. El espacio del juego en la Edad Media .....	698
Notas .....	701
5. SIGLOS XV, XVI Y XVII .....	703
5.1. EL RENACIMIENTO .....	703
a) Las posibles causas del Renacimiento .....	704
b) El redescubrimiento del cuerpo .....	706
c) El individualismo .....	707
d) El renacer de las ciudades-Estado .....	709
e) La aparición de un cierto humanismo .....	709
f) Las actividades populares urbanizadas .....	710
g) El idealizado modelo de un hombre universal .....	711
h) El modelo real del noble cortesano renacentista .....	713
i) Occidente asume su historia .....	715
j) La incipiente necesidad del reglamento y el control .....	716
k) Los condicionantes del Renacimiento .....	717
5.1.1. Las actividades físicas .....	718
a) Las fiestas como celebración deportiva .....	720
b) La esgrima .....	723
c) La danza .....	728
d) La caza .....	728
e) La equitación .....	730
f) Los juegos de pelotas y balones en el Renacimiento .....	733
g) El calcio .....	739
h) Otros juegos de bolas .....	742
i) Saltimbanquis y volatineros .....	744
j) Juegos de fuerza .....	745
k) Los juegos de azar .....	747
l) La montaña .....	749
5.1.2. La gran producción de páginas deportivas durante el Renacimiento .....	750
a) El humanismo educativo exclusivo de príncipes .....	751
b) La inusitada producción literaria sobre la educación física y el deporte .....	752
5.1.3. Los aspectos higiénicos, médicos y pedagógicos de la actividad física .....	758

a) El factor educativo del ejercicio físico	761
b) Vittorino da Feltre	762
c) Todo maestro tenía un método	763
d) ¿Realmente se avanzó?	766
e) Al menos, pensaron que se podía educar a través del cuerpo	767
f) Los grandes tratadistas	768
5.1.4. Discusión: el tratamiento del espacio en el humanismo y el Renacimiento	780
Notas	783
5.2. Siglo de Oro Español: XVI y XVII	785
5.2.1. Introducción	785
a) Una visión del Siglo de Oro	786
b) El deporte a través de los textos del Siglo de Oro	788
5.2.2. Las actividades físicas en el Siglo de Oro	791
a) Danzas y Bailes	792
b) Fiestas y actividades físicas caballerescas	795
c) Corridos de toros. La afición taurina	810
d) Corrales públicos de Madrid: planta, distribución y localidades	827
e) Caza	831
5.2.3. Actividades populares en el Siglo de Oro	823
a) Volatines	834
b) Voltear	834
c) Volteadores	835
d) Juegos moriscos	835
e) Tiro con honda	836
5.2.4. La literatura del Siglo de Oro y la actividad física	837
a) Reminiscencias Olímpicas	838
b) El juego de pelota	839
c) La caza	840
d) La pesca	841
e) Esgrima	841
f) La equitación	842
g) Torneos, juegos de cañas y de sortija	842
h) Los toros	842
i) Deportes diversos	843
Notas	849
5.3. El siglo XVII en Europa	851



5.3.1. Introducción	851
5.3.2. La literatura deportiva	853
5.3.3. Las actividades físicas	855
5.3.4. Discusión	860
Notas	862

TERCERA PARTE:

6. PERIODO INDUSTRIAL. El deporte en la sociedad contemporánea (S. XVIII, XIX y XX)	863
6.1. Introducción	865
6.2. Prolegómenos de la revolución industrial	868
6.2.1. Los enciclopedistas	868
6.2.2. La decadencia de la aristocracia y el decaimiento de las actividades físicas	874
6.2.3. La versión educativa e instructiva del deporte	875
6.2.4. Aspectos del deporte relativos a su proceso de evolución en Europa occidente	878
Notas	885
6.3. Gran Bretaña. Tierra de deporte	887
6.3.1. ANTECEDENTES	887
a) Contextualización histórica	889
b) Contextualización lúdico-social	892
6.3.2. Los deportes ingleses	898
a) Carreras de caballos	898
b) Las carreras pedestres	906
c) Combates de espadas, luchas y peleas a puñetazos: el boxeo	912
d) El golf y el críquet	930
6.3.3. La aparición del deporte en las escuelas británicas	931
a) El deporte en los colegios y universidades	933
b) Thomas Arnold (1795-1842)	937
c) Descubrimiento y organización de los deportes de campos grandes	944
6.3.4. La extensión del deporte inglés: sus fundamentos y condicionantes	951
a) La aparición de las grandes urbes	952
b) La oposición religiosa y el uso de los días de fiesta	952
c) La necesidad de la cuantificación y cualificación deportiva	953
d) Los hándicaps	954
e) Las apuestas	955
f) La necesidad del reglamento	962
g) El ajuste a las características de los participantes	964

h) La universalidad del sistema de medidas deportivas	965
i) La creación de industrias y negocios deportivos	966
j) El patrocinio del deporte inglés	967
k) Los principios aristocráticos del deporte inglés	968
l) La creación de reglas excluyentes: el amateurismo	972
m) Mujer y deporte inglés	988
n) El racismo anglo y el deporte	991
ñ) Deporte y estimulantes en Inglaterra	993
o) Influencia de los deportes en Gran Bretaña. Su difusión en el mundo	995
p) Discusión	996
Notas	997
6.4. El genuino deporte de Estados Unidos	999
6.4.1. Introducción	999
a) Contexto histórico y social	999
b) Los inicios del deporte norteamericano	1000
c) El origen inglés del deporte americano	1001
d) Las influencias centroeuropeas	1003
6.4.2. Las actividades físicas	1003
a) La competitividad del deporte americano	1004
b) Juegos de balón puramente norteamericanos	1005
c) El béisbol como deporte nacional norteamericano	1006
d) El récord: otro producto norteamericano	1008
e) El caballo de carreras	1010
f) Las modalidades de lucha	1011
g) Un caso del ciclismo americano	1012
h) El deporte universitario norteamericano	1013
i) YMCA: hacia el deporte urbano	1018
j) La proyección social del deporte universitario	1023
k) El deporte de las clases trabajadoras	1024
l) La supremacía americana en el deporte de principios del siglo XX	1027
6.4.3. Sociedad y deporte	1028
a) Las restricciones de los puritanos	1029
b) El deporte como signo de una sociedad emprendedora	1030
c) Las exclusiones: mujeres, grupos humanos de razas no blancas y trabajadores	1031
d) La violencia deportiva	1043
6.4.4. La expansión del sistema norteamericano. Las causas de su éxito	1045

a) La expansión de su modelo de vida, sus juegos y sus deportes	1046
b) El ferrocarril como agente expansivo del deporte	1048
c) Los sistemas de información	1050
d) La mercantilización del material deportivo	1063
e) Discusión	1066
Notas	1071
6.5. Centroeuropa. El otro gran modelo deportivo, la educación física o el deporte educativo	1072
6.5.1. El contexto político	1072
6.5.2. Los literarios inicios del deporte educativo germano	1075
6.5.3. Johann Bernhard Basedow (1723-1790)	1076
6.5.4. Johann Friedrich Guts Muths (1778-1839)	1079
6.5.5. Henrich Pestalozzi (1746-1827)	1081
6.5.6. Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852)	1082
6.5.7. La evolución de los Turner hacia la educación física	1093
6.5.8. Los puntos de contacto entre los dos modelos deportivos	1096
6.5.9. Las diferencias entre los dos modelos deportivos	1097
6.5.10. Los cambios políticos de los Turner	1099
6.5.11. El cambio del Turner al deporte	1103
6.5.12. La deportivización de la gimnasia y los juegos alemanes	1107
6.5.13. Hacia la politización del deporte	1109
6.5.14. Un ejemplo: Hitler y el deporte	1112
6.6. Otros pueblos centroeuropeos	1130
6.6.1. Chequia	1130
6.6.2. El Imperio Austrohúngaro	1133
Notas	1137
6.7. Los países nórdicos	1139
6.7.1. Introducción	1139
a) Una reseña política	1141
b) La contextualización de los Países Nórdicos en el deporte	1142
6.7.2. Pehr Henrik Ling (1776-1839)	1144
a) El Real Instituto Central de Gimnasia	1145
b) La gimnasia sueca	1146
c) El método de Ling	1147
d) Crítica al método sueco	1150

---

6.7.3. Evolución y expansión del método Sueco y sus discípulos	1151
a) Elin Falk	1152
b) Mayor Thulin	1153
c) Elli Bjoerksten	1154
d) Niels Bukh	1155
Notas	1157
6.8. Francia. La culturización y mecanización del deporte	1158
6.8.1. Introducción	1158
6.8.2. La gimnástica francesa	1159
a) Francisco Amorós (1770-1848)	1159
b) Los continuadores y derivaciones de Amorós: Georges Hébert	1161
c) Rítmica y danzas	1161
d) La escuela militar de Joinville	1162
e) La fase francesa de la gimnástica	1162
6.8.3. Los inicios del deporte francés	1163
a) Los deportes mecánicos	1165
b) El ciclismo	1165
c) El aspecto cultural del deporte francés	1168
6.8.4. Coubertin (1863-1937)	1171
Notas	1181
6.9. El deporte de estado y los modelos emergentes	1182
6.9.1. Introducción	1182
a) La Unión Soviética	1184
b) Alemania Democrática	1189
c) Asia	1192
d) África	1194
6.10. Cuerpo y ciudad en el festival industrial	1195
6.10.1. Arterias y venas modernas	1198
6.10.2. Comodidad	1200
6.10.3. La silla y el carruaje	1202
6.10.4. El café y la taberna	1203
6.10.5. Los espacios sellados	1207
6.10.6. La virtud de l desplazamiento	1208
6.10.7. Centro y periferia	1210
6.10.8. Cuerpos cívicos	1214

6.11. El espacio urbano desde el siglo XVII hasta el XX	1219
6.11.1. La Olimpiada industrial en Atenas, 1896	1219
6.11.2. El racionalismo	1220
6.11.3. La Segunda Guerra Mundial	1223
6.11.4. Urbanismo y diseño	1226
CAPÍTULO IV. A MODO DE CONCLUSIÓN O COROLARIO	1229
Introducción	1231
1. Los factores de expansión del deporte moderno	1232
1.1. Ampliación del tiempo libre	1233
1.2. La reducción del espacio: el transporte	1234
1.3. Las mejoras sociales	1236
1.4. La demografía y la juventud	1237
1.5. El papel de la juventud	1238
1.6. Apuestas y deporte	1239
1.6.1. Las apuestas en los juegos rurales	1240
1.6.2. Las apuestas en las carreras de caballos	1241
1.6.3. Las apuestas en los demás deportes	1241
1.6.4. Los intereses en el juego de la prensa	1242
1.6.5. El puritanismo contra las apuestas	1243
1.6.6. La intervención del estado	1244
1.7. Ciencia y tecnología	1245
1.8. Las instituciones	1247
1.9. El deporte como un modelo de progreso constante	1249
1.10. La motivación para vencer obstáculos	1250
1.11. La marca del industrialismo deportivo	1252
1.12. El deporte como compensación del urbanita	1254
1.13. El deporte existe, múltiple y diverso, en la sociedad de consumo	1256
1.14. La presión urbana lleva a organizar las actividades callejeras, los juegos, para convertirlos en deporte	1257
1.15. El efecto de los transportes sobre el movimiento de los humanos	1259
1.16. La compensación a la especialización laboral	1260
1.17. El deporte como parte de la industria del ocio	1261
1.18. La imagen corporal	1263
1.19. El nacionalismo deportivo	1263
1.20. La captación de los jóvenes	1265
1.21. Sectores marginados	1266
1.22. El deporte escolar	1267

1.23. Religión y deporte	1268
1.24. La mercantilización del deporte	1269
1.25. La politización como paso previo a la mercantilización	1271
1.26. Los efectos de la profesionalización	1275
2. Interpretación del deporte: Situaciones, protagonistas, sus problemas y sus virtudes	1279
Introducción	1279
2.1. De los juegos agropecuarios a los industriales	1285
2.1.1. La invención del deporte vertical o urbano	1286
2.1.2. El camino al graderío y al espectáculo urbano	1288
2.1.3. El carácter agrícola del deporte sobre hierba	1288
2.1.4. El lento cambio a la postmodernidad	1290
2.2. Revolución histórica, del deporte aficionado al profesional	1291
2.2.1. El deporte es el sustituto del juego	1292
2.2.2. El amateur	1294
2.2.3. Los falsos problemas morales	1296
2.2.4. La realidad de una cierta ordinariedad aristocrática	1298
2.2.5. La erradicación del clasismo amateur	1305
2.3. Los profesionales del deporte, son los grandes actores del mayor espectáculo del mundo	1309
2.4. Los promotores del espectáculo deportivo, las rivalidades y los prestigios	1311
2.5. Los aficionados	1313
2.5.1. La hinchada	1315
2.6. El árbitro, la viva combustión del deporte	1316
2.7. Etapas del cuerpo productivo	1322
2.7.1. El cuerpo como base del deporte	1323
2.7.2. El pánico al ataque. El miedo a perder parte del negocio	1330
2.7.3. Lo importante es ganar. Los cálculos del negocio	1332
2.7.4. Decadencia y agonía del número deportivo	1334
2.8. El deporte y los medios de comunicación	1338
2.8.1. La prensa escrita	1339
2.8.2. La radio	1341
2.8.3. La televisión	1341
a) La cosmética de la televisión	1344
b) Crítica deportiva a la televisión	1352
2.9. El gigantismo del sistema	1356
2.10. El nacionalismo en el deporte	1359
2.10.1. El deporte como fenómeno planetario y nacionalista a la vez	1361
2.11. Los problemas también están en el deporte	1361

---

Notas .....	1369
3. Conclusiones sobre las instalaciones deportivas .....	1373
Introducción .....	1373
3.1. Espacio deportivo, ya está descrito en la Iliada; siglo XII a.c. ....	1374
3.2. El deporte escolar y sus instalaciones de juego en las clases alta británicas .....	1385
3.2.1. La construcción elitista de los clubs .....	1388
3.2.2. Las diversas evoluciones espaciales y reglamentarias del fútbol y del rugby .....	1389
3.2.3. Los primeros campos de fútbol .....	1391
3.2.4. Los cambios en las estructuras del cambio .....	1395
3.3. La seguridad en los estadios .....	1398
3.4. El estadio moderno .....	1399
4. Conclusiones .....	1407
4.1. Conclusiones generales .....	1408
4.2. Conclusiones por épocas .....	1409
5. Líneas de investigación futuras .....	1415
 BIBLIOGRAFÍA .....	 1417
 Anexos (ver CD)	

# Introducción.

## 1. Presentación.

*La mer, la mer, toujours recommencée!  
O récompense après une pensée  
Qu'un long regard sur le calme des dieux!*  
(Paul Valéry. "Le cimetière marin". I)

Es fácil ver, suponer y probar que un trabajo de investigación histórica hunde sus raíces, sus motivos y sus porqués, tanto las más profundas como las más superficiales, en la experiencia personalísima de quienes se meten en esta peripecia académica. La tesis es, para cualquier doctorando, un esfuerzo y un recorrido variado, multiforme, comprometido, pluridisciplinar, evocador de experiencias y que parece que nunca va a cerrarse (CARDOSO, 1977; 2000). No obstante deberíamos ponerle un origen definido, el deporte en occidente, un desarrollo que fluctuase entre mejores y peores páginas y un final o conclusión que, sin ninguna duda dejará colgando, del laborioso tapiz tejido, aquellos hilos que nos permitan, más adelante, volver al trabajo investigador. Podemos decir que una tesis es como uno de esos juegos laberínticos, estilo rayuela, la oca o el lácteo Camino de Santiago, en los que tendremos que realizar un recorrido afanoso y lleno de altibajos para llegar siempre a un final simple y sabido. Es un juego iniciático (COX, 1972).

La tesis, para quien tuvo una vida de inquietos interrogantes y búsquedas, es una pregunta lanzada al encuentro de respuestas que se basan, lo más posible, en el método científico y, creemos, en las propias convicciones a la hora de analizar el pasado. Pensamos que ningún compromiso con la Historia es una denominación adjetiva o accidental de la experiencia vital de los autores (CARDOSO, 2000), porque sumergirse en las exigencias metodológicas de una tesis es algo más íntimo o entrañable que otro tipo de dedicaciones o consideraciones de orden pasajero; es una forma personal, cualificada y sustancial de cómo hemos ejercido la profesión.



Justificar una tesis como esta es evidenciar convicciones, seguridades e inseguridades, es comprometer en público las certezas, las ideas y las experiencias acerca del concepto cultural que damos al espacio y a la instalación deportiva. Quedándonos así conjugadas y asociadas, de entrada, las claves que nos permitan interpretar la espacialidad vinculada al fenómeno deportivo, recogiendo, por otro lado, las respuestas ajenas a la propia constatación personal, de ese mismo hecho, que percibimos por el testimonio, también fundado, de los otros.

El deporte, la instalación deportiva y sus usos, el espacio del juego y del deporte, ha sido objeto por nuestra parte, de una atención profesional desde hace muchos años. Vivimos, ese espacio deportivo, quizá de un manera inconsciente, en la práctica deportiva a través de lo que Pociello llamó "*deportes de pasillo*" (1981, 32), como el remo y el atletismo o los deportes de equipo, en espacios abiertos, con hierba, reglamentados y retocados como el rugby y en naves industriales o pabellones deportivos como el baloncesto.

El ejercicio de entrenador de remo, rugby y baloncesto, así como de profesor de educación física en los diversos niveles de la enseñanza, desde la EGB al bachillerato, nos enseñó a valorar el factor campo, sus orientaciones y la importancia del estado del suelo en instalaciones casi siempre descubiertas. También anotamos que una instalación deportiva dotada o amueblada de una forma concreta condiciona y propicia determinadas respuestas de los alumnos (CAILLOIS, 1957; PIAGET, 1976) y el asombro aflora de una manera normal cuando comprobamos cómo usan los niños, de forma simultánea, el único espacio que se les proporciona en los recreos escolares, sobre los que realizan diversos juegos, múltiples partidos entre equipos diferentes y tareas físicas simultáneas (1). Es decir, los niños logran abstraer sus espacios de juegos de las otras realidades envolventes (DURAND, 1971; ÁLVAREZ, 1973; TONUCCI, 1997).

Durante los años finales de los sesenta y toda la década de los setenta, la

inclinación a participar en los movimientos sociales que reivindicaban la calle como espacios de libertad, lúdicos, de participación y de socialización, desde los poetas (CELAYA, *Cantos Iberos*, 1955) a los sociólogos (LEFEBVRE, 1971 y 1984), nos hicieron atender a la problemática política de la provisión de suelo para dotar de servicios a los ciudadanos interesados en el deporte (FOURQUET, 1978; FRAILE, 1980). Aquellas peticiones se hicieron a través de manifestaciones de todo tipo por parte de las organizaciones democráticas: ciudadanas, culturales, sanitarias, educativas y, cómo no, deportivas: mediante carreras populares, días de la bicicleta, del patín, el deporte en la calle (partidos de baloncesto, balonmano, balonvolea, fútbol...).

Desde esos movimientos surgieron hitos deportivos como el maratón de Madrid y otros muchos actos deportivos que se celebraron y celebran por las calles de nuestras ciudades; como "El día de la bicicleta", que en algunas urbes ha logrado apoderarse, aunque sea en las escasas horas de la mañana de un día cualquiera, de la calle (GARCÍA FERRANDO, 1990 y 1995).

En los catorce años siguientes las tareas laborales nos situaron en los ayuntamientos, la institución más cercana al ciudadano, con áreas de servicios que intentan solucionar los problemas de sus habitantes: entre otros, los derivados de la educación y los deportes.

En esa fase nos acabamos encontrando al otro lado de las demandas de los espacios deportivos en su estado más elemental y comprobamos cómo funcionan las organizaciones y sus formas de trabajo para producir esos espacios deportivos (TROUVE, 1975). Nos familiarizamos con los métodos de planeamientos, los costes de las instalaciones y eso tan misterioso, desde el punto de vista científico, que se llama "voluntad política" y que tanto tiene que ver con la materialización del espacio deportivo y su equipamiento (PUIG, 1982).

Mientras, las instituciones, de manera sibilina, como nos recuerdan desde Brohm (1982), Rigauer (1981), Meana (1992) y Mason (1994), pasando por la claridad

de Elías y Dunning (1992), hacen del estadio un laboratorio social, en el que se ensayan las técnicas de observación y control de los ciudadanos (MEANA, 1992). La instalación, según deducimos de nuestras lecturas, es donde se concreta la institucionalización del juego, el lugar donde lo lúdico y festivo desaparece para instalarse el deporte controlable, medible y reglamentado por los poderes.

Creemos pertinente mencionar también nuestra actual actividad docente, después de un cierto paréntesis dentro de la política institucional, en el *Instituto nacional de educación física de Galicia*, ahora Facultad de deportes de la Universidad de La Coruña, así como en otras instancias menores: congresos, cursos, conferencias, actividades formativas de las federaciones, etc. Esta última faceta profesional es la que nos obliga a sistematizar y organizar el material acumulado que podríamos considerar como una asignatura: gestión e instalaciones deportivas.

## **2. Análisis del problema.**

Según Venturi (1972), Giedion (1978), Rossi (1989) y otros autores del mundo del diseño de edificios, parece evidente, dentro del fraccionamiento de tareas y conocimientos a que nos somete el sistema ideológico imperante, que al técnico en deportes, al enseñante, al especialista en cultura, incluso al arquitecto e ingeniero, más colaboracionista por proximidad y necesidad con éste, nos corresponde un papel de oyentes, escuchas, de lo que el sistema desea y marca. Tenemos que ser *positivos* respecto al marco donde se materializa nuestro trabajo, nuestra práctica; además tenemos que ser capaces de aportar soluciones a sus problemas (ROJAS, 1992), consecuencia lógica del objetivo final de la especialización: materializar los espacios deportivos en lo funcional y en lo estético (REMY, 1981).

### **2.1. El problema.**

La palabra instalación evoca e invoca un tipo de recinto que describimos con múltiples adjetivos, tantos como exigencias sociales se pretendan satisfacer con ella (FOURQUET, 1978). La instalación deportiva puede que tenga el aura de lo clásico (MANDELL, 1986), aunque el deporte sustantivo nace en medio del industrialismo decimonónico victoriano y de la mano del romanticismo alemán (BERNAL, 1993), el cual miraba hacia atrás con más literalidad y añoranzas de glorias nacionales, que de cotidiana realidad (TUSELL, 1999). Sin embargo para nosotros, el espacio del juego, un tema poco o nada estudiado, tiene su poética y su encanto: es un lugar próximo a lo mágico, forma parte de lo irracional y de lo dionisiaco, es donde florecen los encuentros, donde aparecen los amigos, los camaradas, donde se realiza un importante trabajo de ritualización social y formativo (GÓMEZ de LIAÑO, 1990; GOMBRICH, 1998). Ese espacio es una especie de gozo en la cotidianidad de la infancia (2) y como tal asume ciertas cualidades reflejadas en los deseos de continuar siempre en el espacio del juego, es por tanto multiforme y polimorfo, no es uno, son

muchos y todos, cualquier espacio puede ser un terreno de juego (GÓMEZ de LIAÑO, 1990), incluso una instalación deportiva.

Porque todos sabemos que una instalación deportiva, no es más que el lugar apropiado y acondicionado para la práctica de uno o varios deportes (HAUMONT, 1983; HERNÁNDEZ, 1992). Las instalaciones son muchas, aunque las N.I.D.E. (normas para instalaciones deportivas y de esparcimiento) nos las sistematizan en tres apartados: campos grandes, campos pequeños y piscinas, subdividiendo todos en cubiertos y descubiertos (N.I.D.E., 1980). Pero insistimos con Haumont en sostener que, aun así, son muchas, tantas como motivos impulsan a los ciudadanos a ir a una instalación deportiva: placer, gloria, diversión, soledad, salud, necesidad de ludismo ancestral, reconocimiento, belleza, distracción, felicidad lúdica, etc., y es posible que el ciudadano participe a la vez de varios de estos atributos y compromisos (HAUMONT, 1979).

En otro orden de cosas, la instalación deportiva va quedando relegada en el inconsciente a un lugar en el que en algún momento hemos estado como espectadores o como jugadores, pero en realidad, es un sitio al que no le damos mucha importancia (LEFEBVRE, 1976).

## **2.2. La respuesta cultural.** (Anexos 12,13 y 14)

La literatura habla poco de estos recintos y si lo hace, lo hará de pasada y desde el pasado, como soporte de una actividad, de un acto, de una hazaña (HESSE, 1967; BERGER, 1968; BETANCOR, 1991). El cine tampoco nos da pistas, sin olvidar la inigualable *Olympia* (RIEFENSTAHL, 1936) o la emblemática *Carros de Fuego* (HUDSON, 1981) que se abre con una bellísima escena de un grupo de atletas corriendo, entre los acordes de la ya famosa cinta sonora de Vangelis, por una playa. Vemos, una y otra vez que el marco, la instalación, es la arena, el mar al fondo, un mar distinto y a la vez igual al que presenció los juegos fune-

rarios de Patroclo; también sobre el arenal de una playa situó Homero la más antigua descripción de competición deportiva que tenemos en Occidente (Ili., cant. XXIII). Aquel espacio, sólo suelo y distancias o un punto de apoyo y movimiento, nos lo presentan como soporte de un rito o como simple lugar de entrenamiento, recordándonos en todo momento que el espacio de juego posee cierta sacralidad (BRIAKEL, 1944; CAILLOIS, 1950; AMSLER, 1958; DIEM 1960; BROHM, 1981; ANDRIEU, 1989) y además es un espacio de libertad, como corresponde a la confluencia de la naturaleza entre la mar y la arena (3). De estos valores sociales del deporte es de lo queremos hablar. Sin embargo, nuestros conocimientos sobre las instalaciones, se mantienen en la esfera de lo descriptivo, lo analítico y lo hermenéutico (GADAMER, 1998).

Ortega en su ensayo *El origen deportivo del estado* nos propone tres etapas infantiles: en la primera el infante juega solo; en la segunda aparece otro niño, que no tiene más papel que el de espectador, está allí para verle jugar. Tras ésta viene una última etapa, próxima a la pubertad, durante la cual irrumpe en la vida del niño todo un grupo de muchachos que juegan con él y en cuyo enjambre se sumerge su individualidad (ORTEGA, 1976).

Sabemos que existen dos tipos de ciencias, naturales y sociales, teniendo muy en cuenta que todas son humanas, por ahora. Los estudiosos del mundo griego nos aclaran: "primero está la religión y luego aparece la ciencia: mito y logos" (MOREY, 1981, 12). Cuando el humano comprende que nadie le mira, es cuando se desnuda y juega. Se desnudan los dioses, las vírgenes, los niños, los ancianos y los atletas. Desnudos juegan en un espacio que, desde el mito, llamamos Eden-Naturaleza (ANDRIEU, 1989). Cuando de nuevo aparece la religión-poder-control, todos se visten, creando la moda y las clasificaciones sociales (MOLTMANN, 1981; VERDÚ, 2000); el juego se convierte en deporte reglamentado y luego federado en una imitación de la organización industrial y el Eden

o espacio de juego lo convertimos en productivo (MEANA, 1990), lleno de ángulos rectos, calles, cuerdas medibles y piscinas homologadas (4).

La historia y evolución del deporte, sus formas y sus espacios de juego, después instalación deportiva, es la historia del Juego que necesita ese terreno, y la historia evolutiva del deporte es la historia del que lo hace. En esto seguimos muy de cerca las tesis de Simmel (1970), Ortega (1939), Sennet (1997), Moles y Rhomer (1972), Veblen (1987) e incluso Foucault (1968): las prácticas deportivas comienzan siendo de los nobles, señores y aristocratas, cuando las clases artesanales, mercaderes y trabajadores en general acceden a ellas, los aristos las abandonan para buscarse otras más excluyentes y exclusivas (VEBLEN, 1987; RIUS, 1992). El poderoso no se aviene a jugar (a pesar de que Cagigal en sus clases nos impartía lo contrario y Montherlant escribió un bello libro *Las olímpicas* (1983) en el que defendía esa teoría) con el trabajador (VEBLEN, 1987).

Desde los tiempos de la cultura griega, en que los hombres jugaban desnudos a hoy, hemos inventado la transparencia, influenciados por la imagen: cine, televisión, vídeos, revistas. El deporte, hoy día, es un producto del mercado: aprovechando que nadie mira, jugámos a través de la mirada. Nuestro deporte es mirar y la instalación para ejercitarnos desde la mirada es un televisor (VERDÚ, 1980; SALVADOR y MARCAIDA, 1997).

### **2.3. La respuesta lúdica.**

El deporte-juego se mantiene vivo, a pesar del mercantilismo que lo ha convertido en un valor de compra-venta, por la necesidad ancestral que tiene el ser humano de jugar (DUVIGNAUD, 1982). El juego es, para nosotros, el grado cero del deporte, de la misma manera que podríamos convenir que el dibujo es el inicio de la pintura. En el juego el espacio es abstracto, cambiante y variable. Cuando se convirtió en juego "tradicional" (siempre nos hemos pre-

guntado, si es JUEGO, cómo puede ser tradicional. La simple lectura de *Gargantúa* (RABELAIS, 1992) o la visión del cuadro de Bruhegel *Los juegos*, lleva a una pregunta, sobre el papel, inmediata: ¿cambian los juegos, sobre el espacio y sobre el tiempo?) fue moldeando el espacio sobre el que se desarrollaba, hasta hacerlo edificio y el deporte lo fijó finalmente en arquitectura (VENTURI, 1979) y monumento.

Sin embargo, en nuestro días de deporte mercantil, la instalación ha ido dejando de ser arquitectura, como la pintura dejó de ser dibujo, para ser un virtual contenedor social (BROHM, 1976; RIGAUER, 1981; MEANA, 1990). El juego, aún presente en los humanos, sigue siendo la realidad interior de una arquitectura "renacentista" en su sentido más amplio, en ese sentido que tienen las grandes plazas de las ciudades mediterráneas, herederas del ágora y del foro (ALBERTI, 1975; MERCURIALIS, 1970).

Como vemos el espacio deportivo es mucho más que el simple lugar del juego, es una representación edilicia en la que, no sólo las determinadas épocas se expresan, sino que aparecen símbolos e interpretaciones políticas (LEFEBVRE, 1976 y 1984; BEAULIEU, 1977; FOUCAULT, 1978; SPEER, 2000).

Las preguntas que nos podamos plantear en torno a la instalación, la arena, el graderío, los palcos, los vestuarios, etc. van a estar presentes como referencias constantes, cuando no de manera explícita, participando en un conocimiento más universal del deporte, la cultura, la política y la historia (BARREAU, 1991); haciendo, por tanto, más comprensivo el fenómeno del equipamiento deportivo en las sociedades occidentales; moviéndose nuestra investigación en aspectos indagatorios sobre los modelos de campos y planteando en qué medida, a través de la función o funciones que ejercen, pueden ser considerados como equipamientos políticos, que asumen ciertas características engarzadas con el poder (BOLLNOW, 1969; BEAULIEU, 1977; SPEER, 2000). Los equipa-



mientos tienen la capacidad de convocar grandes masas, son lugares de “des-represión” social, también de represión política, según geografías o sistemas de gobiernos (RIGAUER, 1981; BROHM, 1978 y 1982; SÁNCHEZ FERLOSIO, 2000), aunque otros autores nos hablen del proceso civilizador del deporte (ELIAS-DUNNING, 1992), sin tener muy en cuenta, a nuestro juicio, el papel del espectador que con su presencia politizan el acto deportivo, en el sentido que, en los pueblos griegos, dieron al término política, y ese espectador es el que ha moldeado la instalación a su acomodo, siempre en contraposición a los mercaderes y al poder político que les “acomoda” (HERNÁNDEZ, 1992).

#### **2.4. La respuesta de la arquitectura.**

Según Guattari (1991), la función de los equipamientos colectivos es la de producir ciudad, aunque en realidad esta idea ya está plasmada en el urbanismo de las ciudades romanas y bizantinas (CHUECA, 1991): las instalaciones para los espectáculos lúdicos separaban y protegían las dependencias oficiales y palaciegas de los edificios de la urbe que acogían la vida cotidiana (VITRUBIO, 1974). Este efecto se ve en los planos de la Roma antigua, en Constantinopla y, como ejemplo cercano, en las reproducciones de la ciudad de Tarraco, en Cataluña.

Ésta es otra función que los arquitectos enarbolan una y otra vez desde que Venturi (1972) y algo después Rossi (1975) lo planteó durante la construcción del *Giusepe Meazza* de Milán, y así parece que ocurrió en Barcelona (HERNÁNDEZ, 1992) y en Sidney; los edificios deportivos son usados como piezas estructurales del urbanismo de la ciudad, como un elemento organizador de la trama urbana y, por tanto, político. Las instalaciones, sean monumentales estadios, palacios de los deportes o simples polideportivos de barrio, son los foros del ir y venir cotidiano, señalan los diferentes recorridos ciudadanos y se comportan como un hito urbano, como apuntaba Lefebvre de los monumentos (LEFEBVRE, 1976): todo el mundo sabe en Coruña lo que significa *Riazor*, en

Barcelona el *Nou Camp* o en Soria *Los Pájaritos*. Las instalaciones marcan los espacios en los que vivimos y nos amontonamos, a través del sistema de relaciones que crean las distintas funciones que completan las necesidades de los ciudadanos. Esta capacidad de moldear la ciudad y por extensión a los transeuntes es su principal cualidad y curiosamente su representación formal, siempre financiada con dinero público, tiende a hacerse identificable e incluso, en ciertos casos, representativa de la ciudad, el pueblo o el barrio, y es desde estos aspectos donde la instalación nos interesa. Aún cabe otra particularidad, ciertas instalaciones se han convertido, no sólo en hitos espaciales, sino también temporales (LEFEBVRE, 1976), en la medida en que obras como el Coliseo, las Arenas de Verona, el estadio de Olimpia, el gimnasio de Pompeya, el Yakees Stadium, el Madison S. Garden (hoy desaparecido), el Hipódromo de la Zarzuela, La Bombonera de Buenos Aires, etc., son presencias del uso deportivo que, nuestro pasado cercano o remoto, fue capaz de crear y han quedado como símbolo emblemático de un espacio urbano.

## **2.5. La respuesta política.**

La política es la dueña de los deportes, a los que administra por agentes interpuestos, pero sobre todo lo es de sus instalaciones, sin inversión pública estas no existirían. También nos atrae, averiguar en qué medida las formas de ese espacio responden a las distintas actividades físicas, a sus funciones y a sus peculiaridades, así como su capacidad para lograr un diálogo entre los distintos elementos creados, como respuesta a los requerimientos de la sacralidad del espacio de juego, de lo ajustado de la cancha de competición, a la visión democrática de las gradas o a la excepcional centralidad del poder (BICKEL, 1944; BEAULIEU, 1977; FOUCAULT, 1968). Elementos que están en constante diálogo. El poder se manifiesta en el edificio (LEFEBVRE, 1976) deportivo y se materializa en las tribunas, palcos y otros lugares preferentes, lugares no sólo para ver el acto deportivo, sino para que los espectado-

res vean a los re-presentantes (el verdadero poder permanece siempre oculto) del poder (VITRUBIO, 1970; LEFEBVRE, 1976; HERNÁNDEZ, 1992; MEANA, 1990). De otro lado, en la Roma antigua sabemos que el pueblo dialogaba en el circo y anfiteatro con los emperadores, mediante el lenguaje directo de los signos y a través de la voz colectiva: cánticos, imprecaciones y voces coreadas. Diálogo que sigue produciéndose, aún en nuestros días, en los estadios, incluyendo los países más reacios a la democracia (5). Todos vemos como en América Latina el muerto de ayer es olvidado por el partido de mañana (VALLEJO, 1998), pero el estadio es el espacio de la permisividad, se está convirtiendo en el sustituto de la calle en la cual antes ejercíamos de ciudadanos, simplemente estándole sobre ella, mientras que ahora y cada vez más en las vías urbanas, comenzamos a ser humildes transeúntes, la calle sólo sirve para ir de un lado a otro, nunca nos podemos detener a ejercer libremente de ciudadanos políticos (VERDÚ, 2003) o habitantes de las polis modernas.

## 2.6. Acotaciones al problema.

Vemos que los equipamientos aparecen, en todos los períodos de la historia, como parámetros de estructuración urbana, conforman la ciudad tanto desde el ángulo del consumo, de su papel estético, como desde la faceta simbólica (VENTURI, 1972): todo ello supuestamente destinado al individuo, sujeto racional de la economía, es decir, de la política; o como universo de signos culturales (AYMONINO, 1981).

La función de los equipamientos es la de servicio, pero también la de integrar, de producir urbe, urbanitas y urbanidad, lo que supera la desprestigiada concepción funcionalista de lo urbano (LEFEBVRE, 1976; FOUCAULT, 2001). Todo deberá incitarnos a analizar el estatus simbólico de los equipamientos en las diversas épocas de la historia del hombre, puesto que el equipamiento colectivo y su funcionamiento expresa claramente las relaciones de poder que existen en la ciudad entre sus habitantes y los entes sociales (FOUCAULT, 1968; MITSCHERLICH, 1969; FOURQUET, 1978; AYMONINO, 1981; ELIADE, 1989; SENNET, 1997).

Por ello, el concepto actual de equipamiento responde a un contenido de concreciones formales, estéticos y éticos; todo el mundo distingue con claridad qué edificio es una escuela, un polideportivo o el hospital (BAUDRILLARD, 1974; LEFEBVRE, 1976); lo que no nos debe ocultar ni impedir la comprensión de la práctica ideológica a la que responden dichas estructuras y las tensiones que han supuesto, entre los diversos valores que se han enfrentado, hasta concretizar el correspondiente equipamiento, recordando, una vez más, que la arquitectura, desde sus cimientos, está respirando ideología (FOUCAULT, 1968).

Pero existe un discurso posterior al hecho deportivo: y éste puede aparecer al preguntarnos qué cultura ha producido aquello, qué puede llegar a suponer para el entorno saber si será capaz de estructurarse positivamente, al margen de su tamaño, en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Dentro de lo que denominamos cultura occidental, el tipo básico de definición arquitectónica, la podemos situar como la de aquellas edificaciones-fábricas que transformaban la energía natural (madera, barro, arena, cemento...) en energía u objetos útiles. Dicha solución está concretada, referida y propuesta en los espacios que llamamos palestra y en la terma (BEAULIEU, 1977; HERNÁNDEZ, 1992), donde nuestro gasto de energía física se convierte en un cuerpo útil y saludable.

La lectura del prototipo de palestra vitruviana ofrece una oposición clara de dos espacios cualitativamente diferentes, el de estar o usar y el de ser visto, dualidad resuelta a través del recorrido no selectivo, que unifica las dos grandes opciones históricas del espacio colectivo que se encierran en este primer tipo. El espacio del peristilo, espacio de fuerte polaridad que se acoge al estatus del uso colectivo, se diferencia del tipo de apropiación del estadio, o la zona de gradas que ya es selectiva y dará origen a los equipamientos que definiremos en los espacios abstractos. El elemento de unión, será el paseo des-

cubierto o espacio de integración (VITRUBIO, 1995).

El modelo integrador helenístico, se basaba en una relación ritual entre el espacio urbano y las actitudes ciudadanas de servicio a su ciudad (SENNET, 1997). Hoy esa integración resulta compleja, pues ahora se pretende simular el ofrecimiento de servicio (el espectáculo) y de la utilidad (la actividad física y formativa) (HERNÁNDEZ, 1992).

Para recuperar aquel modelo inicial, hubo que realizar la ruptura entre el espacio sacralizado y el de utilidad social, como se puede comprender en las tipologías que representan la terma y el anfiteatro, modelos de equipamientos de utilidad: el foro, el ágora, el baño, la palestra, los espacios de relación; y los de servicios, como ofrecimiento social y didáctico de las reglas de comportamiento a través del espectáculo.

En el Coliseo romano se ve la distinción fundamental entre el espacio para ser visto y el espacio para ver (VITRUBIO, 1995). Cierta lógica sobre determinados lugares de la grada, lugares de dominio como las tribunas, señala también un espacio de poder y dual en su función: para ver y para ser visto. El desarrollo cronológico del deporte y del espacio deportivo ha producido aquellos esquemas, y hoy en el prototipo del hipódromo actual, por ejemplo, se re-producen esos lugares, incluidos los espacios para que "veamos" al poder, representado en una clase social que acude al espectáculo con grandilocuentes y llamativos ropajes. Aún es más manifiesto el parangón, en la llamada "fiesta" de los toros (HERNÁNDEZ, 1992).

Esta distinción espacial, una especie de heterotopía (FOUCAULT, 1968), va a marcar la lógica de los equipamientos del poder, cuya finalidad dialéctica y didáctica no va a ser alterada por la elección de cualquiera de las opciones, ya que determinadas normas de conducta son comunes en los diversos lugares, tanto en la actividad deportiva como en la del espectador (un rey mantie-

ne su "borbonidad", regateando en veleros igual que presidiendo una olimpiada o, remitiéndonos al abuelo borbónico del actual Borbón, jugando al polo), también en lo que se refiere al comportamiento individual como colectivo, según la representación deportiva que se nos ofrezca y el lugar que ocupemos en las gradas (HERNÁNDEZ, 1992).

Todas estas preguntas y certezas no pueden contestarse a través de la mera observación de las instalaciones, necesitamos saber porqué y para qué se hacen, indagar en sus orígenes, en su historia, descubrir en qué medida el discurrir del tiempo y una evolución diferente influye en la creación de formas y usos distintos (ROSSI, 1974; ROSSI MORI, 1980; RUIBAL, 1980), cómo se pueden manifestar de diversas maneras el mismo deporte y si se ha dado un caso así.

Este estudio, para lograr tener una validez, pretende hacer un marco acotado como puede ser la cultura occidental, con características semejantes para obtener unas conclusiones generales. Aun sabiendo de las dificultades de acotar un espacio tan dilatado, se nos añade otra dificultad, la escasez de obras sobre los espacios deportivos de este gran recorrido; aunque no podemos dejar de mencionar el trabajo de Sennet, *Carne y piedra* (1997), un recorrido a través de la ciudad y su implicación con el cuerpo humano, y por un asomo reverencial no queremos dejar de traer a la comparación a Mumford y su *La ciudad en la historia* (1961), que relató cuatro mil años de la historia humana describiendo la evolución del muro, la casa, la calle, la plaza, formas fundamentales de la ciudad. Nos falta la erudición y la formación de estos gigantes, pero podemos decir que hemos acometido la tarea con la ilusión necesaria para llevarla a un fin lo más académico posible. Lo curioso de todo, ha sido encontrar ideas fundamentales sobre las significaciones del espacio en Foucault (1968), cuando este autor no mostró, al menos en escritos, interés por el fenómeno del deporte.

### **3. Estructura de la tesis. La forma del trabajo.**

La complejidad del deporte y sus espacios, nació casi accidentalmente de las ofrendas sagradas que se realizaban en un determinado ámbito geográfico (ELIADE, 1938; POPPOLOW, 1959; DIEM, 1960; BOUET, 1966), y desde ahí vemos cómo se fueron expandiendo y cambiando además de ir asumiendo una serie de funciones de la sociedad y del Poder, como las de ser visto, ver y esa dualidad del Poder para ver-ser-visto, (ver para controlar y ser visto para mandar) de las que nos avisa Vitrubio (1995), exige una lectura compleja. No vemos su apariencia microcósmica; como una totalidad sino por las partes dichas y además entendemos que el modelo de instalación deportiva occidental sólo puede ser total dentro de la cultura urbana y en ciudades populosas.

Proponemos, pues, realizar un análisis desde distintos puntos de vista: **histórico**, a través de su génesis y de cómo, la instalación deportiva ha ido procesándose en el correr del tiempo y nuestra cultura, sus aceleraciones y detenciones; **conceptual**, sobre los espacios de juego y las funciones que asumen en la sociedad: integradoras, formativas, lúdicas, identificativas, diversas y de servicios; **material**, es decir cómo el deporte y sus espacios son generadores de arquitectura; y por último, **formal**, en lo que se refiere a cómo la actividad física y sus necesidades espaciales han sido influídas, y viceversa, por las evoluciones económicas, sociales, culturales e históricas.

En este proceso lineal que pretendemos trazar, nos encontramos a lo largo del trabajo con la dificultad de tener que ir y venir, reflejando las intensas relaciones existentes entre los aspectos analizados que, por estar profundamente entreverados, se manifiestan como imposibles de independizar.

La necesaria estructuración del trabajo en capítulos exige que los primeros se dediquen a los ámbitos de estudio: el concepto del espacio deportivo, teorías del juego, el ámbito deportivo-cultural; para pasar en los siguientes a

desarrollar el análisis propuesto.

Es preciso aclarar que los distintos tramos a estudiar, lo son como parte de un proceso y no el núcleo de la Tesis, que es la evolución del deporte y sus espacios, lo que nos hace necesario un amplio estudio histórico de las actividades físicas y de sus juegos reglamentados más comunes, como soporte de lo que estamos analizando; es el hilo conductor pero también, literalmente, lo que justifica que exista lo analizado y nos lleve al conocimiento empírico del deporte y sus campos de juegos. Por tanto, no pretendemos una historia del deporte como tal, sino de aquellas variables del mismo que interesan a la búsqueda planteada: el espacio deportivo como producto de un tipo de sociedad, la instalación como un instrumento político que busca conseguir la integración social (ANTONELLI, 1985).

Lo que interesa no es tanto la instalación en sí, sino su funcionamiento social y la actividad que genera en su entorno. El espacio social es importante, en un primer paso, así como la presencia de determinadas formas lúdicas, que será lo que cree una fijación del módulo de instalación, un canón al que la posterior evolución social y científica le dará la forma que en la actualidad presentan las monumentales instalaciones de nuestros días (ROSSI, 1981; HERNÁNDEZ, 1992).

Atendemos especialmente a las palabras de Rossi cuando dice: *"creo que la importancia del rito y su naturaleza colectiva, su carácter esencial de elemento conservador del mito constituye una clave para comprender la estima de los monumentos, de su función en la ciudad y de la transmisión de las ideas de la realidad urbana..."* (ROSSI, 1981, 55), en el caso de los espacios de juego esta afirmación tiene un especial valor.

### **3.1. La base del argumento.**

El agón nace como un rito, una ofrenda funeraria que nos ilustra Homero (Ili., Cant. XXIII) o de acción de gracia (VIRGILIO. Eneida, Cant. VII). En dichos ritua-



les son los jóvenes los que ofrecen a las divinidades el esfuerzo, el derroche de energía de unos ejercicios o combates llenos de vida y de pujanza (HESÍODO, *El Escudo*; PAUSANIAS, V). Los ejercicios se llevaban a cabo en los bosques sagrados de la religión helena, de ellos habla constantemente Heródoto en *Los nueve libros de la historia* (1987), en esos bosques convivieron los altares a los dioses y un rudimentario espacio para el juego ritual, hasta que, poco a poco, las acumulaciones de espectadores fueron separando el agón religioso del espectáculo deportivo, pero nos consta que los dos espacios siguieron siendo sagrados (DIEM 1966 y 1973; HUIZINGA, 1972; ANDRIEU, 1989).

Verdú (1980) nos habla del carácter sacro del juego del fútbol entre los celtas. Y en nuestros tiempos los encuentros deportivos se detienen si aparece, en el terreno de juego, un elemento extraño al juego, sea persona, animal o cosa; los *linieres*, mesas y otros auxiliares del control están ubicados, por esa misma razón (además de las consecuentes a la seguridad), fuera del espacio de juego, etc. (VERDÚ, 1980). Igualmente, si recordamos los juegos infantiles, comprobaremos que los niños delimitan con claridad el espacio de juego y dentro o fuera de él lo que vale o no vale, mientras que ese acuerdo se respeta hay juego, mientras que, por el contrario, si no se cumple cesa el juego. No obstante, para que la instalación se concrete necesita del espectador y los espectadores masivos sólo pueden surgir de las concentraciones urbanas, de lo político y de lo cívico, entendiendo estos términos en su sentido etimológico e histórico.

Así el espacio deportivo, ya lo hemos dicho repetidamente, se compone, fundamentalmente, de un lugar de juego o para ser visto y un lugar para ver, al que el poder añadió el de su presencia: la tribuna, para ver y ser visto, siempre siguiendo a Vitrubio en esta idea (VITRUBIO, 1995).

Examinando la evolución de los usos deportivos a través de la historia-tiem-

po, veremos que se producen transformaciones, según las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales del momento. Para Lefebvre (1974) el espacio urbano cambia en el tiempo y varía a lo largo de la historia. Podríamos decir que la historia del espacio humano es su dimensión temporal.

### **3.2. Exclusiones y obviedades.**

En nuestro trabajo dejamos fuera los evidentes juegos e instalaciones de las culturas precolombinas, aunque sus pelotas de caucho asombraron a los españoles (TORQUEMADA, 1723; BOMBÍN, 1946); las realizaciones de una civilización tan prolífica, deportiva y creativa como la china (DIEM, 1966; MANDELL, 1986); las sorprendentes aportaciones al arte ecuestre de los pueblos de las estepas asiáticas (LÓPEZ HIERRO, 1974; PREMIANI, 1957; SAVATER, 2001); el mimetismo preciosista de los japoneses en sus actividades de lucha, que tan sagazmente han sabido presentárnoslas, ya occidentalizadas, para su explotación económica (MISHIMA, 2001); etc., por no pertenecer, ninguna de ellas, al modelo occidental.

Dividimos el trabajo en tres grandes bloques: Clásico que se compone de Grecia y Roma; Preindustrial, desde la Edad Media a las revoluciones burguesas; e Industrial, intercalando uno pequeño, aunque no por falta de contenido pues poseen una gran importancia, dedicado a Bizancio.

No pretendemos partir, en nuestro análisis descriptivo, desde las primeras civilizaciones: Persia, Egipto y Creta, aunque en ellas no se han encontrado rastros de lo que pudiese ser un espacio específicamente deportivo, sus actividades tuvieron el interés de ser culturas urbanas. Y aunque, no se puede menos que reconocer que el fecundo mundo del pensamiento, la ciencia y el arte de los griegos y el verdadero inicio de cualquier trabajo sobre el agonismo, se comenzó a fabricar en estos substratos culturales, como aporta el mismo Herodoto en su obra, o recogen estudios posteriores como los de

Toynbee (1973), que es de los primeros en ver abiertamente la influencia de los egipcios y persas en la civilización griega, después lo hicieron, sistemáticamente, muchos otros autores como Farrington (1981) o Bernal (1993).

### **3.3. Período clásico.**

El capítulo que puede ser considerado como de cierta importancia es el período clásico (Grecia y Roma) por pensar que la línea de formación de la llamada cultura occidental comienza en el período histórico grecorromano (TOYNBEE, 1973; 1975; FARRINGTON, 1981; MOMMSEN, 1992; RACIONERO, 1996; SPENGLER, 1998; BARCELÓ, 2001). En el largo transcurrir del mundo clásico se fijó y definió el tipo canónico del deporte agonístico, las bases del atletismo, la lucha, la hípica, el espectáculo y toda la gama de las instalaciones deportivas (HERNÁNDEZ, 1992). El lugar del juego fue definido y resuelto en Grecia al exigir, su concepto de democracia ciudadana, un espacio para poder competir en un plano de igualdad a través del gimnasio (espacio didáctico), el estadio (espacio para ser visto) y el hipódromo espacio para ver y ser visto (VITRUBIO, 1995; SENNET, 1997). Una especie invertida del panóptico de Bethman (1988), por supuesto mucho más democrático, en el que los ciudadanos son los que observan lo que ocurre en el centro y participan de alguna manera en el rito del agón (COLINON, 1960).

Sin embargo, el lugar para ver se definió, sobre todo, en la Roma Imperial. La lógica de los graderíos, la isóptica y los espacios del poder fueron resueltos en los espectáculos de los *ludi* romanos (VITRUBIO, 1995). No era tan importante lo que acontecía en la arena como el ejercicio de la participación política, la dialéctica de las gradas, clasificadas según estamentos sociales, con las tribunas imperiales y todo regulado por el derecho (CICERÓN, 1996).

Después del supuesto hundimiento de este mundo (por fortuna no acabó ni se perdió), la memoria clásica fue guardada en Bizancio que por diversas

vías, su contacto con la cultura árabe (baños) (LEBOREIRO, 1994), sus relaciones con las repúblicas mediterráneas y por último su posterior diáspora por las cortes europeas, la devolvió al acervo occidental (BRAVO, 1998). La Iglesia guardó el espíritu de los últimos trescientos años del Imperio, proyectándolo en la reconstrucción, no de la cultura clásica, sino de un occidente idealizado en una forma de ver y entender el mundo (DUCELLIER, 1993).

La claridad y nitidez con la que se percibe el mundo griego y romano (CONNOLLY, 1998), nos permite centrarnos en el estudio de cada uno de ellos, de manera independiente y clara.

### **3.4. El período preindustrial.**

En el siguiente gran capítulo, el período preindustrial, intentamos analizar una amplia transición que llamaremos preindustrial y que abarca un largo espacio de tiempo: desde la Edad Media hasta el Siglo de las Luces, previo a la revolución industrial. Durante la Edad Media se formó la caballería, una forma de guerrear, de ganarse la vida y una manera lúdica de vivir (DUBY, 1995; RIQUEL, 1999). La Baja Edad Media representó una lenta reconstrucción de las ciudades que, de manos de los mercaderes y sus ligas comerciales, fueron recuperando y creando las villas y burgos (BENEVOLO, 1972, III; RISEBERO, 1982; PIRENNE, 1987; CHUECA, 1991), así como espacios de juegos que hubieron de jugarse “de-puertas” afuera (PIERNAVEJA, 1971), para no provocar problemas en el uso comercial del espacio, llamados burgos, de las incipientes urbes (HUIZINGA, 1972). El deporte comenzó una redefinición, desde la creación de los juegos y sus espacios a las reglamentaciones que finalizaron en la “cortesía” de las actividades elitistas, individuales y caballerescas, mientras que, por otro lado, se daban paso a las actividades menos encorsetadas, multitudinarias y, al parecer, más divertidas de los campesinos (ZABALO, 1973; GARCÍA SERRANO, 1974; MANDELL, 1986).

El Renacimiento consagra el valor de las grandes urbes y del dinero (ALBERTI, 1975). Floreciendo las ciudades-estado, sobre todo en Italia, y el gobierno de éstas, lo llevan a cabo mercaderes de amplios recursos (Médicis, Orsinis, Borgias, etc.), creándose el primitivo capitalismo (BURCKHARDT, 1958; JOHNSON, 2001). Las mejoras de vida hacen volver los ojos hacia el mundo clásico y se cree recuperar su estilo, el humanismo, la ciencia como panacea (SÁNCHEZ RON, 1999) y, por tanto, el cuidado y valoración del cuerpo, además de su cuidado regulado y recomendado como se reflejan en las obras de los médicos de entonces (MENDEZ, 1959; MERCURIALIS, 1970). El hombre se libera de las Escrituras y su mirada, más razonable, redescubre los beneficios del ejercicio físico (MENDEZ, 1959; MERCURIALIS, 1970; LEONARDO de VINCI, 1975; CARDANO, 2002); se escriben numerosos tratados que, desde la medicina, nos intentan convencer de la bondad de la actividad física; Mercurialis nos muestra, a través de la recuperación de la obra de Vitrubio, los planos de los gimnasios, estadios e hipódromos de la antigüedad (ENRILE, 1976).

En los siglos siguientes (XVI, XVII) se abre un período de discusión (Reforma y Contrarreforma) (ELLIOTT, 1998 y 2001) que cristaliza en el Siglo de las Luces (XVIII) y el consiguiente advenimiento de las revoluciones burguesas (ENRILE, 1976). Se profundiza en los conceptos de la democracia a los que se añade la aparición de una mayor base social con poder de decidir, la aparición de las burguesías revoluciona las relaciones sociales y establece otros repartos de los bienes y las producciones. Esta amplitud de la base social trae consigo un mayor interés por la educación de esta nueva clase social, y el deporte, los juegos y sus instalaciones no escapan a estos intereses (HAUSER, 1979; KOSELLECK, 1993).

No obstante, nuestro análisis, en este largo capítulo tiene el ámbito europeo como terreno de trabajo, toda vez que los espacios políticos son cambiantes y pocos definidos, no existen los países como hoy los concebimos, la idea de nación

era una entelequia, mientras que la Europa culta hablaba en una lengua universal, el latín (SPENGLER, 1998), lo que les permitía la comunicación entre todos los centros del saber, las universidades, y el dar a conocer sus descubrimientos de una manera relativamente rápida, para unos tiempos lentos.

### **3.5. La revolución industrial.**

Las revoluciones burguesas toman definitivamente el poder en Europa y América, lo que pone en sus manos los medios de producción (CIPOLLA, 1971; WEBER, 1977 y 1985). El desarrollo de la ciencia y las enormes ampliaciones de los mercados provocan la Revolución Industrial, que vuelve a reajustar la división de clases entre: la alta burguesía, plena de bienes y usuaria de un distinguido tiempo libre que le permite dedicarse entusiasmada a toda clase de deportes (VOLPICELLI, 1960; VELEN, 1988), y la clase obrera, que sufre unas condiciones de explotación brutal (MARX, 1974). Con esto estamos abriendo otro gran capítulo en el que volvemos a la distribución por naciones, aquéllas que en el siglo XIX tuvieron un papel importante en el desarrollo de la Europa industrial y colonial: Inglaterra, país al que se le atribuye el deporte, su reglamentación y la regulación de los campos grandes (DIEM, 1966; BOUET, 1968; ELIAS y DUNNING, 1992; MASON, 1994); Estados Unidos que aporta los campos pequeños, la competitividad, la efectividad y el entusiasmo por el récord (ASSA, 1961; MANDELL, 1986; VERDÚ, 1980); Centro Europa, que incorpora los gimnasios, las gimnasias y la disciplina de la cultura física (MANDELL, 1986; ESTEVE, 1999), sin olvidarnos del Imperio Austro-Húngaro y su educación física (DIEM, 1966); los Países Nórdicos que elevan a deportes las actividades en la naturaleza y Francia que aporta el espíritu cultural, con la recuperación de las olimpiadas, la deportivización de la mecánica (bicicletas, coches, aviones, aeróstatos, etc.) y del escultrismo o lo que es lo mismo esculpir el cuerpo mediante un minucioso trabajo muscular mecánico y analítico (DIEM, 1966; BOUET, 1968; MANDELL, 1986).

La necesidad de regular y reglamentar la vida parlamentaria y mercantil entre las clases superiores del Imperio Británico les llevó, por extensión, a regular también sus actividades de ocio (ELÍAS y DUNNING, 1992; MASON, 1994). Así reglamentaron los campos de deportes, con el objeto de asegurar y homologar los resultados que en ellos se producían (ELÍAS y DUNNING, 1992).

Aparecen los deportes modernos, que no son más que los antiguos juegos y usos de los campesinos, divertidos, ruidosos y espacialmente rurales (HUIZINGA, 1972; ELÍAS y DUNNING, 1992), de los que se apoderan los jóvenes de la alta burguesía y los practican, no sin escandalizar a sus rígidos profesores, en los adustos y victorianos centros de enseñanza (ELÍAS y DUNNING, 1992). Estos juegos se acabarán reglamentando tanto en sus formas, como en sus espacios de juego, convirtiéndose en los deportes que hoy conocemos (DIEM, 1966; MANDELL, 1986; ELÍAS y DUNNING, 1992). Las primeras instalaciones deportivas son rurales ya que la gran burguesía inglesa del siglo XIX vive en ese medio (ELÍAS y DUNNING, 1992). Estos espacios son grandes, con numerosos jugadores en campo, suelos de hierba o tierra y tanteos muy laboriosos. Los ejemplos más representativos: rugby, fútbol, hockey, golf, polo, tenis, etc. (VERDÚ, 1980).

La rápida urbanización que provoca la industrialización (BENEVOLO, 1994), fabrica otro tipo de espacios deportivos, cuyas propuestas vienen de EE.UU. y de técnicos especializados que ya viven y se educan en las grandes ciudades del ámbito urbano (MASON, 1994). Es el deporte industrial. Aparece muy reglamentado y se desarrolla en naves cubiertas, de dimensiones reducidas e intercambiables; pocos jugadores en campo, por el problema de la ocupación espacial; suelos elaborados, "artificiales"; tanteos de "estadísticas", etc. (VERDÚ, 1980). Los ejemplos más importantes de estos tipos de instalaciones son los de baloncesto y balonvolea, mientras que el balonmano es un deporte de transición entre los dos modelos mostrados.

Los espacios canónicos, para ver y ser visto, no han cambiado en su uso cultural, son exactamente iguales a los del período clásico (DIEM, 1966; MANDELL, 1986). Se han copiado y sacralizado desde la llamada recuperación de las Olimpiadas modernas, cuyo esquema definitivo se establece en la de Berlín, 1936 (BALE, 1993; SPEER, 2001). A partir de esta fecha y tras la guerra, los arquitectos y la técnica actual logran las cubiertas de los grandes espacios deportivos y los ingenieros suelos "especializados" (JENCKS, 1982; RISEBERO, 1982; SÁNCHEZ RON, 1999).

En la actualidad el deporte se ha trivializado para mejor mercantilizarlo y dejarlo en situación de consumo masivo (VERDÚ, 1980). La desaparición real de la naturaleza, el avance tecnológico y los nuevos materiales, las industrias y la voracidad por los nuevos mercados ha conseguido que cualquier espacio sea una posible instalación: las ciudades presentan numerosos ejemplos de usos deportivos, las catedrales se escalan, las gruas se usan para el puenteo, las montañas se suben una y otra vez en el sagrado nombre de la naturaleza, los mares se surcan en todas las direcciones de manera solitarias o acompañados, las olas se cabalgan dentro de los pabellones deportivos, los rayllies se deslizan por todos los caminos, carreteras o sobre la ausencia de ambos, el ciclismo invades los lugares protegidos, los acantilados se deportivizan..., todo el planeta es una gran instalación deportiva y cualquier espacio puede servir para hacer "deporte" (BACH, 1993; SAMARANCH, 2000).

### **3.6. La expansión mercantil del fenómeno deportivo.**

Lo que nos lleva a desarrollar nuestro último capítulo en el que analizaremos la extensión y expansión del fenómeno deportivo y la necesidad de que toda instalación tenga la misma forma y la misma medida en cualquier punto del planeta, como pleitesía al récord, a la homogeneización y válidez intercambiable de los juegos, los usos y las costumbres (BOUET, 1968).



En resumen, lo que nos interesa saber es el nivel de intervención de los poderes en la concreción arquitectónica, hasta convertirse en una tipología de edificios que influyen, no sólo en la configuración de las ciudades, sino también en los comportamientos de los ciudadanos (PUIG, 1982). Para ello tendremos que hacer explícitas las relaciones entre los poderes y el uso de las actividades físicas que serán las que determinen los modelos de los espacios de juego (BROHM, 1976, 1978, 1982; RIGAUER, 1981).

Toda la estructura expuesta tiene como propósito verificar los objetivos marcados en las páginas anteriores, así como comprobar la evolución que, a lo largo de la historia, han ido sufriendo las prácticas deportivas y sus espacios.

Los capítulos los hemos estructurado, cuando la Historia nos lo ha permitido, en los siguientes apartados: una introducción histórica que nos sitúe en el espacio cultural que vamos a analizar; la descripción de las actividades físicas, los juegos y los deportes de dicha cultura (BLANCHARD y CHESKA, 1986); las instalaciones o el uso de los espacios de juego (DIEM, 1966); ciertos aspectos de la vida cotidiana de los pueblos tratados y su relación cuerpo-piedra (SENNET, 1997); así cómo el tipo de ciudad que han creado y en la que viven (MUMFORD, 1966); y las conclusiones referidas a los objetivos que nos hemos propuesto en la tesis.

## **4. Objetivos del trabajo.**

La naturaleza del problema que hemos presentado y la forma en que pretendemos abordarlo, nos lleva a plantearnos los siguientes objetivos:

4.1. Analizar la línea de continuidad lúdicas y cultural-deportiva, desde el período clásico a nuestros días con la estructura de mitologización, aristocracia y popularización del deporte, y por extensión, de sus espacios de juego.

4.2. Demostrar como el espacio deportivo se genera desde las instancias del poder como factor de integración y control social. Teniendo en cuenta que las aglomeraciones de personas sólo se producen en las ciudades, es en este ámbito, en el que el Orden erige sus instalaciones normativizadas.

4.3. Comprobar que los grandes espacios del deporte de origen rural, de estructura horizontal, están siendo sustituidos por los espacios del deporte urbano, más reducidos y de estructura vertical.

**Notas:**

(1). Es curioso, pero a los futuros profesores de educación física no se les enseña a pensar y a sentir, base de un buen educador del cuerpo. Se les enseña a cuantificar, lo cual es una desviación que proviene del deporte de rendimiento... económico, se especializan en lecturas de ordenadores, más que en las señales humanas que nos mandan los cuerpos. Otra de las consecuencias de todo esto es la de que no leen a sus clásicos. Los INEF, Facultades o las pseudo facultades de actividad física son los lugares donde más claramente se desprecia cualquier pensamiento que tenga más de diez años. Es importante conocer lo que elaboraron y pensaron a través de su trabajo otros profesionales, cómo los encarnaron en un sistema y cuáles fueron las respuestas de los alumnos. Lo que ocurre es que todos queremos resultados, pero obtenemos consecuencias.

(2). Mi abuela, una mujer siempre de negro por imperativo social, pero con una vitalidad enorme en los trabajos del rural y una comprensión que rayaba en la sabiduría, nos imprecaba, cuando revoloteábamos por la casa llenándola de ruidos y algún estropicio: ¡idos a la calle a gozad!

(3). Poco antes de la Guerra del 14, Eugeni D'Ors escribe una "Pindarica primera" en honor de la nadadora francesa Ivonne y una "Pindarica segunda" en la que se llora la muerte de Nonell, futbolista del Badalona, el tono es, como ocurre en estos casos, de exaltación del desaparecido pero la calidad está presente y el final merece la pena: "En su honor y recuerdo hoy iremos todos juntos a vuestra playa a lanzar una vez más el alegre balón volador al rostro de los cielos..." (D'ORS, 1946) y en el que comprobamos que en aquellos años, los equipos modestos de nuestro país jugaban sus partidos y realizaban sus entrenamientos en playas, descampados y eras de campesinos comprensivos.

(4). Incluso para Mousambani, aquel nadador olímpico que, en la Olimpiada de Sidney, se arrojó al agua sin saber nadar.

(5). Como pasó en el Estadio Azadi de Teherán (Azadi significa libertad. Levantado por el Sha, que pretendía organizar los Juegos Olímpicos de 1984). El 1 de diciembre de 1997 el estadio Azadi de Teherán está lleno de gentes, más de ciento diez mil personas, esperan recibir a la selección de fútbol iraní que se ha clasificado para los mundiales de Francia, después de empatar con Australia, 2-2, en Melbourne. No hay mujeres, está prohibido que la mujer se muestre en público. De pronto, y antes de que lleguen los héroes, una marea negra en la que no se distinguen los rostros sube por las calles, más de cinco mil mujeres, cubiertas con sus chadores, que con gran decisión van rompiendo los cordones de seguridad, los pasarán no saben que hacer. Cuando comprueban que la sorpresa es su aliada, las mujeres jubilosas y alegres invaden el estadio y se sientan en él, quieren recibir también a sus héroes: hijos, nietos, padres, amantes. En el estadio que significa Libertad y en el que, desde Jomeini nunca entró una mujer, fue conquistado por miles de mujeres enmascaradas en una celebración deportiva.

## **Capítulo I.**

### **El Marco teórico.**

## **El Marco teórico.**

*Cuando los seres humanos se encuentran en un espacio de tres dimensiones, sus relaciones quedan limitadas a la realidad del mundo físico. Cuando se encuentran en una espacialidad, pueden vivir en el mundo de la poesía, de la imaginación, de la intuición, del juego, de la creatividad...*

**Santiago Barbuy (1980, 15).**

En término de rigor científico, aquí queda apuntado el objeto material de la tesis: El deporte en su amplitud histórico-social y en el espacio deportivo.

Desde la observación como agentes activos de la evolución del fenómeno deportivo y su encuentro en la sistematización que se necesita para el ejercicio docente, se sitúa el objeto de estudio: el espacio como dinamizador de los cuerpos.

Vivimos en un mundo condicionado por, entre otras, dos dimensiones: espacio y tiempo, aunque no tenemos una conciencia clara de que el uno y el otro sean indisolubles de los individuos y de las sociedades que los acogen (PUIG y del CASTILLO, 1998, en GARCÍA FERRANDO, 1998). Al hablar del espacio, que siempre tendremos que relacionarlo con el tiempo, nos estamos refiriendo a una realidad física medible y fácilmente objetivable, a través del espacio se argumenta y se organiza nuestra vida cotidiana pero de una manera ajena a la misma (DERIBERE, 1964; BACHELARD, 1975). Entendemos que cuando el espacio se pone en contacto con la percepción humana la complejidad aparece en su interpretación, se convierte en una realidad subjetiva asumidas de modos distintos según las personas y las experiencias vividas por éstas (BOLLNOW, 1969).

## **1. Objeto material de la tesis: El deporte en occidente su evolución socio-cultural y sus espacios lúdico deportivos.**

El individuo, en sus edades tempranas, manifiesta la necesidad de no alejarse de quienes les atienden, entendiendo que en la cercanía a sus padres está su seguridad (LUÇART, 1976). Con el crecimiento, investiga los espacios (es notable como los niños recorren las casas nuevas o como escudriñan los rincones cuando los llevamos a un lugar, para ellos, desconocido), adquiriendo las competencias para asumir y comprender un espacio a mayor escala, se mueve con más soltura en el mismo, pierde el sentimiento de la lejanía y lo sabe usar perfectamente en sus juegos (LUÇART, 1976; GOMEZ de LIAÑO, 1990; EDWARD, 1995). Las personas adultas tienen adquirido y conceptualizado una especie de entorno o distancia psicológica, es decir perciben el espacio según sus fines e intereses: una cosa estará lejos o cerca en relación con la consecución de nuestros fines (BOLLNOW, 1969; LUÇART, 1976; PIAGET, 1976; COCA, 1988).

Está claro que no estamos hablando, en nuestra materia de estudio, de distancias geográficas, ni del puro espacio que estudia la física, ni del espacio sideral, sino de las vivencias que produce esta dimensión en lo cotidiano (HALL, 1973).

Una misma distancia la podemos considerar grande o pequeña, con independencia de su longitud, según el interés que nos pueda aportar su recorrido (MOLES, 1972). Lo mismo se puede afirmar del tiempo empleado. Por ello la distancia geográfica o el tiempo cronometrado tienen poco valor a la hora de entender las relaciones con el espacio y el tiempo. A nosotros nos interesa un espacio humano, por tanto subjetivo (BOLLNOW, 1969; MOLES, 1972; HALL, 1973).

De otro lado tendremos que convenir que, el espacio al que nos estamos refiriendo, es una construcción social, cultural e incluso etnográfica; es decir,

cada sociedad tiene una organización del espacio que le es propia a sus comportamientos sociales e intereses como grupo. Las teorías sociológicas, nos mostraron ampliamente que espacio y tiempo son constitutivos e inherentes a cualquier actividad humana (LEFEBVRE, 1974). Podemos reconocer sus estructuras, sus grados de desarrollo y de complejidad, sus conflictos y sus sistemas normativos mediante el análisis de sus proyecciones espacio-temporales.

La relación entre el espacio y la sociedad es similar al de la forma con el contenido (LEDRUT, 1976), indisociable por ser parte de lo mismo. Las autopistas son el soporte de unos viajes más rápidos; además son el símbolo de una sociedad en la que los desplazamientos marcan nuestros estilos de vida y nuestras distancias vitales, en realidad no sabemos si realmente son unos espacios estáticos o, como plantea Augé en su teoría de los *no-espacios* (1998), una dimensión impersonal, impuesta y condicionante. En otros períodos, no tan lejanos para los occidentales, los habitantes del planeta se movían de una ciudad a otra por difíciles caminos, los viajes podían durar varias jornadas y las travesías meses (PELLEGRINO, 1979), lo que crearía distancias y conceptos espaciales muy distintos a los que tenemos hoy día (1).

Durante la Edad Media, las horas y sus tareas las marcaban las campanas y los toques nos hablaban de rezos (ángelus, maitines, etc.) pero también de las labores, de los descansos, de los trabajos y de las situaciones que marcan nuestra vida cotidiana: nacimientos, muertes, incendios, guerras, etc. En los años de mayor dureza industrial eran las sirenas de las fábricas las que asumieron, en parte, ese papel. Papel que, curiosamente, ya sólo se mantiene en las escuelas públicas.

El espacio medieval era un espacio multiusos, de protección, en primer lugar y cercano a la Iglesia, después se amuralló y se acercó al poder feudal, eran por tanto espacios duros, de guerra y control, pero también de trabajo,

charla, diversión, juego, actividad mercantil, etc. (PIRENNE, 1987).

De los conflictos entre las funciones, sobre todo las mercantiles y lúdicas, se van especializando los espacios (PIRENNE, 1933 y 1987). La aparición de la industrialización inicia un proceso de racionalización progresiva del suelo y de los espacios, que tienden a segregarse para cumplir distintas funciones y a ser regulados por los precios del mercado inmobiliario que nos habla del valor del suelo en metros cuadrados (RACIONERO, 1973; PINILLOS, 1977), dimensiones mercantiles e intercambiables.

Las nuevas tecnologías afectan de modo importante la percepción que del espacio tiene el hombre occidental. Lash y Urry (1994) nos ilustra sobre el simbolismo del espacio "comprimido", un espacio que cada vez es más "corto" como espacio vivencial, mientras que el resto son transportes y tránsito, evidencia como hemos cambiado nuestra visión espacial (RUBERT de VENTÓS, 1973; HALL, 1973). Usamos de una mayor movilidad geográfica gracias a los medios de transportes. Pero también los medios de comunicación nos han situado en un nuevo espacio virtual que nos permite comunicar y estar en muchísimos lugares sin movernos de un punto concreto (TERRAY, 1961; TEYSSOT, 1988).

La educación física y la pedagogía han mostrado el modo como la disposición espacial puede inducir a determinados comportamientos motores y sociales (PIAGET, 1976; BLAZQUEZ, 1987; BAÑUELOS, 1997), de ello se desprende que, según el entorno en que vivan, las personas tendrán unas u otras actitudes, aunque, queremos posicionarnos, no estamos de acuerdo con el determinismo que plantean estos autores. El estudio de los juegos de los niños en sus casas y en los alrededores de ellas es muy ilustrativo. Klein (1983) entre otros, observó cómo, las habilidades motrices de dichos niños, estaban en relación con el tipo de infraestructuras que lo político-social les ofrecía, y hasta con las características de las viviendas, explicando a través de su motricidad, si vivían en un último piso o en la planta baja (LUÇART, 1976).



## **2. El marco conceptual desde diversas interpretaciones de las ciencias humanas.**

En las siguientes páginas pretendemos abordar la exposición de determinadas teorías que faciliten la comprensión de una de las partes en que se va a centrar la tesis, puesto que, como nos avisa Bouet (1968), el término deporte cada vez se ensancha más y puede llegar a significar cosas muy diferentes. Hacemos esta aproximación al concepto deporte a través de las diversas corrientes de las ciencias humanas (CAGIGAL, 1981).

Posteriormente intentaremos definir las instalaciones deportivas, los equipamientos, los terrenos de juego y los diferentes espacios que se usan en las actividades lúdicas y deportivas. Así mismo daremos un repaso a los métodos más usuales, hoy día, para planificar la construcción de estos equipamientos del ocio y distribuirlos según las demandas de la sociedad (N.I.D.E., 1980; ROSSI, 1980; BONÉ, 1999).

### **2.1. Teorías más sobresalientes sobre el origen del deporte.**

Muchos han sido los estudiosos que, bien desde la historia, bien desde la antropología han intentado explicar el nacimiento del deporte y su institucionalización (UMMINGER, 1964; DIEM, 1966; GILLET, 1971; HUZINGA, 1972; BLANCHART y CHESKA, 1982; MANDELL, 1986; CAILLOIS, 1986). Es del todo evidente que el ser humano, miembro de lo que llamamos reino animal, ha realizado siempre actividades físicas. Pero también estaremos de acuerdo en reconocer que estas actividades no son sólo pura biología o adaptación motriz al medio. Aún sin negar ese inmenso potencial, nadie refutará que los juegos físicos del ser humano tienen un componente cultural que se nutre en las mismas fuentes de la humanización (CAILLOIS, 1958).

Los antropólogos nos dicen que el hombre actual apareció durante el Paleolítico y le llamaron *Homo Sapiens*. Fue este tipo de hombre el que desa-

rolló las técnicas de caza avanzadas que le permitieron un posterior despegue humano (LANGANEY, 1998).

Según nos cuentan estos autores en la *Historia más bella del hombre*, el cazador del paleolítico dio forma a una incipiente expresión artística: La pintura rupestre. "Como significan los diversos y numerosos estudios de los antropólogos, resulta muy difícil dilucidar las motivaciones y finalidades de aquellas manifestaciones hoy catalogadas como arte y sujetas a fuertes polémicas sobre la primacía de la representación abstracta o realista" (HAUSER, 1979, 1, 34). Las dos hipótesis básicas sobre la función de las pinturas rupestres, facilitar la caza y asegurar la fertilidad, se refieren a formas de intervenir tratando de modificar la realidad de la naturaleza, mediante plasmaciones de estructuras mágico-religiosas (HAUSER, 1979; LANGANEY, 1998).

Es a partir de la constatación de un ser humano que practica la caza como subsistencia, que se dota de un sistema de creencias totémico y que llega a expresarse artísticamente, cuando la actividad física de los humanos, según los estudiosos, se eleva a problema. La ciencia de la prehistoria nos asegura que los hechos fueron así (LANGANEY, 1998), pero las interpretaciones, según las diferentes escuelas, lo presentarán de diversas maneras. Unos, como Diem (1966) y Umminger (1964), primarán los aspectos religiosos y artísticos, mientras que otros, Rigauer (1981), resaltarán los condicionantes utilitarios y materiales de estas actividades humanas primitivas. Sin embargo, estos escuetos enfoques no agotan las posibles explicaciones que siempre se pueden ver ampliadas y enriquecidas, a su vez, con las perspectivas de nuevas teorías socio-culturales (BETANCOR, 1991). En cualquiera de los casos no podemos dudar, a estas alturas, que los orígenes de las actividades físicas, lúdicas y deportivas se pierden entre las más antiguas páginas de la civilización humana, constituyendo una manifestación de persistente presencia en todas las cul-

turas conocidas y estudiadas (HUIZINGA, 1972).

Hemos revisado la bibliografía de buena parte de historiadores u otros estudiosos que se han acercado a intentar comprender el fenómeno del deporte (2). Todo para tratar de recoger una información que nos ayude a comprender no sólo los juegos y deportes de nuestro pasado y del presente, sino también los acondicionamientos que sobre el terreno han hecho los hombres a lo largo de su historia.

Debemos ser prudentes ante la posible generalización de nuestra investigación (múltiples autores así lo aconsejan), debido a lo ya avisado sobre la complejidad del fenómeno deportivo (HOWELL, 1984). En cualquier caso, aún siendo lo prudentes que nuestra bisoñez dicta, pensamos que el deporte, su evolución y los acondicionamientos de los terrenos deportivos, no es sólo un trabajo de recogida y acopio de materiales (PUIG, 1980), sino también de un proceso hermenéutico, que a pesar de los riesgos y limitaciones, no debe de ser abandonado (CARDOSO, 1977).

## **2.2. El origen lúdico-festivo del deporte: Teoría de los Juegos.**

Son numerosas las teorías que relacionan las actividades físicas (en las que podemos incluir la danza), el juego, el deporte y la cultura, como corrobora la abundante bibliografía que al respecto han recogido en antologías literarias de: Piernavieja (1960), Hesse (1967), Betancor (1991), etc. Ante la cuestión del juego, se han tomado diversa actitudes que varían desde el puro y simple rechazo, por motivos de rigor religioso (BOUET, 1968; MOLMANN, 1981; DURKEIM, 1993); entre otros, y dentro de la cultura occidental, la identificación de todo lo festivo y divertido, como es el juego y el deporte, con la cultura clásica llamada pagana (el Carnaval se incluyó entre esas tradiciones “malditas” venidas,

supuestamente, de las lupercales, saturnales o bacanales romanas, cosa que desmiente el investigador Caro Baroja en su ya clásica obra *El Carnaval* (1983), en la que sitúa la génesis de esta fiesta transgresora en el rechazo del férreo control de la Iglesia durante la Edad Media); hasta su total aceptación basada en razones de índole antropológicas, psicológicas y, las más importantes, pedagógicas (MILTON, 1916; LOCKE, 1982).

### **Los precedentes.**

Se suele reconocer a Schiller en sus, *Cartas sobre la educación estética del hombre*, como uno de los primeros defensores y estudioso serio del juego, y desde entonces son cientos los textos sobre juegos, en los que flota, de cabecera, su famosa frase: "Quede bien entendido que el hombre sólo juega en cuanto es plenamente tal, y sólo es hombre completo cuando juega" (SCHILLER, VIII, carta 14) (3). Desde comienzos del siglo XIX se ha estudiado de forma sistemática el juego, como muy bien nos explica Moltmann (1981): el hombre occidental se vio obligado a trabajar disciplinada y racionalmente en las nacientes, duras y cada vez mayores industrias, estuvo abocado a desterrar de su mundo laboral lo dionisiaco, lo lúdico, lo irracional, por incompatible temporalmente, es decir en la organización del día, con la explotación sistemática en las fábricas. La fiesta, que el trabajo rural permitía por sus tiempos de inactividad, quedó desfasada y desde ese momento el juego se convirtió en un problema de teóricos. Puede que las reflexiones sobre el juego nazcan "a impulsos de la nostalgia romántica o utópica de la simplicidad de un mundo infantil perdido o aún no alcanzado" (MOLTMANN, 1981, 117).

El romanticismo, sin duda, puso de relieve las posibilidades liberadoras del juego, de los cuentos, de las leyendas, de los héroes de las culturas agrícolas y de las manifestaciones festivas que durante la modernidad habían entrado en una profunda crisis que las abocaba a la desaparición (BERNAL, 1993).

En efecto, durante toda la Edad Media se celebraban innumerables fiestas y manifestaciones lúdicas relacionadas con las tareas y pausas del ciclo campesino, tantas que la Iglesia intentó reducirlas mediante su fijación en el santoral, aunque con un éxito desigual (GUALAZZINI, 1968; GARCÍA SERRANO, 1972). El profundo sentido puritano de la Reforma acabó con ese estado de cosas. Su desaparición señala un significativo cambio de dirección en la cultura occidental, un debilitamiento de la capacidad lúdica, festiva y fantasiosa (COX, 1972). La ética del trabajo, del esfuerzo y del ahorro que aporta el protestantismo, como nos apuntó lúcidamente Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1985), acabó imponiéndose en todo el planeta, en una especie de epifanía de estos valores, que llamamos hoy día "globalización". El hecho de priorizar y hacer prevalecer, siguiendo a Descartes (1955), lo racional sobre lo simbólico y mítico, cercenó todo cuanto de lúdico, festivo y fantástico existía en los seres humanos.

El mundo de la diversión lúdica y de lo festivo tenía, pues, sus horas contadas. Pero no sólo eso. También la significación de las fiestas actuales han perdido su primigenio sentido (HUIZINGA, 1972; ECHEVARRIA, 1980). Cox (1972) apunta que las fiestas de hoy no cumplen, como ocurría entonces, el cometido de ponernos en conexión con el despliegue de la historia cósmica o con los grandes fastos de la aventura espiritual del hombre. Caro Baroja lo dice con una contundencia más prosaica, real y cercana: *"Ahora diré que mientras el hombre ha creído que, de una forma u otra, su vida estaba sometida a fuerzas sobrenaturales; el Carnaval ha sido posible. Desde el momento en que todo se reglamenta, hasta la diversión, siguiendo criterios políticos y concejiles, atendiendo a ideas de "orden social", "buen gusto", etc., el Carnaval no puede ser más que una mezquina diversión de casino pretencioso"* (1983, 25).

### **La definición lúdica.**

Posiblemente como rechazo a este estado de cosas se reivindica, desde diversos frentes, la dimensión lúdica y festiva del ser humano. Si Huizinga (1972) habló del *Homo Ludens*, el ya citado Cox (1972) nos remite al *Homo Festivus*. Son modelos que pretenden participar de una visión fantástica, soñadora, libre y visionaria, en oposición al utilitarismo dominante en nuestros días.

La hipótesis del *homo ludens* que, a través de un espíritu de juego, crea la cultura es más amplia de lo que parece. Si bien los trabajos de Huizinga, que se plasman en la primera mitad del siglo XX, han sido continuados o contestados por otros autores como Ortega (1976), desde diferentes campos y esferas. La filosofía del segundo Wittgenstein (1995), articulada alrededor de los juegos del lenguaje, se hace más comprensiva desde esta perspectiva. En definitiva, el juego se ha convertido en un insoslayable principio hermenéutico que puede ser aplicado a los diversos sectores de la actividad humana (WITTGENSTEIN, 1995). Después de Wittgenstein la categoría del juego se aplicó a otros contextos, desde la lógica a las matemáticas (ECHEVARRÍA, 1980), desde la geometría a la filosofía (JANKÉLÉVITCH, 1989), llegando hasta la teología (MOLTMANN, 1981) donde se nos propone un *deus ludens* (BETANCOR, 2001), que tiene una cierta base en la frase bíblica: "Jugar en todo tiempo en su presencia, jugar por el orbe de la tierra" (Proverbios, 8, 30-31).

Los diversos autores que reivindican lo lúdico están llevándonos hasta ciertas fantasías, por una pretendida superación de la aburrida realidad cotidiana, son experiencias que traspasan el tiempo y por tanto a nosotros mismos. Lo lúdico aparece como un signo de trascendencia heroica, como defendió Huizinga en *El otoño de la Edad Media* (2001). Obra en la que por primera vez se recoge la tesis del profesor holandés, en torno al juego como elemento generador de cultura.

La visión que Huizinga tiene del deporte medieval, centrado en los torneos, aporta unos evidentes componentes dramáticos y eróticos. La seducción romántica no se experimenta sólo en los avatares vitales, sino también en los juegos y espectáculos. Por ello el deporte medieval, y sobre todo el torneo, *"conserva en todos los tiempos este elemento dramático y erótico: en un actual campeonato de remo o de fútbol hay valores efectivos propios del torneo medieval, en un número mucho mayor de lo que acaso se imaginan equipos y espectadores. Pero mientras que el deporte moderno ha retrocedido hacia una simplicidad y bellezas naturales, casi griegas, es el torneo medieval, o al menos el del último período de la Edad Media, un deporte de ropaje pesado y sobrecargado de ornamentación, en el cual se ha trabajado y dado forma tan deliberadamente al elemento dramático y romántico, que cumple, por regla general, la función del drama"* (HUIZINGA, 1945, 110). Cierta confirmación histórica podemos recoger en la concienzuda biografía trazada por Duby (1984) de Guillermo el Mariscal (1145?-1219), modelo de caballero competitivo o incluso en la simple lectura del *Cantar de Mio Cid* o del ingenuo y poético libro de Ramón Llull *Libro de la orden de caballería* (1986), las reglamentistas *Partidas* de Alfonso X o el *Libro del Cavallero et del Escudero* del Conde Juan Manuel.

Posteriormente el mismo Huizinga insistió sobre estas primeras intuiciones sistematizándolas en su *Homo ludens*, concluyendo en que todas las manifestaciones culturales tienen su base en el juego (HUIZINGA, 1972). La tesis central de este libro es muy nítida y sorprendente: La cultura nace de forma lúdica. El juego revela su presencia no sólo en las actividades competitivas como la guerra (origen para otros autores de la sistematización deportiva), sino en las más altas manifestaciones del ser humano: ritos, danza, música, arte, justicia y literatura. De este modo todo cuanto de cultura ha generado el hombre encuentra su última razón en el juego. El hecho lúdico se manifiesta como el primer acontecimiento humano generador y promotor de cultura, activado como si

estuviese al margen de la vida cotidiana, pero que, a la larga, genera un ámbito segregado; con sus propios espacios de juego acotados, reglamentados y temporalizados, del que nacen las instituciones sociales, entre otras las deportivas y cómo nos apunta Ortega (1976), el propio Estado.

Huizinga recorre en su libro las sucesivas etapas lúdicas de la Humanidad: Grecia, Roma, Edad Media, Renacimiento, Barroco, Siglo de las Luces y el Romanticismo. Durante el siglo XIX irrumpe el prosaico principio del utilitarismo, propio de la industrialización y del maquinismo que borra toda tendencia a lo festivo y lúdico sustituyéndolo por los intereses del capitalismo liberal.

A partir del siglo XIX emerge poderoso el deporte. Son los juegos y actividades lúdicas de otros tiempos pero que el capitalismo domesticará despojándolo de su carácter transgresor (HUIZINGA, 1972; ELÍAS y DUNNING, 1992). Gran parte del deporte actual ya no es un juego, ha perdido progresivamente su dimensión dramática y fantástica, inequívoco signo de libertad humana, para tomar la seriedad del espíritu puritano que encorseta el juego libre en el reglamentado deporte de competición. Esta actividad se ha alejado de la esfera lúdica para caer en una profesionalización mercantilizada (y eso que Huizinga no pudo conocer la fase actual). De hecho la misma competitividad del mercado que ha contaminado la dimensión ociosa, lúdica y gratuita del deporte ha acabado por pervertir todas las manifestaciones de la cultura y la convivencia humana (RIGAUER, 1981; BROHM, 1972; 1982). La organización de la sociedad occidentalizada de manera global ha impedido y está impidiendo en otras culturas la acción libre y provechosa del juego. Los ideales del trabajo, la racionalización de la vida humana, los criterios de eficacia, la búsqueda de los mejores resultados, apenas dejan resquicios para la presencia del juego en la sociedad de nuestros días. Con respecto a esto último, es necesario apuntar la pérdida de la calle como espacio de relación y juego, a favor de la industria del coche,



este ha expulsado de las rúas no sólo el juego de los niños, sino a los propios niños que tienen que acogerse a lugares protegidos como parques o centros comerciales (SALVADOR, 1997).

Con su teoría Huzinga deja fuera las explicaciones que desde la biología o la psicología pretenden dar cuenta del juego como un excedente de energía vital, imitación animal o simple necesidad de distracción. Para el holandés desde esas teorías sólo se da una explicación parcial del juego, cosa con la que nosotros estamos de acuerdo. Pudiendo concluir que, en opinión de Huizinga, el hombre ha elaborado la cultura a través del juego, al menos hasta el siglo XIX y humanizó la Naturaleza mediante actividades lúdicas.

Para Huizinga el espacio del juego es sagrado (1972), cosa que aún, a través de los juegos infantiles, como ya hemos apuntado, podemos constatar. Pero también piensa el autor holandés que el estadio, el templo, la escena, el tribunal o el campo de batalla son espacios de un juego que están definidos y separados, fundamentalmente, por sus reglamentos que son los que le dan la función y por extensión la forma.

### ***Una posible discusión.***

Antes de pasar al otro gran representante de la teoría de los juegos, Roger Caillois, queremos apuntar desde la obra de Duvignaud que, en *Fiestas y civilización* (1973) *El juego del juego* (1982) y *Juego: el hecho lúdico o el pensamiento vivido* (En Duby, 1997, 417-431) entre otras, nos avisa de que todavía existen posibilidades de juego. En su carácter transgresor, nos remite a los moteros, surfistas, montañeros, etc., a las charlas insustanciales de hombres y mujeres en lugares reservados por separado para unos y otras; bares con fútbol, toros, política, etc., para los hombres; peluquerías (antes eran los lavaderos) u otros sitios, igual de específicos, para las mujeres (DUVIGNAUD, 1982).

Lo que viene a decirnos es que existen grupos humanos que se escapan al control, a veces, el gran hermano orweliano les alcanza y dispersa, pero vuelven a agruparse en otros espacios difuminados e invisibles (DUVIGNAUD, 1982). Son espacios cambiantes, espacios de libertad, que hoy pueden estar en el Village de Nueva York y mañana en la "movida madrileña", en una concentración de moteros en Holanda, en Boedo de Valladolid, en la recién inventada "festa" de Catoira o en una manifestación homosexual en Roma.

Para terminar de glosar y situarnos al lado de este autor, hemos constatado que lo que él plantea; al igual que Caillois, se puede tener en consideración, pero con importantes matices de diferencia entre un autor y otro; como la clasificación de los juegos que hace Duvignaud, agrupados en tres grandes apartados según las fortísimas motivaciones de: Sexo, muerte y hambre (DUVIGNAUD, 1997).

Caillois (1958) también mantiene la tesis central de Huizinga: el juego sigue siendo un hecho primordial en la cultura humana, pero intentando profundizar en algunos de sus aspectos, como la excesiva importancia que da Huizinga a las estructuras externas, en detrimento de las actitudes íntimas que confieren al comportamiento humano una significación más precisa (CAILLOIS, 1946 y 1963). Este formalismo se propone en la identificación, un tanto forzada en nuestra opinión, que Huizinga establece entre lo lúdico y lo sagrado. Sin embargo para Caillois no son situaciones simétricas. Una cosa es la pompa y la representación simbólica y ritualizada en las liturgias, y otra, muy distinta, la actitud personal de cada uno de los participantes en el ceremonial que no puede entenderse como un componente solamente lúdico. Pero a pesar de estas discrepancias para Caillois *"Homo Ludens es una obra discutible en la mayoría de sus afirmaciones, aunque abre caminos extremadamente fecundos a la investigación y al pensamiento"* (CAILLOIS, 1958, 11). Indudablemente al rector de la Universidad de Leyde le cupo el honor de ser quien analizó de manera

magistral varios de los caracteres del juego, y de haber demostrado la importancia de su papel en el desarrollo de la civilización occidental.

Sin embargo Caillois no comparte la definición de juego que nos propone Huzinga por amplia y, a la vez, corta de alcance. Este autor nos propone otra definición más conceptual: “Una actividad libre, separada, incierta, improductiva, reglamentada y ficticia” (1958, 21).

El estudio pormenorizado de los juegos, superando los aspectos formales, favoreció la elaboración de una clasificación de estos en cuatro grandes grupos según predomine la competición, el azar, el simulacro o el vértigo, estableciendo la siguiente nomenclatura: *agón*, *alea*, *mimicry* e *ilinx*. Para Caillois dar preferencia a un tipo u otro de juego contribuye a decidir el porvenir de una civilización. En este sentido propone una correspondencia entre juego y sociedad y plantea que una época puede ser caracterizada por sus juegos y deportes (CAILLOIS, 1958).

Caillois supone que en las sociedades primitivas han dominado los juegos en los que predomina el simulacro y el vértigo (*mimicry* e *ilinx*), mientras que en las culturas desarrolladas, organizadas y jerarquizadas tienen especial predicamento los juegos agonísticos y de azar. En las primeras el simulacro y el vértigo, pantomima y éxtasis, aseguran la cohesión del grupo. Mientras que en las segundas, sociedades contables, la competición y el tantear la suerte propician y favorecen una hipotética quiebra de la estructura estamental. Caillois apunta un interesante ensayo, al final de su libro *Teoría de los juegos*, sobre los juegos de azar, su relación con las matemáticas y la necesidad, con la cual estamos de acuerdo, de un mejor estudio de este fenómeno lúdico, que los técnicos del sistema demonizan con el término de ludopatía. Existen, no obstante estudios intensos e interesantes, aunque alejados de lo que llamaríamos juegos motrices, ya hemos hablado de Wittgenstein, de *The Theory of Games and Economic Behavior* (1944) de John

von Neumann y Oskar Morgenstein y ahora nos hablan mucho de Forbes Nash, sin olvidar el jugueteón, y no por ello menos científico, ensayo *Sobre el juego* de Javier Echevarría (1980).

### ***Las conclusiones deportivizadas.***

Añadir, al margen de los estudios de estos dos grandes autores, Huizinga y Caillois, la afloración de los deportes de los fluídos, del dejarse llevar, como el surf, puenteo, parapente, ala delta, etc. Dentro de las nuevas tecnologías, aparecen juegos que aprovechan la potencialidad de la electrónica, otras generaciones se acercan al deporte para dejarse llevar por la ola, la fuerza de la gravedad, el viento, por energías y fluídos, potencias eólicas o hidráulicas, que están ahí desde siempre, que se mueven, que van y vienen y sobre las que cabe el aprovechamiento. Curiosamente, en los medios financieros, a esta tendencia se le está llamando la nueva economía.

No es casualidad que Deleuze fuese un entusiasta del surf. Estas nuevas tendencias lúdicas que, los prosaicos y aburridos manuales de juegos, llaman californianas se estudian por el ya citado Duvignaud (1982), por Augué (1998) y Verdú (2000). Aunque, podemos colegir, que los asiduos a estas actividades lúdicas no pretenden quebrar ningún sistema, toda vez que se apoyan y deslizan sobre sus beneficios.

Comprobaremos la profusión, en las sociedades europeas pasadas, de un gran número de juegos, competiciones y fiestas, mirando el arte que nos llega de aquellos tiempos. Estos usos que ahora, por motivaciones de economía turística, se intentan volver a resucitar, como apuntábamos en el decir de Caro Baroja (1983), con empeños concejiles, son ya otra cosa, están demasiado ordenados y encorsetados. Así los juegos de nuestra infancia ahora se llaman "tradicionales", las fiestas consisten en degustar platos de la "nueva cocina" y el Carnaval se ha convertido en una actividad escolar.

La muestra de los artistas que se han centrado en representar y describir escenas deportivas y lúdicas es inmensa y no cabe en este trabajo, pero no queremos dejar de señalar a Brueghel El Viejo (1525-1569) que pintó numerosos cuadros representando fiestas y actividades de diversión, motivos que causan una fuerte inspiración en la pintura flamenca; de todos sus cuadros el más interesante, para nosotros, es un óleo que se llama *Juegos infantiles* (1560), visible en el museo de Viena, en el que se representan ochenta y dos formas diferentes de jugar, muchas reconocibles por seguir vivas en nuestros días, mientras que los niños del cuadro llegan a usar una treintena de juguetes. Durero ilustró, con sus iluminados grabados, libros de esgrima. Hablaremos más adelante de Rabelais y "su" educando. Un anónimo Maestro de Amberes nos ha legado una *Fiesta de Tiradores*, poblada de arqueros y damas, con bellos atavíos. Rembrandt dibujará el golf en pleno siglo XVII. Jacobo I publicó en 1618 un *Libro de los Deportes* (animando a sus súbditos, con desprecio del puritanismo reinante, a continuar jugando los domingos y fiestas de guardar), que se sumaba al ineludible de nuestro rey Sabio (1283) y a los numerosos de monterías, cetrerías y otras formas de caza. El gran testigo de la sociedad española de finales del siglo XVIII, Goya, que recogió todos los aspectos de un decadente y brutal mundo, plasmó decenas de juegos, tanto adultos como infantiles, taurinos, de azar, etc. (MESTRE, 1974 y 1990). Pero las prohibiciones también se suceden sin cesar. Autoridades civiles y eclesiásticas publicarán continuos interdictos en este sentido, tratando de proteger a los comerciantes que veían sus tenderetes arrasados y sobre todo, guardar el orden. Todos los instalados en el poder censurarán la violencia que acompaña, por lo general, la práctica de los diversos juegos (MANDELL, 1986; ELIAS y DUNNING, 1992).

Lo laboral, como hemos visto, dentro de la sociedad burguesa y por lo tanto urbana, ee revaloriza en perjuicio del juego, más rural y campesino. A la vez, durante el siglo XIX, se produce la privatización del espacio (SENNET, 1997);

apareciendo la intimidad, la privacidad, la imagen personal a través de la generalización del uso del espejo (VIGARELLO, 1991), etc.; en unas ciudades que, a raíz de la explosión demográfica y el éxodo de la población campesina a las fábricas urbanas, crecen rápidamente (RACIONERO, 1974; POPPER, 1994; SENNET, 1997).

El trabajo se convierte en un valor de cambio, entra a formar parte del mercado de valores, hombres, mujeres y niños son clasificados según su posible producción, con lo cual, la mayoría de la población es excluida del tiempo para las actividades no productivas (ARON, 1959; LAFARGUE, 1976). La escolaridad se comienza a instituir en el siglo XIX para los aristócratas y la alta burguesía, y poco a poco a lo largo del siglo XX, no sin dolorosas luchas sociales, para toda la población de occidente (LEFEBVRE, 1973). Esta escolarización, sin duda alguna beneficiosa, traza una separación entre la infancia y los adultos (LUZURIAGA, 1917; AGAMBEN, 1998). Así pues, el juego tendrá unos espacios y unos tiempos determinados, fijados y controlados.

Todo parece indicar que hemos pasado de una sociedad rural con necesidad de llenar lúdicamente los grandes períodos del ocio agrario; a otra productiva y, por tanto, con actividades físicas cuantificables (récores, marcas, hazañas, estadísticas) y limitadas a través de tiempos y espacios mesurables (ASSA, 1961; UMMINGER, 1964; CAGIGAL, 1981; GIL CALVO, 1992); para ser, en el momento actual, simples consumidores de un deporte espectáculo-profesional-mercantil que nos sirven a través de una maraña de anuncios publicitarios mientras permanecemos inmóviles ante los más variados tipos de pantalla.

### **2.3. Otras variantes de la Teoría de los Juegos.**

Esta poderosa "teoría de los juegos", como generadora de la cultura y el deporte tiene, como es normal, una serie de variantes y derivaciones de fuerte interés, desde las cuales algunos autores reclaman originalidades para

sus aportaciones a la Teoría de los Juegos y que, pensamos, no hacen sino ampliar y robustecer el tronco de la hipótesis de Huizinga que, a nuestro modesto entender, refuerza la de Ortega y su *Origen deportivo del estado*, así como las de Caillois y las teorías civilizadoras atribuidas al deporte por parte de Elías y Dunning. Es decir, que el juego y la conversión de muchos de ellos en deporte ha dado relevancia al Estado y sus instituciones, así como ha participado en la pacificación de los cuerpos, según Elías-Dunning (1992) u otras visiones, como la de Denis (1980), Rigauer (1981), Brohm (1982) y Sánchez Ferlosio (1992) han atrapado la capacidad lúdica-creativa de las masas para canalizarlas hacia una sociedad de consumo.

Tanto para lograr un efecto como el otro, el Estado necesita de la instalación deportiva, ese importante lugar, como un laboratorio, en el que observar y controlar a las gentes que los llenan domingo tras domingo y desde donde se elaboran las teorías políticas de la pacificación, la violencia, el control de masas, la represión y la ex-presión de las frustraciones, etc... (MEANA, 1990); en el que entender la lógica del estadio, la pasión del aficionado como una danza, ritual, catártica, con reglas superiores a las que se juegan en el césped; en el que intentar comprender los mecanismos de esta "liberación", los mismos, quizá, del sometimiento general del individuo en la sociedad del espectáculo (MASON, 1994; EST VE, 1999).

### ***El Deporte como una derivación del Juego.***

Una de las teorías más aceptadas, como ya hemos visto, es la que hace derivar los deportes de los juegos, un fenómeno que se puede comprobar en la transición de la historia de las actividades físicas y deportivas de nuestros días. During (1984) analizó con detenimiento y precisión este proceso en la Francia contemporánea. Bascetta (1978) se sitúa en la misma perspectiva en su sugestiva compilación de textos sobre juegos y deportes.

Lo cierto es que la separación entre juegos y deportes no es todo lo nítida que se pudiese pensar. El simple fútbol es un juego de los niños en las calles y a la vez un deporte en un campo reglamentario (aunque con unas medidas muy variables, al objeto de que pueda ser jugado por todo el que quiera), arbitrado y temporalizado; por otro lado, existen aspectos comunes, como el lenguaje, pero que también son dispares. En los juegos las variaciones del reglamento se acuerdan, en el deporte, están fijadas y no hay posibilidad de acuerdo previo. Estas reflexiones y hallazgos que nos aporta la obra de Carmen Barreto, en su estudio sobre *Juegos, deportes y cultura* (1990), constatan que entre el juego y el deporte sólo existen sutiles diferencias de detalles, aunque nosotros sugerimos que no debe olvidarse la institucionalización del deporte con sus instalaciones reglamentadas y homologadas, sus reglamentos internacionales y sus árbitros con sus gestos y mímicas comprensibles en todos los idiomas.

El juego como nos dice Caillois, “se inicia cuando, como y donde queremos e incluso las reglas se pueden variar si interesa o el espacio disponible así lo aconseja” (1958, 17). Se producen ciertas confusiones entre el juego y los deportes localistas que llaman tradicionales, como la lucha leonesa, la petanca, los bolos, el garrote o cualquier otra modalidad que las burguesías locales, a través de sus poderes institucionales, mantienen vivas y sujetas a las fiestas y a la cultura autóctona. En realidad, para nuestro entender, y defendiendo el juego como una actividad libre, estas actividades no son más que deportes que aún no han alcanzado la mayoría de edad para ser “católicos”, entendiendo por tal: universales, ecuménicos, y así poder salir del ámbito localista.

Sin embargo, en la obra de Barreto se apunta que el concepto del juego abarca toda la actividad lúdica, con reglas propias, un componente competitivo y el requerimiento de un cierto esfuerzo físico. El deporte, para esta auto-



ra, quedaría incluido en esta categoría, impidiendo, por tanto, la clara distinción conceptual entre ambos términos. Con todo existe, dice en esta obra, una diferencia: la institucionalización. Mientras que el deporte implica una actividad física intensa y agresiva enmarcada en un reglamento previsto desde mucho antes, el juego no sólo aporta, aunque sean discutibles, las primeras premisas: intensidad física, agresividad y apasionamiento; sino que se sitúa en una dinámica abierta, informal, capaz de adaptaciones y cambios constantes en lo referente al uso del espacio, a la duración temporal y a las reglas.

Otra divergencia entre el juego y el deporte puede radicar en la fuerte mercantilización que produce el espectáculo deportivo, la industria del gimnasio-belleza, el deporte del rendimiento físico-económico y ahora, sería conveniente estudiar con interés los resultados crematísticos, del cuerpo femenino deportivizado como ocurre en el tenis o en las imposiciones del vestuario que deben usar las deportistas (MASON, 1994), mejor dicho, del escaso vestuario que quiere poner como obligatorio, por ejemplo, la federación de balónvolea. Problemas, estos, que no suelen aparecer en el juego, y sí en los deportes (ASSA, 1960; ERRAIS, 1981).

A pesar de todo, el mundo lúdico no se libra de los apostadores profesionales (BOMBIN, 1946; BAYARRI, 1988; BURUMA, 1993) que, según nosotros lo entendemos, es otra forma lúdica de participar, desde las gradas y con dinero en juego. No obstante este punto es rechazado por todos los estudiosos de los juegos, como si el deporte y el ganar dinero fuese una perversión execrable como uso dentro del juego, al que consideran como algo puro y limpio, es de suponer que por su evidente relación con la infancia, aunque no encontramos sobre qué cánón de comportamientos se basan estos prejuicios como se puede deducir de la novela *La soledad del corredor de fondo* (SILLITOE, 1963).

Sin embargo, en un recorrido por la historia del deporte, de las fiestas y

del juego comprobamos que la apuesta ha estado, desde siempre, unida a las modalidades deportivas y lúdicas, como nos dicen varios autores, Caillois (1958) y Echevarría (1980), entre otros. Podemos seguir recordando, pero ahora acudiendo a nuestra propia infancia, para explicar, como dice Caillois en los últimos capítulos de su *Teoría de los Juegos* (1958), que los niños en el juego de las canicas, los cromos o ahora los tazos, usan dichos juguetes como valores de la apuesta y nunca o nadie ha pensado que ello fuese una perversión anti-pedagógica.

Ciertamente el deporte moderno ha asumido los valores del liberalismo económico, es una de sus herramientas de propaganda y en el siglo XXI, nadie se escandaliza de que ciertas marcas de refrescos, de zapatillas y ropas deportivas sean las patrocinadoras de las Olimpiadas, a cuya organización imponen sus criterios e intereses. *"El deporte se ha integrado en el mercado, como un valor de cambio, al igual que otras actividades humanas y necesita, para su venta y consumo infinidad de ídolos: de los negocios, del cine, de la política, del espectáculo y del estadio"* (SLAPOVSKY, 1996, 20). Desde el mundo de este nuevo mercantilismo se tiene en alta estima el valor del trabajo productivo-económico: la consideración máxima para las categorías valorativas en torno al tiempo y el espacio y otras muchas circunstancias negativas que inciden, de manera evidente, como podemos leer en la prensa más habitual, en las prácticas deportivas de nuestro tiempo (BOIX y ARCADA, 1991; POINTU, 1994).

Desde un punto de vista sociológico las posibilidades y valores humanos del juego, es decir, el espíritu del juego o del *homo ludens*, es superior a los que pueda aportar un sistema basado en la competitividad *metálica* sea deportiva, universitaria, laboral, patriótica o religiosa. Es el espíritu lúdico el que convierte una actividad, cualquier actividad, en juego (HUZINGA, 1968; SÁNCHEZ FERLOSIO, 1992) por eso, siguiendo al último autor, el juego es anómico, pero eso

no quiere decir que esté exento de competición o de un cierto espíritu de superación, tan necesario, por otro lado para que podamos avanzar en los propios desafíos humanos, sean para descubrir una vacuna, ganarnos la vida, atravesar un puente, hacer una casa, escribir un libro o simplemente leerlo. Por tanto, lo lúdico potencia la identidad del grupo social en el que nos desarrollamos, dándonos una dimensión exacta de nuestras posibilidades y valías; nos integra en la sociedad a través de una colaboración-oposición acordada; concede identidad individual y personal, notable y saludable, es decir nos *divertere*, encontrando otra versión de nosotros mismos, como nos decía Cagigal en sus clases del I.N.E.F. de Madrid, en la década de los años 70 del siglo pasado.

En definitiva, nosotros no podemos por menos que entender que el deporte ha sido la evolución de juegos que ya estaban "deportivizados", es decir institucionalizados por los poderes correspondientes del mundo rural (HUIZINGA, 1972, ELÍAS y DUNING, 1992), pero que el Juego, ese gran espacio de la libertad, sobre todo infantil, sigue incolume, puro y sin contaminar, gracias, entre otras cosas, a que los estudiosos se han perdido o al menos están erráticos en ese campo (LÉVI STRAUSS, 1962; TONUCCI, 1997). Por tanto, de manera cómplice, vamos a abandonar este mágico tema, para no dar pistas, pero si recomendar las lecturas de Rabelais (1992), Carroll (1978), los clásicos Huizinga (1972) y Caillois (1957; 1958), Echevarría (1980), Sánchez Ferlosio (1992 y 1997), García Calvo (2000) que lo suelen tocar de manea lúcida, pero muy de pasada y de Duvignaud, *El juego del juego* (1982) que, a nuestro parecer, lo deja bastante definido.

Esta extraña dicotomía entre juego y deporte ha aparecido entre los profesores de educación física, fundamentalmente entre aquellos que no han sido capaces de reconducir el deporte por el camino de la pedagogía y la emulación personal. Por otro lado, la tarea no era fácil, el sistema capitalista se apo-

deró pronto de la capacidad del deporte para generar espectáculo y, por tanto, de ser vendido como un producto más en el mercado del ocio pasivo. Así el deporte contemporáneo viene a expresar la sociología de una sociedad regida por un mercado competitivo y en la que el individuo no es más que un objeto consumidor (POINTU, 1994; RIUS, 1998).

### **3. Objeto formal de la tesis. La cultura como vehículo del juego y de los deportes. Contextualización de los deportes como inherentes a la cultura occidental.**

Si la práctica de los ejercicios físicos tuviese un carácter deportivo en las sociedades primitivas, como incesantemente nos apunta Diem (1966), nos colocaría, sin duda, en el origen al que habría que remontarse para hablar del deporte actual, sin embargo, muestran situaciones muy distintas al deporte occidental. Tampoco la competición parece que haya nacido de una necesidad en sí, sino como una especie de ofrenda a las divinidades, teoría que nos ilustra, entre otros autores, Bickel (1944), Diem, (1966), Ortega (1967), Bouet (1968), Huizinga (1972) y Cotereil (1995). El esfuerzo agonístico no es más que otra forma del acto religioso buscando la ayuda de fuerzas sobrenaturales (DIEM, 1966). Un cuerpo en movimiento no puede ser la base para justificar lo que sentimos como deporte, en todo caso tendría la capacidad de expresar y, podríamos decir, de "parecerse". Entre los primitivos, las actividades que nosotros consideramos deportes quedan, ante todo, como los ritos que acompañan a los mitos correspondientes (MANDELL, 1986), o bien se sitúan como prolongación unos de otros (BOUET, 1968). El elemento religioso y cultural (entendida la cultura como integrante de las formas vitales) es dominante (BICKEL, 1944, DIEM, 1966). Con esto nos estamos situando a cierta distancia del concepto de deporte moderno: objetivo, técnico, científico, cuantitativo..., alejado, él mismo, de sus principios *amateurs* y de su independencia (CAGIGAL, 1981; VIGARELLO, 1988; BARREAU, 1991).

#### **3.1. Introducción.**

Diem (1966) insiste sobre la significación religiosa, entre los primitivos, de las actividades físicas y lúdicas como ofertas a las presencias sobrenaturales, teniendo en cuenta que, es evidente, los juegos y deportes no son necesarios

para la supervivencia, idea que también expresan otros autores clásicos (ORTEGA. 1967; HUIZINGA. 1972) y a su manera, Veblen (1987). Esta teoría nos muestra a aquellas gentes obligadas a presentarse ante sus dioses, llenos de fuerza y de juventud en una exaltación de la energía a través del ejercicio físico (DIEM 1966). Numerosas prácticas corporales están ligadas a las fiestas y éstas a las estaciones del año que regulan los períodos de trabajo y descanso, de recogidas y acción de gracias. La significación simbólica es preponderante: la velocidad se corresponde con la exuberancia de la juventud, pero también, mitológicamente, con la ascensión de la luz y a la ocultación de ciertos actos íntimos. *“En el distrito central de la Nueva Guinea británica, las mujeres miden sus fuerzas contra los hombres en una especie de soga-tira, juegan a la luz de la luna y a la vez que se ejercitan canturrean de forma tal, en el estira y afloja, que ciertos sentidos se despiertan, no sólo en ellos sino en toda la naturaleza”* (DIEM, 1966, 18; BOUET, 1968). *“Entre ciertos pueblos del Caribe, los juegos de pelota, se asocian a las fiestas anuales de la recolección, a través de los cuales se manifiestan los antepasados. La pelota fabricada con la savia del árbol del caucho tiene una interpretación mágica, tanto como el mismo fruto, siendo a la vez manifestación del espíritu divino y revelación de los ancestros”* (DIEM. 1966, 25). En fin, existen múltiples ejemplos de competiciones deportivas, entre los pueblos primitivos, ante los que no tenemos ninguna duda en ligar a las ceremonias de culto a sus muertos, siendo la evidencia más palpable de que el espacio de juego es un espacio sagrado (HUIZINGA, 1972).

### **3.2. El período clásico. Grecia.**

Ya el agonismo griego, en sus comienzos, participaba de esta significación cultural y sacra, tan alejada, al menos aparentemente, de nuestra idea del deporte, pero poco a poco se fue separando de los aspectos religiosos para acabar en una especie de festival (POPLOW, 1959 y 1960), fenómeno que los propios

autores helenos vieron y avisaron en sus escritos (4). Lo que retenemos de la evolución de los Juegos Olímpicos griegos es que, a partir de su fundación en honor a Zeus y después de haber guardado durante mucho tiempo ese carácter de celebración sagrada, se convierten, tras un lento proceso iniciado en el siglo IV a.C., en una fiesta profana. “Las funciones culturales y religiosas de los Juegos se eclipsaron y destruyeron por la especialización y la comercialización” dice McIntosh, en uno de sus primeros capítulos, algo que nos parece pertinente (MCINTOSH, 1963, 17), además de coincidir con autores como Diem (1960), Durántez (1975), Kirk (1985), Mandell (1986) y otros.

La tradición se mantiene, aún después de que Grecia cayera en poder de Roma, pero ya no es aquella fiesta piadosa en la que participaba la juventud entusiasta, idealista y disciplinada que venció repetidamente a los persas en Maratón y Salamina. Ahora es un espectáculo en el que intervienen profesionales, el público acude de todos los lugares a divertirse y nunca más lo harán dentro de un peregrinaje espiritual (LUCIANO de SAMÓATA, *Relatos fantásticos*).

Fuera de los juegos de las distintas ciudades griegas, las actividades deportivas ocuparon un importante lugar en la cotidianidad de los helenos, a través de unos ejercicios corporales motivados por la utilidad guerrera y el cuidado de la salud (BILINSKI 1964). Este tipo de gimnasia se trabajó fundamentalmente en los gimnasios y palestras, quedando el estadio y el hipódromo como los lugares de la competición. Los ejercicios eran fundamentalmente atléticos: carreras, salto de longitud, lanzamientos de disco y jabalina y la lucha, estos cinco ejercicios eran el penthalón y existían otras dos modalidades de combate: el pancracio y el boxeo (POPLOW, 1959 y 1960; DIEM, 1966; MANDELL, 1986).

### **Las comparaciones del ayer al hoy.**

“La teoría del entrenamiento”, bien explicada, expuesta y resuelta en el relato de Diem (1966, 200), recibe en Grecia un impulso importante, encontran-

do grandes parecidos entre el deporte griego y el de nuestros días (WAGNER, 1969; 1970). Pero, tenemos que insistir en no olvidar dos cosas: Una de ellas es que, según dice Ulmann (1967), el deporte actual no nació del agonismo griego, aunque en algún momento de la evolución del deporte moderno se haya reclamado este parentesco (así lo hizo, como decimos más adelante, Coubertin y otros muchos), no pareciendo existir una filiación histórica determinada que no sea ese hilo conductor de la Cultura occidental que, todos parecemos acordar, nació en Grecia (NESTLE, 1962; GRIFFITH, 1969; NIETZSCHE, 1973; GADAMER, 1995). La otra cuestión es más evidente: la diferencia del espíritu deportivo heleno y el que mostramos en el deporte moderno (ULMANN, 1966a).

Tenemos, en efecto, la misma estructura deportiva que los griegos, a través de movimientos corporales intentamos superar un obstáculo, un contrincante o nuestras propias limitaciones, pero las motivaciones por las que nosotros hacemos deporte difieren de las que guiaban a los griegos (GARCÍA ROMERO, 2000). Ulmann lo ha observado e intentado explicar (ULMANN, 1966a, 1966b). Nuestros contemporáneos utilizan la palabra juego como constitutiva del espíritu esencial del deporte, porque para el practicante moderno hacer deporte es un juego, un recreo, un divertimento que nos libera de las fatigas y pesadez de las tareas cotidianas (GARCÍA ROMERO 2000). Sin embargo, para los griegos, el significado era seguramente distinto, semejando más una suerte de participación en la vida de los dioses y participando de su gloria y su moral (SENNETT, 1997). Incluso la forma de ver y percibir la competición es distinta. Entre nosotros tiene un significado de progreso y confianza en las posibilidades del hombre y de su ciencia a través de récord (ASSA, 1961; MANDELL, 1986; VIGARELLO, 1988), siempre batido y superado aunque sea, como en nuestros tiempos, por millonésimas de segundos o milésimas de milímetros (dimensiones que ya no son humanas, pero que nos asombran porque nuestra ciencia puede detectarlas y computarizarlas). Para los antiguos, la competición era una forma de observar al hom-



bre, quizá fue su forma de iniciar el largo camino de la ciencia, del conocimiento y de la sabiduría, para poder cerrarse en sus propias perfecciones en un claro significado pedagógico de la actividad física, que para los helenos constituyó la condición indispensable de una formación que no sería moral, si no fuese física y corporal (GARDINER, 1930; POPLOW, 1960; SENNET, 1997; GARCÍA ROMERO, 2000). En nuestros tiempos, educación física y deportes están separados, al menos en España lugar, de los pocos, en el que se entendió esta sutileza, quizá a través de los Humanistas del Renacimiento como Vives, Ilustrados como Jovellanos, la Escuela Moderna, la obra pedagógica de la Institución Libre, Ortega o de Cagigal: la educación física debe ser la tarea de los educadores mientras que al deporte, fenómeno muy complejo entre los escolares, le corresponde un papel de apoyo a la pedagogía (GURRIARAN, 1983).

Compartiendo las premisas de Ulmann (1966) de diferenciar los significados del deporte griego y el de nuestro tiempo, queremos ahondar un poco más en las distinciones. Vencer un obstáculo, como deporte, para los antiguos griegos tenía menos importancia que para nuestra manera de entenderlo y, sin embargo, lo que valoraban los helenos era la oposición a un adversario. Se corría, se saltaba, se lanzaba o se disparaba un artilugio siempre en oposición a otros contendientes; así se nos aparecen las prácticas de lucha como el prototipo de lo agonístico (DIEM, 1966). El obstáculo no era un resultado conseguido o una marca batida, sino una ocasión para confrontar entre varios rivales y que debía de permitir la consagración del mejor (BOUET, 1968).

### ***La práctica individualizada de los helenos.***

En una sociedad esclavista (ARISTÓTELES, *Ethica a Nico.*, X, 7, 1177), el dominio de la materia parecía repugnar la mentalidad de los ciudadanos libres y que estos prefiriesen ser los más eminentes entre sus semejantes por la realización de azañas guerreras o deportivas (ARISTÓTELES, *Polít.*, VIII, 3, 1338) que por construir uno

de los templos que hoy tanto admiramos (VEBLEN, 1987) debería cuanto menos asombrarnos. Tras la muerte de Esquilo en Sicilia, su epitafio, redactado por él mismo, no hace alusión a su poesía, sino que proclama con todo orgullo su participación en una famosa batalla (ESQUILO, Epigrama, 3).

La cultura corporal no parece haberse desarrollado de otra manera más que enmarcada en gestos bien definidos y estilizados: los juegos de pelota por equipos, con su tremenda variedad de movimientos, complicados trazados de carreras, saltos y lanzamientos con fases de confusión en las ejecuciones; parece que no tuvieron entre ellos el valor que tienen en nuestros días (MANDELL, 1986; SENNETT, 1997). En cuanto a la "corporeidad", lejos de la demanda de nuestro deporte que la ha sumido en la conquista agotadora del tiempo y del espacio, los griegos eligieron el cuerpo singular, presente y sensible como el "espacio" de su expansión (ASHMOLE, 1967; SENNETT, 1997). Una exigencia que más que de Sísifo es de, disculpándonos el anacronismo, Fausto, *"un eterno afán de búsqueda de lo apolíneo, de la belleza conseguida, ahora, en el presente corpóreo, para contemplarla siempre"* (SPENGLER, 1998, 134). El cuerpo y el presente estaban idealizados y, por tanto, divinizados. *"La escultura se nos aparece como la prolongación directa del acto atlético, en el cual se plasmaría el "alma" que, para la Grecia antigua, era la forma de su cuerpo"* (SPENGLER, 1998, 248).

### **El agonismo culturizado.**

En su artículo *El olimpismo moderno*, Cagigal señaló como la clave para entender la dimensión cultural y el significado que tenía en el hombre griego el desarrollo de los Juegos en general, el concepto griego del agón. Lo agonal viene a expresar "temple", "afán de superación" y la práctica de la *areté* (virtud), todo entendido como el despliegue de la *kalonkaigathai* (lo bueno y lo bello). Así, podemos suponer que los Juegos potenciaban el agón como *"fuerza impulsora de la creación vital"* (CAGIGAL, 1961, 157).

Podemos deducir que lo cotidiano, el deporte, el arte y, por extensión, la cultura, se mezclaban en el mundo griego a través del gimnasio (BOWRA, 1981; SENNETT, 1997). Uno de los ejemplos más patentes de que en lo agonal se une lo reflexivo y la acción, lo tenemos en el hecho de que conocemos a Platón (tenido como uno de los máximos representantes del pensamiento humano) no por su nombre de pila, sino a través del apelativo puesto por sus compañeros de palestra (Platón viene a significar "anchas espaldas"), y de otro lado la escuela de este filósofo tomó su nombre del "gimnasio suburbano abundante en árboles y dedicado al héroe Ecademos" (DIÓGENES LAERCIO. IV, 7). Los helenos no olvidaron que el hombre se distingue de otras especies animales más por su hacer que por su pensar, "ya que el pensamiento se engendró en la acción" (CABA, 1993, 145). No fue casualidad que Aristóteles inventase la escuela peripatética (paseante) pues en los jardines del Liceo, otro gimnasio, el continuador de Platón acostumbraba a caminar mientras discutía y disputaba con sus discípulos. Nos llega, a través de Séneca, que "los antiguos romanos no enseñaban nada a sus hijos que tuviesen que aprender sentados" (cit. MONTAIGNE. 1965, libr. 2, 677). El mismo Montaigne nos dice: *Mon esprit ne va, si les jambes ne l'agitent* (Essais. Lib. III, cap. 3). Rousseau que dejó constancia de su amor a la educación física en su considerable programa de actividad física consignado en el *Emilio* llega a decir: "No puede meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más; mi cabeza anda al compás de mis pies" (ROUSSEAU, Confesiones). Volviendo a Grecia es notorio y sabido que la medicina no comenzó su andadura como ciencia hasta que los supuestos padres de esta profesión no bajaron a los gimnasios a observar y aprender de los *paidotribai* (una especie de profesores-entrenadores) cómo éstos trabajaban y solucionaban las fracturas, enfermedades, alimentación, etc. de sus pupilos. "Sabemos, por ejemplo, que Ico de Tarento estudió dietética y que Heródico de Selimbria aplicó la gimnasia a la recuperación de enfermos" (FARRINGTON, 1981, 75). Por último, la inteligente

frase: "sólo tienen valor los pensamientos caminados" la incluye Nietzsche en su importante obra *El crepúsculo de los ídolos* (1973. 35), el filósofo alemán fue un hombre de formación y fino espíritu clásico, sabedor de que todo profundo estudio, lectura o pensamiento necesita el asentamiento que produce el movimiento y la controversia (5).

No podemos olvidar que el concepto de agón nace en la polis griega unido a la reflexión. La filosofía y su consecuencia: la ciencia, que surge del diálogo sostenido por sus ciudadanos en el ágora, en las stoas, en la Academia, en el Liceo, en los banquetes, en las palestras y en los gimnasios (SENNET, 1997), como nos ilustra Vitrubio, mientras va explicándonos la construcción de un gimnasio (VITRUBIO, Lib. V, XI, 50). En la Hélade clásica (siglo V a.C.) se tuvo la noción de una cultura integral. El agón constituía el eje espiritual de los juegos deportivos que resumían el significado de la vida griega, formando parte de la fiesta, en la cual no sólo tenía cabida lo ritual y lo religioso, sino también las ofrendas atléticas (juegos), representativas (teatro), plásticas (esculturas y pinturas), musicales, poéticas (sentimiento) y edificativas (arquitectura). Conviene matizar y realzar que la religión fue el sustrato de los Juegos y, como recuerda Alma Leguis, "fueron los poetas, músicos, escultores, pintores y actores los que, paradójicamente, se pronunciaron en favor de los Juegos y no los filósofos" (LEGUIS, 1989, 9). Ya Homero en la *Odisea* nos dice:

*"Ahora, banqueteándonos, disfrutemos, no haya griterío, porque esto ciertamente es hermoso, escuchad a un aedo tal cual éste es, en su voz semejante a los dioses". (Odisea, 1369, 11)*

Un aspecto relevante de los antiguos juegos olímpicos es que se proclamaban y concedían las treguas o días de paz (DIEM, 1966; DURÁNTEZ, 1975; LAEMMER, 1976). Un período en el que los ciudadanos de las distintas polis debían de posponer, cuanto menos, sus litigios bélicos. Esta peculiaridad, puesta de mani-

fiesto como una cualidad netamente política por Esteve (1999) entre otros, nos muestra una de las relaciones esenciales entre el deporte y la política en Grecia (FABRES, 1967; BROHM, 1981; MANDELL, 1986).

Los juegos tuvieron su esplendor, que coincidió en el tiempo con la brillantez del llamado siglo de Pericles, y posteriormente comenzó su larga decadencia (LE FLOCMOAN, 1965). Durante la dominación romana y a pesar del empeño de los emperadores más cultos y, por tanto, enamorados de lo heleno, como Augusto, Nerón, Trajano, Adriano, Marco Aurelio y los Antoninos, se fue produciendo el declinar de los juegos que, como nos recordaba Ulmann (1965, 4), se abisman en una profunda degeneración, ya apuntada durante el período helenista, provocada fundamentalmente por la especialización y los defectos del profesionalismo. En este sentido, Cagigal, en una frase que se usa por todos, afirma que *"cuando en el año 392 el emperador Teodosio decreta la abolición de los Juegos, no estaba suprimiendo los antiguos Juegos, con todo el esplendor de los agones griegos, sino una pálida sombra de ellos"* (CAGIGAL, 1881, 19).

### **3.3. El período romano.**

Roma fue incapaz de alcanzar la sutileza del pensamiento griego, nunca pudo superar las obras de arte de los helenos y no entendió, como hemos apuntado antes, los agones (FRIEDLÄNDER, 1967). Pero su sentido de la política, en la que nadie les puede enseñar nada, les llevó al desarrollo del espectáculo como su principal arma para regular el comportamiento de la plebe, haciendo literal la frase atribuida a Juvenal (*Sátiras, X, 8*); política fue la magnificencia de sus monumentos entre los que se encontraban los anfiteatros, los circos y las termas, verdaderos foros políticos, canónicos a la hora de copiar instalaciones deportivas en la era industrial; y, por último político fue otro de sus grandes logros: el derecho (GUALAZZINI, 1968; GEMISTO, 1995). Roma reguló su compleja vida política y urbana, con leyes y pautas de comportamientos, un corpus

tan perfecto que hasta hace muy poco se seguía estudiando en las facultades de derecho de Europa, como una de sus materias más importantes (MOMSENN, 1992; GIBBON, 2000). Pero ese afán regulador también llegó a las actividades físicas, legislaron como sentarse y comportarse en los espectáculos, los castigos a los tramposos, etc. (FRIEDLÄNDER, 1967; CAROPINO, 2001), lo que se sigue recogiendo y ampliando en el Digesto de Justiniano, ya en los tiempos Bizantinos (GUALAZZINI, 1968; GEMISTO, 1995).

Por otro lado, el mayor regalo que nos trasladaron los romanos, que aún funciona, en su concepto y en sus instalaciones, son las termas (COARELLI, 1975; LEBOREIRO, 1994). Terma es una palabra de origen griego (VITRUBIO, 1974), pero la realidad que representa es la que se asocia el concepto de la palestra, lugar donde se moldea el cuerpo, con el del baño, donde se purifica. Una idea específicamente romana: el baño fue uno de los más hermosos dones con que el mundo romano obsequió, no sólo al arte, profundamente enriquecido con estos monumentos cuya amplitud, proporciones y racionalidad causan una profunda admiración ante sus ruinosos vestigios y por la civilización que los llegó a construir (BACHELARD, 1988), sino a la higiene (CAROPINO, 2001). Con ellos el cuidado del cuerpo llegó a la generalidad de la gente y formó parte de la vida cotidiana de Roma. *“En aquel mágico decorado, el ejercicio físico y el cuidado corporal se convirtieron en un placer estimado por todos, además de un modo de esparcimiento accesible incluso a los más humildes”* (CAROPINO, 2001, 320).

Sin embargo, Roma es un capítulo que los historiadores del deporte suelen saltarse o no darle mucha importancia como es el caso de Gillet (1971), Mandell (1986) o el mismo Diem (1960; 1966). No gozan, los juegos romanos, de buena prensa, como hemos podido comprobar en determinadas conferencias en diversos I.N.E.F., en las que se ponía en duda el carácter *deportivo* de los *ludi* romanos. Quizá, al margen de la muerte como resultado de unas prácticas sangrientas, el

gran ataque de los padres de la Iglesia, como Tertuliano (*De spectaculis*) y Agustín de Hipona (*Confesiones*), hayan influido en la negación de unos juegos en los que la muerte estaba presente deshumanizando el enorme bagaje que nos han legado en lo referente a los placeres del cuerpo (AUGUET, 1976; 1985).

### **3.4. La transición.**

En el transcurrir de la historia de la Edad Media la práctica de la virtud, desempeñada en el mundo griego por el héroe, se transformó bajo el influjo del cristianismo, encarnándose en la figura del caballero y del santo, conceptos que a veces podían estar en la misma persona: San Luis, San Fernando, Juana de Arco o en la misma clase social integrante de la caballería (VICENTE, 1981; ECO, 1997; RIQUER, 1999; HUIZINGA, 2001). En el medievo, el pensamiento platónico y aristotélico fue sometido a un proceso de reelaboración fundamentalmente por Agustín de Hipona y Tomás de Aquino (ÁLVAREZ, 1998). Sin embargo, aquella filosofía, la escolástica, pronto comenzó a ser minada por el pensamiento nominalista de Guillermo de Occam (entre otros) que, en el nombre de la rosa, fue la cuña aperturista hacia el humanismo renacentista, pero en tanto, supuso una síntesis entre el paganismo del mundo antiguo y el naciente catolicismo.

Las gentes del medievo practicaban también deportes, más bien juegos, en los tiempos de paz (*Pax Dei*), en una época de guerras y disputas por territorios, tierras y terruños (ZABALO, 1975). La nueva concepción política del mundo se sustentaba en el sistema feudal, en realidad no era más que el viejo sistema esclavista traducido al cristianismo, la relación entre los siervos de la gleba, vasallos, soberanos y príncipes de la Iglesia, configuró un nuevo tipo de sociedad (GRINDELL, 1946; DUBY, 1978). La legitimidad del poder, y por tanto de reyes y señores, lo hacían emanar directamente de la divinidad (OSTROGORSKI, 1984). Los días de la llamada paz del Señor, los cuales se elegían cuidadosamente en relación a los tiempos de paro que proporcionaban las labores del campo,

eran concebidos por los monarcas, príncipes y señores feudales como períodos de preparación amistosa para la guerra (KEEN, 1988). De esta forma surgen los torneos, justas, partidos de pelota, concursos de tiro con arco, cacerías y otro tipo de juegos competitivos (DUBY, 1981; RIQUEL, 1999).

### **Los juegos medievales.**

Tras los caballeros y sus necesidades bélicas, aparecen las económicas (PIRENNE, 1987) y los segundones de la familia tendrán que dedicarse a las correrías caballerescas, van de torneo en torneo y de asalto en asalto hasta llegar al simple pillaje por los caminos (DUBY, 1984). Se ensalza su figura en las novelas de caballería y además se manifiesta, entre otros aspectos (BRUYNE, 1988), el *amour courtois*. El eros es idealizado, la carne reprimida y se ensalzan los valores espirituales, al menos entre ciertas clases sociales de los que son ejemplos Abelardo y Eloísa (RIQUEL, 1992; ISEO, 1997). También las justas y torneos se atemperan, llevándose a cabo con armas corteses, es decir espadas sin filo, lanzas embotadas, mazas de madera, etc. (JUSSERAND, 1901) En toda esta nueva reinterpretación del platonismo el cuerpo es, en este período más que en ningún otro, *la cárcel del alma*. Lo corporal pasa a ocupar un papel secundario, pues representa la naturaleza lasciva, pecadora y mortal del hombre, aquello que hay que someter y disciplinar, y nada mejor que recordar con Ortega en su *Origen deportivo del Estado* que asceta deriva del griego *askesis*: “era el régimen de vida del atleta, lleno de ejercicios y privaciones... su primera casa y su primer club placentero, es también el primer cuartel y el primer convento” (ORTEGA, 1967, 269). Comprobamos cómo se une el trabajo del joven griego para esculpir exteriormente su cuerpo con el sacrificio del cristiano para dominar interiormente el suyo (WYCHERLEY, 1978; BROWN, 1993; SENNET, 1997). Como consecuencia de todos estos factores ideológicos el olimpismo caerá en el olvido, cegado por la luz del platónico Bien Supremo: Dios.



## **El Renacimiento.**

En el Renacimiento o renacimientos (PANOFSKY, 1975) se vuelve a recobrar una dimensión íntegra del ser humano. El hombre, imagen y semejanza de Dios, es el ser amado, el rey de la Creación (BURKHARDT, 1958). En él se enseñorean, a escala reducida, los aspectos más hermosos del Universo. El hombre es un microcosmo donde resuena el macrocosmo, como destacaban los filósofos de entonces y algunos de los pensadores eclécticos florentinos entre los cuales se encuentran Ficino, León Hebreo y Pico della Mirándola. El neoplatonismo de aquella época, por lo tanto, rescata la teoría platónica que asocia el bien no sólo a la belleza del alma, sino también del cuerpo, recuperándose de este modo la valoración de lo corporal (BURCKHARDT, 1958).

Todo ello implica un fortalecimiento de la actividad física, aunque todavía se podrán apreciar considerables limitaciones. En este sentido Cagigal, en su interesante artículo *El fenómeno psicológico en el deporte*, sostiene que: “el Renacimiento, sin desembarazarse del intelectualismo, atendió a la sensibilidad estética. El hombre pasa a ocupar el centro de la atención. Pero, aunque la plenitud física de estilo miguelangelesco haga creer en el ingreso al fin del hombre integral en la cultura, ésta sigue relegando el aspecto físico humano a puro objeto de contemplación estética. Hubo brotes enjundiosos de integración de la actividad física en el quehacer cultural, como el de Vittorio da Feltre, el de Mercurialis, etc. (6). Pero quedaron como unos movimientos aislados. El gran humanismo de los siglos XIV, XV y XVI, debido a la ignorancia del cuerpo humano como elemento activo de cultura, fue un “humanismo de contemplar” (theorein), más que un “humanismo de quehacer” (poiein). El hacer siguió siendo de acotada incumbencia espiritual” (CAGIGAL, 1963, 346-347). A pesar de las acertadas palabras de Cagigal, no podemos dejar a un lado ciertos espíritus, solitarios y minoritarios, que observan con mirada curiosa, anotan rigurosamente lo que ven y experimentan para

confirmar lo que suponen; Copérnico, Giordano Bruno o como Leonardo, genio tenebroso y abarcador de todo el conocimiento de su tiempo que nunca tuvo en cuenta Las Escrituras (1975), o el más pragmático y conversador Galileo que siempre intentó zafarse de las interpretaciones metafísicas: La Ciencia comenzaba a materializarse (SINGER, 1945; SÁNCHEZ RON, 1999).

El impulso alcanzado por la Ciencia a partir del Renacimiento dará sus frutos en el llamado Siglo de las Luces, posibilitando su desarrollo autónomo con respecto a la religión (SINGER, 1945; SÁNCHEZ RON, 1999). Por su parte, la racionalidad filosófica también consigue su independencia, separándose del mundo religioso, y constituyéndose en tres esferas de saber autónomas: la metafísica, la ética y la estética. Estas distinciones realizadas por Kant (1921) en su época, posteriormente fueron retomadas por Max Weber (1989) y en nuestros días por uno de los discípulos de la Escuela de Frankfurt, Habermas (1968). Pero si la pequeña síntesis histórica nos ayuda a comprender el proceso de secularización del pensamiento moderno, también debemos tener en cuenta el desarrollo paralelo por lo que se refiere a la integración del aspecto físico en la cultura de Occidente, cuyo signo más evidente se inicia con Descartes que separa la *res cogitans* (mente) de la *res extensa* (lo físico y el cuerpo) y continúa con el empirismo de Locke (1940, Libr. II) y de Hume (1923, T. I), entre otros. Con la recuperación de lo corporal como valor humano entramos en la Modernidad (DESCARTES, 1990), nueva escenografía en la que empieza a ser posible la invención del deporte industrializado y de los modernos Juegos Olímpicos.

### **3.5. La antesala de los Juegos Olímpicos actuales. El industrialismo y las naciones.**

En la *Historia cultural del deporte*, Mandell sostiene que, a pesar de la no recuperación de los Juegos durante los períodos anteriormente aludidos, durante estos tiempos se mantuvieron vivos los recuerdos olímpicos y nuevamente son los

escritores los que más señales guardan de este recuerdo como Erasmo, Rabelais, Góngora, Calderón, Cervantes (7). Mandell insiste en ello cuando nos dice que *“las bases económicas y la estructura de la sociedad europea de comienzos de la Edad Moderna, diferían, por supuesto, de la de griegos y romanos (...) pero entre las personas cultas, junto al interés por los clásicos de la literatura, se manifestaba cierta curiosidad por el deporte y los festivales deportivos de los griegos, que nunca se extinguiría totalmente”* (MANDELL. 1986, 205-206).

Los actuales griegos, después de conseguir su independencia de la mano de los intereses británicos, intentaron organizar y recuperar los Juegos. El mismo Mandell comenta cómo Evangelios Zappas, un rico armador, aportó una notable donación al rey Otto de Grecia *“para la restauración de los Juegos Olímpicos y su celebración cuatrienal, de acuerdo con los preceptos de nuestros antepasados, los griegos clásicos. El primer festival se celebró en Atenas un domingo de 1859”* (MANDELL. 1986, 207). La periodicidad no se respetó, por conveniencias políticas, y los últimos juegos financiados por el magnate griego, nos sigue diciendo Mandell, se celebraron en 1888.

### ***Un breve paréntesis para hablar de la palabra deporte.*** (Anexo 7)

Antes de proseguir con el análisis de las Olimpiadas modernas, quizá fuese conveniente precisar el polémico y prolífico origen de la palabra deporte, ya que en última instancia el concepto de este vocablo alcanza su máximo desarrollo en los tiempos actuales. Existe una gran confusión con el origen de la palabra deporte, debido a que el nacionalismo inherente a todos los países europeos relaciona dicho origen con su lengua. En un principio algunos creyeron y otros fomentaron que la palabra era derivada del término *sport*, acuñado en Inglaterra durante los siglos XVII, XVIII y XIX. Posteriormente autores alemanes la reivindicaron como suya, también los italianos y los franceses, éstos últimos quizá con más fundamentación al hacerla aparecer en la

Provenza medieval (TRAPERO, 1979). No obstante es Miguel Piernaveja quien mejor la sitúa en su estudio *Depuerto, Deporte. Protohistoria de una palabra*, dejándola en una procedencia mediterránea-occidental. La palabra deporte es lógico que tenga un origen latino. Paul Adam (1958) manifiesta que procede de *deportare* que hace referencia a la salida de las puertas (*portae*) de la ciudad, para participar en los juegos competitivos, como se hacía en el Campo de Marte situado a las afueras de Roma.

Piernaveja comenta que la palabra "deporte" (*depuerto, deport, deportar*) se consolida en las lenguas romances durante los siglos XII y XIII, significando antes que nada diversión y fiesta (8). La forma verbal "deporte" aparece por primera vez en el *Poema del Mío Cid* (1140) con un significado parecido al que usamos hoy día (PIERNAVEJA, 1966, t. VIII), aunque después se pierda y durante el siglo XIX y parte del XX en nuestro país se utilizaba el vocablo *sport*, con desprecio del término deporte que se siguió usando durante el XVII como nos ilustran los textos del padre Mariana (1537-1624) en su magna obra *Historia de España* (VIII, 9) o Fray Cristóbal de Fonseca (1550-1621) en su *Vida de Cristo* (I, 2, 8), después desapareció hasta que Pardo Bazán alertada ante el avance de la palabra inglesa volvió a lo castizo reivindicando el viejo vocablo deporte (Cf. PIERNAVEJA, 1960, 423). La historia de esta palabra, a pesar de los impagables trabajos de Piernaveja (1971, 29-46), Gregorio Salvador (1971, 9-30) y Cagigal (1971), está todavía esperando esa investigación que arroje más luz sobre el tema (Anexo nº6).

### **Los Juegos Olímpicos modernos.**

Sólo la mente apasionada y culta de Pierre de Frey, barón de Coubertin, pudo llevar a cabo la realización de instaurar unos Juegos que, en el siglo XX, se pareciesen lo más posible a los antiguos agones griegos (COUBERTIN, 1967). Según Cagigal, para ser más exactos deberíamos encuadrar su tarea y reconocer en él al instaurador "de unos nuevos Juegos, a imitación de los antiguos,

pero más universales" (CAGIGAL, 1981, 20). Este comentario es agudo y certero en sus dos afirmaciones, pero fundamentalmente nos interesa destacar la primera, pues, en efecto, el barón sólo llegó a recrear los ideales griegos en su pensamiento a través de sus escritos, pero éstos nunca llegaron a plasmarse en la realidad del siglo XX y posiblemente tampoco entre los griegos, fieramente humanos al fin y al cabo (GARCÍA CALVO, 2000), sino en esa realidad inventada y recreada por el movimiento romántico de la Europa imperial, industrial y colonial del siglo XIX.

En la herencia de Coubertin podríamos hablar, con Esteve (1999), de una especie de sincretismo de influencias históricas de índole diversas: la Grecia clásica, la caballería medieval, el romanticismo, los movimientos nacionalistas gimnásticos del XIX (Jahn, Guts Muts, Ling, Amorós) y el movimiento pedagógico aristocrático de la Inglaterra Imperial (Arnold). Aunque también se puede rastrear en todo el trayecto apuntado, la supervivencia de una clase social dominante, que usa el deporte como signo de distinción, teoría que ya nos señaló con total claridad y hace mucho tiempo el viejo maestro Veblen (1987).

Sin embargo en las Olimpiadas modernas el contenido lúdico del deporte ha sido vencido por las exigencias, no de la alta competición sino de las servidumbres derivadas de la venta del espectáculo: la industrialización y mercantilización del deporte (VOLPICELLI, 1960).

Coubertin en su mensaje *Fundamentos filosóficos del olimpismo moderno*, pronunciado ante la radiodifusión alemana en vísperas de la olimpiada nazi (año 1935) destaca los siete conceptos esenciales del olimpismo: religión, tregua universal, nobleza, selección, mejoramiento ontogenético y filogenético, caballerosidad y belleza espiritual (COUBERTIN, 1967). Todo un panfleto a favor del totalitarismo rampante en la Europa de los años treinta del siglo XX.

En su concepción religiosa se aunan valores entresacados de la mitolo-

gía griega y los comunales del cristianismo medieval, ambas influencias ensambladas al sentido del ahorro, sacrificio, superación y lucha del puritanismo de los países anglófonos, posibilitan la universalización de los Juegos como uno de los mejores índices de la sociedad capitalista (COUBERTIN, 1973). Esta globalización que, con total evidencia, se ha producido (no existe un lenguaje más universal que el deporte), pretendía que los Juegos se entendiesen como períodos de pacificación y de fraternidad entre los pueblos. Pero, podemos decir, que la universalización del deporte lo ha sido más por los efectos del industrialismo y su expansión, veáse como se fue abriendo paso el fútbol en Europa, que por los ideales caballerescos de Coubertin (VOLPICELLI, 1960). El lema lanzado por un arzobispo de Pensilvania en los Juegos de Londres, *lo importante no es ganar sino participar* (Cit. GILLET, 1971, 114), refleja un espíritu, sino dentro de la línea manipulativa de la Iglesia, cuanto menos ingenuo, que se podía unir al deseo de conseguir unas Olimpiadas despolitizadas, que recuperasen el primigenio y supuesto estilo griego, alcanzando el nivel más elevado en el que lo estrictamente deportivo se hermanase con la cultura de manera vital entre los humanos (COUBERTIN, 1973).

### **Juegos y cultura**

*“Otra de las ideas rectoras de Coubertin fue convertir las Olimpiadas en certámenes físico-espirituales. Dio conferencias y promovió el movimiento de concursos activos artísticos. En 1912, en los Juegos de Estocolmo, se hizo, por primera vez, reunir a escultores, pintores y escritores en un concurso olímpico. Sólo los escritores lo hicieron medianamente aceptable. Pese a los esfuerzos del barón, los artistas no se daban por enterados”* (CAGIGAL, 1961, 176). Estas propuestas fracasaron definitivamente cuando en 1947, recién acabada la II Guerra y en un ambiente de reconstrucción y austeridad, el Comité Olímpico decidió acabar con estas convocatorias.

Es curioso que un espíritu tan sutil y amplio como el de Cagigal pudiese llegar a decir que “uno de los mayores abismos que separa el olimpismo moderno del helénico es la ausencia actual de repercusiones artísticas y culturales de tallo” (CAGIGAL, 1961, 167), cuando una simple mirada a nuestro alrededor nos muestra todo lo contrario: en el cine, las películas dedicadas al deporte son incontables, desde obras maestras como la de Leni Riefenstahl sobre la olimpiada de 1936, pasando sobre la conocida *Carros de fuego* (HUDSON, 1981), con cinco “oscar” (una manera de competir en esta modalidad artística), a los dibujos animados estilo *Spice Jam* (PYTKA, 1996); la literatura, aunque no ha producido una obra maestra en este género, nos dió desde Montherland y sus *Olimpicas*, a *La soledad del corredor de fondo* pasando por los escatológicos *Once cuentos de fútbol* de Cela, *Fiebre en las gradas* de Horby o una parte de la obra de Delibes; la plástica que nos deleitó con obras de Picasso, Dalí, Legér, Chillida..., es de una prodigalidad tan evidente, que un estudio sobre el tema sería inabarcable; tendríamos que añadir el infinito mundo de la fotografía, la televisión, los anuncios publicitarios, que se irán guardando como archivos de nuestras actividades físicas (MANDELL, 1986) (9). En definitiva, el arte y la literatura sí se ha fijado en el deporte: lo usan, lo trabajan desde dentro y desde fuera, lo adoran y lo detestan, lo interpretan y lo hacen suyo. El deporte forma parte de la cultura de Occidente y se impregnan mutuamente. De todas maneras recordemos que tras las Olimpiadas de Barcelona, el entonces presidente del COI, decidió organizar un museo (esperemos que sea más de musa que de mausoleo) olímpico, plasmando en realidad una de las ideas de Coubertin.

### **Juegos y política.**

Mucho de los sueños de Coubertin se fueron perdiendo en la vorágine del siglo XX. Las Olimpiadas modernas, naturalmente, se politizaron, como

politizadas estaban las Olimpiadas griegas (ya hemos consignado que el factor de establecer una tregua era un acto político y sus participantes lo eran en representación de las polis-estado), salpicándose todas ellas de conflictos políticos, como sería previsible para cualquier observador atento a las actividades humanas (MEYNAUD, 1972; BROHM, 1981; RIUS, 1998). La política partidista y nacionalista de los occidentales, el mercantilismo, el consumismo, la conversión del proletariado en las actuales clases medias occidentales y, en definitiva, el desarrollo de una cultura occidental basada en el libre mercado arramblaron el ideal cubertiniano a una especie de pseudo-religión helenizante, teatralizada y en la que los miembros del C.O.I. hacen el papel de sacerdotes 1 (10).

El incombustible e impagable Piernavieja dirigió en 1972 una tesina o tesis fin de carrera en la que se recogían todos los conflictos que se habían producido en las Olimpiadas desde la primera en Atenas 1896. De esta nos cuenta que *"la coyuntura de la celebración de los juegos, fue aprovechada por el gobierno nacionalista griego para reivindicar territorios, entre otros la isla de Creta, a Turquía. Esto condujo a una guerra entre los dos países en 1897 y a la desconfianza de las naciones europeas sobre la política griega"* (PÉREZ MORENO, 1972, 54-55), pero también en el plano deportivo hubo problemas, no tanto por el estallido del nacionalismo popular heleno motivado por el triunfo en la maratón del pastor griego Spiridon, como por la pretensión del gobierno de la Hélade de dejar fijos los juegos y, por tanto, su control en la mítica Olímpia. Las naciones "civilizadas", sobre todo Inglaterra y Francia, se negaron, no fiándose de la "bárbara" Grecia, desconfianza que reforzaron "guardándose para la humanidad inglesa" los frisos del Partenón, y para la cultura humanista francesa la Victoria de Samotracia y entre todas las potencias europeas se repartieron cientos de obras del pasado cultural occidental. Deberíamos preguntarnos: si tuvieron la osadía de quedarse con las sólidas piedras, ¿qué no hicieron con las etéreas ideas?



*"Los Juegos de París (1900) estuvieron a punto de suspenderse a causa del racismo dominante en Francia contra los judíos" (PÉREZ ARAGÓN, 1993, 65). El caso Dreyffus y el famoso alegato de Zola Yo acuso son lo suficientemente ilustrativos como para no añadir nada más.*

*"En los Juegos de San Luis tuvo que intervenir el presidente americano Roosevelt para dilucidar el contencioso entre las ciudades de Chicago y San Luis" (PÉREZ MORENO, 1972, 56). Así podríamos seguir relatando los problemas micro-políticos de unos Juegos que nacieron de intervenciones de las clases altas y de los intereses de los estados-nación enfrascados en el reparto del resto de los continentes, lo que se llamó colonialismo. Cagigal nos cuenta cómo "en 1924, en París, Coubertín tuvo un grave disgusto, llegando a enfermar, por el comportamiento de sus compatriotas franceses que rasgaron la bandera de EE.UU. tras la victoria de éstos en rugby por 18-3 sobre Francia en el marco de los Juegos de París" (CAGIGAL, 1981, 92). Pero la utilización política del deporte se hizo paradigmática en los Juegos de la Alemania nazi, en el Berlín del año 1936 (CAGIGAL, 1981, 92), y antes en los Mundiales de Fútbol, en la Roma fascista del año 1932. La Unión Soviética se sumó a la utilización social y científica del deporte desde los años cincuenta, iniciada la guerra fría y admitido este poderoso Estado en los Juegos (ESTEVE, 1999). Los países totalitarios, es decir aquellos que controlan todas las facetas de los habitantes del territorio que supuestamente administran, fueron los que mejor entendieron el enorme poder catártico del deporte así como la desviación de los problemas reales hacia los deportivos (BROHM, 1978; RIGAUER, 1981; MANDELL, 1986). En estos momentos son los Estados de corte liberal los que han perfeccionado los sistemas de control, contando, entre otros instrumentos, con el deporte (DÁVILA, 1972). La organización de las Olimpiadas nazis, corrió de la mano de Diem (MANDELL, 1986; RIUS, 1998), un erudito del deporte y de los agones griegos, al que citamos repetidamente, y éste fue capaz de crear una hermosa escenografía de antorchas, podios, ban-*

deras, desfiles, medallas, etc. que, aunque muchas partes del *atrezzo* teatral se habían usado en otras Olimpiadas como la de Los Ángeles (MANDELL, 1986), se siguieron repitiendo transcendentamente en los Juegos siguientes como si aquellos actos solemnes fuesen la herencia griega y no el invento de un estado totalitario.

De otro lado hay que recordar que, en poco más de un siglo de Juegos, los conflictos bélicos no sólo han fluído de continuo sino que han sido los más atroces de la Humanidad y nunca una olímpada paró una guerra sino que por dos veces ocurrió lo contrario dejándo sin cumplir hasta cuatro olimpiadas (CABA, 1993; GARCÍA CALVO, 2000). Pero el Comité Olímpico, que presume de universal, de humanista, de lo *importante es participar*, de bandera blanca con los cinco aros representando, en sus colores, a las razas que viven en el Planeta, nunca tuvo la valentía de celebrar esas Olimpiadas fantasmas (se cuentan a pesar de no haberse realizado) en algún país de África, Asia o América del Sur que no participase en alguna de aquellas dos guerras civiles europeas. La evidente negativa se basa en la economía de esos precisos países que no estaban en esas guerras y su sefura dependencia de las naciones beligerantes.

Hacer una lista de los conflictos de destrucción, dolor y vandalismo que se llaman guerras no tiene objeto por su obviedad, pero si queremos recordar con Mason (1994), las injusticias olímpicas comenzando por el piel roja Jim Thorpe y las, cuanto menos, extrañas leyes del amateurismo, que llevaron a trabajadores a la cárcel por no someterse a ellas; las exclusiones de atletas judíos o negros de las selecciones de sus respectivos países de nacimiento (todos occidentales) y con la recomendación expresa de Avery Brundage el que después llegó a presidente del COI; la exclusiones de deportistas negros de las primeras olímpadas y lo mismo ocurrió con las mujeres (OGIESBY, 1982; ESTE-

VE, 1999); la inmensa dignidad de Cassius Clay o Alí (LARDNER, 1988) ante el maltrato que recibía de la sociedad americana, las matanzas de los atletas judíos en Munich y de los más de trescientos estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas en Méjico; la persecución y olvido decretado contra los siempre admirables atletas negros del Black Power en Méjico; la persecución de los deportistas homosexuales; los humillantes controles de sexo para las mujeres "dudosas"; los pactos de caballeros para sancionar sólo a Ben Jhonson en Seúl; la hipocresía hilarante ante el uso masivo de los entrenamientos químicos, etc. Sin embargo, a pesar de todos estos conflictos el olimpismo sigue en pie. La causa de ello, según Cagigal, habría que buscarla en la excelente plataforma de propaganda que representa para todos los países del mundo, y en ello reside el éxito de los Juegos (CAGIGAL, 1982). Pero también en las pequeñas luchas de las gentes que creyeron en el espíritu olímpico lo que no es privativo de las instituciones o de los grandes Estados: Hablamos de Cassius Clay, John Carlos, Beamon, Navratilova, Jim Thorpe, Pelé, Ashe, Owen, ... Hay que reconocer que en los últimos años el deporte femenino ha logrado su plena integración, la solidaridad olímpica funcionó contra el ominoso régimen racista de Sudáfrica (MASON, 1994), aunque golfistas como Olazábal y Ballesteros nunca puedan explicar su falta de solidaridad y caballerosidad demostrada en su desmedido afán por el dinero ofrecido por el gobierno racista de Suráfrica. Hoy día ningún ser humano tiene vetado la participación en unas olimpiadas por el color de su piel o su procedencia social y la mujer puede participar en cualquier deporte que le guste; pero, recordémoslo, no fue un regalo, nada fue un regalo, todo se debe al tesón de muchos hombres y mujeres que abrieron, denunciaron y pelearon contra las injusticias (BROHM, 1975; RIGAUER, 1981; MASON, 1994). Aunque aún queda mucho por avanzar y hacer, el Comité Olímpico ha puesto en marcha la oficina de solidaridad olímpica con la idea de ayudar a deportistas de valía a desarrollar y completar sus carreras deportivas.

### **La comparación.**

Insiste Cagigal sobre que los Juegos de hoy distan mucho de ser una conmemoración de los celebrados en la Grecia clásica y si guardan algún tipo de relación, sólo sería posible hablar del continuismo de la idea que de los últimos tiempos de los Juegos (época de la Roma imperial) guardó Europa (CAGIGAL, 1982). Al comienzo de este capítulo nos hacíamos la pregunta de si los JJ.OO. modernos son la continuidad, la herencia o evolución de los antiguos o, por el contrario, son una mezcla de los valores e intereses de la cultura occidental y su transitar histórico.

Vemos con claridad que los Juegos modernos no están muy lejos de los Juegos clásicos a pesar de los siglos transcurridos, pero sólo nos referimos a las pruebas deportivas (AMORÓS, 1999). Las competiciones clásicas griegas, pasaron de ser un ritual religioso austero y respetuoso con las normas sacras (POPLOW, 1959), a unos juegos en los que primaba la chabacanería, un profesionalismo circense de gentes que iban de feria en feria montando sus groseros combates y espectadores soeces y desmoralizados en todos los sentidos de la palabra (JENÓFANES, 1964; POPLOW, 1960; GILLET, 1971; BROHM, 1981); entre estas dos situaciones, un fulgor luminoso que conocemos como el siglo de Pericles (BOWRA, 1981).

El ideal del mundo griego partió de las interpretaciones que los románticos del siglo XIX hicieron de aquella llamarada de los siglos V y IV a.C. (BERNAL, 1993). Cultivar y modelar el cuerpo, entender las capacidades y las diversas destrezas físicas como el conjunto de una totalidad armónica, era la distancia social que ponían las clases altas griegas que vivían a costa del trabajo de miles de esclavos, no consideraban a la mujer como un ser humano (ARISTÓTELES, *Política*, Lib. VII, XVI) y su única ocupación era la guerra. Extrañando, a cualquiera que piense un poco, la bienintencionada ocurrencia del barón de Coubertin de resucitar las Olimpiadas como instrumento de paz entre los pueblos, que

olvidó que la historia jamás ha conocido un ejemplo semejante de gentes que, teniéndose por hermanos en el grado más estrecho que cabe imaginar, se hayan odiado y peleado más encarnizada y frecuentemente que los helenos (FERLOSIO, 2000) hasta el extremo de hundirse sin remisión, como apéndice de Macedonia y luego esclavos de lujo de Roma.

Su gran poema nacional, la *Iliada*, es una exaltación del comportamiento más brutal e inhumano. Siempre se nos habla de los juegos en honor de Patroclo, juegos en los que los premios eran animales y mujeres (HOMERO, *Iliada*, Cant. XXIII), pero pocas veces alguien, quizá Elías y Dunnig (1992), llama la atención sobre el asesinato de una docena de jóvenes prisioneros troyanos en la pira del amante de Aquiles. Sabemos por Heródoto que cuando los atenienses entraron en Mileto se comportaron de una manera racional, desde el punto de vista militar y de protección de sus intereses, cuando degollaron a todos los varones, incluidos los niños, y esparcieron como esclavas a las mujeres por el resto de las ciudades-estado aliadas.

Y el parangón es aún mayor si nos atenemos a que los Juegos clásicos estaban programados para la exclusiva participación de los guerreros y sólo se paraban las innúmerables guerras intestinas entre griegos (nunca se detuvieron las que se hacían contra otros pueblos), para asistir a este festival de hoplitas, exaltación del depredador (ESTEVE, 1999). Era el reflejo de una sociedad que necesitaba el trabajo del esclavo y el control territorial de los vecinos para sacar de ellos las materias primas y los alimentos (VERNAT, 1993).

Los Juegos de hoy día son exactamente iguales, en su vinculación al sistema de vida y a la cultura dominante, los Juegos Olímpicos son un espectáculo que sirve, fielmente, a las leyes del mercado libre (VOLPICELLI, 1960; RIUS, 1998). En sus comienzos sólo podían participar los "caballeros", en su mayoría diplomáticos o militares y, mientras ellos jugaban noblemente a rudos y "viriles" deportes, bajo

reglamentos estrictos y dentro del juego limpio, los proletarios tenían que soportar espantosas jornadas de trabajo en condiciones inhumanas para darles, a los nobles señores, la plusvalía de su sufrimiento (RIGAUER, 1981; VELEN, 1987; RIUS, 1998), y los países llamados del Tercer Mundo soportaban el sistema colonial de explotación y depredación y como botón baste la política de Leopoldo II, rey de Bélgica, en el Congo, territorio que asumió como una finca privada. Poco a poco la clase obrera europea fue conquistando sus derechos, su educación y sus propios juegos que les habían robado. Comenzaron a destacar, nada más conseguir la tarde del sábado libre y cuando, después de la II Guerra Mundial y finalizando los cincuenta del siglo XX, se convirtieron en la potente clase media que ahora son, irrumpiendo en los deportes para hacerlos suyos (VOLPICELLI, 1960; BOUET, 1968; LAGARDERA, 1990), los caballeros comenzaron a desaparecer del medallero olímpico. Francia fue campeona del mundo de fútbol, el 14 de julio de 1998 gracias a los jugadores de sus colonias (11).

Pero de nuevo ha comenzado el expolio. Cada vez más, se va perdiendo el derecho al deporte práctica para convertirlo en simple consumo de espectáculos deportivos, casi circenses y protagonizados por una legión de mercenarios (DÁVILA, 1972; LAGARDERA, 1990). En las Olimpiadas actuales sólo participan las marcas de los tenderos que venden ropa, zapatillas, bebidas, carne para voyeurs, a través de la televisión (VERDÚ, 2000) o productos de laboratorios en los botiquines.

Para el mismo Cagigal el "lenguaje" que se usaba en los Juegos de su tiempo no se parece en nada al que empleaba Coubertin, que decía estar inspirado en los "ideales griegos". El olimpismo, es evidente, nunca ha funcionado para solucionar los grandes temas de la humanidad y sin embargo, el bueno de Cagigal, desde su idealismo, afirma en su artículo *El Olimpismo moderno*: "si los Juegos miran al bien de la humanidad resulta inadmisibile

*sacrificar un ser humano por el lujoso motivo de un resultado sensacional (...)* Y si con los Juegos se pretende ayudar buenamente al bien de la humanidad no será honesto, ni como práctica ni como propaganda, entronizar la desmesura humana (...) del campeón natural, racionalmente cultivado, a deportista superadaptado, media un trecho (...) Todo aquello que eduque integralmente al hombre marcha bien en los Juegos Olímpicos" (CAGIGAL, 1961, 154). Ocurre que somos muchos los que estamos de acuerdo con las palabras de Cagigal, pero estamos de acuerdo por el idealismo que rezuman, por el compromiso humano que denotan (y no es la primera vez que los jesuitas están en sintonía con los ideales de un humanismo activo y político). Pero entendemos que Cagigal está expresando un deseo, deseo intenso y humano, pero no está hablando de la realidad de los Juegos Olímpicos industriales que no los inventó Coubertin sino la sociedad industrial y el capitalismo (VOLPICELLI, 1960; CAGIGAL, 1982). Coubertin decía cosas tan fuera del tiempo real, incluso para principios del siglo XX, como "Los Juegos Olímpicos no son simples campeonatos internacionales, sino "fiesta", que se instaura cada cuatro años para la juventud de todo el mundo, para la humana primavera" (COUBERTIN, 1960, 365).

## Notas:

(1). Los viejos que viven en el barrio sevillano de Triana, aún dicen, cuando cruzan el puente sobre el Guadalquivir: ¡vov a Sevilla!.

(2). ARTOLA, 1994; POPLOW, 1959; PIRENNE, 1987; DUBY, 1995; RIQUER, 1999; PAUSANIAS, 1994), sobre todos los que han trabajado sobre aspectos del deporte (DE GENTS, 1949; DIEM, 1966; GILLET, 1971; FRIEDLÄNDER, 1976; MANDELL, 1986); hemos intentado interpretar, con los especialistas de la sociología (SIMMEL, 1970; ELÍAS y DUNNING, 1988 y 1992; GARCÍA FERRANDO, 1995), basados en las teorías de antropólogos y etnógrafos (BLANCHARD y CHESKA, 1982; BROHM, 1972, 1976 y 1982; VIGARELLO, 1988; PASTOR, 2000); no hemos dejado de visitar a los filósofos y teóricos de la política (PLATÓN, República; ARISTÓTELES, Política; FOUCAULT, 1968; DERRIDA, 1972; ORTEGA, 1976; DELEUZE, 1993); así como disfrutado con la literatura (RABELAIS, 1992; WALTON, 2000; RONSARD, 2000; DELIBES, 1989) y por fin hemos recorrido las calles de urbanistas y arquitectos (BENEVOLO, 1972 y 1994; HALL, 1973; ROSSI, 1981; SENNET, 1997).

(3). También desarrolla esta idea en las cartas: 16, 20, 26 y 27, 1862 (Cit. CAILLOIS, 1958, 7)

(4). (HERODÓTO, Historias, IV, VII; HESÍODO, Teogonía, El Escudo; HOMERO, Iliada, XXIII, Odisea, VIII; LUCIANO, Anacarsis; LUCIANO de Samosata, Relatos fantásticos; PAUSANIAS, III, V, VI y VIII; FILÓSTRATO, Gimnástica, Imágenes, Apolonio de Tiana; FLEGÓN, Crónica de las Olimpiadas; PÍNDARO, Odas Olímpicas, Píticas, Istmicas y Nemeas; PLATÓN, La República, IV; ARISTÓTELES, Política, VIII; PLUTARCO, Solón, Licurgo; POLIBIO, Historia, IV; TUCÍDIDES, I, III, V; TIRTEO y Alemán, Fragmentos; XENÓFANES de Colofón (DIELS, Fragmentos); JENOFONTE, Memorabilia, III y Helénicas, III, IV, VII).

(5). La frase la había consignado antes en *Ecce Homo*, 1971, pág. 39.

(6). Vease la introducción de Piernavieja al "Mercurialis", edición del INEF de Madrid, 1973.

(7). Los escritos deportivos y olímpicos de los autores literarios españoles y otros, están recogidos por PIERNAVIEJA, 1960; HESSE, 1967; BERGER, 1968; GALLEGO MORELL, 1969; BETANCOR, 1995), etc.

(8). "Mando avn a vos que ninguno peche omicidio, nin calonna por omne que, bofordando en concejo o en depuerto de bodas, por enpellamiento de cauallo, o con asta, o en otra manera fuere ferido o muerto fuera de los muros de la villa (Fuero de Heznatoraf, código otorgado por Fernando III de Castilla, en 1240 a los habitantes de Heznatoraf, Jaén) (Cit. por PIERNAVIEJA. 1971, 40).

(9). Idea que desarrollamos en un trabajo sobre La posteridad de las estrellas del olimpo (SALVADOR y MARCAIDA, 1997) y de lo que habla Mandell en los capítulos finales de su *Historia cultural del deporte*(1986)



(10). En el Congreso mundial de E.F.de la ... celebrado en La Coruña me tocó moderar varias mesas, una de ellas fue la dedicada al Fair Play. Salí ruborizado por las, cuanto menos extrañas opiniones, que pude escuchar a los ponentes oficiales, dotados de un rancio discurso, al margen de los problemas sociales y defendiendo una idea del deporte que, en mis cuarenta años de actividad profesional, nunca la percibí.

(11). El 14 de julio es día de fiesta nacional para los franceses y dos días antes de esa fecha en 1998, la llamada selección francesa de fútbol ganó el campeonato mundial a Brasil y su equipo de jugadores salidos de las ruas. El equipo francés, en su mayoría también era de la rue, todos emigrantes o hijos de ellos: argelinos, armenios, caledonios, portugueses, africanos del África negra y algún blanco.

## **Capítulo II.**

### **La metodología.**

## **1. La metodología científica. Breve análisis contextualizador: Introducción.**

Ciencia para Fernández Díaz, (1989) es “un modo de conocimiento que aspira a formular, mediante lenguajes rigurosos y apropiados en lo posible con el auxilio del lenguaje matemático, leyes por medio de las cuales se rigen los fenómenos. Estas leyes son de diversos órdenes. Todas tiene, empero, varios elementos en común: ser capaces de describir series de fenómenos, ser comprobables por medio de la observación de los hechos ser capaces de predecir acontecimientos futuros”. Esta definición genérica de ciencia apunta ya las tres características esenciales que debe satisfacer todo conocimiento científico, *descripción y explicación* de fenómenos observados en la realidad mediante leyes cuyas afirmaciones sean *contrastadas* con los hechos y que realice *anticipación* de acontecimientos.

Las clasificaciones de las ciencias son numerosas y por otra parte tienden a ser superadas puesto que el objeto de conocimiento va ampliándose con el transcurso del tiempo.

Di Fenizio (1961) divide las ciencias, en un primer estadio, en ciencias formales y empíricas. La diferencia entre ambas reside en que las primeras se ocupan “tan sólo de relaciones entre proposiciones; Nunca tratan de la verificación empírica de dichas proposiciones entre sí”. Son ciencias formales la Lógica y las Matemáticas. Las segundas, por el contrario tratan de decir algo sobre el mundo existente y, más concretamente, de explicar y predecir acontecimientos. A su vez éstas se dividen en tres grupos: el de la física, de la biología y de las ciencias sociales. Las ciencias empíricas pueden ser a su vez positivas y normativas. Las positivas buscan llegar al establecimiento de proposiciones sobre “lo que es” y las segundas analizan la realidad buscando lo que “debe ser”.

Establecer qué es ciencia y qué no es ciencia supone llegar a obtener un criterio diferenciador que permita separar un conocimiento científico de otro que no lo es. Esta cuestión que ha preocupado y preocupa a los filósofos de la ciencia con el problema del método científico, hace decir a Javier Echevarría, *"Los científicos usan la noción de método científico con convicción, casi como si fuese equivalente o sinónimo de la propia ciencia"* (ECHEVERRÍA, 1989, 17). Pero... ¿qué es el método?

Para el profesor Castañeda, método es el camino para un fin, es una guía cuya finalidad consiste en organizarnos para ser más eficaces y veraces en la investigación así como para comprobar la veracidad de nuestro conocimiento (CASTAÑEDA, 1968).

En torno al método científico es donde se concretan gran parte de las controversias y discusiones principales de los filósofos de la ciencia. A través del tiempo y fundamentalmente, en el siglo XX se han sucedido importantes modificaciones de las ideas recibidas sin llegar a construir, sin embargo, una alternativa aceptada que las sustituya (CASTAÑEDA, 1968).

Pero además en las ciencias sociales se tropieza con grandes dificultades al estudiar la posibilidad de una unificación metodológica. Fernández Díaz (1989) plantea la pugna existente entre naturalistas sobre los métodos de las ciencias naturales y los de las ciencias sociales. Para los naturalistas sólo es ciencia la ciencia natural abstracta, ya que es la única que proporciona un conocimiento exacto de la realidad, por ello las ciencias sociales sólo serán ciencia cuando apliquen métodos científicos naturales, y mientras no adopten el mismo método no dejarán de ser ciencias menores.

En la corriente antinaturalista se mantienen distintas posiciones que defienden la necesidad de un método diferente en las ciencias sociales.

La controversia establecida entre unos y otros se debe a errores de base

que proceden en gran parte de filosofías perniciosas de la ciencia, como, por ejemplo, el contenido incompleto e inadecuado que se le asigna a la "abstracción" como elemento diferenciador entre las ciencias naturales y las sociales. La abstracción que pesa sobre la ciencia de la naturaleza como un mal inevitable constituye de hecho, una característica de todo conocimiento (CASTAÑEDA, 1968).

Por otra parte si la distinción entre ciencias naturales y sociales radica en la certeza y validez universal de las leyes establecidas en las primeras, puede argumentarse que tampoco el conocimiento físico es tan exacto al admitir sus mismos científicos errores de medición, y llegar a establecer el llamado mundo físico, que es una imagen conceptual del mundo real a fin de liberarse de la inseguridad propia de toda medición y para facilitar determinaciones de concepto precisas (CASTAÑEDA, 1968), y por otra parte en la ciencia física existen ejemplos de cómo unas teorías van superando a otras.

## **2. Teorías más destacadas, sobre los conceptos del deporte, desde el punto de vista de las ciencias sociales.**

Siguiendo de manera somera a Lagardera (1990) y a Boné (1999) vamos a intentar dar una visión sobre los conceptos del deporte desde las visiones del pensamiento político y social, que enmarquen, envuelvan y hagan más comprensible nuestra tesis.

Por razones obvias no podemos hacer una exposición extensa sobre cada una de las más importantes corrientes, sólo apuntamos sus características más notables y definitorias.

### **2.1. El deporte desde el funcionalismo.**

Esta es una de las corrientes sociales que se ha interesado por la interpretación de fenómeno deportivo.

En general, esta tendencia sociológica, otorga a la actividad deportiva institucional una función benefactora, como contribución y refuerzo del sistema político occidental. Supone, esta corriente, que cada persona tiene una función en dicho sistema, de manera que se está en él o bien se está en contra; o se contribuye a su desarrollo o se convierte en un elemento distorsionador. El deporte, para los funcionalistas, es un sistema social. El desarrollo de los sistemas sociales crea desajustes, como por ejemplo, el aumento del tiempo de ocio o el paro pueden acarrear problemas y el deporte es una de las recetas que recomiendan para que los sin "actividad" ocupen su tiempo de una manera "pacífica" (2).

Pearsons (1901) y Loy (1978) son los autores que consideran que el deporte aporta una cantidad de virtudes cívicas y positivas que deben ser socializadas, es decir, incorporadas a los valores sociales. Mcpherson (en Loy, 1978) Kenyon

(1986) piensan que esta socialización se desarrolla desde dos puntos de vista: la institucional, es decir el deporte como formador de identidades nacionales; y la individual, el deporte ayuda a superar la agresividad inherente al ser humano y de otro lado nos satisface en nuestro ególatra afán de superación. Otros autores como Lüschen (1970; 1979) y Rossi (1979) se plantean el deporte como un subsistema dentro del macro sistema social, de manera que el deportivo nunca llega a sustituir al macro, por lo que las relaciones que se dan en la sociedad no tienen porque reproducirse en el deporte.

En todo caso, dicen estos autores, los deportes se inscriben en el marco de una sociedad distinta, pese a que siguen diciendo que el deporte es integrador, curiosamente es en este punto, sobre el nivel de relación que se da entre las dos sociedades, donde discrepan. Este aspecto, tan de las teorías liberales, es fundamental en su valoración del deporte, separando el deporte de cualquier otro hacer humano, diferenciándole, en gran medida, del resto de las tesis sociológicas.

El funcionalismo tuvo su interpretación de las instalaciones deportivas, en los métodos llamados arquitectónicos de planeamiento urbanístico que conocieron un notable desarrollo durante los años sesenta y setenta.

## **2.2. Las sociologías figurativas.**

Se debe a dos grandes sociólogos como son N. Elías y E. Dunning, profundos estudiosos del deporte así como del proceso civilizador de la humanidad, proceso al que incorporaron el deporte en su obra *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1992). Introdujeron en los estudios sociológicos el término "figuración sociológica", concepto mediante el cual pretenden superar la distinción entre el individuo y la sociedad, al entenderla como la relación que siempre se da entre los distintos sujetos o entre los procesos sociales que se interactúan constantemente.

Interpretando a los figurativistas, el deporte moderno, como figuración sociológica, es el resultado de una serie de influjos de determinados procesos civilizadores sobre los primitivos juegos populares, con estos términos construyen su teoría. Nos vienen a decir que este influjo establece, en nuestros días un nuevo código de conductas y reglas que limitan la vertiente violenta y agresiva del deporte, con respecto a las practicas durante la Edad Media y la Edad Moderna, introduciendo un mayor control de los individuos, los cuales se someten voluntariamente, a cambio de mayor seguridad, al poder estatal (HOBBS, 1982).

Esta hipotética disminución de la violencia en las relaciones sociales, que ya tuvo su precedente en la teoría del Leviatán de Hobbes, relacionada con la potenciación del Estado, que absorbe toda la violencia de los burgueses a cambio de que les garantice una paz necesaria para el florecimiento de sus negocios y la expansión de los Estados burgueses que, en nuestra opinión lo harán contra otros pueblos y contra otras clases sociales.

Las aportaciones de Elías (1986) y Dunning (1990), en relación al fenómeno de la violencia en el deporte y las perspectivas de análisis que ofrecen sobre la influencia de los procesos de civilización en el desarrollo social, son interesantes para la comprensión de determinados aspectos del deporte, cuando no los queremos procesar desde otras interpretaciones.

### **2.3. El estructuralismo y el deporte.**

El estructuralismo, una vez consolidado como método de investigación social, dio en considerar los fenómenos sociales como signos conformados por una estructura, desde la cual se pueden formular modelos teóricos que nos ayuden a comprender la realidad.

Bourdieu, valorado como un sociólogo del deporte, considera que este debe de analizarse como un sistema en el que cada deporte en particular



forma parte de todo el conjunto deportivo. Así, esta actividad física está inmersa e íntimamente ligada al sistema social, de manera que determinados deportes serán practicados por personas afines en sus intereses de clase. Además estas consideraciones fundamentales, y dado el carácter metodológico del estructuralismo, su visión es muy importante, por ser un modelo teórico de estudio que incluye la necesidad de conocer, por una parte, la estructura de los espacios (FOCAULT, 1978) deportivos, el motivo de nuestro estudio, de los lugares donde se desarrollan estas relaciones sociales, concebidos estos equipamientos como espacios abiertos y, por otra parte, el marco general, dentro de la cultura político-liberal de los países occidentales, social e histórico del que estas relaciones son directamente deudoras.

El estructuralismo ha tenido una fuerte influencia en los estudios sobre el deporte de los últimos años. Y quizá sea bueno rendir homenaje a Bruno Rossi y su famoso trabajo de *Un desarrollo local para el deporte* (1979) un completo sistema de estudio del deporte, sus instalaciones y sus usuarios. Este modelo fue tan importante en nuestro país, que es copiado, una y otra vez, sin apenas citarlo, con honrosas excepciones como las de Boné (1999). Con este modelo se iniciaron en España, los trabajos sociológicos y de intervención sobre el deporte, y con él se superó el sistema centralista y autárquico del período histórico anterior.

## **2.4. Las tendencias socio-históricas.**

En relación al estudio del deporte desde la interpretación histórica, hay que considerar el punto de vista de varios autores que creen indispensable contemplar no sólo el acontecer histórico sino los aspectos sociológicos que lo determinaron, como puede ser el caso del maestro Veblen, que desde el campo de la economía fue determinante con su obra *Teoría de la clase ociosa* (1987), tanto que es copiado una y otra vez, sin citar obviamente, por los trabajos que han ido apareciendo posteriormente a su publicación en Estados

Unidos en 1901. No se descarta que Huizinga leyera el trabajo de Veblen, pero donde se encuentran rastros evidentes es en el brillante ensayo de Ortega, *El origen deportivo del estado* (1967), publicado en los años treinta del siglo XX, poco después del *Homo Ludens* (1972).

Weber distingue entre la investigación empírica de los hechos sociales y su interpretación posterior (WEBER, 1989). Es decir, las tesis socio-históricas tratan de formular juicios objetivos sobre la realidad. Para Weber esto no interfiere en la necesidad de interpretar los fenómenos sociales en su contexto (WEBER, 1989), idea que influyó en determinados estudiosos del deporte como Bouet (1968), Elías (1992), Mandell (1986) y Guttmann (1978) entre los más importantes, cuyas investigaciones se basan en la documentación histórica, Vigarello (1988) advierte de la necesidad de una perspectiva genealógica contra las apariencias históricas y no podemos dejar de citar los trabajos de Arnaud y Calléde (1978).

La interpretación de los avatares históricos de la actividad física y deportiva desde la sociología contribuye a comprender mejor el deporte como comportamiento humano a través de los diferentes momentos de la historia. Proceder de forma aislada o como un mero cronista, con ser muy importante esta tarea, con respecto a los usos del juego y del deporte, puede llevarnos a una simple, a veces fastidiosa, acumulación de datos que, finalmente, siempre habrá que interpretar.

La conexión entre las interpretaciones estructuralistas y las socio-históricas son evidentes. Según nuestro modesto punto de vista, unas y otras proponen analizar y estudiar el deporte desde una visión de conjunto que permita contemplar la posible influencia de unos factores sobre otros en unos determinados contextos. También, estos métodos serán usados por los materialistas como herramientas útiles para sus trabajos de investigación, aunque no se de el caso contrario quizá por vivir en un sistema demasiado unívoco.

## **2.5. Las aproximaciones interaccionistas.**

La interacción entre los rasgos culturales en el sentido más amplio y las conductas humanas es un hecho que no puede obviarse en el análisis e interpretación del deporte, ya que el significado de éste varía de un contexto o patrón cultural a otro. En consecuencia, el deporte no debe estudiarse al margen de los patrones culturales con los que coexiste, pero si tenemos en cuenta que la cultura occidental lleva un fluir idéntico en torno al proceso económico, vemos como el patrón cultura se va igualando y por tanto todo lo demás, sea el deporte, la religión o la educación, se igualan en cualquier punto geográfico que contenga el canón occidental.

Estos métodos pueden servir para el estudio de las sociedades precapitalistas como hizo con cierto éxito Weis (1979), considerando el deporte no como una necesidad fundamental, sino que su carácter dependerá del impacto que tenga sobre la sociedad en la que se lleva a cabo. Pero no sabemos si, la interacción, funcionará en la sociedad postindustrial del occidente capitalista.

En general, parece ponerse en evidencia, de manera generalizada, la interpretación del deporte no como un fenómeno aislado sino como un hecho conectado con su entorno social, cultural e histórico en su más amplio sentido, aunque cada tendencia sociológica pone el acento en sus pretendidos y exclusivos hallazgos escolásticos.

De todos estos trabajos han ido surgiendo diversos intentos de definir el deporte, tarea ímproba y casi imposible, por ser una simple actividad que cada ser humano interpreta desde su experiencia y comprensión y nadie está autorizado a desmentirle su vivencia. Pero tratándose del deporte puede ser bueno o al menos divertido jugar a las definiciones. Repasemos las que parecen más concienzudas de la mano de Lagardera (1990). Este autor establece que el deporte, como realidad cultura, no puede ser definido, tan sólo pode-

mos comprenderlo e interpretarlo (LAGARDERA, 1990).

Sin embargo, los intentos por definir el deporte han sido numerosos, y aunque no han logrado claramente su objetivo, han contribuido a comprender el fenómeno como una conducta humana llena de matices.

Siguiendo la ordenación del autor susodicho nos apuntamos a tres de sus grandes grupos:

- Las fenomenológicas.
- Las teleológicas.
- Las heurísticas o historicistas.

### ***Aproximaciones definitorias de carácter fenomenológico.***

Aquellas que se aproximan al deporte mediante el estudio y descripción del fenómeno, tratando de aislar o enumerar sus rasgos más significativos: juegos, ejercicios físicos, competiciones, rendimiento corporal, riesgos lúdicos, etc. Mediante el método fenomenológico, se respeta la relación que la persona hace de sus propias vivencias frente al método hermenéutico, que trata de estudiar a los individuos en sus implicaciones manteniendo una coherencia con el todo. Este tipo de análisis proporciona una gran cantidad de información, teniendo sus puntos débiles como interpretar el todo a partir de partes.

Las definiciones fenomenológicas aportan ciertos matices de interés en la descripción del fenómeno deportivo; sin embargo, ninguna parece suficientemente completa como para recoger todos los aspectos que se dan en las conductas deportivas. Cagigal (1975), Guillemain (1963), Di Scala, Seurin (1965) y Magnane (1970), coinciden en sus consideraciones del deporte como consustancial con el ocio, el divertimento y el entretenimiento. Hebert (1946), un clásico de la educación física lo asimila a la idea de lucha, de superación de las dificultades y, por extensión, búsqueda de la excelencia del individuo.

Salvador Caja (1968) resaltó el carácter estrictamente humano del fenómeno deportivo, en contraposición a los animales; es decir, se trata de una actividad volitiva, a pesar de ser física, y sometido a reglas. Esta concepción de la actividad física como psicomotriz comenzó a generalizarse a partir de los años 60 en Europa y de los 70 en España.

Los años 80 introducen la idea del enfrentamiento en la competición como un producto propio de la sociedad occidental contemporánea, es decir, del deporte como hijo de su tiempo y representativo de la sociedad en la que se da. Parlebas (1988) lo define dentro de tres criterios básicos que deben ir unidos: situaciones motrices, codificadas bajo una forma competitiva, e institucionalizadas (en el sentido de su organización en estructuras federativas que rigen las reglas de los deportes a nivel nacional e internacional), frente a las tesis de algunos sociólogos y antropólogos, para los que esta institucionalización no forma parte de los juegos rurales, también llamados tradicionales (BARRETO, 1998).

Unido a estas definiciones y concepciones, nosotros pensamos que la consideración del individuo como sujeto que realiza el deporte, aunque acertada, es limitada y parcial. Ciertos elementos consustanciales al desarrollo del deporte contemporáneo, al menos su expansión, como son los equipamientos deportivos ya estaban presentes en la Roma imperial, que los construyó profusamente con los mismos criterios políticos, y empleó en ellos una gran técnica, copiada en nuestros días como podemos colegir por el abundante vocabulario aportado a la construcción: vomitorios, meta, tribunas, graderíos, arena, estadio, circo, hipódromo, balnearios, baños, etc. Las aportaciones actuales tienen más que ver con los técnicos y gestores (los educadores ya existían en Grecia), figuras, evidentemente, producidas por el capitalismo para lograr el control, de manera "científica", del individuo que juega. La política de inversiones en lo social o de simple regulación mercantil condicionan la existencia de un tipo de deporte u otro.

### ***Las definiciones y acepciones teleológicas.***

Las definiciones teleológicas (de telos, fin u objetivo) son las que ponen énfasis en los valores éticos, sociales o personales, así como en los objetivos de la práctica deportiva. Desde este punto de vista, algunos consideran esta acepción como constitutiva de una hipotética ideología deportiva.

De este modo, Martín Söll (1960), Lersch (1965), Jokl (1964) y Maheu (1965), destacan esta actividad como formadora de toda personalidad del hombre al educar el cuerpo, para ponerlo al servicio de la comunidad, como camino de autoafirmación y desarrollo, en definitiva, como un factor de desenvolvimiento de la personalidad. De igual modo, Coubertin (1922), Diem (1973) y Karag (1958) insisten, desde sus ideologías clasistas y de políticas nacionalistas en ver el deporte como un ejercicio de modelación y formación de los mejores, un troquel a base de esfuerzo y voluntad, como un paso para integrarse en la patria y perfeccionar al defensor de una clase social.

Estos grupos de definiciones se caracterizan por glosar las prácticas deportivas desde perspectivas fuertemente ideologizadas y al servicio de una política concreta. Su único valor, dentro de la ciencia, sería la ayuda a comprender el fenómeno deportivo como un uso y una herramienta de las clases llamadas altas (VEBLEN, 1987).

### ***Las tesis heurísticas o historicistas.***

Estas tesis se basan en los hipotéticos nexos de continuidad que hay entre el deporte clásico o, para entendernos, de los antiguos griegos y el contemporáneo, mediante la interpretación de los textos y de los acontecimientos históricos.

Para nosotros, las aportaciones de estos autores tienen el mismo valor que la de otros muchos que, desde diferentes enfoques del pensamiento o desde diferentes miradas a la realidad, han intentado describir lo que en cada

momento de la historia se catalogaba como juego, deporte, divertimento físico o como quiera denominársele. No obstante, resulta difícil equiparar períodos históricos tan diferente como puedan serlo las sociedades antiguas y las actuales, en las que se encuentran enmarcados. Existen grandes diferencias entre el deporte actual y sus antecedentes, al igual que hay una gran diferencia entre el deporte de principios del siglo XX a los comienzos del siglo XXI, pese a que se supone que uno es la consecución del otro.

Diem (1973) llega incluso a remontar sus orígenes hasta el animal y su impulso de movimiento. Krawczyk y otros (1979), resaltan las tradiciones antiguas (aunque, según estos, en el deporte coexisten y se encuentran en tensión elementos de épocas y sistemas sociales diferentes, tesis contraria a la de que el deporte es hijo de su tiempo); K. Weis (1990), Bernart Jeu (1988) y Arnaldo de Sales (1977) consideran originario en los principios de la humanidad el deseo del hombre de jugar. Cagigal (1959) pensó que la palabra deporte comienza como tal en la Edad Media, pero determinadas prácticas populares anteriores pueden considerarse como deportivas, por no insistir en el período clásico.

Lagardera (1990), Ullmann (1982), Parlebas (1988), Vigarello (1986), Brohm (1982), Hargreaves (1982a) y Elias (1982), sostienen que el deporte es un fenómeno social característico de la sociedad urbano-industrial, algunas de cuyas manifestaciones han tenido precedentes en sociedades preindustriales; sociedades hidráulico-orientales (WITTFOGEL, 1966), en el mundo clásico de Grecia y Roma, en las sociedades precolombinas maya y azteca o en el medioevo europeo. En consecuencia, consideran que no se pueden catalogar estos precedentes como deportes. Se trata, según su opinión, de juegos y competiciones cuyas funciones sociales son distintas en cada una de estas sociedades, y fundamentalmente diferentes a las que ha protagonizado y protagoniza el deporte contemporáneo, cada vez con mayor ímpetu y arraigo. Concepto claramente

diferenciado de las tesis heurísticas, y que presentan el binomio sociedad-deporte como indisoluble. Así, lo anterior al deporte actual es el denominado juego o práctica competitiva, con significación mitológica y una definición de espacio y tiempo muy poco precisa (al contrario que en la actualidad, que supone un elemento estructural fundamental), reglas particulares que pueden incluir violencia, y en definitiva, representan modelos de un grupo concreto.

Por el contrario Lagardera establece como características del deporte contemporáneo, desde sus albores en el siglo XVIII hasta su consolidación a finales del XIX y su impresionante desarrollo lo largo del siglo XX, las siguientes:

a. Se constituye en una práctica eminentemente laica. Atacada en primera instancia por el puritanismo inglés, se consolida más tarde como un uso social al margen de cualquier credo religioso ¿?.

b. Los encuentros deportivos se sistematizan de tal forma que están perfectamente organizados y distribuidos en el tiempo.

c. Su ubicación en el tiempo es de tal dimensión que crea la noción de récord y su enfrentamiento ya no se produce únicamente entre adversarios sino que entra a formar parte del encuentro un enemigo abstracto: el tiempo. La utilización del cronómetro se convierte en uno de los elementos más definitivo del deporte moderno que consiste en medir, controlar, y registrar (BROHM, 1982), además de expresar la necesidad estructural del capitalismo de hacer creer en un avance ilimitado en todos los terrenos humanos. Para Gidenns (1990), la invención del reloj mecánico y su difusión con carácter virtual a toda la población, que ocurrió a principios del siglo XVIII, fue la llave que significativamente consiguió la separación del espacio y del tiempo.

d. La violencia se regula en diferentes grados según el tipo de enfrentamiento y de especialidades deportivas. La reglamentación de la violencia implica un salto cualitativo decisivo en el proceso de civilización y una de las



aportaciones más originales y trascenentes del deporte a la sociedad urbana contemporánea (ELIAS y DUNNING, 1992).

e. El deporte no sólo se institucionaliza, al igual que los juegos competitivos en las sociedades preindustriales, en la aceptación más antropológica del término, sino que a diferencias de estos crea sus propias instituciones, relativamente autónomas respecto al resto de las demás estructuras sociales (JEU, 1988).

f. La reglamentación de la competición es de carácter estricto y universal. Todos los contendientes deben sujetarse a las mismas reglas (CAGIGAL, 1981; CALLÉDE, 1987). La noción de igualdad ante el desarrollo de la competición es un elemento estructural de primer orden. Por respeto a este principio se establecen innumerable cantidad de categorías, clasificaciones, pesos, medidas, etc., así como las instituciones que deben velar por el cumplimiento de las normas en todos los ámbitos.

Como hemos visto, unas definiciones ponen énfasis en la descripción del fenómeno aislando sus rasgos más significativos, otras, en los valores y objetivos que comporta la práctica y otras, en la continuidad entre el deporte griego y el moderno. Todas aportan matices y aspectos de indudable interés, pero todas ellas contemplan solamente alguna de las vertientes del deporte.

## **2.6. Síntesis de las antítesis.**

La diferentes interpretaciones del deporte desde las diversas maneras del pensamiento político y social, junto a los intentos de definir algo tan complejo como el deporte, ofrecen un mosaico enriquecedor para comprender este importante, hoy y siempre, fenómeno social.

Así pues, mientras que la sociología funcionalista tiende a describir el orden social en el que el deporte se constituye como uno de sus flujos sociales más característicos de los tiempos actuales para consolidar el orden social

que necesita la sociedad de mercado; la sociología figurativista, entiende el deporte de nuestro tiempo, como una figuración sociológica, resultado del influjo de los procesos civilizadores sobre los primitivos juegos populares de las naciones industrializadas. Dicho influjo establece un código de reglas por las que limitan entre ellos y desvían hacia otras clases sociales la agresividad y la violencia inherente a los juegos rurales.

Para los estructuralistas los deportes están enmarcados en la sociedad y podemos decir con ellos que el deporte es el resultado del sistema de mercado: un producto más a vender.

Las tendencias historicistas conciben el deporte desde una mirada no sólo histórica sino, teniendo en cuenta los aspectos sociológicos que lo rodearon y determinaron, partiendo de las premisas de que son necesarias lecturas políticas, sociales e históricas del fenómeno para poder llegar a una interpretación contextualizada del deporte en la sociedad. Teniendo en cuenta, que si se procede al estudio de los acontecimientos individuales puramente históricos, eso nos puede conducir a resultados distintos que si se analiza desde el punto de vista de la consideración sobre la esencia, el carácter, la fisonomía y el proceso de unidades culturales más amplias en el proceso total de la historia.

Aquí, es necesario hacer hincapié en las conexiones entre las interpretaciones estructuralistas y las socio-históricas referidas al deporte. Unas y otras proponen estudiar y analizar el juego competitivo desde una visión de conjunto que permita descubrir las posibles influencias de unos factores sobre otros en determinados contextos.

Los interaccionistas ponen el acento, naturalmente, en la interacción entre los rasgos culturales, formas de vida y conductas humanas, como un hecho que no se puede obviar en el análisis e interpretación de deporte, ya que el significado de éste puede variar de un contexto cultural a otro. En consecuencia, el depor-

te no debe estudiarse al margen de los patrones culturales con los que coexiste.

El método marxista entiende la sociedad como una lucha constante entre sus clases, unas relaciones sociales antagónicas entre una minoría que impone sus modos, leyes y formas y la gran mayoría de la sociedad que tiene que conseguir, defender y ampliar constantemente sus derechos. Estas relaciones son, de vez en cuando, conflictivas. El deporte se enmarca en esa lucha a través del cual se derivan y proyectan las necesidades sociales hacia otras más ficticias y alienantes. El deporte, un entretenimiento secuestrado a las clases populares, se ha convertido en un instrumento del sistema de mercado para controlar a la sociedad e introducir mejor su ideología del individualismo y la insolidaridad. En su método no tiene ningún problema en interpretar el deporte, no como un sistema aislado sino como un hecho conectado con su entorno sociológico, cultural, político histórico y dinámico de la sociedad. Aquí, nos interesa hacer una puntualización. Basándose en el discurso de crítica totalizadora de Brohm, se llega a generalizar que el método marxista es contrario al deporte, lo cual no es cierto, es contrario a un tipo de deporte alienante y embrutecedor, no al juego, que es lo más enriquecedor del ser humano (ORTEGA, 1967) y tampoco a un deporte jugado, enaltecedor y liberador de las personas que lo realizan.

### **3. El problema metodológico de este estudio.**

El fenómeno de la educación física y el deporte, hoy día, llama la atención por su enormidad, es transversal e impregna todos los campos de la sociedad; su complejidad rebasa los medios normales del conocimiento y los instrumentos de acción práctica (BUYTENDIJK, 1957; CAGIGAL 1981; ACUÑA, 1994). Hace casi evidente la teoría de la "complejificación", según la cual los fenómenos sociales van de una cierta complejidad (relativa) a una complejidad mayor. Teoría que nace de las ciencias llamadas "de la naturaleza" y de la teoría general de la información, pero que se desplaza hacia la realidad social, sus estudios y su conocimiento (BERTALANFFY, 1987, 1991, 1992).

Las relaciones sociales no son nunca simples, ni siquiera en una sociedad arcaica (SIMMEL, 1970). El esquema cartesiano de la simplicidad originaria y de la complicación obtenida combinando elementos más simples (DESCARTES, 1990) debe ser abandonado. La teoría de la complejificación puede parecer filosófica e incluso idealista. de hecho está apoyada en numerosos argumentos científicos (BERTALANFFY, 1991). Los "elementos" que el análisis descubre tal y como son y que constituyen su orden interno (su consistencia y su coherencia) se presentan frecuentemente en un desorden que proporciona una información relacionada con la redundancia (repetición del orden, de la agrupación ya constituida y constatada de una serie de unidades discretas o elementos inventariados). Quién dice "información" dice sorpresa, variedad creciente, "desorden" del que surge una nueva inteligibilidad, una nueva redundancia y otro orden aún más complejo (BERTALANFFY, 1991; 1992).

El fenómeno de la educación física y el deporte utiliza en primer lugar unos métodos descriptivos de gran variedad (DERIBERE, 1964; ACUÑA, 1994; CAPELLA, 1996). La anatomía describe el cuerpo, huesos, músculos, palancas, inserciones... y sus conexiones. La fisiología nos habla de unas relaciones más profundas desde la

funcionalidad; la química orgánica, nos explica la fatiga o la falta de cansancio, es una fenomenología más sutil; las relaciones entre los actores, sus motivaciones e inhibiciones se describe en la psicología; la sociología nos habla del hecho espectacular, del asociacionismo, de sus organizaciones infra y supra individuales; la economía nos habla de los costes y de los recursos (PINILLOS, 1967; ANDREFF, 1994); se describen los espacios del juego más que nada en el urbanismo, pero también se recogen las disparidades y de las instalaciones que se usan en la arquitectura (ROSSI, 1980; BARREAU, 1991; SÁNCHEZ RON, 1999). La descripción empírica insiste sobre la morfología; se interesa con exactitud por lo que contemplan y lo que hacen las gentes en una actividad física determinada ya sea en los medios rurales, ciudad pequeña o megalópolis (ARON, 1959; VATTIMO, 1995).

Estos métodos y ciencias que auxilian, evidencian ciertos aspectos y rasgos característicos del fenómeno deportivo, sobre todo de su importancia y complejidad (DERRIDA, 1972; BERTALANFFY, 1987).

Podemos preguntarnos si la utilización de las metodologías de estas ciencias, por separado, nos permitirían conocer dicho fenómeno deportivo con más exactitud y profundidad. A partir de un determinado punto, la descripción, incluso muy meticulosa, no es suficiente. Nos hallamos en los límites de la morfología, de la antropología y de las ciencias bio-humanas, pero también andamos dentro de la historia, la sociología y el arte. La descripción no alcanza ciertas relaciones del cuerpo, aparentemente abstractas con respecto a lo dado y lo "vivido", que parecen concretas, pero que son solamente inmediatas; por ejemplo las relaciones de cambio de los mercados o mercado de los gimnasios y de las modas y modos deportivos. Estas relaciones son a la vez legibles y no legibles, visibles y no visibles (GIEDION, 1978). Se proyectan sobre el tiempo en diversos lugares: los gimnasios, las instalaciones deportivas de ocio y tiempo libre, los espectáculos, la televisión, valores de trabajo, universidad, etc. Estas proyecciones permite señalar las relaciones, pero no permite asimilarlas (BERTALANFFY, 1992).

### 3.1. Metodología utilizada.

La estructura general no puede evitar ser mecanicista aportando datos e intentando un esfuerzo interdisciplinar que logre darle una cierta coherencia (CARDOSO, 1977; 2000). Esta forma de trabajo tiene ilustrísimos representantes que han abordado materias como el arte y la literatura, de parecidas dificultades a las que presentan los juegos y sus espacios, con resultados considerados clásicos como los autores de siglo XIX Taine (1869) y Marx (1970) o la pléyade del siglo XX como Plejanov, Adorno (1975), Benjamín (1993), Bourdieu (1989), etcétera. Hipólite Taine (1869) ya había reaccionado contra la idea de que la obra de arte surgía a la ventura, sin razón, ni ley, entregada a lo arbitrario, cuando en realidad, obedecía a leyes precisas. Entendemos que analizar el juego, sus tiempos y sus espacios arranca de las mismas presunciones y, pensamos, que son el resultado de acciones fijas a su vez interrelacionadas con el clima, las clases sociales, los contemporáneos, las costumbres, lo espiritual, etc. (TAINÉ, 1869). Es decir, los aspectos lúdicos están relacionados con los contextos históricos-culturales de las épocas en las que se producen (MARX, 1970; TAINÉ, 1869). Es evidente, en nuestro trabajo, que al análisis historicista de Taine le intentamos añadir, sobre todo en la distribución de los capítulos, la interpretación histórica de Marx, intentando relacionar la infraestructura con la superestructura, necesitamos describir la sociedad y relacionarla con su forma de producir (MARX, 1970) y en este caso cómo los juegos fabrican los espacios para llevarlos a cabo; queremos descubrir los elementos que relacionan los esquemas ideológicos de un determinado momento histórico, así como los intereses de las clases dominantes y relacionarlo con la expresión de sus necesidades lúdicas, pero teniendo siempre en cuenta que estamos realizando una mirada desde el siglo XXI y desde nuestra cultura propia sobre el juego y el deporte (POPPER, 1973). El significado no es tanto cuestión de los deseos pensamientos de los

protagonistas como de la época en la que viven y trabajan (FOUCAULT, 1968).

Somos conscientes de las dificultades de reducir a un parámetro interpretativo el espacio del juego. La dificultad está, o al menos eso creemos, no en comprender que el espacio lúdico forma parte del desarrollo político y social, sino que, y esto es lo más maravilloso, en la búsqueda de un espacio para jugar, éste puede ser real, virtual o imaginario, nos procura, independientemente de la edad, un placer mental y físico que hace del juego una de las actividades más valorada por los humanos, menos controlada política y económicamente y que más aportaciones de felicidad (como la poesía y la creación artística) produce aún en las personas (RUBERT de VENTÓS, 1973; CABA, 1993); dándonos un valor normativo, aceptado libremente, a la vez que un módulo de comportamientos ambivalentes: accesible-inaccesible.

### ***Por consulta bibliográfica e interpretación de textos.***

Sabemos, desde los comentarios críticos literarios a las obras de Homero y los poetas griegos, que practicaron los sofistas, de la hermenéutica, método interpretativo que más tarde encauzarían Platón y Aristóteles (GADAMER, 1998). También estamos al tanto de la gran variedad de posibilidades que se abrieron posteriormente a la interpretación de textos (DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, 1993).

En las lecturas sobre actividades físicas, juegos, agones, torneos, justas, etc. el simbolismo y estructuralismo deben de estar presentes (ÁLVAREZ, 1973; ELÍAS, 1994) si queremos profundizar en el sentido de los textos usados (DURAND, 1993). Sin embargo, esos textos nunca nos podrán transmitir la riqueza del fenómeno lúdico desde su faceta humanística (1).

Es difícil realizar una descripción del uso cultural y político que en el mundo occidental se ha hecho del deporte y su espacio deportivo, es decir, de lo que llamamos instalaciones deportivas, sobre todo porque no hemos

encontrado esos libros que hablen sólo de la instalación a pesar de autores determinados como (MEYNAUD, 1972; FOURQUET, 1978; ROSSI, 1980; POCIELLO, 1981). Lo que suele ser normal, es que, éstos, expliquen las actividades deportivas o físicas, sus reglas, su desarrollo, las incidencias, las anécdotas y al final nos vienen a decir dónde o en qué espacios se realizaban dicho juegos. Nosotros tampoco aspiramos a realizar un recorrido exhaustivo, completo y detallado de los innumerables tipos de juegos, actividades físicas y sus instalaciones deportivas que en los distintos períodos históricos se han construido. Cuando hablemos de los estadios griegos nos vamos a centrar en el de Olímpia, como modélico para el constructor heleno como nos apunta Durántez (1975). El Coliseo es el ejemplo que nos sirve para ilustrar los espacios lúdicos de los romanos (FRIEDLÄNDER, 1967). Las plazas renacentistas, herrerianas y barrocas van a mostrársenos como aquellos espacios del juego saludable, urbano y aristocrático (ALBERTI, 1975; PLACIDO, 1990). Los pabellones y estadios modernos nos hablarán de las costumbres sociales del período industrial.

Como es natural los textos a los que hemos acudido para componer este trabajo, pueden leerse de manera distinta según la perspectiva u horizonte de comprensión que se adopte. Por un lado hemos descubierto la enorme riqueza de las distintas escuelas, filosofías y tradiciones historiográficas existentes y que perfilan el sentido de la Historia de una manera u otra (positivismo, historicismo, materialismo histórico, idealismo, escuela de los Annales, historia de las mentalidades, etc.) y teniendo en cuenta la cantidad de variables que han incidido, a lo largo de la historia, en la evolución de la educación física y del deporte (culturales, antropológicas, geográficas, pedagógicas, religiosas, políticas, ideológicas, militares, económicas, biológicas, médicas, higiénicas, demográficas, sociológicas, estéticas, técnicas, además del uso de los nuevos materiales y el aprovechamiento de los avances físicos, químicos, informáticos, etc.), pudiendo concluir que el resultado ha de ser, por lógica,



diverso, plural y complejo. Pretender una interpretación única o canalizada sobre un sólo principio nos parece cuanto menos antojadizo y pretencioso.

De otro lado, hemos de convenir que la educación y el deporte se encuentran enmarcados en un círculo vital humano. Resultándonos, por tanto, muy difícil abstraerse buscando esa objetividad absoluta, tan frecuente en las ciencias que se estudian en los laboratorios de investigación. Cuando realizamos una interpretación, esto lo sabemos como mínimo desde Heidegger (1970), no interpretamos una realidad, física o humanística, desde el vacío. Es evidente que toda investigación busca la objetividad científica de manera irrenunciable, pero hemos de convenir que este legítimo deseo aparece como algo extremadamente difícil de alcanzar (IBÁÑEZ, 1979).

En realidad la selección de libros sobre los que trabajar para buscar información, datos y hechos (textos históricos, antropológicos, sociológicos, literarios, de arte y documentos como los que pueda aportar la prensa periódica) no es del todo neutral, porque cualquier empresa taxonómica responde a unos criterios de clasificación y selección prefijados, bien de manera expresa o bien de forma inconsciente (CARDOSO, 1977 y 2000). El enfrascarnos en la lectura de Homero, extrayendo el máximo posible de dichos textos, debe de ser por la simpatía que le tenemos a este, siempre supuesto, autor, mientras que los encendidos panfletos de Píndaro nos dejan fríos. Esto supone, con indudable evidencia, algún que otro grado de arbitrariedad, por mucho que los observadores intentemos situarnos en un plano de objetividad (CARDOSO, 2000).

A pesar de los esfuerzos realizados por conseguir la eliminación de todo tipo de prejuicios, lo cierto es que el trabajo y la crítica histórica difícilmente pueden sustraerse al influjo de estos condicionantes. El moderno pensamiento hermenéutico (gestado a partir del romanticismo alemán y de la filosofía del lenguaje) ha insistido repetidamente sobre estos aspectos (GADAMER 1993, 1998;

GOMBRICH, 1998). En cualquier caso parece demostrado que la historia humana de la funcionalidad de sus piedras y el estructuralismo de sus juegos, no puede leerse, ni intepretarse, con los mismos criterios que se aplican comúnmente al mundo de los hechos fenoménicos. De ahí que Dilthey, recogiendo la división kantiana entre fenómeno y *numen* o *noúmeno*, señalara que mientras las ciencias de la naturaleza explican la realidad, las ciencias del espíritu aspiran a su comprensión (Cit, ORTEGA, 1997).

Sabemos que, a veces, existe una gran distancia entre el texto literario y sus posibles significaciones (CARDOSO, 1977). No es extraño, pues, que la hermenéutica contemporánea surgiese a partir de la revisión bíblica. De esta manera, continuas y repetidas lecturas y relecturas de un mismo texto, pueden revelar aspectos, cuestiones y dimensiones que no se habían detectado, ni planteado, ni siquiera intuido, en un primer acercamiento. Por más que nos esforcemos por extraer de los textos interpretaciones válidas y aceptables, siempre cabe la posibilidad de descubrir y desvelar ámbitos y enfoques invisibles en una primera lectura. La labor hermenéutica, esfuerzo comprensivo, se nos presenta como un esfuerzo inagotable en su sentido de *continuum* (DOMINGUEZ CAPARRÓS, 1993; GADAMER, 1998).

En todo caso, debemos ser cautos y evitar, en la medida de lo posible, el riesgo que comportaría una interpretación totalmente libre, al margen de las referencias textuales (BACHELARD, 1973 y 1974). Tampoco las lecturas pueden reducirse a simples paráfrasis (POPPER, 1973). Poco tenemos que añadir a la forma y manera de realizar un comentario de texto de carácter histórico, pero quizá no esté de más recordar que siempre es aconsejable actuar de conformidad con un método que nos asegure, hasta donde sea posible, el buen fin de nuestro trabajo (HABERMAS, 1968). No se trata de definir de antemano mecanismos de análisis que puedan ser aplicados automáticamente en todas y cada una de las situaciones, sino aconsejar la observación de unas mínimas reglas y exigencias procesuales y procedi-

mentales que puedan ser aplicadas, provechosa y benéfica, en la lectura de los textos sobre la historia del deporte, sus usos, su evolución y sus espacios reglamentados (GADAMER, 1993; CARDOSO, 2000; FOUCAULT, 2001).

### 3.1.1. Tesis similares.

Hemos realizado un búsqueda en la base de datos TESEO, del Ministerio de Educación y Ciencia, donde están obligatoriamente registradas todas las tesis doctorales que se han realizado en las universidades españolas. Utilizamos las palabras DEPORTE, OCCIDENTE, HISTORIA como motor de búsqueda en: Título, abstract y palabras claves, a 1 de Noviembre del 2005 el resultado fue el siguiente:

336 tesis se habían leído en España, 28 de ellas con el tema DEPORTE e HISTORIA. Evidentemente el retraso en la integración de los estudios, centros y profesorado a la reforma universitaria, había ocasionado un gran déficit en la producción científica.

Hemos encontrado tesis similares por su temario, estructura y desarrollo:

**- ANTROPOLOGÍA DEL DEPORTE EN ESPAÑA. DESDE SUS PRIMEROS TESTIMONIOS HASTA LA EDAD MODERNA.**

Realizada por: Manuel Hernández Vázquez y presentada en la Universidad Politécnica de Madrid, 2003.

**- COMUNICACIÓN Y CREATIVIDAD. LA EXPRESIVIDAD CREATIVA DEL GESTO.**

Realizada por: Santiago Coca Fernández y presentada en la Universidad Complutense de Madrid., 1988.

**- REFLEXION HISTORICA, ANTROPOFILOSOFICA Y EPISTEMOLOGICA COMO BASE PARA UNA TEORIA SISTEMICO-CIBERNETICA DE LA EDUCACION FISICA**

Realizada por D. José Antonio Cechini Estrada de la Universidad de Oviedo en 1991

**- EL EJERCICIO FISICO Y LA EDUCACION FISICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII: LA OBRA DE GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.**

Realizada Por D. Juan Carlos Martín Nicolás en la Universidad de León.

**- EL "DEPORTE" A TRAVES DEL ARTE OCCIDENTAL**

Realizada por D<sup>o</sup>. Teresa González Aja en la Universidad Complutense de Madrid en 1992.

**- EL DEPORTE OLIMPICO Y SUS CONSECUENCIAS EDUCATIVAS. (DESDE SUS ORIGENES EN EL MEDITERRANEO ORIENTAL HASTA NUESTROS DIAS).**

Realizada por D. M<sup>o</sup>. Jesús Bazaco Belmonte en la Universidad de Murcia en 1997

**- EL PROCESO FORMATIVO DEL OLIMPISMO CLASICO. EL RESURGIMIENTO DE OLIMPIA Y LOS JUEGOS DE LA EDAD MODERNA: DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS**

Realizada por D. José Luis Aguilera González en la Universidad de Granada en 2001

### **3.1.2. El problema de las lecturas.**

Si bien, como las lecturas siempre serán personales, nunca podremos lograr un modelo unificado de entendimiento y, por tanto, de interpretación, es conveniente seguir una serie de pasos que, de acuerdo con las recomendaciones al uso, podemos enumerar someramente (BETANCOR, 1991).

Es conveniente precisar, de entrada, aquellos términos especializados sobre los deportes su evolución socio-cultural y sus instalaciones, en su tiempos históricos y que puedan aparecer en los textos, fijando la idea o ideas principales contenidas en los mismos, teniendo en cuenta la estructura y la forma de exposición que sigue cada autor (DERRIDA, 1972; FERRAROTI, 1980; BETANCOR, 1991).

Nos es necesario contextualizar (obra, época, pensamiento o corriente a

la que pertenece, evolución, conocer la cuestión que se plantea en el libro y su recorrido, influencias, originalidad, etc.) hasta donde nos sea posible, analizando críticamente las ideas que aparecen escritas (vigencia, recuperación, etc.) y emitiendo, a modo de conclusión, una opinión sobre la impresión que ha causado lo entresacado del texto (DERRIDA, 1972; GADAMER, 1993; ELÍAS, 1994).

Es obvio que cada una de estas secuencias podríamos explicarlas con una morosidad puntillista. Pero no creemos que sea ésta nuestra tarea. Intentamos recoger y explicar los hitos y hechos que son indispensables para entender y fijar los objetivos del trabajo (GADAMER, 1998). No obstante, repetimos, no hay, en el terreno de la hermenéutica, recetas universales. Cada juego, cada deporte, cada espacio lúdico, cada acontecimiento de entretenimiento respondió a una dinámica social determinada y específica (DUNNING, 1993). Comprender e interpretar las transformaciones de los usos deportivos a lo largo de la historia implica la apreciación de los diversos elementos (políticos, culturales, filosóficos, sociológicos, etc.) que se han considerado, valorados y estimados, de manera personal (DUNNING, 1993; GADAMER, 1993).

### **Las fuentes.**

El estudio crítico de los textos literarios, el análisis de las inscripciones, de las representaciones (escultura, pintura, mosaicos, cine, etc.), de los edificios, el sentido del objeto. También tenía un contacto directo con las realidades de lo vivido dentro y desde el deporte

Esto no quiere decir que no surjan dificultades. ¿Qué crédito otorgar a testigos de otros tiempos como Píndaro, Pausanias, Vitrubio, Mecurialis, Marcial y Juvenal, estos últimos preocupados por agudizar los rasgos de los contemporáneos en sus epigramas y sátiras? ¿Cómo estimar lo que nos cuentan de los juegos y los deportes valorados de forma tan diferente por los eruditos modernos como Diem, Jousserand, Cagigal, Ulmann, Bouet? ¿Cómo

conciliar la alta dignidad moral de tantos pensadores, la calidad de la civilización occidental, con el descubrimiento de que atleta significa combatiente o guerrero, con los inhumanos aplausos con que se celebraba el deguello de un gladiador vencido en la arena, la brutalidad de los torneos, el salvajismo de los antiguos partidos de pelota, lo absurdo de los duelos, el vandalismo de nuestros días dentro y, sobre todo, fuera de los estadios?.

Frente a semejantes problemas, nos vemos obligados a adoptar un juicio medurado, hallar las soluciones ajustándonos a los certeros datos de la tradición, de la interpretación y desde ahí intentar resolver las aparentes contradicciones.

Por otra parte, la historia de la educación física y deportiva, sin olvidar la que se refiere a las construcciones para las actividades físicas, carece, al menos en el mundo de habla hispana, de una tradición consolidada. Existe, como un tesoro escondido, el moroso trabajo de los hermanos Piernaveja que unido al titánico esfuerzo de Cagigal, floreció en torno a esa magnífica revista que fue *Citius, Altius, Fortius*, publicación de un formato muy parecido al de la Revista de Occidente, cosa que no es de extrañar teniendo en cuenta la formación jesuítica y orteguiana de Cagigal. Al abrigo de esta prestigiosa obra, que se desplegó durante las décadas de los sesenta y setenta, se comenzó a cultivar en España el rigor de los estudios humanísticos referidos a la educación física y deportiva. Otras publicaciones vinieron a apoyar o continuar la apertura de *Citius...*, la colección *Cátedras Deportivas* como el intento, por el mismo grupo humano, de que la universidad española reflexionase sobre el fenómeno deportivo, sus consecuencias sociales y sus herramientas. De este gran corpus nos hemos nutrido y servido abundantemente para realizar este trabajo, toda vez que la historia de la educación física y sus espacios anda, "como otras muchas historias sectoriales, enfrascada en discusiones epistemológicas que, a pesar de ser necesarias, consumen muchas

energías" (BETANCOR, 1991, 65). De todas maneras, los estudios históricos sobre el deporte, así como los de su arquitectura tampoco nos han ayudado con nitidez. Las menciones al deporte en los libros de historia son esporádicas y anecdóticas, salvando los capítulos de Popplow (1959; 1960) y Durantez (1974; 1990) sobre el deporte griego; Friedländer (1976) y Carcopino (2001) en los capítulos que dedica a las instalaciones y sus usos en la Roma clásica o la famosa publicación del Mercurialis, *Arte gimnástica*, que recoge los dibujos de los gimnasios antiguos atribuidos, supuestamente, a Vitrubio (todos en *Citius...*), Diem (1966) y Mandell, (1986) para los tiempos modernos. Sin embargo tuvo que ser Huizinga el que se percatase de la importancia y transcendencia del deporte, actividad que supo ver viajando, a lomos de su enorme erudición y sus intensos estudios medievalistas, desde los siglos VIII hasta nuestros días (HUIZINGA, 1940, 1972, 1995, 1997). No podemos dejar de señalar a Bouet (1968) y su "*Significación de los deportes*" que, fiel a sus tesis, parte de la Edad Media para lanzar su mirada al fenómeno deportivo, lo mismo que Huizinga, Jusserand y Duby como especialistas en ese largo período histórico.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte la historia, en cuanto disciplina académica, ha manifestado cierto interés, aunque no exento de algunas reticencias, por la educación física, el juego y el deporte. Pero esta situación de abandono y dejadez ha generado, en más de una ocasión, un publicismo histórico-deportivo, que se activa en períodos de Juegos Olímpicos, con un carácter testimonial y anecdótico, al margen de la imprescindible y obligada contextualización general, ya que la Historia, no lo podemos olvidar, aspira al conocimiento integral y global de la vida humana. Para algunos la historia del deporte ha sido un simple, pero meritorio, acopio de datos, fechas, marcas, guarismos, estadísticas, proezas, nombres y resultados, desmarcándose del conjunto de las estructuras sociales que determinan y condicionan, en cada momento histórico, el pasado humano.

### ***Por acercamiento y análisis.***

Las lecturas de los textos anteriores nos acercan y sitúan al problema de entender como evolucionó el deporte y su espacio, en nuestro trabajo tratamos de combinar la teoría y la práctica del comentario, donde la crítica y el análisis se perfilan como instrumentos útiles (DURAND, 1993). El simbolismo y el estructuralismo son dos buenos apoyos de este método, que nos permite prescindir de ciertos formalismos fáciles para intentar ver en los textos y objetos analizados. Hemos descubierto en la pintura y en el enorme campo de las reproducciones de las obras de arte un campo de observación, pensamos, importante. La mirada a las pinturas de todos los tiempos nos ha ido dando pistas sobre los usos de los distintos pueblos y grupos humanos en los que hemos trabajado (HAUSER, 1979). El mundo clásico es de una riqueza tan grande, en cuanto a obras de arte, que el perderte en su estudio es una posibilidad (CASTILLO, 1975). De especial se puede considerar la pintura italiana del *trecento* y *quattrocento*, así como el Renacimiento Italiano, la escuela flamenca y española de los siglos siguientes nos ilustran y aportan numerosas pruebas como es el caso de Bruheguel y el Bosco (CASTILLO, 1975); Goya nos llena todo un siglo XVIII (MESTRE, 1990) y la pintura moderna (DOMINGUÍN, 1976; PICASSO, 1977) es un buen soporte de la representación deportiva (VARIOS, 1995), así como el cine (MOIX, 1986), un arte que nace casi al mismo tiempo que el moderno deporte olímpico (MANDELL, 1986).

No obstante, seguimos avisando que la representación del pintor o del escultor no nos da un texto claro, sino que por el contrario debemos interpretarlo, contextualizarlo, criticarlo, por tanto analizarlo intentando acercarnos a la reconstrucción de la realidad cotidiana de los juegos y las actividades deportivizadas. Por todo ello vamos a ir desde la generalidad a lo particular, desde lo universal a lo cotidiano.

El acercamiento al pasado también se puede llevar a cabo a través de



la arqueología, materia en la que, evidentemente, no hemos podido trabajar. Sabemos de los pormenorizados trabajos de la arqueología alemana e inglesa del siglo XIX, desde la gran aventura de Schliemann a la rigurosa seriedad científica de Evans (DURÁNTEZ, 1975), desde entonces la prensa diaria no cesa de recoger nuevos hallazgos que nos hablan de la vida de los antiguos, pero finalmente nuestro trabajo ha consistido en leer las obras que hablan de sus logros y observar sus maquetas e ilustraciones (BETANCOR, 1991). En la misma línea de observación queremos añadir las visitas, muy espaciadas en el tiempo, a instalaciones que nos parecieron paradigmáticas del tema que nos interesa: el estadio de Olímpia, el Coliseo romano, las Termas de Caracalla, las Arenas de Verona, el Anfiteatro de Itálica, el Juego de Pelota de París (que por cierto, es privado), los gimnasios museos de la Facultad de Motricidad Humana de Lisboa y el del INEF de Madrid, montado con elementos del gimnasio de Amorós, etc., y no podemos dejar de consignar nuestra experiencia como gestor de deportes en ciertos municipios de Madrid.

No obstante, los datos que hemos podido recoger de esta manera estaban faltos de la reflexión necesaria, es decir del análisis y la crítica que convirtiese a todo ese material en un corpus utilizable. Acudimos, pues, a la elaboración analítica pero anotando que ésta no puede ser independiente del apoyo bibliográfico. A partir de ahí, una vez sistematizado el material, se fue siguiendo la línea de investigación planteada en el origen de este trabajo.

### **3.2. El planteamiento del trabajo.**

El deporte occidental lo hemos examinado bajo diferentes perspectivas: su historia, cultura, política y sus espacios de juego, como ya hemos planteado en las páginas anteriores. Por otro lado, con un enfoque fenomenológico, analizando, aunque sea someramente, los temas que subyacen en la actividad física, es decir, el contexto socio-cultural; la experiencia del propio cuer-

po, su relación con los otros y en la ciudad (SENNET, 1997); la vivencia del espacio y el tiempo desde un sentido lúdico (PARLEBAS, 1974), la apropiación por parte del poder de la espectacularidad de fenómeno deportivo, para administrarlo políticamente; la universalización de la instalación para unificar la performance, etc. Por otro lado desde el punto de vista sociológico, un juego o deporte es una estructura o patrón que conforman determinados grupos humanos interdependientes: dos equipos o individuos que acuerdan enfrentarse entre sí de una manera reglamentada; gentes que miran y participan de las discusiones y lances del juego; agentes de control que interpretan el reglamento acordado y ante los cuales nos sometemos todos, jugadores y espectadores; creciente interés que hace subir el número de espectadores que producen economía y demandan instalaciones; el poder construye las instalaciones y controla el conjunto de las polaridades estructurales formadas que pueden ser desde locales a internacionales (ELIAS y DUNNING, 1992).

1º. La contextualización la llevamos a cabo a través de una historia básica, más centrada en el relato de las capacidades constructivas de las diversas etapas del mundo occidental.

2º. A continuación otra fase de historia, esta de las actividades físicas. juegos y deportes. Arrancando desde el agonismo griego, los ludis romanos y el convencimiento de que, entre el mundo clásico y el industrial, la pretendida ruptura producida en la Edad Media no supuso un total olvido ni un corte brusco y brutal, la Iglesia y Bizancio guardaron una gran parte de aquella cultura.

3º. Es verdad que los modelos del deporte moderno lo encontraremos en los juegos medievales, pero el espíritu agonístico quedó en la literatura, las artes y la imaginería culta y popular, para ser rescatado con gran fuerza, por el Romanticismo.

4º. El período industrial, fue una verdadera Revolución que, entre otras

cosas, lanzó los deportes como bandera de su posterior mundialización y así, los Juegos Olímpicos fueron reeditados.

5°. Después elaboramos una descripción y enumeración de las instalaciones y espacios lúdicos.

6°. Para acabar analizando lo cotidiano, los valores sociales, la evolución de las ciudades como gran espacio de juego y de creación, así como las relaciones corporales de sus habitantes.

7°. No podemos dejar de añadir, al margen de las conclusiones finales del trabajo, otras que van al final de cada período. En estas conclusiones recogemos los rasgos característicos que hemos podido notar, siguiendo un esquema: ritualización del deporte y sus espacios, elitismo de los participantes, reglamentación en orden al espectáculo, especialización y democratización de los juegos, profesionalismo.

8°. Notas de apoyo, al final de cada capítulo.

9°. El último capítulo, es para presentar unas conclusiones finales.

10°. En índice bibliográfico, en el que nos hemos apoyado: libros, trabajos y revistas ordenados alfabéticamente por autores. (Anexo 16)

11°. Finalmente señalamos las posibles nuevas líneas de investigación históricas, políticas, culturales y sobre los espacios de juego, de trabajos que guarden relación con la presente tesis.

12°. En ese orden, añadimos un anexo, en el que proponemos un ramillete de trabajos, algunos casi cerrados y otros muy abiertos que dan apoyo al desarrollo de esta tesis, en la pretensión de dejar contextualizada la historia del deporte y no enmarañarla con más páginas de las muchas que lleva.

13°. Resumiendo: Nos centramos básicamente en dos temas: los factores diferenciales de las practicas deportivas a lo largo de tiempo y las funciones

políticas del deporte y sus espacios. Vemos la influencia del factor clase social y valor socioeconómico en el disfrute del deporte, variables claramente relacionadas desde siempre como nos apuntó Veblen (1987). Analizamos cómo el deporte es un fenómeno político desde la antigüedad; las diferentes prácticas físicas que se ponen, precisamente, de manifiesto desde la Edad Media y más claramente en sus comienzos durante el período industrial, cómo evolucionan las actividades de las clases privilegiadas y cómo juegan las clases bajas. Intentamos dejar claro que las actividades físicas de las clases altas están muy reglamentadas marcando el comportamiento del practicante como una conducta voluntaria y reflexiva, lo que supone un proyecto existencial que participa de su concepto del mundo y de la sociedad. Los deportes modernos son urbanos y se transmiten por los medios de comunicación tecnológicos: es el futuro. Mientras que el juego popular está mucho más cerca de la espontaneidad que provoca la naturaleza humana, eso que han llamado irracionalidad, los reglamentos se acuerdan laxos y entendibles por todos, los espacios se adaptan, el tiempo se estira o encoge a conveniencia de las dificultades. Los juegos son rurales, campesinos, se están muriendo y durarán lo que aguante la cultura del rural. Quedarán los juegos infantiles y los que la fecunda imaginación humana sea capaz de crear, incluidos los de la llamada realidad virtual.

## **4. Objetivos del trabajo.**

Al objeto de no perdernos volvemos a presentar los objetivos del trabajo. La naturaleza del problema que hemos presentado y la forma en que pretendemos abordarlo, nos lleva a plantearnos los siguientes objetivos:

**4.1.** Analizar la línea de continuidad cultural-deportiva, desde el período clásico a nuestros días, con las secuencias, en cada tramo, de los procesos de mitologización de la actividad física, apropiación de ésta por parte de la clases ociosas y finalmente, la popularización del deporte y por extensión de sus espacios.

**4.2.** Demostrar como el espacio deportivo se genera desde las instancias del poder como factor de integración y control social de la faceta lúdica del ser humano. Teniendo en cuenta que las aglomeraciones de personas sólo se producen en las ciudades es, en este ámbito, en el que el Orden erige sus instalaciones normativizadas.

**4.3.** Comprobar que los grandes espacios del deporte de origen rural, de estructura horizontal, están siendo sustituidos por los espacios del deporte urbano, más reducidos y de estructura vertical.

**Notas:**

(1). Cada equipo juega tan bien como le permite el contrario. Ninguna paloma vuela en el espacio sin aire, ningún equipo deportivo ni ningún grupo de hombres lucha contra muñecos, con lo que su rendimiento no sólo viene limitado por el despliegue de energía de los adversarios, sino que a veces también lo aumenta. El éxito del equipo A no depende solamente del juego del equipo B, no sólo el resultado de la competición sino que también el juego se configura de acuerdo con su mutua dependencia. Cada uno de los grupos competidores juega contra un adversario creado por sí mismo. Este tipo de reciprocidad se revela tanto en todos los ámbitos de las actividades humanas que los éxitos no sólo aumentan con la excelencia de los adversarios sino que también se menoscaban con su insuficiencia. Generalmente dos equipos excelentes juegan mejor uno contra otro que jugaría cada uno de ellos contra un equipo más débil.

(2). Aunque nuestra experiencia en los municipios desmiente tal hipótesis. En el patronato deportivo municipal de Pinto (Madrid), pusimos entradas gratis para los parados, en las instalaciones con espectáculos o de uso, piscinas, polideportivos, etc., sólo se nos presentaron, en tres meses, cinco parados a reclamar una entrada..

## **CAPÍTULO III.**

## **PRIMERA PARTE. EL PERÍODO CLÁSICO**

- Grecia, la definición del agonismo y sus espacios.**
- Roma, la definición del espectáculo y sus espacios.**
- Bizancio, transmisor y guardián de la cultura clásica.**



## 1. Grecia. El agón y su espacio para ser visto.

*“... El espectáculo resultó hermoso,  
pues fueron muchos los que bajaron a la pista  
y, como los estaban mirando sus compañeros,  
sentían emulación...  
y los espectadores animaban a los atletas  
en medio de risas y gritos.”  
Jenofonte. Anábasis, IV*

### 1.1. Introducción.

En la vida cultural de los pueblos no hay sorpresas. Del mundo clásico sería Grecia la que suministraría la gran veta cultural que florece en nuestra civilización como nos ilustran tantos autores antiguos (1) y modernos (2). Roma aporta el Derecho como estructura reglamentaria de la sociedad, la practicidad militar de sus vías, acueductos, puentes, etc., y la espectacularidad política de sus monumentos, teatros, anfiteatros, circos, termas, etc. (MOMMSEN, 1992). Pero los griegos partiendo desde su portentoso descubrimiento del ego y del Ser de Parménides (Cit. DARENBERG y SANGLIO, t. IV, 1900), se dotaron de un amplio y genérico saber, de un cualificador don del equilibrio dialéctico, basado en el canon humano (MOREY, 1981), factor determinante de una extraordinaria intuición, que llevaron a su quehacer fascinante: arquitectura, escultura, literatura, oratoria, filosofía, lógica, retórica, historia, las estrategias, la medicina, la geografía, el teatro, el comercio, la política, la ética..., envolviéndolo todo en la infinita curiosidad que da un clima benigno, un mar cautivador y un cielo limpio (además de una economía basada en la esclavitud). “*Tanto humanismo sólo podía nacer en la Hélade, justo donde se cruzaban las religiones y el pensamiento de Asia y Europa, siendo impensable su surgimiento a orillas del río Zaire o en las heladas costas de Finlandia*” (LÓPEZ GARCÍA, 1985, 88). El deporte vino en el rico bagaje cultural legado a los occidentales.

### 1.1.1. Generalidades.

Como se ve existe una teoría feraz, la de las culturas de choque, expuesta, entre otros, por Karl Popper; “...el hombre se hace fuerte en los espacios fronterizos si transgrede sus límites se encuentra con el “otro”, una persona diferente, choque este que hunde o agiganta, pues el mestizaje amplía y renueva...” (POPPER, 1999, 24). Es lo que ocurre en el Mediterráneo oriental que, aún en nuestros días, sigue siendo un cruce de caminos, de guerras y de ajustes humanos.

El mundo griego estaba en un principio gobernado desde Creta, extraña situación, un imperio talasocrático (3) dominado desde el mar por su mítico rey Minos (MARINATOS, 1968). Aquella robusta cultura fue arrasada por diversas invasiones de pueblos nómadas que emergían desde los desiertos asiáticos buscando mejores asentamientos (KARAGHIORGA, 1955; BARCELÓ; 2001). Los dorios, que avanzaron hacia el sur sobre la península griega; gentes del mar que venían de las tundras europeas o de las tierras calcinadas del África, se amontonaron, cruzaron y chocaron (DEVAMBEZ, 1966; LÓPEZ GARCÍA, 1985; BARCELÓ; 2001). Arramblaron con todo, hubo refriegas, asentamientos violentos y empujones a la desaparición pero también crearon la moneda, el alfabeto y la navegación para comerciar (FARRINTONG, 1981). Hechos fundamentales que forjaron un hombre individual, móvil, avisado y libre. Surgen las polis, las ciudades-estado, habitadas por reducidos grupos humanos en intercambios o choques permanentes. Surgió el enriquecimiento del más listo, del pequeño grupo de presión (los aristócratas), la aparición de los laboriosos comerciantes, la autonomía y la diferenciación, frente a la uniformidad de los grandes imperios asiáticos (MANDELL, 1986; BARCELÓ; 2001).

Ya en Homero encontramos señalado este cambio. La *Ilíada* es todavía el libro de los aqueos, de los dorios, un libro de guerreros, de héroes y de dio-

ses (CORNFORD, 1974). En ese mundo los hombres están sometidos a las fuerzas del destino, sujetos a los caprichos de las deidades, a pesar de que éstas son antropomorfas, ya que los habitantes de la Hélade inventaron los dioses más humanos que se hayan podido crear (BRIAKEL, 1944; HAUSER, 1979; COTERELL, 1995), pero no por ello dejan de ser caprichosos y cambiantes como nos ilustra el poeta Jenófanes de Colofón (525 a.C.): *A los dioses todo han atribuido Homero y Hesíodo / cuanto entre los humanos es causa de escarnio y reproche: / robar, cometer adulterio, y el mutuo engañarse* (10, en la versión de Diels. Kr.).

La impávida fortaleza de Troya es, para los helenos, un castillo caquiano que no se acaba de conquistar nunca (POPPER, 1999), como ocurre con la felicidad, la inmortalidad, el cielo, la eterna juventud, etc., cosas de dioses.

Sin embargo, en la *Odisea* se produce un cambio total. Ulises va y viene, se pierde y se encuentra, es incrédulo ante los mitos, brujas y sirenas, engaña, se burla y desafía a los dioses; es el viaje del ser humano aventurero: curioso, ora indagador, geógrafo, o comerciante; es lo individual y la curiosidad del sentir, del ver y del oír las cosas en sí mismas, ensimismarse. Odiseo llega, con lo que queda de su tripulación, a la isla de Circe, desembarcan tras un terrible temporal, lloran a los compañeros desaparecidos, después preparan la cena; la noche es estrellada, la hierba está fresca (HOMERO, *Odis.*, Cant. X). Beben, comen y duermen tranquilos bajo la luna. Aquí no aparecen dioses. Ulises es uno de los nuestros, es nuestro antepasado.

Es gente móvil y de choque, por eso tienen que estar atentos a sí mismos. Estudian la naturaleza, lo humano, piensan y relacionan las observaciones. Se discurre porque se mira: lo visual, primera potencia dice Aristóteles (*Metafísica*, Lib. II). Toda la filosofía presocrática refleja al hombre, relacionándolo con el espacio-cosmos y con sus pensamientos (POPPER, 1999). Latidos humanos. Ulises, por su cercanía como persona, es más héroe que Aquiles.

Solón, en el año 600 a.C. habla de la importancia del buen gobierno. Luego en el siglo V a.C., Pericles lanza en su famosa *Oración Funebre*, un discurso tan actual que sorprende: “Vosotros sois la ciudad, la patria sois vosotros” (TUCÍDIDES, I, 6). Es la democracia, el hombre como eje. Con esa perspectiva triunfó una forma de hacer deporte de manera individualizada, aristocrática, como pasados los siglos ocurrió en la Inglaterra Imperial (MANDELL, 1986), el griego desde su ego, su yoidad, considera que puede apresar el espacio y el tiempo, necesita medirse contra todo y todos, cree en las hazañas, en la importancia de él mismo y reflejándose en su arte se hace el dios humanizado del Olimpo (4).

La aparición de la escultura griega en la forma arcaica y el realismo idealista posterior permanecieron mudas si no se tienen en cuenta el papel que desempeñó en las *polis* la apariencia física como determinante del prestigio social de sus dirigentes (SENNET, 1997; BOARDMAN, 1999). La escultura recorre un lógico camino desde su estilo arcaico, más solemne, marcado por un respetuoso temor a lo desconocido y puede que fuese hasta más expresivo (5); hasta el realismo idealizado del período clásico que representa a los dioses, a los héroes y a los guerreros bien proporcionados, esbeltos y bellos sean jóvenes o viejos, con cuerpos expresivos pero con los rostros serios, adustos, de preocupación. Cuando las esculturas han conservado sus colores primigenios en los ojos, se comprueba este fenómeno: como mejor ejemplo, el auriga de Delfos (BOARDMAN, 1999).

En aquella sociedad, amurallada por el temor al vecino y a otras ciudades-estado, el físico del guerrero-defensor era básico, la guerra era una actividad fundamental como nos ilustran los autores griegos (6), por lo que no le era fácil a un hombre deforme o débil alcanzar o conservar una posición social o un puesto político importante (ELIAS y DUNNING, 1992); la fuerza física, la

---

belleza corporal, el equilibrio postural y el endurecimiento muscular, tenían en la sociedad griega un papel mucho mayor de lo que nos podemos llegar a imaginar en nuestros días (SENNET, 1997). El fenómeno de que un disminuido físico pueda alcanzar rangos de poder y de influencia social es un hecho relativamente reciente en el desarrollo de las sociedades (no parece que seamos conscientes de estos saltos cualitativos en nuestros tiempos) modernas, y el detalle de que en EE.UU. uno de sus mejores presidentes estuviese postrado en una silla de ruedas, es sintomático de los cambios producidos con respecto a las antiguas sociedades (ELIAS-DUNNING, 1992).

De otra forma se pensaba en las ciudades-estado, así como en las *civitates* romanas, los individuos débiles o deformes eran eliminados, si no físicamente como en Esparta, si apartados de los asuntos importantes; un adulto que no pudiese combatir contaba muy poco en la vida pública. Contrario a lo que se pueda llegar a pensar, un enfermo convaleciente o un hombre de mucha edad no encabezaban los asuntos ciudadanos. Hemos traducido con harta frecuencia por *virtud* la palabra *areté* que era una de las expresiones del ideal a que tendía la sociedad clásica (ELIAS-DUNNING, 1992). Pero, de hecho, esta palabra, no nos traslada, como nuestro término *virtud*, a una característica moral, sino que se relaciona con las actividades del guerrero y del aristócrata, entre los cuales la imagen corporal, las cualidades del luchador y las habilidades físicas tenían una importancia capital (SENNET, 1997), como se puede deducir de la atenta lectura de los poemas elegíacos de Píndaro.

Ese mismo ideal se traducía en las esculturas, en las cerámicas como en sus juegos y deportes competitivos (MANDELL, 1986; BOARDMAN, 1999). Los campeones olímpicos disfrutaban de una estatua en Olimpia y muchas veces, incluso, se les levantaba otra en su ciudad de origen (PAUSANIAS, Lib. V y VI).

El arte de aquel siglo, sobre todo la escultura, alcanza una perfección de

líneas impresionante. Se superan las duras figuras arcaicas y el resultado es portentoso. Nadie ha podido mejorarlas ni Miguel Ángel, ni Cánova ni ningún otro escultor. El auriga de Delfos, como dijimos antes, es el símbolo: figura soberbia, tensa, adolescente, equilibrada, serena, todo un paradigma del humanismo y el arte, del deporte agonístico, de la política, del individualismo, etc. (BOARDMAN, 1999).

### **1.1.2. La génesis del deporte en Grecia. División en épocas.**

Cada desarrollo histórico es una sucesión en el tiempo y sólo así hay que entenderlo. De ahí resulta que para escribir sobre la historia, el establecimiento del caudal histórico es un principio indispensable de ordenación. Sólo con este método se puede pasar por el embrollo de fechas, nombres y hechos, hasta conseguir que resalte lo que nos hemos propuesto (POPLOW, 1959a).

En la historia del deporte griego, suele distinguirse una primera etapa establecida, desde el punto de vista cronológico, por lo común, muy concisa, separada de otra muy extensa, establecida a partir de las especialidades. Poplow, distingue las siguientes etapas del deporte griego: *“Época de Homero; nacimiento de los concursos atléticos; época de las fiestas atléticas o de los hombres fuertes; época del ideal atlético (500-440); época del profesionalismo y la especialización (440-338); decadencia del atletismo (338-146) y el atletismo bajo los romanos (146 a.C.-393 d.C.)”* (POPLOW, 1959a, 143). Este mismo autor realizó otra clasificación relacionando el deporte con las funciones sociales de los griegos, basándose en Gardiner (1930).

Sin embargo, nosotros nos vamos a ayudar de la parcelación que hace Durántez (1975 y 1990) siguiendo la evolución del estadio de Olimpia: *Época arcaica, clásica primera y segunda (helenismo) y los dos períodos de los cam-*

---

bios romanos. Así pues, al margen de las periodizaciones que a continuación consignamos, nuestro trabajo se va a dividir en tres grandes etapas: Edad oscura y arcaica, período clásico y helenismo, dejando la dominación romana para el estudio de esa parcela de la Historia.

### **Edad oscura.** (Anexo 1, 2)

*“La primera época empieza con las inmigraciones a Grecia de los pueblos indoeuropeos, los posteriores jonios y aqueos, que tuvo lugar hacia el año 1950 a.C.” (POPLOW, 1959a,151).* Se suceden en Grecia siglos de apaciguamiento y consolidación hasta que en la primera mitad del siglo XVI florece la cultura micénica, indudablemente sin nuevas migraciones, pero influida por la radiante fuerza cultural de Creta (GERNET, 1968). En Creta y Micenas se alcanza, en esta época (siglo XVI-XIII a.C.) la máxima expresión, si bien todavía muda (POPLOW, 1959a). Ambas desaparecen hacia el 1200 a.C., bajo el asalto de los pueblos nórdicos y un acelerado fenómeno de disolución interna (GLOTZ, 1923).

### **Las invasiones y colonizaciones.**

El ocaso de la hegemonía micénica en el Este mediterráneo fue rápido. Los frecuentes levantamientos de las tribus locales y las acciones de pillaje llevadas a cabo por los nómadas de las regiones vecinas debilitaban al gobierno (MARINATOS, 1968; BARCELÓ, 2001); crisis internas empujaron a la clase dominante a aventuras exteriores, incluida la piratería (HAUSER, 1979; BARCELÓ, 2001). Una de esas aventuras fue la guerra de Troya, que movilizó a las clases gobernantes y la casi totalidad de los recursos económicos de la federación de pequeños reinos tribales contra una forma de civilización superior. Las ciudadelas de Micenas, Tirinto y Atenas, por entonces una importante ciudad micénica, no pudieron ser defendidas por más tiempo y hacia el 1200 a.C. la civilización griega del Bronce se hundió definitivamente perdiéndose incluso la tradición

escrita; el relato de sus intrigas y aventuras sería transmitido a la posteridad por tradición oral exclusivamente (MARINATOS, 1968; MANDELL, 1986; BARCELÓ; 2001).

Las incesantes migraciones y las acciones de merodeo de las tribus bárbaras del norte de Europa y del Asia Central llevaron el caos al Egeo. Ninguna tribu invasora, ningún grupo nómada se sentía dispuesto a asentarse definitivamente (MARINATOS, 1968).

Durante los dos siglos que duraría el eclipse de la civilización griega, fueron muy pocos los centros que mantuvieron el orden político en esa parte del Mediterráneo. Los fenicios, instalados en lo que hoy es Palestina, Siria y Chipre, eran un próspero pueblo de mercaderes fundadores de colonias por todo el Mediterráneo (MARINATOS, 1968). En el siglo IX a.C., las condiciones locales de la Grecia continental habían mejorado lo suficiente como para que los fenicios exportasen sus elaborados productos textiles y piezas de marfil labradas para Atenas y el Peloponeso (BREASTED, 1934). Pero la aportación más importante de los fenicios a la civilización de su época fue su sistema simplificado de anotación escrita del lenguaje, que sería adoptado por algunas poblaciones griegas en el curso del siglo IX a.C. (BREASTED, 1934; CORNFORD, 1980; FARRINGTON, 1981). Las primeras grandes obras literarias consignadas mediante ese sistema alfabético fueron los poemas de Homero (CORNFORD, 1974).

Por razones difícilmente comprensibles para los conocimientos que de ello tenemos, hacia el 900 a.C. los desplazamientos bárbaros empezaron a remitir y algunos de los pueblos de la cuenca norte del Mediterráneo iniciaron el período político e intelectual más creativo, que haya conocido la humanidad (DEVAMEZ, 1966; GRIFFIH, 1969; MONTANELLI, 1985; FARRINGTON, 1981; ERASMO, 1998).

### **Época arcaica.**

Con esta conmoción del mundo egeo comienza la segunda época, la



arcaica (GLOTZ, 1923, GERNET, 1968). En ésta, hasta la otra transición del siglo V a.C., se formó la noción cultural del pueblo griego (POPLOW, 1959a; DURÁNTEZ, 1975). Políticamente se desarrolla en estos siglos la asociación defensiva del tiempo de las migraciones, pasándose por el estado de castas tribales al de ciudadano de la Polis (Anexo, nº 2). Más que ninguna otra época, se encuentra ésta sujeta a la ley de la evolución; después de un arranque de varios siglos, se llega al siglo VIII a.C., el siglo de Homero, de la oscuridad histórica, pero época de germinación y empuje (HAUSER, 1979; FRÁNKEL, 1993; BARCELÓ, 2001). Apareció el uso de la escritura, el perfeccionamiento de la navegación, la expansión del comercio, la circulación de la moneda, las tácticas militares basadas en las falanges, la edificación del primer templo de madera creándolo el centro de culto, los juegos atléticos..., todo ello son signos que se proyectan hacia el futuro. *"Son pruebas de la energía dominadora de los nobles, esa capa social que responde a las exigencias de su tiempo y no rinde culto en la poesía homérica a Micenas como grandeza real del siglo XIV, sino que la busca como grandeza ideal del siglo VIII"* (POPLOW, 1959a,153). Esta época es de plenitud y, sin embargo, sólo un comienzo, pues el movimiento continúa en todos los sectores para dar forma a la segunda fase: *"...moldea la sociedad griega, presencia la gran expansión colonizadora, crea la esencia griega en el Agón, fortifica su propia conciencia y el compañerismo por la experiencia de las fiestas y, al mismo tiempo, enlaza al hombre con el pasado"* (POPLOW, 1959a,153).

### El período clásico.

La tercera época es la clásica, que Popplow (1960) deja en un sólo período y DuránteZ (1975; 1990), hablando del estadio de Olimpia, le da dos momentos, en función de sus remodelaciones, "el clásico" y "el clásico tardío". Ahora maduran los afanes, intentos, proyectos y esperanzas de la época arcaica. Si la esencia clásica consiste en tender un puente desde el antagonismo a la

armonía, encontramos esa tendencia en todos los órdenes de la vida: *"...la contradicción entre la autoafirmación política hacia el exterior y la destructora lucha fratricida en el interior; la tensión entre la estrechez religiosa y la audacia individual; la antinomia entre la esperanza idealista y la razón escéptica; el antagonismo de Esquilo y Sófocles, Sófocles y Eurípides, Sócrates y Platón; el relevo de la agonística aristocrática por el atletismo profesional; de la democracia radical contra las castas guerreras; el contraste entre el estilo austero y la existencia agitada, barroca. La maestría creadora de tales contradicciones y la resultante actitud intelectual de equilibrio y moderación, de conciencia de la responsabilidad para con la comunidad y el bien común, así como para lo bello y lo religioso, tiene un carácter genial"* (POPLOW, 1959a, 154). Aunque a dicha postura intelectual, preñada de creaciones, se le reservara un corto plazo de vida, le quedó una expresión de grandeza decisiva. La historia cultural es la interpretación del modo de pensar, desde donde cabe considerar los hechos. En este sentido los helenos han llegado a ser maestros insuperables, como nos avisa Barceló (2001), encontraron lo esencial por doquier y lo representaron con admirable claridad en sus rasgos fundamentales.

## **El helenismo.**

La cuarta época de la historia griega, la helenística, se separa de la anterior por la invasión de los macedonios y la creación del delirante estado universal griego de Alejandro Magno. Se unifica la sociedad griega y se propaga su cultura por el mundo antiguo. Cultura común, que se expresa en griego, se lee a Homero, Platón y Sófocles, la educación se generaliza en los gimnasios, se goza de una música muy elaborada, los poderes construyen todo tipo de edificios públicos como templos, estadios, odeones, teatros, gimnasios, palestras, baños, escuelas, etc. Es una cultura, sin embargo, cuya originalidad y fuerza creadora corresponden sólo al siglo III a.C. Desde el siglo II

---

a.C. se acentúan los signos de decadencia. La vitalidad de Helenismo se mutila y diluye más y más en una civilización de masas, por tanto superficial y de lectura plana (POPLOW, 1960; DURÁNTEZ, 1975; MANDELL, 1986; BARCELÓ, 2001), se podría hablar de la pérdida del aura, ese aura que Benjamín concedía a toda obra de arte que está tocada de una fuerza religiosa que todos le conceden y en la que todos participan, como ocurría con el teatro griego y los agones panhelénicos (BENJAMÍN, 1992).

## **1.2. Los agones, juegos y deportes helenos. Los míticos precedentes deportivos. Situados en los siglos oscuros y época arcaica.**

En uno de los cantos de la *Iliada* Aquiles organiza, en el arenal de una playa cercana, unos juegos atléticos en honor de su amigo y amante Patroclo, muerto en combate a las puertas de Troya. En el transcurso de los juegos rituales, el legendario Ulises, protegido de la diosa Atenea, lucha contra un joven rival, y ambos, doblando el cuerpo, se agarran por los codos.

Parecen dos pilares de roble dispuestos por el maestro carpintero para sostener un techo que desafía la fuerza de cualquier viento. Los huesos de la espalda de los luchadores crujen bajo el esfuerzo de las nudosas musculaturas, y el sudor corre ininterrumpido por la superficie de la piel. Sobre el tórax y los hombros las tenazas de los brazos y las garras de las manos dejan la marca de su acción en ribetes escarlatas de sangre acumulada. Sin pausa, se esfuerzan por conquistar el trípode... (HOMERO, *Iliada*, canto XXIII).

El combate se prolonga. Los espectadores, sentados alrededor del espacio de lucha, se aburren. Se producen dos derribos sin consecuencias, a pesar de sus esfuerzos y de las invocaciones de los amigos de los contendientes a Zeus para que ponga fin al enfrentamiento. Aquiles se da cuenta de la imposibilidad de que

salga un claro vencedor y declara el empate: los luchadores podrán repartirse los premios, a saber, un gran trípode de metal valorado en doce bueyes y una esclava estimada en cuatro bueyes, lo que permite una repartición de ocho “animales” para los luchadores. Hay que añadir que el relato es de una gran veracidad y se asemeja a las crónicas periodísticas de nuestros días. En las modalidades de lucha modernas se suelen producir estas igualadas, en las que ninguno de los dos contendientes puede con el contrario. Son combates aburridos que se solucionan mediante las previsiones reglamentarias.

La carrera pedestre tiene como premio un cuenco de plata. A Ulises también lo encontramos en esta prueba, y dos jóvenes guerreros nobles le disputan el premio. Aquiles señala la meta y da la salida. Desde ese momento Ajax se coloca en cabeza. Ulises, en un esfuerzo, deja atrás al tercer corredor y se pega a la cabeza sin lograr pasar. Los espectadores jalean con pasión a los corredores, mientras los ven correr de manera agónica sin posibilidades de que cambie el evidente resultado. Desesperado, Ulises invoca a su patrona Atenea: *¡Ayúdame, oh diosa; que mis pies sean los más veloces! (Ilíada, XXIII)*.

La oración parece surtir efecto. Ulises siente volar sus pies y Ajax resbala en los restos de una res recién sacrificada en los funerales celebrados por el amigo. El de Ítaca vence y se lleva el cuenco de plata. Su joven adversario, furioso con lo sucedido y con los malolientes restos todavía en la cara, espetta a los jueces de la carrera: *¡Maldita suerte; esa diosa siempre a su lado, como una niñera embelesada! (Ilíada, XXIII)*.

No recogiendo otro resultado que la risa de los espectadores concurrentes. A este corredor el final de la carrera no le pareció justo, al menos como lo entenderíamos nosotros, pero los griegos usaban de la religión para explicar sus avatares vitales y el desenlace queda aceptado por todos, incluido el perdedor.

Los Juegos se practicaban, en primer lugar, en los funerales de los jefes,

en los que llegaban a incluir sacrificios humanos. Tal como nos lo cuenta Homero, que con frialdad y distanciamiento nos relata el sacrificio de varios jóvenes prisioneros troyanos, pertenecientes a nobles familias, inmolados en la pira de Patroclo (*Iliada*, XXII, 162 y sig.; XXIII, 630). Dicha práctica no es solamente exclusiva de los pueblos griegos de aquellos primitivos tiempos, como consta en el capítulo I del *Evagoras* de Isócrates y como se podría estudiar en el período micénico. Estas conmemoraciones fúnebres dan pie a Homero a describir otras pruebas deportivas, como la carrera de carros, demostrando, como hemos apuntado antes, que la épica es la base de la narrativa heroica y hasta, podemos presumir, del periodismo deportivo actual.

En aquellos tiempos, las instalaciones no existían como tales, se elegía un espacio despejado, adecuado a la acción y a la modalidad que se va a desarrollar; después, los espectadores se situaban en las lindes del pretendido terreno de juego, que generalmente era una playa. El patrocinador, investido de cierta autoridad sagrada, como una especie de sacerdote convocante y oferente es, además, el árbitro (*HOMERO, Iliada, XXII; Odisea, VIII*).

### **1.2.1. La épica como referente.**

Homero es de los escasos rayos de luz que iluminan, en sus postrimerías, la Edad Oscura griega. Como fuente de información histórica es, para nosotros, de valor muy problemático: las obras que escribió son deliberadamente arcaizantes, y en ellas se intentan glosar las gestas de los antiguos héroes micénicos, ignorando por completo cualquier suceso posterior a la desastrosa desaparición de éstos. Aunque no consigue totalmente su propósito (ya que se filtran a menudo indicios que delatan, tras la máscara orgullosa de los héroes aqueos, el rostro de los nuevos amos) sus textos no nos desvelan el enigma de la Edad Oscura. Ni siquiera sabemos si existió realmente el Homero de la leyenda, aedo ciego y vagabundo, o si la *Iliada* y la *Odisea* son

obra de una estirpe de rapsodas, los (H)oméridas naturales de Quíos. Las dos epopeyas, en sus descripciones y retratos de guerreros, armas y modos, abarcan mucho más tiempo que el que puede comprender la vida de un sólo hombre. En todo caso, la ideología que se expresa en dichas obras es de gran importancia: Homero será en adelante, punto de referencia obligado para las generaciones futuras, al decir de muchos, él fue el educador de Grecia, el verdadero sistema educativo griego.

En su intento por restaurar una imagen (épica) del mundo, Homero lleva a cabo una ordenación de la multitud de divinidades que pueblan el cielo imaginario griego, estableciendo poéticamente un universo teológico mínimamente ordenado; con lo que prefigura el Panteón Olímpico, tal como este será asumido posteriormente por las diferentes ciudades-estado en una religión unificada (MOREY, 1981).

En lo que respecta a la actividad física, en la lectura de Homero encontramos numerosas referencias a los deportes que más se practicaban en su tiempo: La natación, de todos el menos frecuente y a la que hace pocas alusiones (Odisea, V, 374). La caza, de la que nos dice que gusta y la practican los hombres más poderosos; en su ejercicio hay que demostrar habilidad y rapidez en el manejo de las armas así como una gran sangre fría. Los animales cazados eran: el león (Ili. Cant. XVII, 132), la pantera (Ili. Cant. XXI, 573), el jabalí (Ili. Cant. XII, 148; Od. Cant. V, 450), el ciervo (Ili. Cant. XI, 473), la cabra montés (Ili. Cant. IV, 107) y la liebre. Entre los deportes atléticos cita los siguientes: El pugilato, describiendo la dureza de esta modalidad, ya que los púgiles llevan el torso desnudo y se envuelven las manos en largas tiras de cuero (Ili. Cant. XXIII, 685-689). Las carreras pedestres, en ellas se evidenciaban la agilidad, la velocidad y la resistencia de los jóvenes, también corrían los guerreros llamados hoplitas, cargados con toda su equipación militar, incluido el hoplitón o gran escudo, por caminos de polvo o de

barro según las estaciones (BILINSKI, 1964; DURÁNTEZ, 1975). Lanzamientos de precisión de jabalina y disco; éste podía ser de piedra o de hierro (HOMERO, *Iliada*, XXII y XXIII; BILINSKI, 1964). Como pruebas de puntería se ejercitaban en el tiro con arco (BÉRARD, 1955). El combate, *monomachía*, nos remite a los que después se haría en Roma y en el período medieval, en el que se oponían dos guerreros armados, siendo, por tanto una competición peligrosa (HOMERO, *Íli. Cant. XXII*; HESIODO, *El escudo*); sin embargo, las carreras de carros eran las que más gustaban por el riesgo que llevaban consigo.

Podemos seguir comparando y dándonos cuenta de que los relatos épicos contienen numerosas secuencias deportivas, mientras notamos que en las descripciones de las batallas parece que se enfrentan equipos deportivos (HOMERO, *Iliada*; HESIODO, *El escudo*).

Los poemas de Homero y Hesiodo fueron escritos hacia el 700 a.C. y registran una tradición oral mucho más antigua (HAUSER, 1979; FRÄNKEL, 1993). Si se analizan cuidadosamente, pueden aprenderse muchas cosas sobre la llamada Edad Media griega (1200-800), además de algunas leyendas transmitidas a través de los poetas micénicos que les precedieron (FRÄNKEL, 1993; BARCELÓ, 2001). En cualquier caso, parece que no hay ninguna duda de que varios siglos antes de la Edad de Oro griega, el más grande de los poetas helenos sabía que su público adoraba los relatos de tipo agonísticos y con un final incierto (WYCHERLEY, 1978; VERNANT, 1993; FRÄNKEL, 1993; BARCELÓ, 2001). La épica homérica fue una especie de catecismo que estudiaba la infancia helena, en ella aprendieron el comportamiento del héroe (JAEGER, 1942), tan necesario, por otro lado, para defender las *polis* de los asedios, la piratería y la depredación de las otras ciudades o de enemigos más exteriores (HAUSER, 1979); por eso el tratamiento y la lectura de las competiciones requerían de las correspondientes interpretaciones (FRÄNKEL, 1993). Los poemas contienen diversas y constantes narraciones de agones pedestres,

saltos, lanzamientos y algunas historias sobre el tiro del disco en las que el premio era el propio disco (DIEM, 1966; DURÁNTEZ, 1975; CASTIELLA, 1975). Hay también varias descripciones de asaltos de lucha y boxeo, y como no podrían faltar en un relato bélico, competencias de tiro con arco. Esporádicamente aparecen algunas referencias al lanzamiento y juegos de pelota, al remo y a las competencias de danza (FRÄNKEL, 1993). Estos agones casi siempre se presentaban y desarrollaban en playas o cuanto menos en grandes explanadas.

### Épica y agonística.

Homero explica claramente que los agones atléticos servían de complemento a varios tipos de reuniones. Las descripciones de los encuentros traducen indefectiblemente la obsesión por triunfar de los participantes, y las estrategias empleadas para conseguirlo podrían ofender, en nuestros días, a los defensores de esa entelequia llamada "juego limpio" (MANDELL, 1986).

El heroísmo contenido en los relatos épicos conmovía a todos los oyentes helenos, a pesar de la fragmentación política de Grecia, lo que atestigua una cierta uniformidad de los deportes cantados por Homero en todo el mundo mediterráneo (MANDELL, 1986; FRÄNKEL, 1993). Por otro lado, en esas actividades corporales resultan evidentes el dominio exclusivo de los guerreros aristócratas, protagonistas de la épica homérica (BILINSKI, 1964; MANDELL, 1986; ESTEVE, 1999). En cuanto a las prácticas físicas del pueblo micénico de la época preclásica, o incluso de las épocas precedentes o posteriores, lo poco que se sabe se basa en meras especulaciones (GARDINER, 1930; POPLOW, 1959b).

Más tarde, los griegos institucionalizarían tan sólo dos de los agones que Homero no había mencionado: el pancracio, una forma de lucha que describiremos más adelante, y el pentathlon, combinación de tres pruebas de atletismo, más lucha y carrera de fondo con un sistema de puntuación muy complicado y desconocido. Se introduciría, igualmente, la costumbre de premiar



---

los segundos y terceros lugares en juegos y competiciones (DIEM, 1966; DURÁNTEZ, 1975; MANDELL, 1986).

### El papel de la épica.

Para numerosas generaciones de moralistas, artistas, educadores e incluso de atletas, los relatos épicos, con sus parábolas y máximas morales, fueron verdaderas guías de conducta. Las leyendas de la Guerra de Troya y del regreso de Ulises a su hogar rebosan con ejemplos de egoísmo, parodias del honor, crueldades del destino, sufrimientos injustos y brutalidades que denotan un profundo pesimismo, sensación que los futuros admiradores sentimentales de la Grecia clásica pasaron por alto, pero que, indiscutiblemente, enturbió la vida de los griegos. Aunque nadie ponga en duda la resonancia de sus hazañas, los héroes homéricos, además de agresivos y fanfarrones, fueron probablemente irritantes y peligrosos compañeros de juegos (ELIAS y DUNNING, 1992; VERNANT, 1993).

En cualquier caso, tanto la literatura como los restos arqueológicos de la época clásica ponen de manifiesto el cambio experimentado por la cultura griega a partir de los tiempos micénicos, al unir estrechamente los conceptos de heroicidad con la perfección atlética (DURÁNTEZ, 1975; CASTIELLA, 1975).

La poesía de Homero fue el modelo de la épica posterior y, a partir de la *Ilíada* y la *Odisea*, ningún poeta griego dejará de incluir el relato de algún extraordinario hecho agonístico en su obra. El autor latino Virgilio no olvida cumplir en su *Eneida* con los juegos, celebrados en acción de gracia por haber llegados vivos a las costas latinas y como homenaje al padre de Eneas (*Eneida*, Cant. V). Introdujo en su relato carreras pedestres a imitación de las de Homero, con el resbalón del previsible ganador, Nisius, sobre una mancha de sangre de becerros inmolados y lo amplía con una regata a remo (*Eneida*, Cant. V, vers. 330-335). En otro orden, es Virgilio quién nos completa lo sucedido en Troya, ya que parte del relato homérico se perdió (7).

Conviene señalar, asimismo, el lugar predominante que ocupan en la poesía posthomérica los hechos atléticos protagonizados por guerreros-aristócratas con ocasión de los funerales de algún héroe (FERNÁNDEZ GALIANO, 1971). Siglos después, cuando los agones de los griegos ya no eran más que un recuerdo de la antigüedad e incluso dejaron de practicarse (PAUSANIAS, Lib. V; FILOSTRATOS, *Gimnástica*, XLIII), las analogías, la retórica y el estilo hiperbólico de aquella literatura agonística continuarían influyendo en la literatura heroica, aunque ciertos poetas se comienzan a burlar de ese espíritu deportivo y guerrero: *Algún sayón alardea con mi escudo, arma sin tacha, /que tras un matorral abandoné, a pesar mío. / Puse a salvo mi vida ¿Qué me importa el tal escudo? / ¡Váyase al diantre! Ahora adquiriré otro no peor* (Arquilocho de Paros. 3 (6 D. K)).

A mayor abundamiento y pasados los siglos, en los inicios del cristianismo, el judeo-griego, además de ciudadano romano, Pablo de Tarso usó repetidamente las imágenes convencionales y las analogías del deporte clásico en sus escritos. Para Pablo de Tarso la vida del cristiano, reviste diversos rasgos de la competición atlética que expone en sus epístolas (1ª Epístola a los Corintios, IX, 24 y sig.).

### **1.2.2. La motivación de los agones.**

La enorme pujanza del agón griego se apoyó en muchos más factores que los puramente religiosos o épicos (DIEM, 1966). No podemos dejar de atender a la tremenda competitividad ególatra del hombre griego, el vivo espíritu de la rivalidad, la superación y la emulación que animaba a los ciudadanos helenos: *“El terrible odio de las ciudades entre sí, la división de la ciudad en clases y facciones, el antagonismo idealizado de los torneos de atletismo y en la poesía. Crean la cultura más fuerte a la vez que más sutil. La necesidad de estar dispuestos constantemente para la lucha definitiva y vital, temple una humanidad de una rara integridad física, sobria, bien adiestrada, enérgica y musculosa, preparada enteramente para la acción”* (GILLET, 1971, 23).

Otros autores como Bilinski (1961), Mandell (1986) y Esteve (1999), están de acuerdo con Gillet, en reconocer como una de las principales razones de la eclosión de la civilización helénica, el vivísimo espíritu de rivalidad que animaba a los habitantes de sus ciudades-estado.

*Sobéis cuán mortíferas son las hazañas del lúgubre Ares,  
bien conocéis la furia del cruento combate,  
y fuisteis por turnos los perseguidores y los perseguidos,  
muchachos hasta hartaros de acosos y huidas.  
Los que se atreven en fila cerrada, a luchar  
cuerpo a cuerpo y a avanzar en vanguardia,  
en menor número mueren y salvan a quienes les siguen.  
Los que tiemblan se quedan sin nada de honra. (Tirteo. 4 (8 Diel.).*

De un lado estaba el antagonismo entre sus *polis*, evidente en todas las obras literarias que nos llegan de aquel período. Quizá esa necesidad constante, la recogemos en sus poemas (KIRK, 1985): ese estar permanentemente dispuesto para la lucha que podía ser definitiva y vital, buscando la gloria o defendiendo a los suyos dentro de sus *polis*, templó un grupo humano, residente en una determinada geografía, dotándolo de una rara integridad física, sobria, bien adiestrada, enérgica y proporcionalmente musculada (como podemos contemplar en la estatuaria griega), al menos idealmente, una clase social preparada y lista para la acción como se puede leer en Tirteo: "... *Un bien común a la ciudad y al pueblo entero es / el hombre que, erguido en vanguardia, se afirma / sin descanso, y olvida del todo la fuga infamante, / exponiendo su vida y su ánimo audaz y sufrido; / y enardece con sus palabras al que combate a su lado*" (Tirteo. 5 (9 D.).

### **Concesiones a los jóvenes.**

En otro orden de cosas, tenemos que recordar el controvertido, y no por ello menos bello, ensayo de Ortega con el que nos recuerda, en *El origen deportivo del Estado*, a las agrupaciones de jóvenes que se sometían a duros y ascéticos entrenamientos que concluirían en expediciones para raptar a las

jóvenes de los alrededores (ORTEGA, 1967). La guerra de Troya, comienza con el secuestro de Helena. En otras latitudes mediterráneas, también en los albores de un imperio, Rómulo permitió el raptó de Las Sabinas (MOMMSEN 1992). Estos datos, que merecerían un mejor estudio, nos están hablando de la superación de la tribu, de la horda, de la necesidad biológica de salir del estado endogámico y pasar al exogámico (ORTEGA, 1967). Aunque en realidad ni los griegos se creyeron la literalidad del raptó de Helena como, sobre ello, ironiza el propio Heródoto: ... si Helena hubiera estado en Troya, hubiera sido devuelta a los griegos, quisiese o no quisiese Alejandro. Porque ni Príamo hubiera sido tan insensato ni sus demás deudos, como para poner en riesgo sus vidas, las de sus hijos y las de la ciudad para que Alejandro gozara de Helena. Aun cuando en los primeros tiempos decidieran no restituirla, después de perecer muchos troyanos en cada encuentro con los griegos y de que no hubiese batalla en que no muriesen dos o tres o aún más hijos del mismo Príamo (sí se ha de hablar dando crédito a los poetas épicos), con tales desgracias sospecho que aunque el mismo Príamo gozase de Helena, la hubiese devuelto a los aqueos, si con eso iba a librarse de los males que lo rodeaban. Ni tampoco había de tocar a Alejandro el reino, de suerte que, siendo Príamo viejo, los asuntos estaban en sus manos; antes bien Héctor, que era mayor y más hombre que aquél, había de heredar a la muerte de Príamo, y no le convenía permitir la indignidad de su hermano, y eso cuando por su causa le sucedían grandes desgracias a él en particular y a todos los demás troyanos. es que no tenían cómo devolver a Helena, y aunque decían la verdad, no les daban crédito los griegos; la divinidad, para decir lo que siento, disponía que pereciesen con total ruina para hacer manifiesto a los hombres que por los grandes crímenes infligen los dioses grandes castigos. Lo que he dicho es mi opinión personal (HERÓDOTO, Libr. II, 120).

En todos los tiempos el cuerpo del hombre joven ha sido un instrumento

para la guerra. En Grecia, no sólo era una evidencia sino, y también, una necesidad. Defender o atacar las ciudades era una tarea de belicosos guerreros que necesitaban adquirir vigor, agilidad y arrojo, antes que las motivaciones patrióticas o religiosas que se fabricarían y aparecerían después.

### **1.2.3. Las polis (Anexo nº 2).**

La unidad política básica era la *polis*, ciudad autosuficiente, independiente y fortificada, cuya riqueza reposaba en la actividad de sus comerciantes y artesanos y en los excedentes de producción de los campos cultivados fuera de los muros de la ciudad (MUMFORD, 1961; TOYNBEE, 1973; WYCHERLEY, 1978; WEBER, 1987). La sorprendente variedad política de esas centenares de monarquías, oligarquías, timocracias, tiranías y las escasas democracias ha sido descrita en numerosos estudios de historia política. Algunas de esas ciudades-estado alcanzaron una notable estabilidad política y riqueza material (MUMFORD, 1961; TOYNBEE, 1973; WYCHERLEY, 1976 y 1978).

Las *polis* compartían un mismo lenguaje y colectivamente se consideraban helenas. Algunos santuarios religiosos: Delfos, Delos, Olimpia, atraían a los griegos de la península y de las islas a cumplir sus ritos, así sus festivales periódicos adquirieron un significado panhelénico que contribuiría a consolidar las pequeñas unidades políticas (NESTLE, 1962).

El crecimiento demográfico, una de las consecuencias más evidentes de la paz y la prosperidad económica en los grupos humanos, obligó a las mayores ciudades-estado a establecer colonias fuera de los límites naturales de la comunidad griega (MUMFORD, 1961). Crimea, Sur de Italia, Sicilia, franjas de la costa este de la península Ibérica y buena parte del África del Norte fueron colonizadas por esos emigrantes. La especialización en ciertos productos, el comercio y el intercambio monetario se plasmaron en una próspera economía

y en la proliferación de nuevas clases de artesanos, fabricantes, comerciantes, banqueros y armadores, que ya no encajaban tan claramente en la sociedad aristocrática, guerrera y elitista cantada por Homero (MOLES, 1977; VERNANT, 1993; MILLON, 2000).

### **El ejercicio de la democracia helena.**

El nacimiento de aquellas ciudades-estado, ocupadas y, algunas, pocas, gobernadas por políticos filósofos, les llevó a usar la asamblea de ciudadanos en el ágora, a reglamentar las intervenciones, en definitiva, a inventar la democracia y a diseñar sus espacios abiertos, ocupables y participativos. Esta reglamentación ritualizada de la participación del *demos* se extendió a los agones que canalizaron la peligrosa combatividad de los jóvenes nobles hacia la actividad física, haciendo un empleo juicioso, reglado y ritualizado de aquellas actividades. Además, buscaron y construyeron estadios para apartar las posibles y ruidosas consecuencias, de las calles apretadas, sinuosas y atestadas de gentes, así como de los tenderetes comerciales que se acogían a las sombras de los peristilos del ágora (JAEGGER, 1942).

Por último hay que añadir a todas estas razones la búsqueda de la belleza y el enorme aprecio del *agón* por parte de los helenos que, evidentemente, se complementaron y reflejaron en la estatuaria que aún hoy día podemos admirar en los diversos museos de Europa (SENNET, 1997).

Las preferencias que mostraron los artistas para elegir atletas como modelos y representarlos desnudos podría hacernos pensar que lo que llevaba a los griegos a la práctica de los ejercicios corporales, era el deseo de conseguir un desarrollo físico más armonioso (PALEOLOGOS, 1964). Es cierto que el admirable sentido estético de los griegos era sensible a la perfección de un cuerpo y a la belleza de un gesto: *“Había allí un joven de unos diecisiete años que se ejercitaba en la pelota; era de Cos, de esa isla que no parece destina-*

da más que a producir hombres divinos. El joven volvía de vez en cuando los ojos a los espectadores; y al recibir la pelota, o al devolverla, reflejaba en sus palabras y movimientos tanta precisión, un tan bello natural y un orden tan regular, que todos los hombres que allí estábamos reunidos no podíamos callar ante tantos atractivos; no me acuerdo de haber oído ni visto jamás nada tan lleno de gracia" (Cit. GILLET, 1971, 24). Pero también podemos suponer que existía un gran espíritu mercantil y que los artistas vendían cierto idealismo y ciertas poses que eran bien remuneradas. No dudamos de que los griegos apreciaran de verdad la victoria, la "corona" vegetal que atestiguaba la fuerza física y moral del vencedor, pero también se esforzaban para conseguir algo más crematístico (PATRUCCO, 1962; PALEOLOGOS, 1964). Para lograr el triunfo, los atletas no dudaron prodigarse en forzados y duros entrenamientos; los corredores llegaban a la crispación en las fatigas de las carreras, los luchadores y púgiles alcanzaban los extremos del dolor, por lo que concluimos que no podían mostrar esa actitud tranquila, serena y reflexiva que nos han legado en sus estatuas (WYCHERIEY, 1976). Los escultores griegos estaban más interesados en la valoración de cánones que expresaran la perfección idealizada de los vencedores, que en retratar la realidad (WYCHERIEY, 1976 Y 1978). Ésta realidad la comenzamos a ver en las muestras artísticas del período helenístico, en los que no hay tantas concesiones a búsquedas idealizadas, son tiempos en el que los luchadores y boxeadores muestran sus rostros tumefactos y rotos por los duros combates que demandaba un sociedad más espectacularizada y mercantilizada (WYCHERIEY, 1978; HAUSER, 1979).

#### **1.2.4. Origen de los Juegos.**

Aún hoy se desconocen los motivos que impulsaron a los griegos a crear los Juegos Olímpicos. El santuario de Olímpia situada en el Peloponeso, a unos 80 kilómetros de Esparta y 320 de Atenas, estaba dedicado a Zeus, el

dios mayor del Olimpo griego y desde muchos años antes este santuario le estuvo consagrado, aunque no se conozcan los motivos exactos de adorar a Zeus en aquel preciso lugar. La posterior importancia de este recinto hizo surgir múltiples leyendas e historias sobre sus inicios. Una de ellas habla del culto a Hércules, considerado el fundador mítico de los Juegos. Éstos eran en realidad ceremonias religiosas, que no solo tenían lugar en Olímpia, todos los grandes festivales eran manifestaciones de cultos sagrados desde los más panhelénicos (Corinto, Nemea, Delfos, Panatenaicos, etc.) a los más locales: podríamos compararlos con las fiestas patronales de nuestros días, las hay grandes y pequeñas, con mucho relumbrón o casi desconocidas, pero todas están dedicadas a algún santo, virgen u otros dioses menores y en todas, los deportes tienen su lugar y papel preponderante, e incluso, como en la Grecia helenística, los deportistas van de feria en feria buscando sus premios.

Ciertas tradiciones griegas asignaban la fundación del encuentro religioso agonista a diferentes dioses y héroes legendarios, por ello inexistentes e inventados. Muchas de estas leyendas fueron recogidas por Flegón de Tralles en su *Historia Olímpica* y por Pausanias en su *Descripción de Grecia*. Una de ellas sitúa a Zeus como el fundador de los Juegos; otra, los atribuye a los Dáctilos cretenses, unos héroes mitológicos a los que la diosa Rea encargó el cuidado de Zeus cuando era un infante y estaba amenazado por su padre. Hércules era el mayor de los hermanos y propuso al resto hacer una carrera para entretener al infante divino. La hicieron entre los cinco y el vencedor se coronó con un ramo de olivo silvestre (8).

Otra leyenda recogida por Píndaro, entre otros, también atribuye la fundación a Hércules, pero en otras páginas del mismo autor podemos leer la fundación atribuida a Pélops o Pélope. Otros autores insisten con Hércules, pero el motivo es distinto el semidivino Hércules desea celebrar su triunfo sobre Augias,



rey de los eleos, mientras que otros utilizan como motivo el recuerdo de la hazaña de su antepasado Pélope, rey de Frigia o Lidia, que se presentó en Élida para conseguir la mano de Hipodamía, hija del rey Enómao, que la ofrecía a quien consiguiera vencerle en una carrera de carros. Con el concurso de Hipodamía que le proporcionó unos caballos alados y el palafrenero traidor de Enómao que procuró que la cuadriga de su rey se desarmase, consiguió Pélope su fraudulenta victoria. Con este tramposo héroe, dicen que los juegos alcanzaron un gran esplendor, pero después de éste se oscurecieron hasta que Hércules los recuperó para honrar a su ilustre antepasado.

Dicen que después de Hércules los Juegos entraron nuevamente en decadencia hasta que un tal Oxilo, según cuenta Estrabón, llevó al Peloponeso a los descendientes de Hércules, por tanto de Pélope (de ahí Peloponeso), y se proclamó rey de Élida, luego renovó los juegos religiosos supuestamente fundados por Hércules, que se celebraron durante el reinado de su sucesor, Ifito, este reyezuelo reinstauró los Juegos Olímpicos después de acordar un trato con el vecino rey de Pisa, Cleóstenes, con el que mantenía escaramuzas y pequeñas batallas por la propiedad del santuario de Zeus, dicho trato fue sancionado por la potencia dominante Esparta, en la firma de su rey, el mítico legislador Licurgo. En este acuerdo apareció la idea de la Tregua Sagrada, por la que el territorio de Olímpia era declarado inviolable y todos los visitantes que permanecieran en el santuario, se dirigieran o salieran de él estaban protegidos de las divinidades y los infractores serían castigados por el Poder, garante de los dioses en la tierra.

Desde la época de los cretenses los griegos eran muy dados a los juegos: danzas, pugilismo y tauromáquia. En la *Ilíada* Homero resalta el espíritu emulativo de los micénicos (**anexo 2**). La competición se puede traducir en griego por *agón*, que indica la lucha entre dos contendientes; de aquí deriva el término agonístico,

el cual caracteriza la cultura griega del primer milenio a.C.

Los Juegos están ligados al culto religioso como ritos funerarios, en sus principios, sagrados en segunda instancia. La costumbre de celebrar juegos agonísticos durante los funerales de un jefe o reyezuelo son comunes en casi todas las culturas que contemplan la depredación sobre sus vecinos. En la Grecia homérica, los homéridas describen, en el libro XXIII de la Iliada los funerales por la muerte de Patroclo. Juegos que promociona Aquiles, amigo y amante del muerto en los combates ante las murallas de Troya, a manos de Héctor. El poema homérico destaca el espíritu competitivo y de superación de los participantes en aquellos fúnebres Juegos. Se competía, sobre todo, por las ventajas económicas de los premios y, ya puestos, por el prurito de ganar. Aquiles organizó una competición exclusiva para los guerreros que se amontonaban ante las puertas de Troya: carreras de carros, pedestres, pugilismo, lucha exhibiciones de fuerza con levantamiento de pesos. A los vencedores, Aquiles les daba el premio que previo a la competición anunciaba y estos iban desde calderos, bolas de hierro, trípodes, bueyes o mujeres y otros objetos muy valorados por los sanguinarios griegos micénicos. La forma de presentar la competición del héroe griego parece individual, aunque en las carreras corren varios, pero el autor se centra principalmente en los dos primeros, y eso da pie a las leyendas sobre la alta estima del valor, la valentía y la gloria, cosas nada demostradas, sobre todo cuando leemos a otros autores griegos fuera de Píndaro. Pero esos valores eran necesarios para engañar y lanzar a los jóvenes a morir en las batallas, y un valor absoluto para la constitución de las falanges hoplitas, verdaderas máquinas bélicas que necesitaban de la disciplina y tener muy claro el papel del guerrero dentro del grupo. Cada infante dispone de un enorme escudo (hopliton) y un arma como la lanza larga para mantener alejados a los enemigos. Un sólo fallo en esa estructura, permitiría la penetración por ese lugar, nadie huía, ni dejaba su puesto, eso res-

pensabilidad si es un valor importante del griego. La espada corta era de utilidad en la inevitable lucha cuerpo a cuerpo. Las ciudades-estado organizaron Juegos funerarios para honrar la memoria de los caídos en los combates (ocurrió y fue obligatorio después de Maratón, Platea, Salamina o Leucra).

Otros autores, aunque con una gran falta de fundamento, piensan que los festivales atléticos de los Juegos vinculados los santuarios griegos, tenían un origen profano y deportivo (dicen deportivo cuando este vocablo ni existía en aquellos tiempos): habrían nacido sencillamente por el placer de competir, de ese espíritu innato en el ser humano a jugar y que fue después cuando adquirieron su sentido religioso. La presencia de pruebas agonistas en los funerales la explicarían como el homenaje de los vivos a los muertos, si era después de una batalla o al muerto, si era un jefe; con las pruebas físicas intentaban exhibir y mostrar las cualidades que tenían los homenajeados.

Según la tradición, los primeros Juegos Olímpicos se celebraron en el año 776 a.C., dato que se basa en una simple lista de ganadores olímpicos encontrada en Bizancio muchos siglos después y escrita durante el período romano, d. C. (**Anexo 3º**). En esa lista aparece esa fecha y el nombre de Corebos como primer ganador del Estadio. No existe ningún documento arqueológico ni referencias literarias de escritos coetáneos que corroboren dicha data. Sin embargo, renunciar a ella haría tambalearse toda la cronología griega que establecieron los occidentales para hacer sus estudios basados en esa fecha. Así que no hay más remedio que mantenerla a pesar de ser inexacta. Los Juegos se celebraban en verano, probablemente en julio, aunque también pudieron celebrarse en mayo, agosto o septiembre. Ya hemos dicho que se regía por un recuento de lunas llenas y estas oscilaban de unos años a otros. Su proclamación comenzaba con el anuncio de la Tregua Sagrada por los heraldos o *spondóforos* y el acondicionamiento de las instalaciones agonísticas.

### **1.2.5. La institucionalización de los agones. El período clásico.**

En la antigua Grecia, cuando un atleta alcanzaba la victoria en las cuatro competiciones sagradas se le denominaba algo así como el vencedor del circuito (*periodonikós*) alcanzando una gran consideración y respeto. Estas cuatro competiciones tenían un carácter sacro-religioso y estaban asociadas a cultos divinos. En Olímpia se veneraba a Zeus, en Delfos rendían culto a Apolo, en el Istmo de Corinto se presentaba respeto a Poseidón y en Nemea, cerca de Argos, era de nuevo Zeus el dios al que se daba pleitesía. Este lazo religioso constituía el elemento primordial de los Juegos. Los combatientes vencedores recibían como premio una corona del vegetal más sagrado en cada lugar, el resto de atletas, vencidos, no recogían nada. El lema tan hipócrita de las Olimpiadas industriales: "lo importante no es ganar, sino participar", nunca se les hubiese ocurrido a los guerreros aristócratas griegos, para un combatiente lo importante era vencer (*protós*) puesto que eran *aristós*, es decir, los mejores, la clase selecta y querida de los dioses olímpicos, y con la victoria afirmaban la preferencia de las divinidades para alcanzar la gloria del Olimpo (*timé*).

Seguramente las primeras pruebas que celebraron en el santuario de Olímpia fuese una especie de carrera entre varios jóvenes elegidos para realizar las ofrendas a la divinidad. Ese ritual dio paso a la carrera del estadio, y pronto se le fueron uniendo otras pruebas relacionadas con el hacer de los guerreros, como otros tipos de pedestrismos, lanzamientos de armas (disco y jabalina), varias modalidades de lucha (pugilismo, lucha y pancracio) y por último saltos y pentatlón. Además, estaban las carreras hípcas más propias de los adinerados e influyentes oligarcas y políticos, en las que los griegos del común no tenían otra función que la de espectadores, pero que apasionaban, como ocurre en los depor-

tes de nuestros tiempos. A los vencedores se les honraba con estatuas de bronce o mármol, su gloria era cantada por poetas e historiadores y moralizadas por los filósofos, mientras que los artistas plásticos (cerámica, escultura y pintura) los tomaban como motivos de sus obras. Siempre se olvida que esta actividad artística no era por amor al arte, tenía una finalidad crematística y era una forma de ganarse la vida tanto unos como otros.

Los Juegos Olímpicos de la Grecia clásica, los conocemos gracias a los restos de su cultura: literatura, pintura cerámica, esculturas de todo tipo, inscripciones y a la arqueología. Pero, lo más difícil es quitar tantas losas, como las que el nacionalismo europeo puso encima, con sus extrañas e interesadas interpretaciones, de aquel magnífico hacer del hombre griego.

La aspiración común a todos los griegos, elevarse destacadamente por encima de sus semejantes, se refleja en numerosos puntos de ese bucólico lugar llamado Olimpia. Los espartanos serían los primeros en levantar monumentos conmemorativos de sus triunfos atléticos. Otras ricas *polis* siguieron el ejemplo construyendo templos de piedra y mármol para custodiar las estatuas de sus atletas vencedores, placas conmemorativas, vasijas de oro y otras riquezas. Hacia el siglo V a.C. el recinto sagrado estaba abarrotado de esa clase de tesoros. Las ciudades-estado en su afán de usar Olimpia como vitrina de su riqueza y símbolo de su poder, obligaron a desplazar el estadio hacia el oeste con el fin de ampliar el espacio reservado a las ofrendas. El estadio y el hipódromo, en esas fechas, se hallaban en el exterior del muro que encerraba la explanada sagrada o *altis* reservada a los templos, altares y esculturas votivas.

### **La tregua o hieromênía.**

El festival se preparaba cuidadosamente. Cada cuatro años, llegada la primavera, tres heraldos sagrados o *spondoforos* salían de Elis para empre-

der tres largos recorridos a través del mundo griego. En cada ciudad o colonia proclamaban la tregua olímpica, que ponía bajo la protección de Zeus a todos aquellos que iban a emprender el viaje a Olimpia para asistir a los Juegos. Nadie debía ir armado, nadie podía ser atacado por gente armada, en el espacio sacro-agonístico no se podían portar armas.

La celebración religiosa de los Juegos impuso la necesidad de tregua sagrada, asombroso acuerdo al que llegaron las *polis* griegas para que sus delegaciones pudieran iniciar y realizar el viaje hasta el santuario olímpico, con un mínimo de seguridad, por aquellos peligrosos caminos. Las leyendas, recogidas por Píndaro y Pausanias; nos hablan de un pacto entre Licurgo, representante de Esparta, e Ifitos, rey de la Élide, para lograr que nadie entrase armado en el recinto sagrado de Olimpia. Costumbre benéfica que se extendió a todo lo que afectase a la celebración de los Juegos. Idea que nos enmarca aquel espacio como sagrado y, por extensión, también el espacio del juego. Sacralidad que aún se conserva en los terrenos de juegos actuales, de manera que si algo o alguien ajeno al juego entra en el terreno se suspende la acción hasta que ese algo o alguien salga de ese ámbito.

Pero por otro lado nos habla, bien a las claras, de la inseguridad que existía en los tránsitos de los caminos antiguos, aunque fuesen de los "civilizados griegos". La proclamación de la tregua declaraba sacrílego a quién la vulnerase, el cual no sólo sería perseguido por los hombres sino y también por los dioses.

La llegada de los heraldos eleos, avisando de la celebración de los próximos Juegos, comprometía y obligaba al cese de las interminables luchas intestinas que practicaron las *polis* de la Hélade. La tregua sagrada, normalmente, era respetada por las ciudades griegas ya que en los Juegos, sin embargo, no podía participar más que los que tuviesen estatus de ciudadanos griegos.

Debemos suponer, que la tregua se seguía estrictamente en cuanto a

---

asegurar el traslado de los peregrinos hasta Olimpia, camino, para algunas delegaciones, muy largo y sujeto a avatares naturales y humanos de todo tipo, pues los embajadores visitaban los lugares más alejados en los que sus compatriotas estaban asentados: Crimea, Egipto o los Pirineos. Pausanias recoge algunos casos de infracciones, aunque no les da mucha importancia y los espatanos llegaron a estar expulsados de los Juegos por contravenir la Tregua. Heródoto nos cuenta en sus *Los nueve libros de la historia* que los espartanos, al mando de Leónidas, se adelantaron estratégicamente para cerrar el paso a la invasión persa en las Termópilas: “... Los demás aliados pensaban también hacer otro tanto, pues había coincidido con estos sucesos la Olimpiada. No creyendo, pues, que la guerra se decidiría tan aprisa en las Termópilas, enviaron sus vanguardias...” (Lib. VII).

De donde conocemos y podemos deducir que se estaba batallando en plena celebración olímpica. Podríamos pensar que en este caso eran atacados por los, según Heródoto, bárbaros persas, pero el numeroso ejército medo era una amalgama de pueblos entre los que, incluso, había griegos y ciudades helenas aliadas de los persas, cosa que ilustra el cronista, no imparcial de aquellas batallas, Heródoto: “Llegaron como desertores unos hombres de la Arcadia. Los persas los condujeron a presencia del rey y les preguntaron qué hacían los griegos. Ellos respondieron que celebraban la olimpiada y contemplaban un certamen gímnico e hípico”. (Lib. VIII).

Se sabe que en tiempos de Filipo, una delegación que se encaminaba a participar en los Juegos fue asaltada por soldados de éste; el rey macedonio, con un gran interés en aparecer como un griego ejemplar, pidió disculpas inmediatamente y castigó a los infractores.

Estos hechos, nos obligan a tener precauciones antes de proclamar el efecto balsámico, bendito y total de la tregua sagrada, la que, a pesar de las

razonables dudas, sigue siendo un acuerdo portentoso y de una valía tan importante como era mandar a los mensajeros proclamando la paz entre ciudades siempre en guerra.

Tenemos la impresión de que los griegos eran más temerosos de los dioses que de las sanciones políticas y que los Juegos eran, al menos durante la época arcaica y clásica, un acto profundamente religioso en el que los jóvenes guerreros ofertaban a sus dioses antropomorfos los portentosos logros, mejor decir, hazañas de sus cuerpos.

### **La preparación de los Juegos. El reglamento.**

Quien deseaba participar en los juegos se comprometía a prepararse durante diez meses, es decir existía el concepto del entrenamiento sistemático como nos ilustró Diem (1960) y debía llegar a Elis, como mínimo, un mes antes para completar su puesta a punto, excepto los vencedores en la Olimpiada anterior. Sin embargo, los competidores y sus entrenadores llegaban cargados de provisiones, a veces, meses antes de que diera comienzo el festival; ya en Olimpia, los atletas se ponían en contacto con los jueces elianos para formalizar su inscripción. En los Juegos sólo podían participar griegos de la clase alta, que los historiadores nos la definen en estas condiciones: griego, libre y no estar o haber sido condenado (DURÁNTEZ, 1975).

Los jueces velaban para que nadie se inscribiese en una categoría que no le correspondiera que eran sólo dos y relacionadas con la edad, podríamos decir que estaban divididas en juniors y seniors o jóvenes y absoluta. Se acondicionaba el estadio con la participación de los propios atletas, se arrancaba la maleza y la hierba de las pistas y se añadía una capa de arena nueva (DIEM, 1966).

Se aplicaban severas sanciones contra los que infringían las leyes de los juegos; los jueces que los presidían, hacían azotar a los corredores que se



adelantaban en las salidas o molestaban a otros participantes, también a los que sobornaban a los contrarios o rehusaban el combate y, en fin, a los que simplemente llegaban tarde a sus pruebas. Por disciplina también hubo que castigar severamente a las ciudades que, para asegurarse los gloriosos beneficios de una victoria, falsificaban el origen de los atletas que las representaban. Si la falta era grave, se ponían multas de las que era responsable el atleta, su familia o incluso su ciudad; el producto monetario de estas sanciones se dedicaban a costear estatuas, que embellecieran las instalaciones. *“No obstante, los griegos, descendientes del astuto Ulises, que disfrutaban y gozaban de fertilidad mental y creativa habilidad para las estratagemas, lograron que en cuatro siglos sólo se pudiesen costear ocho estatuas” (GILLET, 1971, 37).*

### **Los peregrinos y el ambiente.**

La llegada de los peregrinos llenaba el valle de la consiguiente animación y bullicio. Delegaciones de lejanas polis se saludaban calurosamente y alababan la magnificencia de los premios que traían consigo. Las ciudades de los atletas que habían triunfado en los Juegos precedentes podían añadir una estatua más a los centenares de ellas que se apiñaban en el Altis (PAUSANIAS, V). Los colonos del Mar Negro, África o Sicilia aprovechaban la ocasión para reanudar relaciones con la gente de sus polis de origen en la Jonia, el Ática o Lidia. Tiranos, reyes y jueces acudían a Olimpia protegidos por el armisticio, y en aquel propicio ambiente de euforia y de panhelenismo se establecían pactos y alianzas. Hombres de negocios y fabricantes de los más reputados centros manufactureros griegos firmaban contratos de venta de cerámicas, metales y textiles o de compra de cereales, minerales, pieles y madera de las colonias... y, como trasfondo del festival, allí estaban los vendedores ambulantes de estatuillas votivas, comidas, bebidas y recuerdos; gentes para entretener como malabaristas, saltimbanquis, magos y videntes; otros que se apro-

vechaban de los entretenidos como ladrones de dedos rápidos, estafadores de mucha labia y hasta algún violento delincuente; pintores, escultores, poetas y dramaturgos en busca de celebridad, unos leían sus obras en voz alta desde las escaleras de los templos o mostraban sus obras a los viandantes; filósofos con su corte de discípulos se paseaban y pavoneaban entre la multitud razonando y polemizando.

En el entorno de la pista era obligado permanecer con la cabeza descubierta, así se dice que Tales de Mileto murió de insolación a los 78 años durante los Juegos de 548 a.C., mientras presenciaba las pruebas sentado al sol, este dato que apuntan Gillet (1971), Mandell (1986) y otros autores modernos no lo hemos encontrado entre los autores clásicos. Todo se desarrollaba en un ambiente de feria, entre polvo, el humo de las fritangas, los olores de las letrinas, así como el griterío y el bullicio de las muchedumbres mediterráneas.

Como anfitriones, los elianos hacían todo lo que podían para asegurar un mínimo de comodidad a los visitantes más humildes, mientras que los ricos, deseosos de dejar una durable y grata impresión, traían consigo a sus criados junto con abundantes y ricas provisiones y, llegada la noche, se retiraban a sus tiendas lujosamente decoradas y dotadas. Pero la mayoría, muchos atletas incluidos, envueltos en sus mantos y mantas, se tendían sobre el duro suelo del lugar más sagrado de Grecia con el firmamento y las constelaciones por techo, en espera de que le pusieran nombres.

La capacidad del estadio podía cifrarse de manera estimativa para dar cabida a unos 40.000 espectadores (VALENTÍN, 1955; POPLOW, 1959; DURÁNTEZ, 1975; MANDELL, 1986), sólo que no eran asientos lo que se les ofrecía, sino el plano inclinado que formaba el talud sobre el que se había cavado el estadio. Esta capacidad era a todas luces insuficiente, durante las Olimpíadas, para acoger a la multitud que de todas partes acudía al festival. Sería farragoso tratar de citar los nombres de los

personajes históricos que presenciaron los Juegos sacros. Para un ciudadano griego la asistencia como espectador podía ser el punto culminante de su vida (9). Sólo hacia el final de la larga historia de Olimpia, en el período romano, pudieron disponer los atletas de aseos, baños y otras comodidades colectivas (MANDELL, 1986). Pero el público nunca dispuso de tales comodidades que no fuesen, con el tiempo, mejoras en los graderíos (DURÁNTEZ, 1975).

La ciencia y la filosofía de los pensadores griegos nos ha creado una imagen de gentes moderadas, contenidas y dialogantes, cosa que, por otro lado, nos desmiente la profusión de sus guerras, las tendencias filosóficas divididas en escuelas irreconciliables, el disputador clima mediterráneo y la pasión incontenida que mostraban en los Juegos (MANDELL, 1986). Las gentes se desparramaban por los taludes del estadio o del hipódromo, dejándose llevar por el entusiasmo e identificándose o desafectándose con los participantes según las procedencias de sus *polis*, así los presentes en las pruebas gritaban, gesticulaban, pataleaban, se indignaban y se peleaban, incluso con sus vecinos de asientos. Desde días antes del inicio de los festivales, como hemos apuntado, los visitantes vivían en una atmósfera tórrida, polvorienta y maloliente, que no llegaba a suprimir un ambiente acogedor, el buen humor y la agitación reinantes. El clamor y el griterío de los espectadores galvanizados por el espectáculo y por la misma vitalidad que emanaba de su ingente multitud, llenaban el estadio y las explanadas circundantes (MANDELL, 1986).

### **1.2.6. Ceremonias y jornadas atléticas.**

Los Juegos Olímpicos mantuvieron en Grecia una cierta conciencia de pueblo, unificando, entre otras cosas, un calendario y una forma de medir el tiempo (MANDELL, 1986).

Los Juegos Olímpicos iban a celebrarse durante más de doce siglos, desde

el año 884 a.C. al 394 d.C., cada cuatro años, pero no en una fecha fija. El comienzo se regulaba por un ciclo de noventa y nueve meses, y caía, alternativamente, al comienzo o en el medio de ese ciclo, en la luna llena del mes de *Parthenios* o de *Apollonios*. Los rituales y las competiciones ocupaban los cinco días del segundo o tercer plenilunio (alternativamente) que seguían al solsticio de verano, más o menos entre el doce y el dieciséis de agosto o de septiembre, actual, según los casos. Lo que nos hace suponer que este festival coincidía con las fiestas campesinas entre la siega y la vendimia (**HESIODO, *Los trabajos y los días***). El ritmo inmutable impuesto a los Juegos iba a ser, en el año 776 a.C., el origen del calendario griego, calculado por olimpiadas, y que permitió conocer las fechas de sucesos importantes de la historia griega (**MANDELL, 1986**).

### **Primera jornada.**

El primer día estaba consagrado a las ceremonias religiosas de inauguración. Al son de flautas y timbales, el inmenso cortejo de jueces, atletas, y representantes de las ciudades entraba en el templo y se dirigía hasta la representación de Zeus, el monumento más impresionante de todos los que había en Olimpia. La colosal estatua del dios protector de los Juegos, realizada por Fidias, se consideraba una de las maravillas del mundo antiguo y probablemente la obra de arte más admirada de toda la Antigüedad. De más de doce metros de altura (**PAUSANIAS, V**), la imagen crisoelefantina y su trono se adornaban no sólo con marfil y oro sino con piedras preciosas y marquetería de ébano. Escenas guerreras y atléticas se representaban en los bajorrelieves dorados que decoraban el trono del supremo dios del Olimpo. Vista por los que miraban desde las puertas del templo, la colosal figura, iluminada por la luz que se filtraba por los lucernarios del techo y escoltada entre dos filas de estatuas que correspondían a los vencedores olímpicos anteriores, legendarios y casi divinizados, producía sobre los peregrinos un impacto indescriptible (**PAUSANIAS, V y VI**).

Los jueces continuaban su recorrido, revestidos de mantos púrpura, en el estadio; se sentaban, rodeados de los representantes enviados desde las ciudades griegas así como de las colonias, en unos sitials de piedra ubicados casi a pie de pista. A continuación se hacían los sacrificios a Zeus, en un túmulo no muy lejano, se pronunciaban los discursos de los oradores y filósofos y se pasaba a sortear los puestos de salida en las carreras, los emparejamientos en los combates, las eliminatorias, etc. Después se escuchaban los concursos de heraldos y trompeteros que eran los que iniciaban las competiciones (MANDELL, 1986).

Había más de una estatua de Zeus. Y al final de la jornada el cortejo se dirigía al *Buleteiron*, donde los atletas juraban sobre las entrañas de un jabalí inmolado sobre el altar de Zeus observar fielmente los reglamentos; juramento que también era prestado por el padre y el entrenador del atleta, ya que respondían por él. Nuestro guía y viajero romano, Pausanias, en su largo y aburrido escrito, nos describe el acto: *"La imagen de Zeus en la Cámara del Consejo es, de todas las representaciones del dios, la que más terror es capaz de inspirar en el corazón de los trasgresores. Es el "Dios del Juramento", cuyas manos aprisionan el rayo. Los atletas, con sus padres, hermanos y entrenadores, además de prestar juramento delante de esta estatua, hacen lo mismo sobre los despojos de un verraco, comprometiéndose a no faltar contra el reglamento de los Juegos"* (PAUSANIAS, Lib. V, XXIV, 9).

### **Segunda jornada.**

Las competiciones deportivas propiamente dichas empezaban simultáneamente, para las distintas categorías, de adultos, jóvenes y niños (DURÁNTEZ, 1975).

En los concursos infantiles las carreras se reducían a la mitad; aunque en la lucha y el pugilato no recibían ninguna protección que no fuese la de luchar entre ellos mismos.

Por la mañana la multitud acudía al hipódromo, una elíptica explanada de unos 450 metros en el eje longitudinal, situada al este del Altis y al sur del estadio, el suelo no tenía mayor acondicionamiento que el estar llano y ser regado de vez en cuando (DURÁNTEZ, 1975). La prueba hípica principal era la carrera de cuadrigas. El auriga, de pie en la plataforma del carro, conducía sus caballos mediante un cuádruple juego de riendas y un látigo. La carrera no se disputaba en circuito, como las actuales, sino que consistía en dar la vuelta a las dos columnas situadas a los extremos opuestos del hipódromo, separados por unos 380 metros. Visto el elevado número de cuadrigas participantes, debió resultar particularmente difícil asegurar una salida correcta. La carrera solía consistir, en doce vueltas, es decir, veinticuatro veces la distancia entre ambas columnas.

Más que la velocidad, lo que realmente contaba era el planteamiento táctico de la carrera y el control sobre la cuadriga y los caballos. Choques y vuelcos eran frecuentes, y de hecho, formaban parte de la estrategia de la competición, así como del espectáculo. En una carrera en la que tomaron la salida cuarenta cuadrigas, sólo una terminó el recorrido impuesto (MANDELL, 1986). En esas carreras, al igual que en otras pruebas deportivas del período clásico (y en toda la historia de los espectáculos deportivos de carácter ritual o teatral), las competiciones adquirían un marcado sesgo dramático. Los espectadores perdían todo control ante la tensión reinante; chillaban, lloraban, se abrazaban entre sí, insultaban a los atletas caídos en la desgracia del público o, por el contrario, cubrían de flores a los ídolos del momento (SÓFOCLES, *Electra*).

Al terminar la carrera de cuadrigas el propietario del equipo vencedor ceñía la cabeza del auriga con una cinta adornada con hojas de olivo y luego se dirigía hacia una mesa de oro y marfil sobre la que se amontonaban ramas

---

cortadas con una hoz de oro del olivo sagrado próximo al templo de Zeus por un joven de la nobleza eliana. Después, un heraldo proclamaba su nombre, el de su padre y el de su ciudad, tras lo que el más anciano del jurado coronaba al auriga con la sagrada rama de olivo. Los honores y el prestigio de la victoria iban a parar indefectiblemente a manos de los nobles, y la mera inscripción de un carro en un festival tan importante como el de Olimpia bastaba para que su dueño adquiriese una singular reputación en todo el mundo griego (DURÁNTEZ, 1975).

Tras las carreras de cuadrigas venían las de caballos. Los jinetes, montaban desnudos y a pelo. Las carreras de caballos no gozaban tanto del favor del público como otras pruebas y, por descontado, de la de cuadrigas. Se han conservado algunas obras de arte representando escenas de caballos montados; sin embargo, las reproducciones pictóricas y las citas literarias al respecto son casi inexistentes, y desconocemos sobre qué distancia y bajo qué reglas se desarrollaron las carreras olímpicas.

Sin esperar al final de la ceremonia de proclamación de las montas vencedoras, la mayor parte de los espectadores se dirigían hacia la *cavea* del estadio para presenciar las cinco pruebas del *pentathlon*: lanzamiento de disco, salto de longitud, lanzamiento de jabalina, velocidad y lucha (DURÁNTEZ, 1975). El sistema de cómputo empleado para designar al vencedor de la prueba ha sido tema de especulación y de viva polémica entre arqueólogos y filólogos. Es probable que cada concursante realizase cinco veces cada prueba pentatlética y se computase la media de sus logros; y también que no fuera indispensable participar en las cinco pruebas para que un atleta fuese proclamado vencedor de una o varias de ellas (DURÁNTEZ, 1975). En los juegos formales griegos las tres pruebas de atletismo se disputaban indefectiblemente como parte integrante del *pentathlon*.

La sensación de fuerza y la elegancia de movimiento de los atletas que intervenían en las pruebas del estadio galvanizaban al público asistente, y el vencedor de la prueba de pentathlon, además de los abundantes premios recibidos por su victoria, era objeto de la distinción de los artistas, y su figura, modelo de los cánones estéticos, inmortalizada entre las obras del arte griego.

Durante la noche del segundo día, miles de participantes y espectadores se congregaban a la luz de la luna llena para ofrecer sacrificios a los dioses.

Docenas de toros y bueyes eran sacrificados en el ara del mítico y legendario héroe local, Pélope, cuyo funeral, dice la leyenda, dio pie a los primeros Juegos Olímpicos (PAUSANIAS, Lib. V, XIII, 1). Los devotos, cubiertos de guirnaldas de flores, desfilaban en procesión, mientras ejecutaban danzas y cantos; después se retiraban a improvisados lechos bajo las estrellas o atendían alguna invitación para comer con amigos y conocidos.

En ese sentido, Plutarco describe la fiesta que convocó Alcibíades con motivo de lograr los puestos primero, segundo y tercero, sin ni siquiera conocer a sus caballos, en la 29 Olimpiada (412 a.C.) invitando a un suntuoso banquete a todos los asistentes a los Juegos. En esa fiesta desmesurada, cooperaron varias ciudades-estado como Lesbos, Quío y Efeso, quienes, en un acto de tributaria admiración al estadista ateniense, le regalaron una tienda bordada en oro, mientras Eurípides le cantó versos en un tono adulator (PLUTARCO, *Vida de Alcibíades*).

### **Tercera jornada.**

Las ceremonias formales en honor del dios de dioses ocupaban la mayor parte del tercer día; una larga procesión se dirigía hacia uno de los monumentos más antiguos de Olimpia; en realidad, un montón de cenizas denominado Altar de Zeus. Allí esperaban las autoridades elianas, los sacerdotes,



los siervos encargados de llevar las reses al sacrificio y los delegados oficiales de algunas *polis* que, cargados de presentes de oro y plata, iban a depositarlos al altar. En todas las delegaciones estaban presentes los atletas y sus entrenadores. En una plataforma delante del ara sagrada de forma cónica, los sacerdotes sacrificaban un centenar de reses en presencia de una multitud extasiada. Se incineraban los cuartos de las víctimas amontonados en la cima del túmulo y sus cenizas, con las de los sacrificios precedentes, contribuían a la elevación del altar a Zeus.

Las pruebas que se celebraban en este tercer día de los Juegos consistían en las carreras de relevos de los infantes y tres carreras pedestres que se disputaban por la tarde (DURÁNTEZ, 1975).

Lade resistencia era la más importante. Al ser la pista cuadrada la carrera se disputaba dando incómodas vueltas, los corredores hacían veinticuatro veces la longitud del estadio en ambos sentidos, con medios giros en los extremos de cada trecho de 180 metros, aunque el estadio era mucho más largo. El éxito no dependía únicamente de la velocidad del corredor; los factores esenciales estaban más en su habilidad para sortear los virajes alrededor de los postes, para defenderse de los empujones de los rivales o para no resbalar en el suelo de arena. La prueba de fondo, con su componente de agresividad táctica, sus empujones y caídas, suponía para los espectadores un buen espectáculo (MANDELL, 1986).

La prueba de velocidad, cuyo recorrido abarcaba la extensión del estadio, seguía a la de fondo. El vencedor de esta carrera, además de la corona de olivo, alcanzaba una fama extraordinaria. Hacia el 300 a.C., los matemáticos griegos empezaron a utilizar un sistema de registro cronológico que sirviese a todo los helenos, en contraposición a las diversas cronologías locales vigentes hasta entonces. A partir de aquel momento el mundo griego mediría

el tiempo en períodos de cuatro años u *Olimpiadas*. Cada Olimpiada recibía el nombre del vencedor en la prueba de velocidad (DURÁNTEZ, 1975).

La tercera y última carrera de los Juegos consistía en recorrer una vuelta completa, o mejor dicho, ir y venir de un extremo a otro del estadio. Los corredores hundían los dedos de los pies en las estrías de unos bloques de mármol colocados en la línea de salida (DURÁNTEZ, 1975). A la señal, un toque de trompeta, los corredores salían hacia el poste del extremo opuesto del estadio, giraban alrededor de la piedra llamada meta, y regresaban a la línea de partida, convertida en línea de llegada. Esta carrera, al poder verse desde su inicio al final, levantaba un tumulto de pasiones indescriptibles entre la gente.

El resto del día, podíamos decir que quedaba libre, oficialmente se dedicaba a una celebración de carácter religioso, aunque los miles de participantes no lograsen deshacerse del buen humor con que habían seguido el desarrollo de la parte profana de los Juegos. Se suponía que Zeus en persona atendía y presidía la ceremonia, atento y complacido pero invisible para los mortales. Los asistentes se restauraban con la carne de las reses sacrificadas en honor del dios aquella misma mañana (DURÁNTEZ, 1975).

### **Cuarta jornada.**

La cuarta jornada se dedicaba a lo que los griegos denominaban pruebas del atletismo "pesado", a saber: lucha, boxeo y pancracio (una combinación de las anteriores). Sabemos cómo se practicaban esos deportes y cómo se entrenaban sus adeptos (DIEM, 1966). En cambio, ignoramos totalmente el número de participantes que intervenía en esas especialidades, cómo se desarrollaban los combates, cómo se seleccionaban a los finalistas y cómo se proclamaban a los campeones. Lo más probable es que los entendidos prefiriesen la intervención exclusiva de los púgiles y luchadores más reputados, quizás tras una serie de eliminatorias de menor interés para el público, disputadas en días anteriores. El pancra-

---

cio, por ser una modalidad de lucha difícil, de gran destreza y mucha elegancia en su ejecución, era la prueba "pesada" que más interés despertaba entre el público y sus campeones alcanzaban una fama realmente panhelénica, muy por encima de la de los boxeadores (DURÁNTEZ, 1975).

Otra prueba "pesada" era la carrera disputada por los soldados de las falanges de infantería u hoplitas, donde los competidores participaban desnudos, igual que los participantes de las demás pruebas, tocados tan sólo con el casco y el pesado escudo protector (DURÁNTEZ, 1975). La distancia de la carrera equivalía a dos longitudes del estadio (BILINSKI, 1961).

### Quinta jornada.

El quinto y último día de los Juegos era la jornada elegida para distribuir las recompensas. Nuevamente se formaba un cortejo que conducía a los *olympionikos* o campeones, acompañados de jueces, sacerdotes, dignatarios y representantes de las ciudades al altar de Zeus (CASTIELLA, 1975). En una mesa reposaban las coronas, hechas con las ramas del olivo sagrado. Con la solemnidad requerida se iban nombrando uno por uno a los vencedores, así como recordando su genealogía y ciudad mientras se les coronaba entre las aclamaciones de sus partidarios (COLINON, 1960). También se les daban guirnaldas de flores y cintas de colores que los atletas anudaban a sus brazos, muñecas y tobillos (DARENBERG, 1900).

Después seguían dedicados, esencialmente, a las procesiones, ceremonias, rituales y banquetes (COLINON, 1960). Los vencedores se dirigían a los diferentes altares, en primer lugar al del imponente Zeus olímpico, para dar gracias por los triunfos alcanzados. Filas de jóvenes, adultos y ancianos unían sus manos para danzar al son de arpas, flautas y tamboriles; celebraban después un último banquete en el que se consumía la carne de las reses sacrificadas ese día y, seguidamente, atletas y acompañantes empezaban a recoger sus

pertenencias y a prepararse para emprender el viaje de regreso por mar o por tierra hacia los cuatro puntos cardinales del mundo griego, aprovechando la aún vigente tregua, que por un breve espacio de tiempo les había congregado en las sagradas llanuras de Olimpia (EYQUEM, 1966; DURÁNTEZ, 1975).

### **1.2.7. Las pruebas.**

En su origen, los Juegos consistían en una sola prueba, la carrera simple, que se disputaba sobre una longitud del estadio y por la cual los griegos mostraron siempre una particular predilección, hasta tal punto que, después de la victoria de Korebos, en el años 776 a.C., el nombre del vencedor en la carrera del estadio pasaba a designar la Olimpíada correspondiente (DURÁNTEZ, 1975).

La descripción de los festivales de atletismo en el período de máximo esplendor de la civilización griega (siglo V a.C.) evidencia los cambios acaecidos desde los primeros festivales olímpicos, cuando las ceremonias religiosas eran preponderantes y las pruebas deportivas representaban una concesión social a los gustos y a las costumbres de los aristócratas de la época. Los agones más antiguos se limitaban, como hemos dicho, a la competición de velocidad, a las carreras de cuádrigas y al pugilato. Al cabo de un tiempo se amplió el catálogo de pruebas, con la *diavla*, o carrera de ida y vuelta; el *dólicos*, que se corría sobre una distancia de unos 4400 metros; la lucha, el pentatlón y el pugilato, como nos ilustra Pausanias (Lib. V, VIII, 6; V, IX, 1), y en Olimpia se estableció la costumbre de separar a los participantes por grupos de edades: adolescentes, adultos y veteranos.

A partir de los Juegos del 396 a.C. (XXV Olím.) las pruebas de atletismo eran precedidas de concursos de cornetas y heraldos o pregoneros, con la potencia del sonido como criterio de superioridad en la materia (COLINON, 1960; DURÁNTEZ, 1975). Se multiplicaron más aún las carreras de caballos abiertas a

diferentes categorías, el pancracio, combinación de lucha y pugilato, y se abrieron a categorías para atletas más jóvenes o lo que hoy llamaríamos cadetes (COLINON, 1960). Estas últimas fueron retocadas y consideradas en orden a ciertas razones que nos expone el mismísimo Aristóteles en su *Política*: “En que es preciso hacer gimnasia y en qué medida, todo el mundo está de acuerdo. Hasta la pubertad el niño debe librarse a deportes moderados, evitando todo exceso de alimentación y todo trabajo forzado, ambas cosas peligrosas para su desarrollo. La mejor prueba de lo que digo es que, entre los campeones olímpicos, apenas se encuentran dos o tres que hayan ganado en las dos categorías, juvenil y absoluta: los más jóvenes sobreentrenándose, se agotan” (*Política*, Libr. VIII, cap. IV, 1339).

Se añadieron carreras de carros tirados por dos caballos solamente y las carreras de mulas (PÍNDARO, *Olimpica V*). Cuando los Juegos ya contaban con siete u ocho siglos de tradición, los romanos añadieron todavía algunas pruebas más. Pero, considerando los más de mil años de duración de la tradición olímpica, el programa de los Juegos puede considerarse como particularmente estable. El motivo de un programa cada vez más completo parece encontrarse en el deseo de interesar en los juegos a más participantes aficionados a las nuevas especialidades (FILOSTRATOS, Libr. IX).

### **a) Las pruebas atléticas y sus complicaciones.**

Antes de entrar en la descripción de las pruebas de atletismo, debemos insistir de nuevo en los recorridos lineales, que no circulares o elípticos, de las carreras griegas, y en la característica de una pista recubierta de una capa de arena poco compactada. La unidad de medida de longitud era el *stadion*, un “largo” de la pista, que variaba de un sitio a otro, pero que oscilaba alrededor de los 192 metros (COLINON, 1960). La distancia corriente estaba delimitada por una ranura entallada en la línea de salida y una hilera de bloques de már-

mol en el extremo opuesto. Los corredores no llevaban ni zapatillas ni, de hecho, ropa alguna (TUCÍDIDES, I, 8).

### **b) Las carreras (Dromos).**

Eran las preferidas por su importancia en la preparación del guerrero, además de su necesidad para el establecimiento de las comunicaciones y correos militares (COLINON, 1960).

Todas estas carreras se corrían en series de cuatro corredores, siendo establecidas por sorteo. Los contendientes se presentaban en la salida, dejando en la urna de Zeus la bola de madera que les indicaba su lugar en la línea de salida, marcada entre dos postes de bronce o piedra; el pasillo para cada corredor venía a ser de 1'50 metros a 1'80, según los estadios (una medida que, en las calles de nuestras pistas de atletismo oscila entre 1'22 y 1'25 m.) (CUSA, 1984). Los pies se apoyaban sobre las mentadas rendijas de madera o piedra encastrada en el suelo y a un breve sonido de trompeta los atletas se lanzaban a correr sobre aquella pista arenosa (DURÁNTEZ, 1975). Iban corriéndose, una tras otra, las distintas series eliminatorias, que darían los finalistas. Los jueces vigilaban todo el desarrollo de las pruebas: se dieron casos de eliminar salidas y volver a repetir las, descalificaciones de tramposos reincidentes, etc. (PAUSANIAS, Lib. V). La llegada se señalaba con una simple raya trazada en el suelo y el triunfo se decretaba por los votos de los árbitros (DURÁNTEZ, 1975).

### **La carrera de velocidad (Stádion).**

Para los organizadores de las carreras disputadas sobre la distancia de un *stadion* la eliminación de las falsas salidas, frecuentes entre los corredores helenos de aquellos tiempos (PAUSANIAS, Lib. VI), si cabe, constituía tal problema que intentaron solucionarlo con el uso del *husplex*, dispositivo que permitía retirar súbitamente las tiras de cuero que mantenía a los corredores alineados

---

en la posición de salida, que debían permanecer atentos y con los dedos de los pies adheridos a la ranura que materializaba la línea inicial de la carrera (DURÁNTEZ, 1975). El *husplex* liberaba literal y simultáneamente a los participantes, que en la mayoría de carreras alcanzaba fácilmente los veinte corredores o más (COLINON, 1960). Una carrera de velocidad en esas condiciones, debía ser particularmente difícil y llena de imprevistos. Por otro lado, la ambición de victoria debía de ser muy evidente, pues, como sabemos, el vencedor de la carrera del estadio obtenía innegables honores y beneficios, entre otros el de darle su nombre a esa olimpiada, joyas, estatuas, poemas, etc. (COLINON, 1960).

Podemos asumir que las carreras que más les gustaba a los espectadores griegos eran las de velocidad; sin embargo, dudamos sobre si lograban discernir el valor primordial de esta cualidad física o era el espectáculo de la potencia explosiva y la competición al límite, lo que más les atraía (COLINON, 1960).

### **La carrera de los dos estadios o de ida y vuelta (Díaulos).**

En la carrera de los dos *stadion*, los corredores salían en dirección a la columna del lado opuesto, daban la vuelta a su alrededor y regresaban a la salida. Cerca de la columna del primer largo los empujones y las caídas eran frecuentes. Una buena estrategia podía consistir en tomar el viraje muy abierto y evitar los encontronazos que se producían en la proximidad de la columna. Otro truco empleado por el primero en abordar la columna consistía en levantar con los pies una densa nube de polvo que cegase a los seguidores. Aunque la carrera de velocidad del *stadion* fuese la más prestigiosa de todas las pruebas de atletismo, la *díaulos* era, quizás, la más espectacular de cuantas se disputaban en los Juegos Olímpicos y otros festivales similares (DURÁNTEZ, 1975).

### **Las carreras de fondo (Dólikhos).**

Se trata de carreras de 12 a 24 *stadion*, es decir, de 4 a 12 recorridos

entre las columnas extremas del estadio o *díaulos*, unos cinco mil metros como máximo. Eran las pruebas de fondo por excelencia de las reuniones de atletas griegos, que obligaban a los participantes a recurrir al máximo de trucos para evitar los amontonamientos que se producían alrededor de las columnas o, por el contrario, sacar ventaja de los empujones y del polvo levantado por los corredores. El público apreciaba la espectacularidad de la prueba y, consciente de las dificultades intrínsecas de la misma, valoraba por igual la carrera, la astucia y los reflejos de los participantes.

### **La carrera de los hoplitas (hoplitódromos) y otras carreras de resistencia.**

Se realizaban carreras con armas (PÍNDARO, *Pítica IX, 1*; PAUSANIAS, *Lib. VI*). Los corredores-guerreros iban armados y equipados para el combate y corrían en las pistas un número desconocido de vueltas, aunque algunos autores hablan de dos vueltas al estadio (CRESPO, 1985). En el último período olímpico estos atletas sólo portaban el casco y el escudo metálico que ya hemos dicho que daba nombre al guerrero, el hoplinon: “... en la carrera armada, / que hace sonar escudos ...” (PÍNDARO, *Ístmica I, 23*).

En algunos festivales se disputaban pruebas de “campo a través” sobre distancias que no excedían los cinco kilómetros, reservadas a los guerreros equipados con todos sus pertrechos, e incluso lo hacían con carros de guerra (PÍNDARO, *Pítica IX*); pero estas carreras eran excepcionales, como nos ilustra Pausanias diciendo que “Esto último fue suprimido en la carrera, después por los eleos y los demás griegos” (VI, X, 4). Al espectador griego no le gustaba perder de vista a sus favoritos. La carrera, la llegada del pelotón, la punta de velocidad, la victoria con un final dudoso, tales eran los ingredientes que realzaban el interés de una carrera y que el público apreciaba por encima de todo.

*“Existía una extraña carrera, que seguramente inspiró a Diem, factotum*



de la organización de la Olimpiada de Berlín 36, el ritual de llevar el fuego olímpico desde Olimpia hasta la ciudad donde se celebran los Juegos modernos" (Valentín, 1955, 142). En la Grecia clásica se ejecutaba la carrera de las antorchas o *lampadedromía*: Se corría por relevos un espacio de poco más de un quilómetro, cuarenta corredores cubrían el espacio en tramos de 25 metros, llevando la antorcha encendida hasta el altar de Prometeo; el equipo que primero lograra prender la llama sagrada era declarado vencedor. Heródoto nos da noticias de este tipo de celebraciones (Lib. VIII, 98).

### **Los registros de las carreras.**

Naturalmente no disponemos de datos estadísticos, tampoco de registros fiables de los "tiempos que podían marcar" en las carreras, puesto que no existía forma fiable de medirlo y las distancias nunca fueron fijadas rigurosamente, seguramente porque al griego no le interesaba esa faceta del rendimiento corporal. En materia de deporte puede decirse, entonces, que a los griegos no les importaba mucho cuantificar el tiempo o el espacio, entre otras cosas por su imposibilidad técnica para poder hacerlo. La superioridad física en el agón griego sólo podía establecerse claramente en las pruebas de lucha; un corredor, en cambio, para que se le reconociera como el mejor de su época, debía, vencer en múltiples y sucesivos encuentros de su especialidad. Cuanto más prestigiosos los festivales, más dura la competición y más ansiado el honor y el reconocimiento de la victoria.

### **c) Los saltos (*Halma*).**

Los griegos practicaban una "extraña", para nosotros, variedad de saltos. Saltaban por encima de una cuerda o listón; desde un talud, salto en el que buscaban distancia y profundidad; salto de longitud, con caída en un foso de arena, con impulso o sin él, y aunque los hacían con las manos ocupadas

por las famosas *halteras*, también se llegó a competir sin ellas.

Las *halteras* eran unas “*piezas cilíndricas u ovoideas de solían pesar de quilo y medio a dos quilos y medio*” (DELGADO, 1975, 48), generalmente de piedra, también de hierro o de plomo y forradas de cuero. Al objeto de hacerlas más manejables se les hacían unas hendiduras para afianzar los dedos. Dichas pesas figuran en numerosas representaciones pictóricas de la prueba de salto y en el Museo de Atenas se encuentran dos piezas con dichas muescas para ajustar la mano.

Otras teorías no hablan de las *halteras* como recordatorio de las armas que todo guerrero debía portar en el combate, una ofensiva y otra defensiva, una en cada mano. Al comienzo de los Juegos, parece ser que algunas competiciones se llevaban a cabo con todo el equipamiento militar; de ahí que incluso en aquellas pruebas los atletas fuesen vestidos: Tucídides, ya lo hemos consignado, cita el desnudo como moda recién llegada (TUCÍDIDES, I, 6 y 8). Conforme avanzó el interés popular por el espectáculo, se fueron despojando del pesado lastre militar y sólo usaron estos implementos o simples testigos, aunque de manera obligatoria, para que nadie olvidara su significado (BILINSKI, 1961). “*Con estos condicionantes, los atletas aprovechaban dichas sobrecargas e intentaban sacarles rendimientos deportivos, usándolas para equilibrarse en el aire y en la caída, así como, mediante rápidos movimientos de proyección hacia adelante con los brazos, buscando caer lo más alejado posible del punto de impulso*” (VALENTÍN, 1955, 143).

La instalación o espacio preparado para los saltos comprendía un pasillo para el impulso, una línea de partida saliente para ser visible y un foso de caída de unos 2 metros cuadrados y relleno de arena (PÍNDARO, Nemeo V, 4); la medición se hacía con una vareta de caña. El concursante debía caer de pie y erguido, así desde la huella de sus talones se realizaba su medición. Recordaremos que los griegos no estaban pendientes de “sus marcas” sino de

ganar la prueba. *“Las noticias que tenemos de determinados saltos son bastante increíbles o nos falta información sobre la modalidad de los saltos”* (VALENTÍN, 1955, 144).

*“Como decíamos en el apartado de las carreras, no nos quedan detalles de las marcas conseguidas por los griegos. Solamente en el apendix 297 de la Anthología Palatina se nos habla del célebre salto Phayllus. Este era un atleta de Crotona, Magna Grecia, que logró tres victorias en los juegos Píticos. En ese epigrama se nos dice que consiguió un salto de cincuenta y cinco pies. El pie griego tenía unos treinta centímetros”* (DELGADO, 1975, 48). El salto es inverosímil, a no ser que se hayan liado los pies.

#### **d) Lanzamiento de la jabalina (Akóntisis).**

De igual manera, en el lanzamiento de jabalina no se trataba pura y simplemente de lanzar una vara de madera con punta metálica, sino que los atletas en el estadio, y los soldados en el campo de batalla, trataban de aumentar la distancia y la precisión. Estamos, pues, ante el uso deportivo de otra de sus armas, utilizada tanto en la guerra como en la caza. *“En la lanza tengo mi pan negro, en la lanza / mi vino de Ismaro, y bebo apoyado en mi lanza”*. (Arquíloco de Paros 2 (2 D)).

Empleaban jabalinas cortas de 1'20 a 1'40 metros, con la punta metálica y aguzada, estaban provistas de una correa de cuero que se enrollaba alrededor de la caña y terminaba en una lazada por la que se pasaban los dedos índice y corazón para poder imprimir al tiro un movimiento de rotación y poder alcanzar mayor distancia y precisión, los dos objetivos de esta prueba. *“La caña solía ser de fresno y cuando volaba producía lo que se llamó “el grito de la jabalina”* (VALENTÍN, 1955, 145), una especie de silbido que gustaban oír lo espectadores. El lanzamiento se descomponía en dos fases: la acción del brazo y la de la tira de piel, que se sumaba a la obtenida con el brazo; ade-

más, el efecto rotatorio producido por el desarrollo de las vueltas de la tira alrededor de la vara estabilizaba apreciablemente la trayectoria del venablo (DURÁNTEZ, 1975).

Como hemos dicho, la finalidad de esta prueba era la distancia y la precisión, sobre todo era esto último lo que se pretendía, aunque no se sabe muy bien si existían premios por separado. Se conoce el hecho de que realizaban lanzamientos a pie y a caballo. El arma debía llegar a clavarse en un círculo señalado a unos treinta metros de la línea de lanzamiento: "... Y fue Frástor / quien en el blanco hundió su jabalina ..." (PÍNDARO, *Olimpica*X, 78).

Así el espacio del concurso, como los materiales necesarios, se preparaban en el estadio; por ejemplo, tocones de árboles se situaban como blancos, a unas distancias que oscilaban entre los treinta y los cuarenta metros del punto de lanzamiento.

### **e) Lanzamiento de disco (*Dískema*).**

La forma del disco utilizado por los atletas griegos puede que se remonte a los tiempos de la Guerra de Troya, pues en la *Ilíada* se relata como *Polypoetes*, vencedor de la prueba del lanzamiento de disco elige como premio de su victoria el lingote de metal con el que había alcanzado la victoria (*Ilí. Cant. XXIII*). Los lingotes de bronce o hierro que se guardaban con esta forma en espera de ser forjados, adquirían la forma lenticular de los discos como resultado del rudimentario método de fundición de la época: el metal fundido era vertido en pequeñas depresiones practicadas a guisa de molde en la superficie de la arena de la playa. "En espera de su transmutación en objetos más utilitarios, esos lingotes se hallaban casi siempre al alcance de la mano para practicar con ellos lo que al principio no sería más que un pasatiempo y que poco a poco se iría transformando en demostración de fuerza y habilidad: el lanzamiento de disco y otros objetos arrojadizos" (MANDELL, 1986, 62).

Los discos de competición eran lenticulares y rayados en sus dos caras. Los que se conservan en los diversos museos desde Atenas a Laussane son de piedra, madera, plomo, bronce o aleaciones; solían pesar de 2 a 6'5 kg., presentando unas dimensiones de 20 a 36 cm. de diámetro y de 4 a 8 cm. de espesor en su zona central que se adelgazaba hacia los bordes redondeados. En las competiciones formales todos los participantes lanzaban el mismo disco, probablemente uno de peso medio, comparable a los discos modernos. Es posible que los más livianos fuesen utilizados por jóvenes adolescentes, mientras que los más pesados habrían servido para entrenar.

Para efectuar el lanzamiento, el discóbolo frotaba su mano y el disco en ceniza para evitar que el sudor u otras humedades le hiciese resbaladizo; se situaba en una pequeña eminencia del terreno y desde allí lanzaba. La competición era en longitud, que señalaba con flechas o palos y medían con varas, y en precisión. Recordemos que *"el disco era un arma arrojadiza y los griegos la empleaban en los combates"* (VALENTÍN, 1955, 145). Por eso los lanzamientos registrados, como el del atleta antes citado Phayllus de Crotona, 28 metros, con un disco de 5'5 kg. (*Antología Palatina, Apendix, 297*), son muy modestos, como también nos consta por una cita de Homero en la *Iliada* (II, XXIII, 523).

A juzgar por las reproducciones artísticas contemporáneas de aquellos lanzadores, se observa una gran similitud entre las técnicas antiguas de lanzamiento y las actuales, basándose ambas en el efecto propulsivo obtenido a partir de los movimientos centrífugos ascendentes desde el cuerpo del atleta con que se inicia el lanzamiento (DURÁNTEZ, 1975).

El terreno de lanzamiento era nuevamente el estadio y, según las distancias de las que estamos hablando, no parece que tuviesen problemas de escasez de espacio y podemos colegir, en cambio, que los habría de seguridad.

Insistimos en señalar que la escasez de datos de este tipo no debe con-

fundimos, porque los griegos no estaban interesados en conseguir marcas, al modo como las entendemos en nuestros días, sino en ganar a los adversarios. En una sociedad de excelencia guerrera era evidente este objetivo. Hoy no lo acabamos de entender o, mirando al entorno, lo disimulamos.

#### **f) El pentatlón o las cinco pruebas (Péntathlon).**

El pentatlón era una forma de atletismo que se componía de cinco modalidades: carrera, salto, disco, jabalina y lucha. Los griegos le tuvieron una particular estima; decía Aristóteles que *"los pentatletas, son los más perfectos de todos, porque la naturaleza los ha dotado de fuerza, rapidez, habilidad y valor"* (Política, Lib. VIII, cap. IV). Se cita constantemente en las *Odas triunfales* de Píndaro, pero no nos aclaran mucho sobre cómo se desarrollaban los concursos. Incluso añade ciertas dudas cuando nos dice: *"... bien cuando con sus manos blandían jabalinas, / o bien cuando lanzaban discos hechos de piedra. / No existía el pentatlón, entonces cada prueba / comportaba un trofeo ..."* (Istmica I, versos 24 al 27).

Lo poco que sabemos del pentatlón nos ha quedado de Simónides (Lyra Graeca, II, 182). Por el texto de Simónides sabemos que hacía falta mucha habilidad para salir vencedor en el pentatlón. Por un sistema de puntos, desconocido para nosotros, los competidores se iban eliminando a través de los resultados en la carrera, el salto y los lanzamientos de disco y jabalina; los que alcanzaban una puntuación determinada pasaban a dilucidar el final de la competición en la lucha.

Gillet nos propone la fórmula que, según él, usaban: *"Habían encontrado una manera ingeniosa de disputar el pentatlón: todos los concurrentes tomaban parte en la primera prueba, el salto, sólo los cinco primeros continuaban con la prueba de la jabalina de la que salían los cuatro que competían en la carrera del estadio, los tres primeros disputaban el disco y los dos primeros se enfrentaban en una lucha de la que salía el vencedor del pentatlón"* (GILLET, 1971, 27).

### **g) Las diversas formas de combates**

En las pruebas de lucha, boxeo y pancracio no existían asaltos ni descansos (DURÁNTEZ, 1975). Los adversarios se saludaban y acto seguido se precipitaban el uno sobre el otro, el combate sólo se interrumpía cuando uno de los luchadores levantaba el brazo en señal de abandono (DURÁNTEZ, 1975). La resistencia y la agilidad intervenían más que la fuerza bruta, y los mejores luchadores eran aquéllos que dominaban las técnicas defensivas; así lo confirma el énfasis puesto en el tema de la resistencia y la defensa en los tratados escritos de la época. La presencia de árbitros provistos de vergajos con que llamar al orden a los luchadores (PAUSANIAS, Lib. VI, II, 2) y con poderes para multarles reducía las irregularidades en los combates formales (PAUSANIAS, Lib. V, XXI, 3-5). La preponderancia de las tácticas defensivas y de contraataque preferidas por los luchadores experimentados transformaban engañosamente los deportes de combate griegos en algo más parecido a una danza que al juego brutal y sanginario en el que después se convirtió. Un combate de lucha o de boxeo podía durar días enteros y terminar con la paciencia de los espectadores. Se supone que este inconveniente se eliminaba añadiendo a las pruebas de lucha o boxeo un acompañamiento musical (DURÁNTEZ, 1975). No obstante, no podemos equivocarnos: el mismo Pausanias nos presenta varios casos de luchadores que utilizaban trucos sucios y estratagemas muy poco "deportivas". Estos agones conforme se avanzaba en el Helenismo se hicieron profesionales y la brutalidad aumentó considerablemente.

### **Lucha (Pále).**

Se practicaba, como todos los ejercicios de fuerza, en la palestra y era considerada por todos los varones, niños, jóvenes y adultos como un pasatiempo natural y rutinario. A finales de la época clásica no había polis de cierta importancia que no tuviese su gimnasio especializado donde los ciudada-

nos pudieran reunirse para practicar o entrenar. Los luchadores observaban la tradición de los atletas de ungirse el cuerpo con aceite, con el fin de dificultar las presas del contrario; si bien, la práctica de completar la unción con una generosa aplicación de polvos de distintos colores y texturas atenuaba la viscosidad de la piel de los contrincantes, disminuía la sudoración al tiempo que aumentaba la eficacia de sus llaves. Se atribuía además a esos polvos poderes de otra índole, como la conservación (o, al contrario, la disipación) del calor o el embrujamiento del rival. A la salida de la lucha, se rascaban el lodo del que estaban recubiertos con un instrumento especial llamado *strigilis*.

Ignoramos con qué reglas se practicaba la lucha; normalmente los luchadores combatían de pie, tratando de derribarse el uno al otro, poniendo al adversario de espaldas al suelo; pero las normas variaban según se tratase de combates amistosos, locales o de un encuentro interheleno. En general podemos decir que la lucha usaba sus presas clásicas, fintas, paradas, y hasta golpes prohibidos, como mordeduras o puñetazos; *“esta práctica exigía un entrenamiento muy riguroso, y las faltas eran corregidas severamente con golpes de baqueta”* (VALENTÍN, 1955, 145). En los combates formales la caída o derribo del adversario significaba la victoria. Poco tenía que ver, pues, con la actual lucha grecorromana.

Lo griegos, en clara alusión a su carácter guerrero, siempre procuraban aumentar las dificultades de los ejercicios, el piso de la palestra consignado para la lucha se removía y encharcaba para lograr una especie de barrizal, que además de escenificar las luchas reales en las batallas, suavizaba y disminuía los efectos de las caídas. Existían dos modalidades de combates: en pie y en el suelo.

### **Lucha en pie (Orthopále).**

Considerada como la más noble, en la que para vencer era necesario



que uno de los luchadores cayera hasta tres veces tocando con los hombros el suelo o pusiera una de sus rodillas en tierra para ser declarado vencido; después de cada intento, el luchador caído se levantaba y continuaban los asaltos hasta la victoria de uno de los contendientes.

### **Lucha en el suelo (Alindeis).**

Su descripción recuerda la actual lucha libre y formaba parte del pancracio (DURÁNTEZ, 1975). La lucha comenzaba de pie y una vez en el suelo la pelea continuaba hasta que uno de los luchadores renunciaba, buscándose el abandono del contrario a través de llaves, luxaciones, inmovilizaciones y presas.

La lucha se revestía de una gran belleza plástica siendo, para los griegos, una de las pruebas más estimada en los programas olímpicos e incluso, con el tiempo, se llegaron a organizar festivales meramente espectaculares fuera de los circuitos sagrados.

### **El pugilato (Pygmê).**

En las sesiones de entrenamiento los boxeadores utilizaban un saco de arena llamado corycos, muy parecido al que se usa hoy en los gimnasios de boxeadores; practicaban el golpeteo continuo sobre el saco a fin de endurecer los nudillos, así como la pegada y en los asaltos de entrenamientos calzaban guantes forrados no muy distintos de los del boxeo actual (MANDELL, 1986). Durante la época clásica todo gran pugilista se enorgullecía de conservar un rostro intacto, prueba inconfundible de su habilidad para esquivar los golpes del contrario. La mejor victoria era la obtenida por el agotamiento físico del adversario que no llegaba a dar un solo golpe peligroso en todo el combate. Tampoco era raro que los púgiles llegasen al término de la pelea sin haberse golpeado y que los jueces procediesen a la proclamación de un vencedor y un vencido basándose en la elegancia de sus estilos respectivos.

Aquel boxeo, con los puños desnudos o cubiertos con cestos (una especie de guantes que se formaban con tiras de cuero con las que se envolvían las manos y las primeras falanges, pasando sobre las palmas y enrollándose en las muñecas y antebrazos), que en los tiempos clásicos no tenía otra finalidad que la protección de las manos de los púgiles cambió, durante el período helenístico y romano, hasta convertirse en unos guantes pensados para infligir mayores daños al adversario. Se reforzaron con láminas metálicas de plomo o bronce, lo que hacía que los combates fuesen no sólo escandalosamente sangrientos sino, en algunos casos, mortales (FILOSTRATOS, Libr. XI).

Este tipo de lucha se practicaba sobre un terreno duro, desnudos y, a veces, con la cabeza protegida. Como hemos apuntado no existía algo parecido al ring actual, ni asaltos que permitiesen el descanso entre ellos, ni categorías de pesos, aunque sí de edades, ni victorias por puntos. Era un combate sin cuartel, los pugilistas se encaraban bien afirmados sobre los pies, las piernas flexionadas, levantados los puños que amenazaban sin cerrar, con los dedos flexionados y cubriendo la cabeza; los luchadores lanzaban sus golpes, fintaban, golpeaban y paraban en una constante atención al adversario (DURÁNTEZ, 1975). El combate duraba hasta que uno de los luchadores se declaraba vencido. La lucha era terrible y brutal, soliendo terminar con las mandíbulas rotas, orejas arrancadas o deshechas, caras tumefactas, dedos fracturados y, a veces, con la muerte de alguno de los púgiles.

### **El pancracio (Pankrátion).**

El deporte favorito de los espectadores más exigentes de los aspectos más brutal del deporte era el pancracio. Peor que lo descrito anteriormente, era una mezcla entre lucha y pugilato en la que se tuvieron que incorporar ciertas reglas como la de pelear con las manos desnudas y prohibir el morder y cegar. Por lo demás el combate se libraba desnudos, aceitados, empolvados

y el cabello cortado al rape, para evitar los agarres. Se empleaban todos los resortes de la lucha, desde las torsiones, hasta los golpes con todos los miembros posibles: patadas, puñetazos, etc., caer al suelo no evitaban la acción, la lucha seguía hasta que uno se declaraba vencido o sucumbía; en este caso el vencedor no tenía derecho a la corona. Tampoco aquí cabe la analogía con la lucha moderna; el pancracio se parecería más a una especie de judo actual, mezclado con boxeo y kárate.

Estas dos formas de lucha se fueron haciendo cada vez más populares. La gente, como pasó después en Roma, disfrutaba con los lances sangrientos, cuanto más brutales más expectación parecían concitar. Entre los ciudadanos ilustrados estas prácticas tuvieron muchos detractores, entre otras cosas porque muchos jóvenes quedaban inútiles en estos espectáculos e inservibles para cumplir con su *polis*.

No han sobrevivido las reglas de este deporte tan admirado por los antiguos y tan, al parecer, difícil de dominar. Sabemos solamente que sus campeones fueron objeto de una admiración que pocos atletas alcanzarían en el deporte de la Grecia clásica.

### **1.2.8. Las pruebas del hipódromo.**

*Tú tienes casi, casi que rozarlo, al pasar / Muy de cerca con tu carro y tus caballos. / Y dentro de la caja bien trenzada, inclínate / Tú mismo suavemente hacia la izquierda, / Para favorecerle y al par de ello, / Al caballo derecho, a grito y tralla / Has de aguijarlo, / El izquierdo, junto a la meta pase / Tan pegado que parezca que el cubo de la rueda / Primorosa rozó la punta de la piedra. / Pero mucho cuidado con tocarla, si no quieres / Herir a tus caballos y hacer trizas el carro.*

(HOMERO, *Iliada*, XXIII, 334-341).

El único animal que pintores y escultores trataron con un respeto comparable al que les inspiraban los jóvenes cuerpos masculinos fue el caballo. Los griegos antiguos adoraban los caballos, sentimiento que en su tiempo había sido compartido por todas las sociedades que habían incorporado el caballo a su poderío militar. Incluso en tiempos de paz, el caballo era símbo-

lo de poder, casta y fortuna. Desde mucho antes de que los jinetes hyksos invadieran repetidas veces el poderoso Imperio egipcio hasta el final del siglo XIX a.C., el caballo doméstico disfrutó de un prestigio simbólico no exento de cierta aura mágica y misteriosa. Aura que no se ha desvanecido ni siquiera con el advenimiento de la civilización industrial y la postergación del caballo a los ejércitos modernos, la agricultura y los transportes (VEBLEN, 1987).

Abundan las descripciones literarias y las representaciones artísticas de jinetes, carros y caballos, pero ignoramos con qué precisión se fijaban las distancias para los distintos tipos de carreras; sabemos solamente que las de caballos solían disputarse sobre unos tres mil metros y que las de cuádrigas eran mucho más largas, alcanzando posiblemente hasta unos catorce kilómetros. Los resultados nunca se establecían en términos abstractos de tiempo o de distancia sino que eran presentados como victorias del jinete, del auriga y sobre todos del propietario de los animales. Tampoco subsiste ningún hipódromo griego del pasado. De Olimpia, ya hemos dicho que conocemos la existencia de un complicado sistema de callejones que garantizaba la salida simultánea de todos los participantes, pero tanto este dispositivo como el trazado de la pista fueron barridos cuando el río Alpheos cambió su curso. Incluso sin esa catástrofe natural, no es mucho lo que habríamos podido añadir a nuestros conocimientos sobre las pruebas hípicas griegas de la época, puesto que las carreras se disputaban campo a través, sobre recorridos someramente preparados cerca de las ciudades y sedes de los principales festivales (MANDELL, 1986). Aún así vamos a intentar sistematizar los tipos de competiciones que existían.

En principio no tenían lugar más que las carreras de carros, pues el carro precedió en los combates al caballo como arma, pues un caballo sin estribos ni silla era, no sólo difícil de manejar, sino peligroso en el combate; no obstante,

parece que desde el año 680 a.C. se organizaron las carreras de caballos. Era uno de los agones de gente acaudalada. Los grandes terratenientes aristócratas de la época arcaica eran muy aficionados a la cría de mulas y caballos con vista a estos concursos y en la época clásica, Alcibiades, fiel a su estilo que tanto gustaba a Sócrates y tan poco a Platón, se vanagloriaba con gran fatuidad: "...Los griegos (...) han creído mayor el poder de nuestra ciudad a causa de la magnificencia de mi intervención en los Juegos Olímpicos, (...), porque hice competir siete carros, número jamás igualado antes por un particular, y conseguí el triunfo, el segundo y el cuarto puesto ..." (TUCÍDIDES, Lib. VI, XVI, 2).

### 1.2.9. Los dioses asistentes a las carreras: ¿Apostaban?.

*Porque el deleitarse es cosa del alma y para cada uno es gozoso aquello de lo que se dice aficionado, como el caballo para el aficionado a caballos, el espectáculo para el aficionado a espectáculos y del mismo modo también las cosas justas para el que ama la justicia.*  
(Aristóteles, Ética).

Nuevamente tenemos que ir muy hacia atrás, acudir a los funerales de Patroclo para encontrarnos con este tipo de agones, las carreras de caballos. A orillas del Mediterráneo compitieron los corceles aqueos. Homero nos cuenta que hombres y dioses se apasionaron por las carreras de caballos que tiraban de carros, como correspondía a los usos militares de los sitiadores de Troya, nosotros, no podemos resistir la tentación de querer imitar y seguir el estilo vigoroso de Homero en el consabido canto XXIII de la *Iliada*.

Apolo favoreció a Eumelo Feretiada, que ocupó la cabeza de la carrera durante un buen trecho, seguido de cerca por Diomedes Tidida, a quien gratificaba la protección de Atenea. El brioso tumulto de galopes y ruedas arremolinaba la arena bajo el sol helénico. Cuando se aproximaban a la meta, la emoción subió de punto y, entre los apasionados espectadores, Ajax discutió con Idomeneo sobre quién era el que venía en cabeza (tal como hoy también ocurre en los hipódromos del mundo). Venció Diomedes de Tidida, cuyos

caballos eran superiores, y para el segundo puesto hubo una apretada llegada entre Antíloco, que había hecho una monta hábil pero poco escrupulosa, y Menelao Atrida, resuelta a favor del primero. Menelao presentó una reclamación contra Antíloco por no conservar su línea durante el recorrido, lo que fue desestimado por el juez de llegada, que era el mismísimo Aquiles.

Según señala el ilustre y notable cronista, la distancia le venía un poco corta a los caballos de Menelao, lo que, unido al corte que recibió en la recta final, justifica su tercer puesto en aquella competición celebrada en la blanca playa mediterránea. En la citada carrera los carros fueron conducidos por reyes, los jueces eran héroes y entre los espectadores se encontraban los dioses olímpicos que sin ningún rubor tomaron partido por uno u otro auriga (HOMERO, *Ilíada*, XXIII). Nunca sabremos si llegaron a cruzar apuestas, pero por la pasión descrita, parece que se jugaban mucho.

### **Las aristocráticas carreras de caballos. Tiempos heroicos.**

Del texto anterior podemos deducir que las carreras de caballos fueron uno de los grandes entretenimientos de Grecia en la Antigüedad Clásica (PATRUCCO, 1972; SAVATER, 2001). En la Hélade arcaica tuvieron, en sus principios, un carácter funerario y en la Grecia posterior siguieron teniendo un sentido religioso, eran competiciones que se celebraban en honor de algún caudillo y en las grandes fiestas de los santuarios panhelénicos (PALEOLOGOS, 1964). Las primeras noticias de la existencia de hipódromos, como campos donde corrían carros tirados por caballos, se hallan en la leyenda relativa al desafío entre Pélope y Enomao. Pélope es el héroe de la península a la que da nombre: el Peloponeso, actual Moreas; su leyenda se localizó en Olimpia, en donde lo más probable es que Pélope y su esposa Hipodamia fuesen una especie de dioses locales, hasta que fueron sustituidos por Zeus y Hera. Según Ferécides, uno de los más célebres logógrafo, que vivió en Atenas y que escribió unas

---

*Historias o Arqueologías*, donde celebraba a los dioses y a familias ilustres, nos dice que Pélope había logrado la mano de Hipodamia al vencer en la carrera de carros al padre de la novia. Enomao, cuyo auriga, de nombre Mirtilo, se había dejado sobornar por Pélope quitando el pasador a una de las ruedas del carro de Enomao, con lo que éste volcó y fue arrastrado por los caballos (PAUSANIAS, V).

Según otra versión seguida por Píndaro (*Olimpica I*), Pélope había vencido gracias a los caballos alados que le regaló Poseidón; después de la victoria sobrevoló con ellos el mar Egeo; durante este viaje, Pélope mató a Mirtilo que le perseguía exigiéndole el pago de su traición.

Homero, ya habla de hipódromos, de doble pistas colocados en una llanura, que los carros recorren en doble sentido, girando alrededor de la meta (*Iliada, Cant. XIII*). La primera carrera de carros de la que se tienen noticia histórica se celebró en el mencionado santuario de Zeus en Olimpia. Pausanias, aludió a esta primera carrera de carros, celebrada en la Olimpiada XXV, que corresponde al año 680 a.C. "El premio al vencedor era una corona de acebuche" (PATRUCCO, 1972, 93).

Antes de la fecha citada se sabe por la pintura de los vasos áticos depositados en las tumbas datadas en el siglo VIII-VII a.C., que se celebraban carreras de carros con ocasión de funerales de reyezuelos y otros personajes; estas competiciones ilustran muy frecuentemente el vientre de los vasos; unas veces son carros tirados por cuatro caballos, otras por dos; los carros son de dos o cuatro ruedas y, a veces, al auriga le acompaña un guerrero (HESÍODO, *El escudo*, 53), tales son las carreras de carros que se ven en el ánfora geométrica número 844 del Museo Nacional de Atenas, o en la cratera número 990 del mismo Museo; en esta última el carácter ritual funerario de la carrera de carros está visible, ya que encima del dibujo de la carrera se contempla la

conducción de un cadáver sobre un carro de cuatro ruedas, del que tiran dos caballos y al que acompañan hombres que se mesan los cabellos.

Como hemos puesto de manifiesto Homero también conoce las carreras de carros arrastrados por caballos, los funerales de Patroclo fue un tema que el ceramista Sofilos ilustró y podemos ver su trabajo en un fragmento ático, fechado en el primer cuarto del siglo VI a.C. Aquí el carro está tirado por una cuadriga y el artista ha colocado a los griegos, sentados sobre una pirámide escalonada, vociferando y gesticulando. *“Como Homero en la Iliada canta el mundo micénico, del tercer cuarto del segundo milenio a. C., cabe suponer, que las carreras de carros con carácter de ritual funerario, que se celebran con ocasión del sepelio de difuntos notables, son en origen un ritual funerario micénico”* (BLÁZQUEZ, 1974, 53), lo que tiene confirmación en una serie de estelas de Micenas, colocadas sobre tumbas, en las que se representan carreras de carros, tirados a veces por toros.

En las olimpiadas las carreras de carros tuvieron un carácter religioso, pero no se transformaron en ritos funerarios. Sin embargo, con el tiempo se convirtieron en un espectáculo, admirado por todos los helenos, pero cuya gloria sólo estaba reservada a los ricos que se podía permitir el lujo de criar caballos y mulas para lucirlos en el hipódromo.

### **Carreras de caballos (Kéles).**

Conforme fue pasando el tiempo esta prueba, se transformó en una competición más parecida a las nuestras, sin embargo, atraían menos público que los otros concursos atléticos. Los caballos eran montados “a pelo” y una especie de fusta con aguijón servía para animar al animal. Los corredores volvían al punto de salida después de rodear un poste situado a la mitad de la carrera. En pleno galope, los jinetes saltaban a tierra, corrían al costado del caballo, sujetando las riendas, y volvían a montar antes de terminar la



carrera; otras veces pasaban, en marcha, desde su montura a otro animal que galopaba a su lado (DURÁNTEZ, 1975).

### **Carreras de carros**

Gozaban de mucho atractivo entre el público. Los carros eran de dos ruedas y muy pesados; un yugo se sujetaba al extremo de la vara y por medio de correas de cuero se apoyaba sobre la cruz del caballo. La plancha del carro se montaba directamente sobre el eje de las ruedas, sin ballestas, lo que transmitía al conductor todos los baches e irregularidades del suelo; por ello, los esfuerzos para mantener el equilibrio eran enormes, aumentados por el hecho de que el carro estaba abierto por detrás. *“Entre los ruidos de la carrera, los del propio carro y el de la multitud vociferante, había que evitar los choques, las roturas de los tiros del carro, azuzar a los caballos con la fusta, tomar bien los giros, a veces con la rueda exterior levantada del suelo, medir y administrar los esfuerzos de los animales, coordinarlos e intentar alcanzar el mejor puesto cuando no la victoria”* (VALENTÍN, 1955, 149).

Al principio de los Juegos los tiros eran de dos caballos o *synorides*, y posteriormente de dos mulas o *apénê*, pero más tarde se introdujeron las cuadrigas o *háрма*, con cuatro animales de tiro, si bien los dos equinos laterales no iban sujetos al carro, por lo que no tiraban de él, no sirviendo más que como entrenadores y para unificar el efecto del tiro de la carrera, así como compensar y regular las curvas.

En las carreras los espectadores se sentaban en los laterales del hipódromo y los jueces en las escasas y contadas tribunas. *“Hubo ocasiones que tomaron la salida hasta doce carros, en la que se situaban según un sorteo; la señal de partida se daba por un toque de trompa o trompeta y las famosas cuerdas, inventadas por el tal Cleetas, dispuestas delante de los carros caían y salían los carros sucesivamente por el orden de colocación”* (VALENTÍN, 1955, 149)

La distancia a recorrer era de unas doce vueltas a la pista, es decir, unos 4.400 metros. En las carreras de carros podían concurrir también las mujeres, no como conductoras sino como propietarias, siendo la única prueba olímpica en las que participaban, quedando en múltiples ocasiones como vencedoras (DURÁNTEZ, 1975).

### **1.2.10. Otras actividades físicas.**

Otras actividades recreativas practicadas por los griegos, como, por ejemplo: nadar, varios tipos de tiro al blanco y de juegos de pelota, no estaban incluidos en los programas formales de los certámenes sagrados, como tampoco lo estaban las competiciones disputadas por los griegos clásicos en otras actividades que no podemos considerar en el catálogo de los deportes actuales, aunque sí en la de los agones. Entre ellas sobresalían los concursos de trompeta, de declamación para heraldos y pregoneros, así como la danza y la interpretación musical: "De Pitócrito hijo de Calínico, flautista, recuerdo..." (PAUSANIAS, VI, XIV, 10), la poesía, la oratoria y el teatro (HESÍODO, *Los trabajos y los días*, 654; PÍNDARO, *Pítica XII*; PAUSANIAS, VI, XVII, 8).

### **La Danza (Órkhesi u Orkhema).**

El programa de las palestras se complementaba con ejercicios de acrobacias y danzas; esta actividad tenía en Grecia un esplendor notable (DURÁNTEZ, 1975). El baile se acompañaba del canto, versos, palmadas y la música de tambores, flautas lira, etc.; se realizaba como danza sacra o profana, destinada a las diversiones públicas y populares. Eran de una gran variedad. Una de las modalidades se llamó *gimnopedias*, en las que mediante la danza se representaban las luchas y combates de los guerreros; entre ellas la *Pyrrhica*, que era ejecutada por muchos soldados al unísono los que, armados con la espada, jabalina y casco, se movían al rápido ritmo que les marcaban las flautas

griegas, simulaban ataques y defensas en todas las fases del combate. Como es natural en una cultura del Mediterráneo, se desarrollaban otras danzas: jocosas, voluptuosas, sagradas, rituales y báquicas.

### **Los juegos de pelota llamados esferística. Sphaira.**

Los juegos de pelota, que no figuraron jamás en el programa de los grandes agones, constituían una distracción, no exenta de cierto esoterismo pitagórico, que se practicaba en las palestras y se llamó esferística. La esfera, representada con frecuencia en los monumentos griegos, simbolizaba la juventud o el arte de curar. El famoso Galeno, que formuló severas críticas contra la vida disoluta de los atletas del período helenístico, recomendaba vivamente los juegos de pelota (GALENO, *Sobre las facultades naturales...*, IV, 15). No obstante, no se han podido reconstruir las reglas precisas de los numerosos juegos a los que se entregaban con alegría los griegos. Éstos, así como las normas de participación podemos suponer que eran más o menos parecidos a los de ahora aunque más rudimentarios y menos contenidos (DURÁNTEZ, 1975).

La esferística comprendía una serie de juegos de pelotas, muy populares, que en el gimnasio enseñaba un pedagogo especial, llamado coryceo.

Constaba de cuatro modalidades, según el tamaño de la pelota, que se clasificaban en: pequeña, grande, balón y el corycos o saco. "La "ferinda", otros la denominan "ferinda", consistía en pasar y fintar una pelota pequeña; el "aporaxis" también usaba una bola de poco diámetro y se parecía al frontón de nuestros días; en el "urania", se trataba de alcanzar una pelota al vuelo y el famoso "harpaston" o "harpastum" de los latinos era lo más parecido a nuestro fútbol, la brutalidad de la que se tiene noticia en este juego parece más de bárbaros que de gentes del mundo clásico" (GILLET, 1971, 28). Finalmente existía un extraño juego, el corycos, que consistía en colgar un saco lleno de arena, al estilo de los que se usan en los gimnasios de boxeo, y había que

rechazarlo con las distintas partes del cuerpo (DURÁNTEZ, 1975).

Las pelotas se hacían con cuero flexible, llenas de plumas, lana o arena, dependiendo del uso, pero lo más apretado posible buscando darle una dura consistencia. Se golpeaban con todas las partes del cuerpo e incluso con utensilios.

Existen igualmente vasijas pintadas y bajorrelieves de escenas de juegos de pelota y no han faltado estudiosos del deporte que, partiendo de datos filológicos y arqueológicos de la más frágil consistencia, hayan querido demostrar que los ociosos nobles griegos practicaban ciertos juegos comparables al tenis, al hockey y al fútbol modernos. En realidad, esas mismas pruebas, examinadas e interpretadas objetivamente, demuestran exactamente lo contrario: los griegos no fueron más allá de las distracciones del juego de bolos o del lanzamiento de un balón, como hace la gente para divertirse en cualquier cultura, y en ningún caso practicaron los juegos de pelota por equipos (MANDELL, 1986). El concepto griego de competición atlética no incluía la frialdad de cálculos, ni la sujeción de la voluntad individual al estricto convencionalismo de los reglamentos, ni la noción de respeto que conllevan los juegos de equipo modernos (DELGADO, 1975). La historia política nos demuestra que los griegos difícilmente podían cooperar en grupos de trabajo o de dirección y aún en la defensa de sus ciudades surgían desavenencias, no obstante, era en las batallas donde se sometían al grupo y a la disciplina (POPPOLW, 1959). El atleta contaba con los dioses y la inspiración del momento para imponerse por la fuerza y habilidad muscular, y tanto los espectadores como la sociedad esperaban que en la actuación del agonista se reflejasen el estado de trance y el paroxismo del esfuerzo propiciado por los dioses protectores (MANDELL, 1986).

### **1.2.11. Colofón a las actividades.**

Aunque el atletismo griego se limitase a un número reducido de modali-

dades, se puede afirmar, sin pecar de exageración, que nunca antes ni después la competición deportiva, con sus tragedias, sus metáforas y esplendores, se integró tan profundamente en el alma de todo un pueblo. Los ciudadanos griegos estaban convencidos y dispuestos a convencer a sus rivales de su supremacía como pueblo de atletas. Para ellos y para las generaciones posteriores, el atletismo ha sido un elemento inseparable de la amalgama de energía y de ideas que marcó una de las cumbres de la creatividad cultural humana (DURÁNTEZ, 1975).

La elaborada calidad de los participantes, su evidente juventud, explícita en la belleza corporal, los esfuerzos que realizaban para conseguir la victoria y los honores y beneficios que conseguían para sus conciudadanos, explica la pasión desmedida que aportaban los espectadores. Si poca era la violencia que podía introducirse en las pruebas atléticas, ya que correr, saltar o lanzar no eran competiciones de oposición sino de emulación, no ocurría lo mismo con las distintas modalidades de luchas y combates, que no acababan hasta que uno de los adversarios se declaraba vencido y en los que lo más importante era la sufrida resistencia de los participantes. Algunos historiadores nos cuentan cosas tan duras como la del pugilista completamente dominado por el adversario, el cual le golpeaba duramente la mandíbula, mientras que él se tragaba los dientes que le saltaban por los golpes; el que dominaba la pelea, perdiendo la esperanza de someterlo y admirado por su valor, acabó cediéndole la victoria. Pausanias describe un combate de pancracio más dramático si cabe: *"Luchaban a muerte. Su contrario, de nombre desconocido, lo agarró y, enlazándolo con sus piernas, le estrechaba el cuello con las manos; entonces Arraquión le aplastó un dedo del pie, en el mismo momento en que, estrangulado, rendía el aliento, y su rival, vencido por el dolor del dedo aplastado, proclamaba el abandono. Los jueces helenos coronaron vencedor a Arraquión, el muerto"* (PAUSANIAS, Lib. V, XVI, 6).

## El valor de los premios.

La recompensa del vencedor era una corona armada con las ramas del árbol sagrado de la divinidad a la que estaba dedicado el santuario deportivo, árboles que producían el precioso aceite mediterráneo base de una dieta asombrosa y fija durante miles de años, en los otros santuarios se glorificaba la salud a través de pinos, apios, laurel y mirto: La que se daba en Olimpia era del olivo consagrado a Zeus. La corona era de laurel en los Juegos Píticos en Delfos, de pino en los Juegos Ístmicos que se desarrollaban en Corinto, y de apio silvestre la que se daba en los Nemeos. Eran tiempos en los que el valor estaba en los productos cultivados de la tierra.

Años más tarde el vencedor comenzó a recibir, además de la corona, un trípode de metal precioso, que para aquellos tiempos podía ser de hierro o de bronce. Lo más normal era que estos, así como las coronas, quedasen depositados en el templo en honor del dios. Muchos de estos trípodes, así como armas y otros objetos, han sido encontrados en las distintas excavaciones llevadas a cabo en los distintos santuarios griegos. En este segundo período los metales arrancados a la tierra eran importantes, tanto como para constituir un premio.

*“La corona era un objeto modesto, pero recordemos que estaba tocado de sacralidad y que los griegos era un pueblo respetuoso de sus dioses y sus “mandatos” (VALENTÍN, 1955, 153).* El vencedor era, por eso mismo, honrado en su ciudad, quedando muchas veces exento de pagar impuestos y recordado, siempre que se le citase, como *Olympioniko*, cosa que en la amena lectura de *Diez Libros de la Historia* de Heródoto se puede comprobar.

El recuerdo más preciado que una delegación podía llevarse a su polis eran, los premios ganados en las competiciones. Los que se otorgaban en los Juegos eran simbólicos, pero los campeones sabían que después recibirían honores y

recompensas más sustanciosas. Sus hazañas serían reflejadas en las obras de los artistas y en los cantos de los poetas. El regreso del atleta victorioso a su ciudad natal era un magno acontecimiento; uno de los honores más preciados que se le reservaban para semejante ocasión consistía en abrirle un paso exclusivo para su uso en una sección de la muralla protectora de la ciudad, detalles del que hablaremos más adelante (10). Su nombre y sus victorias se inscribían en los muros de los templos y su recuerdo se idealizaba en las estatuas que adornaban las plazas y lugares dedicados al culto. Si se trataba de un atleta de excepcionales cualidades, con victorias en sucesivos Juegos o en varios festivales atléticos de renombre en el ámbito panhelénico, su estatua no era convencional sino que era una reproducción real del campeón. Sus victorias conllevaban igualmente otras retribuciones más materiales y negociables, como jarras de aceite, yuntas de bueyes o, simplemente, dinero. El tirano o el consejo municipal podían asignarle una pensión vitalicia con cargo al erario local. En este último período de invención del dinero, su valor de cambio debía de formar parte de las recompensas de un atleta victorioso (Anexo nº 3).

La explicación a tantos honores se comprendía sencillamente, porque un triunfo atlético era presagio de buena fortuna, una inconfundible prueba de los favores caprichosos de los dioses. Los griegos estaban convencidos de que la victoria era el sello del favor divino. Símbolo de su *polis*, la victoria del atleta en un gran acontecimiento agonístico demostraba a amigos y enemigos de la ciudad que los rituales habían sido correctamente observados y que los ruegos de intervención divina habían sido escuchados.

El talento atlético, real o potencial, era un activo precioso en la vida política y económica griega; de ahí las atenciones y cuidados prodigados a los campeones y a las jóvenes promesas. El atleta se desenvolvía en un medio sacro; sus actuaciones seguían un rito formal y eran contempladas con verda-

dera devoción. El papel otorgado al campeón por sus conciudadanos (curiosamente los griegos clásicos abandonarían la costumbre mencionada por Homero de acordar premios a los segundos e, incluso, terceros clasificados) no sería jamás igualado en el futuro hasta que, en nuestros días a imitación de los tiempos homéricos, se ha recuperado.

Numerosas ciudades-estado griegas, y más particularmente las nuevas *polis* de la Italia meridional, ricas en bienes materiales pero sin pasado cultural apreciable, usaban de cualquier stratagema para atraer y reclutar atletas y entrenadores de fama (PAUSANIAS, VI, III, 1). Los entrenadores de la Magna Grecia eran famosos por las dietas alimenticias que imponían a sus pupilos (PAUSANIAS, VI, III, 2). Verdaderos mecenas y adinerados comerciantes, aficionados a los *agones*, ponían a disposición de sus protegidos lujosos gimnasios y los sometían a un régimen de comidas exclusivamente cárnico; curiosamente Pausanias nos el nombre y las hazañas del, para él, primer comedor de carne, un tal Dromeo de Estinfelo, que ganó múltiples carreras largas en los diversos festivales helenos (PAUSANIAS, VI, VII, 10). Los patrocinadores recurrían a la oración y sumergían los altares en plétóricos sacrificios; no tenían perjuicios en ofrecer jugosas primas en metálico a sus protegidos, ni dudas para sobornar a los árbitros y jueces. En el estadio o en la palestra, se sumaban a las bandas de seguidores para animar con gritos a sus favoritos y protegidos o para insultar a los jueces y rivales. No obstante, las faltas eran castigadas con multas, que se destinaban a financiar estatuas, llamadas *zanes* (CASTIELLA, 1975), y lo curioso era que, esas multas, las pagaban las ciudades patrocinadoras (PAUSANIAS, Libr. V, XXI, 3).

### **1.2.12. Otras cuestiones relacionadas con los agones.**

Los Juegos Olímpicos de la Grecia antigua constituían una significativa manifestación de las estructuras y valores sociales de los helenos. Pero para entenderlos en nuestros días, se hace necesario estudiarlos dentro de una



perspectiva histórica objetiva y no en el romántico estilo habitual.

Exigencia un tanto difícil de conseguir, pues, aún hoy, algunos de los valores exaltados por los griegos se mantienen y cultivan, en el tipo de convivencia humana actual. Como son ciertas formas deshumanizadas de alienación y agresividad, el vedetismo o divismo, el clasismo, la guerra y los nacionalismos continúan caracterizando nuestros modos de relacionarnos y de ahí las dificultades citadas. Obstáculos aún más complicados, como no podía dejar de ser, por el tipo de enseñanza que nos han suministrado en las escuelas, haciéndonos creer que los referentes del humanismo más bondadoso estaban integrados en muchos de los aspectos del llamado milagro griego y creyéndonos que el respeto al ser humano se da en la sociedad contemporánea. Como nos avisa García Calvo una simple mirada a nuestro entorno o una atenta lectura de los griegos nos debería hacer dudar de tanta azucarada bondad (GARCÍA CALVO, 2000).

#### **a) El mito del gran fondo y los maratonianos.**

El gran fondo o las carreras de largo aliento, contra lo que la leyenda ha extendido, no les interesaba a los helenos. Los griegos tenían, como nos cuenta Heródoto, un cuerpo de mensajeros para las comunicaciones de ciudad a ciudad, hombres de gran resistencia física, capaces de recorrer grandes distancias por caminos agrestes bajo cualquier clima (HERÓDOTO, Lib. VI). Pero esos jóvenes anónimos, aunque Heródoto nos da algún nombre, no tenían ninguna importancia en la celebración de sus agones: Lo primero que hicieron los generales, estando aún en la ciudad, fue enviar a Esparta como heraldo a Fidípides, natural de Atenas, corredor de larga distancia que hacía de esto su profesión. Hallándose, según él mismo Fidípides dijo y anunció a los atenienses, cerca del monte Partenio, más arriba de Tegea, se le apareció Pan, el cual lo llamó por su nombre, Fidípides, y le mandó anunciar a los atenienses por qué no hacían ninguna cuenta de él, que les era benévolo, les había sido

antes útil muchas veces y había de serles todavía. Tuvieron los atenienses por verdadera esta historia, y estando ya sus cosas en buen estado, levantaron al pie de la acrópolis el templo de Pan, y desde aquella embajada, se le propiciaban con sacrificios anuales y con una carrera de antorchas (HERÓDOTO, Lib. VI, 105).

Si pensamos en lo que Heródoto nos dice, este mensajero corrió de Atenas a Esparta y vuelta en dos días, la distancia cubierta se calcula en la asombrosa distancia de 230 kilómetros (DURÁNTEZ, 1975). Aún más impresionante fue la acción de guerra de 2000 espartanos, que cargados con sus armas de combate, cayeron por sorpresa sobre los persas, después de haber recorrido 200 kilómetros en tres días (MANDELL, 1986).

Al margen de discusiones sobre la distancia que el mítico Filípides recorrió, siempre dentro de discusiones y polémicas, ya que entre el supuesto lugar de la batalla de Maratón y Atenas no hay, en línea recta, más de veintiocho kilómetros, debemos recordar, por otro lado, que los cuarenta y dos mil ciento cuarenta y ocho metros de la carrera que hoy llamamos maratón, fue una donosa atención a la monarquía inglesa, en una de las primeras Olimpiadas de Londres. El corredor que llevó el mensaje de Maratón a Atenas, en el 490 a.C., podemos decir que era un disciplinado mensajero y un gran corredor de fondo, pero no un verdadero atleta griego. Curiosamente, la tipología del corredor de fondo, tal como lo vemos hoy día, con sus acusados rasgos avejentados, brazos delgados y torso de modestas proporciones, no aparece representado en ninguna parte del arte clásico. Como espectadores, los antiguos preferían las proporciones, la estatura y la extroversión personificadas en los jóvenes mesomorfos que dominaban las pruebas de velocidad y así lo reflejaron en su numerosa estatuaria, que para más abundamiento en esta teoría dio pie al modelo atlético.

## b) Los Juegos femeninos

Al igual que ocurría con las demás manifestaciones de la cultura griega clásica, la participación en los festivales deportivos lúdicos o formales era una prerrogativa exclusivamente masculina. Por otro lado, severas leyes prohibían a las mujeres acercarse a Olimpiadurante los Juegos. Pausanias ofrece la más completa relación de estos acontecimientos, explica cómo Calipatira, madre de un atleta, disfrazada de entrenador, se mezcló con los espectadores y, al querer abrazar a su hijo vencedor, fue reconocida cuando saltó a la arena. No le aplicaron el castigo, que ordenaba la ley, porque su padre era el gran Díagoras un boxeador de estatura colosal para aquellos tiempos (1'96 m.) vencedor en casi todos los combates según canta Píndaro (*Olimpica VII*) y sus hermanos habían sido coronados en otros Juegos y se le reconoció la gloria que le correspondía a esta mujer (PAUSANIAS, Lib. V, VI, 7). "Dicen que a consecuencia de este incidente, desde entonces, se ordenó, a los entrenadores que también se presentaran en las pistas desnudos" (GILLET, 1971, 35).

Las mujeres de Esparta tenían la obligación de seguir cierto entrenamiento y de participar en competiciones que les eran especialmente reservadas. En el British Museum de Londres se guarda una estatuilla de bronce. Es la tapa de un jarrón, que representa a una muchacha en plena carrera, así sabemos que las mujeres espartanas celebraban carreras, acostumbrando a hacerlas con el pelo suelto, una escueta camisa y unos cinturones o correas cruzadas sujetándoles los pechos. Sin embargo, esta costumbre era ridiculizada por los demás griegos.

Inscripciones descubiertas en Delfos y Patras, golfo de Corinto, parecen consignar los nombres de las vencedoras de algunas competiciones especiales. Nuevamente el viajero romano Pausanias es la única fuente conocida que menciona, aunque sin mucha convicción, festivales de atletismo femenino en

Olimpia (PAUSANIAS, Libr, VI, XX, 9); pero todos esos documentos pertenecientes a los tiempos romanos no constituyen una prueba suficiente de la celebración de competiciones de atletismo femenino en la Grecia clásica o al menos tendríamos que dejarlos en situación de discutibles.

Aunque algunos investigadores suponen que las mujeres solteras eran admitidas en algunas pruebas deportivas en calidad de espectadoras, la mayoría de los datos que disponemos sobre esta cuestión demuestran, por el contrario, que su presencia en los estadios estaba prohibida. La única mujer autorizada a presenciar los Juegos Olímpicos era la sacerdotisa de la diosa Demeter, que vestida con una túnica blanca, ocupaba un trono reservado en el lado del estadio opuesto al ocupado por los jueces (PAUSANIAS, Libr, VI, XX, 9). Curiosamente, nos han sido transmitidos los nombres de algunas competidoras femeninas en las Olimpíadas, pero se trata, cabe precisar, de propietarias de cuádrigas, cuya presencia en el hipódromo mientras se desarrollaban las carreras tampoco era indispensable.

Podemos concluir, con respecto a este punto y siguiendo a Pausanias, que había juegos femeninos en Olimpia, los cuales se llevaban a cabo después de los masculinos (PAUSANIAS, Lib. VI, XX, 9). A lo que parece, limitabanse a una carrera de unos 160 metros de diversos grupos y según edades. La preocupación de separar las dos competiciones obedecía al empeño de marcar claramente las distancias entre hombres y mujeres así como la de evitar que estas pudiesen sentir la tentación de asistir a los juegos de los hombres. La prohibición era formal, rígida y castigada con la pena de muerte. Lo que nos muestra bien a las claras la consideración atribuida a las mujeres, en una sociedad típicamente masculina y guerrera.

### ***c) El mito de la paz olímpica.***

Una de las ilusiones o preconceptos, sobre los Juegos Olímpicos, es el

de haber establecido un antiguo ideal de paz y fraternidad deportiva, sabiendo que dichas competiciones estaban vedadas, rigurosamente, a los extranjeros y a los esclavos, o sea, a todos los que no fuesen griegos libres y a todos los que trabajasen, como artesanos, campesinos, comerciantes, marineros, etc. Esto tenía un significado simple: una auténtica discriminación, tanto en su aspecto racial y cultural (lingüístico sobre todo), como social y clasista. Por otro lado, y al contrario de lo que se suele decir, la paz conseguida en los Juegos, era una condición y una garantía para la realización de éstos y nunca el objetivo central o primordial de las Olimpiadas. Acabados los Juegos, las matanzas continuaban, con la misma o mayor ferocidad, entre las ciudades griegas esparcidas por el mundo mediterráneo y el Cercano Oriente. Las pausas cuatrienales, o cualquier otras, ni siquiera podían considerarse totalmente pacíficas, ya que se trataba de prolongar, en los campos deportivos, el antagonismo habitual, que estaba visible en las confrontaciones bélicas, tanto como las que existían en las luchas intelectuales o comerciales.

Otra ilusión es pensar que las actividades deportivas de los griegos representaban una exaltación del cuerpo, o la búsqueda de una formación armoniosa, corporal y moral, de los hombres. Al contrario de todo eso, tales manifestaciones representaban una huida del mundo material y del trabajo corporal, considerado servil; era un culto idealista de la filosofía, de la ociosidad, de la gratuidad y, hasta, un medio estético con proyecciones homosexuales. Por otro lado, es verdad que, en los Juegos Olímpicos, los reglamentos establecían que sólo los atletas sin mácula moral podían ser admitidos, pero igualmente sabemos, por los testimonios de aquellos tiempos la importancia que tuvieron los sobornos y otras maneras corrientes en las competiciones (sin olvidar el frecuente uso del dopaje, que no era tan perfecto como el que hemos logrado hoy día pero que atesoraba la misma inmoralidad), que se usaban en las disputas de los apetecibles premios. Lo que, naturalmente, apenas reflejan las estructuras sociales, es que, ni de lejos,

consideraban al compañero de la "fratía" o club, como un colaborador, antes bien esas relaciones se basaban en la alienación más radical, frente a un competidor a eliminar.

Para los Helenos; como sucedió antes (Egipto, Creta, Persia) y se puede verificar después de ellos (la caballería medieval, Inglaterra y la gimnasia centroeuropea); el deporte era una forma, directa o indirecta, de preparar militarmente a la juventud. Las actividades físico-deportivas siempre constituyeron, en realidad, el principal proceso de mejorar y mantener la destreza y la resistencia de los soldados, necesariamente hombres jóvenes, en las batallas. Incluso en los intervalos de las luchas armadas, la mayor y más indispensable distracción era la competición física, de utilidad militar inmediata. En la *Ilíada*, leemos que los atacantes de Troya ocupaban todos sus descansos en las disputas de las pruebas habituales a un soldado: carreras, saltos, luchas y lanzamientos de sus armas arrojadas. Estas pruebas eran, prácticamente, las mismas que demandaba la preparación de un guerrero. La carrera revelaba la exigencia de tener unas piernas ágiles, fuertes y rápidas. El salto constituía la mejor prueba de que se podían traspasar los obstáculos naturales o artificiales que se encontrasen en el campo de batalla. Los lanzamientos representaban, también, un uso de grandes beneficios, para el uso de las armas ofensivas y arrojadas. Y por último, la lucha, el pugilato y el pancracio eran excelentes formas de preparación para los combates cuerpo a cuerpo.

Los historiadores del período clásico griego con el erudito polaco Bronislaw Bilinski, a la cabeza (1961), han recogido muchas otras semejanzas entre los diversos festivales deportivos griegos y la guerra. Así, por ejemplo, el suelo del estadio, donde se disputaban las carreras pedestres, se cubría de arena gruesa y movediza, con el objeto de dificultar los apoyos en la carrera de los participantes. La utilización de pesos, halteras, que llevaban en las

manos para saltar se debía a una razón militar: simular las armas, escudo y espada, que tendrían que llevar durante el combate real (BILINSKI, 1961). En cuanto a los lanzamientos; se trataba de lanzar lo más lejos posibles armas y objetos ofensivos, con un carácter deportivo; era evidente que estos sustituían a los que se realizaban con las lanzas, venablos y piedras contra los enemigos. Mientras que, en la lucha, propiamente dicha, los contendientes se untaban de aceite, con el objeto de aumentar las dificultades en los agarres lo que, más tarde, en los combates reales, les serviría para saber como asir y derribar a enemigos provistos de todos sus arreos de guerra. Y si, en el pancracio, estaban permitidos casi todos los golpes, se debía a que esa forma de pelear era una excelente preparación para los combates mortales y las luchas cuerpo a cuerpo en las que no hubiese otra preocupación que no fuese la de quedar vivo. También nos recuerdan los historiadores el hecho de que las carreras de caballos y de carros, se hacían en terrenos tremendamente secos, entre nubes de polvo; esto es, como le convenía a los guerreros-atletas que, en esas mismas condiciones, solían combatir (BILINSKI, 1961). Igualmente el pugilismo, como deporte olímpico, era una forma de esgrima estipulada para habituar a los practicantes a los golpes, paradas y sus correspondientes respuestas, pero todo dentro de la técnica militar: con el brazo izquierdo (el del escudo) se paraban los golpes del adversario y con el derecho (el de la lanza o espada) se respondía y se lanzaban los ataques (BILINSKI, 1961).

Todos estos datos y argumentos se refuerzan con la ceremonia de clausura de los Juegos, que consistió, durante siglos, en una carrera de hoplitas armados. En los primeros tiempos, se corrió con la lanza, el escudo, el yelmo y las grevas o perneras; más tarde, sólo se portaba el escudo como señal del carácter militar de la competición. La carrera tenía como misión recordar a los atletas y espectadores, que todo ciudadano era un soldado dispuesto a defender su ciudad, y que el breve armisticio de los Juegos estaba terminando, para

volver, en pocos días, a su "estado natural": la guerra (BILINSKI, 1961).

Entre los honores que se daba a un campeón al llegar a su ciudad, estaba el de practicar una abertura en la muralla protectora para que pasara el atleta, demostrando, de manera real, que su presencia era una garantía para el amparo y defensa de sus paisanos, un sustituto de la labor defensiva del muro.

En Esparta a los campeones olímpicos, en la batalla que se tuviese después de su regreso, se les destacaba en las primeras líneas de combate. Lo que representaba la mayor distinción y honra para cualquier espartano que se preciase de serlo.

#### **d) Agones profundamente religiosos**

Interesa destacar una de las facetas más importantes de los Juegos griegos: las que hacen referencias a las implicaciones religiosas. Porque los juegos del estadio eran, en realidad, considerados como verdaderas ceremonias litúrgicas, auténticos homenajes a las divinidades. Dentro del culto a los dioses el vencedor representaba la elección de la divinidad, entre los más distinguidos, como merecedor de la gloria. La victoria constituía la señal inequívoca de la intervención sobrenatural, el campeón acababa confundiéndose entre los dioses del Olimpo, como constantemente nos recuerda la poesía de Píndaro, la que hoy vemos como obra de arte pero, en aquel entonces, Píndaro estaba más creído de su misión sacra que artística.

La religión Olímpica fue un culto sin Libro Sagrado en el que se expresara la verdad revelada, tampoco tenía una casta sacerdotal que preservara la homogeneidad de los dogmas, ésto le confirió una gran versatilidad: sin esa circunstancia es muy probable que el nacimiento de la razón no hubiera tenido lugar. *"También aquí, en el dominio de lo religioso, la emergencia del pensamiento racional y una aguda crisis de soberanía aparecieron emparejados"* (MOREY, 1981,



17). Con lo cual podríamos alegrarnos de este hecho tan singular que llevó al desarrollo de la filosofía, del pensamiento y por extensión a la ciencia.

Las ideas religiosas de los griegos eran de ámbito panheleno, es decir todos creían en los mismos dioses, eran fervorosos devotos como nos demuestra el cuidado de sus santuarios y las incesantes peregrinaciones, las constantes consultas a la Pitonisa y el seguimiento de sus preceptos, los castigos a los sacrílegos y las numerosas ofrendas que han llegado a nuestros días. Para entender esta profunda religiosidad vamos a poner dos ejemplos: Sócrates fue condenado a muerte, bajo la acusación de impío, es decir faltarle el respeto a los dioses. El segundo ejemplo se refiere a que los griegos midieron "su tiempo" por olimpiadas y la medida del tiempo cotidiano e histórico es patrimonio de los sacerdotes y representantes religiosos; los cristianos cuentan desde el nacimiento de Cristo, los mahometanos desde la muerte de Mahoma e igual ocurre con otras fuertes creencias asiáticas, africanas, americanas y australianas.

### **1.2.13. El lado económico de los Juegos.**

Como se ve, no dudamos del carácter religioso de los Juegos, pero tampoco podemos obviar un fenómeno que se viene dando en todos los lugares santos que se convierten en centros de peregrinajes: los beneficios que producen hacen salir las posibles rencillas entre las poblaciones cercanas a los santuarios y provocan hostilidades más o menos importantes, en función de las seguras y abundantes ganancias.

Conforme los Juegos fueron perdiendo su carácter local para irse convirtiendo en una festividad de todo el Peloponeso, las rivalidades entre Pisa y Elis, ciudades vecinas al recinto olímpico, para hacerse con el control de los Juegos, así como de las intervenciones militares de Esparta y Argos a favor de

una u otra fueron constantes. Tenemos noticias, a través de los historiadores, como Fidón de Argos fue llamado por los piratas para que les ayudase contra Elis (PAUSANIAS, Lib. V). Finalmente será esta ciudad la que prevalecerá en esta larga pugna, con el apoyo de Esparta, a pesar, de ciertos contenciosos con esta ciudad que obligó a expulsar temporalmente a los espartanos de las olimpiadas (PAUSANIAS, Lib. V).

A los siglos VI y V a.C. corresponde el momento de apogeo de las competiciones, coincidiendo con el mejor momento político y económico de Atenas y por extensión de la Hélade. Su carácter panhelénico se consagra definitivamente, se aumentan las pruebas, se multiplican las ofrendas, crecen los tesoros y se construyen templos, estatuas y estadios a cargo de los más afamados artífices de estas disciplinas artísticas, además, los poetas cantan en versos la gloria de los vencedores. Del siglo IV a.C. a la conquista romana (siglo II a.C.) las competiciones atraviesan altibajos que reflejan las dificultades de aquellas épocas. Si durante la guerra del Peloponeso la tregua olímpica fue respetada, en el 364 a.C. el recinto de Altis se convirtió en campo de batalla, en el 312 a.C. Olimpia fue ocupada y saqueada, los Juegos fueron perdiendo su brillo que se aviva, ocasionalmente, con Filipo, padre de Alejandro y con los diáconos, los sucesores de este último.

Durante la República romana (siglo II y I a.C.) las olimpiadas languidecen faltas de la competitividad que tuvieron las diversas polis griegas. El nuevo dominador romano no tiene mucho interés en los agones atléticos, aunque se interesa algo más por las salvajes modalidades de la lucha, por otra parte, no mostraron una mayor consideración que la derivada del saqueo. Sila arrasó Olimpia y se llevó las ofrendas más valiosas que estaban depositadas en el templo, iniciando la larga tradición del pillaje al país de los helenos: sus obras de arte han ido llenando los museos de Occidente, sus ideas pervertidas para

alimentar ideologías y religiones, su cultura falseada y manipulada, sus fronteras movidas según los intereses de las potencias dominantes, hasta hacerla desaparecer en un extraño país, sobre el que planea una dinastía monárquica de corte europeo, en la que sus actuales habitantes, olvidando dos mil años de historia, se declaran herederos tanto de Atenas, como de su enemiga Esparta o de sus invasores macedonios.

El dicho general republicano, Sila, aún obligó a los atletas inscritos en los juegos del año 80 a.C. a realizar las competiciones en Roma. Sin embargo, Augusto protegió las olimpiadas y así mismo los emperadores pertenecientes a su familia, como Germánico y Nerón se hicieron representar o bien participaron personalmente en las carreras de carros. Otras familias imperiales como los Antoninos favorecieron la cultura helena e invirtieron en construcciones, renovando, por última vez, los edificios emblemáticos de Olimpia, así como su estadio. Fueron notables los trabajos de Marco Aurelio, Antonino Pío y Adriano, este último, uno de los emperadores más cultos que tuvo Roma, amante del mundo griego al que favoreció en todos los aspectos. Su famosa villa es un homenaje a aquel admirable pueblo. Pero podemos aducir que desde el siglo II d.C. hasta su prohibición en el 393, por el emperador cristianizado Teodosio, y Roma ya bajo el poder judeo-cristiano, las olimpiadas fueron languideciendo en una constante degradación.

### **Premios, laureles y oro.**

De la simple mirada a lo anterior se colige que los períodos esplendentes del olimpismo coincidieron con el apogeo político y militar ateniense (siglo V a.C.), con la mayor difusión de la cultura y civilización griegas (siglo IV a.C.) y el momento de mayor auge del imperio romano (siglo I y II d.C.).

La consideración de unos cuantos hechos nos revelan la intervención de los factores económicos. Hasta la olimpiada número 25 (680 a.C.) no hubo carreras de

carros tirados por cuatro caballos *tethripa*, limitándose las pruebas a las carreras pedestres, lucha y pugilato (Anexo nº 3). Las carreras con jinetes no aparecen hasta la olimpiada 33, las de carros tirados por mulos se implantan en la 70 y desaparecen en la 84 (444 a.C.). En la olimpiada 93 se instaura una modalidad de carro *synoris* del que tiran dos caballos (PAUSANIAS, Lib. V y VI).

Por otra parte realizando un repaso a los *olimpionikai*, relación de vencedores olímpicos (Anexo nº 3), vemos la enorme participación espartana desde los inicios hasta finales del siglo VII a.C., con 71 vencedores. Señalan, en cambio, un descenso enorme de los ganadores de esta *polis* en el siglo VI a.C., sólo 10 y por contra se constata un aumento, hasta 19, entre los atletas que venían de la Magna Grecia. Durante el siglo V la intervención espartana sigue en descenso (6 victorias). En el siglo IV a.C. predominaron los mejores entre los atletas de Elis; en el siglo III las coronas van a parar a los griegos de Alejandría y Asia Menor. En el siguiente siglo los ganadores del olivo vienen de Rodas, llegando a alcanzar 15 victorias.

Datos de los ganadores y sus *polis*, así aislados, no parecen decir gran cosa pero observados desde el prisma económico-social muestran otro punto de vista, más comprensible. Resulta curioso comprobar que durante el apogeo político-militar de Esparta se produjesen unas intervenciones tan poco brillantes de sus deportistas, suponiendo, como suponemos, que en el interior del estado espartano debían existir abundantes y buenos atletas. Tampoco parece lógica la explicación, un poco tendenciosa, de que los espartanos, verdaderos y grandes competidores, sentían desprecio por unos Juegos que, poco a poco, se iban profesionalizando y cubriéndose con todos los defectos que conlleva el conseguir más y más dinero. La solución que proponemos, parece más prosaica y simple, pero por ello, más creíble.

Asistir a los juegos suponía unos enormes gastos que había que dedicar

a los desplazamientos, estancia y mantenimiento, cosa que Esparta se pudo costear mientras que las competiciones no sobrepasaron el nivel local. Durante el siglo VII a.C. hizo su aparición la moneda como préstamo cultural de los fenicios, se calcula que sobre el 630 a.C., y mientras no se impuso su uso, los espartanos podían asistir masivamente a los juegos, obteniendo las victorias que correspondía a sus calidades agonísticas. Las transacciones comerciales se efectuaban a nivel de trueque y economía natural. Pero ocurrió que en el siglo VI a.C., Corinto, Atenas y otras polis siguieron el ejemplo de Egina y comenzaron a acuñar sus monedas. En el siguiente siglo Siracusa acuñaba su propio dinero en oro lo que fue generalizando la economía monetaria a todas las ciudades de la Hélade. La moneda, como instrumento simbólico de un valor de cambio, tuvo una gran acogida, pesaba menos y favorecía el poder adquirir sobre el terreno productos y bienes sin mayores problemas.

El estado espartano no se incorporó al movimiento monetarista, quedándose rezagado en sus relaciones comerciales y viéndose obligado a practicar una economía autárquica. La famosa constitución de Licurgo impuso una moneda de hierro, de escaso valor, pesada, por ello incómoda y casi inservible. La misma ley prohibía a los ciudadanos poseer oro y plata, metales que estaban reservados al gobierno de la polis. Uno de los efectos de todo esto fue la restricción de participantes en Olimpia. Los pocos que acudían lo hacían a costa de la ciudad-estado.

En los siglos siguientes, la crisis económica y social es grande, tanto que durante el siglo IV a.C. los nombres de los vencedores corresponden a ciudadanos de la cercana Elis, el resto de las polis helénicas tienen problemas para desplazar a sus representantes. En los siglos III y II a.C. figuran destacados los alejandrinos y los rodios, procedentes de lugares que fueron capaces de mantener un cierto esplendor después del desmembramiento del imperio alejan-

drino y la consiguiente crisis social y política del período helenístico.

La supremacía de los ricos era un factor, evidente, que les beneficiaba en los entrenamientos durante los meses anteriores a las competiciones, escogiendo las modalidades más prestigiosas. Dicha supremacía se verificaba, con claridad, y de una manera especial, en las carreras de caballos, con o sin carros, que, hoy sabemos, habían sido las pruebas más importantes de las competiciones clásicas. Era el deporte de los señores del poder y la influencia, de aquellos que tenían los suficientes medios de fortuna para comprar, mantener y preparar a los animales, así como para poderlos transportar a Olimpia. La lectura de las *Odas triunfales* del pro-aristócrata Píndaro son ilustrativas del tipo de gente que le podía pagar los altos honorarios que, de seguro, cobraba el vate, interesantes son las: Olímpica, IV y VI; Istm., I y II; Nemea, IX y Píticas, IV, V y VI. En total, un triunfo costaba sumas enormes, que sólo los grandes potentados se podían gastar y permitir. La obsesión por la victoria llegaba a tal punto, que algunos se hacían representar en dos, tres o más equipos (PAUSANIAS, VI).

Las carreras de cuadrigas o bigas se efectuaban en el hipódromo. Los conductores, en general, no pasaban de ser simples mercenarios o esclavos de los propietarios, ya que estos evitaban tanto los riesgos de accidentes como los del desprestigio de la derrota. Pero en caso de victoria, recogían los respectivos honores, como dueños de los animales, de los carros y de los hombres que habían ganado la carrera. Ocurriendo que las proezas de los caballos eran ensalzadas por encima de las de los conductores, que quedaban así en un ínfimo lugar. Por otro lado, las carreras en los hipódromos, era la única competición en la que podían participar los esclavos, por el motivo aducido, su papel estaba cosificado, como el carro, eran un simple instrumento al servicio de sus amos y por extensión de sus caballos. De ahí que un esclavo nunca tuviese una estatua en Olimpia, en conmemoración de una de esas vic-

torias y mucho menos que hubiesen sido enterrado junto a su dueño, después de su muerte, como sucedió en algunos casos con caballos famosos.

En otro orden, es sintomática la curva evolutiva que siguen las carreras ecuestres y de carros, seguramente las más vistosas y espectaculares que poco a poco fue ganando en importancia dentro de los juegos. Como ya hemos apuntado, sólo podían participar gentes de posición económica elevada, que les permitiera tener caballos con el coste que suponía el transporte de animales y trebejos al hipódromo de Olimpia. El triunfo era para el dueño de toda la parafernalia: carro, caballos y conductor-esclavo, la semejanza se mantiene con lo que ocurre en nuestros días, no sólo en las carreras de caballos, sino en otros deportes con animales o mecánicos, las motocicletas, los automóviles y, podíamos decir, que este modelo, poco a poco, se extiende a todos los deportes.

En las carreras del hipódromo se jugaban, algo más que lo agonístico, como podían ser, sino era lo mismo, razones de prestigio político y social, de ahí que fuesen conocidos los esfuerzos y desembolsos, por ejemplo, de los tiranos de Siracusa, Filipo de Macedonia o el propio Alcibiades. Cuando había crisis económica y de escasez ocurría que el número de animales enganchados al carro disminuía como ocurrió al final de las guerras del Peloponeso, que se "inventaron" el *synorides* o carro tirado por dos caballos, incluso se llegaron a realizar carreras en las que el tiro lo constituían dos mulas.

Otro fenómeno curioso que se dio fue la unión de varias personas o una comunidad entera aunando dineros y esfuerzos para lograr un tiro competitivo. En Esparta eso llevó a que las mujeres participaran en las olimpiadas; contra esa idea de su no inclusión en los juegos, que parece más sacada de la misoginia de Coubertin que del estudio de la historia griega (también es sabido que los atletas participaban desnudos y eso no fue recuperado por el padre del olimpismo moderno). En Esparta, decíamos, que a los ciudadanos les estaba prohi-

bido guardar oro y plata, pero en su "autoritario" entender no entraban las mujeres que, por esta causa, las menos escrupulosas y más listas, pudieron acumular fortunas. Ocurrió que una de las primeras mujeres en acudir a Olimpia fue la hermana del rey Agesilao (Ol. 98 y 100) en la que logró sendas victorias.

### **El dinero de los atletas.**

En Grecia se dio un fenómeno que nuevamente se está dando en el deporte actual. Las olimpiadas eran una gran fiesta panhelénica así lo sentían los pensadores y los griegos en general que, aún antes de los juegos, tenían ese sentimiento, acrecentado por una religión muy plural y una lengua común, aunque con muchas variedades y matices (la lengua hablada, siendo griego clásico, no era igual en Atenas a la que se hablaba en Rodas o la que se entonaba en Macedonia), inteligible e instrumentabilizable por todos los griegos. Gorgias y Lisias se ponen pesados con este tema en sus *Discursos olímpicos*, Píndaro canta bellos poemas patrióticos en *Las olímpicas* e Isócrates se desvive por la unidad helena en el *Panegírico*.

Sin dejar de ser verdad todo esto, se constata una enorme rivalidad entre los atletas que representaban a las distintas ciudades, ya que en las olimpiadas no podían contender aquel que no perteneciese a la nación griega y fuese un claro ciudadano libre. De otro lado, la rivalidad entre las ciudades se manifestaba en guerras y alianzas constantes de unos contra otros y todos contra todos. La necesidad imperiosa de establecer la "tregua olímpica" es un argumento para comprender la fortísima rivalidad entre las distintas polis. Las olimpiadas sirvieron, además de todo lo dicho, para avivar las rencillas aldeanas y las rivalidades del poder contra los sentimientos de paz y solidaridad tan traídos y llevados en los estudios actuales, por el contrario era mucho más común el deseo de triunfar sobre los adversarios, con algunos de los cuales existían conflictos bélicos, que servir de pacífico modelo. Esta situación lleva-



ba a quebrar constantemente las reglas del juego con trampas, sobornos y añagazas por no hablar de que se tomaban todo tipo de sustancias que pensaban les podía favorecer, práctica que, por otra parte, no estaba considerada como contraria a la limpieza del agón.

En la mercantilización de los Juegos todos los que estaban alrededor de los agonistas: entrenadores, masajistas, cuidadores y otros, sacaban beneficios. Igualmente los escultores (PAUSANIAS, Lbr. V), pintores y poetas cobraban por sus trabajos sin ningún tipo de rubor.

Píndaro es nuestro alto ejemplo, aristócrata beligerante contra la democracia, fue un genio en estos menesteres, lo que le permitió vivir holgodamente, en aquellos duros tiempos, elevándose tanto, que incluso se tomó la licencia de criticar a los que escribían por dinero: *Y es que la Musa, en aquel tiempo, no era / ni codiciosa aún ni mercenaria; / todavía no eran vendidos / por la dulce Terpsícora / los dulces cantos con argéteo rostro ...* (PÍNDARO, Ístmica II, 6).

Sin embargo, él permitió, al ya mentado Diágoras, que le obligara a relatar en la Olímpica VII sus victorias en todo tipo de campeonatos menores. Peor fue lo de un tal Jenofonte, de ninguna relación con el autor del Anabasis, que le encargó escribir una Oda (Olímpica XIII) en la que describe un sinfín de competiciones sin importancia, además de un escolio para conmemorar la pintoresca donación hecha a su ciudad por el fanfarrón y rico corredor. Se trata de un regalo de cincuenta rabizas con destino al templo de Afrodita. Píndaro, se pregunta qué dirán los señores de Istmo, y en el mismo epinicio, dedica una crítica a su vanidoso cliente (PÍNDARO, Olím, XIII).

No obstante, tendríamos que agradecer y entender el esfuerzo de estos poetas, pues la gloria alcanzada por los campeones griegos, desde la palabra escrita, fue más duradera que la que se esculpió en el mármol.

Este afán de superación exacerbado por los patriotismos locales condu-

jo a una progresiva profesionalización de los atletas y a la larga, cuando Grecia perdió su independencia, lo único que quedaba del pretendido espíritu olímpico eran unos luchadores casi de circo, embrutecidos, deformes e itinerantes por los caminos helenos, viajando de fiesta en fiesta, en busca de los premios en metálico que se daban en los festejos patronales de cada ciudad.

Los premios y distinciones simbólicas (coronas de laurel, cintas y ramas de olivo) recibidos por los vencedores en Olimpia, Delfos y otros festivales de renombre, de los tiempos arcaicos y clásicos, no deben hacernos perder de vista dos cuestiones: el significado sobrenatural dado a esos símbolos, ni los jugosos premios en especias y en metálico concedidos por las ciudades a sus triunfadores.

El vedetismo representaba otra de las facetas de estas competiciones. Su objetivo más directo y visible era lograr un vencedor para glorificarlo y endiosarlo. El éxito en cualquiera de las pruebas disputadas, intentaba garantizar la fama y la posteridad del atleta, así como la de su familia y la de su Estado-Ciudad. El campeón coronado en Olimpia, era paseado, allí mismo, en un carro tirado por cuatro caballos blancos como el primer honor concedido por sus conciudadanos. Le concedían generosos y diversos premios económicos, a cargo de los impuestos, le llegaban a tributar una pensión permanente, etc. Por otro lado, se le otorgaban las deferencias guardadas a los grandes personajes y tenía reservado un lugar destacado, en todos los espectáculos y ceremonias públicas. Sus estatuas eran levantadas en plazas o monumentos locales y veneradas como símbolo del héroe y del acontecimiento. De todos modos alcanzaban la prosperidad, la riqueza, la fama y una gran consideración social.

Poco a poco, los grandes campeones, los que realmente lograban electrizar a las masas de espectadores, fueron perdiendo su condición de atletas aficionados (sobre todo a partir del siglo V), y ninguno de ellos se habría desplazado para competir en un festival dotado exclusivamente de premios sim-

bólicos (PÍNDARO, *Ístmica I*, 20-25).

Los pagos en efectivo, las exenciones de prestaciones al estado, honores, en ciertas ciudades, como el ser alimentados a expensas del erario público, o en otras, gozar de una casa y terrenos, etc., hizo que gentes de poca fortuna, buscasen estas ventajas dedicándose, sobre todo, a las modalidades de los combates, las más brutales y por ello más espectaculares, lo que propició una verdadera tropa de bronquistas y pendencieros profesionales. Esta situación llegó a desprestigiar y dañar el esplendor de los antiguos juegos atléticos

#### **1.2.14. El helenismo. La decadencia.**

El historiador debe insistir en el dinamismo de la cultura y la historia griega; la cultura cambiaba con el tiempo y el lugar, y los elementos dinámicos y dialécticos de la historia se manifestaban igualmente en el deporte griego.

Las guerras del Peloponeso dejaron maltrecha la economía y la originalidad cultural de Atenas. La moral y la autoestima, se resquebrajaron en estas prolongadas guerras: Esparta, aniquiló el poder de Atenas y si alguien podía pensar que era un resultado lógico, cuando la militarizada Esparta fue derrotada por la legión tebana de Epaminondas (PLUTARCO, *Vidas, Epami.*), la confusión y la desconfianza se extendieron y fueron patentes, en la Grecia clásica.

A partir del 335 a.C. Alejandro Magno impuso su dura ley al mundo heleno sin excepción. La creatividad y la independencia política de los griegos perdió su posibilidad de manifestarse en todo aquello que no fuese la intriga o la conspiración. Sabemos que la evolución del arte y las ciencias no quedó interrumpida, Aristóteles fue preceptor de Alejandro, y los hombres de negocios hicieron grandes fortunas, pero las más altas expresiones de la cultura y el virtuosismo reinantes traducían una cínica y lánguida inclinación hacia el anacronismo en todas sus formas.

Esta adaptación a las circunstancias tuvo consecuencias anodinas, como la instalación de baños calientes en los gimnasios más ricos. Estas construcciones comenzaron a ser particularmente cómodas para celebrar entrevistas, citas, y contactos sociales. Una de las consecuencias del decaimiento de las ambiciones políticas individuales y de la desaparición de las fiestas políticas de carácter local fue la transferencia de una carga creciente sobre los campeones deportivos. Las exigencias de mejores resultados agonísticos impulsaron al reclutamiento intensivo de jóvenes promesas y a un entrenamiento más metódico y racional, dando lugar, igualmente, a la aparición de toda una serie de ojeadores, entrenadores, estrategas y promotores profesionales, verdaderos beneficiarios de los éxitos de sus protegidos, a la vez que expertos en mantenerlos alejados del público y someterlos a los más estrictos programas dietéticos y las mentalizaciones indispensables para la obtención de un campeón duradero (PAUSANIAS, Libr. V y VI).

La industria deportiva helenística fue la respuesta a la demanda inextinguible de héroes por parte de los griegos en una época en que ya no había ninguna posibilidad de que surgiera el héroe guerrero de corte clásico ni el héroe político prealejandrino. Los profesionales, acompañados por su séquito, se rendían a los estadios plétóricos de espectadores, cosechaban coronas, trofeos, fama y distinciones que, de regreso a sus ciudades de origen, se transformarían en dinero efectivo y en otras contrapartidas materiales, cada vez mayores. Los más ambiciosos (o sus representantes) no dudaban en pasar del patrocinio de una ciudad al de otra con mejores pagos, como nos ilustra constantemente Pausanias (V; II, 10; III, 1; XIII, 1).

Astylos de Crotona, vencedor de las pruebas de uno y dos estadios en dos Olimpíadas sucesivas (488 y 484 a.C.), sucumbiría a la generosidad del tirano de Siracusa, y en los siguientes Juegos (los de 480 a.C.) participó como ciudadano de aquella ciudad de la Magna Grecia. Irritados por semejante falta de fide-

lidad a su ciudad, los crotonenses destruyeron su estatua y transformaron su morada en prisión (PAUSANIAS, Lib. V, XIII, 1).

Los atletas más fuertes, más victoriosos, o aquellos con mejor historial, eran honrados con sus propias estatuas, que ya no eran meras evocaciones estéticas abstractas, sino fieles representaciones del propio modelo. Incluso durante la vida del campeón, el laxo y a menudo contradictorio "panteón griego abría sus puertas a esos campeones de excepción concediéndoles un *status semidivino*" (MANDELL, 1986, 71). Las estatuas de ciertos atletas difuntos, que en vida habían gozado de una fuerza y una salud excepcionales, eran reputadas por sus virtudes curativas (BOARDMAN, 1999), en una identificación, hoy tan de moda, del deporte y la salud..

Algunos críticos sociales helenísticos sentían la nostalgia de la edad de oro del deporte griego, cuando la participación era mucho más numerosa y la cultura física estaba más integrada en la educación general de la juventud, aunque escritores, como Jenófanes de Colofón (525 a.C.), no tuviesen ningún empalago al escribir duras críticas a las prácticas físicas:

*Pero si por la rapidez de sus pies la victoria uno logra, / o en el pentatlon - allí en el recinto sagrado de Zeus, / junto al río de Pisa, en Olimpia -, o bien en la lucha, / o en el pugilato que causa tremendos dolores, / o bien en ese espantoso certamen que llaman pancracio, / muy ilustre se hace a los ojos de sus convecinos, / y puede alcanzar la gloriosa "proedría" en los Juegos, / y recibir alimentos a cargo del público erario, / y de su ciudad un regalo, que tenga por premio. / Incluso lo puede lograr con caballos todo eso, / sin ser tan valioso como yo. Pues mejor que la fuerza / de los caballos y los hombres es nuestro saber. / Pero todo eso se juzga con mucho desorden; injusto / es preferir al saber verdadero la fuerza corpórea. / Pues, aunque en el pueblo se encuentre un buen luchador, / o un campeón del penthatlon o un as de la palestra, / o alguien ligero de pies, que es lo más apreciado / en las pruebas de fuerza que van a certamen, / por eso no va la ciudad a tener buen gobierno. / Mínimo gozo consigue sacar la ciudad de eso, / de que alguno compita y venza en la orilla de Pisa. / Pues tal hecho no va a engrosar los tesoros del pueblo.*

(JENÓFANES, *Fragm. 2, 2 D.*)

Los excesos cometidos en los diversos aspectos de la actividad deportiva y la vulgaridad alcanzada por los atletas y sus admiradores demostraban claramente la desaparición de cierta unidad orgánica, inspiradora y moldeadora a la vez del espíritu griega.

Mientras que en el siglo VI todavía era normal que los vencedores de los festivales de atletismo, una vez terminada su carrera deportiva, se comportasen como ciudadanos útiles para su comunidad, primero actuando como guerreros y después como políticos, mientras que más tarde el término *atleta* se referiría exclusivamente al profesional de la exhibición física. Uno de los primeros críticos deportivos fue el poeta Eurípides que escribió en pleno siglo V a.C., lo siguiente: Entre los muchos males que hay en la Hélade ninguno peor que la raza de los atletas. En primer lugar no saben cómo llevar una vida decente, ni siquiera podrían aprenderlo. ¿Cómo podría un esclavo de su apetito y sus bajos instintos alcanzar mayores riquezas que su propio padre? Son, además, incapaces de soportar la pobreza y los reveses de fortuna y hacer frente a las dificultades de la vida. En su juventud son el orgullo y la admiración de la ciudad; cuando los años les caen encima, se parecen a un viejo abrigo que ha perdido el lustre original. Afirmo que la culpa la tiene la antigua costumbre griega de acudir en masas a contemplar a esos hombres y a honrar con su presencia un festival de inútiles placeres. Díganme, sino, ¿a qué campeón de lucha, qué corredor imparable o qué individuo capaz de lanzar el disco más lejos que nadie o de asestar más rotundo puñetazo a la mandíbula de su adversario se le ha visto jamás defender la ciudad de sus padres con sus trofeos y coronas? ¿Quién se opondría al enemigo con un disco en la mano? ¿Quién podría atravesar a puñetazos la línea de escudos enemigos? Nadie comete esas insensateces frente al hierro enemigo.

Mejor honrar y galardonar a los sabios y a los justos, a los políticos y a

los hombres de buen consejo, capaces de dirigir la vida de la ciudad y alejar el espectro del hambre y la guerra. (EURÍPIDES, *Autolycus*, II, 23).

Es curioso que un autor como Eurípides se abstenga de toda alabanza del pasado y se resista a la tentación de establecer comparaciones entre la pureza del deporte de antaño y los excesos y pecados del presente. Deducimos que la leyenda de una edad de oro del deporte griego, coincidiendo con el cénit de la civilización griega, fue la creación de críticos y admiradores posteriores a los escritores clásicos. Las críticas generalizadas provocaron que los filósofos y otras profesiones comenzaran a abominar de ellos.

Las quejas de Eurípides, son recogidas por Platón (*República*) y Jenofonte (*Memorabilia*) en el siglo IV a.C., Filóstratos, con irritación y resignación, nos relata las causas de la decadencia: Pero todo esto ha cambiado: en vez de guerreros, tenemos atletas que no han sido soldados; en lugar de hombres de acción, perezosos; en lugar de hombres duros y nerviosos, unos "blandos". La gula siciliana ha prevalecido; los atletas han perdido toda energía, sobre todo desde que el arte de la adulación se ha convertido en verdadero deporte. Y después la medicina, que halaga la indolencia, se presenta como consejera; ciertamente es una ciencia útil, pero demasiado suave para los atletas; los educa en la pereza y todo el tiempo que precede a los ejercicios los obliga a reposar atiborrados como fardos libios o egipcios; les proporciona cocineros y camareros que los sacian, los vuelven glotones y hacen de su estómago un saco sin fondo... El estado de holgorio en que viven acaba por excitar a los atletas y despertarles deseos amorosos; hace nacer en ellos mil apetencias ilícitas y los lleva a vender y comprar sus victorias. Unos se valen de su fama para satisfacer, pienso yo, sus necesidades demasiado numerosas; otros pagan por obtener una victoria fácil que su vida afeminada no les permite obtener... y no excluyo de esta corrupción a los entrenadores: que lo son lle-

vados por un cierto espíritu de lucro (En BERGER, 1968, 34).

Aunque el autor continua precisando: "...con excepción del olivo heleno, que su antigua gloria torna inviolable, todas las competiciones están hoy corrompidas".

La institución olímpica, al no estar ya respaldada por el fervor del pueblo heleno y el respeto de su rigurosa disciplina, había decaído sin ningún tipo de posible recuperación.

Es evidente que los éxitos de los dirigentes griegos de la época clásica surtieron un efecto intimidatorio sobre las generaciones siguientes. *"El deporte fue una parte integrante de aquella sociedad, y a los admiradores de la Grecia clásica no les pasó por alto su integración en las obras de arte, la poesía y las teorías pedagógicas que los griegos exportarían a través del mundo helénico como legado de su civilización"* (MANDELL, 1986, 72).

Posteriormente, con Grecia sometida al imperio romano, los filósofos estoicos se dedicaron a denunciar los abusos del gimnasio. Séneca los detestaba y avisaba sobre la desarmonía que se producía del exclusivo y abusivo cultivo del cuerpo con menosprecio del espíritu (*Epist. a Lucilio*). Higienistas como Galeno advertían de los atentados contra la salud que conllevaba las dietas anormales y el régimen de vida de los luchadores.

Todo fue degenerando, el público quería más espectáculo y pedía sangre, payasadas, virtuosidades de volatineros y la muerte como parte del circo. Sintomáticamente, el último olímpico conocido fue un armenio, Varazdates, coronado en el 381, la víspera, como quien dice, de la supresión definitiva de los Juegos.

Cuando el emperador Teodosio, en su lucha contra las religiones politeístas, publicó en el año 394 un edicto prohibiendo estos Juegos, que celebraban la belleza y la fuerza corporal como culto y ofrenda a los dioses, no hizo



---

más que darle el golpe de gracia. La prueba evidente de que estaban muertos en su espíritu era que nadie los defendió. Extraordinariamente y fuera de Olimpia se celebraron algunas veces, sin jueces, certámenes atléticos e hípicas, hasta el año 520 se recogió, de vez en cuando, la celebración excepcional de estos agones (GOYDAGA, 1974).

### **1.2.15. La expansión de los agones griegos.**

El fallo más grave de los griegos clásicos fue no lograr moderar las luchas intestinas y los conflictos provocados por las ambiciones de sus ciudades. Las principales crisis políticas en el Mediterráneo oriental surgieron de la sobrepoblación y del poder económico de las nuevas clases de mercaderes. La crisis se extendió a partir de la segunda guerra del Peloponeso (431-405 a.C.) y sólo terminaría con la conquista romana trescientos años más tarde. Las atrocidades cometidas durante estas guerras marcaron el final de la convivencia entre las ciudades griegas y produjeron una clara degradación del estilo de vida mediterráneo.

Por supuesto que ni las devastaciones, ni la inseguridad reinante restaron esplendor al genio creativo de los griegos. Sócrates enseñó filosofía a gentes como Alcibíades, Jenofonte y Platón. Aristóteles fue el preceptor de Alejandro. El gusto y la producción artística se extendía por todo los límites del Mediterráneo, sobre todo por las colonias griegas, Magna Grecia, Egipto, costas levantinas de Iberia, etc.; pero los más agudos helenos notaban que la originalidad, la arrogancia y la diversidad del arte ateniense había alcanzado su momento culminante con Pericles (461-429 a.C.). A partir de entonces, esa edad de oro y sus héroes no serían más que un recuerdo nostálgico del pasado. Con la desaparición de la "polis", la originalidad griega llegaría a su fin.

Una breve evocación del periplo del impulsor del helenismo, por medio

de sus expansiones guerreras, Alejandro (356-323 a.C.), nos podría ayudar a comprender la atracción ejercida por el deporte sobre la cultura de la época. El padre de este sobrestimado guerrero, Filipo de Macedonia (362-336 a.C.), se impuso con facilidad, gracias a su inteligencia militar y diplomática, sobre la débil Grecia salida de las terribles guerras del Peloponeso. Su reino apoyado en rudos pastores que, hasta ese momento, habían permanecido ajenos al sistema de "polis" vigentes al sur de su reino, adoptó con entusiasmo las formas de vida griegas y puede ser curioso que el propio Filippo muriese asesinado durante un festival típicamente griego de atletas, poetas y artistas, al final del cual debían de dar los premios de acuerdo al ceremonial heleno.

Alejandro no solía faltar a los festivales atléticos y tampoco dudaba en organizarlos para darse prestigio cuando los avatares de su vida lo reclamaban. Se organizaron juegos griegos en la ciudad egipcia de Menfis, en Persépolis, en Susa y en otras villas persas, mientras caminaba militarmente hacia la India. Los atletas formaban parte de su séquito y uno de ellos, el luchador Leonatus, no dudaba en hacerse seguir de varios camellos, cargados con sacos de arena especial con la que cubrir el suelo de las improvisadas palestras que iban montando por los pueblos que encontraban (MANDELL, 1986) en su paseo triunfal a la nada. Dicen las crónicas de la campaña que, en las ceremonias fúnebres en honor de Hefaisto, participaron tres mil atletas y artistas y que en todas las ciudades que fueron fundando sobre los desiertos asiáticos, construyeron palestras y gimnasios. Grecia había estado recogiendo ideas, aunando religiones y mitos de Asia y África como explican Dobbs (1951), Cornford (1974) y Farrington (1981). Mientras que, en esta nueva fase del helenismo, el sincretismo del arte oriental y heleno viajaba en la otra dirección plasmándose (VERNANT, 1993), entre otras obras de moda en estos tiempos, en las colosales estatuas de Buda que custodiaban las entradas de los templos budistas de Afganistán, arrasadas durante nuestros días por los avatares bélicos y políticos.

---

Vemos que, las conquistas africanas y asiáticas de Alejandro, sirvieron para extender el área de la cultura griega, y durante varios siglos la lengua y cultura de los conquistadores griegos, se impusieron como medios de promoción social, influencia y prestigio. Entre los elementos culturales adoptados por las poblaciones helenizadas figuraba un reducido número de deportes muy reglamentados y la incorporación de competiciones atléticas formales en los festivales públicos. Los hipódromos, anfiteatros, estadios, gimnasios, palestras y los baños fueron habituales en las ciudades mediterráneas. Estas costumbres se extendieron a Egipto, Roma y gran parte de Asia Menor en lo geográfico, mientras que en el tiempo la cultura helena vivió varios siglos en Bizancio, imperio que llegó a sustituir, como lengua oficial, el latín por el griego.

Las columnas de Hércules marcan el fin del mundo, suele decir Píndaro, recordándole al vencedor las limitaciones de la existencia humana. Querer superar estos límites es *hibrys*, insolencia, y los dioses suelen castigarla duramente.

### **1.3. El santuario-ciudad de Olímpia.**

El santuario de Olímpia, estaba en la Élide, región occidental del Peloponeso, sobre la falda del monte Cronión, debiéndole su importancia y respeto entre los griegos, a los Juegos (DURÁNTEZ, 1975). El valle dentro del cual se encuentra enclavado el recinto del antiguo santuario, se halla protegido de los vientos y de las bruscas alteraciones metereológicas por una serie de macizos montañosos que lo aíslan y delimitan otorgándole la configuración específica de una región natural que muestra las típicas diferencias de un paisaje mediterráneo. Al norte las altas cumbres de las montañas de Arcadia, Acaya y Foloe y al sur el monte Tipeo al pie de cuya falda corre el río Seliunte en cuya ribera se hallaba situada la ciudad de Escilunte. En ella pasó Jenofonte los largos y duros años de destierro impuesto por los victoriosos atenienses estudiando y redactando gran

parte de su importante obra literaria (PAUSANIAS, V).

Las luchas de los jóvenes eran ofrecidas como espectáculos a los dioses, con motivo de las ceremonias religiosas, de gran solemnidad, que allí se celebraban. Posiblemente el primer santuario fuese un simple bosque; Heródoto nos habla constantemente de los bosques sagrados como moradas de sus dioses, bosques cuyo mayor sacrilegio era talarlos. En estos espacios naturales, y por ello sagrados, se hicieron modestas construcciones, simples capillas, que guardaban los atributos de la divinidad, conforme la fama del lugar fue creciendo y atrayendo peregrinos se fueron levantando edificios cada vez más importantes y notables.

### **1.3.1. La localidad.**

*“Olimpia es una hermosa localidad del Peloponeso occidental situada a unos trescientos cuarenta kilómetros al sur de Atenas y a cincuenta del mar Jónico” (DURÁNTEZ, 1975, 17).* Es uno de los primeros lugares habitados, aunque escasamente, y conservado de la civilización helénica, se ve claramente por la falta de regularidad y de principios estéticos de sus edificios. Fue un pequeño núcleo, en torno a un bosque sagrado llamado Altis (PAUSANIAS, V, X, 1), una sencilla capilla después y un gran santuario con el tiempo. Se puede decir que, en pureza, el templo griego era la misma naturaleza, después comenzaron a construir sin muchas complicaciones: columnas que sostenían una techumbre a dos aguas. A esta sencillez, le añadieron su potente creatividad, la seguridad en sí mismos y la ponderación de la escasez de medios, lo que da un resultado de belleza, maduración y universalidad.

El crecimiento fue comprimiendo los lugares santos y el estadio se fue “moviendo” al ritmo de los tiempos. De estar en el recinto sagrado, pasó a salir de él, para dejar sitio a la estatua y el templo de Zeus (PAUSANIAS, V, X, 2-3) y

también para mejor mercadear. Esta misma irregularidad se ve en los grandes santuarios de Corinto, Nemea, Delfos, Delos, etc., donde en torno al núcleo de la divinidad se agrupaban, de forma caprichosa, las habitaciones de los sacerdotes, edificios para custodiar los tesoros de las ofrendas, estancias para los peregrinos, túmulos y altares para los ritos; comenzaron a aparecer palestras y estadios para los entrenamientos, gimnasios, baños para los juegos sociales e incluso, como en Delfos, teatros, cuando las gentes llenaban los recintos en sus peregrinaciones religiosas y sociales.

### **1.3.2. El santuario.**

Los griegos dóricos, y Píndaro es un gran referente (*Olimpica*, III), atribuían a Hércules la instauración de unos juegos rituales en Olimpia (*PÍNDARO, Olimpica*, X), aunque una tradición local de Elis, afirmaba que la primera competición, fue celebrada con ocasión del funeral de un héroe local, Pelops o Pélope, al que la generalidad de los poetas, Tirteo entre muchos, cantaban: *...y más regio fuera que Pélope, hijo de Tántalo...* (*Tirteo*, 9, *edi. Diels-Kranz*). Este mito, Pélope, debió de ser un dios muy antiguo que, a pesar de dar el nombre a los habitantes del Peloponeso, fue olvidado en favor de divinidades posteriores como Zeus y Hércules (*PAUSANIAS*, V, 3.1).

Las leyendas que circulaban en toda la Grecia no cesaban de enaltecer las hazañas de los dioses, sus batallas y sus juegos tan parecidos a los que practicaban y apasionaban a los humanos. Los poemas de Hesiodo y Homero nos hablan de las terribles luchas de Zeus contra Cronos y los gigantes. Asimismo, cuando Ifitos, rey de la Élide, fue a consultar a la pitonisa de Delfos para preguntarle la manera de conjurar a la vez las guerras y la peste que asolaban el país, no hay que maravillarse de que la sacerdotisa le aconsejara restablecer estos juegos que tanto agradaban a los dioses (*PAUSANIAS*, V, 4-5-6 y V, 20, 1). Éste, dicen, que fue el origen de los Juegos Olímpicos, cuya influencia iba

a rebasar con mucho su marco deportivo e histórico: claramente era un festival religioso dedicado a los dioses helenos. Pero el viajero Pausanias habla de restablecer, lo que nos permite suponer que existía antes algún tipo de agón. Por otro lado, no queremos dejar pasar uno de los ejemplos más interesantes del efecto pacificador del deporte, que argumentan Elías y Dunning en su obra (1992): Ante la situación de caos y guerra la sacerdotisa recomienda la actividad deportiva (PAUSANIAS, V, 4, 5; SCHOBEL, 1968; GILLET, 1971; DURANTEZ, 1975). *“Investigaciones arqueológicas realizadas a finales del siglo XIX descubrieron los fundamentos de altares micénicos y restos de ofrendas funerarias, prueba evidente del carácter sacro del lugar varios siglos antes de su utilización por los griegos”* (MANDELL, 1986, 44).

No se conoce cuándo se comenzaron los primeros agones; es muy posible que se celebrasen en épocas micénicas. Pero lo que sabemos, a ciencia cierta, es que venían convocándose periódicamente, antes del 776, fecha mencionada en la inscripción del nombre de un atleta de Elis, un tal Corebos (PAUSANIAS, V, 8, 5) que paso, en todos los tratados, por ser el primer atleta conocido como vencedor de la carrera del estadio.

Durante varios siglos, Olimpia, al pie de una colina y situada en la confluencia de dos ríos, fue una mera explanada que albergaba unos pocos altares de sacrificios en uno de sus extremos. Muy cerca se hallaba un espacio más extenso, el hipódromo, que se destinaba a las competiciones hípicas y a las carreras de carros. El altar dedicado a Zeus, un amontonamiento impresionante de cenizas procedentes de las hogueras de los sacrificios, se hallaba bajo la custodia de Elis, la polis más cercana y lugar de origen de los encargados de celebrar las plegarias cotidianas, mensuales y anuales, así como los sacrificios y las ofrendas. Los peregrinos, que afluían durante todo el año, aunque preferían hacer el desplazamiento con ocasión de los festivales cuadriennales, constituían la principal fuente

de ingresos para Elis, cuyos habitantes habían adquirido la fama de explotadores de los incautos viajeros. En cambio, la honestidad y la seriedad de los funcionarios y sacerdotes eran unánimemente reconocidas y alabadas. La independencia y la neutralidad de Elis estaban garantizadas por un acuerdo tácito por parte de las demás ciudades griegas.

### **1.3.3. La descripción física del santuario.**

Siguiendo las descripciones de Pausanias podemos suponer que los Juegos tenían lugar en los terrenos del bosque sagrado o Altis, que cubría una extensión en forma de rectángulo de 200 por 175 metros, y que fue rodeado, más con intención de aviso que de cierre, por un murete excepto por el lado norte, que cortaba el monte Kronos; dicho vallado tenía varias puertas y estaba rodeada de numerosas construcciones, siendo la más importante el Estadio, que se extendía hacia el sureste. Desde el Altis, se podía entrar en el recinto por un túnel de 32'45 metros de largo, por 3'45 de ancho y 4'45 de alto (DURÁNTEZ, 1975). Al lado del Estadio suponemos que se encontraba el Hipódromo. Entre los edificios que se fueron añadiendo al recinto amurallado estaba el grandioso templo de Zeus, de estilo dórico, al sur del bosque sagrado. Además de dicho templo estaba el de Hera, verdadera joya de la arquitectura helena, en el que dicen que se conservaba el viejo disco del rey Iphitos, sobre el que se encontraba grabado el contrato de este rey con el legislador espartano Licurgo para garantizar la celebración pacífica de los Juegos (DURÁNTEZ, 1975).

Más al norte estaba la Exedra de Herodes Anticus, un mecenas romano que embelleció y añadió los graderíos al estadio (DURÁNTEZ, 1975). Ésta consistía en una especie de piscina suntuosamente decorada, mientras que a su costado, donde se iniciaba el monte Cronos y sobre una terraza de unos 125 metros de longitud, se elevaban los doce palacios de los Estados Griegos. El lienzo de muralla Este, estaba ocupado por el templo y Lonja de los Ecos, a causa de

que allí se producían, a la vez, siete ecos sucesivos; desde ella los espectadores asistían a los desfiles y a las procesiones de los vencedores (DURÁNTEZ, 1975).

Sobre un terraplén, pequeñas construcciones guardaban los tesoros, ofrendas preciosas de las delegaciones de las polis al santuario. En medio del ágora se levantaba el altar de Zeus, sobre el que se celebraban los sacrificios ante la multitud congregada (PAUSANIAS, Lib. V y VI). Miles de estatuas, homenajes a los atletas, se encontraban diseminadas por el Altis. El senado olímpico, que residía en un palacio a la entrada de este sacro recinto, tenía la misión especial de administrar la inmensa fortuna amontonada a los pies del dios (DURÁNTEZ, 1975).

Fuera del recinto se encontraban: el Gimnasio, al noroeste; la Palestra, al sur; además del Buleterion o palacio de los organizadores y otros pequeños edificios, como el Pritaneo destinado a las recepciones y la hostería, donde se albergaba a los visitantes ilustres (DURÁNTEZ, 1975). Rodeados de parques ajardinados, fuentes y estanques que formaban un conjunto que se enmarcaba entre los montes vecinos creando un espacio de agradable y bello aspecto. No obstante, en aquella época del año, verano-otoño, y al lado del Mediterráneo, acampar en los alrededores del recinto olímpico no debía ser desagradable (DURÁNTEZ, 1975).

#### **1.3.4. Descripción de las instalaciones.**

Llegar a Olimpia es una experiencia para recordar y meditar, llena de sensaciones encontradas, desde la emoción a la decepción. Pasando por un cúmulo de impresiones conmovedoras. De la vista del estadio no resalta nada; un simple cuadrado blanquecino de tierra y polvo, enmarcado entre las suaves laderas de montículos cercanos. Sentarse por allí, en cualquier lugar, dejarse invadir por el silencio (una vez que se hayan ido los ruidosos turistas), y dejar que la imaginación y las evocaciones culturales vayan llenando los



graderíos, en realidad los suaves taludes, de griegos vocingleros, timadores, entendidos, esclavos, aguadores, ilotas, filósofos, hellacónidas, conversadores, cínicos, vendedores, atletas, políticos, sacerdotes.... Tales de Mileto aguanta, bajo un sol de justicia, con un pañuelo en la cabeza, a que de comienzo la carrera del estadio; Pitágoras discute acaloradamente sobre el resultado del pancracio y Platón puede que esté muy interesado en el joven atleta que porta las halteras. La austera dimensión del estadio, así como su esquemático diseño no le quita admiración a las competiciones que en aquel lugar se produjeron. También llama la atención lo alejado que está el recinto atlético del templo sagrado, avisándonos de la lenta y progresiva secularización de los, en principio, religiosos y litúrgicos juegos.

### **Las instalaciones de Olimpia.**

*"La instalación para los deportes agonales en la forma que han evolucionado hasta nuestros días surgen en Grecia y los nombres de palestra, gimnasio, estadio e hipódromo son vocablos directamente transmitidos de la lengua helena a las occidentales para designar los mismos espacios y los mismos significados que antaño los habitantes áticos les dieron" (DURÁNTEZ, 1990, 14), aunque pasados por el tamiz de los estudiosos del siglo XIX.*

El recinto donde los atletas se entrenaban y ejecutaban las pruebas tenía una gran importancia en las distintas polis griegas. Se requerían instalaciones amplias y fijas, que se localizaban junto a los santuarios, pero fuera del recinto sagrado témenos. La mayoría de las ciudades griegas contaban con buenos recintos deportivos.

Las excavaciones realizadas en las distintas ciudades de la Hélade han devuelto a la luz parte de estas edificaciones, en las que podemos confirmar los datos que nos proporcionan las fuentes escritas.

*"Las instalaciones más frecuentes eran:*

El gimnasio, su nombre proviene de la palabra griega *gymnos* (desnudo), ya que era el lugar donde los atletas practicaban los ejercicios atléticos. Solían estar provistos de una zona cubierta, la *stoa*, para los días que hiciese mal tiempo o excesivo sol.

La palestra, de planta cuadrada o ligeramente rectangular, también está provista de una zona cubierta. En ella se practicaba la lucha.

El estadio, recinto de planta rectangular, muy alargada, destinado a los distintos tipos de carreras que tenía el programa de competiciones.

El hipódromo, en él se corrían las carreras de caballos, también de planta rectangular y muy alargada. No faltaban en este conjunto los baños y vestuarios" (CASTIELLA, 1975, 29-30).

Es una tarea que excede los términos de esta tesis el describir las diversas instalaciones arquitectónicas con finalidades agonísticas que pudieron crearse en la Grecia antigua. Baste decir que sólo en Atenas, recientes excavaciones (1985-88), han sacado a la luz cuatro gimnasios (el de Hermes, el de Filodelfos, el de Attalos Stoa y el de Diógenes) así como las palestras de Taureas Sibytrios e Isócrates. En la década de los noventa del siglo XX, Alejandría descubrió sus gimnasios helenísticos, en Turquía se han encontrado baños y en la misma Atenas se habla de una necrópolis con los restos de Pericles.

En las afueras de Atenas estaba la Academia de Platón, el Liceo donde enseñaba Aristóteles, el gimnasio de Heracles y el estadio de las Panateneas, escenario de los Juegos Panatenaicos en honor de la diosa Atenea, que inició Praxíteles y fue ampliado en mármol blanco por el mecenas romano Herodes Ático. Varios centenares de instalaciones han sido desveladas en recientes excavaciones. No obstante también es necesario recordar que el acervo cultural heleno ha sido saqueado por los pueblos que por Grecia pasaron, empezando por la propia

Roma, pero los más sistemáticos y científicos en el pillaje fueron los occidentales, sobre todos ingleses, franceses y alemanes. Este factor de por quién y cómo se usufructúa la Cultura, cómo se crea y cómo se interpreta sería un tema de estudio, sin embargo, nosotros nos vamos a limitar a describir los prototipos y sus usos, como exponente del rico abanico de las diversas dependencias deportivas, centrándonos en aquéllas que fueron escenarios de los grandes Juegos Panhelénicos, los Olímpicos entre otros (DURÁNTEZ, 1975).

### **Características del estadio.**

Las pistas del estadio de Olimpia medían 192'28 metros, siendo una tradición la de responder esta medida a seiscientas veces el pie de Hércules (DURÁNTEZ, 1975), se deduce que dicho pie podía tener una longitud de 32 cm. *"El estadio de Olimpia fue uno de los más largos de Grecia, superaba al de Epidauro en unos 11 metros y al de Delfos en unos 15 metros, aunque se diseñó sin la extremidad semicircular que tenían los otros estadios griegos, como el délfico"* (GILLET, 1971, 33).

La palabra *estadio* poseía tres significados, algunos de los cuales usamos hoy en día. Primeramente era una distancia, los consabidos 600 pies; en segundo lugar era la carrera que se disputaba sobre esa distancia, la carrera del estadio; y en tercer lugar era el recinto donde se celebraba la carrera, un estadio (PAUSANIAS. LIBRO V Y VI).

La anchura de las pistas era de unos 30 metros y el terreno deportivo estaba encuadrado dentro de un rectángulo totalmente despejado de 211 m. de largo por 32 de ancho (DURÁNTEZ, 1975). En torno a este gran espacio se construyeron canalizaciones para que por ellas manara el agua que permitiese al público y a los atletas refrescarse, dentro de un clima caluroso y en unas actividades físicas.

En los extremos, las pistas estaban delimitadas por hileras de piedras con dos profundas ranuras verticales en el centro. Se supone que los atletas usaban estas líneas pétreas como salidas y que las hendiduras les servían para poder introducir los pies e impulsarse en el inicio de la carrera. Estas señales estaban cada una a los extremos de la pista, debido a que se celebraban diversos tipos de carreras, según distancias, y se podía salir tanto de un lugar como del contrario. La llegada siempre se situaba en la meta que señalaban las losas más cercanas al templo de Zeus, ya que las competiciones eran en su honor.

Curiosamente, durante los juegos, se pintaban calles para que los atletas pudiesen correr por ellas, aunque no era lo habitual. La separación entre las veinte supuestas calles era de una media de 1'28 metros, medida que se acerca mucho a las que se usan en la actualidad, y las distancias estaban señaladas y fijadas en las citadas losas mediante agujeros. Las pistas estaban limitada por la *acessis*, línea de partida y la *terma* o llegada (GILLET, 1971; MANDELL, 1986).

El estadio de Olimpia, igual que todos los estadios griegos, no tenía graderíos (DURÁNTEZ, 1975). Los asientos de mármol que después se contemplaron fueron añadidas en el período romano: lo que se hizo fue tallar sobre el suave talud una especie de gradería que cada cierto tiempo había que retocar; se usaban sólo tres lados el de la ladera y los dos fondos, con el tiempo se aumentó el cuarto, mediante el hundimiento de la pista (GILLET, 1971). Así pues, los espectadores se sentaban en las laderas del monte Cronos, al que le habían excavado una serie de terrazas por las que se diseminaban los que iban a ver las pruebas. Enfrente se construyó un terraplén para que lograran la misma visión los que no cabían en el lado preferencial del monte y así pudiesen ver las competiciones con las mismas garantías que los del lado contrario. En el lateral y hacia el centro del estadio existía una tribuna que, se supone, era el lugar en el que se sentaban presidiendo los juegos los jueces supremos de las

competiciones, que podían ser acompañados por magistrados y altos representantes de otras polis griegas. Justo enfrente de estos asientos tallados en piedra se situaba un sitial, desde el cual presenciaba las contiendas la sacerdotisa de la diosa Deméter, única mujer cuya presencia estaba permitida (si bien el tema de la nula asistencia femenina es muy discutible). El público nunca traspasó, aunque Pausanias cuenta el caso de una mujer, la simple línea que habían trazado los jueces de las pruebas.

Para acceder al estadio era preciso hacerlo por una especie de pasillo llamado: Puerta Escondida. El corredor, que se abría tras este sugestivo nombre, estuvo cubierto por una bóveda semicircular, de la que sólo quedan vestigios. La Puerta de la Cripta o Puerta Escondida vino a ser la entrada oficial del estadio. Por esta vía llegaban, en solemne y recogida procesión, las autoridades, jueces, atletas, invitados, etc.

### **1.3.5. Evolución del estadio de Olimpia.**

El estadio que hemos descrito es el construido durante el último período, llamado clásico tardío (DURÁNTEZ, 1975). Cuando a mediados del siglo IV a.C. recibió las características y formas que habría de mantener, casi sin modificaciones, hasta la actualidad, la instalación en sí tenía un dilatado y mítico pasado. Podemos asegurar que hasta hoy día, del emplazamiento más antiguo, no se ha podido encontrar ningún resto (DURÁNTEZ, 1975; 1990).

Teniendo en cuenta que el primer estadio sobre el que se tienen noticias, se construyó en Olimpia hacia el 550 a.C., en lo referente a su emplazamiento tan sólo podemos hacer especulaciones. Puesto que en sus orígenes encontramos rituales religiosos cabe pensar que el primer espacio de competición estaba dentro del Altis (DURÁNTEZ, 1975). El olivo sagrado, con cuyas ramas se coronaba al vencedor estaba en el santuario y marcaba la meta de una carrera de pre-

tendientes al ramo sagrado de la fertilidad. Cuando el rey Ifitos cambió la prueba lo hizo en honor de Zeus y es normal que buscasen otras metas; algunos autores plantean que era el altar del dios tonante. En fin, sólo podemos asegurar que el antiguo estadio estaba dentro del recinto sagrado (DURÁNTEZ, 1975).

Dejamos las especulaciones sobre este estadio prehistórico y nos centramos en los que dejaron abundantes restos que hacen posible su estudio: El estadio arcaico, el clásico temprano, el clásico tardío y los denominados estadios romanos (primero y segundo que fueron realizados durante los siglos I y II a.C.) y que en realidad fueron simples remozamientos y embellecimientos del estadio griego anterior (DURÁNTEZ, 1975).

### **a) El estadio arcaico (siglo VI a.C.)**

Funcionó desde el año 776 a.C., que se establece como fecha de la primera olimpiada histórica, hasta los comienzos del siglo VI a.C. Durante ese período, Olimpia y la fama de sus agones religiosos alcanzó un prestigio notable para aquellos tiempos, lo que nos lleva a la suposición de una gran asistencia a los Juegos. En la falda del monte Cronos, aún se están encontrado restos de asentamientos transitorios y que parecían corresponder a espectadores privilegiados que instalaban sus tiendas de campaña en las laderas y graderío natural del monte. Sin embargo de aquel estadio se saben pocas cosas. Deducciones sobre la orientación, que debió de ser la misma que tuvieron los estadios posteriores. Aquel recinto fue una instalación muy modesta de la cual sólo se ha conservado lo suficiente para su identificación certera (DURÁNTEZ, 1975).

De lo que sí se tiene seguridad histórica, es de que la primitiva pista se hallaba emplazada dentro del recinto sagrado del Altis, en un momento en el que agonística y religión estaban muy unidos.

Durante aquel tiempo, los ideales religioso-agonísticos eran también

guerreros, suposición que se basa en las abundantes piezas que se han encontrado alrededor de este fantasmal estadio: cascos, escudos, petos, mallas, lanzas, espadas, flechas, etc. El carácter de las ofrendas venía a medir, dentro de lo posible, el grado de agradecimiento del donante por el favor recibido, o era un voto de admiración a la deidad, a lo que se añadiría el nombre del oferente. Las ofrendas se depositaban en calderos de bronce y éstos sobre trípodes y postes, lo cual daba un toque humano a todo el rito del acto religioso (PAUSANIAS, Libr. V).

### **b) El estadio clásico temprano (siglo V a.C.)**

Durante este período se van produciendo sucesivas ampliaciones del calendario de pruebas deportivas. Parece ser que, en el transcurso de los Juegos de la 78 olimpiada (468 a.C.), los días dedicados a los agones se aumentaron a cinco. Tiene lógica pensar que los peregrinos y espectadores irían en aumento dando cada vez más auge a los Juegos y provocando una serie de necesidades espaciales en quienes querían presenciar los concursos agonales (DURÁNTEZ, 1975). “Se construyó un nuevo estadio, desplazando su base de asentamiento, más al este” (DURÁNTEZ, 1990, 20).

Los arquitectos situaron el nuevo estadio a un nivel más bajodonde coincidieron los dos espacios, el nuevo ocultó el antiguo. Se realizaron grandes movimientos de tierras, lo que causó el enterramiento de los postes y trípodes votivos, que hoy, en nuestra época, van apareciendo en las distintas excavaciones y además están aportando verdaderas joyas a los museos arqueológicos, de arte y de historia (DURÁNTEZ, 1975).

Este segundo estadio tampoco llegó a poseer gradas, los espectadores siguieron presenciando las pruebas ocupando las laderas y taludes circundantes. Las pistas seguían manteniendo las medidas de 192 de largo por 26 metros de ancho, cosa que descubrieron los arqueólogos germanos que ope-

raban en Grecia (DURÁNTEZ, 1975). Es evidente que este segundo estadio se construyó aportando cierta tecnología y conocimientos: se cambió la orientación, se limitaron las salidas y llegadas con losas, las laderas circundantes se convirtieron en suaves colinas para comodidad de los espectadores, en definitiva se pensó en una instalación con proyección hacia el futuro. Pero aún este nuevo espacio se encontraba, posiblemente, con una parte dentro del santuario de Zeus, de forma que los atletas corrían encarados al templo, buscando su triunfo en su rápido acercamiento al dios de los helenos (DURÁNTEZ, 1975).

También canalizaron con cánulas perimetrales las aguas con el fin antes descrito de calmar la sed y refrescar a los asistentes, sin embargo, las dejaban correr para verterlas al Alfeo, después de realizar su benéfico efecto de limpieza, y así evitar los encharcamientos (DURÁNTEZ, 1975).

#### ***d) El estadio clásico tardío (siglo IV a.C.)***

Durante el período más floreciente de la cultura Helena y tras unos cien años de uso del anterior recinto, éste se reveló insuficiente para las expectativas que iban acumulando los juegos. Esas necesidades dieron lugar al casi definitivo estadio de Olimpia, el que, en realidad, ha llegado a nuestros días con los ligeros retoques y las lujosas reformas del momento romano (DURÁNTEZ, 1975).

La realización de esta nueva instalación estuvo motivada, como en los casos anteriores, por las necesidades de espacio que demandaban las numerosas personas que allí se concentraban para ver las pruebas. El estadio fue sacado definitivamente del recinto sagrado, se ampliaron los taludes y laderas para acoger más visitantes y se realizó la tribuna de jueces y personas distinguidas. Estos destacados lugares para los jueces aún perviven en los estadios actuales de atletismo o en la escaleras de cronometradores que se sitúan para visionar la línea de llegada (DURÁNTEZ, 1975).



En la falda del talud sur y a unos sesenta metros de la meta, se construyó una tribuna para los jueces en la que tendrían cabida unas ocho o diez sillas, en donde podían cómodamente instalarse y presenciar las competiciones los hellacónidas que en ese momento no tuvieron que actuar en el arbitraje y dirección de los concursos. Enfrente de la tribuna y en el talud norte estaba situado el altar de la sacerdotisa Deméter Cámene, hallado posteriormente por los excavadores en el mismo lugar que describió Pausanias. El motivo de su ubicación en la zona y su permanencia en ella resulta un tanto misterioso, estando prohibido, como estaba entonces, a las mujeres presenciar los juegos. Se han aventurado opiniones, como la de Durántez: "... haber estado situado allí el altar antes del traslado del estadio y ser respetada la instalación y la presencia en ella de su sacerdotisa, por respeto a las normas divinas de las que tan guardadores fueron siempre los eleos, pese a la profunda anomalía reglamentaria que aquello constituía ...". (DURÁNTEZ, 1975, 75; 1990, 22-23).

No obstante, la motivación religiosa imponía la exclusión del estadio de los límites de recinto sagrado en donde siempre estuvo ubicado. El profesionalismo, ya presente entre los atletas, y la secularización de las competiciones aconsejaban desplazar la zona agonística de la religiosa. Aunque los Juegos se siguen desarrollando en honor de Zeus, la situación de la pista es más bien el resultado de una costumbre milenaria que del profundo sentimiento religioso que lo originó (DURÁNTEZ, 1975).

La nueva pista, conservó el tradicional sentido y dirección ya habitual; es decir, la meta seguía estando situada al oeste puesta la mira y dirección de los estadiodromos en el sagrado recinto. Sin embargo, su desplazamiento respecto al II Estadio fue notorio, ya que se trasladó más de 75 metros hacia el este y entre 7'5 y 9'5 hacia el norte (DURÁNTEZ, 1975). Por motivo de esta traslación el talud norte del estadio se acercó notoriamente a la pendiente del

Cronos, proporcionando un espacioso graderío natural, quizá, nos dice Durántez (1975), excesivamente inclinado. En este espacio se construyó un nuevo terraplén, que al parecer gozó de muy poco uso por los espectadores, por su escasa visibilidad sobre la línea de meta (DURÁNTEZ, 1975); y en el oeste también un nuevo talud artificial fue construido una vez que la zona fue acondicionada mediante un muro de contención.

El talud de la zona sur fue extendido más hacia dentro elevando sobre un metro su nivel de altura e inclinando ligeramente su línea de pendiente. Para toda esta serie de operaciones, tratándose como se trataba el talud sur de un graderío artificial, fue preciso remover y trasladar considerables cantidades de tierra que al parecer procedían del interior del recinto del Altis, producidas como consecuencia de alguna operación de desescombro (DURÁNTEZ, 1975). Diversos hallazgos arqueológicos han ido apareciendo en los trabajos de los excavadores modernos en este talud sur, dándose la teoría que estos objetos debieron haber sido transportados, en ese pretendido movimientos de tierras para rellenar el talud, por los antiguos griegos que debieron arrojar no solo piedras y cascotes sino todos los objetos que las generaciones anteriores había ofrendado a Zeus. En nuestros días han aparecido esas herramientas y objetos votivos que se muestran en el Museo de Atenas, entre otras cosas un grupo de terracota coloreada de Zeus y su copero Ganimedes; una muy bien conservada cabeza de Atenea también en terracota y un casco que la leyenda mostrada por el museo nos dice que podría ser el de Milciades; es un casco de factura corintia, muy deteriorado y en el que se ve una inscripción que han traducido como "Milciades dedica a Zeus". Se sabe que este general, hijo de Cimón, era devoto de Zeus y cabe que ofreciese su casco en el santuario de Olímpia, lo que no deja de ser sorprendente que haya aparecido en nuestros días, teniendo en cuenta que la batalla de Maratón se desarrolló en el año 490 a.C.

Volviendo a la pista y a las notas que recogemos de Durántez, tenemos que consignar que la dicha pista fue elevada unos treinta centímetros, quizá para darle mejor posibilidad de drenaje. El vasto rectángulo fue enmarcado por una hilera de bloques de piedra porosa que lo separaban y delimitaban de las rampas circundantes y a los límites de la pista se les dotó de una canalización para conducir el agua que se depositaba en diversas fuentes distribuidas al efecto para que los espectadores se pudieran refrescar durante las sesiones de los Juegos. *“La distancia entre las canalizaciones de agua este y oeste era de 212’54 metros y entre la falda base de ambos terraplenes de 215 metros. Las pistas enmarcadas dentro de los travesaños de salida y meta ya estudiadas, medían la distancia de 192’28 metros por 30’74 de anchura en el extremo oeste y 31’87 en el este. En el centro, la anchura de la pista era de 34’33 metros, lo que proporcionaba al trazado un cierto efecto oval, anomalía intencionada, dada al parecer por motivos de percepción óptica”* (DURÁNTEZ, 1975, 74).

#### **d) Primer estadio romano (siglo II a.C.).**

El último estadio de factura griega permaneció en el cumplimiento de sus funciones durante unos trescientos años, cifra asombrosa si se tiene en cuenta la duración de las instalaciones actuales. Pero hemos de acordar que los edificios de las instalaciones de hoy día son perecederas por ser “artificiales” y sus materiales son atacables, mientras que el estadio de Olimpia era una explanada de terreno natural para los atletas y las inclinaciones del terreno para los espectadores, luego la edificación casi nula y su mantenimiento era escaso.

Durante el tiempo que va del año 168 a.C. al 146, el territorio griego, a la sazón en manos de los macedonios, va cayendo en poder de Roma y se acaba convirtiendo en una provincia. En el período republicano Sila saquea Olimpia aunque, después, el primero de los emperadores, Augusto, implanta de nuevo los Juegos. Sin embargo, el carácter de los nuevos amos hace pre-

sagiar que aquella vuelta al efímero esplendor no es más que el inicio del ocaso de unos magníficos usos que tienden a desaparecer. Emperadores como el cruel Tiberio, el adorable Germánico y el muy popular entre el pueblo romano, Nerón, participaron en los certámenes ecuestres.

Los nuevos dueños del santuario olímpico mejoraron los edificios del Altis, ampliándolos y embelleciéndolos. El estadio sufre reformas que consideraríamos ligeras. Se amplían los terraplenes para los espectadores mediante la elevación de su parte superior. En realidad los romanos, durante este período, realizaron sólo tareas de conservación y mantenimiento (DURÁNTEZ, 1975).

#### **e) El segundo estadio romano. (siglo II).**

A mediados del siglo (II d. C.) debió de efectuarse la última y definitiva modificación del estadio, aunque tan innecesaria como la anterior, fue más profunda en cuanto a la importancia de las obras realizadas (DURÁNTEZ, 1975). Los trabajos consistieron en la elevación, no mucho, del nivel de las pistas centrales, para mejorar las condiciones del drenaje de las lluvias y riadas, así como elevar y, por consiguiente, ampliar el terraplén sur mejorando el acomodo de los asistentes con gradas de mármol. Se canalizaron las posibles bajadas de las lluvias desde el Cronos y el altar de la diosa Deméter fue sustituido por otro más lujoso y sólido. Se puede colegir de autores contemporáneos a este estadio, como Pausanias (Lib. VI), que la financiación corrió a cargo de Herodes Ático, filántropo romano enamorado de todo lo griego y esposo de una de las sacerdotisas de Deméter. Estamos hablando del tiempo comprendido entre las Olimpiadas 230 a la 234 (DURÁNTEZ, 1975).

Es posible que fuese durante este período cuando se abovedó el pasadizo llamado de la Cripta o Puerta Escondida, e incluso se colocó una cancela de hierro que guardase el recinto cuando no hubiese actividad. Era un pasadizo de 32 metros de longitud por 3'70 de anchura y 4'45 de altura (DURÁNTEZ, 1975).

La historia siguió su camino. Los Juegos fueron abolidos durante el imperio de Teodosio, una concesión más al nuevo poder emergente de la naciente Iglesia, pero es de suponer que ya estaban agonizando cuando nadie se opuso a su clausura. La cultura plural y democrática del mundo clásico, plasmada en una religión abierta y antropomorfa, fue sustituida por un poder unificador, único, representado en una religión monoteísta, esotérica, oscura y de un fuerte control doctrinario.

La instalación quedó abandonada. Las lluvias fueron acumulando tierra y arena sobre el estadio, que los siglos amasaron con toneladas de piedras y lodo, tanto, que cuando se iniciaron las excavaciones nadie podía sugerir, por indicios o depresiones del terreno, donde comenzar a buscar.

Ocurrió, ya en nuestra época, un hecho para reflexionar y pensar, lo contamos con las palabras de Durántez: *"El 22 de junio de 1961 se había programado el acto oficial de entrega del recién excavado estadio por parte del gobierno alemán al griego. Todo había sido cuidado al máximo, el vasto rectángulo central y sus terraplenes circundantes se hallaban expresando con todo verismo y claridad la ardua tarea realizada, así como las miles de toneladas de tierra sacada y removida. Pero una tormenta cubriría, en espacio de dos horas, las pistas centrales con más de dos palmos de barro y piedras."* (DURÁNTEZ, 1990, 25). Quizá esto fue un aviso de la naturaleza, incluido el fluido tiempo, sobre la inutilidad de recuperar simples piedras sin invocar ni tener en cuenta a sus espíritus.

### **1.3.6. La palestra.**

Vamos a recoger como modelo de esta instalación, muy extendida en la arquitectura deportiva griega, la que se construyó en las afueras del Altis, cercana al estadio, durante el siglo III a. C. Esta obra se levantó teniendo en cuenta la moda que se iba imponiendo de mano del naciente helenismo, poco

a poco, en detrimento de un atletismo más elegante y clásico como el pentatlón. La sustitución vino con las modalidades de combates cuerpo a cuerpo (lucha, pugilato y pancracio) protagonizados, dramática y brutalmente, por hercúleos luchadores que con sus poderosos físicos garantizaban un espectáculo de sangre, dolor y muerte; esta última, ocasional, aunque posteriormente los romanos la hicieran habitual y consustancial a sus "ludi".

Curiosamente, el plano de la palestra de Olimpia coincide en su esquema fundamental con el croquis genérico que sobre este tipo de instalaciones se supone que nos ha ilustrado el trazo de Vitrubio, arquitecto militar de Julio César y Augusto, aunque, en realidad, la de Olimpia era más pequeña que la diseñada por su autor en: *Los diez libros de la arquitectura*. También se asegura que la palestra olímpica, a diferencia de lo normativo en Grecia, poseía un baño de agua fría en una de las esquinas de la fachada norte, con una profundidad de 1'40 metros y destinado a baños y abluciones rápidas, así como un vestuario y aseos en el otro ángulo de la misma fachada (DURÁNTEZ, 1975).

El trazado del conjunto formaba un cuadrado casi perfecto de más de 66 metros de lado (exactamente: 66'35 por 66'75), que enmarcaba un patio cuadrado de 41 metros de lateral (DURÁNTEZ, 1975). Entre las columnas más interiores y el muro exterior se crearon una serie de estancias y dependencias con funciones y usos diversos. Destacaban el *efebión* o salas destinadas a la residencia de los jóvenes o efebos, el *eleotesio* o sala de ungüentos y aceites, el *coriceo* que era una especie de almacén en el que se guardaban los sacos para golpear y practicar en los entrenamientos, el *conisterio* o dependencia para guardar los polvos que usaban para el cuidado de la piel de los deportistas y en el ala norte, a ambos extremos, se situaban, como ya hemos dicho, los aseos y los baños de agua fría.

La entrada principal era soberbia en su conceptualización artística, ade-

más disponía de otras dos entradas-salidas que conducían a los baños situados fuera y al gimnasio. Las columnas interiores, jónicas y dóricas, tenían funciones diversas: en primer lugar sostener la techumbre; por otro lado, proteger del sol y de la lluvia a los peripatéticos entrenadores que desde su abrigo atendían las evoluciones de sus pupilos en el centro del patio y, finalmente, servían para defender de vientos molestos. En esta instalación, según leemos en Diem, *"descubrieron los arqueólogos alemanes, en su patio interior, un tramo de 24'20 por 5'44 metros que formaban un pasillo de baldosas de arcilla acanaladas y que el citado autor considera que eran el pasillo para entrenar la modalidad de saltos que se practicaba en Grecia: salto con halteras"* (DIEM, 1960, 193).

A mediados de la década de los cincuenta del siglo XX, la *Escuela alemana de arqueología* intentó reconstruir la palestra, pero la desaparición y posterior destrucción de muchas de las columnas hizo considerar la idea como imposible, quedando sólo, para hacernos una idea, las maquetas, planos y restos ordenados y situados en sus supuestas ubicaciones originales (DIEM, 1960).

### **1.3.7. El Gimnasio.**

Sito al norte de la palestra y muy cercano al Altis. Fue construido, se supone, sobre el siglo II a.C. La realización de este edificio coincidía plenamente con la decadencia religiosa de los Juegos y, además, el auge de los concursos era ya evidente.

El gimnasio era un espacio rectangular rodeado de columnas, aunque, hoy día, perdidas en su mayoría. En el patio, que tenía unos 10 metros de anchura, se encontraron dos pistas para correr de 192 metros de largo, visibles actualmente, porque fueron marcadas por los travesaños de salida y llegada que aún restan sobre las ruinas (DURÁNTEZ, 1975). El suelo era de tierra al

que, según necesidades, se le añadía abundante arena; sobre él podían entrenar cómodamente los atletas tanto en épocas calurosas como en las de lluvias intensas. Habían logrado una útil y buena reproducción de la pista del estadio usándola para los entrenamientos y para ensayos de determinadas pruebas atléticas.

En el lienzo del muro se adosó un banco corrido que servía de asiento a los atletas y que facilitaba los descansos y las charlas durante los ejercicios. El edificio, considerado modélico, desapareció en diversas fases tragado por las crecidas de un río cercano, el Cladeos (DURÁNTEZ, 1975).

El gimnasio de Olimpia, como todos los gimnasios griegos, era un espacio didáctico, lugar de entrenamiento habitual para los corredores y pentatletas (DIEM, 1960). Durante las estaciones benignas y caniculares se practicaban los lanzamientos, saltos y carreras en el patio central, mientras que los *paidotribos* (entrenadores y pedagogos) hacían sus correcciones desde los acogedores pórticos que, como apuntamos antes, servían para los entrenamientos tanto en los días de lluvias como cuando el calor era sofocante (DURÁNTEZ, 1975).

Un singular uso, que nos recuerda maneras de nuestra actualidad, se refiere a la costumbre, extendida por todos los gimnasios helenos, de pintar y grabar en sus paredes "dedicatorias" a otros compañeros o pedagogos, versos satíricos, inscripciones soeces, eróticas, garabatos, caricaturas, y hasta dibujos y textos de intención artística y seria (DESCLOS, 2000). También ocurría que en el interior del recinto se enterraban a atletas y jóvenes asiduos a aquel gimnasio, que hubiesen muerto en algún accidente o de resultas de las, por aquel entonces, mortales enfermedades que, lógicamente, afectaban a toda la población por igual. La dirección del gimnasio tenía además la delicadeza de grabar en sus paredes los nombre de los campeones olímpicos que habían entrenado en aquel recinto (DIEM. 1960).



### 1.3.8. El Hipódromo.

Del hipódromo de Olimpia no se ha hallado ningún resto (DURÁNTEZ, 1975). Es posible que el efecto destructivo de los siglos, ayudado por las avalanchas y crecidas del río Alfeo, así como el depredador trabajo del hombre, lograsen que los concienzudos arqueólogos alemanes no encontrasen nada. Las noticias y descripciones nos llegan, por supuesto, de estudiosos germanos que expurgaron los textos de los escritores y poetas coetáneos de la época del máximo esplendor de este recinto. Pero los autores más cotejados: (Pausanias y el poeta Píndaro), no parecen ponerse de acuerdo en determinados detalles, lo que obligó a estudios, polémicas, discusiones y trabajos que, finalmente, dieron paso a un mínimo acuerdo (DURÁNTEZ, 1990). Se sabe con rotundidad que el hipódromo olímpico se situó entre las inmediaciones del estadio y las orillas del río Alfeo.

Por otro lado, entrando en el terreno de la especulación, tenemos que considerar que el espacio requerido para un hipódromo sería de una gran extensión. También es posible, que esta instalación fuese moviéndose desde su emplazamiento, dentro del recinto religioso, a las afueras, como pasara con el estadio. Según Píndaro, la meta del sagrado concurso de la carrera de carros en honor de Pélope; se hallaba delimitada por una línea de brotes del venerado olivo, el *Kalistéfanos* o el de las "bellas coronas" (PÍNDARO, *Olimpica II*, 75-80).

Lo lógico es que, durante el impresionante siglo V a.C., los dos grandes espacios deportivos salieran del recinto sagrado por dos razonables hechos: durante ese siglo se construye por Fidias la inmensa mole del templo a Zeus, lo que produciría un cierto agobio y la sensación de amontonamiento y, de otro lado, el éxito de visitantes aconsejaría a los sacerdotes no mezclar lo religioso con lo profano. Consolidados estos espacios fuera de los recintos litúrgicos está claro que la secularización se acelera llegando a los vicios del profesionalismo, el mercantilismo y la corrupción, que tres siglos después apare-

cerá con un estilo y una fuerza que parece de nuestros días.

La distribución técnica del hipódromo estaría constituida por una gran llanura enmarcada en su centro por dos hitos, separados entre sí unos 384'56 metros. El mojón situado al este, sería el opuesto al de la meta y serviría para marcar el límite de la longitud de la pista, y el del oeste sería el que señalase el fin del concurso en pruebas simples, punto de referencia o lugar de giro, cuando la prueba requiriese doblar varias veces las distancias entre los postes. Uniendo estos mojones debió de existir algún elemento divisorio que, dando continuidad a la línea de carrera, delimitase en dos pistas la gran llanura formada. A la barrera se le llamaba *spina* y podía ser un muro bajo de adobe, seto de arbustos o unas simples cuerdas que, en tensión, servirían de medio indicativo, separador y como obstáculo que evitase pasar a los concursantes por lugares no convenidos.

Los contornos laterales del recorrido del hipódromo, separados por la *spina*, tendrían graderíos para los espectadores. Una valla cerraría la pista para evitar que, por cualquier causa, los caballos pudieran salir del recinto. Es lógico pensar que este cierre dispondría de aberturas de salida y accesos para sacar los carros averiados, así como entrar y salir los caballos y los aurigas.

El hipódromo contaría con una zona de corrales y caballerizas acotadas y que, al parecer, debía estar situada al oeste de la instalación.

En la celebración de las primeras carreras los caballos se alineaban unos al lado de los otros, formando una línea recta. Este sistema, a todas luces desigual, llevó a un modelo parecido al que se usa actualmente en las carreras de atletismo, es decir conforme te vas alejando de la cuerda interior vas situándote más adelante, según indica el radio de la circunferencia que nos sirve de referencia. La colocación en los puestos y calles de salida era por sorteo, lo que suponía que no todos los puestos eran iguales. La salida se daba

---

con un toque de trompeta, pero parece que en Olimpia la señal era muy compleja, según nos dejó consignado Pausanias (VI, XIII, 14).

Un tal Cleetas fue el que organizó la complicada salida y en una actitud de orgullo se hizo poner una inscripción en una estatua que está en Atenas: *"El que inventó en Olimpia la partida de los caballos me hizo, Cleetas, hijo de Aristocles"* (PAUSANIAS, Lib. VI, XX, 14).

### **1.3.9. Los otros Juegos.**

Como podemos suponer el espíritu agonístico de los helenos no podía quedarse sólo en el entorno de Olimpia, sujetos a las influencias y veleidades cambiantes entre Esparta y Atenas. Los Juegos fueron llevados con todo su ardor competitivo a sus diversas *polis*, las que a su vez estaban asimiladas a determinados cultos religiosos.

A medida que los festivales de Olimpia iban ganando prestigio panhelénico en los tiempos arcaicos (es decir, antes del siglo V), otras fiestas religiosas y periódicas empezaron a añadir pruebas deportivas a sus actos litúrgicos, terminando con un programa similar al de Olimpia y con la creación de las adecuadas instalaciones que pudieran acogerlos con las garantías deseables de éxito. De esos festivales tres sobresalieron y rivalizaron en prestigio con los Juegos Olímpicos.

Los Juegos Píticos de Delfos, ciudad también conocida como *Pitón*, celebrados en honor de Apolo, en los que las guiraldas de los vencedores eran de laurel, árbol de Apolo. Se llevaron a cabo, desde el año 582 a. C., cada cuatrienio, en los años pares alternativos a los períodos olímpicos. Acogió, entre otros concursos, certámenes musicales.

La celebración de los Juegos Ístmicos, bienales del Istmo de Corinto en honor de Poseidón, coincidía con los años olímpicos y píticos, en los meses de

abril y mayo. Se apunta que en ellos también se celebraban regatas, por estar su dios relacionado con el mar. El premio vegetal fue una corona de perejil que después se transformo en pino por ser el árbol de Poseidón.

Juegos de Nemea se celebraban en los años alternos, en la Argólida, al nordeste del Peloponeso, en honor de Zeus Nemeo y de Hércules, vencedor del león de Nemea. El premio simbólico era una corona de apio (PÍNDARO, *Olimpica XIII, 33*) que en el mes de julio daban los habitantes de Argos a los vencedores en sus juegos. De esta forma, cada año se celebraba al menos un gran festival deportivo. Estos Juegos no están ni tan documentados ni llegaron a ser unas competiciones tan regulares como los dedicados a Zeus. Las guerras, que en alguna ocasión afectaron la "tregua sagrada" de Olimpia, no fueron tan respetuosas con los juegos menores, a pesar de que los nemeos proclamaban la tregua con la misma solemnidad que los eleos (CASTIELLA, 1975).

Los panatenaicos se instituyeron a partir del siglo V, en Atenas cuando ésta se convierte en una potencia, y en ellos comienza a aparecer el profesionalismo como degeneración de los Juegos. Una ciudad tan sofisticada como Atenas creó también su festival particular de atletismo como parte integrante de las funciones autoasignadas (y, por demás, homologadas) que se llamó la *escuela de Hellas*. Significativamente, los premios destinados a los vencedores de los Juegos Panateneos eran ánforas, decoradas con figuras de color negro, llenas del mejor aceite de oliva del Ática. Tanto los envases como el contenido eran reputados productos de exportación que alcanzaban un elevado valor comercial.

Como medio para mejorar la imagen, alcanzar cierta fama y, también, para recuperar algo de lo gastado por los visitantes, los sacerdotes y otros promotores de algunas *polis* crearon otra serie de competiciones deportivas en honor de algún dios o héroe como los Juegos Helotios (PÍNDARO, *Olimpica XIII, 40*) o

los de Adrasto en la ciudad de Sición que nombra Píndaro (*Istmica, IV, 26-27*). Cada festival recompensaba a los vencedores con trofeos característicos: coronas, trípodes de bronce, cintas o, incluso, chaquetas de cuero, como ocurría en Pelena (*PÍNDARO, Olímpica IX, 98-100*).

Ya le conoce, ¡y cómo!, el bronce de Argos; / le conocen los premios de Arcadia; / los de Tebas también, y los concursos / locales de Beocia / y Pelena. En Egina, por seis veces / lo han visto vencedor; no hay otro nombre / que los votos de piedra / reconozcan, en Mégara, que el suyo... (*PÍNDARO, Olímpica VII, 82-87*).

#### **a) Los juegos Píticos y sus instalaciones.**

Tenían lugar en la polis de Delfos, ciudad sagrada del Oráculo y lugar en el que se encuentra el Parnaso, residencia mitológica de las Musas. Como en todo lo referente a las antiquísimas culturas prehelénicas no se pueden dar fechas y datos exactos para determinar cuándo comenzó a tener actividad ciudadana la polis de Delfos. En sus orígenes se cuenta con el culto a Gea-Temis, doble deidad femenina que representaba la igualdad-justicia y la reproducción o potencia creadora. Posteriormente (1500-1100 a.C.) en plena época micénica, desaparecen tanto el culto a Rea como el de Poseidón y aparece Apolo, dios del delfín y sobre todo del Sol. Podría ser interesante seguir el rastro de todos los dioses solares: Ra, Mitra, Apolo... y su resumen de mitos, cultos, formas y poder de estos dioses en Cristo y el cristianismo. Rea es la oscura fuerza de la Tierra, la serpiente Pitón simbolizaba la fuerza y la pitonisa era su intérprete. Después, nuevas tribus se apoderaron del santuario, representándose este cambio en la victoria de Apolo sobre la serpiente.

La ciudad va adquiriendo, poco a poco, importancia y poder, llegando a su máximo esplendor entre los años 1.000 y 600 a.C. Su famoso Oráculo, adivinador del porvenir, atraía a todo tipo de gente que acudía del mundo

griego para conocer su futuro. Reyes, mercaderes, guerreros, maridos, pobres y padres escuchaban con sumisión y religiosa ansiedad la voz terrible e impersonal de la sacerdotisa, la famosa Pitonisa que después de inhalar hierbas y tomar alucinógenos respondía caóticamente a las preguntas de los infelices demandantes entre convulsiones, vómitos y temblores.

El culto a Apolo trajo la construcción de un templo conmemorativo de la victoria del dios ante la mítica, temida y gran-diosa serpiente Pitón al que se llevó todo lo anterior: la sacerdotisa y el trípode. En torno al templo y a lo que conmemoraba se organizaron unos juegos que se repetían cada ocho años, posteriormente, y a partir del 582 a.C., se fueron organizando cada cuatro (DURÁNTEZ, 1975). Se llamaron juegos Píticos y alcanzaron un extraordinario esplendor, ya que todas las ciudades griegas enviaban allí a sus representantes. Su celebración se enmarcaba dentro de un festival religioso que se unía a las representaciones teatrales, en las que se escenificaba la victoria de Apolo sobre la gran serpiente. Miles de personas participaban en las procesiones religiosas. En el teatro se realizaban concursos de instrumentos musicales en honor de un dios que había competido, también, con la música de su lira. Posteriormente se introdujeron las tragedias y comedias, y a principios del siglo VI a.C. fueron apareciendo los agones atléticos, que vinieron a completar aquel gran festival artístico-religioso.

Al principio las competiciones se celebraron, así como las carreras de carros y de caballos, en una simple explanada que se acotaba y preparaba para ello en la llanura de Criso. A comienzos del siglo V a.C., el atletismo fue llevado al estadio, construido por encima del templo de Apolo, en el lugar más elevado de la ciudad.

La entrada al recinto se hacía a través de un pasadizo cubierto por una bóveda. La pista era una recta de 178 metros de largo por 35 de ancho. En

sus gradas podían sentarse unas 7.000 personas y, al igual que en el estadio olímpico, las líneas de salida estaban constituidas por travesaños con ranuras para apoyar los pies de los atletas que tomaban la salida (DURÁNTEZ, 1975). Las ruinas del estadio, que aún hoy se pueden contemplar en buen estado, no corresponden a las primitivas pistas, sino a la reconstrucción que posteriormente se realizó durante la época romana a costa del ya mentado benefactor Herodes Ático (101-178).

Las competiciones hípicas también se desarrollaron en la gran llanura de Crisa. La curiosidad de estas competiciones estribaba en que el ganador no era el caballo o su jinete sino, casi como ahora, el acaudalado dueño de ambos.

La constatación del interés que despertaban las carreras ecuestres, la constituye la famosa estatua del Auriga que actualmente se puede contemplar en el museo de Delfos, y que se encontró en las cercanías del templo de Apolo. La espléndida estatua parece ser que formaba parte de un conjunto más amplio realizado en bronce y del que se han perdido los caballos y el carro. El grupo fue ofrecido por el tirano de Siracusa, en conmemoración de una victoria conseguida en los juegos delficos del año 468 a.C. Se define la hermosa escultura, además de por su belleza y perfección, por el meticuloso acabado y la científica realización anatómica de manos y pies.

Hoy día, y en las cercanías de una carretera que lleva a la actual ciudad de Delfos, se pueden examinar y contemplar las ruinas de la Palestra y las del antiguo Gimnasio. Este se componía de un pórtico de 180 m. de largo por 7 metros de ancho, delante del cual se extendía un espacio libre para la práctica de las carreras a pie. La Palestra o escuela de luchadores, era, según Pausanias, más reducida y contaba con instalaciones termales (PAUSANIAS, Lib.X, VII, 9).

**b) Los Juegos Ístmicos, el estadio y su complejo sistema de salidas.**

Los Juegos Ístmicos fueron importantes dentro del mundo griego, así como espléndidos y extraordinarios en todo lo que envolvió dicho festival.

No obstante y desde el punto de vista deportivo, estos juegos no pueden compararse con los Olímpicos, siendo, por otro lado, un hito importantísimo en el desarrollo comercial, cultural y viajero de los griegos. Istmia gozaba de una buena situación geográfica que la hacía muy accesible, además de estar cercana a Corinto, importante centro comercial y de diversión de la época. La rivalidad entre los diversos festivales deportivos estaba, también, entre los dioses y patronos. Olimpia se encomendaba a la protección de Zeus, padre del Olimpo, señor del Sol, dueño del trueno y castigador con el rayo, mientras que los Juegos Ístmicos honraban a su hermano Poseidón, dios del mar, señor de las tinieblas y de los poderes ocultos (PAUSANIAS. II, I, 1-7).

Existen numerosas y bellas leyendas sobre el origen de estos Juegos, así como su relación con el culto a Poseidón. La arqueología, a través de piezas de cerámica, está datando y fijando su duración desde los comienzos del siglo VII a.C. Los primeros Juegos se remontan al año 528 a.C., y alcanzan su apogeo durante el período romano hasta Nerón, año 67 (CASTIELLA, 1975).

La forma, lugar y sistemas seguidos en el desarrollo de las competiciones ístmicas, han podido llegar a ser puestas al descubierto gracias a los trabajos del investigador de Chicago, Oscar Broneer. Todos sus descubrimientos sobre estos juegos los expuso en Olimpia, en el transcurso de una sesión de la Academia el año 1963, y es el trabajo que manejamos para todo lo que describimos a continuación.

Estos juegos se celebraban cada dos años, en el segundo y cuarto de las Olimpiadas. Constaba de competiciones atléticas, hípicas, musicales y, parece ser, que náuticas. Estas últimas pueden confirmarse por dos razones: Los juegos



estaban consagrados al dios de los océanos y, por otro lado, así lo muestran los numerosos hallazgos de restos cerámicos de pequeñas naves y embarcaciones.

Las competiciones atléticas se celebraban en el estadio. El primer de ellos data del siglo VI a.C., siendo reconstruido siglos más tarde. Al igual que en Olimpia, el nuevo estadio levantado a mediados del siglo IV a.C. se fue alejando del santuario, buscando mejor emplazamiento y más espacios para los espectadores.

El emplazamiento de este nuevo recinto se situó a una distancia aproximada de 250 m. del antiguo. En un lugar rodeado de colinas de suave pendiente, que, convenientemente escalonadas, sirvieron de graderíos a los espectadores. El caudal de un pequeño torrente que por allí pasaba fue bifurcado en multitud de pequeños canales que, enmarcando las pistas y banquetas, llenaban unos recipientes de piedra y servían para proporcionar abundante agua fresca a los asistentes y deportistas.

La línea de partida para las carreras estaba constituida por una losa de doble ranura, igual que la de Olimpia. Esta línea se dividía a su vez en diecisiete espacios de 1'51 metros, por unos postes situados sobre otros tantos huecos y que venían a establecer igual número de calles para los corredores (BRONEER, 1963).

La meta se situaba a los consabidos 600 pies y estaba señalada, igual que la salida, con una larga losa de una sola ranura. En los extremos de la pista se habían colocado varias estatuas, cuyos pedestales aún se conservan. Es posible, siempre siguiendo la lectura de Broneer, que estas bases tuviesen relación con algún dispositivo especial para conseguir la salida igualada de los corredores.

A diferencia de los Juegos Olímpicos, sobre los Ístmicos no se tienen referencias fiables, ni sobre las modalidades deportivas, ni sobre los ritos que se realizaban en honor de Poseidón y otras figuras allí veneradas.

No se sabe tampoco con certeza, si determinada liturgia, sobre la que se

especula por haberse encontrado multitud de objetos en las excavaciones, se hacían antes o después de los Juegos (BRONEER, 1963).

En la ejecución de las pruebas se distinguían tres categorías: la de los niños, *paides*, intermedia entre imberbes, *agencios*; y los hombres, *andros* (CASTIELLA, 1975).

El lanzamiento de jabalina se puede deducir por la enormidad de dibujos que adornaban las cerámicas allí encontradas que recogían este motivo ornamental. Pero ocurría que las jabalinas encontradas eran de uso claramente militar, de lo que se puede concluir que pertenecían a botines guerreros ofrendados a las divinidades. Según nos cuenta Broneer, se habían encontrado numerosas jabalinas a dos kilómetros del estadio, más ligeras y largas que las anteriores. Supone que el lanzamiento de jabalina, por razones de seguridad, no se hacía en el estadio sino en el hipódromo, tesis por demostrar pues aún no se ha encontrado dicho recinto.

También muestran los dibujos de las cerámicas las diversas posiciones en el salto con *halteras*, modalidad atlética aún no muy bien conocida. En las excavaciones se encontraron instrumentos que servían para este tipo de saltos. Se conservan intactos, un ejemplar de plomo del siglo V a.C. con un peso de 1'350 kg., y otros dos de piedra de la misma época, con unos pesos superiores. Estos utensilios están cuidadosamente tallados, buscando la adaptación a la mano del saltador. Incluso en una de las *halteras* conservadas está escrita la palabra *Pentatlhón* que en Istmia, relata Píndaro en sus Istmicas, recibía premio general y en cada una de las pruebas.

Parece ser que en esta ciudad se celebraron carreras con antorchas, seguramente de relevos. Este hecho lo atestiguan restos encontrados de utensilios con la función de portantorcha, además de un complicado sistema de salidas que aún no está claro su funcionamiento, a pesar de que lo describe Aristófanes en su obra *Los jinetes* de la siguiente manera: "*Balbides es el nombre de una pieza de made-*

ra transversal que se encuentra en el punto de partida de una pista de carreras. Se le llama igualmente "aphetería", es decir, punto de partida. Cuando los corredores están preparados para salir se deja caer, permitiendo a los participantes comenzar la prueba" (ARISTÓFANES, *Los jinetes*, Est. I).

Una de las competiciones atribuidas a los Juegos Istmicos es la de los concursos de remo. Durante largo tiempo se conjeturó y discutió su desarrollo. La literatura acude en favor de esta teoría cuando narra que Jasón dedica a Poseidón una de sus victorias como remero. Se han encontrado numerosas reproducciones de navíos de barro y uno de bronce, en los que se representa un modelo de embarcación con dos remeros y un hueco para el timonel (BRONEER, 1963).

### c) Juegos Nemeos.

"Ocuparon el cuarto lugar en la categoría de los juegos griegos. Son una conmemoración funeraria en honor al joven Opheltes, que toma el nombre de Arcémore. La ciudad era Nemea, hoy Heraklia" (CASTIELLA, 1975, 29).

Eran precedidos del anuncio de una tregua sagrada. Se componían de sacrificios, ceremonias religiosas, concursos y pruebas. Las pruebas como en los Juegos Istmicos, se dividían en tres categorías: *paídes*, *agenciación* y *andros*.

Tenían lugar cada dos años, el segundo y el cuarto de la olimpiada, hacia el mes de julio. La primera Nemea data del año 466-75. En el siglo III a.C. fueron transferidos a Argos (CASTIELLA, 1975).

### 1.3.10. El mercadeo en los Juegos.

Se puede pensar sobre seguro que, casi desde el primer momento, funcionó en el seno de los juegos un mercado. Esta asociación le pareció natural al historiador romano Veleyo Patérculo (*Iudos mercatum que instituit*, I, 8), pero ocurre que salvo una ligerísima alusión de Cicerón no se tienen más noticias, lo que lleva a creer que aquel mercado no se salía de lo habitual en estos casos

y era un mercado ambulante. Autores modernos como Diem (1960), Gillet (1971), Durántez (1975) y Mandell (1986) apuestan por esta posibilidad, llena de lógica.

No debían de faltar las atracciones a los peregrinos. En cualquier momento sonaba la voz del heraldo pregonando noticias de interés como el tratado entre varias ciudades, la llegada de alguna comitiva importante, las entregas de las coronas logradas o la dedicatoria de una nueva estatua. El calor sería sofocante, pero la gente no dejaría de hormigear, lo mismo ante el altar de Zeus, para asistir a un sacrificio, ver pasar una procesión, después correrían al estadio para ver alguna de las pruebas, visitaban, más lentamente los templos o se quedarían extasiados ante la estatua de Fidias. Seguro que jugarían a vocearse en el pórtico del Eco y se emboarían ante los tenderetes de los charlatanes. El comediógrafo Menandro (343-292) definió con un sólo verso la abigarrada y bulliciosa atmósfera de las olimpiadas: *“Muchedumbre, mercado, acróbatas, diversiones y ladrones”* (MENANDRO, Fragmentos, 45, 8).

Atraían especialmente la atención de los peregrinos y curiosos las gentes conocidas de la política. Temístocles, vencedor en Salamina, se exhibió en Olimpia en pleno apogeo de su gloria. Filósofos como Anaxágoras, Sócrates, Aristipo, Diógenes asombraban a las multitudes con sus ideas (BERENQUER, 1968). En el estadio, dicen, que se vio varias veces a Pitágoras y Platón (BERENQUER, 1968), tanto más apasionados por las competiciones cuanto que ellos mismos, en su juventud, habían participado en los agones y el primero estaba emparentado con el mítico campeón olímpico Milón de Crotona (PAUSANIAS, V). Gorgias, Lisias, Isócrates y Demóstenes hicieron alarde de su elocuencia y talento en la ciudad sagrada (LISIAS, *Olympiacus*), y poetas como Píndaro, Simónides y otros buscaron clientes para vender su inspiración aduladora. Heródoto afirmó su reputación, leyendo en Olimpia su Historia y dice Luciano que llegó a ser, en aquel momento, superior en popularidad a la que goza-

ban los campeones (LUCIANO de S., Lib.II, 1914).

La aglomeración de gentes que venían de todos los lugares de Grecia debió de atraer el afán lucrativo de pequeños vendedores de artículos de primera necesidad, comida y agua, así como a todo tipo de vendedores de chucherías y recuerdos que se producen en el entorno de estos amontonamientos humanos. Durante el jubiloso período de pruebas y solemnidades religiosas, Olimpia se debía convertir en el paraíso de los *kapeloi* o pequeños comerciantes que instalaban allí sus aguaduchos y tenderetes. El dinero corría fácil, y podría decirse que las inmediaciones del Altis se convertían en una gran ceca, posiblemente el mayor mercado de divisas del mundo griego. Los juegos como otras de las festividades religioso-deportivas panhelénicas, desempeñaron, al igual que otras instituciones e instancias, como la de los soldados de fortuna, un papel de primer orden en la difusión de la moneda. Ocurría que eran los especuladores los que acumulaban el dinero, en operaciones financieras parecidas a las que se producen hoy en día, sin dejar apenas beneficios a las ciudades vecinas o al propio recinto sagrado, como prueba de ello se puede aducir que Elis o Pisa nunca tuvieron la más mínima importancia en la política de alianzas de las más poderosas ciudades-estado.

La gente dormía al raso durante las celebraciones, soportando las inclemencias del tiempo, calores y lluvias, y suponemos que en unas condiciones higiénicas bastante precarias, como refirió, ya en época romana, Epicteto. Sin embargo las delegaciones representativas de las ciudades-estados rivalizaban en alardes de lujos y derroches de generosidad. Esta riqueza flotante sobre Olimpia atraía a todo tipo de vendedores y mercachifles, entre otros aparecían nubes de artistas y aparejadores de objetos suntuarios y de lujo, artesanías, pinturas, joyas, etc. Existen noticias de que el pintor Aelión expuso públicamente en Olimpia el cuadro de la boda de Alejandro con Roxana. Los ven-

cedores de las pruebas o las ciudades a las que representaban encargaban estatuas o largos poemas épicos. Así al olor del posible trabajo, de la fama o del dinero fácil aparecían por los juegos una multitud de poetas, dramaturgos, artistas, filósofos, predicadores, políticos y tipos pintorescos que buscaban darse a conocer en el mundo griego: Gorgías, Lisias, Isócrates, Hippias de Elis, Pródico de Ceos, Anaxímenes, posiblemente Pitágoras, Tales de Mileto y Heródoto que pronunciaban discursos y leían públicamente sus obras; y hasta el tirano de Siracusa, Dionisio llamado "El Viejo", hizo que recitasen sus dudosos poemas (388 a.C.).

### **1.3.11. La cultura del agua: Los baños y los balnearios.**

Las primeras instalaciones urbanas, dedicadas a la limpieza corporal que conocemos, serán las de los gimnasios griegos en los que el baño, como ya apuntamos, aparece contiguo a la palestra, convirtiéndose paulatinamente en un lugar de ociosidad espiritual, en la que toda discusión filosófica era posible, en una unión del placer físico y el disfrute del espíritu. La búsqueda del equilibrio, configura de forma decidida la regeneración, tan unida al agua como elemento purificador que, la armonía entre el cuerpo y la mente, será el resultado apetecido.

#### **El agua como soporte de la cultura física y la salud.**

Los griegos nadaban y se bañaban en los ríos y en las aguas del litoral marítimo; numerosos dibujos y bajorrelieves fijaron escenas de esas actividades. Constituyó una práctica de gran utilidad para los guerreros, que en las posibles y repetidas batallas se encontraban con este elemento, como nos ilustran los historiadores helenos; era, pues, un ejercicio de aplicación a la supervivencia y su importancia lo denota en la certeza de que enseñaban a nadar a los jóvenes. De hecho, fue una de las obligaciones de los padres hacia sus hijos.

Una pintura del siglo IV a.C., descubierta en Paestum (Italia, 1977), representa una perfecta ejecución de salto al agua, desde una elevada plataforma. En las pinturas cerámicas que se conservan, se pueden ver algunas escenas natatorias, en las que se representan tanto a hombres como a mujeres moviéndose en el agua. La forma de nadar más representada era de costado, un estilo bastante natural, que practican aquellos que teniendo miedo a meter la cabeza en el agua, aprovechan lo mejor posible sus medios para propulsarse. Es de suponer que de forma más o menos improvisada algunos nadadores fijasen una meta a sus distracciones acuáticas, como ver quién cruzaba primero el río o quién alcanzaba tal roca o promontorio; sin embargo carecemos de toda indicación que permita deducir si se atribuía algún mérito social a esas victorias, o si existían competiciones con distancias fijas o si la natación y los saltos eran presenciados por el público.

Heródoto nos cuenta la curiosa historia de Leandro, que para ver a su amada, la sacerdotisa de Heros, cruzaba todas las noches el Hellesponto a nado, unos dos kilómetros, desde Abydos a Sestos. Pasados los siglos, el poeta inglés Byron, imitó esta hazaña, a pesar de su evidente cojera.

Las casas acomodadas tenían su fuente, su baño y su lavapiés. En los gimnasios más modestos existía la pileta y un sistema, parecido a nuestras duchas, que dejaba caer un chorro de agua sobre el individuo que demandaba el baño. En las pinturas aparecen ciertas formas de instalaciones para los baños. Se sabe que existía un ritual sobre las formas de tomar el baño desde lo caliente a lo frío, terminando en el masaje, es decir abrir poros, cerrarlos y tonificar.

### **Las instalaciones y las actividades del baño como salud.**

Las referencias concretas de la antigüedad que se encuentran en la bibliografía, nos hablan de Heródoto, Galeno e Hipócrates. Todas son referencias médicas y por tanto fuentes medicinales, de las que su valor terapéu-

tico parece que era altamente reconocido ya que, según Plinio el Viejo (*Naturalis Historia*), fue el remedio principal durante 1000 años. Hipócrates consideraba que era el mejor medio para restablecer el equilibrio de los humores, y así, no habrá nada más purificador que un baño en todos los elementos de la naturaleza, mezclando lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo, así como los elementos básicos: tierra, agua, aire y fuego. Heródoto establece los principios de dichos tratamientos, la duración de las curas (los 21 días sagrados), técnicas de administración y zonas del cuerpo a las que aplicar este tratamiento.

### **Las instalaciones termales.**

*“Los tratamientos de manantiales en el mundo griego se adscriben al templo de Esculapio (Asklepios, Pérgamo) el dios de la salud y a él acudían los enfermos a los que se les sometía a un preciso tratamiento” (LEBOREIRO, 1994, 34).*

Este baño así como el de Epidauro, en el mundo heleno, gozaban de la categoría de santuarios sagrados de gran importancia para los habitantes del mundo clásico. El de Epidauro se consolidó entre los siglos IV y III a.C., el segundo alcanzará su esplendor durante el helenismo, mientras que con los romanos Adriano se convertirá en su protector.

El interés que suscitan para nuestro estudio, estos dos santuarios acuáticos, estriba en la similitud de sus plantas arquitectónicas. Las funciones se ejercen a través de los rituales de curación, que se genera a partir de un complejo y deliberado sistema de relaciones que se traduce en unos edificios distintos y de consecuente seguimiento que han servido de modelo o influido en todos los demás emplazamientos balnearios. *“En ambos se contornean las actividades que van a caracterizar el mundo termal: la recuperación de la salud y la regeneración del espíritu que aquí se hacen sinónimos, así encontramos los edificios ordenados de la siguiente manera: Templo, fuente, baños, hospedaje, biblioteca, museo (casa de las musas) y el teatro, este último, en*



---

*Epidauro, tenía una notable importancia” (LEBOREIRO, 1994, 35).*

Tanto en Epidauro como en Pérgamo nos encontramos con espacios cerrados en los que todo giraba en torno al ritual médico-religioso de la curación. La curación era un milagro que se debía a los buenos oficios de los intermediarios entre los dioses y los hombres los médicos y sacerdotes revestidos de sacralidades teatrales que los hacían, en estos lugares, inseparables. Los ropajes talaros distintivos de sus papeles, aún continúan: la bata blanca y la sotana negra.

Sabemos las metodologías y tratamientos usados en Pérgamo por numerosas inscripciones, y sobre todo por los escritos de un tal Aelius Arístide que han llegado hasta nosotros, *“este médico vivió en el centro de curas unos trece años hacia la mitad del siglo II” (LEBOREIRO, 1994, 35).* Durante los años que el Asklepión de Pérgamo estuvo en lo alto de su atractivo, médicos relevantes como Satyros y Galeno trabajaban y enseñaban allí. En general, los métodos fisioterapéuticos que se usaban, siguen usándose en nuestros días con más o menos fidelidad y con las mismas certezas o dudas en su eficacia.

Usaban baños de agua y lodos, los masajes, hierbas medicinales y la aplicación de ungüentos. Se recomendaba beber agua sagrada, que los análisis actuales dicen que tienen propiedades radiactivas, y nadie sabe si son positivas o negativas, también se aconsejaban períodos de abstinencias alimentarias. Lo que se acompañaba de lavados intestinales y correr descalzos. Todo esto no tenía ningún sentido, al menos como conjunto, las desintoxicaciones que parecían buscar en la sudoraciones producidas por las carreras no tenían porqué hacerse descalzos y los lavados de estómagos tampoco tenían sentido sino sabían qué se estaba comiendo. Con estos rituales “científicos” se buscaba la autosugestión, así la inducción de la importancia del tratamiento. Según el autor dicho Aelio Arístide, el tipo de tratamiento se escogía en función de los sueños del paciente. *“Estos se le provocaban, seguramente, por*

sugestión, para lo cual se usaban habitaciones adecuadas para ello. Los ritos se representaban en el teatro y los pacientes seguían el tratamiento con acompañamiento de sugestiva música” (AKURGAL, 1986, 114). Esta descripción de la terapia nos revela el grado de pervivencia de los tratamientos ligado, a través de la tradición, el mundo antiguo al moderno. El contacto con la naturaleza, el respeto al marco geográfico, la selección del lugar por la existencia de la fuente sagrada, los tratamientos y sus signos externos, serán referencias constantes en la historia de la formación de la terma y en la unidad inseparable entre el lugar y la manifestación formal del balneario en su etapa final.

Dentro de los rituales de curación, es el baño el que genera un mayor valor de representación externa y posee una mayor continuidad temporal. Además, el baño no era solamente curativo sino que adquirirá también un aspecto de placer ligado a la higiene y a los gestos de la hospitalidad característicos del Oriente próximo.

La realidad es que ya en los tiempos de la Grecia clásica comienza a surgir esa extraña simbiosis entre curación y placer, éste último como aspecto externo de la higiene, y que será difícil de disociar a lo largo de la historia del baño (LEBOREIRO, 1994). Dichos aspectos no serán reconocidos como hechos distintos hasta la época del maquinismo industrial, en que nuevos comportamientos sociales dan lugar a necesidades distintas.

#### **1.4. La vida cotidiana: Cuerpo y ciudad. Educación. Representación del cuerpo.**

Los antiguos helenos, que celebraban la visión del cuerpo, buscaron dar a la desnudez un significado físico en los gimnasios griegos, pero sobre todo en Atenas. Allí buscaron un significado metafórico en los espacios políticos de la ciudad, aunque la forma humana genérica que buscaban estaba limitada

al cuerpo masculino e idealizada en el hombre joven.

De esta manera, la política del cuerpo ejerce el poder y crea la forma urbana al utilizar ese lenguaje genérico del cuerpo, un lenguaje que reprime por exclusión.

No obstante, tendría algo de paranoico considerar el físico, junto con la política corporal, sencillamente como una técnica del poder. *“Al hablar en singular, una sociedad puede también intentar hallar lo que une a su pueblo. Y este lenguaje del cuerpo ha sufrido un destino peculiar cuando se ha traducido al espacio urbano”* (SENNET, 1997, 27).

Los jefes de los jóvenes guerreros eran representados artísticamente casi desnudos, con sus cuerpos sin ropa protegidos sólo por escudos y lanzas (COLLIGNON, 1960). En la ciudad, los adolescentes luchaban desnudos en el gimnasio; las ropas sueltas que los hombres llevaban por la calle y en los lugares públicos dejaban al descubierto sus cuerpos. Como ha señalado el historiador del arte Kenneth Clark, entre los antiguos griegos un cuerpo desnudo indicaba la presencia de una persona fuerte, más que vulnerable, y por tanto civilizada, útil a la ciudad (CLARK, 1956). Al inicio de su relato de la guerra del Peloponeso, por ejemplo, Tucídides describe el progreso de la civilización hasta el estallido de la guerra. Como signo de este progreso señala *“que los espartanos fueron los primeros en participar desnudos en los Juegos, en despojarse de sus ropas en público”* (Historia de la guerra del Peloponeso, I, 8), mientras que, nos dice, los bárbaros seguían cubriéndose la zona genital durante las participaciones en sus juegos, afirmación que algunos autores de hoy ponen en duda (DELGADO, 1975). Aunque tenemos las representaciones en las cerámicas y esculturas, y aunque esto podría ser un convencionalismo artístico, no cabe duda que estaban desnudos. Comprobamos, pues, que el griego llamado civilizado, es decir urbanizado, había convertido su cuerpo en un objeto de admiración.

### 1.4.1. Cuerpo y ciudad.

Para el antiguo ateniense, la exhibición de su cuerpo afirmaba su dignidad de ciudadano. La democracia ateniense daba gran importancia a que los ciudadanos expusieran sus opiniones, al igual que exponían sus cuerpos. Estos actos recíprocos de descubrimiento tenían por objeto estrechar aún más los lazos entre los urbanitas. Hoy día podríamos denominar ese lazo como "relación masculina". Los atenienses mantenían esas relaciones de una manera literal. En aquella Grecia, las palabras usadas para expresar el amor erótico entre hombres solían emplearse para expresar los vínculos de lealtad a la ciudad. *"El político deseaba aparecer como amante y guerrero"* (SENNET, 1997, 35).

La obsesión por mostrar, exponer y revelar dejó su impronta en las piedras de Atenas. La mayor obra arquitectónica de la era de Pericles, el Partenón, estaba situada en un promontorio de manera que fuese visible desde cualquier punto de la ciudad que yacía a sus pies. En la gran plaza central de la ciudad, el ágora, había pocos lugares que constituyeran territorios prohibidos a la manera que se entiende la propiedad privada contemporánea. En los espacios políticos democráticos que edificaron los atenienses, especialmente en el teatro construido en la colina de Pnyx donde se reunía la asamblea de todos los ciudadanos, la organización de la multitud y las reglas de votación tenían por objeto exponer a la vista de todos cómo votaban los individuos o los pequeños grupos. Cabría pensar que la desnudez era el emblema de un pueblo que se sentía a gusto en su *polis*. Era el lugar en el que se podía vivir felizmente, a diferencia de los bárbaros que vagaban por sus territorios sin propósito alguno y sin la protección de la piedra. *"Pericles exaltó una Atenas en la que parecía reinar la armonía entre la carne y la piedra"* (SENNET, 1997, 78).

El valor que se daba a la desnudez en parte obedecería a la manera en que los griegos de la época de Pericles concebían el interior del cuerpo humano. El

calor del cuerpo era la clave de la fisiología humana: quienes concentraban y dominaban su calor corporal no tenían necesidad de ropa. Además, el cuerpo caliente era más reactivo, más febril, que un cuerpo frío e inactivo. Los cuerpos calientes eran fuertes y poseían calor tanto para actuar como para reaccionar. Estos preceptos fisiológicos se extendían al uso del lenguaje: Cuando la gente escuchaba, hablaba o leía, se suponía que su temperatura corporal aumentaba y, por tanto, su deseo de actuar. En esta idea sobre el cuerpo se basaba la creencia de Pericles en la unidad de las palabras y de los hechos.

La concepción griega del cuerpo humano sugería derechos diferentes, así como diferencias en los espacios urbanos, ya que los cuerpos tenían diversos grados de calor. Estas diferencias coincidían de manera muy especial con la división de los sexos, ya que se pensaba que las mujeres eran versiones frías de los hombres. Las mujeres no se mostraban desnudas por la ciudad; aún más, generalmente permanecían confinadas en el oscuro interior de las casas, como si éste lugar encajara mejor con su fisiología que los espacios abiertos al sol. En casa llevaban túnicas de material fino que llegaban hasta los tobillos y eran de lino burdo y opaco. El tratamiento de los esclavos giraba de manera similar sobre la creencia de que las duras condiciones de la esclavitud reducían la temperatura corporal del esclavo, incluso si se trataba de un hombre de estirpe noble, pues poco a poco se iba embruteciendo y cada vez era menos capaz de hablar, menos humano, sólo apto para la tarea que sus amos le habían impuesto. *“La unidad de palabras y actos celebrada por Pericles sólo la experimentaban los ciudadanos varones cuya naturaleza les capacitaba para la misma. Por lo tanto, los griegos utilizaron la teoría del calor corporal para estatuir reglas de dominio y subordinación” (SENNET, 1997, 37).*

Atenas no era la única que suscribía esta imagen imperante del cuerpo, al tratar a las personas de manera radicalmente desigual de acuerdo con la

misma y organizar el espacio según sus dictados. Pero hoy sentimos la Atenas de la época de Pericles más próxima que la antigua Esparta, quizá en parte por la manera en que esta imagen centralista del cuerpo inauguró una serie de crisis de la democracia ateniense. En su *Historia*, Tucídides volvió a los temas de la *Oración fúnebre* una y otra vez. Temía la confianza que Pericles mostraba en el sistema político. La *Historia* de Tucídides muestra, por el contrario, cómo en los momentos cruciales la fe del hombre en su propio poder resultó autodestructiva. Más aún, pone de manifiesto cómo los cuerpos atenienses que padecían algún tipo de dolor no podían hallar alivio en las piedras de la ciudad. La desnudez no proporcionaba ningún bálsamo contra el sufrimiento (SENNET, 1997).

Por tanto, el relato de Tucídides constituye una advertencia acerca de un gran intento de exhibición personal acontecido al comienzo de nuestra civilización. En este relato pensamos que están las claves de cómo esta exhibición personal fue destruida por el calor de las palabras y por las llamas de la retórica.

### **La representación del cuerpo.**

Es en la Grecia clásica donde se define con carácter universal el concepto del agón atlético y donde éste adquirirá su categoría definitiva.

Ya en una canción muy antigua, atribuida a Simónides y "más tarde recogida por Platón" (CASTILLO, 1975, 40), se cuenta entre las cuatro aspiraciones fundamentales del pueblo griego, en primer lugar "gozar de un bello aspecto", y en segundo lugar, el "gozar de buena salud" (PLATÓN, *La República*, III).

Las innovaciones y el carácter distintivo del arte griego probablemente no se hubieran impuesto sin las conexiones eróticas y sentimentales que se establecían entre los atletas y sus admiradores en gimnasios y palestras. La poética y la plástica griegas se inspiraron en la belleza física de los atletas famosos y, a partir de

sus observaciones en los gimnasios, los artistas establecerían los cánones ideales de la belleza humana (BOARDMANN, 1986 y 1999). El esplendor de tantos objetos hermosos que reflejan las obras clásicas produjo el asombro y la admiración de las generaciones venideras, durante siglos y siglos.

La unidad salud-belleza supone una de las consecuciones más evidentes de Grecia, y para fomentar esto, aparte de otras cuestiones, se establecen los Juegos. El premio más importante, como sabemos, consistía en levantarles una estatua que, desde ese punto de vista plástico, suponía la máxima representación de la perfección física. Esta especie de heroización se ve reflejada en los *kouros* preclásicos, anteriores a la segunda mitad del siglo VI, pero adquirirá una mayor vigencia a partir de la XXX Olimpiada (CASTILLO, 1975).

Así la forma más antigua de representación de la figura juvenil masculina en el arte griego fue el *kouros*, un tipo de estatua muy parecido a las egipcias y micénicas de jóvenes representados en pie, coloreadas como aquéllas y, a veces, con lo que consideraríamos colores chillones (BERNAL, 1993), con la diferencia que entre los griegos los cuerpos se representaban desnudos. Pero a partir del siglo VII, en la silueta del *kouros* comenzó a perfilarse una musculatura más pronunciada, especialmente muslos y nalgas, sugiriendo una reserva latente de fuerza que sólo espera liberarse.

El ideal de perfección física abarcaba todos los estratos de la sociedad ciudadana. Muchos de los literatos del momento, como Crisipo y Cleanto; filósofos, como Platón y científicos, como Pitágoras, participaron en su juventud, como ya hemos avisado, en los Juegos, y en determinadas ocasiones como en el caso de Pitágoras, los ganaron, en su versión artística (CASTILLO, 1975).

La más alta victoria en la Grecia clásica consistía en ser vencedor de los Juegos, y para el artista, el representar a los vencedores. Unas veces estas representaciones eran individualizadas, mientras que en determinadas ocasio-

nes, como en el caso del pedestal de los Juegos, en el Museo de Atenas, eran la representación misma de las competiciones el motivo artístico. La movilidad de las figuras, el conjunto de los atletas, la composición de la escena, suponían objetos lo suficientemente atractivos para el escultor.

En la segunda mitad del siglo VI a.C. aparecen las grandes representaciones idealizadas de los atletas. El *Auriga de Delfos* y el *Discóbolo* pueden considerarse como el punto de arranque de una serie de serenas representaciones de los vencedores de los Juegos y de los atletas idealizados. Las estatuas de los atletas del siglo VI a.C., de una gran elegancia física, conservan aún el efecto decorativo de la simetría del período anterior.

A principios del siglo V, los escultores de vanguardia hacen sus primeros experimentos de escultura realista, esbozando primero y traduciendo luego, en el mármol o en el metal, figuras de atletas en plena actividad o en la actitud relajada que sigue al esfuerzo (BOARDMANN, 1999). Así quedaría inmortalizada para la contemplación estética de las generaciones futuras la fugaz imagen de la belleza idealizada en plena acción. Esa evolución se acentuó durante el período helenístico, cuando los más famosos escultores recurrieron a modelos de adolescentes, danzarinas, ancianos e incluso no griegos, como músicos negros y otros grupos de individuos, para producir unas estatuas sensuales de un acabado y detalle extraordinariamente refinados. Dentro de esta línea, en este siglo V continúa representándose a los grandes atletas, a veces ya con carácter de arquetipos. Policleto en su *Doriforo* sienta las bases de las proporciones perfectas del cuerpo humano, y este canon sería durante mucho tiempo la base de la proporción. Junto a él, el de *Diadumenos* aparece con la cabeza ceñida por la diadema de los vencedores, y sintetiza el concepto de fuerza, belleza y perfección a que aspiraba el pueblo heleno. Mientras el arte griego permaneció en manos griegas, el objeto del artista no fue reproducir la



imagen de un individuo en particular, sino la presentación de la belleza y la emoción en todo su esplendor. Es significativo que no existan retratos irrefutables de los atletas griegos más populares de su tiempo sino el reflejo de las opiniones de cada artista sobre el ideal que debía plasmarse en la personalidad del atleta (BOARDMANN, 1999).

Son inagotables las representaciones de este carácter que encontramos a lo largo del arte clásico, que, aunque varían en el concepto estético, permanecen constantes en su ideal representativo.

En el siglo IV a. C., otra escultura de un atleta, el *Apoxiomenos* de Lisipo, supone un nuevo concepto de la belleza ideal y de la proporción. A partir de él encontramos un nuevo canon, que regirá el arte occidental.

La escultura monumental de mármol o bronce fue la máxima expresión del arte plástico griego, aunque las visiones abstractas de la belleza física ideal también se reprodujeron en las distintas fases de su evolución en las cerámicas decoradas, las monedas, joyas, objetos de metal y estatuillas de arcilla que los griegos exportaban en grandes cantidades y que para el mundo mediterráneo equivalían a representaciones concretas del helenismo. Esta autorepresentación de los griegos en su poesía y en sus artes visuales nos ha dado una imagen mucho más detallada de sus actividades recreativas que de cualquier otro pueblo y puede decirse que ha influido profundamente en todos los juicios formulados después con respecto a la cultura griega. De ahí que numerosos filósofos hayan considerado a los griegos, tomados colectiva o separadamente, jóvenes o viejos, ciudadanos y esclavos, como adeptos y practicantes incorregibles del agón atlético. Lo que parece que intentan transmitirnos los admiradores de la Grecia clásica es que el genio de la cultura griega se expresa mediante frías, desubicadas y hermosas estatuas de mármol sobre lujosos pedestales guardadas en nuestros mejores museos (BERNAL, 1993).

### ***El cuerpo divinizado.***

Las figuras grabadas en piedra en el famoso friso que rodeaba el Partenón por el exterior, llamado *Mármoles de Elgin*, revelaban las creencias acerca del cuerpo humano desnudo que dieron lugar a estas esperanzas en el ser humano y en sus formas urbanas. El friso ha recibido ese nombre por el noble inglés que impunemente se lo llevó de Atenas a Londres, para que el Museo Británico lo pueda mostrar a los turistas como parte de su botín Imperial.

El friso del Partenón era insólito porque reunía a la vasta multitud de seres humanos que participaban en la procesión panatenaica con imágenes de dioses. El escultor Fidias representaba los cuerpos humanos de manera distintiva en primer lugar acentuando el relieve del contorno más que otros escultores. Esta acentuación aumenta la realidad de su presencia al lado de los dioses. Ciertamente los seres humanos representados en el friso del Partenón dan la sensación de encontrarse más cómodos entre los dioses que los que aparecen, por ejemplo, en los frisos de Delfos.

*“Las figuras humanas del friso del Partenón muestran cuerpos jóvenes y perfectos, con una perfección expuesta en su desnudez y con expresiones igualmente serenas tanto si conducen un buey como si doman caballos” (SENNET, 1997, 43).*

En el friso del Partenón, como ha señalado el crítico John Boardman, la imagen del cuerpo humano *“ha sido idealizada en lugar de individualizada... de una manera ultraterrena; nunca fue lo divino tan humano y lo humano tan divino” (BOARDMAN, 1986, 231)*. Los cuerpos ideales, jóvenes y desnudos representaban un poder humano que ponía a prueba la división entre dioses y hombres, una prueba que podía tener trágicas consecuencias, como también sabían los griegos. *“Por amor a sus cuerpos, los atenienses se arriesgaron a cometer la trágica falta de la “hybris”, el orgullo fatal” (CLARK, 1956, 23).*

### 1.4.2. Cultura y juegos.

Conviene señalar también, dentro de las importantes contribuciones de los historiadores de la civilización griega, como la del profesor alemán Manfred Lammer (1992), que estudió particularmente el período de mayor prestigio de la vida de los atletas griegos. Lammer contesta a la idea, muy frecuente aún hoy día, de la preocupación en armonizar el desarrollo simultáneo del cuerpo y del espíritu, de los ejercicios físicos y de la cultura, entre los griegos. Las actividades privilegiadas de los nacidos en familias aristocráticas eran exactamente, dice, las que definían y caracterizaban a los nobles y a sus pares: el honor, la gloria de las guerras y las competiciones atléticas. De ahí que la educación de los jóvenes de la nobleza fuese, casi exclusivamente, orientada en las actividades físicas. Cita a Homero, a propósito, en la Odisea: *“No hay mayor gloria, para un hombre, en cuanto comienza a vivir, que lo que consiga con sus manos y pies”* (Odi. Cant. XXII). Por nuestra parte, queremos traer al papel el epitafio que se dedicó el poeta Esquilo poco antes de morir en Sicilia, a quien se le considera y recuerda como padre del teatro, sin embargo él proclama y sólo recuerda su gloria guerrera: *Su glorioso valor será celebrado por los bosques de Maratón y por Meda, la de los largos cabellos, que lo conoce* (ESQUILO, Epigramas, 3).

En realidad los aspectos culturales eran simplemente dejados u olvidados, hasta aquellos que representaban el distanciamiento o discriminación relativa de los artistas, que también participaban en los Juegos, con sus obras, aunque en un plano muy secundario. Provenían de clases sociales muy diferentes, las más bajas, y por eso eran claramente premiados, desde el principio, con dinero y regalos materiales, mientras que a los vencedores de las pruebas atléticas se les destinaba la consagración máxima de coronarlos con el olivo sagrado. Y aún durante el período de mayor relevancia de los Juegos,

el de los años comprendidos entre 600 a 400 a.C., no encontramos un atleta que también o simultáneamente haya conquistado un premio en la competición cultural; o viceversa, un artista que venciese en una competición física. Si eso hubiese sucedido, Píndaro, no dejaría de señalarlo por inusitado. Registró, por igual, la frecuencia de los nombres de antiguos campeones olímpicos, en las listas de los comandantes militares, como soldados prestigiosos o como conocidos políticos, pero nunca apareció el nombre de un filósofo o de algún artista.

### **1.4.3. El Agón como sistema de educación y adiestramiento.**

Los instrumentos preferidos de la educación helena eran la gimnasia y la música. La gimnasia, cuyo sentido cambiaría más tarde, designaba a menudo entonces un conjunto de ejercicios físicos, mientras que la música englobaba todas las artes de las Musas. Después de haber examinado las ventajas e inconvenientes de estas dos disciplinas, Platón emite este juicio: *"Así, no es para cultivar el alma y el cuerpo (pues si este último saca alguna ventaja, no es más que indirectamente), sino para cultivar sólo la sustancia de la que se hace la personalidad, perfeccionando el valor y la sabiduría, ya que los dioses han hecho presente a los hombres de la música y la gimnasia; es para que convivan tensándolos y relajándolos según convenga, y en un justo grado"* (PLATÓN, *La República*, Libr. III).

Pretendía Platón una *Paideía* que combinase armónicamente la música y la gimnástica. La música, esto es, todas las ciencias y las artes que, patrocinadas por las Musas, constituirían hoy algo así como la cultura en todos sus aspectos. El ciudadano de la República platónica ha de llevar un régimen sencillo y equilibrado, sin atracones ni mollicie, pero también sin demasiada obsesión por el bienestar corporal; un régimen en el que música y gimnástica se aúnen sabiamente sin anularse la una a la otra.

### a) *El concepto de educación griego.*

En el curso de los siglos y según las ciudades, el sistema de educación sufrió cambios y modificaciones. El ejemplo más representativo de la educación griega se encuentra en el período del siglo IV a.C., el llamado siglo de Pericles. Los ciudadanos griegos dejaban al cuidado de sus esclavos todos sus asuntos materiales, mientras ellos se dedicaban a la política dentro de la cual entraban los negocios, la cultura física y el debate; el trabajo manual era considerado degradante (ARISTÓTELES, *Política*, Lib. I, IV).

Para los helenos escuela era sinónimo de ocio. La palabra *sjolé* nos da la clave desde su principio. *Sjolé*, en griego, significa ocio. Es, en consecuencia, la ocupación del hombre ocioso. Para un griego del siglo V a.C., la ocupación más noble era la que se llevaba a cabo en los gimnasios. En los antiguos gimnasios helénicos se conjugaban de forma armoniosa el ejercicio físico con el debate filosófico. No podemos dejar de consignar que tal cosa era posible por la estructura social del griego, basada en la esclavitud como fuerza de trabajo mientras que su dueño el *áristos*, es decir "el mejor", "el noble" podía permanecer precisa y preciosamente ocioso (ARISTÓTELES, Lib. I, cap. IV, V, VI).

Del ocio griego, de la *sjolé*, por simple transcripción de la palabra, hicieron los latinos su *schola*, de donde deriva los vocablos europeos de escuela, *école*, *scuola*, e incluso la inglesa *school* y la alemana *schule*, etc.

Platón nos dice que los discípulos de Sócrates, cuando estaban ociosos, escuchaban la palabra del maestro o se contaban anécdotas de sus vidas (Fedro, 57, d). La voz latina *schola* pasará, poso a poso, a designar estudios de ciertas categoría y, finalmente, a denominar el mismo lugar en el que se enseñaba, ilustrándonos sobre cómo se realiza, de manera lógica, un viaje semántico (PIERNAVIEJA, 1971).

### **b) El programa escolar.**

El niño frecuentaba la escuela de los siete a los catorce años. El gramático le enseñaba a leer y a escribir; el citarista canto y música, no con la capacidad de un ejecutante, sino para desarrollar su sentido de la medida y de la armonía.

A continuación, y hasta los dieciocho años, el joven ateniense proseguía su educación en la palestra, que solía ser un establecimiento privado. Al *paidotribo* que la dirigía, con lo que le pagaban los padres, le valía para su manutención pero no tenía suficiente para el mantenimiento, ampliación y mejora de unas instalaciones que pudiesen competir con los gimnasios que construía la polis. En la palestra la enseñanza resultaba casi exclusivamente dedicada a los ejercicios físicos; los adolescentes eran iniciados en las competiciones deportivas y en la agonística, que comprendía las especialidades que para nosotros son el atletismo y la lucha. Agonística es la palabra griega cuyo sentido se parece más a la actual de entrenamiento; el genio de Agon presidía estas competiciones, y el sentido que emanan de las palabras que tienen la misma raíz nos permite evocar y entender la dureza y ferocidad de los combates deportivos (COLINON, 1960).

Los documentos de la época nos hablan del *paidotribo*, una especie de entrenador-educador que dirigía la instrucción en la palestra, armado de una varita acabada en forma de horca con la que daba avisos mientras vigilaba los combates de sus pupilos, sobre movimientos mal ejecutados o la infracción de reglas. El *paidotribo* se hacía ayudar por los atletas o luchadores más destacados, generalmente los mayores, que así se ocupaban y responsabilizaban de sus compañeros más jóvenes.

El joven ateniense era, pues, experto en todos los ejercicios físicos cuando, a la edad de 18 años, era admitido en el colegio de los efebos o *Efebion*.

Éste era la última parte de su educación, cuyo objetivo era formar ciudadanos capaces de contribuir a la prosperidad del Estado y, gracias a su fuerza moral, de estar en forma para defender su territorio que era la ciudad y su entorno agrícola (GILLET, 1971).

El Estado no escatimaba medios para llevar a cabo esta educación. Durante el siglo V a. C. se hizo un llamamiento a los mejores arquitectos para completar, con construcciones, los gimnasios, que hasta ese momento consistían en terrenos al aire libre, situados generalmente junto a los bosques consagrados a las divinidades; allí se instalaron aquellos edificios conteniendo salas de reuniones, vestuarios, saunas, lugares para la lucha, otros para hacer gimnasia, salas de masajes, habitaciones y estancias frescas, sala de ungüentos, etc.

Todos estos edificios estaban comunicados por los pórticos, bajo los que circulaban los pedagogos y los atletas efebos, además de un sinnúmero de gentes: artistas que iban a recoger ideas o a tomar apuntes de modelos, gimnastas de otros lugares que necesitaban completar sus entrenamientos, los filósofos que con sus discípulos se iban a reunir bajo aquellos porches cubiertos, además de ciudadanos, en general, que acudían entre curiosos y admirados a entretenerse y pasar el tiempo, a *di-vertere* (CAGIGAL, 1981).

Numerosos funcionarios se encargaban de la administración y de la enseñanza; a la cabeza se situaba el *gimnasiarca*, después el *zistarca*, que presidía los juegos, el *agonistarca*, que vigilaba a los atletas, y el *gimnasta*, que era el encargado de enseñar los ejercicios físicos.

En el gimnasio se realizaban las mismas actividades que en la palestra, además de otras que, por su manifiesta violencia, no se les debía permitir a los más jóvenes; aunque algunos autores avisan que había competiciones de pugilato, luchas y pancracio entre los niños (PÍNDARO, *Odas triunfales*; PAUSANIAS, Lib. V y VI; ANTON, 1992). Estas prácticas eran el pugilato, en cuya realización los contrincantes se envolví-

an las manos con guantes de cuero tachonados de piezas metálicas, y el pancracio, combinación de lucha y boxeo, en el que valía casi todo. Por último, los efebos se ejercitaban en el manejo de las armas (GILLET, 1971).

Hemos de suponer que el joven se encontraba en un marco ideal para su formación: los espacios habían sido diseñados por los mejores arquitectos, adornados por inigualables escultores que acudían allí para buscar sus modelos; poetas y narradores atendían sus ejercicios mientras que declamaban en voz alta sus creaciones; los grandes pensadores debatían acaloradamente entre una nube de discípulos y contrarios mientras contemplaban sus esfuerzos (WYCHERLEY, 1976). En semejante ambiente es de suponer que florecería una excelente formación humanística y equilibrada que los ciudadanos envolverían entre las preciadas leyes que promulgaban los gobernantes de la *Polis*.

### **c) El papel del gimnasio ateniense como centro educativo.**

Para dominar las potencias que se daban cita en el cuerpo desnudo del joven, sus mayores lo enviaban al gimnasio. La palabra moderna "gimnasio", es de elaboración alemana y procede del griego *gymnoi*, desnudos (The World of Athens, 1984, 174). El cuerpo desnudo y bello parece un regalo de la Naturaleza, pero recordemos que para Tucídides era un logro de la civilización. El gimnasio enseñaba a los jóvenes atenienses a desnudarse. *"En Atenas existían tres gimnasios, siendo el más importante el de la Academia, que una generación después de Pericles se convirtió en la escuela de Platón, la Academia se encontraba a quilómetro y medio, aproximadamente, al noroeste de la Puerta Triasia"* (SENNET, 1997, 47).

Los estudiantes no vivían en la Academia, sino que iban allí durante el día. *"La Academia se hallaba situada en un terreno de antiguas tumbas, que durante el período democrático se vio transformado en una especie de parque suburbano"* (WYCHERLEY, 1978, 219). Dentro de esos terrenos se encontraba la palestra, el edificio



rectangular con columnatas que albergaba el espacio para la lucha, salas para realizar todo tipo de ejercicios y habitáculos para beber y charlar. En algunos gimnasios la escuela de lucha estaba situada en un edificio separado destinado para ese fin específico. Aristófanes trazó en *Las nubes* un idílico retrato de los días transcurridos en el gimnasio, lo más parecido a nuestros días de universidad residiendo en colegios mayores, culturizándose entre compañeros y participando en una rica vida intelectual. Parfraseándole en términos modernos se podría decir: *"La saludable actividad de estos jóvenes de hermosos miembros contrasta con la ingeniosas charlas de esos otros refinados, pálidos y enclenques que frecuentan el ágora"* (ARISTÓFANES, *Las Nubes*, 1005 y sig.).

El gimnasio pretendía formar el cuerpo del joven durante la época que va desde la avanzada adolescencia hasta su final, cuando los músculos comienzan a aflorar tensando la piel, pero las características sexuales secundarias, como el vello facial, aún no estaban presentes. Este momento del ciclo de vida masculino parecía crítico para controlar el calor corporal que, según sus teorías, se encontraba permanentemente en los músculos. Levantando a otros jóvenes en la lucha, los músculos dorsales y deltoides ensanchaban los hombros y espalda; la lucha daba apresto a la cintura; el lanzamiento de la jabalina o el disco producía la elongación muscular del brazo; la carrera de velocidad daba firmeza a los cuádriceps y glúteos. Dado que los jóvenes se cubrían el cuerpo con aceite de oliva cuando se ejercitaban en la lucha, las presas eran difíciles pues tendían a deslizarse y resbalar, con lo que se desarrollaba la fuerza de agarre al intentar superar los efectos del aceite. Los juegos servían para un propósito fisiológico al subir la temperatura mediante el ejercicio y la fricción.

En el gimnasio no sólo se ejercitaba la musculatura masculina, sino que también se educaba la voz enseñando a los jóvenes a competir oralmente,

habilidad que necesitarían para participar en los debates de la democracia ciudadana. La educación para el debate tuvo lugar en la época de Pericles, mediante la intervención de ciudadanos que iban a los gimnasios. El primer paso consistía en enseñar al joven como proyectar la voz y articular los sonidos con firmeza. Se le enseñaba a utilizar las palabras, a la hora de exponer y rebatir los argumentos, con el mismo concepto de eliminación de lo superfluo que aprendían en los deportes y la lucha. Las escuelas de la época de Pericles evitaban el aprendizaje rutinario de tiempos anteriores. La competición sustituyó al aprendizaje mecánico. No obstante, los muchachos aún debían memorizar amplias partes de los poemas homéricos, que eran utilizadas como referencias en las discusiones. Los gimnasios atenienses después de cubrir el primer objetivo, puramente militar, intentaban inculcar en los jóvenes aristócratas una cierta formación intelectual.

*“Era en el gimnasio donde el adolescente aprendía que su cuerpo formaba parte de una colectividad más amplia llamada “polis”, que su cuerpo pertenecía a la ciudad a la que debía defender” (BROWN, 1988, 5).* Era del todo evidente que un cuerpo fuerte y elástico garantizaba un guerrero; pero una mente educada y una voz trabajada garantizaba que esa persona pudiese participar, más adelante, en los asuntos de la polis, es decir, que pudiera hacer política. Con todo estos saberes aún el gimnasio ateniense daba una lección adicional, educaba a estar desnudo y a usar su propia sexualidad. En aquellos tiempos se pensaba que la sexualidad era un uso positivo de la ciudadanía, por tanto exclusivo de las clases altas. Los esclavos o las clases bajas sufrían todo tipo de prohibiciones o extraños tabúes, como pensar que la masturbación era propia de esclavos, con los que no deseaban, al menos públicamente, relaciones; se les tenía vetado el ir a los gimnasios, enamorarse de un muchacho libre o seguirle (ESQUINES, Trimalción).

#### 1.4.4. La educación espartana.

El haber dado a los ejercicios físicos un lugar preponderante en la educación, redundó, sin duda, en los espartanos. Se dice que los jóvenes espartanos recibían en sus gimnasios a los visitantes, con la siguiente leyenda grabada en el frontón del edificio: *“Quítate la ropa y juega con nosotros, si no, márchate”* (Cita. GILLET, 1971, 30). No obstante, si una educación viril y espartana había asegurado, durante los siglos VIII y VII, a los lacedemonios la primacía en el mundo griego, no es menos cierto que dedicaron atención especial a la danza, el canto y la poesía (POPLOW, 1959).

En Esparta, la educación corrió a cargo del Estado. Pero sólo la de los niños espartanos “puros” y aún los bien constituidos. Estos eran reunidos en grupos desde muy temprano, llevaban una escueta saya, descalzos, se les aportaba una alimentación frugal, lo que les obligaba a buscar la comida en robos y rapiñas (eran castigados severamente si les sorprendían, no tanto por el robo, sino por dejarse sorprender) y dormían sobre el suelo. Jenofonte nos ha descrito la violencia de las luchas que entablaban estas bandadas de niños: *“Dada la señal, luchan a puñetazos, a patadas, se muerden con todas sus fuerzas se arrancan los ojos; se los ve combatir a ultranza unos contra otros o, a veces, en pelotones, y otras todos a la vez, esforzándose cada grupo para hacer retroceder al otro y meterlo en el agua que tienen detrás”* (JENOFONTE, *La República de los lacedemonios*). También se inducía a los niños a preparar emboscadas de las que los ilotas eran las víctimas. Estas aguerridas tropas de jóvenes representaban una fuerza tan potente y peligrosa, que no dejaban de inquietar al Poder, el cual se esforzaba por controlarlos a través de canalizar su agresividad, por otro lado necesaria para las múltiples y constantes guerras, a través de los concursos atléticos (POPLOW, 1959).

Sometido a tan duro adiestramiento, el espartano estaba dotado de un

espíritu combativo excepcional; a uno de ellos, que acababa de obtener la victoria en los Juegos Olímpicos, le preguntaron cuál era la recompensa más preciosa que le había proporcionado su victoria, a lo que respondió: *"El derecho a combatir delante del rey"* (Cit. Gillet, 1971, 31).

### **Los gimnasios espartanos**

En su conformación eran como los atenienses, es decir los gimnasios eran de planos superponibles para cualquier polis. La variación estaba en los resultados que se producían

Los gimnasios espartanos sólo educaban la anatomía muscular y la inteligencia guerrera, puesto que la discusión no formaba parte del entramado cívico. Además, en Esparta el gimnasio pretendía desarrollar meramente la capacidad del joven para el combate en las batallas. Por ejemplo, el gimnasio lacedemonio estaba rodeado por un foso, cosa que nos cuenta Jenofonte y sigue el historiador Wicherley: *"así cuando combatían entre ellos lo hacían con la ferocidad suficiente como para arrojarse al agua si era necesario"* (1976, 246). Esparta fue una de las pocas ciudades-estado que propició la lucha y el ejercicio entre las jóvenes buscando una utilidad: suponían que de esa manera tendrían hijos robustos y fuertes, además de un parto más fácil.

### **Los espartanos.**

Constantemente estamos hablando de los espartanos y creemos interesante consignar una breve semblanza sobre estos míticos guerreros, que la historia no ha tratado con mucha consideración, sobre todo en los tiempos actuales. Nuevamente nuestra actualidad marca la interpretación de la Historia y en los recientes tiempos de la I Guerra Fría, a Esparta se la comparaba con la Unión Soviética y Atenas era el pasado y el origen de Occidente.

Esparta era la ciudad de los lacedemonios, estaba a 75 kilómetros de

Olimpia, con lo cual ejercía cierta presión sobre el santuario y aún así fueron expulsados durante unas olimpiadas por no respetar la tregua (PAUSANIAS, Lib. V).

Las condiciones generales de prosperidad económica y de diversidad social y su impacto en una gran ciudad como Esparta son interesantes, no sólo por su trascendencia global, sino también por su significado para los *agones* griegos. Los gobernantes de Esparta eran los descendientes de los invasores que subyugaron y esclavizaron a los habitantes de la próspera comarca agrícola lacedemónica. Este caso fue frecuente en el curso de la instauración del nuevo orden político en la Grecia del siglo VIII. Pero los guerreros espartanos desarrollaron un sistema político que les otorgaba una posición particularmente destacada en relación con una masa ingente de siervos desarraigados, los *ilotas*. Un día al año los espartanos podían declarar la guerra contra los siervos, de tal manera que cualquier ciudadano podía deshacerse impunemente de cualquier esclavo que no le "cayera bien" (MOSSÉ, 1977). Gracias a la esclavitud, los aristócratas, apenas la décima parte de la población total, podían dedicarse plenamente al cumplimiento de sus deberes ciudadanos, que para los espartanos consistían esencialmente en la preparación para la guerra y los Juegos.

Los historiadores (particularmente los deslumbrados por la creación artística de los atenienses) han reprobado sin restricciones el ideal político de la sociedad espartana. Parafraseando a Montanelli se podría decir que "Esparta no tenía ejército; lo era" (1985, 65). Pero gracias a su poderío militar, los lacedemonios lograron imponer su política, y durante más de un siglo Esparta fue un centro impulsor de las artes y la filosofía, acogedor de artistas, poetas y filósofos procedentes de todo el área del Mediterráneo. Estos rudos griegos eran célebres por las máscaras y los disfraces que lucían en los cortejos públicos y por la agilidad y resistencia de que hacían gala en los festivales públi-

cos de danza (DIEM, 1960). Los visitantes de la ciudad se veían sorprendidos por las coreografías improvisadas por grupos de jóvenes, adultos y ancianos desnudos en las plazas públicas. Se atribuye a los atletas espartanos la iniciativa de abandonar el calzón tradicionalmente empleado en las prácticas y las competiciones físicas, en favor de untarse el cuerpo, libre de cualquier vestimenta, con aceite de oliva (TUCÍDIDES, I, 8). Esta unción no deja de evocar posibles reminiscencias o connotaciones rituales. Los jóvenes y apuestos griegos aprovechaban cualquier oportunidad para exhibir sus cuerpos y para criticar o alabar las imperfecciones o la belleza corporal de los demás. De hecho, la presencia física constituía uno de los medios más prestigiosos de ganarse el respeto de sus conciudadanos (SENNET, 1997).

La creatividad y la receptividad de Esparta habrían podido perdurar si su seguridad no se hubiera visto amenazada por el poder y las ambiciones políticas crecientes de otras *polis*. Su peculiar rigidez y su independencia se basaban en una organización militar fundamental, susceptible de rivalizar, por primera vez, con el aterrador y costoso carro militar. Esta innovación guerrera fue el *hoplita*, un disciplinado y aguerrido soldado de infantería, que formaba las célebres y temidas falanges. El equipo defensivo del *hoplita* constaba de casco, un gran y pesado escudo redondo que servía para cubrirse a sí mismo, tanto como a los compañeros y las grebas que le cubrían las piernas; sus armas ofensivas era una larga lanza de unos dos metros y medio con las que aguantaban a pie firme las embestidas y cargas enemigas y una espada corta de doble filo muy útil para los combates cuerpo a cuerpo (MANDELL, 1986). Desde la poesía se les admiraba y cantaba su determinación:

*¡Adelante hijos de los ciudadanos de Esparta, / la ciudad de los bravos guerreros! / Con la izquierda  
embarazad vuestro escudo / y la lanza con audacia blandid, / sin preocuparos de salvar vuestra vida;  
/ que ésa no es costumbre de Esparta Tirteo. 6  
(18 D. K.).*

La falange era una formación de ocho filas de hoplitas que maniobraba, avanzaba o defendía la posición codo a codo, al son de las flautas y tambores. El entrenamiento y el respeto de cada hombre por sus compañeros hacían de la falange una unidad prácticamente invencible en el campo de batalla. Con el tiempo esta formación se impondría como unidad guerrera en la mayoría de las ciudades-estado griegas. La preparación y el mantenimiento de las falanges serían determinantes para la conformación de ciertos aspectos de la sociedad griega, pero fue en Esparta donde se harían sentir en primer lugar y con su máxima intensidad.

Cada miembro de la falange sacrificaba su personalidad, su voluntad personal y su decisión a la disciplina del grupo, en total contraste con el ideal heroico y el orgulloso individualismo de los griegos, que Hesíodo describe como: "...aguijoneadores de caballos que siempre respiran por encima del escudo..." (HESÍODO, *El escudo*, I, 24), en clara referencia a su atención en el combate. La sumisión del espartano a su falange creó una clase de guerreros al margen de la sociedad civil, sometida a un adoctrinamiento patriótico continuo y en permanente estado de alerta. Los niños nacidos en las familias de guerreros eran retirados de la custodia familiar al alcanzar los siete años para ser incorporados a una formación militar, en la que permanecían hasta cumplir los treinta. Después pasaban a la reserva y podían ser llamados a filas en cualquier momento y circunstancia. Sólo cumplidos los sesenta, quedaban libres de toda carga militar (JENOFONTE, *La República de los Lacedemonios*, II).

La obsesión por la preparación de los guerreros explica la distinción alcanzada por los espartanos en determinadas actividades de las que ya hemos dicho algo. Por ejemplo, que eran excelentes coreógrafos y se libraban a la danza con una pasión que alcanzaba niveles próximos al trance (VALENTÍN, 1955; DIEM, 1966; MANDELL, 1986). Así acostumbraban a templar y controlar su fogosi-

dad y reflejos, tan necesarios en el campo de batalla. La incorporación temprana de los jóvenes a una vida social exclusivamente masculina creaba una atmósfera propicia a la pederastia, justamente famosa entre los espartanos (POPLOW, 1959). La obsesión por la preparación física alcanzaba extremos que, saltándose las costumbres generales de los griegos, sometían a sus mujeres a un entrenamiento, en parte, similar al masculino. Además del canto y la danza, las muchachas espartanas debían saber correr y participar en las pruebas de atletismo que se disputaban periódicamente y que les eran reservadas en exclusividad (POPLOW, 1959; DIEM, 1966; MANDELL, 1986).

Los atletas de Esparta eran un modelo para el resto del mundo griego. Entre los XV Juegos Olímpicos (720 a.C.) y los L (576 a.C.) los agonistas espartanos fueron proclamados campeones 56 veces sobre un total de 71 victorias conocidas (POPLOW, 1959; DURÁNTEZ, 1975; MANDELL, 1986). La prueba de velocidad, que se disputaba sobre una distancia equivalente a la longitud del estadio, fue ganada 21 veces (de las 36 que se conocen). Olimpia y sus festivales fueron la plataforma propagandística de Esparta para demostrar a sus rivales griegos su superioridad artística y agonística (GIL, 1992). En el siglo VI a.C., los arquitectos espartanos levantaron en Olimpia un templo de piedra y mármol dedicado a Hera, esposa de Zeus, que adornaron con estatuas de esa diosa y con otras conmemorativas de las victorias de sus propios atletas (PAUSANIAS, Libr. V). Durante varias generaciones, Olimpia fue un lugar destacado identificado con los espartanos, más que templo del panhelenismo.

Algunos descubrimientos espartanos trascendieron más allá de sus fronteras. La expansión de la agricultura y su creciente productividad elevaron el valor de la tierra y encarecieron la cría y el entrenamiento de caballos destinados al ejército; de ahí que la adopción por más de una polis de la falange fuese acompañada de una participación social más amplia, una mayor pros-



peridad y una cultura más elevada (MANDELL, 1986).

Pero Esparta tenía rivales en el terreno económico y militar. Atenas, una potencia marítima de primer orden, imponía cierto temor a Esparta. Ésta, creyendo proteger su Constitución, se apartó de los asuntos panhelénicos encerrándose sobre sí misma y confiando su seguridad a la casta guerrera. Esta actitud no dejó de despertar cierta inquietud entre algunas de las ciudades vecinas, aunque por parte de otras sólo fuera objeto de burla o desprecio. En medio de ese ambiente, Esparta decidió interrumpir su participación en los Juegos Olímpicos. Sin embargo, estudiosos de nuestro tiempo achacan la escasez de asistencias de los espartanos a las Olimpiadas a partir del siglo VI a. C., a los problemas económicos y el no querer funcionar dentro de la economía monetarista (GIL, 1992) que ya hemos consignado en otras páginas.

### **1.5. Las Polis griegas.** (Anexo 4)

Aunque nos atrevemos a comenzar este bello tema, hablamos desde suposiciones. Debemos pensar que los primeros centros habitados de la civilización helénica se preocuparon menos de la regularidad urbana y de los principios estéticos que de las necesidades de la defensa y de las facilidades del comercio.

Con el desarrollo de la democracia en determinadas *polis* griegas, aparecieron en ellas nuevos elementos urbanísticos que indican una participación mucho más intensa de algunos individuos en los asuntos de la comunidad. Aparte de los templos que representaban para los griegos la culminación de su mundo espiritual y el mayor orgullo de su creación artística, surgen en la ciudad diversos edificios dedicados al bien público y al desarrollo de su democracia. Generalmente estas construcciones se situaban en torno al ágora o plaza pública, que en principio albergaba el mercado y que luego vino a cons-

tituir el verdadero centro político de la ciudad. En torno a este ágora se construía el *ecclesiasterón* (sala para las asambleas públicas), el *bouleutérion* (sala de asambleas de la polis), el *prytaneion* (donde se reunía el gobierno ciudadano). Generalmente se podía encontrar también la *stoa*, pórtico alargado, que cerraba a veces uno de los costados del ágora, formada por soportales de una o dos plantas que servían para desarrollar a su amparo la vida de relación y para el comercio y mercaderías. Aparte de estos elementos políticos, administrativos y económicos que formaban el núcleo de la ciudad constituyendo lo que hoy llamaríamos un centro cívico, tenemos otro factor importante dentro de la ciudad griega, que es el que le correspondía a las diversiones y que dio lugar a la construcción de teatros al aire libre, estadios, palestras y gimnasios, que servían para cultivar el cuerpo, educarse y entrenarse para los Juegos o para la omnipresente guerra.

Como se desprende de todos estos hechos, la ciudad había pasado de ser un amasijo de viviendas humildes, dominadas por el palacio templo de un rey divinizado, para convertirse en una estructura más compleja en la que dominaban aquellos elementos que eran para el disfrute de los ciudadanos: plazas, mercados, pórticos, edificios de la administración pública, teatros, estadios, baños, gimnasios, etc. En cambio, como es lógico, no aparece en las ciudades que practicaban la democracia, por su propia constitución política, ningún palacio abrumador que representase el poder o a la autoridad de los jefes. Demóstenes, refiriéndose a los gloriosos días antiguos, dice que en la vida privada era tan ejemplar la moderación de los grandes, su apego a las viejas costumbres tan exacto y escrupuloso, que si cualquiera de vosotros descubriera la casa de Arístides o de Milcíades, u otro de los ilustres hombres de aquellos tiempos, se daría cuenta de que ni el más mínimo esplendor la distinguía de las demás. Claramente, Demóstenes estaba haciendo política con esta afirmación, oponiéndose a los macedonios y dando a entender que cual-

quier tiempo pasado fue mejor. No obstante, algo de razón tenía el viejo orador, al plantear que las casas griegas, aún las de los poderosos, eran modestas y sencillas en los tiempos de la democracia.

### **1.5.1. La polis como racionalización urbana.**

Era lógico esperar que en el ambiente filosófico de Grecia, que legó al mundo las bases del raciocinio y el nacimiento de la idea, teoría, como fundamento del mismo, surgiera una forma de ciudad racional como una organización ideal que resolviera las deficiencias de la ciudad natural o histórica que se había creado a través de los años. El hombre que llevó a cabo esta tarea fue Hippodamos de Mileto, al que podemos considerar como el primer urbanista dotado de un criterio científico y riguroso. Aristóteles le atribuye el mérito de habernos dejado la teoría y haber puesto en práctica una lógica distribución de la ciudad. En general, se le asigna la creación de la ciudad en cuadrícula, aunque ya hemos avistado esa forma en las culturas egipcias y mesopotámicas. Parece ser que se reconstruyeron algunas ciudades griegas en el siglo VI, después de la guerra contra los persas, con este mismo criterio de calles rectas cortándose en ángulos de 90 grados (CHUECA, 1991). Además, las empresas colonizadoras de los helenos les llevaron a expandir este trazado ciudadano por el Mediterráneo, cuando las ciudades se planeaban *ex novo*. Los griegos tuvieron entonces que levantar gran número de ciudades coloniales que, por nacer *ex nihilo*, podían concebirse libres de todo tipo de ataduras, fuesen históricas, topográficas o defensivas, pues los fundadores, podían elegir sin problemas los emplazamientos más idóneos para la nueva ciudad (GARCÍA BELLIDO, 1966).

Hippodamos impuso con vigor sus teorías y las desarrolló hasta un punto que antes no se había alcanzado. Se le atribuyen los trazados de Rodas y el Pireo; el haber escrito tratados de arquitectura y de geometría, el ser un artis-

ta y filósofo notable. Se le considera amigo de Pericles, que le tenía entre sus consejeros, y gozaba de envidiable prestigio en su tiempo, aunque su evidente utopía le granjeó algunas críticas irónicas, como las que Aristófanes le lanza en su comedia *Los pájaros*.

### **1.5.2. La Atenas de Pericles.**

Para comprender la ciudad de Pericles, podemos imaginar que damos un paseo por la Atenas del primer año de la Guerra del Peloponeso, iniciándolo en el cementerio donde probablemente habló el estadista de la democracia. El cementerio está situado extramuros, en la zona noroccidental de Atenas; en las afueras, porque los griegos temían los cuerpos de los muertos a causa, decían, de la polución que rezumaba de aquéllos que habían muerto violentamente y porque, según sus creencias, los muertos podían caminar durante la noche. Siguiendo en dirección a la ciudad, llegaríamos a la puerta de Dipilón, la entrada principal de la ciudad. La puerta constaba de cuatro torres monumentales situadas alrededor de un patio central. Para el pacífico visitante que llegaba a Atenas, observa un historiador contemporáneo, "*la Puerta Triasia era un símbolo del poder y de la impregnabilidad de la ciudad*" (WYCHERLEY, 1978, 19).

Las murallas de Atenas cuentan la historia de su ascenso al poder. Atenas se desarrolló originariamente en torno a la Acrópolis, una elevación montañosa que podía ser defendida con las armas primitivas. Quizá un millar de años antes de Pericles, los atenienses construyeron una muralla que protegía la Acrópolis. Atenas se expandió principalmente al norte de la misma y algunas pruebas, un tanto incompletas, sugieren que los atenienses amurallaron la parte nueva durante el siglo VII a.C., aunque la ciudad inicial distaba de ser una fortaleza sellada. La geografía complicaba el problema de la defensa porque Atenas, como muchas otras ciudades antiguas, estaba cerca del agua, pero no al lado de la misma. El puerto del Pireo se encontraba a tres quiló-

metros y medio de distancia.

La línea vital que conectaba la ciudad y el mar era frágil. En el año 480 a.C. los persas tomaron Atenas y las murallas existentes ofrecieron poca protección. Para sobrevivir, hubo que sellar la ciudad. En torno al 470 la fortificación de Atenas comenzó a hacerse en dos etapas, la primera circundando la ciudad propiamente dicha y la segunda comunicándola con el mar. Una muralla descendía hasta el Pireo y la otra hasta el pequeño puerto de Falerón, al este del Pireo.

Las murallas prefiguraban una geografía de trabajo penoso que no mencionaba la *oración fúnebre*. El territorio vinculado a Atenas, o *jorá*, de unas 208 ha., era el adecuado para criar ovejas y cabras en lugar de ganado vacuno, y para cultivar cebada en lugar de trigo. La tierra había sufrido una extensa deforestación en el siglo VII a.C., lo que contribuyó a crear dificultades ecológicas. El campesino griego cultivaba los olivos y viñedos recurriendo a drásticas podas, una práctica común en todo el Mediterráneo que aquí exponía aún más la tierra reseca al sol. Tan pobre era la tierra que dos terceras partes del grano de Atenas tenían que ser importadas. Pero la *jora* proporcionaba plata y cuando por fin se concluyeron las murallas que brindaban seguridad a la ciudad, el campo comenzó a ser objeto de una explotación intensiva para extraer el mármol. No obstante, la economía rural era fundamentalmente de pequeñas propiedades trabajadas por agricultores individuales con uno o dos esclavos. En conjunto, el mundo antiguo era abrumadoramente agrícola y, como escribe el historiador Lynn White: "*Según una valoración moderada, incluso en regiones considerablemente prósperas eran necesarias más de diez personas dedicadas a la agricultura para permitir que una no viviera en el campo*" (cit. CIPOLLA, 1971, vol. I, 144).

Para Aristóteles, como para otros griegos y ciertamente para las élites de

las sociedades occidentales hasta la Edad Moderna, la lucha material por la existencia era degradante (Política, Lib. I, cap. V). *“De hecho, se ha observado que, en la antigua Grecia, no existía una palabra para expresar la idea general de trabajo o el concepto de trabajo como función social general. Una razón de esto quizá fuera la abrumadora necesidad de trabajar del pueblo, una condición tan ligada a su vida que el trabajo era la vida misma”* (FINLEY, 1985, 81). El antiguo cronista Hesíodo escribió en *Los trabajos y los días* que ni de día ni de noche cesarán los hombres de estar agobiados por la fatiga, la enfermedad y la miseria, mientras nos describe todos los duros trabajos que debía llevar a cabo el campesino griego, el navegante o el artesano.

*“Esta sobrecargada economía posibilitaba la civilización de la ciudad. Incluso dio un giro mordaz al propio significado de los términos urbano y rural. En griego estas palabras, “asteios” y “agrikos” pueden traducirse también como ingenioso y aburrido respectivamente”* (ROBERTS, 1984, 10-11).

En la época de Pericles, las casas atenienses, usualmente de un solo piso, estaban hechas de piedras y de ladrillos cocidos. Si la familia era lo suficientemente acaudalada, las habitaciones daban a un patio interior con paredes o se construía un segundo piso. La mayoría de las casas combinaban la vida familiar y la laboral ya fuera como tiendas o como talleres. Existían distintos distritos en la ciudad para hacer o vender alfarería, grano, aceite, plata y estatuas de mármol, además de un mercado principal alrededor del ógora. La “grandeza de Grecia” no se apreciaba en estos distritos, que olían a orines y al aceitazo de las cocinas al aire libre, de fachadas sucias y deslustradas (SENNET, 1997).

Aunque originalmente había sido una fortaleza, a inicios de la época clásica la colina de la Acrópolis se convirtió en un territorio exclusivo de la religión, un recinto sagrado situado por encima de la vida más variada del ógora. Aristóteles creía que este desplazamiento en el espacio era lógico de acuerdo

---

con los cambios políticos producidos en la ciudad. En su *Política*, venía a decirnos: Una acrópolis es propia de oligarquías y monarquías; el espacio de la democracia es una llanura (Pol. Lib. VII, cap. XII, 1331 b). Aristóteles suponía que entre los ciudadanos existía un plano horizontal igualitario. Sin embargo, “el edificio más sorprendente de la Acrópolis, el Partenón, proclamaba, y lo sigue haciendo, la gloria de la polis ateniense” (SENNET, 1997, 40).

El Partenón empezó a edificarse en el año 447 a.C. y quizá quedó terminado en el 431 a.C., en el lugar de un templo más antiguo. La construcción del nuevo Partenón, en la que Pericles participó de manera activa, le pareció un augurio de la virtud ateniense, porque representaba un esfuerzo cívico colectivo.

*“Para un ateniense como Pericles la palabra griega para ciudad, polis, significaba mucho más que un simple lugar en el mapa. Significaba el lugar donde las personas alcanzaban la unidad” (SENNET, 1997, 41).*

La ubicación del Partenón en la ciudad simbolizaba su colectivo valor cívico. Visible desde muchos lugares de la ciudad, desde los distritos nuevos o en expansión al igual que desde los barrios viejos, la imagen de la unidad resplandecía bajo el sol. El exterior del edificio era importante en sí mismo. Como la piel desnuda, era una superficie continua, autosuficiente y atrayente. En un objeto arquitectónico, una superficie es distinta de una fachada; en una fachada, como la de la catedral de Notre Dame de París, da la sensación de que la masa interior del edificio ha generado su aspecto exterior, mientras que la piel de columnas y techumbre del Partenón no parece una forma impulsada desde dentro al exterior. A este respecto, el templo aporta una clave respecto a la forma urbana ateniense más general. El volumen urbano procedía del juego de las superficies.

Fuera de las murallas de la ciudad, los atenienses establecieron los gim-

nasios académicos, en los que se educaba a los jóvenes. En el ágora, los atenienses crearon un tribunal de justicia que podía albergar a mil quinientas personas; construyeron el edificio del Consejo para la discusión de los asuntos políticos entre los quinientos ciudadanos principales; levantaron un edificio llamado el *tholos*, en que los asuntos diarios eran debatidos por un grupo menor a los cincuenta dignatarios. Cerca del ágora, los atenienses habían escogido una ladera en forma de tazón de la colina Pnyx y organizaron allí un lugar de reunión para todos los ciudadanos.

Tanta mejora material bastó para alimentar una gran esperanza sobre la suerte de la guerra que estaba comenzando. Algunos historiadores modernos creen que la idolatría de la *polis* ateniense fue inseparable del destino imperial de la ciudad; otros, plantean que la construcción de este conjunto de arquitectura pública se empleó como una abstracción retórica, para poder echar a los vagabundos atraídos a Atenas o para controlar a los grupos rebeldes y contrarios al poder. Pero, notamos, que Pericles creía en ellas sin reservas. *“Tal esperanza es comprensible en hombres que presenciaron el rápido aumento de la prosperidad material después de las guerras médicas, dice el historiador contemporáneo Dodds; para esa generación la Edad de Oro no era un paraíso perdido del oscuro pasado, como creía Hesíodo; para ellos no se hallaba detrás sino delante, y además no demasiado lejos”* (DODDS, 1951, 183).

### **La función del gimnasio en la polis.**

Hacia el final del siglo VI a.C. no había ciudad-estado griega que no dispusiese de un mínimo de instalaciones deportivas. Los primeros gimnasios eran meras áreas niveladas, parcial o totalmente protegidas de los rayos del sol, con zonas de descanso y agua corriente en abundancia. Las ciudades más prósperas construyeron imponentes gimnasios adornados con columnas y equipados con salas de reuniones, altares, salones y almacenes con armarios



---

para guardar el aceite de oliva, los polvos y las lociones usados por los deportistas. Más tarde, los opulentos completaron sus instalaciones con baños.

Los gimnasios y sus inmediaciones eran los más agradables puntos de encuentro de toda la ciudadanía masculina. Jóvenes y adultos se untaban unos a otros con el aceite de oliva indispensable para el entrenamiento y la competición. Los más ricos se espolvoreaban con mezclas de polvos conseguidos de hierbas exóticas y minerales; los demás se contentaban con la fina arena que cubría la superficie de todos los campos deportivos griegos. Terminados los ejercicios de entrenamiento, los atletas se deshacían de la capa de grasa y polvo que les cubría la piel con ayuda del *estrígilo* una cuchilla de bronce curvada, que ilustran las láminas del *Mercurialis* y citan diversos autores (DIEM, 1960 y 1966; GILLET, 1971; MANDELL, 1986); luego tomaban un baño en las frías aguas de la pileta o, lo más parecido a una ducha, tirándose el agua por encima en los gimnasios modestos. Los baños calientes eran privilegio de los gimnasios más acomodados (DIEM, 1966).

A veces, anexo al gimnasio, y más a menudo separado del mismo, existía otra instalación más pequeña y más especializada, que podía ser pública o privada, la palestra: una pista recubierta de arena y limitada por una galería porticada. La palestra servía básicamente para el entrenamiento y los combates de lucha, una actividad practicada con regularidad y entusiasmo por los hombres sanos (SENNET, 1997). El profesor de lucha solía serlo igualmente de boxeo y pancracio, y en las palestras más modestas podía incluso acumular las funciones de entrenador en las tres modalidades del atletismo de pista (DIEM, 1966; SENNET, 1997).

Durante varios siglos los gimnasios y las palestras desempeñaron un papel primordial en la vida cotidiana de los varones griegos, contribuyendo, junto con los festivales deportivos, a la afirmación y consolidación del he-

nismo de los griegos (BARCELÓ, 2001). A diferencia de la participación masiva en las pruebas de atletismo de otros tiempos, suponemos que en la época clásica los griegos que actuaban como profesionales y que se desvestían para ser contemplados y admirados por sus conciudadanos eran una relativa minoría. Estos acudían al gimnasio o a la palestra para reunirse con sus amigos, jugar a juegos de tableros, intercambiar noticias, practicar la animada tertulia y, sobre todo, para ejercer la charla intrascendente o el chismorreo. A Sócrates se le veía en todos esos antros. En las tertulias o diálogos las generaciones se mezclaban; se discutía, se conspiraba, se lanzaban bulos y rumores y se gestaban nuevas ideas; las palestras cumplían así la función educativa formal que ya hemos contado. En la época helenística, de las palestras surgieron nuevas corrientes de pensamiento, algunas de las cuales ejercerían una influencia duradera, como el Jardín de Epicuro.

En su época de esplendor, Atenas contaba con tres grandes gimnasios: la Academia, el Liceo y el Cynosarges. Platón y sus discípulos eran asiduos visitantes de la Academia. La denominación de ese gimnasio adquiriría con el paso del tiempo un nuevo significado, el de una institución pedagógica por excelencia. Aristóteles, por su parte, prefería el Liceo, denominación que también sobreviviría hasta nuestros días con una connotación igualmente educativa, a través, por ejemplo, de la lengua francesa y sus instituciones. Determinados gimnasios podían tener la reputación de cobijar agitadores extremistas, mientras que otro era el punto de reunión de jóvenes depravados que prosperaban al amparo del homoerotismo tácito sutilmente asumido por la sociedad griega (SENNET, 1997).

Los prusianos y austríacos del siglo XIX, como no podía ser menos, denominaron *Gymnasium* a sus institutos, en una clara recuperación y reconocimiento de las funciones educativas de aquellos centros de la antigua Grecia (VALVERDE, 1990).

## **1.6. Debate y conclusiones.**

Tendríamos que preguntarnos sobre el papel que los ejercicios físicos tuvieron en el acontecer cultural y cotidiano de los griegos. Y ésta es la cuestión que intentamos responder. Hemos repasado la génesis del agón y sus certámenes, sus formas de expresarlos y las realizaciones que les capacitaban en ellas, así como los éxitos de cada época. Ahora, como conclusión, queremos apuntar algo que se nos antoja imposible, buscar la sustancia esencial que cuajó en el agonismo. En otras palabras, querríamos examinar la peculiaridad esencial del hombre griego, si es que eso existe, y su postura ante los ejercicios físicos. Pero, he aquí el problema: ¿existe esa esencia peculiar?, ¿existió alguna vez ese griego idealizado?, ¿fueron siempre idénticos a lo largo de los siglos? ¿son iguales los esclavos, campesinos, nobles, mujeres, hombres, ancianos, poetas, mercaderes, pensadores o guerreros? ¿era lo mismo ser espartano que ateniense, tebano o de Mileto? Entendemos que nuestra propuesta es desaforada, pues, si ya es difícil conocer a la persona que tenemos al lado ¿Cómo pretendemos conocer a todo un pueblo durante el transcurrir de siglos?

A pesar de la imposibilidad, permitánnos seguir jugando, somos de una facultad que mantiene la asignatura de Juegos (eso sí, clasificados y atados), e intentemos contestar la pregunta que nos hemos planteado. Por lo pronto encontramos que los griegos no son tan diferentes al hombre de nuestros días. Entre la desconcertante riqueza de peculiaridades, aparecen rasgos característicos que, por encima de épocas estilos y clases sociales, permanecieron inalterables y constituyeron el acervo de todos los griegos, la identidad griega. Estos rasgos se pueden encontrar tanto en el arte como en la poesía, en las hazañas y en sus logros políticos, pero también en las omisiones, crueldades y fracasos de estas hazañas. La esencia griega se destaca limpiamente al

comparar a estas gentes con las gentes que nos rodean y comprobar que no fueron, en sus intereses y anhelos, tan diferentes a nosotros mismos.

### **1.6.1. El griego y sus agones.**

Abarcar el carácter nacional griego como un todo es una tarea muy compleja para las posibilidades de este trabajo, sobre todo porque Grecia no fue más que un cúmulo de pequeñas ciudades amuralladas, aisladas o guerreando entre sí, siendo posible que ni ellos mismos tuviesen ese sentido de nación que hoy le pretendemos dar. En resumen, la esencia del mundo griego no se puede prender en una fórmula; ni en la humana sencillez de sus medidas, ni en la bella armonía de sus realizaciones, tampoco en la polaridad constante entre sus cambiantes actitudes dionisíacas y apolíneas, ni en el haber sido un pueblo estético, racionalista, religioso, conservadores de formas y ritos a la vez que siempre desasosegados por un dinamismo vital. Cada una de estas situaciones expresa algo concreto y, si embargo, siempre serán insuficiente, porque el mundo griego fue una energía que se descargó y expandió en muchas direcciones. La posible esencia del hombre griego está en la tensión dinámica que le lleva de un polo a otro, entre el Cosmo y el Caos, entre lo apolíneo y lo dionisíaco, lo olímpico y lo órfico, el deleite y la evasión, la devoción en el mundo y la fe en el más allá, el sentimiento de comunidad y la tendencia al individualismo. El mensaje de Dionisios salva de la contradicción patética entre el dolor trágico y la alegría desenfrenada. Sólo conociendo estas oscilaciones y la tendencia a encontrar un término medio, se puede navegar entre tantos siglos de sorprendente creatividad, sin caer en las simplificaciones.

Autores modernos con más de griegos de lo que ellos mismos pudieran pensar como Nietzsche, cuando descubre los horrores de la existencia en su prólogo al *Origen de la tragedia*, nos habla en oposición a esa tragedia frente a la cual los griegos crearon la religión olímpica, propia de una vida exhu-

berante, física y poderosa.

Vamos a intentar exponer nuestros modestos puntos de vista sobre la problemática del hombre griego y sus ejercicios físicos. Creemos que hasta seis características se pueden analizar de los habitantes de aquella antigua Grecia y siempre ciñéndonos al prototipo que nos ha legado la literatura: varón y aristócrata, es decir, una muestra más de idealismo histórico que de ciencia de la Historia.

1. El griego da la sensación, en todo momento, de ser un individuo que se basta a sí mismo.

2. Su individualismo es tan alto que logra crear un mundo intermedio entre él y los demás, que llama política. Las formas de esta organización social es un fluído distanciador, que además define la vida de la comunidad.

3. La complejidad de la vida está organizada de manera objetiva y plástica.

4. Lo que tiene más importancia vital está centrado en los valores humanos más trandendentales.

5. El contacto con otras culturas, imprime un nuevo sello a la cultura helénica.

6. Es característica de las obras griegas la forma pura, humana, de su existencia, lo que permite desligarlas de su origen y liberarlas de su procedencia. De esa manera, tan sencilla, se extiende el helenismo.

### **1.6.2. La individualidad griega.**

Cuando nacía un hijo, al menos en Atenas, eran los padres los encargados de su cuidado y educación. Si el recién nacido era varón y de buena constitución tenía muchas posibilidades de ser un nuevo ciudadano griego, la situación se complicaba mucho más si el nacimiento era el de una mujer o un

niño con problemas físicos. Superado este temible examen, el niño o niña, dentro de los diez días de su nacimiento, era acogido por la familia con una ceremonia en la que se le hacían varios regalos, entre ellos el nombre.

Según el concepto de los griegos, la existencia está íntimamente vinculada al nombre: con el nombre propio empieza la misma existencia de la persona. Pero a diferencia de los romanos que podían recibir hasta tres: el propio, el de la familia y el de la *gens* o dinastía, el propio de los niños en Roma era el que numeraba a los niños (*Quintus*, el quinto; *Decimus*, el décimo), las mujeres llevaban a veces solamente el apellido, los esclavos el nombre de su señor, y hasta el hombre libre y adulto usaba el de su padre, es decir, carecía de nombre propio; el griego, por el contrario, pone nombre a todos los seres, lo mismo hombres, animales o plantas, para ello recordemos el ingente trabajo clasificatorio de Aristóteles. Para el griego es importante el individuo, y los nombres designan la esencia de cada hombre. Emparentado al principio, el individuo, como ser independiente, se destaca luego cada vez más. Homero aún habla del hijo de Peleo, Aquiles, y en Olímpia, figura grabado el nombre del padre en las estatuas de los ganadores, pero no se recoge en la lista de los vencedores olímpicos. Los pintores de vasos añadían a su firma el nombre de su padre, sólo cuando el padre era pintor y querían expresar la fuerza heredada en la creación propia. Los poetas y escritores renunciaban por completo a esta mención. La referencia al padre era para distinguirlo de otros con el mismo nombre, ese mismo uso se daba a la ciudad donde había nacido: Teófilo de Cimón o Teófilo del Pireo. El nombre designa a la propia persona, que no necesita revestirse de rango, título o profesión (11). A Pericles no le llamaban el estratega Pericles, como Calícrates, Leóstenes o Andrisco, ni Platón era el filósofo o Aristóteles el científico. Esto puede parecer hasta democrático, al menos lo era entre los de las mismas clases sociales, vemos que los aristócratas se trataban así, pero salvando las distancias, lo mismo ocurría entre

los campesinos o los artesanos y comerciantes. La democracia ateniense es la de los aristócratas, de la que poco a poco van apoderándose el resto de las clases sociales, no sin luchas y resistencias. Pero el hombre griego existe, tiene individualidad, en un mundo lleno de imperios gobernados por tiranos deificados, donde los seres humanos, en su mayoría, no cuentan nada ni son tenidos en consideración, ni siquiera por los historiadores de hoy día que siguen enumerando largas listas de reyes, emperadores, generales y otros administradores de la muerte.

Una expresión interesante es la forma de vestir del griego, extremadamente sencilla. La ropa parece quedar en una función subordinada al servicio y no a la ornamentación. Agamenón viste igual que los demás príncipes y guerreros aqueos, todos de estirpes nobles. El griego rehusa llevar vestiduras lujosas o cubrirse de joyas, por parecerle bárbaro y no muy cómodo (los nómadas llevan sus valores repartidos por todo el cuerpo en joyas, para evitar una accidentada pérdida total). Con los costosos adornos cualquier hombre podría parecer más de lo que valía, además de cubrir sus defectos y achaques físicos, lo que en una sociedad guerrera era un mal síntoma.

Sin embargo, y a pesar de lo que en páginas anteriores hemos apuntado sobre el orgullo de mostrar el cuerpo, para aquellos hombres libres y aptos para el servicio público, el pudor era un intenso sentimiento que se recoge en la literatura griega. Para la sensibilidad de los señores griegos la desnudez del recién nacido, del desgraciado, del naufrago o de los derrotados en las batallas, aparece como un síntoma de debilidad y desamparo. Desnudarse de manera exhibicionista es una violación del pudor. Sentimiento que encontramos expresado por Ulises ante Nausica y sus vírgenes, y el mismo Platón teme caer en el ridículo cuando propone una gimnasia común para hombres y mujeres (PLATÓN, *República*, V), pero continua: *"Por consiguiente, las mujeres de los*

*guardianes deberán ir desnudas, ya que la virtud les servirá de vestidura, y compartir con ellos la guerra” (PLATÓN, República, V).*

Sin embargo, no es sorprendente el desnudo practicado en los gimnasios, palestras y estadios. Los competidores en los distintos Juegos agonales, contendían desnudos, a la manera espartana, desde una fecha determinada según nos recuerda Tucídides que lo describe como progreso de la civilización hasta el estallido de la guerra. Como signo de este progreso señala “que los espartanos fueron los primeros en participar desnudos en los Juegos, en despojarse de sus ropas en público” (*Historia de la guerra del Peloponeso, I, 8*), mientras que, nos dice, los bárbaros seguían cubriéndose la zona genital durante sus participaciones en sus juegos. En las épocas minoicas, se luchaba con un pantalón estrecho y ceñido. En la época arcaica tardía y en la clásica comienza a ser habitual presentarse desnudo en los ejercicios de la palestra y del estadio. El desnudo es amplio en el estadio, pero el hombre griego, sobre todo el ateniense, y los habitantes de otras polis con sus influencias, van cubiertos por la túnica que se abre y deja ver el cuerpo desnudo. Es un orgullo para el antiguo ateniense, la exhibición de su cuerpo que afirmaba su dignidad de ciudadano, lo valoraba y tasaba para el principal servicio a la polis, la defensa. Por otro lado, la democracia ateniense daba gran importancia a que los ciudadanos expusieran sus opiniones, al igual que exponían sus cuerpos. Estos actos recíprocos de descubrimiento tenían por objeto estrechar aún más los lazos entre los ciudadanos. En los gimnasios la desnudez era total, percibiéndose la destacada posición que ocupaban los ejercicios físicos en la vida del ciudadano griego. En ellos y a través de ellos se realizan como personas, porque el cuerpo al descubierto, es eso: la persona en todo su ser. La lengua griega usa la misma palabra, *soma*, para designar a la persona y a su cuerpo, un cuerpo indiviso. Junto a la cabeza, el tronco y los miembros son portadores equivalentes de lo personal (12). Una personalidad que vive desde todo el cuerpo, y para quien éste es el instrumento (*órganon*) de su propia representación, sólo puede repre-



---

sentarse en la postura erguida. Los reyes de las culturas orientales se representan sentados en lujosos tronos, lo mismo ocurre con sus dioses; cuando realizan sus tareas domésticas, se dedican a sus ocios o se atarean en la asamblea popular, los griegos suelen permanecer sentados, pero el orador se alza, los actores representan las obras en pie ante los espectadores, al soberano se le visita de pie y de la misma manera se ofrecen ruegos y presentes a los dioses. Mantenerse en pie es la postura de los nobles, la mejor expresión humana, lo erguido es síntoma de vigilancia y arrojo. Un cuerpo erguido se muestra en su fuerza latente, con los miembros dispuestos a la acción, el cuerpo que se ve es la verdadera persona, es el hombre griego.

La cultura griega consideraba que el caminar, al igual que el estar en pie, eran expresiones del carácter. Caminar dando zancadas largas parecía varonil. Homero escribió admirativamente de Héctor: *“Los troyanos avanzaban en formación cerrada, y Héctor los conducía, avanzando a grandes zancadas”*. (HOMERO, *Íliada*, vers. 15.306-10). Por el contrario, *“cuando las diosas Hera y Atenea se presentaron ante Troya para ayudar a los griegos, parecían palomas temerosas en sus pasos”* (HOMERO, *Íliada*, v. 5778).

*“Exactamente al contrario que los héroes, que andaban a grandes trancos”* (BREMNER, 1991, 20). En la ciudad persistieron algunos de estos atributos arcaicos. El paso seguro y lento, ponía de manifiesto que un hombre era varonil y de buena crianza. *“Éste es un rasgo que no considero digno de ningún caballero (declaró el escritor Alexis), caminar por las calles con andares descuidados cuando se puede hacer con gracia”* (ALEXIS, *Fragm.* 263). Las mujeres tenían que caminar con pasos cortos y vacilantes, y un hombre aparecería como femenino andando de esa manera. Tenía que caminar erguido, equilibrado, decidido: en griego, la palabra *orzos* o “recto” señalaba las implicaciones de la reciedumbre varonil.

También el arte representa estas consideraciones, las estatuas muestran jóvenes erguidos que parecen dispuestos a la acción o están en ella: los brazos que parecen golpear o asir al contrario, el tronco dispuesto para el salto o la acometida, el pecho respira y las piernas están prestar a correr. El artista acentúa la función de los miembros, que soportan el resto del cuerpo y expresan un sentimiento corporal específico: vigorosa salud y dinámica vitalidad, audacia vivaz y potenciación de todas las fuerzas y sus posibilidades. Todo el legado de la cultura griega es un muestrario de la figura humana en situaciones activas, no sólo la escultura y la pintura de sus vasos y cerámicas, los adornos de sus edificios más emblemáticos lucen cuerpos humanos como motivos principales.

El friso del Partenón era insólito porque reunía a la vasta multitud de seres humanos que participaban en la procesión panatenaica con imágenes de dioses. El escultor Fidias representaba los cuerpos humanos de manera distintiva en primer lugar acentuando el relieve del contorno más que otros escultores. Esta acentuación aumenta la realidad de su presencia al lado de los dioses. Ciertamente los seres humanos representados en el friso del Paternón dan la sensación de encontrarse más cómodos entre los dioses que los que aparecen, por ejemplo, en los frisos de Delfos.

*“Las figuras humanas del friso del Paternón muestran cuerpos jóvenes y perfectos, con una perfección expuesta en su desnudez y con expresiones igualmente serenas tanto si conducen un buey como si doman caballos” (SENNET, 1997, 43).* La imagen ya la hemos expresado pero podemos entender como los griegos elaboraron una religión con dioses humanizados por no hablar de humanos divinizados.

No podemos dejar de olvidar nunca que el griego es un ser llamado constantemente a la guerra, a la defensa de su polis o al ataque de otras,

sabe que, en ese medio, debe de mantener una preparación lo más amplia posible, en los tiempos más inseguros los agones más valorados eran los del pentatlón y mucho menos la especialidad. En la vida de la comunidad muestra el mismo talante de cumplir con todos sus deberes para con su ciudad. La personalidad helena se muestra en el estadio, no basta con ser distinto a los otros, es necesario ser el mejor. Los agones consistían más que en compararse, en medirse entre el ser más o el ser menos. El espíritu altivo y elata del agonista lo invadía todo.

### **1.6.3. La forma de relacionarse entre los griegos. La Política.**

El hombre griego, siendo un individuo poseedor de un gran ego, supo rodearse de un mundo intermedio que le protegiese de sí mismo, como si no quisiera darse cuenta que el entorno le condicionaba. El aristócrata griego y sus imitadores guarda las distancias y espera que los otros las respeten. Así es como nos los hacen aparecer, sus servidores, en la poesía y otras obras de la literatura. Es curioso comprobar que ni en la épica ni en el drama se dan los diálogos, en las llamadas "*inmortales obras griegas*" sólo existen discursos, a un largo párrafo le contesta otro, pero no hablan, en realidad no se escuchan, proclaman sus pretendidas verdades, mientras que la hilación se hace a través de exclamaciones corales o frases muy breves para asistir al diálogo entre dos personas tendremos que esperar al Quijote. Los graves o jocosos discursos griegos son lanzados al aire, sin esperar respuestas, discusión o refutación (13). El arte de la estatuaria griega muestra sus esculturas aisladas, sin mundo circundante. Un aire claro, frío, sopla en torno a este individuo altanero e idealizado y en vano se espera de él un cálido gesto que atenúe la distancia entre los aristócratas y los hombres más humildes. Nunca nos llegó.

Esta comprobación es sorprendente, el griego es un mediterráneo por

tanto un hombre de comunidad, que se mantenía en la calle, en el ágora, en los pórticos, adonde acudía a discutir, a hacer política, a chismorrear, a seguir conteniendo como individuo ante o contra los demás. Entre ambas situaciones, individualismo y participación social, no hay contradicción aunque a primera vista pudiera parecerlo. El griego no era un ser gregario, pero tampoco un ermitaño, vivía la vida comunitaria con fiera individualidad, era sociable, sabía que vivía por y para la polis. Los amigos son como el mayor de los bienes externos (ARISTÓTELES, *Política*), nos dice el Estagirita.

*“Ojalá se liguen entre sí los mortales sólo con un cariño equilibrado, que no penetre hasta la médula interna del corazón; el querer debía ser facultativo, a tado con suavidad y desatable sin dolor”*(EURÍPIDES, *Hipólito*, 252).

El griego sabía que vivir en comunidad, exige las reglas y condiciones bajo las que es obligado convivir y no se apartó nunca de ellas, sintiéndose solidario y responsable con esas reglas (14). Sin embargo, las reflexiones teóricas se ocupan menos de la adhesión orgánica que de las cuestiones prácticas, que exigían soluciones y decisiones, planteadas a la comunidad y al estado.

La distancia interpersonal que se dio entre los nobles, definió también las relaciones entre maestro y discípulo. *“Platón está cerca de mí, pero más cerca está la verdad”*, dijo Aristóteles. *“He sido mi propio maestro”* (hace constar con orgullo el cantor Temio en la *Odisea*), *“los dioses han dejado crecer diversas canciones en mi interior”* (HOMERO, *Odisea*). De Píndaro sabemos cuanto despreciaba todo aquello que no proviniese de la noble cuna, elogiaba las llamadas cualidades innatas y despreciaba la enseñanza por dar oportunidades a los que no fuesen herederos de los dioses. También Sócrates declara, en su altiva defensa ante los jueces, que nunca tuvo discípulos sino amigos y compañeros. Son los sofistas quienes democratizan las relaciones interclases, creando la diferenciación, previo pago o valoración, entre sabios y aprendices,

educadores y educandos, maestros y discípulos, pero esto ocurre a finales del clásico tardío, cuando las polis van perdiendo su importancia defensiva y por tanto su capacidad congregadora de voluntades. Nos quedaría preguntarnos si aquellos griegos *aristos* estimaban, entre sus virtudes, el agradecimiento, parece ser que no, todo lo que tenían o poseían era un presente de los dioses o de su valía individual. Recibir ayudas de otros era ligarse o depender de ellos, cosa que su fiereza depredadora y agonista no les permitía concederse.

### **El ágora y los espacios agonísticos.**

Atenas agrupaba los cuerpos de sus ciudadanos en dos clases de espacios, cada uno de los cuales proporcionaba a la multitud una experiencia distintiva del lenguaje hablado. En el ágora tenían lugar muchas actividades al mismo tiempo, y la gente iba de un lado a otro y se agrupaba en corrillos para hablar de distintas cosas a la vez. Por regla general ninguna voz dominaba el conjunto. En los teatros de la antigua ciudad, la gente se sentaba en silencio y escuchaba una voz singular continuamente. Ambos espacios planteaban peligros para el lenguaje. En las actividades simultáneas y cambiantes del ágora, el parloteo de las voces dispersaba fácilmente las palabras y la masa de cuerpos en movimiento sólo experimentaban fragmentos de significados continuados. En el teatro, la voz individual se constituía en una obra de arte mediante las técnicas de la retórica. Los espacios en los que la gente escuchaba se encontraban tan organizados que los espectadores a menudo se convertían en víctimas de la retórica, paralizados y deshonrados por su flujo.

El estadio era el centro de un espacio para ser visto, al igual que los demás espacios del agonismo: el hipódromo, la palestra y el gimnasio. Eran lugares para ser, ante todos, juzgadas las evidentes cualidades, espacios didácticos y espacios donde se practica un juego democrático: todos partimos de la misma línea y sólo los mejores serán ensalzados, los demás, testigos y

espectadores a la vez, lo han visto y por lo tanto lo sancionan. El espíritu individualista era tan fuerte que necesitaban de la mirada, y al espacio para ser visto o terreno de juego añadieron el espacio para ver o graderías, que los griegos no solucionaron, como después hicieron los romanos, sino de forma precaria mediante la fabricación de suaves taludes donde se sentaba la gente que acudían a los grandes Juegos religiosos.

Los espacios del agonismo eran lugares de relación social, lo físico y lo intelectual se mezclaban y produjeron frutos que irradiaron hacia el arte, el pensamiento, la religión, la educación, la fisiología, la medicina, etc.

### **Espacios para hablar.**

Aunque la vida en el ágora estaba abierta a todos los ciudadanos, ricos y pobres, la mayoría de los acontecimientos ceremoniales y políticos que se producían en la misma estaban vedados a la inmensa población de esclavos y extranjeros (*metecos*) que sostenían la economía de la antigua ciudad.

La inmersión diaria en la intensa y fluctuante vida del ágora exigía además que el ciudadano viviera cerca de aquella plaza pública. Pero una buena parte de los miembros de la ciudad-estado vivía lejos del ágora, fueramuros, en ese espacio que los griegos llamaban *jora*. A finales del siglo V a.C., cerca del 40% de los ciudadanos vivía a más de 24 kilómetros del centro (SENNET, 1997). Vivir tan lejos significaba que para llegar al ágora había que caminar a pie al menos durante cuatro horas por caminos desnivelados y a campo raso.

Quienes podían participar encontraban en el ágora, en lugar de un caos completo, muchas actividades distintas sin ninguna relación entre sí que tenían lugar simultáneamente: danzas religiosas sobre un suelo desnudo y el cielo por techo, en una parte del ágora denominaba la *orjestra*, y operaciones bancarias en mesas colocadas al sol, detrás de las cuales se sentaban los ban-

queros frente a los posibles clientes que buscaban prestamos. Los atenienses celebraban ritos religiosos al aire libre y dentro de recintos sagrados como el santuario llamado de los *Doce dioses*, al norte de la *orjstra*. La comida y los negocios, la murmuración y la observancia religiosa tenían lugar en las *stoas*, que en la época de Pericles estaban situadas en las partes occidental y septentrional del *Ágora*. Su situación las hacía utilizables en invierno, ya que su parte trasera cerrada protegía del viento y su lado frontal con columnas estaba abierto al sol.

La *stoa* más famosa era la *Poikile* (Pintada), edificada cerca del año 460 a.C. en el lado norte del *Ágora*, daba a la vía de las Panateneas, que conducía a la Acrópolis. A diferencia de la mayoría de las *stoas* del *Ágora*, ésta se había construido sin ningún propósito ni actividad específica, tampoco para el uso de un grupo de funcionarios. Más bien parece que sirvió a las necesidades del pueblo en general, proporcionando cobijo y un lugar de reunión cerca del *Ágora*. Aquí la muchedumbre observaba a los comeafuegos, tragaespadas, malabaristas y saltimbanquis; escuchaban a los filósofos y narradores; mientras que eran acusados por los mendigos y parásitos, efectuaban sus compras a los pescaderos, fruteros, carniceros y aguadores (SENNET, 1997). Y ahí es donde más tarde Zenón fundaría el movimiento filosófico denominado estoicismo (de *stoa*). Curiosamente, el distanciamiento de los poderes y los deseos terrenales por el que abogaban los estoicos se generó en este espacio de baratijas y diversión.

La evolución de la democracia ateniense configuró las superficies y el volumen del *ágora*, porque el movimiento posible en un espacio simultáneo era adecuado para la democracia participativa. Paseando de grupo en grupo, una persona podía enterarse de lo que estaba sucediendo en la ciudad y participar en su discusión. El espacio abierto, por otro lado, también invitaba a la participación casual en los asuntos legales. Los atenienses del período democrático eran famo-

sos por su afición a las disputas legales. Un personaje de *Las Nubes* señala en un mapa mientras dice: "Aquí está Atenas" y recibe la contestación siguiente: "No lo creo. No se ven jurados sentados" (ARISTÓFANES, *Nubes*, 207).

Aunque las pruebas arqueológicas no son seguras, probablemente el tribunal popular más importante de la ciudad, la *Heliaia*, se encontraba en la esquina suroeste del *Ágora*.

En el espacio abierto del *ágora* tenía lugar el acto político más serio de los atenienses: el ostracismo o sea enviar una persona al exilio fuera de la ciudad. Una vez al año todos los ciudadanos se reunían para decidir si determinados individuos se estaban haciendo poderosos, de manera que su fuerza les amenazara con la tiranía; allí se pronunciaban discursos y se elaboraba una lista de las presuntas amenazas. Después, se concedían dos meses de reflexión, pasados los cuales volvían a reunirse para tomar una decisión.

Aristóteles en su *Política* recomendaba que la plaza del mercado para comprar y vender estuviese separada de la plaza pública y a cierta distancia de la misma (ARISTÓTELES, *Política*, Libro VII, IX). Al estagirita no le vemos como enemigo de la diversidad pero es posible que tenga razones poderosas para exigir tal separación. En otro lugar de su *Política* escribió: "Una ciudad está compuesta por diferente clases de hombres, personas similares no pueden crear una ciudad" (ARISTÓTELES, *Política*, Libro VII, VIII). Aristóteles no escribía como un conservador actual en el sentido de que los gobiernos no deben intervenir en las leyes del libre mercado. Por el contrario, pensaba como un conservador y esclavista de su época, planteándose que mezclar la economía y la política iba en detrimento de la administración de justicia. Comentarios posteriores han buscado argumentos parecidos para defender la *majestad de la ley* en su propio espacio utilizando el lenguaje de orzos. "Los magistrados deben de ser vistos en toda su dignidad y ésta debe resultar evidente para el pueblo y no perderse en el gentío" (OBER, 1989, 299); aún estan-



do de acuerdo con la llamada dignidad del magistrado, de envolver su tarea en dicha dignidad y seriedad, su principal fuerza debe de radicar en su defensa de la justicia, y no decimos de las leyes, un grandísimo instrumento para evitar las arbitrariedades, aunque no el único, pensamos que es el sentido de la justicia lo que le da capacidad de procurar satisfacción a las víctimas, pertenezcan al estrato social que pertenezcan.

La ciudad levantó efímeras construcciones de madera en la *orquestra* al aire libre cuando se representaban las nuevas obras de teatro. A mediados del siglo V a.C. estos tinglados de madera se vinieron abajo durante uno de los festivales anuales y en su lugar fue excavado en la ladera sur de la Acrópolis, un edificio teatral en piedra, un graderío dispuesto en una concavidad y en cuya base actuaban los danzarines y los actores. Durante el mismo período, buena parte de la música que se interpretaba al aire libre en el ágora se desplazó al Odeón, un edificio con techumbre dedicado expresamente a los certámenes musicales. El ágora continuó llenándose de *stoas* y templos. La asamblea de los ciudadanos siguió reuniéndose en el ágora para decidir el ostracismo; los tribunales de justicia rebosaban de gente; las calles que daban al ágora experimentaron una gran expansión como mercado central de la ciudad. Pero para aquel entonces el ágora no era el espacio dominante de la voz, era la voz de la calle que ya había perdido el Poder. Su diversidad humana a base de artesanos, clases medias, esclavos, mujeres y otros, no coincidía plenamente con la voz del Poder.

#### **1.6.4. La relación del griego con su entorno.**

La esencia helena se forma armonizando su vida cotidiana con lo que les viene de fuera, lo no griego. Desde muy pronto, los griegos buscaron el contacto con otros pueblos y observaron las diferencias de vida (FARRINTONG, 1981). Como si fuesen etnólogos del siglo XIX, no sólo fueron conscientes de su propia y pecu-

liar esencia sino que estaban dispuestos a observar, recibir, aplicar y aprender de todos los pueblos con los que tuvieron intensos contactos: fenicios, egipcios, persas, africanos y pueblos del norte. Así se trate de la escritura, la moneda, los mitos, los cultos, motivos o formas artísticas, las matemáticas o conocimientos científicos, evidentemente no se limitan a copiar, cosa que tampoco ocultan (FARRINTONG, 1981), sino que lo traducen y amoldan al ser griego. Se acepta, se transforma, se aumenta, se amplía o profundiza de forma que lo enriquecían y las más de las veces resultaba más bello. Desde la interpretación de los griegos, lo que viene de otros pueblos parece que vuelve a nacer y Goethe llega a decir, en carta de 17 del 3 de 1832 a W. von Humboldt, refiriéndose a este fenómeno: El mejor genio es el que admite todo, y sabe apropiarse de todo sin perjudicar nada a lo que se llama carácter, antes bien, lo eleva aún más y, en lo factible, le brinda nuevas posibilidades (GOETHE, 2002).

Esta transformación y adaptación supone la rara capacidad de desligar algo que ha crecido orgánicamente en otro suelo, desarraigándolo de manera que siga siendo capaz de vivir y desarrollarse. Es una capacidad que ha influido también en las propias creaciones helénicas, porque cada obra quiere ser algo más que únicamente griega. Si se apuntara secretamente a la forma pura de su propia existencia, habría que eliminar todo lo adherido por el azar de su origen. Se tiende, por encima de los meros límites del origen, hacia lo absoluto. Este desprendimiento de las obras griegas y nuestra característica tendencia a considerar universal (occidental) lo griego, han contribuido a presentar la cultura helena como un canón universal, con un resultado que no se sujeta a los límites de espacio y tiempo ni, por otro lado, presupone un contacto físico (15).

Ya hemos recorrido el círculo en el que se movieron las peculiaridades de la esencia helena. Se puede decir que la historia de cada pueblo es una

vida orgánica que recoge lo que de bueno o malo hay en él. En la Grecia clásica hubo que luchar, desde sus principios, para afianzarse en medio de tantos pueblos expansivos y agresivos. Por donde, después de su irrupción en el Egeo, encontraron una cultura superior frente a la cual tuvieron que conservar sus propias esencias o inventárselas. Nunca tuvieron un momento de reposo, ni de comodidad, ni de posibilidad de disfrutar de su manera de ser, la lucha y la guerra fue una constante. El medio humano de aquellos tiempos les forzó a una disputa incesante, una competición con las dos únicas alternativas del momento: o afianzarse o perecer. Así, desde el principio, la cultura griega fue el resultado de sus esfuerzos para continuar como grupo humano, esa fue su autenticidad, pues nunca pudieron vivir solos y siempre estuvieron observados por los pueblos vecinos, vigilantes de sus posibles debilidades. Por eso mismo, constantemente se vieron empujados a progresar, a producir y a asumir, pasado los siglos, el tremendo desgaste de su magnífico esfuerzo que terminó agotando su admirable fuerza creativa. También el desligamiento de sus obras era peligroso y pronto aparecieron los síntomas de declive, casi imperceptible en la época arcaica, pero definidos con total claridad tras la quiebra de las polis. Nunca sabremos si ellos se dieron cuenta de estos peligros, seguramente no, pues las guerras del Peloponeso parecerían el impulso desmesurado de una única hegemonía que acabó llevando a la destrucción. El dilema es insoluble y nos queda ese regalo de sus obras, el eco de sus poetas y la hermosa brillantez de sus pensadores; las palabras de unos cuantos, quizá los mejores de aquel pueblo, pero que aún están llenas de vigor y vida.

### **1.6.5. El espacio deportivo en el mundo griego.**

La idea de espacio en el mundo griego parece salido desde el concepto de lugar, sitio, territorio; esto último, sin embargo, es una definición psicológicamente muy simple y todas las experiencias sobre el objeto, tienden, a

demostrar como el espacio que lo contiene, es el espacio del objeto o de los objetos. A esto corresponde una concepción del hombre ahistórica y fijada en una definición arquetípica, en la cual el espacio y el tiempo se identifican con el objeto representado como un academicismo ejemplar.

La intensidad de los conocimientos desarrollados sobre el mundo griego en el orden psicológico, a través de la mitología y la religión olímpica, presenta sus indagaciones (del hombre y de las cosas) en el orden físico, ya sea en la estructura formal del objeto, moviéndose los modos de representación en un nivel casi exclusivamente visual: el sentido del espacio proviene, por lo tanto, del interior del objeto y en él acaba, concuyéndose así su perfección arquetípica. Para Aristóteles el infinito es imperfecto. En tal acepción del espacio puede comprenderse también su carácter de unidicidad. El espacio de Euclides era el único posible, como la categoría del *donde* de Aristóteles; eso ya era una unidad, a la vez que el lugar de la realidad. Resumiendo, *“el espacio no es sentido como algo capaz de circunscribir y resolver la contraposición entre los cuerpos y los no cuerpos, en cierto modo, viene a ser lo que queda entre los cuerpos”* (PANOFSKY, 1961, 51). Por consiguiente, el espacio-lugar es definido como una superficie en contacto con el objeto y como límite de éste y de cuanto lo circunda; es un espacio puramente geométrico, en cuanto dimensionable según una relación “métrica” entre los objetos, es puramente formal, en cuanto definitorio de los contornos de las formas que en ellos podamos tener luego.

Tal concepción del espacio parece entender bien, tanto la morfología de la naturaleza como la geometría de los objetos arquitectónicos y de los equipamientos, en una plenitud armónica y creativa de correspondencia geométrica y morfológica que sólo el estudio de un hombre íntegro y concienciado puede garantizar.

El espacio del deporte entra en la cuadrícula de la polis griega, ofreciendo una cierta redundancia arquitectónica, bajo las formas de los distintos tipos de gimnasios, de las palestras y de los estadios que integran los modelos clásicos de la arquitectura sacra y espectacular, el templo y el teatro, en los modos de constituir aquella unidad de la arquitectura urbanística representada en los emplazamientos selectivos de las acrópolis como en los tejidos urbanos de la Magna Grecia y en las mallas hipodámicas. El sentido de la ciudad acabada, el del espacio físico construido y concluido, contrasta con el plegamiento del espacio natural, en una condición psicológica de abstracciones desconocidas hasta entonces.

Así como la dimensión urbana del espacio agonístico se concreta en un modelo arquitectónico-urbanístico, con el mismo vigor asume la dimensión extraurbana al asumir los juegos, sobre todo con la institucionalización de las olimpiadas en el siglo VII a.C.. El recinto de los Juegos se sitúa a los pies del templo de Zeus, en la base de la pendiente de aquel legendario santuario que fue el monte Olimpo, y comprende sólo el lugar llamado estadio, de 211 x 32, compuesto de una pista de arena y con tres lados para acoger a unos 40.000 espectadores, con gradas talladas en la roca y recubiertas de mármol, cosa del tiempo romano, los griegos nunca prepararon asientos, se acomodaban por las laderas sin muchas más complicaciones. Vecino al estadio, parece ser que estaba el hipódromo, destinado a celebrar las carreras de carros y caballos y del que aún no se ha encontrado ningún vestigio. No había residencias en el entorno del monte sagrado, excepto las construcciones para los atletas y sus entrenadores, con instalaciones más refinadas y reservadas para los paidotribas más singulares que iban con pupilos exclusivos.

En esta situación extraurbana, muy alejada de la moderna concepción de las villas olímpicas actuales, copias de las ciudades del tipo funcional (la

ciudad del deporte), se solucionan las relaciones entre lo artificial y la naturaleza, entre lo natural y lo construido, tramitando la derivación de lo ético-religioso de la actividad agonística, previo filtración por la dimensión urbana directamente del sentido político de la polis y su forma cultural enganchada a la comunidad de la cultura helénica, que se decanta al mandar a sus propios campeones a los Juegos.

Pero el espacio del agonismo deportivo vuelve a penetrar simbólicamente en el espacio físico de la singular ciudad griega, en lo usual de acoger al atleta vencedor, de vuelta de Olímpia, haciéndole entrar en la polis a través de una brecha deliberadamente abierta en la muralla de la ciudad. Dándo a entender que con guerreros como él, no necesitan murallas defensoras.

A la concepción ético-religiosa de los Juegos, le corresponde la dimensión sacra del espacio urbano en la cultura griega, a partir de la civilta romana el espacio del juego se caracteriza por una encendida y vistosa espectacularidad y el mínimo espíritu agonístico. Y al revés, la dimensión sacra se transmite desde el espacio urbano a los juegos en sí mismos, en una sola acción se solapan los juegos y el culto, lo que da soporte y motivación a un concepto de deporte como espectáculo de masas, muy semejante a lo que ocurre hoy día.

## NOTAS

(1). Fuentes de este apartado: Antífote de Atenas (Diels, Fragmentos); Aristófanes; Aristóteles, Política, VIII; Ateneo de Náucratis, Banquete de los sabios, X; Baquilides; Calímaco; Cornelio Nepote, Epam.; Demócrito de Abdera (Diels, Fragmentos); Diodoro Sículo, Biblioteca histórica, XII y XIV; Diógenes Laercio, II, V, VII, VIII, IX; Dión Crisóstomos, Orati. VII, VIII; Eliano, *Variae Historiae*, II, XI; Esquilo; Esquines, Parapresb.; Estacio, Tebaida, VI; Estrabón, VI, IX; Eurípides; Filolao de Crotona, (Diels, Fragm.); Filóstrato, Apolonio de Tiana, Gimnástica, Imágenes, Heroikos, III; Flegón, Crónica de las Olimpiadas; Gorgias de Leontino (Diels, Fragmen.); Eusebio, Crónica, I; Heliodoro, Etiópica, IV, X; Heródoto, Historias, III, IV, VI, VII; Hesiodo, Teogonía, El Escudo; Homero, Iliada, XXIII, Odisea, VIII; Isócrates; Critias de Atenas (Diels, Fragm.); Jenofonte, Memorabilia, I, III y Helénicas, III, IV, VII, Econ. Cin.; Luciano, Anacarsis, Carón; Pausanias, I, III, IV, V, VI, VII y VIII; Píndaro, Odas Olímpicas, Píticas, Istmicas y Nemeas; Platón, Critón, Gorgias, Protágoras, Leyes, La República, IV, El Banquete; Plutarco, Solón, Licurgo, Temístocles, Pericles, Isocrates, Filopoemen.; Polibio, Historia, IV, XVII; Pollux, Onomasticon, III, VIII, IX, X; Pseudo Platón, Hiparco; Simónides de Ceos; Teócrito, Idil., XXII; Tucídides, I, II, III, V; Tirteo y Alcmán, Fragmentos; Vitrubio, De arquitectura; Xenófanes de Colofón (Diels, Fragme.).

(2). Breasted, 1936; Dodds, 1951; Popplow, 1959; Mumford, 1961; Nestle, 1962; Diem, 1966; Durántez, 1975; Wycherley, 1978; Hauser, 1979; Bowra, 1981; Farrington, 1981; Morey, 1981; Mandell, 1986; Andrieu, 1989; Mommsen, 1992; Fränkel, 1993; Vernant, 1993; Sennet, 1997; Popper, 1999; Desclos, 2000; Barceló, 2001.

(3). La talasocracia consiste en el Imperio de una sola nación sobre los mares, con exclusión de los demás, a los que se les cobra impuestos por circular.

(4). "No obstante, según oigo, acostumbran los griegos emprender guerra muy sin consejo, por su arrogancia y torpeza. Pues luego de declararse la guerra unos a otros, bajan a la llanura más hermosa y despejada que han hallado y ahí combaten, de suerte que los vencedores se retiran con grave daño, de los vencidos, ni digo palabra, ya que quedan aniquilados. Como hablan todos la misma lengua, debían de componer sus diferencias por medio de heraldos y mensajeros, y en cualquier forma antes que con batallas. Y si les fuera absolutamente preciso combatir unos contra otros, les convendría hallar el punto más fortificado de unos y otros y acometer por ahí. Los griegos por usar de esta mala costumbre, cuando avancé hasta Macedonia ni siquiera pensaron en combatir" (HERÓDOTO, lib. VII, 9).

(5). véase La Medusa del frontón del templo de Artemisa en Córcega, siglo VI a.C.

(6). Un horror inmenso parecía coronar las terribles cabezas de las Gorgonas... Combatían allí los hombres, cubiertos de armas belicosas. Mientras unos alejaban el desastre de su ciudad y de sus familiares, otros acudían a la lucha con enconado ardor (HESÍODO, El Escudo, 235).

Muchos habían caído ya, pero el grupo más numeroso seguía combatiendo denodadamente. Las mujeres lanzaban agudos clamores en los broncíneos baluartes, y se arañaban las mejillas. Hubiérase dicho que estaban vivas, gracias al arte asombroso de Hefesto (HESÍODO, El Escudo, 240).

En cuanto a los hombres, todos aquellos a quienes la vejez abrumaba hallábanse reunidos fuera de los muros, con los brazos tendidos hacia los dioses bienhechores, trémulos de inquietud por los hijos. Estos combatían encarnizadamente, y en torno suyo estaban las Keres, de color azul oscuro, cuyos dientes sin cesar rechaban (HESÍODO, El Escudo, 245).

(7). Virgilio es el que recoge la información de todo lo que falta en la Iliada de Homero, gran parte del final se perdió y fue este poeta latino el que completa, por conocerlo, las lagunas sobre el final de la guerra de Troya.

(8). Apriadados del menor de los hijos de Cronos, unos pastores lo llevaron corriendo hasta el valle de Altis, donde se decía estaba la tumba de Pélope. El niño quedó allí al cuidado de la ninfa Amaltea, y más tarde, cuando el infante se convirtió en el dios tonante Zeus, concedió, en recuerdo de su salvación, a los atletas que ganasen la carrera del estadio el derecho de ser inmortalizado y venerado con una estatua que le recordase.

(9). Entre los muchos notables que acudieron a Olimpia destacan Quilón de Esparta, que murió en esta ciudad en el año 556 a.C., al ver a su hijo coronado como vencedor del pugilismo; Tales de Mileto; el historiador Herodoto, que presentó en Olimpia su Historias sobre las Guerras persas, y fueron oídas, al parecer, por un joven y después gran historiador, Tucídides. También se tiene constancia de la estadia de pensadores como Empédocles, Anaxágoras, Platón, Diógenes el Cínico, los sofistas Hípias y Gorgias, el dramaturgo Sófocles, el orador Isócrates y otros muchos en las épocas sucesivas, como Luciano de Samosata, Dión Crisóstomo, Apolonio de Tiana, Filóstratos y hasta el extraño Proteo Peregrino, que se quemó vivo en medio de la multitud congregada para los Juegos. No podían faltar a los Juegos, sus cantores, esa especie de panegiristas que por dinero alababan las excelencias de los participantes más ricos, como Arquíloco de Paros, Simónides de Ceos, Baquilides y Pindaro.

(10). Ligdamis de Siracusa, ganó el primer pancracio en la octava Olimpiada. Los habitantes de esta ciudad abrieron una puerta en la muralla para que este héroe fuera el primero en entrar por ella al regresar de Olimpia.

(11). Contrapuesto al romano, a quien no se puede imaginar sin su carrera política, al egipcio para quien la vida es una sucesión de cargos administrativos, o al hombre moderno que se escuda en sus títulos universitarios o de otra índole.

(12). En Platón se desplaza este equilibrio a favor de la cabeza, sede de las fuerzas espirituales.

(13). El teatro de Shakespeare, denominado Isabelino, es igualmente una sucesión de monólogos entre el ser y no ser. Tuvimos que esperar a Cervantes, un soldado de mala fortuna, para que apareciese el diálogo, dos personas, singulares e independientes en sus caracteres, un loco y un simple campesino que cabalgan juntos, hablan, se escuchan y se responden. Su transcurrir se distingue entre el ser y el estar.

(14). La poesía griega elude contantemente las manifestaciones exageradas de afecto y ternura. Sin embargo, aún dentro de esa frialdad la despedida entre Héctor y Andrómaca, en la Iliada de Homero, corta y escueta, es de una humanidad impresionante y es ejemplar de lo que decimos. El héroe individual es a la vez el padre y el esposo reponsable así como el hombre público que irá a cumplir con el papel que sus conciudadanos le han otorgado.

(15). Los grandes propulsores de la cultura griega como Winckelman, Goethe, Schiller, Hölderlin, Buckhardt o Nietzsche, nunca pisaron Grecia.



## 2. La magnificencia: Roma.

Pero esta ciudad ha levantado la cabeza entre las otras tanto como  
los cipreses suelen entre las mimbreras flexibles...

Virgilo. BucólicasI, 19.

### 2.1. Introducción. (Anexo 1)

Aconteció la entronización de Roma (el nombre, aparte de las leyendas sobre Romulo y Remo, nos dice Cornell (1998), puede que derive de la palabra griega *rhome* que significa fuerte) que desde sus rústicos orígenes en el siglo VIII a. C. como aldea de cabañas de bálago junto al Tíber, maduró hasta convertirse en una de las metrópolis más ricas y pujantes que han existido como potencia dominante en la cultura de occidente y en pleno centro del Mediterráneo (DARENBERG y SAGLIO, 1900; COARELLI, 1975; GRANT, 1978; MOMMSEN, 1992; CORNELL, 1998). Nació en la minúscula isla Tiberina, casi un puente sobre el Tíber; teniendo a un lado a los etruscos, orientales, religiosos, artísticos y creativos, y al otro los lacios, guerreros sedentarios, dedicados a la agricultura. En el sur de la península la Magna Grecia (CONNOLLY, 1998; CORNELL, 1998). De nuevo nos encontramos ante un choque de civilizaciones, las confluencias de culturas, el crisol étnico y enriquecedor (POPPER, 1994). Su monumental grandeza se aprecia en los restos que aún quedan diseminados por la actual ciudad de Roma (COARELLI, 1975). Para glorificarse a sí mismos, los emperadores construyeron templos y foros, palacios, arcos y columnas triunfales. Para tener contento al pueblo, erigieron teatros, termas y arenas grandiosas como el Coliseo (SENNETT, 1997; CORNELL, 1998).

Roma, además, alcanzó otro logro del que en la actualidad nos declaramos deudores; introdujo la *res-pública*, que no era exactamente la democracia, ya inventada por Grecia, sino un concepto de los derechos ciudadanos, puesto que en Roma la ciudad es *civitas*, de donde deriva civilizar, y no *polis*, vocablo del que deriva política. Pero esos derechos no son como los de

los aristócratas griegos, participativos en todos sus sentidos, en Roma son otorgados a la plebe, al gentío, a la masa: estadios llenos y comida gratis es la realidad de la gente, de los desposeídos (GRANT, 1978). Sin embargo, y al mismo tiempo, creaba otro instrumento definitivo, el derecho, todos los individuos estaban legislativamente unidos y obligados (GUALAZZINI, 1968; GEMISTO, 1995).

Partiendo, pues, de esta unidad de las particularidades, Roma acertó a levantar la obra más gigantesca que nunca se realizó en el Mediterráneo: el Imperio (BIANCHI, 1970; GRANT, 1978). Aquel Imperio fue un serio instrumento de dominio, seriedad que no se volvería a alcanzar, en la historia de la humanidad, hasta la aparición de Imperio Inglés durante el siglo XIX, y ahora, en el ensayo globalizador de EE.UU. La única totalización y totalitarismo que conoció este mar de cultura fue el convertirse en el *Mare Nostrum*.

Sabemos que, en sus inicios, los romanos estaban sometidos a los etruscos, poderoso pueblo del centro de Italia que llegó a dominar buena parte de la península (FRAYON, 2001). Hastiados de una monarquía, a menudo brutal, las familias prominentes de Roma acabaron derrocando a los reyes etruscos en el siglo V a. C., que resultaban ser incompatibles con el comercio de los tiberinos y los lacios (FRAYON, 2001).

En el 509 a. C., es decir, 244 años después de la fundación se instauró la República, regida por un senado que lo formaban gentes que, a la par que traficaban y comerciaban, legislaban (GRANT, 1978); familias de patricios romanos que instauraron una forma de gobierno casi representativa, encabezada, según la tradición, por dos cónsules elegidos para el mandato de un año. Aquello marcó el principio de la República, un sistema de gobierno que se prolongaría hasta que Augusto fue proclamado emperador 428 años más tarde (GRANT, 1978).

Esos cinco siglos estuvieron marcados por una creciente prosperidad y una cierta democracia (Anexo nº1). La Roma republicana presentaba esen-

cialmente tres estratos sociales: los esclavos, que prácticamente no tenían derechos; el pueblo llano o plebeyos, una categoría que englobaba a muchos libertos o ex-esclavos y gentes sin fortuna; y los patricios, aristócratas que descendían de las antiguas familias dominantes y servían, por derecho de cuna, en una de las instituciones de gobierno más insistentes en el mundo antiguo y moderno: El Senado. El de Roma, poco a poco, fue invadido por ricos de origen plebeyo (FRIEDLÄNDER, 1974; CARCOPINO, 2001).

Las legiones romanas portaban grandes estandartes con la conocida leyenda SPQR: *Senatus populusque Romanus* (algo así como: “En el nombre del senado y del pueblo de Roma”). Pero en buena medida, la historia de la República fue la historia de las rivalidades entre el senado y la plebe, una confrontación que fue, poco a poco y aún pareciendo lo contrario, ganada por el número y la influencia del enriquecimiento del pueblo (GRANT, 1978).

Una parte significativa de los episodios de esta “lucha de clases” se libraba en las plazas, al pie de los arcos triunfales y en los majestuosos templos porticados del Foro, concurrido centro cívico que constituía el alma de la ciudad. En él pronunció Cicerón sus célebres discursos. En él nos dice Shakespeare, en su obra *Julio César*, apareció Marco Antonio “para enterrar a César, no para alabarlo” (Cuad. VIII), en el 44 a.C. En la curia o cámara rectangular del Senado era donde se reunían los plebeyos para expresar sus opiniones mediante el *plebiscitum* o decisión de la plebe (GRANT, 1978).

En el siglo II a.C., el derecho al voto estaba tan firmemente arraigado entre el pueblo, que en Roma se desarrolló un vigoroso sistema político que sin duda podría compararse con el que usamos actualmente. Había partidos, facciones, patrocinio y mecenazgo, bandas, propagandas, carteles y pasquines, escándalos, corrupciones y los que no confiaban en el sistema (GRANT, 1978). Un caso que ejemplificaría lo dicho lo constituye la historia de Marco Licinio

Craso, un rico comerciante, propietario de minas de plata, esclavos y un lucrativo cuerpo de bomberos (MOMMSEN, 1992) (1).

### **2.1.1. El Imperio.**

La República dura hasta que el golpe de Julio César que, profundo anti-republicano, decapita las facciones del senado (JEHNE, 2001).

En aquel tiempo Roma era un hervidero de intrigas políticas y de agitación ciudadana. Al parecer, las únicas noticias buenas eran las que llegaban desde los campos de batalla y la población esperaba ansiosa nuevos informes. César, escritor notable, tanto como soldado, convirtió la redacción de los despachos militares en un arte (JEHNE, 2000). La culminación fue su sucinto mensaje después de ganar en Zela sobre el ejército del Ponto: “*Veni, vidi, vinci*”. Durante sus campañas militares, viajaba con dos escribientes a los que les iba dictando sin cesar la correspondencia, los partes de guerra, las crónicas, sus *Comentarios a la Guerra de las Galias*, etc., desde entonces los tiranos reciben el nombre de dictadores (GRANT, 1971 y 1978; JEHNE, 2000).

Cuando en el año 49 a. C. César cruzó con sus tropas el Rubicón, desafiando las órdenes del Senado, era evidente que iba a por todas (JEHNE, 2000). Los republicanos que le mataron el año 44 a. C. tenían claro que estaban intentando salvar la República y, por extensión, la aristocracia romana (GRANT, 1971 y 1978; JEHNE, 2000). Lo que consiguieron fue el desarrollo de otra larga guerra civil, no una lucha política con sus reglas y cánones, sino una matanza en la que la hegemonía se ratifica con la muerte del enemigo. Así nace el Imperio. Consolidándose sobre el poder absoluto de Octavio César Augusto como bóveda de un nuevo bloque de poder formado por la plutocracia de los caballeros, la burguesía de las grandes ciudades y los restos de la antigua nobleza (GRANT, 1978). Forjan el nacimiento de un Imperio y de un poder absolu-

to y jurídicamente consolidado. Conservando los fastos aristocráticos del circo y del anfiteatro sólo como un atractivo decorado sobre el que los poseedores del poder económico se convierten en detentadores del poder político y entretienen a un pueblo que ya ha declinado todas sus responsabilidades cívicas (GRANT, 1978; HORMIGÓN, 1976; BRAVO, 1999; JEHNE, 2000).

Después de la guerra civil, Octavio, con el nombre de César Augusto, impone la *Pax Romana* e inaugura el período de las dinastías imperiales, empezando con la suya: "la julia". Así surge el Imperio, cuya tremenda tensión se enmarca dramáticamente en el número de emperadores y figuras de las ciencias, las artes y la política asesinados o suicidados, comenzando por el propio Julio César, continuando con más de trece emperadores y figuras tan señeras como Séneca, Petronio y otros (MOMMSEN, 1992).

De nuevo, el arte va a reflejar la situación. Los bustos romanos presentan unos rostros como jamás los griegos habían logrado: son caras con historia, "envejecidas", en cada retrato romano hay una biografía personal, los ojos penetrantes, la boca de trazado firme, el gesto de transcendencia, todo pesa, cuelga lo pasado de cada faz (GOMBRICH, 1960; BRILLIANT, 1963; ZANKER, 1990). Retratan la fuerte tensión provocada por el Imperio y su gobierno, en el que no es posible la libertad del hombre individualmente, a lo griego, pues el romano forma parte de un complejo, enorme y titánico engranaje de poder. "Cuando no es la brutalidad de los intereses económicos y del Estado son las leyes, casi divinizadas, las que dominan sobre toda la sociedad: el moderno estado de derecho es su heredero" (HAUSER, 1979, T. I, 142-143).

### **2.1.2. El poder de Roma.**

Los historiadores han debatido profusamente sobre cómo pudo Roma dominar por tanto tiempo el llamado mundo occidental (GRANT, 1978; MOMMSEN,

1992). En el siglo II a.C., el autor griego Polibio dedicó a la cuestión cuarenta volúmenes y dictaminó que Roma estaba movida por un afán compulsivo de dominio (POLIBIO, 1980). En realidad esta asombrosa expansión, si en un principio obedeció a motivos defensivos, en seguida se convirtió en necesidades de orden económico, como llevar las ingentes cantidades de alimentos, esclavos como mano de obra y materias primas que se necesitaban al centro de dicho imperio, la urbe romana (GRANT, 1978). Eso dio como resultado que a partir del 260 a.C. el Imperio fuese incorporando a su territorio las grandes ciudades-estado del Mediterráneo: Siracusa, Alejandría, Atenas, etc. Pero el problema no fue conquistar urbes, cosa fácil debido a sus ingenios de guerra y el óptimo entrenamiento de sus soldados; el problema era gobernar ese inmenso estado y para ello dieron nuevamente una gran lección aportando soluciones que, como sus obras de ingeniería, aún prestan servicios y todavía las copiamos, como ocurre con el derecho y una especie de igualdad de oportunidades para todos los que vivían en el interior del Imperio (GRANT, 1978).

Produjeron obras sobresalientes en literatura, escultura y pintura, en la ciencia y el pensamiento fueron notables, pero los mismos romanos se veían en estas cuestiones inferiores e imitadores de los griegos (BRILLIANT, 1963; HAUSER, 1971). Sin embargo en el arte de gobernar nadie les ha superado aún hoy día.

### **2.1.3. Importancia política del derecho romano.**

El derecho fue un elemento crucial en la unificación del dilatado imperio. Sin embargo, no fue un instrumento rígido, lo que fue un factor clave para el éxito del gobierno romano. Dentro de un amplio círculo de uniformidad, la administración romana fue flexible, tolerante y abierta.

La defensa de sus intereses militares y políticos los llevaban a cabo con contundencia, rapidez y crueldad a la hora de acabar con los enemigos. Pero tam-

bién entendieron que era más efectiva y eficaz la colaboración que las ejecuciones y arrasar poblaciones (ROSTOVZEFF, 1977). Cuando una nueva provincia era añadida al imperio, los resistentes eran cargados de cadenas, "ajusticiados" o vendidos como esclavos, los demás salían beneficiados (ROSTOVZEFF, 1977; MOMMSEN, 1992). A los notables locales se le concedían cargos en la jerarquía romana, los negocios prosperaban gracias a la mejor distribución, se realizaban calzadas, traídas de agua, se regulaba la vida a través de la legislación mercantil y el arbitraje de los tribunales, se ganaba en seguridad ciudadana y en calidad de vida. Los soldados romanos custodiaban y guardaban el orden en las ciudades, limpiaban las calzadas y caminos de salteadores, y vigilaban las costas y puertos de los piratas (recordando, como ejemplo, que el faro que levantaron en Coruña) (2). Por último, en un plazo no muy largo, muchos residentes provinciales adquirirían los derechos y obligaciones de un ciudadano romano.

En el inmenso imperio de Alejandro los habitantes de las tierras conquistadas fueron tratados como derrotados, lo que propició que el desmembramiento fuese tan rápido tras la muerte del joven líder macedonio (REID, 1997). Pero Roma trató a sus súbditos como romanos y las tierras de Hispania, Britania, Arabia, Germania, Egipto, etc., dieron emperadores, legisladores, literatos, médicos, ingenieros y soldados que trabajaron para la grandeza y el poder de Roma. Puede decirse que aquello fue un modelo de estado multicultural (PAOLI, 1964; REID, 1997).

Cualquier puesto de responsabilidad en el Imperio era accesible a un candidato masculino y libre, con independencia de su origen geográfico (GRANT, 1978). Un general norteafricano, Septimio Severo permaneció en el trono imperial durante dieciocho, casi, pacíficos años (PIGANIOL, 1971; ROSTOVZEFF, 1977). Trajano que consiguió la máxima extensión imperial con la incorporación de la Dacia, era de Hispania y su sucesor el culto, refinado y helenista notable,

Adriano, considerado como uno de los "cinco buenos emperadores", se crió y educó en Itálica ciudad de la Bética (MILLAR, 1992).

También en materia religiosa los romanos fueron de una gran tolerancia, principio que garantizaba, precisamente, su concepto del derecho (FREYBURGER, 1986). Tenían sus ritos y cultos tradicionales, muy helenizados, a los que añadieron la divinización de los emperadores (MILLAR, 1992). Sin embargo fueron eclécticos con otras religiones. En la ciudad inglesa de Bath, llamada así por guardar termas y baños romanos, aún existe un templo en el que se amalgamaban Minerva y cierta deidad celta (DIDIER, 1994). En casi todos los alejados destacamentos de fronteras los legionarios adoraban a Mitra, dios persa de la luz y posible antecedente de la figura divinizada de Cristo (FREYBURGER, 1986). En las excavaciones pompeyanas se ha recuperado un fastuoso templo dedicado a Isis, así como edificios consagrados a otras deidades africanas y asiáticas (ÉTIENNE, 1970). Pompeya no era una ciudad en un extremo del territorio y, por tanto, sin control, al contrario, era un próspero centro de recreo, tenía unos 12.000 habitantes permanentes y acogía cada verano a centenares de personajes influyentes que viajaban desde Roma a descansar en sus lujosas villas cercanas al mar (ÉTIENNE, 1970), con lo cual no estamos hablando de un descuido del Poder. Podemos concluir diciendo que todo el que tuviese una religión podía más o menos instalarse, si su dinero e influencia se lo permitía (FREYBURGER, 1986).



## **2.2. Los juegos como política.**

En Roma vemos cómo, y también al principio, las actividades lúdicas eran manifestaciones de culto que se celebraban en fechas muy señaladas. Este concepto del "deporte" irá evolucionando con el Estado, hasta convertirse en la época imperial en un recurso político (MOMMSEN, 1992) y "para mantener al pueblo de buen talante" (FRIEDLÄNDER, 1967, 6). Un medio que tenía el emperador de distraer a la plebe urbana y calmar en cierto modo sus instintos de reivindicativos (ROSTOVITZEFF, 1977).

### **2.2.1. Los espectáculos como un instrumento político.**

Cuentan que como Augusto reprochase al pantomimo Pilades su rivalidad contra otro colega, escuchó esta respuesta de labios del histrión: "Eres tú, César, quien sale ganando con que el público se ocupe de nosotros" (DIÓN CASIO, LIV, 17, 5; MACROBIO, SATURNALIA, II, 7, 19). Y no sólo se conseguía la finalidad de enderezar por estos derroteros la atención del pueblo, sino que muchos emperadores ganaron también el corazón de éste mediante sus fastuosos espectáculos. Los emperadores romanos sabían tan bien como Luis XIV que la admiración es uno de los mejores caminos para conseguir que los pueblos se entreguen por entero a la voluntad de sus monarcas, "conocían que el que manda debe hacer todo lo posible por estimular la imaginación de los hombres; también ellos manejan como un instrumento esencial del poder el derroche y el esplendor, lo mismo en las fiestas y en los espectáculos que en las construcciones, sin que jamás les fallase este recurso" (FRIEDLANDER, 1967, 6). Hasta Calígula tenía el respeto y amor del pueblo ya que éste era, como dice Flavio Josefo (Antig. jud., XIX, 130), lo suficientemente necio para dejarse halagar por él; cuando murió lo lloraron sobre todo las mujeres y la juventud, cuya voluntad había ganado por lo que más ama la plebe: los repartos de viandas, los espectáculos y los combates de gladiadores, organizados por él con gran

liberalidad bajo el pretexto de atraerse a la masa, así como aplacar la sed de sangre de su propia vesanía. En cuanto a Nerón, su recuerdo siguió viviendo entre el pueblo con tal fuerza que no se dio crédito a la noticia de su muerte y, treinta años después, aún había quienes esperaban que retornase, lo cual permitió que apareciese más de un pseudo-Nerón (SUETONIO, *Vid., Nerón*, 57); Dión de Prusa explica esta extraordinaria popularidad por la liberalidad verdaderamente dilapidadora de aquel emperador, manifestada sobre todo en los grandiosos juegos que se organizaron bajo su reinado (DIÓN, *Orationes*, 71, 9 y s.). Hablando del estado de espíritu de la capital al darse muerte Nerón, nos cuenta Tácito que el vulgo, acostumbrado a los placeres del teatro y del circo, estaba aplanado y ávido de rumores (TÁCITO, *Hist.*, I, 4). Llegó a ocurrir que el emperador Otón fue aclamado en el circo y en el teatro como si fuese Nerón, no repudiando el nombre para no enajenarse las simpatías de la multitud (PLUTARCO, *Vid., Otón*, 3).

### **2.2.2. Panem et circenses.**

Pero llegó un momento en que los espectáculos no dependían de la buena voluntad ni del capricho de los emperadores. Convirtiéronse muy pronto en una necesidad indeclinable de la Roma imperial. Entre la población de la capital predominaban las masas desposeídas, una chusma no menos brutal, grosera y corrompida que sus emperadores, senadores y dirigentes, algo parecido a lo que ocurre hoy en las grandes urbes modernas, decía Lucano que en ninguna parte ni en ninguna época del mundo llegó a “concentrarse la hez de todas las naciones” (*Mundi faece repletam. LUCANO, Farsalia, VII, 405*) como en la Roma de entonces, una plebe que era además doblemente peligrosa, pues estaba formada por gentes ociosas. *“El gobierno velaba por su sustento mediante los grandes repartos periódicos de trigo, y esto traía como consecuencia el que se viese también obligado a velar por su inversión del tiempo, ofreciéndole distracciones para entretener su ociosidad. En un folleto que*

---

*Salustio dirige al César sobre la necesidad de reorganizar las estructuras del poder” (FRIEDLANDER, 1967, 7), se dice que el regente debe preocuparse de que la plebe corrompida por los regalos y por el trigo de la colectividad se entretenga en algo, pues sólo así dejará de representar un peligro para el bien común (SALUSTIO ad Caes. sen. de rep. 17, 2). Este entretenimiento se lo ofrecían los espectáculos públicos. Las conocidas palabras, *panem et circenses* (JUVENAL, Sátiras, X, 81), en las que Juvenal resume el ideal a que habían ido quedando reducidas las aspiraciones de un pueblo que en otro tiempo era el poder supremo y lo confería todo, autoridad, fasces, legiones, en una palabra, todo el poder del Estado, no son, evidentemente, más que la repetición de una frase acuñada, que circulaba como un dicho proverbial. Al parecer, esta frase empezó aplicándose a los habitantes de Alejandría, justificando Flavio Josefo, con esta frase, la inauguración de un circo por Ptolomeo I (JOSEFO, Cont. Apionem, II, 63 y sig.), y diciendo que era necesario suministrar a aquella ciudad mucho pan y muchos espectáculos (DIÓN, Orationes, 15, 31), pues nadie se preocupaba allí de otra cosa. “El primero que aplicó este dicho en Roma fue, probablemente Trajano” (FRIEDLANDER, 1967, 7). Pronto el pan y los juegos dejaron de ser, en la capital, una gracia del gobierno para convertirse en un derecho del pueblo; cada nuevo emperador que subía al trono veíase obligado, quisiera o no, a asumir la herencia que le legaban sus antecesores; por eso en cuanto al esplendor y la grandiosidad de estas fiestas rivalizaban por igual todos los monarcas, los buenos y los malos.*

### **2.2.3. Preocupación de los emperadores por los espectáculos.**

*“Augusto descolló sobre todos por la frecuencia, la variedad y el esplendor de sus espectáculos” (FRIEDLANDER, 1967, 8); el fundador de la monarquía imperial atribuía, indudablemente, una gran importancia a este asunto, pues así lo atestigua el detalle con que informa acerca de esto en el memorial de*

su vida (SUETONIO, Vid. Aug. 43-45) y las órdenes tan extensas y minuciosas que cursó en torno a ello durante su reinado. Vespasiano, que no pecaba precisamente de generoso construyó para los romanos el mayor anfiteatro del mundo. Sin embargo, Vespasiano no escatimaba medios cuando se trataba de organizar espectáculos públicos (DION CASIO, Ora., LXVI, 10, 3), aunque Tito llegó tal vez a superarle (DION CASIO, Ora., LXVI, 25; SUETONIO, Vid. Titus, 7, 3). Pero fue probablemente Trajano el emperador que más se preocupó de satisfacer la sed de espectáculos de los romanos. Este príncipe, dice refiriéndose a él un autor de tiempos posteriores, se preocupaba de escoger, incluso, los bailarines y demás artistas del teatro, el circo y la arena, en lo que demostraba su sabiduría de gobernante, pues no ignoraba que el pueblo romano sentía apego sobre todo por dos cosas: el "pan" y los espectáculos; sabía que las excelencias del poder se manifiestan tanto en los pasatiempos como en las cosas serias y que, si el descuidar los asuntos serios produce graves daños, el desatender los pasatiempos engendra, en cambio, grave descontento; que ni en los repartos de dineros pone la gente tanta pasión como con los espectáculos; *"mientras que los repartos de dineros y de trigo sólo satisfacen a una parte del pueblo y a cada uno de por sí los espectáculos dejan complacido al pueblo en su totalidad"* (FRIEDLANDER, 1976, 8). Hasta el estoico Marco Aurelio *"supo sobreponerse a su filosofía y organizar magníficos espectáculos públicos, y cuando tuvo que ausentarse de Roma, dejó ordenado que en su ausencia se preocupasen de entretener y divertir al pueblo, a su costa, los senadores más ricos"* (FRIEDLANDER, 1976, 8). Septimio Severo, que era *"según Herodiano el más avaro de todos los emperadores, sabía reprimir su avaricia cuando se trataba de invertir sumas gigantes en estas atenciones"* (cit. FRIEDLANDER, 1976, 8). La única excepción la ofrece también en este punto Tiberio, quien mostró, del modo más ostensible, el desprecio que sentía por la plebe negándose, sistemáticamente, a brindarle espectáculos (SUETONIO, Vid., Tiberius, 47). Otros contentáronse con imitar a Tiberio

en la política que también siguió aquel emperador de poner coto a la dilapidación de las fiestas mediante la reducción de los sueldos abonados a los actores y el establecimiento de una tasa máxima en cuanto al número de parejas de púgiles (SUETONIO, *Tiberio*, 34, 1) que podían actuar en los combates de gladiadores: así lo hicieron Augusto (DIÓN CASIO, *Orat.* LIV, 2, 4 y 17, 4), Nerva, que suprimió muchos espectáculos circenses y de otra clase (DIÓN CASIO, *Orationes*, LXVIII, 2, 3). *“Antonino Pío y Marco Aurelio, los cuales restringieron los pugilatos de gladiadores y en el caso de Marco Aurelio, quitó las donaciones a las gentes del teatro”* (FRIEDLANDER, 1976, 9). Estas medidas no debían ser muy efectivas, como demuestran las constantes proclamaciones y, pensamos, que ni siquiera los emperadores mentados llevaban sus prohibiciones a rajatabla.

#### **2.2.4. Los espectáculos sustitutos de reuniones populares.**

Los espectáculos públicos adquirieron también nueva importancia bajo el imperio en el sentido de que daban al pueblo la posibilidad de congregarse en masa y exteriorizar en voz alta, ante el emperador, sus sentimientos, sus aversiones y sus inclinaciones, sus deseos, sus súplicas y sus quejas, manifestaciones que allí eran recibidas con una tolerancia poco usual fuera del circo o del teatro (lugares donde, según Tácito, eran mayores que en ningún otro sitio las libertades que podía permitirse el pueblo (TÁCITO, *Historiae*, I, 72); la carencia absoluta de otras ocasiones para manifestar los sentimientos de la opinión pública hacían que ésta revistiera una gran importancia en el pulso de la política de la ciudad.

#### **2.2.5. Aclamación a personajes.**

Formaban parte de estas manifestaciones, en primer lugar, los saludos y aclamaciones que el público congregado tributaba al emperador y a otros altos personajes cuando aparecían en los recintos de diversión pública. Se sabe de la notoriedad que daban los gobernantes, ya bajo la República, a la acogida que

el auditorio les dispensaba al presentarse en el teatro, y la gran satisfacción que embargaba a Cicerón cuando en los espectáculos y en los combates de gladiadores se producían en torno a su persona manifestaciones maravillosas (CICERÓN, *Ad Attic.*, I, 16, 11; II, 19, 3; XIV, 2, 1). Dábase también, aunque raras veces, el caso de que estos honores se tributasen asimismo a los poetas; al recitarse una vez en el teatro unos versos de Virgilio, el público se puso en pie y saludó al autor, presente en las gradas, con no menos respeto que el que había dispensado a Augusto (TÁCITO, *Diálogos*, 13, 3). Bajo el imperio es de suponer que estos homenajes, aunque se tributasen a particulares (SÉNECA, *Epístolas*, 29, 12) y como es lógico a los organizadores del festejo (PLINIO J., *Espístolas*, VI, 5, 5), se limitarían normalmente a la familia imperial, a las personas más cercanas a ellas y a los grandes personajes del Estado (HORACIO, *Carmina*, I, 20, 3). El pueblo congregado en el teatro, anfiteatro o en el circo recibía a las altas autoridades en pie y con una ovación (Augusto daba muestras de fastidio cuando oía los ruidosos homenajes que las masas tributaban a sus nietos que eran unos incipientes muchachos) (SUETONIO, *Augusto*, 56, 2), agitando los pañuelos, prenda que Aureliano había regalado al pueblo en grandes cantidades para este fin, y dándoles a gritos nombres encomiásticos y honoríficos (PLUTARCO, *OTÓN*, 3) o todo lo contrario (TÁCITO, *Historia*, I, 72); algunos de los cuales eran siempre los mismos y se repetían varias veces; con frecuencia, estos gritos entonábanse a coro y guardando una cierta cadencia (TÁCITO, *Anales XVI*, 4), con arreglo a la costumbre de la época.

### **2.2.6. Presencia y comportamiento de los emperadores en los espectáculos.**

Por su parte, los emperadores gustaba de aprovechar los espectáculos como la mejor ocasión para tomar contacto con el pueblo congregado en ellos y ganarse sus simpatías mediante la benevolencia y la campechanía. Los que querían ganar fama de amigos del pueblo procuraban presentarse en el mayor

número posible de espectáculos propios o ajenos. El arisco, sombrío y taciturno Tiberio seguía esta política en los primeros tiempos de su reinado (DIÓN CASIO, LVII, 11, 5), a pesar de su aversión a estas diversiones, en parte, como dice Dión Casio, para honrar a los promotores de los espectáculos y en parte para dar una satisfacción a las masas y demostrarles que compartía su regocijo. Augusto había llegado a habituar al pueblo a esperar esto de su emperador (TÁCITO, *Annales*, I, 54). Cuando asistía a un espectáculo procuraba no ocuparse de otra cosa durante él, ya fuera, dice Suetonio, por no exponerse a las censuras de las que fue objeto César por dedicarse a leer, contestar mensajes y satisfacer súplicas, o simplemente porque le interesaba y gustaba del espectáculo, como confesó muchas veces (SUETONIO, *Augusto*, 45). “Marco Aurelio tenía, como César, la costumbre de aprovechar el espectáculo para leer, dar audiencias y firmar, lo que le exponía a la chacota del pueblo” (FRIEDLÄNDER, 1967, 11). Nerón, al principio, presenciaba las funciones desde las ventanas de un palco completamente cerrado, más tarde desde el mismo estrado (SUETONIO, *Nerón*, 12, 2), a la vista de la gente, mientras miraba a través de una esmeralda tallada, a causa de su miopía (PLINIO V, *Natur. historia*, XXXVII, 64). Más tarde, probablemente bajo Domiciano, se restableció el palco imperial; Plinio el Joven elogia a Trajano por haber prescindido de él en la construcción de Circo Máximo: “de este modo, tus ciudadanos podrán verte a ti y tú les verás a ellos; todo el mundo disfrutará viendo, no simplemente el palco del príncipe, sino al príncipe en persona” (PLINIO J, *Panegyri*, Trajano, 51, 5).

Los historiadores y los biógrafos de los emperadores subrayan con frecuencia la condescendencia, la bondad e incluso la campechanía de que solían dar pruebas aquellos en los espectáculos; de pocos se nos dice que faltasen a esta regla. La morbosa complacencia que Claudio mostraba en las carnicerías del circo escandalizaban a los mismos romanos; sin embargo, se le colmaba de alabanzas (DIÓN CASIO) por lo afable que se mostraba en los espec-

táculos, porque accedía a cuanto le pedían y porque, cuando tenía algo que anunciar o que contestar, procuraba servirse lo menos posible de los heraldos y escribía lo que tuviese que decir en unas tablillas que circulaban de mano en mano. Sucedió que un esclavo huído de la casa de sus señores, fue condenado a morir entre las fieras en la arena, tuvo la suerte de encontrarse con un león al que en tiempos pasados le había sacado una enorme espina de su dolorida pata, el animal reconoció al hombre y no le hizo nada; este raro suceso fue escrito en las famosas tablillas y se hizo circular entre los espectadores para explicarles lo sucedido (AULO GELIO, *Noctes Atticae*, V, 14, 29). Claudio unía-se, además, al público en el gesto de contar con los dedos de la mano las monedas de oro que entregaba como premio a los vencedores y hacía reír muchas veces a los espectadores dándoles reiteradamente el título de “señores míos” y gastándoles bromas de dudoso gusto (SUETONIO, *Claudius*, 21, 5). Tito procuraba complacer también a cuantos le pedían algo en los espectáculos, tomaba partido por un grupo de gladiadores y retaba a los contrarios con la palabra y con el gesto como un hombre cualquiera del pueblo, pero sin faltar por ello a la majestad de sus funciones o a la equidad (para con los púgiles) (SUETONIO, *Titus*, 8, 2). En cambio, Domiciano mostrábase muchas veces déspota y brusco, en los espectáculos; el que se atreviera a tomar partido contra su púgil preferido (SUETONIO, *Domitianus*, 10, 1; 13, 1) se exponía a pasarlo mal. Trajano restableció el ambiente de libertad anterior a Domiciano, comportándose de manera afable en todos los aspectos (PLINIO J. *Panegyricus Traiani*, 33, 3 y sig.). Adriano mostraba mayor rigor y cierta vez, mandó callar, por medio de los heraldos, a los espectadores que le hacían peticiones que él ni se dignaba a contestar (DIÓN CASIO, LXIX, 6, 1). De Galieno cuentan que se concedió una corona a un venatori incapaz de matar limpiamente a un toro casi moribundo, como el público hiciese oír murmullos de desaprobación, declaró, por medio de los heraldos, que no era pequeña hazaña fallar tanto ante un animal indefenso, Friedländer



---

(1967) nos cuenta esta anécdota como si se tratase de una corrida de toros española, hablando de avisos, pinchazos, toreros, etc.

### **2.2.7. Peticiones y reclamaciones del pueblo durante los espectáculos.**

Los deseos expresados por el pueblo y concedidos generalmente por los emperadores referíanse casi siempre a cosas relacionadas con los mismos espectáculos. Los espectadores solicitaban una determinada representación una clase especial de carreras (TÁCITO, *Historiae*, I, 32), la actuación de algún gladiador famoso (SUETONIO, *Calígula*, 30, 2), el perdón de un luchador valiente (MARCIAL, *Spectacula*, 29, 3), una manumisión de un actor o un conductor de carros sujetos, como era lo normal, al estado de esclavitud, el indulto de un delincuente condenado a luchar con las fieras. El clamor general del público pidió, por ejemplo, que fuese indultado y puesto en libertad aquel Androclo, que más tarde recorría las tabernas de Roma llevando su león atado de una cuerda como un perrito, recogiendo por todas partes monedas para él y flores, suponemos que también comida, para su león (AULO GELIO, *Noctes Atticae*, V, 14, 29 y s.). A veces, *“los criminales que luchaban valientemente con las fieras y les daban muerte eran indultados y obsequiados con regalos”* (FRIEDLÄNDER, 1976, 12) a instancias del público que intercedía por ellos. *“Marco Aurelio declaró nulas las manumisiones de esclavos cuando el dueño las realizase coaccionado por los gritos y clamores del público”* (FRIEDLÄNDER, 1976, 12). En ocasiones, éste pedía a los emperadores que procediese a manumitir esclavos pertenecientes a otros. Tiberio sólo accedió a una de estas súplicas en favor de un comediante previa autorización de la persona a la que pertenecía como esclavo (DIÓN CASIO, LVII, 11, 6); Adriano, por su parte, denegó la súplica de manumitir a un conductor de carros que no era esclavo suyo, escribiendo la respuesta en una tablilla que hizo circular entre los espectadores (DIÓN CASIO, LVII, 16, 3). Y desde un día en el que se vio obligado

a manumitir a un actor llamado Accio, Tiberio decidió permanecer alejado de los espectáculos para que no le abrumasen con los ruegos (SÜETONIO, *Tiberius*, 47).

Pero no eran éstas, ni mucho menos, todas las peticiones con que el público importunaba a los emperadores, sabiendo que sería muy difícil que en pleno espectáculo se negasen a acceder a lo que se les pedía. La certeza de no ver rehusadas sus súplicas, cuando se hacían en el teatro o en el circo, era según Josefo una de las razones principales de la gran importancia que los romanos daban a los espectáculos (JOSEFO, *Antiquitates Iudaicae*, XIX, 24). Es cierto que en los juegos triunfales celebrados en el año 9 los équités solicitaron en vano de Augusto la abolición de la rigurosa ley sobre el matrimonio (DIÓN CASIO, LVI, 1, 2) que acababa de decretar. En el año 32, con motivo de una gran carestía, el pueblo formuló sus reclamaciones en el circo, durante días, de un modo airado, lo que no era habitual ante el emperador (TÁCITO, *Annales*, VI, 3). Tiberio había hecho llevar a su palacio una estatua del griego Lisipo, la del atleta con la raqueta, que Agripa había colocado delante de sus termas; el pueblo le pidió ruidosamente en el teatro que la devolviera y Tiberio accedió a ello, a pesar de que tenía aquella obra de arte en gran estima (PLINIO V., *Naturalis historia*, XXXIV, 24). Poco antes de ser asesinado Calígula, el público del circo le pidió que moderase la carga de los impuestos, y el emperador se enfureció tanto, que mandó detener y ejecutar a los que más gritaban (JOSEFO, *Antiquitates Iudaicae*, XIX, 25). Cuando Palfurio Sura, expulsado por Domiciano del Senado, obtuvo el premio de oratoria en el agón capitolino, el auditorio pidió unánimemente que el vencedor fuese repuesto en el rango senatorial, sin conseguirlo (SÜETONIO, *Domitianus*, 13, 1). Los gritos de la multitud congregada en los espectáculos eran considerados como expresión de los deseos del pueblo, hasta el punto que Tito, siendo prefecto de la guardia, cuando quería justificar las ejecuciones de personas que le infundían sospechas, mandaba distribuir gentes en el teatro que pidiesen a voces la muerte de los sospechosos (SÜETONIO, *Titus*, 6, 1). Bajo

Galba, el pueblo no se cansaban de clamar en el circo y en el teatro por la muerte de Tigelino, hasta que el emperador dictó un edicto ordenándole silencio (PLUTARCO, *Galba*, 17; TÁCITO, *Historiae*, I, 72). Como es sabido, las explosiones de cólera anticristiana y antijudía tuvieron por principal escenario, en los siglos posteriores, el teatro y el circo.

### **2.2.8. Burlas e improperios contra los emperadores.**

En los espectáculos, el pueblo no se limitaba a formular clamorosamente sus suplicas y sus quejas; gozaba también, al parecer, de cierta libertad para dar rienda suelta a sus burlas, no sólo cuando éstas iban dirigidas contra los particulares, sino incluso cuando era blanco de ellas el propio emperador. No era nada raro oír resonar en el circo denuestos y maldiciones contra los “dominadores del mundo”, pues en medio de aquella muchedumbre de gentes el individuo sentíase alentado por la esperanza de que no llegarían a descubrirle y la masa perdía de vista el peligro de su temeridad ante la conciencia de su número. Tertuliano, que alude repetidas veces a escenas de éstas, se pregunta: *¿qué puede haber más amargo que el circo, donde ni siquiera se respeta al emperador y conciudadanos?* (TERTULIANO, *De spectaculis*, I, 16 y 17). El emperador Macrino era odiado en razón de su crueldad; al igual que el antiguo príncipe estrusco Mecencio, mandaba atar, a veces, a los condenados con cadáveres, hasta que morían. Un día que su hijo Diadúmeno aplaudió ruidosamente en el circo a un efebo que gozaba de grande simpatías por su belleza, alguien le gritó este verso virgiliano: ¡Espléndido joven, digno de que un Mecencio no fuese su padre!”. “El 20 de noviembre del año 303, Diocleciano celebró en Roma el vigésimo aniversario de su subida al poder, pero, según un escritor cristiano, no pudo soportar la franqueza del pueblo de Roma (se refería a la manifestación de esta franqueza en los espectáculos) y abandonó la capital en el mes de diciembre (FRIEDLÄNDER, 1967). En

cambio, Constancio II, cuando visitó Roma en el año 358 organizó algunos juegos circenses y se divirtió mucho con las gracias del pueblo, *“que ni era soberbio ni renunciaba a la franqueza innata, pero sin traspasar irrespetuosamente los límites de lo lícito”* (AMIANO, XVI, X, 13). Todavía en el año 509, escribía Casiodoro: *“Nada de lo que el pueblo jubiloso pueda decir en el circo se considera como injuria, pues el lugar disculpa a los excesos. Su locuacidad debe ser acogida con paciencia, y ni siquiera mueve a la ira a los emperadores”* (CASIODORO, *Variae*, I, 27, 5). Como es natural, las burlas del público iban también dirigidas contra algunos particulares, sobre todo contra ciertos individuos conocidos de todos que gozaban de pocas simpatías; sin embargo, las injurias proferidas en un espectáculo considerábanse merecedoras de graves penas (Digesta, XLVII, X, 7). Ha llegado hasta nosotros la poesía burlesca (Estolios a Juvenal, V, 3) con que fue acogido un antiguo esclavo llamado Armento que tuvo, bajo Augusto, la osadía de ir a sentarse en el teatro en los sitios reservados a los caballeros. En el año 47, el emperador Claudio amonestó al pueblo por medio de un severo edicto por haber insultado en el teatro al consúl Pomponio y a algunas damas distinguidas (TÁCITO, *Annales*, X, 13).

### **2.2.9. Manifestaciones políticas.**

A veces, los espectáculos aprovechaban también para expresar verdaderas manifestaciones políticas. En el año 59 a.C. los adversarios de César eran ruidosamente aclamados siempre que se representaban en el teatro o en circo, mientras que a él y a sus partidarios se les recibía en silencio o con siseos, y el actor Dífilo vióse obligado, ante las protestas del público, a repetir mil veces unos versos que contenían alusiones mortificantes para Pompeyo (CICERÓN, *Ad Atticum*, XIII, 19, 3). *“El verso de Laberio: “Aquel a quien muchos temen tiene a su vez, miedo a muchos”, convirtióse, en plena guerra civil, en exponente de la opinión predominante gracias a la acogida que el público congre-*

gado en el teatro le dispensó" (SÉNECA, *De Ira*, II, 11, 3). En el año 45, Cicerón aplaudió el magnífico comportamiento del pueblo en el circo cuando se paseó el retrato del César entre las imágenes de los dioses sacadas en procesión; la mala vecindad en que salía hizo que no se aplaudiese ni siquiera a la diosa de la Victoria (CICERÓN, *ad Atticum*, XIII, 44, 1). En el año 40 a.C., en que los romanos deseaban apasionadamente que se pusiese fin a la guerra de los triunviros contra Sexto Pompeyo, fue acogida en el circo con grandes ovaciones la imagen de Neptuno, a quien los marinos adoraban como a su deidad tutelar, y cuando al día siguiente no salió en la procesión se produjo un tumulto (DIÓN CASIO, LXVIII, 31, 5). La caída de Cleandro (FRIDLÄNDER, 1967), el omnipotente mayordomo de Cómodo, tuvo como preludeo una manifestación muy bien preparada en el circo. Un tropel de muchachos encabezados por una altísima virgen de espantoso aspecto se lanzó a la pista durante uno de los entreactos prorrumpiendo en clamorosas maldiciones contra el odiado favorito; el pueblo se unió a ellas y la multitud, cada vez más enfurecida, se abalanzó sobre la villa del emperador, donde obligó que le entregasen a su ira al mayordomo (DIÓN CASIO, LXXII, 13, 3 y sig.). Bajo el mismo reinado, cuando Pertinax, el que luego sería emperador, había logrado atraer sobre su persona la atención general, ganó el premio un caballo de carreras del bando de los verdes favorecidos por Cómodo, que ostentaba aquel mismo nombre; los verdes gritaban: ¡Es Pertinax! a lo que los azules replicaban: ¡Ojalá lo fuese! (DIÓN CASIO, LXXIII, 4, 2). A veces, estas explosiones de los sentimientos del pueblo estallaban en el circo sin ninguna preparación aparente, movidas en ocasiones por esos impulsos inexplicables que empujan a las grandes masas a manifestarse de manera irresistible y unánime. Dión Casio refiere como testigo de oídas que en el año 196, durante la guerra civil entre Septimio Severo y el pretendiente Albino, una muchedumbre reunida en el circo prorrumpió con asombrosa unanimidad en reiteradas quejas contra la guerra y en manifestaciones favo-

rables a la paz; parecía como si aquellas masas obrasen movidas por la inspiración divina, pues de otro modo no habría sido posible que miles y miles de hombres se hubiesen puesto a gritar a un tiempo lo mismo, como un coro bien ensayado, terminando todos a la vez, sin que nadie les dirigiese, como si recitasen una lección aprendida de memoria (DIÓN CASIO, LXXV, 4, 5). A Plautiano, el omnipotente favorito del emperador, le gritó el pueblo en el circo poco antes de su caída (año 205): *lése es más rico que los otros tres!* (Severo y sus dos hijos) (DIÓN CASIO, LXXVI, 2, 2). Aludiedo a que Caracalla estaba estrujando a todo el Imperio romano, se oyó gritar en el circo, en el 212, entre otras cosas: *Imataremos a los vivos para poder enterrar a los muertos!* (DIÓN CASIO, LXXVII, 10, 3). Estas manifestaciones debían de ser muy frecuentes, como lo revela el hecho de que Dión Casio cite muchas, sin relatar más que las de su época.

### **2.2.10. Etiqueta y forma obligada de vestir.**

La presencia del emperador y de otros elevados personajes en el espectáculo obligaba a los espectadores a guardar ciertos miramientos que les resultaban, a veces, engorrosos. Cuéntase que Augusto vio a un romano del rango ecuestre beber en el teatro, y le dijo: *Yo cuando quiero desayunar, me retiro a mi casa.* A lo que el otro replicó: *Sí, pero tú no tienes por qué temer que nadie te quite el sitio* (QUINTILIANO, VI, 3, 63). Ya en los primeros tiempos de la monarquía se dictaron normas concretas sobre el modo cómo debían vestir los espectadores, normas que, por lo demás, variaban con los distintos gobiernos. Sólo los ciudadanos romanos debían presentarse en los espectáculos vistiendo la prenda oficial y solemne de aquella sociedad, o sea la toga, la cual resultaba tan molesta, sobre todo en los meses calurosos del verano, que quienes pretendiesen una cierta comodidad no disfrutarían de la función por esta causa. Mientras toda Roma se aglomera en el circo, dice Juvenal (a los sesenta años), *“mi piel arrugada recibirá los rayos del sol abribleño y no se verá*

agobiada con la toga" (JUVENAL, XI, 203). Augusto, que se esforzó en restablecer las costumbres antiguas desde todos los puntos de vista, incluso en lo tocante a la indumentaria, ordenó a los ediles que no dejaran entrar al circo más que a los que vistiesen la toga (SUETONIO, Augusto, 40). Las personas pertenecientes a las altas clases sociales tenían que presentarse en los espectáculos vestidas con arreglo a su estado y los magistrados con el traje propio de su cargo, que no podían abandonar más que en los casos de duelo oficial por la muerte del emperador. Poco antes de morir, Cómodo ordenó que los romanos concurriesen al circo vistiendo el manto de lluvias oscuro y abrochado (que era la prenda que vestían también los que estaban de duelo), cosa que más tarde se consideró como presagio de su muerte (DIÓN CASIO, LXXII, 21, 3). Augusto autorizó a los espectadores para que en los meses de verano pudieran presentarse descalzos en el teatro, autorización que derogó Tiberio y restableció Calígula, el cual permitió por primera vez a los senadores, en el año 37, que usasen sombreros tesalienses para protegerse del sol; esto quiere decir que hasta entonces tenían que andar con la cabeza descubierta (DIÓN CASIO, LIX, 7, 7 y sig.). Cuando hacía mal tiempo, se podía usar un manto encima de la toga, pero quitándose en presencia del emperador o de los personajes de alta alcurnia (SUETONIO, Claudius, VI, 1). En un espectáculo que Domiciano daba al pueblo rompió a llover con gran fuerza no permitiéndose que nadie se retirara ni se mudara de ropa, sin perjuicio de que el emperador se cambiara de manto constantemente; se cuenta que muchos espectadores enfermaron y murieron a consecuencia de permanecer tanto tiempo empapados en agua (DIÓN CASIO, LXVII, 8, 3). Domiciano era muy riguroso en el cumplimiento de las ordenanzas sobre espectáculos, y puso de nuevo en vigor preceptos que habían sido dados al olvido. Prohibió nuevamente, con carácter general, el uso de ropas de color tolerado por sus predecesores (MARCIAL, V, 23), aunque permitiendo las prendas púrpura y rojo escarlata, además de las togas blancas (MARCIAL, IV, 2; V, 8; XIV, 131). Autorizó tam-

bién el empleo de sombreros y, además, el de sombrillas (MARCIAL, XIV, 28). La autoridad encargada de velar por la aplicación de los preceptos legales y por la paz y el orden en los espectáculos era el prefecto de la ciudad, quien en caso necesario los imponía por medio de los soldados de guardia destacados en el teatro o en el circo para este efecto, pudiendo además prohibir la presencia de los infractores y perturbadores del orden.

### **2.2.11. El coste de los espectáculos.**

Ya en los primeros tiempos de la República se invertían sumas considerables en organizar diversiones para el pueblo. La cantidad consignada por el erario municipal de Roma para hacer frente a los gastos de las fiestas principales de la ciudad (los llamados juegos romanos), que duraban cuatro días y se celebraban en septiembre, y que a partir del año 364 a.C. se festejaban los tres primeros días con funciones teatrales y el último con carreras de carros, eran 200.000 ases, y esta cantidad no aumentó hasta la segunda guerra púnica (DIONISIO de H. *Antiq. Romanas*, VII, 71, 2). Los demás juegos del estado costeábanse con cantidades sacadas del erario público. Pero poco a poco fueron aumentando las pretensiones y los gastos, a los cuales ya no podía hacerse frente, ni mucho menos, con las cantidades consignadas, y los ediles veíanse obligados a hacer considerables desembolsos de su fortuna particular o recurrir a la ayuda de sus amigos; eran muchos los que se arruinaban de este modo, aunque los más se resarcían mediante las exacciones que imponían a los confederados y en las otras provincias (FRIEDLÄNDER, 1967). Sabemos que a mediados del siglo II a.C. los torneos de gladiadores organizados con toda brillantez costaban 30 talentos (POLIBIO, XXXII, 14, 6). Sin embargo, esta suma resulta insignificante cuando se la compara con el derroche gigantesco que suponían los espectáculos de la última época de la República (FRIEDLÄNDER, 1976); algunos de ellos, como los de Escauro (año 58), Pompeyo (año 55) y César, sólo llegaron a ser



superados en esplendor, suponiendo que lo fuesen, por los que más tarde organizaron los emperadores; en el año 53, para conseguir el consulado, Milón derrochó "tres herencias por atraerse al pueblo por medio de los juegos" (CICERÓN, *Pro Milone*, 95). Estos juegos fueron, como Cicerón escribe a su hermano Quinto, "de los más costosos que jamás se habían visto" (CICERÓN, *Ad Quintum fratrem*, III, 6), habiéndose derrochado en ellos cantidades tan fabulosas, que el orador llegó a pensar si Milón no estaría loco (CICERÓN, *Ad Quintum fratrem*, III, 7). Y, sin embargo, pasado algún tiempo ya nadie se acordaba de ellos.

En la época del Imperio se aumentó la consignación del erario público para la organización de los juegos del estado (cuya duración había ido aumentando poco a poco). Según un documento procedente del año 51, la cantidad asignada a los juegos romanos era de 760.000 sextercios, para los plebeyos 600.000 sextercios, para los de Apolo 380.000 y para las augustales, recién instituidas, 10.000 (cit. MOMMSEN, 1992, 300). Sin embargo, estas sumas no dan siquiera una idea aproximada del coste total de aquellas fiestas, ya que no es posible calcular lo que los magistrados ponían de su bolsillo. Solo poseemos algunos datos sueltos de diversas épocas acerca de esto y, en general, acerca de las gigantescas aportaciones hechas por los particulares para costear los juegos. Herodes de Judea instituyó una fiesta en honor de Augusto, era anual y llegó a durar cuatro años, habiendo recibido del emperador y de Livia, como regalo, lo necesario para su dotación: el costo total de esta fiesta calculábase en unos 500 talentos (FLAVIO JOSEFO, *Antiquit. Judaica*, XVI, 139). A comienzos del imperio, un buen torneo de gladiadores que durase tres días venía a costar, en una ciudad de la Campania, 400.000 sextercios (PETRONIO, *Satiricón*, 45, 8). Sin embargo, por regla general el costo de los juegos municipales sería, seguramente, menor (MOMMSEN, 1992, I, 67). Según las ordenanzas municipales de Urso, cada uno de los *dunviros* recibía 2.000 sextercios para organizar los cuatro días de juegos en honor de Júpiter, Juno y Minerva, debiendo

poner de su bolsillo por lo menos otro tanto, lo que quiere decir que el costo total de la fiesta ascendía a unos 8.000 sextercios; "la cantidad calculada para los juegos edilicios, en aquella misma ciudad, era de 6000 sextercios" (MOMMSEN, 1992, I, 253). la "ciudad de Pisauro, hoy Pesaro, recibió un legado de 600.000 sextercios, cuyos intereses se empleaban en organizar un torneo de gladiadores cada cuatro años. esto quiere decir que, calculando a razón de un interés del 5 por 100, se invertían en costear esta fiesta unos 120.000 sextercios cada vez" (FRIEDLÄNDER, 1976, 21). En el años 27 a.C. se dio un dictado disponiendo que no podría organizar torneos de gladiadores quien no contase, por lo menos, con una fortuna de 400.000 sextercios (TÁCITO, *Annales*, IV, 63); la finalidad de esta disposición no podía ser otra que la de cerrar el paso a los especuladores carentes de recursos, que se dedicaban a organizar esta clase de juegos para obtener ganancias, ya que para los demás promotores de fiestas se exigía, incluso por parte de los municipios, una fortuna mayor. Bajo Domiciano, el pretor de Roma sólo podía organizar por sus propios medios la fiesta de la Diosa Madre (4 al 10 de abril), contando para ello con una subvención de 100.000 sextercios, a costa de pagar de un modo mezquino a los que tomaran parte en ella, principalmente a los aurigas. Generalmente, no lograba salir del trance así, dándose el caso de que las carreras de carros llegasen a costarle 400.000 sextercios (MARCIAL, IV, 67, 5; V, 25, 9; X, 41, 5). Adriano recibió de Trajano dos millones de sextercios para los espectáculos que organizase durante su pretura en el año 107 (MOMMSEN, 1992). Se dice que los juegos de siete días organizados por Símaco al ser investido su hijo con la pretura, costaron aproximadamente 2000 libras de oro, y eso que Símaco no se contaba entre los senadores más ricos de su tiempo; uno de éstos, Máximo, invirtió al parecer, el doble del dinero con idéntico fin (FRIEDLÄNDER, 1976). El ejercicio del consulado costaba también, en aquella época, más de 2000 libras de oro por razón de los espectáculos que obligaba a organizar, cantidad que en su mayor

parte era aportada por los emperadores (PROCOPIO de CESÁREA, *Historia Arcana*, 26). En su consulado del año 521, que superó en esplendor a todos los consules orientales que le precedieron, Justiniano llegó a gastar, en total, 288.000 sueldos en donaciones y espectáculos (MOMMSEN, 1992, II, 101). Podemos calcular que solamente los gastos de los torneos de gladiadores ascenderían en todo el imperio, si exceptuamos la Roma de los tiempos de Marco Aurelio, a más de 20 millones de marcos anuales. Las normas que Marco Aurelio y Cómodo hicieron que dictase el Senado para reducir estos gastos (años 177-78) pusieron, como se dice en un discurso pronunciado con este motivo, coto a la ruina que amenazaba a los municipios y aseguraron el patrimonio de los *optimates*, a quienes aquellos gastos llevaban a la bancarrota; es decir, aseguraron la fortuna de los sacerdotes provinciales y magistrados municipales, elegidos entre la aristocracia de las provincias, que se hallaban obligados, por la ley, por la tradición y lo que de ello esperaban sus conciudadanos, a la organización de toda clase de juegos y fiestas (FRIEDLÄNDER, 1976).

### **2.2.12. Carga sobre la clase senatorial.**

En Roma, el peso que suponía el ofrecer al pueblo estas diversiones extraordinariamente costosas caía casi exclusivamente sobre la clase senatorial, sin que las subvenciones concedidas, como queda dicho, por el fisco, hiciesen otra cosa que aliviar ligeramente de esta carga (MOMMSEN, 1992, I, 128) a la aristocracia en beneficio de la plebe. Los individuos del orden senatorial compraban constantemente su rango, sus títulos y el boato externo de sus magistraturas con un desembolso que arruinaba a más de una familia antigua y de alta alcurnia (AMBROSIO, *De officiis ministrorum*, II, 21, 109) o al que sólo podían hacer frente con las subvenciones del emperador o las ayudas de los demás senadores. En los primeros siglos parece que el lustre de las dignidades y cargos senatoriales era todavía, para la mayoría de estas familias, una compensación

suficiente para resarcirse de tan gravosa carga, siendo relativamente pequeño el número de senadores y personas aptas para alcanzar el rango senatorial que procuraban sustraerse a los deberes abrumadores de su clase. Sin embargo, este número fue creciendo, indudablemente, a medida que las magistraturas iban viéndose despojadas de su funciones políticas para quedarse reducidas a organizar espectáculos populares, y llegó el momento en que empezaron a escasear los aspirantes a títulos y dignidades tan costosas. En la época de Constantino era necesario obligar a la aceptación del cargo a los candidatos que pretendían sustraerse mediante la fuga en los nombramientos de los pretores (SÍMACO, *Espis.*, IX, 126), y no sería él, seguramente, el primer emperador que se viese obligado a recurrir a medidas coactivas. En el siglo IV dictáronse una serie de decretos imperiales reglamentando la designación de las personas que habían de ocupar la pretura y la cuestura, designación que en Roma y Constantinopla corría a cargo del Senado para los diez años siguientes y recaía sobre aquellos de sus miembros que tuviesen venticinco años cumplidos; en los citados decretos se enumeraban las excusas que las personas designadas podían alegar para eximirse de desempeño de aquellos cargos. Se establecía, además, para cada pretura, la suma mínima que debía invertirse en la organización de juegos y fiestas. Quienes se sustrajesen al desempeño de sus deberes sin causa justificada no sólo tenían que pagar de sus bolsillos estas fiestas, que el fisco organizaba por cuenta de ellos, sino que además debían entregar a los almacenes de la capital, en concepto de pena, una cantidad considerable de trigo. Y la obligación de costear los espectáculos pasaba incluso a los herederos de los pretores designados que falleciesen antes de llegar a tomar posesión de su cargo (Código Teodosiano, IV, 4; Cit. FRIEDLÄNDER, 1976).

## **2.3. Los juegos y los espectáculos.**

Ya desde los tiempos de la República se tenían señalados en Roma sesenta días destinados a los Juegos Públicos, celebrados a fecha fija, en ocasión de fiestas religiosas. Se trataba de un conjunto de manifestaciones espectaculares en honor de una divinidad. Entre los principales juegos podemos destacar: los *Ludi Ceriales* (celebrados en abril, en honor de Ceres), los *Ludi Florales* (en mayo, en honor de Flora), los *Ludi Apollinares* (durante el mes de julio, dedicados a Apolo), los *Ludi Romani* (los más importantes por dedicarse a Júpiter y se llevaban a cabo durante septiembre) y los *Ludi Plebei* (celebrados en el mes de noviembre) Los jóvenes de buenas familias no tomaban parte en las competiciones de carácter militar (*Ludu Troiae*), que se llevaban a cabo en el Campo de Marte (GRANT, 1978).

### **2.3.1. Distintos festivales.**

Los encargados de su organización eran los Ediles, curules o los de la plebe, según la festividad. estaban formados por una serie de actos que, en general, eran semejantes en unos juegos y otros. Su programa, siguiendo a Castiella (1975), puede resumirse así: Representaciones teatrales, procesiones; juegos circenses.

Los juegos del Circo, que es lo que aquí nos interesa, tenían el siguiente desarrollo: La procesión (pompa) abría el espectáculo recorriendo la ciudad; una vez instalados en el Circo comenzaban las maniobras militares, pugilatos, carreras pedestres, hípicas y de cuadrigas.

El programa, como hemos dicho, variaba poco de unos juegos a otros. En unos predominaban las carreras de caballos y carros. Por ejemplo, en los de Apolo, instituidos durante la segunda guerra púnica, tenían lugar combates de animales salvajes. Las luchas eran una constante (CASTIELLA, 1975). La duración de los juegos romanos era variable, desde un día hasta catorce (FRIEDLÄNDER, 1967; CARCOPINO, 2001).

En la época imperial alcanzaron tal auge los festejos con juegos circenses, que llegaron a ciento sesenta y cinco los días festivos. Los emperadores señalaban nuevas fiestas motivadas por victorias bélicas, nacimientos imperiales, onomásticas de llegadas al poder, etc. Entre estas nuevas fiestas citaremos los *Ludi Actiaci*, conmemorando la victoria de Augusto en Actium, celebrados cada cuatro años, el dos de septiembre; los *Ludi Augustales*, del cinco al doce de octubre; los *Ludi Saeculares*, instaurados por Augusto y que se celebrarían cada siglo con carácter expiatorio, y el *Agón Capitolinus*, a imitación de los grandes juegos helénicos, fundado por Domiciano con mayor preponderancia de lo artístico y literario (CASTIELLA, 1975; GRANT, 1978).

Paralelamente a estos Juegos Públicos venían celebrándose, desde la época republicana, los *Ludi Votivi*, o juegos votivos, para conmemorar una gran empresa, pero que consistían en única celebración, que no se repetía en años sucesivos, sino por una especie de necesidad o acuerdo político. Podían ser organizados por el Estado (cónsules y ediles) o por particulares, en cuyo caso sería bajo vigilancia del Estado. La organización de estos juegos fue convirtiéndose en un recurso propagandístico de cara a las elecciones políticas (GRANT, 1978).

*"Durante el imperio cristianizado, los juegos religiosos fueron abolidos, pero continuaron algunos de los espectáculos. Por ejemplo los combates gladiatorios, tan populares que duraron hasta el reinado de Honorio, en el siglo V"* (CASTIELLA, 1975, 32-33).

### **2.3.2. Las actividades de los ludii.**

**Combates gladiatorios:** Luchas entre hombres, los gladiadores, generalmente una forma de esclavos al servicio de los *lanistas* o los dueños de los luchadores. Existían muchas modalidades, tantas como formas de armarse y luchar de los gladiadores (CASTIELLA, 1975).

**Las luchas con fieras o venatorias:** Era otro de los espectáculos del anfiteatro y a los que combatían en éstas se les llamaba *bestiari*, siendo condenados a muerte, prisioneros de guerra o mercenarios; como los gladiadores, eran entrenados por un preparador para dos tipos de lucha (CASTIELLA, 1975).

**Fieras domesticadas:** Con lo que el espectáculo consistía en una especie de caza, en la que el *bestiari* demostraba sus habilidades (CASTIELLA, 1975).

**Fieras salvajes:** En las que estas, azuzadas por los cuidadores, se lanzaban sobre los luchadores resultando un espectáculo escalofriante. Los hombres iban armados con un escudo, yelmo y espada corta, siempre mejor para los cuerpo a cuerpo, llevaban el antebrazo derecho envuelto en telas y se cubrían el pecho con una malla. También llevaron en algún tiempo una lanza, en lugar de la espada, además de un lienzo que solían tirar a los ojos del animal para poder agarrarse a ellas. Las fieras llevaban una cincha con una anilla, a la que sujetaban una cuerda que las fijaba a la jaula y que facilitaba el combate al *bestiari* (CASTIELLA, 1975).

**Ajusticiamientos con las fieras:** Para vergüenza de la pretendida condición del ser humano, esta modalidad de ajusticiamiento tenían también gran interés para los romanos. En estos espectáculos se arrojaban a la arena condenados a muerte, delincuentes y enemigos políticos como se llegaron a considerar a los cristianos, que eran devorados por los animales hambrientos y debidamente azuzados (CASTIELLA, 1975).

**Combates de fieras entre sí:** También gozaban del favor popular. Los animales se traían, generalmente, desde África (CASTIELLA, 1975).

**Carreras de carros:** Junto con los combates de gladiadores, el juego que contó con más adictos entre los ciudadanos del imperio. Los conductores solían ser profesionales y procuraban la victoria por todos los medios, no dudando en provocar accidentes a los otros participantes para lograr el triunfo (CASTIELLA, 1975).

**Maniobras militares:** Tan sangrientas como los espectáculos anteriores, eran muy deseadas en Roma. Había distintos tipos. Se simulaban batallas, en las que reos, condenados a muerte, eran asesinados en el decurso de los asaltos (CASTIELLA, 1975).

**Batallas navales:** Cuando se celebraban combates navales (por ejemplo, en la conmemoración de Salamina por Nerón). Se denominaban *Naumaquias*, y para su celebración se inundaba la arena del anfiteatro. También resultaba un espectáculo sumamente violento, acorde con la mentalidad romana (CASTIELLA, 1975).

### **2.3.3. Las carreras de carros.**

En su conocida, primorosa y voluminosa obra *Sociedad Romana*, dedica Friedländer su capítulo VIII (FRIEDLÄDER, 1974, 497 a 653), a *Los espectáculos* (3) y entre los deportivos, al verdadero espectáculo popular romano, después heredado por Bizancio: las carreras de cuadrigas y caballos. Los hechos de cuyos aurigas cantó la sociedad romana y cuya memoria perpetuó de forma tal que hasta nuestros días llegó la de Apuleyo Diocles (4). También García Bellido (1959) y Piernavieja (1977) nos dan cuenta de este gran corredor de cuadrigas.

Para los romanos las carreras de carros se remontan a la época del mítico fundador Rómulo. Con ello querían expresar la idea de que se trataba de una antigua costumbre de raigambre romana. Seguramente era así, pero con el tiempo fueron adoptando elementos tomados de otros pueblos. La influencia griega es evidente, e incluso la forma arquitectónica del circo romano deriva de los hipódromos griegos. No pudiéndose desdeñar la influencia de los etruscos: Representaciones de carreras aparecen en pinturas de las tumbas etruscas datadas del siglo VI a.C (FRAYON, 2001).

Como todos los juegos romanos, también las carreras de caballos tení-



an un origen religioso, que se conservó en los numerosos ritos con los que se acompañaban aunque, como hemos señalado antes, durante la época imperial ningún romano comprendía sus significados (CASTIELLA, 1975; GRANT, 1978).

#### **2.3.4. El escenario y el espectáculo.**

Las carreras de carros eran, con gran diferencia, el espectáculo más popular de Roma y el que se celebraba con más frecuencia. No se concebía ninguna festividad sin ellas e incluso, un día de carreras, por el motivo que fuese, era declarado festivo, afluyendo a Roma gentes de variadas procedencias. El circo estaba presente en todas partes. Durante el Imperio existieron hasta cinco en la ciudad. Uno de ellos fue el del Vaticano, construido por Calígula: la actual plaza de San Pedro ocupa su emplazamiento (ROSTOVITZEFF, 1977). Pero el más importante con mucho era el Circo Máximo, del que sólo quedan hoy día algunos restos, y el amplio espacio que ocupaba es, hoy día, un parque público por el que pasean los actuales habitantes de la Ciudad Eterna.

#### **2.3.5. La organización y las cuadrigas.**

Como en el anfiteatro, el suelo donde se desarrollaban las pruebas se llamaba "la arena". El espacio deportivo tenía forma alargada con un extremo curvo y otro recto. Los carros partían de la zona en la que se podían alinear, donde existían dos *carceres*, recintos cerrados que se abrían para dar la salida a los caballos. Giraban en el hemiciclo opuesto, donde se situaba una gran puerta bajo los graderíos por donde salían a hombros los aurigas vencedores en sus tardes triunfales, en una total similitud con los toreros actuales, pues también a los conductores de carros se les sacaba por la "puerta grande". El circo se dividía en dos partes por un murete o *spina* en torno al cual giraban los carros. Este muro separador fue cargándose de estatuas, obeliscos egipcios, fuentes y otros motivos ornamentales. Concretamente el

obelisco que aún se conserva en la plaza de San Pedro vaticana, procede del circo allí situado. En el centro del graderío, que se apoyaba en la ladera del Palatino, estaba el palco imperial desde el que el emperador y su familia seguía el espectáculo. A ambos lados se concentraban los asientos reservados a los senadores y caballeros.

El carro estaba formado por dos ruedas, el tableado del piso y el parapeto semicircular que se adornaba con esculturas y relieves. Los aurigas o conductores, se diferenciaban de sus homólogos griegos en que no iban desnudos, sino vestidos con una túnica corta ceñida por un cinturón en el que llevaban un cuchillo curvo para cortar los nudos de los tiros, a los que estaban atados durante la carrera evitando, en los accidentes, que les arrastrase el tiro de caballos. Los brazos y las piernas iban cubiertos por mallas. Detrás de los corredores aparecían individuos a caballo que estimulaban a los aurigas de su "equipo" desordenando y estorbando a los contrarios, a los que se llamaba agitadores. Los premios más apreciados consistían la palma o corona de laurel, que se concedía a los tres primeros, pero, además, recibían premios materiales, como tierras, caballos, etc.

### **2.3.6. El espectáculo.**

Muchos romanos vivían con intensidad el desarrollo de las carreras, las cuales desataban unas pasiones que cuesta imaginar incluso en una sociedad tan espectacularizada como la nuestra. Durante el período imperial, la mitad del año se dedicaba a la celebración de carreras. Éstas duraban todo el día con los descansos preceptivos para comer. Aún así algunos ciudadanos ni para comer se ausentaban. Debido a que sus asientos podían ser ocupados por otros, a pesar de estar reservadas las localidades para las distintas clases sociales, lo que originaba peleas y violencias. Augusto normativizó las formas de sentarse, el decoro y el orden prohibiendo comer, beber y otros excesos

que también se hacían en público. Muy a su pesar, en este capítulo, Augusto, no tuvo mucho éxito. En cierta ocasión expulsó a un caballero por beber durante el espectáculo y este se excusó diciendo lo siguiente: "*Tú, emperador, si te ausentas, eres el único en estar seguro de volver a encontrar tu puesto*" (QUINTILIANO, VI, 3, 63).

Cada carrera constaba de siete vueltas completas a la pista, pero se sucedían sin cesar unas a otras. En época de Augusto se celebraron hasta doce competiciones al día, que fueron aumentando con el tiempo. Un siglo después, imperando los Flavios, se llegaron a alcanzar las cien carreras diarias, y en algunas fiestas se celebraban durante una o dos semanas seguidas. Sólo por la intensa pasión que despertaban los juegos, unido a una manipulación de la participación política así como de la cesión de sus derechos por parte de los romanos, se puede entender que se pasaran los días metidos en el circo, pudiéndose decir que hacían del circo su casa.

A diferencia de lo que ocurría en otros espectáculos, hombres y mujeres se mezclaban en las bancadas en alegre promiscuidad. En los espacios de tiempo que se abrían entre carrera y carrera los espectadores se distraían contemplando actuaciones de mimos, histriones, payasos y danzarinas. También se deleitaban con los *desultores*, niños especializados en conducir caballos a gran velocidad e ir saltando de uno a otro.

Como señalamos anteriormente, la atracción por asistir al circo se acrecentaba por la frecuencia con la que los emperadores ofrecían regalos y comidas a los presentes. Los ágapes se realizaban en las tabernas que rodeaban el gran edificio; mientras que otras veces se arrojaba la comida a los gradieros, olvidando las estrictas normas que había dictado Augusto. Se les lanzaba no sólo pan, dulces y frutas sino también dinero y boletos que daban derecho a premios en metálico, joyas y hasta casas de campo (ROSTOVITZEFF, 1977).

### **2.3.7. Tipos de carreras.**

Los tipos de carreras se diferenciaban por el número de caballos que tiraban de cada carro. Lo más frecuente era que fuesen cuatro, *cuadriga*, o dos, *biga*, pero podían engancharse hasta diez corceles. La salida la daba el presidente de los juegos arrojando al suelo un pañuelo blanco. Entonces se abrían las puertas de las *carceres* y el auriga, de pie sobre la plataforma del carro azuzaba a los animales. El conductor actuaba con el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, sujetando con la mano izquierda las riendas, que acababan atándose a la cintura, para llevar y manejar el látigo con la derecha. La clave estribaba en ceñirse todo lo posible a la cuerda interior, marcada por una piedra que se llamaba *meta*. Frecuentemente ocurría que los carros tocaban la *meta* y se producían espectaculares vuelcos, representando estos lances los momentos culminantes de la competición. No obstante los aurigas usaban todo tipo de artimañas para cerrar el paso o hacer caer al rival, a esta última operación se le denominaba *naufragio* y la intentaban delante del palco imperial. El cochero podía morir al ser arrastrado por el tiro de caballos, por lo que antes de caer intentaba cortar las riendas que llevaba atadas al cuerpo con una pequeña daga que, como hemos dicho, formaba parte de su indumentaria. Ocurría que muchísimas veces llegaban al final los carruajes sin conductores.

### **2.3.8. Aurigas y "facciones".**

Las pasiones que desataban las carreras se veían incrementadas por el hecho de que los aurigas se distribuían por "facciones" o equipos que se distinguían por el color de su túnica. Al principio sólo existían dos colores, los Rojos y los Blancos. En la era de Augusto se les añadieron los Azules y después, con Calígula, los Verdes.

Cada "facción" aglutinaba en su entorno no sólo a los seguidores incondicionales, sino que se agrupaban en una especie de clan, al estilo de las actuales cuadras de la hípica moderna o las escuderías en los deportes de motor. De ellas formaban parte, además de los aurigas, los guardianes de los caballos, los encargados de su mantenimiento, los responsables de tener a punto los carros y los arneses, los veterinarios, los instructores, etc. Los partidarios de cada facción seguían atentamente todo lo que afectase a sus conductores o caballos favoritos, e incluso algunos emperadores fueron más allá de lo recomendable en una afición. Éste fue el caso de Calígula, que pasaba días enteros en los establos de los Verdes, no dudando en mandar envenenar a los aurigas rivales que se atreviesen a ganar a su cuadra, y acabó nombrando ministro a uno de sus caballos, el famoso Incitatus.

Las pasiones que despertaban las facciones tenían un fuerte incremento en las apuestas. En esta práctica se movían grandes cantidades de dinero y participaban todas las clases sociales. Provocando los mismos dramas que los juegos de azar han producido desde siempre y, porque no decirlo, sus placeres.

La popularidad que disfrutaban los aurigas más hábiles puede ser comparada a la que en nuestro entorno disfrutaban los futbolistas, o mejor expresado los corredores de coches que hoy son los deportistas mejor pagados. A los conductores que solían ganar las carreras se les erigían estatuas costeadas con dinero público e inscripciones relatando sus victorias y méritos. Así nos han llegado nombres y cifras como un tal Pompeyo Musculoso, que alcanzó 3.559 veces la primacia en la meta; Scorpos, vencedor en 2.048 ocasiones, o Pompeyo Epafrodito que lo fue en 1.467 carreras y ya hemos hablado de la enorme fortuna de Diocles. Igualmente eran famosos los caballos, a los que, como ahora, se les nombraba por su carácter o sus orígenes geográficos.

Acordes con la fama que gozaban los aurigas eran las ganancias. Cada

victoria suponía un premio económico y, si era esclavo, podía alcanzar la libertad (DIÓN CASIO, LXXIX, 15, 1). Una inscripción recuerda el caso de Diocles, retirado con una inmensa fortuna. Estas situaciones provocaban las críticas de muchos ciudadanos y especialmente de los intelectuales. Marcial, que malvivía en Roma, se quejaba amargamente: “¿Por cuánto tiempo deberé sudar aún durante todo el día por la calle para ganarme cien miserables monedas de plomo, mientras Scarpo, vencedor en la carrera, se lleva en una hora quince sacos de brillantes monedas de oro?” (MARCIAL, X, 74 y sig.).

Si embargo, también podía la desgracia cebarse en ellos y truncar una carrera de incipiente gloria como nos cuenta Pablo Piernavieja (1968) en su recuperación de epitafios a deportistas hispano-romanos (5).

## **2.4. La lucha de gladiadores en el anfiteatro.**

La lucha era otro de los espectáculos que se seguía con pasión entre los ciudadanos de la Roma imperial. Los combates podían ser de dos clases: entre hombres (*munera*) o contra fieras (*venationes*). Los luchadores eran condenados a muerte, prisioneros de guerra, esclavos, gentes de otros pueblos enrolados voluntariamente para ello y, algunos, hombres libres atraídos por los premios y honores o por la popularidad que daba el riesgo.

Se entrenaban en unas instalaciones especiales dotadas de “arena”, palestras y gimnasios, en los que vivían reclusos. Su régimen de vida era muy aceptable, si exceptuamos que no podían salir de allí, salvo dispensa de sus amos. El entrenador, una especie de capataz, llamado *lanista*, controlaba estas tropas de formidables luchadores que solían pertenecer a empresarios del espectáculo, a ciudadanos ricos, a los municipios, a los gobernadores de provincias o al mismo emperador.

### 2.4.1. Su origen y expansión.

En las modalidades del primer caso, aquellas que llamaban *munera*, que venía a significar *ofrendas*, debía su nombre a que en tiempos remotos se desarrollaban luchas durante los funerales de determinados difuntos, con un significado ritual. Al parecer, se trataba de aplacar a los muertos mediante una ofrenda de sangre inocente. El nombre de los luchadores, gladiadores, deriva de *gladium* espada, una de las armas más usadas.

El origen de estas lides era al parecer etrusco, pero es evidente que los romanos las adoptaron con rapidez y entusiasmo pues durante los primeros siglos de la República ya eran muy populares. Pronto perdieron su carácter ritual y se secularizaron, convirtiéndose en un simple espectáculo. Al principio eran organizados por los miembros ricos de la aristocracia, que se servían de ellos como instrumentos de propaganda para sus negocios y carreras políticas. Curiosamente el primer combate de gladiadores, que llegó a impresionar por su excepcionalidad y brillantez, lo ofreció Escipión, no en Roma sino en Cartago, en honor de su padre y su tío muertos durante las primeras guerras púnicas. Más adelante, en el siglo I a.C., César, aficionado a estos juegos, los utilizó de manera sistemática para relanzar su popularidad y su prestigio político.

En sus comienzos no existían edificios especialmente contruidos para estos juegos: se celebraban en espacios abiertos, en las plazas o en el foro, se adaptaban determinados espacios del circo y se llegaron a montar estructuras de madera que se desmontaban nada más acabado el combate. En el año 59 a.C., Escribonio Curión, que quería rivalizar con César en el favor popular, hizo construir dos teatros de madera adosados que podían girar hasta formar un doble teatro, anticipando lo que sería el anfiteatro, una construcción que ya existía en lugares como Pompeya.

Augusto fue el que intentó regular no sólo el teatro y el circo, sino tam-

bién estas luchas. Siguió el ejemplo de César, quien había establecido, para las cabeceras de provincias, la obligatoriedad de ofertar un festival anual como mínimo. Promulgó que los pretores romanos pagasen de sus bolsillos dos juegos anuales de ciento veinte parejas. Estas celebraciones obligatorias eran consideradas como ordinarias, ya que, a mayores, se podían organizar todos los juegos extraordinarios que se justificasen y sobre todo los que fuesen en honor y a mayor gloria del emperador. Así en época de Augusto se construyó en Roma el primer anfiteatro en piedra, a cargo de Statilio Tauro, en el año 29 a.C. El mismo emperador mandó duplicar su áforo, aunque los graderíos se hicieron de madera, cosa que causó su destrucción cuando se produjo el gran incendio del año 64. Esto fue lo que indujo a Vespasiano a construir el Coliseo ya en piedra.

A partir de Augusto, tanto en Roma como en todo el Imperio, la afición por los espectáculos gladiatorios fue en aumento. Y los emperadores, no dudaron en dictar estrictas reglas de comportamiento y usos. Sólo pudieron ser ofrecidos por el Estado, que los convertía en glorificación del sistema político y propaganda imperial. Se reguló el número de espectáculos que podían llegar ofrecer durante un año los magistrados; así mismo se regularon las parejas de combatientes en cada uno de los juegos. Para no hacer sombra al emperador y sus juegos, nadie podía superar los festivales ofrecidos por la casa reinante.

Aún gozando de una enorme popularidad, los combates, eran escasos comparados con las carreras de carros o con las obras de teatro. Las razones eran puramente económicas, además del estricto control a que eran sometidos. En la preparación de estos espectáculos intervenía un gran número de profesionales, como los instructores de los gladiadores, los llamados *Ianistae*, que cobraban grandes sumas por sus servicios, salvo en Roma, donde las



escuelas de luchadores dependían del Estado. Pronto se generalizó la costumbre de alternar los combates entre hombres, con las luchas contra o entre fieras. Dichos animales tenían que ser cazados y llevados a las ciudades más renombradas del imperio, que no eran pocas. De esto, podemos entender que los juegos gladiatorios estuviesen limitados a unos determinados días del año, casi como ocurre en nuestro país con las corridas de toros, que se van celebrando según las fiestas y ferias de las distintas ciudades y pueblos.

### **2.4.2. El desarrollo del espectáculo gladiatorio.**

En el transcurrir de los juegos nada se dejaba a la improvisación, todo estaba estrictamente regulado y en esto continúan las similitudes con las fiestas taurinas tan controladas por el poder presidencial. El emperador era el último en entrar, haciéndolo sólo cuando las bancadas estaban repletas de plebe impaciente por ver las atracciones. Cuando finalmente entraba seguido de su séquito, los asistentes se ponían en pie y aclamaban al poder. Una vez acomodados y a una señal, se abrían los rastreles e iban entrando en la arena los gladiadores, armados y vestidos con clámides bordadas en oro, telas de púrpura y rodeados de una gran comitiva ritual *la pompa*. Encabezados por el *editor* daban la vuelta al redondel y, al desfilar ante la tribuna imperial saludaban con la famosa frase, en realidad un fúnebre adiós: *Ave, Caesar, morituri te salutant*.

A continuación se sorteaban las parejas para ajustar los enfrentamientos y se examinaban las armas. En los programas y anuncios del espectáculo se fijaban la cantidad de parejas que iban a intervenir, pero después, en el último momento, se sorteaban los emparejamientos para evitar componendas y amaños. Se establecían distintos tipos de lucha y de combatientes. Algunos combates se llevaban a cabo de una manera incruenta, con armas sin punta ni filos, es decir, era una especie de inofensivo simulacro. Pero en el combate

gladiatorio, llamado también *hoplomachia*, se luchaba hasta la muerte de uno de los contendientes. El tipo y categoría del luchador lo marcaba las armas que usaba y en las que era especialista o el origen geográfico. Los más famosos eran los samnitas; los tracios; los mirmilones (yelmo y espada); los reciarios; los laciarios; los hiplomanos (armadura pesada y espada); etc. Se distinguen varios tipos principales de luchas a pie y siguiendo a Valentín podemos clasificarlos en:

1.- **Samnitas:** Con armamento pesado: Casco, escudo alargado, greba izquierda y espada; es la forma más antigua. Desde Augusto se especializan en *Secutores* y *Oplomachi*. Los primeros para luchar contra los *Retiarios*, y los segundos, contra los *Tracios*.

2.- **Retiarii:** De armamento ligero, cinturón, tridente, red para envolver al adversario y una túnica muy ajustada. Es la forma más sencilla de lucha.

3.- **Tracios:** Sus armas consistían en un pequeño escudo redondo, casco, sendas grebas, brazaletes derecho y sable corto curvo.

4.- **Galos:** Llevaban pocas armas defensivas, casco, escudo pequeño y espada.

5.- **Secutores:** Armados con espada, yelmo y escudo.

6.- **Laqueari:** Llevaba un lazo y una espada corta. Eran los únicos que luchaban entre sí con armas iguales, pues los otros siempre combatían unos contra otros y, por tanto, con armas y defensas distintas (VALENTÍN, 1955).

Era muy raro que dos luchadores de las mismas armas se enfrentasen. En el sorteo se tenían en cuenta las destrezas y experiencias de los gladiadores tratando de evitar desigualdades que provocasen desinterés y falta de emociones por un resultado previsible. Un magistrado era el encargado de la organización así como de examinar las armas, función que de vez en cuando

le gustaba hacer al emperador o ceder a algún invitado. La inspección, no obstante, era rutinaria en la comprobación del filo de las armas o la agudeza de sus puntas, para que no se produjesen ventajas o tongos que falseasen los resultados.

El juego, como en el circo, duraba todo el día, con pequeños intervalos y un descanso para comer. Programa que no tenía más remedio que ser apretado, para dar cabida a los combates de cien a doscientas parejas, como norma.

El combate finalizaba cuando uno de los dos contendientes caía al suelo. Convirtiéndose ese momento en el culmen del espectáculo, de los graderíos subía un griterío ensordecedor, *Hoc habet*, que era la proclamación de todas las barbaridades que se les podía ocurrir. El caído levantaba un dedo de su mano izquierda dirigido al público manifestando su incapacidad para seguir y pidiendo, por ello, clemencia. Las gradas reflejaban diversidad de opiniones, pues todos los espectáculos estaban impregnados del espíritu político, que podía estar representado en una determinada escuela de gladiadores, en un gimnasio o en un cierto modelo de luchador. También la valentía que había demostrado el caído así como las circunstancias de la lucha podían inclinar a la mayoría del público a la clemencia, *misio*, que mostraba elevando las manos. Los partidarios de la muerte del vencido, *sine remissione*, lo pedían, también por señales, elevando el brazo con el puño cerrado y el pulgar indicando el suelo, *pollice verso* (CASTIELLA, 1975).

La decisión final dependía del *editor* de los juegos, que, si estaba presente, era el emperador. Hubo casos de emperadores extremadamente crueles, como Claudio, que sistemáticamente ordenaba la muerte de los reciarios vencidos. Las decisiones de la muerte seguían una especie de criterios rituales, primitivos y brutales, intentando ser justos, con los luchadores que habían

combatido con ganas y fuerza. Cicerón habla del desprecio que se tenía a los gladiadores que mostraban debilidad o suplicaban.

El *editor*, cuando veía que la mayoría de los espectadores inclinaban el pulgar, se dirigía al vencedor dándole la orden de: *lingula!*. La ejecución se realizaba siguiendo un ritual normativizado, que los luchadores aprendían y ensayaban en los gimnasios, morir con dignidad era tan importante como saber combatir con agresividad, habilidad y fiereza. El vencido se incorporaba, con una rodilla en tierra y asía con su mano derecha el muslo de su rival, que procedía clavando su arma en el cuello del perdedor. Los cadáveres de los gladiadores, enganchados con garfios, eran arrastrados por la puerta *libitina* al *spoliarium* para sepultarlos después de despojarlos de armas y otros enseres.

El vencedor recibía recompensas honoríficas y cierta cantidad de dinero. Si eran esclavos podían incluso llegar a alcanzar la libertad. Además, el triunfador recibía favores especiales. Investigaciones de Piernavieja parecen revelar el interés de las mujeres, incluso las de la alta sociedad, por los luchadores.

Los gladiadores, antes de llegar a la muerte, pronunciaban un juramento que concluía en las siguientes palabras: “¿Cuál será la diferencia si ganas unos días o unos años más?. Hemos nacido en un mundo donde no se da cuartel” (cit. SENNET, 1994, 97). Séneca proclamó que el mismo juramento (el más oneroso de los compromisos”, “*turpissimum auctoramentum*”) también expresaba el vínculo más honroso entre soldados y ciudadanos” (Epist. a Luc, XXXVII). La palabra latina *gravitas* significa “dignidad” y también determinación profunda. El juramento del gladiador, pronunciado por hombres que se comprometían a matarse entre sí, afirma esta determinación con una contradicción terrible: “Debes morir erguido e invencible” (cit. SENNET, 1994, 97). La fuerza física quedaba vinculada a la oscuridad y la desesperanza.

### **2.4.3. Las venatorias o cacerías.**

El placer tan normal y cotidiano con el que los romanos asistían a los sangrientos juegos se veía superado pasionalmente en su asistencia a la muerte de animales salvajes. Se trataba de espectáculos que llamaron *venationes*, palabra que podemos traducir por cacerías.

Parece ser que la afición de los romanos por las fieras se produjo a raíz de sus guerras de conquistas de países lejanos en los que entraron en contacto con animales exóticos para ellos. Durante la segunda guerra púnica Aníbal, usó entre sus fuerzas, numerosos elefantes que aterrorizaron a las legiones romanas. Desde entonces los espectáculos con estos animales eran muy apreciados.

Como en casi todos los juegos, fueron los políticos del último período republicano los que usaron sistemáticamente este tipo de funciones con animales intentando recabar el halago de la plebe. En el año 79 a.C., Pompeyo ofreció un espectáculo en el que se hizo combatir a veinte elefantes africanos contra expertos cazadores y guerreros gétulos del desierto del Sahara, armados con lanzas. La matanza de los animales fue tan desigual y cruel que a los asistentes no les agradó nada el resultado; maldijeron a Pompeyo y solicitaron a gritos, entre una monumental bronca, que se salvase la vida a los ejemplares que quedaban vivos tras el acoso de los cazadores. Sin embargo, algunos años después, César ofreció un espectáculo parecido en el que enfrentó a otros veinte elefantes contra quinientos soldados y en lo sucesivo nunca se dejó de dar muerte a todo tipo de fieras para diversión de los feroces e insaciables ocupantes de los graderíos.

Las cacerías podían tener lugar en el circo, en el foro o en cualquier sitio apropiado, con un espacio para los espectadores y un cerramiento que garantizase un mínimo de seguridad. Claudio, que era un apasionado de todo tipo de espectáculos sangrientos, introdujo la costumbre de amenizar las carreras

de carros con las venationes. En los anfiteatros, bajo el nivel de la arena existía una red de estancias, habitaciones, jaulas y galerías, donde se retenían los animales antes de salir al espacio abierto. Hoy se pueden adivinar esas salas entre las ruinas de los anfiteatros que podemos visitar. El Coliseo disponía de un complejo sistema de ascensores que movidos por poleas subían al arenoso óvalo fieras y luchadores. De esta manera, las cacerías acabaron asociadas estrechamente a los combates de gladiadores, como una variedad complementaria de éstos.

En el afán de complacer al público, los animales eran utilizados de las formas más diversas, desde su participación en los inocentes juegos de los mimos, saltimbanquis, acróbatas o domadores a las cacerías propiamente dichas, con la muerte incluida. Dada la desmesurada afición a los fastos sangrientos es lícito pensar que los romanos exigían, cada vez más, la presencia de los animales salvajes. Terminó por establecerse unas diferencias en función del tipo de participación humana: los *venatores* o cazadores, solían ser profesionales o algún "espontáneo" que se ofrecía para combatir con los animales, armados con escudos, espadas, venablos, etc. y los *bestiarii* o bestiarios, que solían ser esclavos, bandidos, convictos, prisioneros o simples vagabundos de baja condición a los que se les arrojaba a la arena, llena de fieras, sin armas ni otro tipo de defensa. Cuando se iniciaron las persecuciones contra los cristianos, y otros enemigos políticos éstos fueron sistemáticamente condenados a morir de esta forma que, en aquel tiempo, se consideraba infame.

Es muy difícil, para nuestra mentalidad de satisfechos burgueses, envuelta en la hipocresía y en el ocultamiento de la violencia y la muerte, comprender la naturaleza sangrienta y la muerte en directo de los espectáculos romanos, pero es posible que ni siquiera ellos lo tuviesen como enteramente agradable. El vesánico y criminal Claudio, organizador de cacerías para ameni-

zarse las comidas, que no mostraba ninguna duda en lanzar a cualquier esclavo que hubiese cometido alguna torpeza a la arena, mandaba tapar con velos las estatuas de los personajes públicos que adornaban el anfiteatro para que no presenciasen las muertes.

Igual de sorprendente resulta la rápida expansión de estas aficiones por el resto del imperio. Es muy difícil realizar un cálculo sobre el número de personas y animales sacrificados en estos cruentos juegos durante los cuatro siglos aproximados de duración del imperio. Se conocen, no obstante, algunas de las consecuencias acarreadas a la fauna de los territorios cercanos al Mediterráneo. Es del todo evidente el lucrativo negocio que supuso la caza de animales exóticos para los festivales que se llevaban a cabo en el circo y anfiteatro. Elefantes, tigre, leones, rinocerontes, toros salvajes, osos, etc., eran cazados de forma masiva, con lo que iniciaron y provocaron la desaparición de muchas especies.

#### **2.4.4. Las naumaquías o batallas navales.**

Una sociedad tan superficial y vanal como la que marcaba la plebe, sentía una atracción especial por todo tipo de extravagancias, exotismo o artificiosidad. Eso ocurría en su intensa afición por ciertas representaciones acuáticas, que requerían y demandaban complicadas soluciones técnicas. Las *naumaquías*, término griego que significa batalla naval, eran representaciones y evoluciones más o menos bélicas de barcos que luchaban, se hurtaban, se abordaban y se embestían.

Las combates se representaban en estanques o en lagos artificiales. A tal fin y con harta frecuencia, las arenas de los anfiteatros y circos se dotaban de ciertos mecanismos que permitían inundar el recinto de agua para celebrar las navegaciones. Pero sobre todo, se construyeron grandes lagos artificiales que

recibieron el nombre de lo que en ellos se iba a representar: *Naumachiae* o *Naumaquías*, palabras que denominaban la instalación y al acto que allí se producía.

La primera gran instalación de este estilo que se conoce la mandó construir Augusto, al otro lado del Tíber, en el actual barrio del Trastévere, al pie del monte Janículo. Era una zona pantanosa en la que se excavó un gran lago que se llenaba de agua mediante un canal derivado del Tíber. En el año 2, Augusto hizo representar la batalla naval de Salamina, entre los persas y los atenienses, en la que participaron más de tres mil hombres. Los barcos, las armas y las vestimentas de los participantes intentaban imitar lo que ocurrió en el 480 a.C. en las aguas de Egeo.

Estas extravagantes *regatas* tuvieron su máxima expresión durante el reinado de Claudio. En el año 52 se comenzó el drenaje del lago Fucino, a unos cien kilómetros de Roma, con la pretensión de sacarle rendimiento agrícola. Durante once años treinta mil trabajadores estuvieron metidos en esta obra, especialmente en la construcción de una galería subterránea de más de un kilómetro de longitud. Antes de proceder a la desecación, Claudio quiso celebrar el final de la obra con una gran *naumaquia* en el lago. En este espectáculo participaron unos veinte mil hombres que combatieron sobre doce triremes sicilianas y otras doce rodias. Las orillas fueron guardadas por pretorianos que actuaban contra aquéllos que no demostraban el suficiente arrojo en la lid o contra los que intentaban huir de la refriega. Para dar mayor brillantez al acontecimiento, desde el centro del lago fue saliendo un tritón plateado, que cuando estuvo totalmente fuera hizo sonar una trompeta como señal de comienzo de la batalla. Decenas de miles de romanos recorrieron cien kilómetros, desde Roma, para ver el festival.

La *batalla del lago Fucino* fue una excepción que no se volvió a repetir. Se



solían usar para estos combates lagos próximos a la capital como los lagos Albanos, que están formados sobre cráteres de extintos volcanes. En sus orillas diversos emperadores construyeron sus palacios residenciales de verano, costumbre continuada por los papas, que tienen en la orilla de uno de ellos, a unos cuarenta kilómetros del Vaticano, la residencia de Castelgandolfo. Estos lagos ofrecieron magníficas condiciones para tales juegos y del fondo del lago Nemi, se han rescatado, en la actualidad, algunos de aquellos barcos hundidos, que hoy restaurados y embellecidos se exponen en un museo cercano.

#### **2.4.5. Otros tipos de Juegos.**

Los agones, que tanta popularidad y práctica tuvieron en Grecia, no llegaron nunca a encajar con los gustos romanos. Éstos fueron espectadores, claramente, dispuestos a aclamar a profesionales y convertirlos en ídolos, en especial a los aurigas y gladiadores. A diferencia de los griegos, los romanos fueron incapaces de ir más allá del puro espectáculo y de apreciar el valor formativo del ejercicio físico. Los romanos no entendían así las prácticas corporales, prefiriendo el espectáculo, la pompa, los desfiles, la diversión, el placer y el boato ante que el esfuerzo que conlleva un buen plan de adiestramiento. Algunos emperadores intentaron adaptar a su cultura los agones griegos, bien de una manera autoritaria e impositiva, como Sila, Pompeyo o César, bien de una manera más respetuosa, como lo intentaron los Antoninos.

En el año 28 a.C., Augusto instauró los *Actias*, juegos destinados a conmemorar la victoria naval en Accio sobre Marco Antonio y Cleopatra tres años antes. Estas competiciones debían celebrarse cada cuatro años, como los juegos olímpicos, el 2 de septiembre en el lugar de la batalla, cerca del canal de Otranto y junto a la actual frontera entre Grecia y Albania. Los juegos consistían en competiciones atléticas, carreras de caballos, concursos musicales y poéticos y, como especialidad romana, naumaquías reproduciendo la menta-

da batalla. La misma victoria se celebraba con juegos en Roma, pero una vez muerto Augusto, todas estas competiciones fueron decayendo. No obstante, en las ciudades del sur, de origen griego, tuvieron más arraigo este tipo de competiciones. Es el caso de Nápoles, donde se celebraban cada cuatro años la Sebastá (Augusto, en griego, se decía Sebastá), con un programa muy similar al olímpico. Los atletas llegaban a la ciudad treinta días antes del inicio de las competiciones y durante ese tiempo recibían un sueldo diario por el período que permaneciesen entrenándose y compitiendo.

Calígula, gran aficionado y entusiasta de los juegos griegos, intentó la aclimatación de los agones, cosa que no pudo realizar a causa de su temprana y violenta muerte. Sí lo pudo hacer Nerón, gran admirador de la cultura griega. Implantó unos extraños (por manipulables) juegos en los que él solía participar, no sólo en la lucha, carreras y agones sino también en el canto coral y en la poesía, artes en las que se consideraba dotado. Es posible que en su juventud fuese un culto, deportivo y adorable muchacho, ya que su preceptor fue Séneca. Pero estas actividades y distracciones no eran del agrado de los aristócratas que lo consideraban una degeneración, ni de la plebe que no lo entendían. En el año 60 instaura las Neronias, unas competiciones atléticas, estilo griego, que se celebraron cada cinco años. Al público, que debía de vestir a la griega, se le arrojaba todo tipo de regalos. El descontento de las clases altas lo retrata mejor que nadie el cantor de dichas clases cuando dice: *"Bajo el influjo de las costumbres extranjeras, se produjo la degeneración de los jóvenes: se hicieron frequentadores de las palestras, habituados al ocio y a los amores vergonzosos, y en todo ello eran estimulados por el emperador y el Senado, que no sólo los encaminó a los vicios, sino que se sirvieron también de la fuerza para que los primeros entre los romanos, con el pretexto de recitar en prosa o en verso, se viesan contaminados con la ignominia de la escena"* (JUVENAL, *Sátiras*, XII).

Así pues, pese a los esfuerzos más o menos sensatos de algunos emperadores, las competiciones y juegos de estilo griego no llegaron a alcanzar nunca la aceptación de los romanos. Encontraron el rechazo de las clases dirigentes, que los consideraban extraños a las costumbres y tradiciones latinas, y de otro lado, como hemos señalado, las masas siguieron apegadas a los espectáculos gratuitos, en todos sus sentidos, en los que tenían un papel de simples consumidores y les permitían seguir con apasionamiento a sus ídolos más famosos. Los romanos nunca llegaron a comprender el espíritu competitivo y agonístico, su razón de ser, de los juegos griegos.

#### **2.4.6. Los juegos en las termas.**

En las páginas anteriores hablábamos de la relativa acogida del Agon *Capitolinus*; pues bien, la transformación de costumbres que Augusto, Nerón y Domiciano intentaron llevar a cabo mediante unos juegos calcados de los griegos, tuvo sus efectos en las termas imperiales, cuando el pueblo romano aceptó, como una necesidad, la costumbre de acudir a ellas todos los días y de pasar allí la mayor parte de su tiempo libre.

#### **Baños para hombres y mujeres**

En la época de Marcial y Juvenal, durante el reinado de Domiciano y de Trajano, no había ninguna prohibición formal que impidiera que hombres y mujeres se bañaran juntos. Las romanas a quienes esta costumbre les pudiese parecer promiscua podían ir, en lugar de a las termas, a los *balnae*, donde sólo asistían mujeres. Pero muchas de ellas se sentían atraídas por los deportes que precedían al baño en las termas, así que, antes de renunciar a su afición, preferían comprometer su reputación y bañarse con los hombres (PLINIO, *Natur. Hist.*, XXXIII, 153; QUINTILIANO, X, IX, 14; MARCIAL, III, 51 y 72; JUVENAL, VI, 421). De aquí que, a medida que fue creciendo el auge de las termas, empezaron a sucederse los

escándalos que acabarían molestando a las autoridades. Adriano, para prevenirlos, durante el período comprendido entre el año 118 y el 138 impuso un decreto, mencionado en la *Historia Augusta*, por la cual se separaban los baños de los hombres y de las mujeres: "*lavacra pro sexibus separavit*" (DIÓN CASIO, LXIX, 8). Pero como en el plano de las termas no aparece más que un *frigidarium*, un *tepidarium* y un *caldarium*, es evidente que la separación se hizo asignando distintas horas de baño para hombres y mujeres. Ésta es la solución que, en tiempos de Adriano, ya ofrecía el reglamento de los procuradores imperiales del *metallum Vispacense*, en Lusitania, entre las funciones que se mencionan del *conductor*, o encargado de los *balnea* de aquel municipio minero, estaba la de encender las calderas desde la primera hora del día hasta la séptima para el baño de las mujeres, y desde la octava hasta la duodécima para los hombres (CARCOPINO, 2001, 325). Es evidente que la iluminación de las termas romanas no permitía un reparto del tiempo equitativo, pero sin duda adaptaron el principio establecido en la metrópolis a las condiciones de las provincias.

Según testimonio de Juvenal, las puertas de los anexos se abrían al público, sin distinción de sexo, a partir de la *hora quinta* del día. En la *hora sexta* se abría el edificio central, pero exclusivamente a las mujeres. En la *hora octava* o *nona*, según fuera invierno o verano, la campana volvía a sonar, era el momento en el que entraban los hombres, quienes podían permanecer en las termas hasta la *hora undecima* o *duodecima*. Este reparto del tiempo nos indica que el nudismo sin discriminación de sexos sólo se practicaba en las palestras, y no en lugares donde tanto, los romanos como las romanas se dedicaban al atletismo, se entretenían con sus juegos favoritos y se bañaban.

### **Las actividades lúdicas en las termas.**

Recordemos el encuentro de Trimalción con los granujas a los que más

tarde invita a cenar. Éste tiene lugar a la hora del baño, en las termas de una ciudad de Campania, al fin y al cabo termas que imitaban seguramente las de la *Urbs*. *“Encolpio y sus compañeros, sin desnudarse, se integran en los distintos grupos formados en la palestra. De pronto, reparan en un anciano calvo, vestido con una túnica del color de la aurora, que juega a la pelota con unas esclavas jóvenes de largos cabellos. El vejete está calzado con unas sandalias y lanza unas pelotas verdes; cuando una cae al suelo no la recoge, ya que un esclavo tiene un saco lleno y se las repone según van cayendo”* (PETRONIO, *Satiricón*, 27). *“Se trata de un juego de pelota que los romanos llamaban trigón, en el que tres jugadores, colocados cada uno en el vértice de un triángulo, hacían ejercicios de calentamiento lanzándolas con una mano y recogéndolas con la otra según les llegaban por sorpresa”* (CARCOPINO, 2001, 326). Pero los romanos conocían muchas otras maneras de jugar a la pelota en las termas: el juego de pelota por excelencia, en el que la golpeaban con la palma de la mano como en la “pelota vasca”; “el *harpstum*, según el cual los jugadores debían coger y disputar la pelota o *harpasta* a pesar de los empujones de sus contrincantes, las fintas y la rapidez del juego, lo que levantaba nubes de polvo y hacía que acabaran bastante cansados; y muchas otras variedades que iban desde saltar una pelota a cogerlas al vuelo, lanzarla contra un muro, etc.” (CARCOPINO, 2001, 327). A veces, reemplazaban la *harpasta* (rellena de arena) o la *paganica* (llena de plumas) por un balón de aire o *fallis* que los jugadores se disputaban como en el baloncesto actual, aunque con más elegancia que agresividad (MARCIAL, XIV, 47). Otras veces golpeaban un balón enorme relleno de tierra o harina como los que usan los boxeadores de hoy día (es el *corycus* que ya hemos visto entre los griegos), y cuando no, se entrenaban con las espadas frente a un poste de ejercicios de esgrima. Marcial reunió los juegos que preludiaban el baño de los romanos en un epigrama dedicado a uno de sus amigos filósofos que despreciaban estas actividades: *“Nunca se te ve jugando*

*al juego de la palma, ni al balón, ni a la pelota rústica antes de darte un baño caliente; tampoco golpeas el tocón con la espada de esgrima, ni corres de izquierda a derecha para coger al vuelo la polvorienta harpasta” (MARCIAL, VII, 32).*

Sin embargo esta enumeración es bastante incompleta; habría que añadir la carrera, el arco o aro de metal, llamado *trochus*, que las mujeres solían guiar con la vara ahorquillada o *clovis* (CARCOPINO, 2001) y los ejercicios de halteras practicados por todos (JUVENAL, III, 421; MARCIAL, VII, 67 y XIV, 49). Pero es preciso señalar que en todos estos juegos hombres y mujeres iban vestidos, bien con una túnica como Trimalción o con una malla como la que lleva Philaenis cuando derrochaba energías en el juego del *harpastum* (MARCIAL, VII, 67 y sig.), bien con un cálido y sencillo manto específicamente pensado para moverse con comodidad, la *endromida* que Marcial manda como broma a uno de sus amigos: “Te envío esta exótica “endromina” para que, arropado con su tibio tacto, juegues al “trigón”, tus manos busquen la “harpasta” bajo el polvo levantado por tus pasos o voyas de un lado a otro tras la ligera masa de plumas del blanco “follis” (MARCIAL, IV, 18).

Por el contrario la competición atlética, en la que era preciso untarse la piel con *ceroma*, un ungüento compuesto de aceite y de cera que la hacía más flexible, sobre la que se ponía la capa de polvos, como ya hemos contado que hacían los griegos, para que el cuerpo desnudo no resbalase con las presas. Estos combates se llevaban a cabo en las palestras del edificio central, junto a las salas que en las ruinas de las termas de Caracalla los arqueólogos identificaron como los *oléoteria* y los *conisteria* (CARCOPINO, 2001), habitaciones en las que, no sólo los luchadores, sino también las luchadoras, a las que el cascarrabias Juvenal recrimina su perversa complacencia en las caricias de los masajistas, se sometían a las uncciones y al maquillaje reglamentario (JUVENAL, VI, 421).

Así pues tanto el atletismo ligero como el pesado, estaba estrechamente

relacionado con el baño que se tomaba después de los ejercicios. Éste se dividía habitualmente en tres tiempos diferentes. En primer lugar, el sudoroso bañista iba a desnudarse, si no lo estaba ya, a los vestuarios o *apodyteria* del edificio termal. A continuación entraba en uno de los *sudatoria* que rodeaban el *caldarium* para activar su transpiración en una atmósfera de baño turco: era lo que llamaríamos el baño seco. Después pasaba al *caldarium*, con una temperatura muy elevada, donde podía acercarse al *labrum*, rociarse la piel con agua hirviendo y rascarse con el ya mentado *strigilis*. Una vez limpio y seco volvía sobre sus pasos, se detenía en el *tepidarium* para habituarse al cambio de temperatura y se zambullía en la piscina de agua fría o *frigidarium*. Estas son las tres fases del higiénico baño recomendado por Plinio el Viejo (PLINIO V, XXXVII, 55), practicado por los personajes de la novela de Petronio (*Satiricón*, 28) y descrito en los epigramas de Marcial, aunque éste deja a criterio de cada cual someterse o no al baño seco antes de realizar las abluciones del *caldarium* (MARCIAL, VI,42).

El mayor inconveniente de esta operación era frotarse con la *strigilis* frente al *labrum*. Normalmente necesitaban la ayuda de alguien; así que, cuando no habían tomado la precaución de llevar consigo a algún esclavo, tenían que pagar los servicios de los de las termas. Una anécdota de la *Historia Augusta* prueba que antes de hacer este gasto se lo pensaban dos veces.

Según cuenta su biógrafo, Adriano solía frecuentar los baños públicos y bañarse con los demás. Un día vio a un veterano del ejército, conocido suyo, frotándose la espalda contra el mármol que revestían las paredes de ladrillo del *caldarium*. El emperador se le acercó y le preguntó por qué se frotaba de aquel modo. El veterano le respondió que no tenía dinero para pagar a un esclavo, por lo que el príncipe le procuro uno y le dio algún dinero. Naturalmente, al día siguiente, ante el anuncio de la llegada del emperador, varios ancianos comenzaron a frotarse también contra el mármol para llamar

su atención y despertar su generosidad. Sin embargo, en esta ocasión se limitó a aconsejarles que se frotasen unos a otros. El biógrafo añade que, a partir de aquel día, la fricción recíproca se convirtió en una moda: *ex quo ille iocus balnearis innotuit* (CARCOPINO, 2001, 329). No obstante, es fácil que sólo los pobres secundaran esta novedad, ya que los ricos tenían recursos para hacer que les sirvieran, les frotaran, les dieran masajes o les perfumaran a placer. Cuando los invitados de Trimalción salen del *frigidarium*, encuentran a su ocasional anfitrión, inundado de frangancias, secándose con toallas ordinarias, sino de la más suave lana, mientras que tres masajistas se disputan el honor de hacerle la limpieza *lo enrollan en una manta escarlata y lo ponen sobre la litera* (PETRONIO, *Satiricón*, 28). Así, debidamente seco por los dispuestos especialistas y a hombros de sus esclavos, Trimalción se marcha hacia su casa donde le espera la cena.

### **Los horarios de apertura y cierre de las termas.**

Si bien los textos expresan claramente que las termas cerraban sus puertas con el crepúsculo (JUVENAL, VI, 419), sin embargo ofrecen informaciones contradictorias acerca de la hora en que abrían. Según un verso de Juvenal, el público ya acudía a las termas en la *hora quinta*, es decir, antes del mediodía (JUVENAL, XI, 205); este dato se ve confirmado en el epigrama de Marcial, cuando señala que el mejor momento para dirigirse a los baños era durante la *hora octava*, ya que tanto en la sexta como en la séptima aún hacía demasiado calor (MARCIAL, X, 48; VITRUVIO, V, 11, 1). Sin embargo, la *Historia Augusta* cuenta, en el capítulo dedicado a la *Vida de Adriano*, que una ordenanza del emperador prohibía bañarse en las termas públicas antes de la *hora octava* (CARCOPINO, 2001, 324), salvo, naturalmente, en caso de enfermedad, mientras que en la *Vida de Alejandro Severo* se dice que en el siglo anterior la hora prescrita para los baños era la *nona* (CARCOPINO, 2001, 324). Finalmente en otros epigramas de



Marcial se alude a la hora decima como el momento en que muchos hombres acudían a los baños (MARCIAL, III, 36, 6) y se cuenta que, fuera cual fuere la hora fijada para la apertura de las termas, anunciada por el sonido del *tintinnabulum*, el público al parecer entraba mucho antes de que sonara la campana (MARCIAL, XIV, 143 y 163). A nuestro juicio, sólo el estudio del plano de las termas y el reglamento que organizaba la separación de ambos sexos pueden sacarnos de dudas y aclarar las diferencias de nuestros datos.

#### **2.4.7. El juego del teatro.**

El edificio del teatro, junto al anfiteatro y el circo, formaban el paisaje característico de la antigua ciudad. Toda urbe de categoría aspiraba a tener los tres edificios, aunque no parece que fuesen muchas las que lo consiguieron.

El teatro era la tercera gran afición de los romanos tras el circo y el anfiteatro. Así ocurrió que cuando los cristianos, desde el poder, comienzan a condenar estas prácticas, no tienen dudas en asociar las tres modalidades de la misma clara manera a como estaban representadas en el urbanismo de la Ciudad Eterna.

Sería torpe comparar el teatro de hoy día con los números que se montaban en los teatros romanos, que no tenían, ni por asomo, algún parecido con las representaciones de la Atenas del siglo V a.C. Los latinos llamaban teatro a sus *ludi scaenici*, o lo que viene a ser su traducción: juegos escénicos, y ciertamente se trataba más de juegos que de lo que hoy llamaríamos arte dramático, aunque el teatro romano derivaba, más que ningún otro espectáculo, de los griegos, incluso en el aspecto físico de los edificios. El teatro latino era una imitación exacta, con pequeñas modificaciones, del heleno, así cómo el escenario moderno no es más que la continuación de la escena romana. Podríamos decir que hay más similitud arquitectónica entre los edifi-

cios teatrales que entre los antiguos anfiteatros y las modernas plazas de toros, recordando que, hoy día, en el antiguo anfiteatro de Nimes se celebran corridas de toros, así como en el de Arlés.

La producción teatral no alcanzó en Roma el alto nivel literario conseguido en la Atenas de Pericles. Si bien en realidad, el genio dramático ateniense se agotó en el mismo siglo V y fue sustituido por la comedia, que primero fue de calidad y después degeneró en ópera bufa y grosera. Igual ocurrió en Roma, donde el teatro perdió pronto su carácter religioso, para convertirse en un acontecimiento social y profano que conmemoraba los acontecimientos más importantes de la vida cotidiana o política. El género que más se divulgó a partir del siglo IV fue la comedia de tono festivo y frívolo, de modestas pretensiones y simple divertimento.

Cuando los romanos entraron en contacto con los griegos, prefirieron la comedia, que entonces estaba en auge en la Hélade, de esta contaminación surgieron grandes autores como Plauto y Terencio que no llegaron a tener continuadores, al menos de su categoría. A partir del siglo I a.C. en Roma sólo se representaban imitaciones y adaptaciones de obras anteriores, de nula calidad y escasa originalidad, que degradaron el gusto de un público propenso a dejarse llevar por este teatro de variedades.

Para los romanos las representaciones teatrales eran *ludi*, juegos como cualquier otro y en ellos buscaban diversión. En los escenarios dominaba la música, la danza, la expresión de situaciones mediante gestos y movimientos de los actores; de ahí sus nombres de pantomimos y mimos. Los primeros recitaban y se expresaban cubiertos con una máscara, los segundos con la cara descubierta y el ropaje cotidiano. La temática era variada, pero el público prefería los horrores y el erotismo. Estos últimos temas, les gustaban envueltos en el espíritu más grosero y chabacano que se pudiera mostrar. Por tanto nada más lejos del empeño

actual, que acostumbramos a representar, en los restos de los antiguos teatros romanos como el de Mérida, obras de Sófocles o Eurípides.

Este desenfado festivalero del teatro latino explica que la plebe pudiese pasarse el día entero en el teatro, como ocurría en el circo y en el anfiteatro. Acudían llevando comida y bebida, igual que en los demás espectáculos. Las primeras catorce filas de la *cavea* estaban reservadas para las autoridades, invitados de honor, senadores, caballeros, etc. El resto se amontonaba en las filas superiores, acudían al lugar desde la noche anterior para coger sitio y allí se pasaban las horas alborotando y escandalizando. Calígula, que padecía insomnio, no podía soportar el griterío, silbidos y escandaleras que por las noche se organizaban, y enviaba a sus pretores para que desalojaran el teatro.

Con estos prolegómenos, las representaciones eran todo menos silenciosas. El afán de emulación y la afición a las apuestas, incluso en el teatro, conseguían que el griterío fuese ensordecedor. Entre los actores existía una gran rivalidad, tenían sus partidarios y seguidores que cuando aparecían se manifestaban de manera ruidosa con aplausos, pateos, gritos y silbidos. Además, como en todos los espectáculos, asistían personas pagadas para aplaudir o silbar según quien pagase y para qué.

El teatro ha sido siempre uno de los lugares preferidos por las clases altas para exhibir sus boatos, bellezas, elegancias y sus brillantes joyas. En la Roma del siglo I decía Ovidio que las mujeres elegantemente vestidas, "*acuden para ver y sobre todo para ser vistas*" (OVIDIO, *Ars Amandi*, IV). Pero esto sólo ocurría en las primeras filas, en las que se sentaban las autoridades, notables y familias patricias que se reunían allí como si fuese un club social o el actual hipódromo real inglés. Los hombres y mujeres del pueblo, que se amontonaban en los graderíos más altos, se vengaban de su condición social lanzando a los nobles palabras soeces y arrojándoles los restos de sus comidas.

## **2.5. La capacidad constructiva de los romanos. Las instalaciones y equipamientos para los ludii.** (Anexo 3)

*“Durante el siglo I la región de las montañas, pantanos, llanuras y bosques de Europa; que se extendían desde Escandinavia, en el norte, al Mediterráneo, en el sur, y desde el Atlántico, en el oeste, al Mar Negro, en el este; estaba regida por un sólo hombre, el emperador Augusto. Sus esfuerzos para aglutinar este vasto y múltiple imperio en un conjunto solidario casi se vio coronado por el éxito. Las flotas romanas dominaban el Mediterráneo y las calzadas recién construidas unían Roma con sus fronteras, defendidas por murallas; veinticinco legiones acomodadas en campamentos, algunos de los cuales, corriendo el tiempo dieron lugar a ciudades de nuestro presente; y los ejércitos aliados de las provincias” (RISEBERO, 1982, 8).*

La Roma imperial tenía mármol y caliza, pero también tierra para fabricar la terracota y ladrillos, toba volcánica, lava, piedra pómez y las tierras de origen volcánico llamadas puzolanas, que constituyeron el fundamento del hormigón romano. Todos estos materiales podrían haberse desaprovechado si las condiciones económicas y políticas del Imperio no hubiesen exigido unas edificaciones características y emblemáticas de Roma.

*“Las casas del sur, con sus atrios y peristilos además de sus formas aplanadas estaban concebidas para permitir la libre circulación del aire fresco por espacios sombreados” (RISEBERO, 1982, 9).*

El logro arquitectónico de los griegos fue dotar de un exquisito refinamiento de detalles y de proporciones a un sistema estructural sencillo, casi vulgar. Por el contrario, la arquitectura romana carecía de refinamiento estético, pero estructuralmente era mucho más avanzada. El arco semicircular, la bóveda de cañón y las de ellas derivadas, la de arista y la cúpula, la utilización de materiales diferentes para funciones constructivas distintas, y sobre todo el uso

del hormigón, fueron llevados a un alto grado de perfección, empleándose en edificios de gran tamaño cuya estabilidad se basaba en su masa pero que, no obstante, tenía una gran osadía estructural.

Los avances romanos en los conceptos estructurales, aunque se cuentan entre los mayores logros arquitectónicos de la historia, fueron lentos y balbucientes resultado de una experiencia gradual y no de un ensayo creativo. Era una época pragmática más que intelectual, de ingenieros más que de arquitectos, situación que ponía muchas trabas a la libertad del artista y artesano: entre otras, su situación en el estrato servil de aquella sociedad. No podemos dejar de recordar la extraña modestia, para nuestros tiempos, que denota Vitrubio (6) en la redacción de sus *Diez Libros de la arquitectura*, tanta que siglos después, J. B. Alberti y Mercurialis, se atreven a dudar de la calidad del arquitecto de Julio César y Augusto. *“En general ocurrió que los arquitectos limitados por ideas y circunstancias heredadas del pasado, no podían desarrollar proyectos originales que se saliesen de unas determinadas líneas rigidamente establecidas”* (RISEBERO, 1982, 11).

### **2.5.1 Las instalaciones: Descripciones, funcionalidad y sus usos.**

La celebración de los Juegos romanos exigía que hubiera lugares adecuados, cuya conservación ha sido en muchos casos mejor que sus idóneos griegos. En un principio aprovechaban la configuración del terreno para acondicionarlo y usarlo como lugar de actividades físicas. Poco a poco, el interés del público fue complicando las ubicaciones de estos espacios y obligando a los ingenieros y arquitectos a buscar soluciones. Durante la República los combates de gladiadores tenían lugar en el Foro, costumbre que perduró hasta la época de César (7).

A partir de este momento se creó el anfiteatro, construcción típicamente romana. Su nombre significa literalmente teatro doble, aunque su planta no corresponde a una doble *scena*, ya que la arena del anfiteatro es elíptica, no circular.

Para las carreras de carros se construyó el equivalente del hipódromo griego. Su planta era rectangular, con los lados menores redondeados y constaba de la pista, la *spina* o isleta central a la que se daba vueltas en las carreras, con *metae* o mojones en sus extremos, *carceres* o aparcamientos para los carros en un ensanchamiento en uno de los lados más corto del rectángulo. Alrededor de la pista estaban los graderíos. En estos recintos tenían lugar las carreras hípicas, especialmente las de carros, venatorias y algunas *naumáquias*.

Otro edificio específico de competiciones deportivas fue el *Stadium*, pero los ejercicios en él realizados tuvieron poco público entre los romanos. Era herencia oriental y allí se celebraban exhibiciones gimnásticas y carreras a pie, principalmente. Más tarde se introdujeron ejercicios de caza.

Los lugares propios de celebración de esos juegos fueron el anfiteatro, el circo, el foro y el estadio. Tenemos que recoger las termas, por ser una instalación de una gran importancia social, y nombrar el Campo de Marte (8).

### **2.5.2. El anfiteatro: Precedentes.**

De este modo, en el transcurso de los siglos los torneos de gladiadores fueron creciendo desde lo insignificante hasta cobrar proporciones desmedidas. Y paralelamente con ello ganaron también en amplitud y en belleza las instalaciones destinadas a acomodar a los espectadores. Todavía en los últimos tiempos de la República, cuando ya en la Campania existían edificios de piedra especialmente contruidos y preparados para montar este espectáculo (los anfiteatros, como se los llama a partir de Augusto) (VITRUBIO, I, 7, 1) en los que el semicírculo del teatro se cerraba hasta formar un círculo completo en torno a la pista elíptica, los

espectadores romanos se apiñaban en tinglados de madera levantados de prisa (VITRUBIO, X, prefa, 3; DIÓN CASIO, XXXVII, 58, 4) y corriendo en el estrecho Foro de Roma. Podemos decir pues, que hasta el mandato de César, los promotores de los *munera* los organizaban en el circo o levantaban para la ocasión en el foro, unas empalizadas que al día siguiente derribaban.

En el año 53 o 52 a.C., Escribonio Curión el Joven, de que ya hemos hablado, financiaba en secreto el régimen de César con el oro de la Galia y en contrapartida recibía el apoyo del emperador para su candidatura de tribuno, pensó que podía ganar una baza importante si de algún modo se hacía con los electores. Así pues, en el dicho año, Curión, según los informes de Plinio el Viejo, pretextó la necesidad de rendir honores a los manes de su recientemente fallecido padre y convocó unos juegos escénicos a los que al final añadiría un *munus*, y tuvo la genial idea de construir no uno, sino dos teatros de madera giratorios (9), muy espaciosos, unidos por los vértices de sus hemiciclos y montados sobre una base (PLINIO V., *Naturalis historia*, XXXVI, 117).

Durante los juegos escénicos, realizados antes del mediodía, los dos teatros permanecían separados a fin de que una y otra representación no se estorbasen (FRIEDLANDER, 1967; CARCOPINO, 2001). Pero después del mediodía, cuando comenzaba el *munus* (lo que nos indica que las gentes, ocupadas por las mañanas podían asistir sin embargo a la gladiatura) los dos teatros giraban sobre sí mismos y se unían, de manera que sus hemiciclos formaban un óvalo en cuyo interior, y limitado por las mamparas de madera, se situaba la arena. La maniobra llamaba poderosamente la atención de un público que, indiferente a los peligros que entrañaba, hacía lo que fuera por estar presente en esta mirífica transformación. Un siglo más tarde, Plinio el Viejo aún se exasperaba ante la loca imprudencia de estos curiosos: "*Miradlo ahí, mirad a este pueblo vencedor de la tierra y conquistador del Universo, fascinado con una*

maquinaria y aplaudiendo sin intuir el peligro que corre” (PLINIO, *Naturalia Historia*, XXXVI, 26). Ciertamente era una actitud de suicidas. Pero, si reflexionamos, veremos que de ahí saldrían todas las arenas del mundo.

En efecto, para el *munus* que ofreció a la plebe con motivo de su cuádruple triunfo en el año 46 a.C., César adoptó de entrada y sin mecanismo alguno el doble dispositivo del teatro que había inventado su amigo Curio (DIÓN CASSIO, XLIII, 23). El genial dictador había encontrado la fórmula; pero como no la había aplicado más que en una construcción provisional de madera, fue a Augusto a quien correspondió el honor de construir un edificio de piedra y a sus escribanos forjar la palabra latina que en adelante designaría este nuevo monumento: *amphitheatrum* (OVIDIO, *Meta*. XI, 25) o según la perífrasis sería *struc-tum utrimque theatrum*.

Augusto añadió al anfiteatro de Taurus, sólo preparado para combates terrestres, una *naumaquia* destinada a la representación de batallas navales cuya elipse, definida por dos ejes de 556 y 537 metros, circunscribía, en lugar de la arena, una capa de agua cortada por una isla artificial, que discurría por entre bosques y los jardines diseñados a su alrededor. Aunque la *naumaquia* de Augusto abarcaba una superficie casi triple a la del Coliseo y éste a su vez, al menos en sus comienzos, estuvo preparado para hacer las veces de arena o *naumaquia* según la necesidad, el público aún no se sentía satisfecho, por lo que Trajano hubo de construir piedra a piedra un anfiteatro de refuerzo, el *amphitheatrum Castrense*, no lejos de la actual iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, y una *naumaquia* suplementaria situada al noroeste del castillo Sant’Angelo, la *naumaquia Vaticana*. De las dos *naumaquias* y del anfiteatro Castrense solo nos queda el eco. Pero la visión de lo que aún subsiste del Coliseo nos basta para explicarnos la disposición clásica de los anfiteatros romanos.



### a) *El coliseum.*

El primer verdadero anfiteatro que existió en Roma fue tal vez el que Julio César mandó construir de madera (DIÓN CASIO, XLIII, 22, 3) en el año 46 a.C.; el de piedra, "el más antiguo de los anfiteatros permanentes, es el construido en el año 29 a.C. en Roma por un pariente del príncipe C. Statilius Taurus. Situado al sur del Campo de Marte, fue luego destruido en el incendio del año 64" (CARCOPINO, 2001, 295), incendio falsamente atribuido a Nerón (RANIERI, 1999), y en el año 57 el propio Nerón, como Calígula antes que él, hizo levantar un tinglado de madera (FRIEDLÄNDER, 1976) en el Foro para que el pueblo presenciase los combates de gladiadores.

Poco tiempo después, los Flavios decidieron reemplazarlo por otro de forma similar y mayores dimensiones. Vespasiano comenzó a construirlo, Tito acabó su estructura y Domiciano la decoración (FRIEDLÄNDER, 1967). Hasta fines del siglo I no se inauguró el colosal anfiteatro flaviano cuyas ruinas han llegado a nuestra época como el más gigantesco de los vestigios de aquel mundo desaparecido. Una vez terminado en el año 80 d.C., ya ni los temblores de tierra ni las depredaciones de los renacentistas, que emplearon sus bloques de piedra para la construcción del palacio de Venecia, el de Barberini y el del Capitolio, han logrado estremecer su estructura ni mermar su grandeza (CARCOPINO, 2001). Arañado y destrozado, por las garras del tiempo y la rapiña del hombre, su belleza sigue resplandeciendo en el mismo lugar en que se hizo hace veinte siglos, entre la Velia, el Caelius y el Esquilino, cerca del Coloso del Sol, en la depresión drenada expresamente para su construcción (en el año 2 a.C., mediante costosos trabajos llevados a cabo en la orilla derecha del Tiber), del lago de la Casa Dorada (*Domus aurea*): *Stagnum Neronis*. Es el llamado anfiteatro Flavio, más comúnmente llamado Coliseo, lo que mejor se ha conservado, junto al Pateón, de la antigua Roma.

**b) El Coliseo como símbolo de edificio político, público y espectacular.**

El gran anfiteatro Flavio de Roma, conocido popularmente como el Colosseum que, como hemos dicho, se construyó en su estructura, en el año 70 a.C., y fue el modelo de ese tipo de instalación (FRIEDLÄNDER, 1967; COARELLI, 1975; ROSTVTZETT, 1977; MOMMSEN, 1992; VITRUBIO, 1995; CARCOPINO, 2001). Se levantaron anfiteatros en todo el orbe romano, utilizándose para todo tipo de espectáculos extravagantes y sangrientos. A pesar de su intención política y de su específico uso, aún podemos ver que, desde cualquier punto de vista, el Coliseo era un edificio importante: De unos 200 m. de longitud, planta elíptica, cerrado por un delgado muro exterior donde se superponían, en tres niveles diferentes, columnas toscanas, jónicas y corintias.

El Coliseo, la más importante ruina de la vieja Roma que aún se mantiene en pie, fue a su vez el edificio más político del Imperio (FRIEDLANDER, 1967; TEJA, 1996; CARCOPINO, 2001). Política fue su elección, su emplazamiento y el momento de su construcción. Política fue la decisión de Vespasiano, un militar de provincias que se encontró con la tarea de suceder a Nerón, el emperador más popular que había tenido Roma, e implantar la nueva dinastía que reemplazara a la familia *julia-claudia*, herederos nada menos que de Julio César y Augusto. El nuevo emperador para atraerse el apoyo popular concibió la idea de construir el anfiteatro Flavio, como oficialmente se le llamó.

Tomó la decisión acertada. El gran palacio de Nerón, la *Domus aurea*, encontrada en el año 1999, se había levantado en el centro de Roma, sobre terrenos propiedad del pueblo, en el valle delimitado por las colinas Palatino, Esquilino y Celio. Vespasiano destruyó parte del inmenso palacio neroniano y sobre sus ruinas, concretamente donde estaba situado el lago de la *Domus Aurea*, levantó un enorme anfiteatro, escenario idóneo para las luchas de gladiadores, en rivalidad con el otro gran edificio público de Roma, el Circo

Máximo, escenario de las carreras hípicas, que también había sido reformado y agrandado por Nerón (RANIERI, 1999; MALITZ, 2001).

La decisión de Vespasiano y su hijo Tito estuvo guiada por grandes dosis de demagogia y algo de generosidad ya que de acuerdo con su política trataban de devolver al pueblo los espacios que le habían sido usurpados por Nerón para su uso privado. Tito llevó a cabo el final de la obra en el año 80, es decir, 150 años después de iniciar las obras que habían sido financiadas con el resultado del saqueo de Jerusalen. Para ello preparó una grandiosa ceremonia de entrega al pueblo con cien días de fiestas en las que se dio muerte a 9.000 animales. Aún así Vespasiano y sus hijos no lograron hacer olvidar por completo a Nerón. El grandioso edificio fue bautizado como ya hemos dicho con el nombre de *Anfiteatro Flavio*, pero la gente comenzó a llamarlo, a principios de la Edad Media *Coliseo* (BRANDARIZ, 2000), en derivación de una gigantesca estatua a Nerón de 36 metros de altura (VALENTÍN, 1955; RANIERI, 1999) que se alzaba al lado del coso y que representaba al anterior emperador en plan Coloso... de Rodas, que el timorato y prudente Vespasiano no se atrevió a tocar (FRIEDLÄNDER, 1967; RANIERI, 1999; MALITZ, 2001).

### **c) Estructuras y medidas del Coliseum.**

El gran anfiteatro Flavio de Roma o Coliseo, se comenzó a construir, como hemos dicho, en el año 70 a.C. y puede considerarse como arquetípico de este tipo de equipamientos. La evolución técnica y constructiva de los anfiteatros romanos tuvo su ejemplo, no superado entre los monumentos conocidos, en este edificio, es decir, a su imagen y semejanza se levantaron otros parecidos en todo el orbe romano, para utilizarlos en todo tipo de espectáculos.

El Coliseo fue construido en toba calcárea compacta, cuyos bloques, extraídos de las canteras del *Albula*, cerca de Tibur, habían sido llevados a Roma a través de una carretero de 6 metros de ancho abierta para tal ocasión. Sus ejes, de

planta elíptica, son de 188 por 156 metros, formando un óvalo de 527 metros de diámetro y sus muros miden 57 metros de altura, soportando cuatro plantas. Evidente copia de la rotonda del teatro de Marcellus.

Con una capacidad superior a los 45.000 espectadores sentados y unos 6.000 de pie; estaba cerrado por un delgado muro exterior donde se superponían, en tres niveles diferentes sobre 80 pilares, los tres órdenes arquitectónicos que adornaban sus tres plantas con columnas toscanas, jónicas y corintias (RISEBERO, 1982). La última planta combinaba las paredes lisas y las pilastras corintias. Todos los niveles contaban con arquerías adornadas con estatuas.

En su interior, las gradas se disponían en pendiente hasta llegar al anfiteatro oval o *cavea*, salvado por un *podium*. Esta comenzaba a poco más de cuatro metros de la arena con la dicha plataforma o *podium*, protegida por una balaustrada de bronce, y sobre ella estaban colocados los asientos de mármol para los privilegiados, hoy les llamaríamos abonados, cuyos nombres han llegado hasta nosotros (CARCOPINO, 2001). Por encima estaban las tres series de gradas o *maeniana*. La primera estaba separada del *podium* y de la segunda por el doble cinturón de *pracinctiones*, corredores circulares dispuestos a la misma altura y bordeados por pequeños muros. Cada sección de gradas estaba dividida por pasillos en rampa que vomitaban oleadas de espectadores, de ahí su nombre de *vomitaria*. La primera zona de gradas tenía veinte filas y la segunda quince. Entre la segunda y la tercera se interponía un muro de 5 metros de altura abierto por puertas y ventanas. Bajo la terraza que lo unía con la muralla exterior se sentaban las mujeres y sobre ella se colocaban, de pie, los visitantes de paso por la ciudad, gente pobre y los esclavos, a los que no se les entregaban entrada o *tessera* y por tanto no podían conseguir un asiento en las gradas (CARCOPINO, 2001).

Bajo los asientos, en un complejo sistema de bóvedas de tres niveles se disponían las estancias para los gladiadores, las jaulas de las fieras y las celdas de los

condenados. La audacia de la estructura y la utilización de los distintos materiales según su función constructiva: lava para dar consistencia a los cimientos, toba y ladrillo en los muros y piedra pómez para reducir el peso de las bóvedas, todo esto daba al edificio mayor monumentalidad y ligereza (RISEBERO, 1982). Las distintas reformas fueron aportando innovaciones al tipo "canónico" respecto a la resolución de los problemas principales: el trazado de los graderíos inclinados o *cavea*, y las circulaciones de espectadores en sentido vertical, horizontal o anular que condicionan su uso en unas dimensiones importantes. Así la *cavea* más primitiva, asentada sobre el terreno o excavada directamente sobre la roca fue complementada con la situada sobre estructuras murarias que se elevan desde la rasante del suelo. La *cavea*, dividida en sectores con puertas (vomitorias), daban acceso a las escaleras y a las galerías que sustentaban los pisos superiores. Dos puertas se abrían sobre la "arena": la puerta *Sanavivaria*, por la que entraban los combatientes, y la *Mortualis* o *Libitina*, que se destinaba a sacar los cadáveres (VALENTÍN, 1955; AUGUET, 1981). El sitio de honor era el mentado *podium*, que dominaba la arena, donde se sentaba el emperador y las personalidades, un lugar especial para ver y disfrutar del espectáculo además de permitir ser visto por los espectadores.

La arena, con sus dos ejes de 86 por 54 metros, tenía una superficie de 36 áreas y estaba rodeada por una alambrada metálica, situada a cuatro metros del basamento del *podium*, que servía para defender al público de las embestidas de los animales salvajes que saltaban a la arena. Éstos estaban enjaulados en el subsuelo del anfiteatro mientras los gladiadores hacían su entrada por una de las arcadas del eje mayor del edificio. En efecto, el subsuelo del anfiteatro albergaba las conducciones que en el años 80 permitieron inundar la arena en un abrir y cerrar de ojos y transformarlo en una *naumachia*, y además en él se había construido, seguramente en los tiempos de la edificación de la *naumachia Vaticana* por Trajano, no sólo jaulas de obra donde se guardaba a las fieras hasta que salían a la arena, sino todo un sis-

tema de planos inclinados y montacargas por los que podían salir con rapidez y ser elevados sin pérdida de tiempo.

Desde entonces los principales monumentos conservados del período romano alternan la solución de relleno de tierras, de este sistema estructural de muros en anillos, con la más compleja de estructura hueca, que resuelve no sólo las circulaciones en el plano horizontal, sino también el aprovechamiento de estos espacios para otros usos.

El conjunto moderno de escaleras de distribución en los graderíos y los vomitorios para la entrada o evacuación del público estaba ya resuelto, sin práctica modificación, en las *scalae* y *vomitoria* del anfiteatro. Se puede decir que los romanos habían resuelto casi todos los problemas de una instalación tan grande, sólo les quedaba el dilema de cubrir tamaño espacio y aunque manejaron muy bien las cúpulas y cubiertas, no se atrevieron con una de tan enormes dimensiones, pero tampoco dejaron de dar una solución (COARELLI, 1975). El conjunto es un edificio de una arquitectura impresionante por su belleza, funcionalidad, ingenio y originalidad en sus soluciones que les permitía evacuar, en pocos minutos, a los casi 60.000 espectadores que tenía de aforo (FRIEDLÄDER, 1967; AUGUET, 1981; BRAVO, 1999; CARCOPINO, 2001), aunque sobre este punto se comienza a tener dudas en la actualidad.

Para acabar de hacerse una idea de la grandiosidad del Coliseo. Además de sus fabulosas dimensiones, se puede traducir a cifras cosas como la cantidad de mármol travertino que recubría la obra sobre unos 100.000 m<sup>3</sup> y el hierro utilizado en las grapas que unían los sillares debió de pesar unas 300 toneladas (RISEBERO, 1982).

Ciertamente, tenemos que inclinarnos ante los arquitectos Flavios que, tras drenar el *stagnum Neronis*, supieron levantar en su lugar un monumento colosal y perfecto, en el que destacan tanto sus detalles como su orden arquitectónico o

su ingeniosa técnica, cuya solidez ha desafiado a los siglos para hacer que sintamos la exaltación o incluso la plenitud ante cualquier gran monumento de la humanidad. Un arte seguro de sí mismo por las infalibles proporciones en que basa su equilibrio y su armonía. Pero para que este sentimiento de admiración que experimentamos al contemplarlo no se diluya, nos es preciso olvidar los fines brutales a los que sirvió y los espectáculos de crueldad inhumana para los que los arquitectos imperiales crearon esta obra monumental.

#### **d) El Velarium.**

Los carteles que anunciaban los actos circenses indicaban que los espectáculos se llevarían a cabo "si el tiempo así lo permite" (FRIEDLÄNDER, 1967), fórmula que en nuestras latitudes es muy familiar. Para que el sol o la lluvia no estropearan el espectáculo, el Coliseo estaba provisto de un enorme toldo (*velarium*) que extendían sobre los graderíos para resguardar a los asistentes (TEJA, 1996).

Así el cuarto piso estaba formado por un muro macizo dividido en compartimentos por la alternancia de pilastras de molduras lisas, de tal modo que se sucedían los espacios, unos abiertos con ventanas y otros adornados con escudos de bronce que hizo poner Domiciano y que, como es natural, desaparecieron en el tiempo. Sobre cada una de las ventanas se colocaron tres ménsulas que se corresponden con otros tantos ojos abiertos en la cornisa. Las ménsulas servían de apoyo a los mástiles en los que, cuando apretaba el calor, un destacamento de la flota de Misena, atracada junto a Nápoles, sujetaba el entoldado gigante que guarecía a los gladiadores en la arena y a los espectadores en la *cavea*. La tarea encomendada a un equipo de unos 300 marineros acuartelados permanentemente en las proximidades de Roma. Mover las 24 toneladas de esta enorme carpa requería un enorme esfuerzo, paciencia y habilidades. El *velarium* se movía gracias a la acción combinada de 240 cuerdas, otras tantas poleas y el auxilio de los mástiles que coronaban el edificio y circundaban la calle. Para iluminar el recinto cubierto, en medio del toldo se

localizaba un soga corrediza que abría un *oculum*.

### **e) La distribución de los espectadores.**

El carácter político de los *ludi* que se desarrollaban en el Coliseo, poniéndose de relieve en la distribución de los espectadores. Ésta no dependía del precio de las localidades, pues todas eran gratuitas, sino de la categoría social, de acuerdo con los criterios de la estructura que caracterizaba la sociedad latina. Siguiendo rígidas normas promulgadas en la época republicana, cada clase social se escalonaba según el modelo de la pirámide clasista romana, sólo que en este caso los de alta alcurnia se situaban a pie de pista y los plebeyos ocupaban las alturas de los anillos exteriores, en medio se sentaban los caballeros. En lo más alto, alejados y en bancadas de madera o sin derecho a asiento las mujeres, extranjeros, esclavos y los más pobres, en aplicación de las moralistas normas de Augusto contra la promiscuidad en los espectáculos, afianzando la segregación que las mujeres soportaron en la política y sociedad romana.

A pesar de que los *Regionarios* estiman en 85.000 el número de *loca* del Coliseo, los autores que hemos consultado (FRIEDLÄNDER, 1967; COARELLI, 1975; AUGET, 1976; MOMMSEN, 1992; CARCOPINO, 2001) suelen coincidir en cantidades menores. Así que las *loca* de las gradas serían unas 45.000 para estar sentados y 6.000 la capacidad para permanecer de pie, sin embargo, aún podemos distinguir en su arquitectura los ingeniosos métodos para favorecer la entrada y salida de toda esta multitud. Existían numerosos accesos independientes al Coliseo. El público podía acceder directamente gracias a unas escaleras y rampas llamadas *vomitaria*. Era particularmente complicada y peligrosa la salida, pues se producían muchas aglomeraciones.

Para llegar a los *cunei* o filas de asientos, los asistentes se valían de las rampas y las bóvedas. Las gradas o *maeniana* se dividían en cinco niveles diferentes con la capacidad ya conocida. De las setenta arcadas que tenía el anfiteatro, cua-



tro de ellas, situadas en la prolongación de los ejes, estaban prohibidas al público y carecían de señal alguna. Las otras estaban numeradas y convenientemente señalizadas de la I a la LXVI. En el momento de entrar, cada uno de los invitados del magistrado o del príncipe no tenía más que dirigirse hacia la puerta cuyo número figuraba en su *tessera* y después hacía el *maenianum*, el pasillo cuya indicación también se especificaba. Entre la *cavea* y el muro exterior, dos muros concéntricos situados en la planta baja separaban la doble columnata y en los demás pisos había una galería cuya utilidad era múltiple ya que servía de soporte para la *cavea*, daban acceso a las escaleras que conducían a los *vomitoria*, ofrecían a la multitud la posibilidad de pasear bajo techado antes del espectáculo y durante los entreactos servían de refugio contra el sol o la lluvia. De todas las localidades las mejores eran, evidentemente, las situadas en el nivel del *podium* en los dos extremos del eje menor: el palco del emperador y de la familia imperial al norte y el del pretor y los magistrados al sur. Pero podemos afirmar que incluso los *pullati*, es decir, la gente pobre, burdamente vestida con tejidos marrones, que se abrían paso a codazos hasta el gallinero situado en la terraza superior, podía seguir perfectamente las peripecias de los mortales dramas que se desarrollaban en la arena.

Los asientos de los tres primeros niveles eran de mármol y el resto de las gradas de madera con el fin de evitar un sobrepeso peligroso para la estructura (RISEBERO, 1982).

Nadie mejor que un poeta, Calpurnio Sículo (30-60), asiduo al anfiteatro, para presentarnos de una manera dialogante y asombrosa, las maravillas de aquella instalación:

*Vimos hasta el cielo un anfiteatro de vigas trabadas  
levantarse, casi por encima de la cumbre Tarpeya,  
gradas enormes y rampas ... (sigue en la nota 10).*

Sículo, *Los prestigios de Roma*, VII.

### **2.5.3. El mayor edificio deportivo del mundo: El Circo Máximo.**

El Circo Máximo era el edificio de espectáculos públicos más grande de Roma. Por sus características podríamos comparar el Coliseo con los actuales palacios de deportes y el Circo con los grandes estadios que dedicamos al fútbol, atletismo, rugby, etc. En realidad ocurrió que el Coliseo se destinó preferentemente a las luchas de gladiadores y *venationes* (luchas con animales), que precisaban un espacio menor y se beneficiaban de la proximidad del público. En el Circo, un equivalente al estadio griego mezclado con un hipódromo, se celebraban las competiciones de las distintas modalidades hípicas, que requerían espacios mucho mayores y de seguridad para los asistentes, pero también se celebraron *naumaquias* y con mucha menos frecuencia, luchas de gladiadores, fieras, desfiles, y otras atracciones. En la época de máximo esplendor de Roma, la metrópolis llegó a contar con varias de estas instalaciones: Como el Flaminio, el del Vaticano sobre el cual se levanta la actual sacristía de San Pedro; el circo Rómulo, a la izquierda de la Vía Apia, etc.

#### **Su evolución y ubicación.**

El valle que se extiende desde el Palatino al Aventino reunía las condiciones ideales para esta instalación, y así fue desde la época de los reyes. Sabemos que Tarquinio *El Antiguo* mandó construir en madera el *Circus Máximus*, donde tuvieron lugar los primeros *Ludii Romani* (siglo VI a.C.), con capacidad para 150.000 espectadores (CASTIELLA, 1975).

El lugar sufrió sus lógicas remodelaciones en los siglos sucesivos, dando lugar al mayor edificio de espectáculos públicos que nunca ha existido. En los tiempos de Augusto medía 621 m. de longitud por 118 m. de anchura, con capacidad para 150.000 asistentes. Tras el incendio de la ciudad en el año

64 el edificio fue afectado gravemente. Nerón realizó notables reformas que elevaron su aforo a 250.000, que es la capacidad que le supone Plinio El joven a finales del siglo I. Los graderíos, que se alzaban sobre las laderas de los montes antes citados, eran de madera, lo que propiciaba los incendios. Fue precisamente, en el Circo donde se inició el famoso incendio durante el mandato de Nerón, lo que aprovechó para reconstruirlo en piedra y mármol.

Las transformaciones y reformas continuaron en los tiempos posteriores hasta que en el siglo IV la anchura se amplió a 200 m. y se le aumentó el aforo a la asombrosa cifra, pensamos que exagerada, de "385.000 localidades" (VALENTÍN, 1955, 156).

### **La forma y construcción.**

El Circo Máximo, contaba con una gran pista o "arena" de unos 600 metros de larga por 100 de ancha. Era de forma alargada, y en sus extremos terminaba, el uno en semicírculo y en el otro en un peralte, siendo éste el que tenía las grandes naves que servían de cocheras a los carro y de cuadras para los caballos que permaneciesen en el recinto. En el exterior se presentaban tres series de arcadas, y en el interior las bóvedas se adosaban a los muros, sosteniendo tres grupos de graderíos separados por gruesas paredes y divididos por numerosas escaleras que conducían en cada piso a una galería interior que comunicaba con la escalera de salida.

Los graderíos se levantaban a cuatro metros de la arena, existiendo una terraza llamada *podium*, bordeada de una balaustrada y de un canal lleno de agua, con el fin de proteger a los espectadores durante los combates de fieras, una verja de hierros en lanza, completaban la protección. Un palco especial o *pulvinar* era el reservado del emperador, se situaba por encima del *podium* y existía otro palco para los presidentes de los *ludi*. El centro de la arena estaba ocupado, en parte, por un largo muro, alto y ancho llamado

*spina* sobre la que se colocaban los premios, trofeos y unas especies de banderas que se elevaban a medida que los carros iban cubriendo las vueltas a la pista, para marcárselas a éstos. En los dos extremos de la *spina* estaban los postes, alrededor de los que debían girar siete veces. Las dos puertas principales estaban situadas: una la puerta, de la pompa, en el lado de las cocheras y la otra, la triunfal, enfrente de la anterior.

### **El circo edificio político.**

Topográfica y arquitectónicamente, el Circo era una prolongación del gran palacio imperial del Palatino, pues la gran tribuna del emperador que se alzaba en su lado norte era una parte del palacio. De modo que desde el palacio del César se podían presenciar las competiciones

La tribuna no es sólo el lugar donde el emperador y su familia asistían a los espectáculos, sino también el punto central de los ritos religiosos y procesionales. Siempre se iniciaban los festejos con una gran parada religiosa seguida de los sacrificios a los dioses y a continuación empezaba el espectáculo. La llamada *pompa circensis*, que acompañaba los juegos era el punto de encuentro entre el pueblo y el emperador; como recuerda Plinio el Joven en su *Panegírico a Trajano*, al elogiarle por haber eliminado el palco que Domiciano había instalado para aislarse del público: *“De este modo, tus ciudadanos podrán verte a ti y tú verlos a ellos; todo el mundo disfrutará viendo no sólo el palco del príncipe, sino al príncipe en persona, sentado entre el pueblo y a la vista de todos”*.

Más aún que en el teatro o en el anfiteatro, es en el Circo donde confluyen todas las tradiciones políticas y religiosas que caracterizan los juegos romanos. Aquí senadores y caballeros ocuparon emplazamientos fijados de antemano, reproduciendo el ordenamiento jerárquico de la sociedad. Junto a ellos, el pueblo, que completa el cuerpo cívico y que se organiza en las cuatro *facciones* con sus respectivos colores (rojos, verdes, blancos y azules), que

terminarán después en Constantinopla configurados como verdaderos partidos políticos. Pero no es sólo la plebe la que sigue con pasión a sus colores y aurigas favoritos, también los emperadores y senadores se identificaron con las diversas facciones, teniendo estas vinculaciones connotaciones políticas, hasta el punto que puede ser un elemento importante para reconstruir la semblanza histórica de cada emperador.

#### **2.5.4. Una civilización del agua: Las termas.**

García Navarro y Peña (1999) nos viene a contar en su obra *El cuarto de baño en la vivienda urbana* que Roma acogió el baño termal como un sistema oficial de regeneración.

La civilización romana tuvo una sana afición por el agua y los baños muy superior a cualquier otra cultura. Esto llevó a crear y desarrollar un tipo de edificios, algunos monumentales, que junto con los edificios de ocio han constituido una de las construcciones más características de la arquitectura romana: las termas.

El pueblo romano tuvo múltiples actividades donde emplear su ocio. Los Césares construyeron numerosas termas y las dotaron de todo tipo de entretenimientos. La palabra *terma* viene del griego, pero la realidad que representa, asociada al concepto de la palestra, lugar donde se moldea el cuerpo, con el del baño, donde se purifica, es específicamente romana: uno de los más hermosos regalos con que el régimen imperial obsequió al arte, profundamente enriquecido con estos monumentos cuya amplitud, proporciones y racionalidad causan una profunda admiración ante sus ruinosos vestigios y la civilización que los llegó a construir. Con ellos la higiene llegó a la generalidad de la gente y formó parte de la vida cotidiana de Roma. *“En aquel mágico decorado, el ejercicio físico y el cuidado corporal se convirtieron en un pla-*

cer estimado por todos, además de un modo de esparcimiento accesible incluso a los más humildes” (CARCOPINO, 2001, 320).

A mediados del siglo III a.C., los romanos habían copiado de los griegos la costumbre de destinar un cuarto para el baño en sus *domi* de la ciudad y otros, aún mejores, en las viviendas que poseían en sus villas campestres. Pero este lujo sólo se lo podían permitir los más ricos. Por otra parte, la austeridad republicana, que llevó a Catón, apodado El Censor, a no bañarse nunca en presencia de su hijo, era un impedimento para la extensión de estos hábitos fuera del ámbito familiar. Sin embargo, con el tiempo el gusto por la higiene se hizo más intenso que el débil pudor. A lo largo del siglo II a.C. en Roma se fueron creando algunos baños públicos, usados con separación de sexos; también entonces se estableció la distinción entre *balneae*, palabra de signo femenino para designar los baños públicos, y *balnea*, que daba nombre a los baños privados (CARCOPINO, 2001, 321). Hubo romanos generosos que construyeron baños públicos en sus barrios de residencia. Otros, auténticos negociantes, los edificaron para obtener ingresos por su uso. En el año 33 a.C. Agripa ordenó que se censaran los baños públicos: había entonces 170, cifra que no dejaría de aumentar con el tiempo. Plinio el Viejo duda que se puedan contar (PLINIO, *Natural hist.*, XXXVI, 1, 21). “Algunos años más tarde se calculan sobre el millar” (CARCOPINO, 2001, 321). El canon impuesto por los propietarios o por los recaudadores encargados de cobrarlos, quienes se llevaban una comisión, era ínfimo y siguió siéndolo: un *quadrans* o un cuarto de *as* (SÉNECA, *Epis. Luci.*, 86, 9; MARCIAL, II, 52; III, 30 y VIII, 42, 1; HORACIO, *Satir.* I, 3, 133; JUVENAL, VI, 447), precio que los niños no pagaban (JUVENAL, II, 152), mientras que las mujeres pagaban más que los hombres (JUVENAL, VI, 447). En el año de Agripa como edil, el 33 a.C., al que le correspondía la vigilancia, el mantenimiento de su sistema, el control de la limpieza y la supervisión de los vigilantes (SÉNECA, *Epis. M. Luci.* 86, 10), quiso que su magistratura estuviese marcada por su liberalismo. Se hizo cargo del pago de

las entradas lo que equivalía a la gratuidad del servicio de baños (PLINIO, *Natu. Hist.*, 36, 131; DIÓN CASSIO, XLIV, 43,3), y poco después fundó las termas que llevan su nombre y cuya gratuidad fue para siempre, salvo la costumbre de la propina (DIÓN CASSIO, LIV, 29, 4). Éste fue el comienzo de una revolución que, basada en el carácter tutelar del Estado imperial hacia las masas, transformó la historia de la arquitectura y de las costumbres, revolución que cobraría todo su apogeo según proliferaban estas construcciones en los sucesivos gobiernos y ante el constante aumento de la población.

### **La evolución arquitectónica.**

Los baños eran grandes complejos arquitectónicos preparados para las más variadas actividades, combinando los baños con los ejercicios físicos, actividades culturales y muchas relaciones sociales. Una terma era el lugar más apropiado para buscar y encontrar descanso placentero, relax o realizar estimulantes ejercicios físicos. Las termas las frecuentaban por igual hombre y mujeres, en secciones separadas, o en horas diferentes, según el tamaño del establecimiento. No obstante existían termas de uso mixto.

El principal servicio que ofrecían las termas eran los baños públicos. Esto exigía abundancia de agua, que se traía a través de los once acueductos que servían a Roma en sus necesidades del preciosos líquido. La gente adinerada disponía de lujosas piscinas en sus grandiosas residencias, pero la mayor parte de la población, bien acostumbrada a su baño diario, tenía que usar las termas públicas que, daban el prodigioso número de 14 grandes establecimientos. Los emperadores se preocuparon de construirlas por toda Roma, intentando atender una urgente exigencia del pueblo. El uso de los baños era totalmente gratuito, con las mismas reglas hasta ahora señaladas: no mezclarse las clases sociales.

A lo largo del tiempo, la Ciudad Eterna se fue llenando de baños de

diversos tamaños y condiciones, en el siglo IV existían más de 850 baños de menor importancia que se repartían por la ciudad (VALENTÍN, 1955; MOMMSEN, 1992; CARCOPINO, 2001); algunos de ellos inmensos, grandiosos, incluso ahora que son ruinas, impresionantes. *“Como con todos los edificios públicos, ocurrió que el resto de las ciudades del imperio asumieron la construcción de sus propios baños”* (VALENTÍN, 1955,160).

En efecto, las termas no eran únicamente edificios donde había múltiple variedades de baños: el baño de vapor y el baño propiamente dicho: frío y caliente, las piscinas y las bañeras. Además, en el enorme cuadrilátero formado por los pórticos siempre animados por la clientela de sus innumerables tiendas, había jardines y paseos, estadios y salones de reposo, sala de gimnasia y de masaje e, incluso, bibliotecas y museos. Las termas ofrecían a los romanos la posibilidad de tener al alcance todo lo que puede hacer la vida bella y feliz.

Las primeras termas públicas de Roma fueron edificadas en el año 12 a.C. por Agripa, uno de los generales de Augusto. Siguiendo su ejemplo, muchos de los emperadores siguientes quisieron dejar el recuerdo de su nombre asociado a una de las termas de la ciudad (GARCÍA NAVARRO, 1999); *“así se construyeron en el Campo de Marte las Termas de Nerón”* (CARCOPINO, 2001, 321). *“Más tarde Tito levantó, en los flancos noreste de los restos de la antigua Casa Dorada, destruída por un incendio en el año 104, las termas que llevaron su nombre y que inauguró el mismo día que su acueducto, el 22 de junio del año 109”* (CARCOPINO, 2001, 322), dotándolas de un pórtico exterior situado frente al Coliseo, muchas de cuyas pilastras de ladrillo todavía subsisten. Sin embargo, fueron las de Trajano, construidas en el 110, en memoria de su amigo Licinio Sura, en el Aventino sobre la colina Opio, muy cerca del Coliseo y sobre los cimientos de lo que había sido las *Domus Aurea* de Nerón, las que marcaron



las características formales de lo que serían las grandes termas públicas de Roma en los tiempos siguientes. A partir de entonces se construyeron otras: las que conocemos como Termas de Caracalla, pero que deberían llamarse de los Antoninos, ya que Septimio Severo puso sus cimientos en el año 206, en el 216 fueron inauguradas prematuramente por su hijo Antonino Caracalla y se terminaron por el último Antonino de la dinastía, Alejandro Severo, entre los años 222 y 235; las Termas de Diocleciano, ubicadas en donde se hallan, hoy día, el Museo Nacional romano, la iglesia santa María de los Ángeles y el oratorio de san Bernardo, cuya gigantesca exedra aún puede adivinarse en la forma de la plaza que lleva su nombre; finalmente señalemos las Termas de Constantino, construidas en el Quirinal en el siglo IV de nuestra era. Las mejores conservadas son las de Diocleciano, con trece hectáreas, y sobre todo las de Caracalla, con más de once hectáreas, una de las maravillas de la Roma antigua, cuyas desnudas y grandiosas naves dejan en el alma del visitante más insensible una impresión indeleble. Los restos hallados en las termas de Trajano nos permiten conocer las líneas generales y comprobar que coinciden con las de las termas de Caracalla (LEBOREIRO, 1994; CARCOPINO, 2001). Entre éstas y aquéllas apenas encontramos una diferencia de escala, es decir, las termas de Caracalla representan una imagen aumentada de las de Trajano. De este modo podemos establecer con toda seguridad la disposición típica de estos conjuntos monumentales que tanto entusiasmaban a Marcial y darnos cuenta de las innovaciones que fueron dándose en ellos.

### **La terma. Un palacio para el ocio.**

Los arquitectos desarrollaron dos conjuntos funcionalmente complementarios: una unidad de edificios en el centro, destinados a los baños y orientados al sur para aprovechar lo mejor posible el sol; y otro espacio constituido por grandes zonas dedicadas a jardines para disfrutarlas en paseos, deportes

y ejercicios físicos; todo cerrado dentro de un muro que defendía del exterior y de miradas indiscretas.

Los baños más grandes que se construyeron siguiendo dicho modelo, cuyas ruinas aún se conservan, son los de Caracalla y los de Diocleciano. Los primeros fueron edificados durante los años 211 y 212 ocupando un gran cuadrado de unos 330 m. de lado. En sus edificios centrales se podían concentrar unos mil seiscientos bañistas. Las termas de Diocleciano fueron levantadas entre los años 298 al 305, tenían la extensión que podía caber en un rectángulo de 356 por 316 m., con una capacidad estimada en unos 3.000 usuarios y con una piscina central, de agua fría, contenida en un vaso de 80 por 30 m.

Como un gimnasio monumental, las colosales Termas de Caracalla, contaban con piscinas, zonas de juegos, tiendas y jardines. Recubiertas originalmente de mármol y mosaicos, los altos muros, sostenidos por columnas de porfirio de 4'75 m. de perímetro, empequeñecen a los visitantes. Las termas inauguradas en el año 216, son un ejemplo más del talento de Roma en la construcción de estructuras monumentales de cemento y ladrillo (RISEBERO, 1982).

En el centro de estos conjuntos monumentales se levantaba el edificio de los baños. Ningún *balneum* podía rivalizar con ellos, ni por el volumen de agua que les suministraban los acueductos y que se almacenaba en unos depósitos que, en las termas de Caracalla, ocupaban los dos tercios del ala sur, con 64 cámaras abovedadas; ni por la compleja precisión del sistema de calderas, *hipocaustos* e *hipocaustos* (rematados o no por tuberías que ascendían por el interior de los muros huecos) mediante los cuales se distribuía y se dosificaba el calor en las salas según fuera la necesidad de cada una de ellas. Próximos a la entrada estaban situados los vestuarios: *apodyteria*. A continuación estaba el *tepidarium*, habitación ancha y abovedada de tibia temperatura que se interponía entre el *frigidarium*, al norte, y el *caldarium*, al sur. En el

frigidarium, sin duda demasiado amplio para ser cubierto, estaba la piscina. El *caldarium*, precedido por unas habitaciones (*sudatoria*, *laconica*) con temperaturas semejantes a las de los baños turcos, formaban una rotunda iluminada por el sol del mediodía y de la tarde y estaba caldeado por los vapores que circulaban entre los *suspensurae* situados bajo el suelo. A su alrededor había salas donde los que lo preferían podían bañarse en solitario y en su mismo centro había un pilón gigante de bronce cuya agua se mantenía siempre a la temperatura precisa, gracias a una caldera situada justo debajo de ella, en el centro del *hipocausto*, que mandando calor a toda la habitación. Todo este edificio estaba flanqueado por palestras o *scholae* donde los romanos, ya desnudos, podían practicar sus deportes favoritos. A su vez, este conjunto arquitectónico estaba rodeado por una explanada con multitud de sombras y fuentes que servían de terreno de juegos y que albergaba el *xystum*, o paseo plantado de árboles. Por detrás del *xystum* estaban las exedras destinadas a gimnasio, salones para reuniones, bibliotecas y salas de exposiciones. En realidad, en ellas radicaba la auténtica originalidad de las termas. Allí los romanos aprendieron a rendir culto a los ejercicios físicos y a desarrollar su curiosidad intelectual, después de vencer los prejuicios que habían recaído sobre los deportes al estilo griego. Sin duda, la opinión pública conservó una recelosa actitud respecto al atletismo, ya que, según decían incitaba a la inmoralidad con sus exhibiciones y apartaba a los jóvenes del viril y serio aprendizaje del oficio de la guerra, haciendo que se preocuparan mucho más por cultivar su admirable belleza que por adquirir las cualidades de un buen soldado de infantería. No obstante, ya no se escandalizaban por el nudismo que naturalmente se practicaba en los baños y, casi sin darse cuenta, fueron aceptando unos ejercicios físicos que al igual que el atletismo, pero que practicados en recintos cerrados y no como espectáculo, parecían subordinarse a los mismos fines de salud y fortalecían el cuerpo.

## Tipos de cuidados en los baños.

Existían tres tipos de baños, sobre los que cada usuario iba pasando de uno a otro según un cierto rito higienico: primero se recibía el *frigidarium* o el baño frío, continuaba el *tepidarium* o baño templado y, por último, el *caldarium* o el de agua caliente. Funcionaba también el *laconicum* o baño de vapor y la *sudatoria* o estancias para sudar y estancias con aguas especiales de efectos terapéuticos. Otras salas estaban dedicadas a vestuarios y servicios de lo más diverso. En los espacios colindantes se situaban las palestras e instalaciones a cielo abierto rodeadas de pórticos en los que se practicaban ejercicios físicos. Disponían de salas más específicas: como las *oleatoria* donde los atletas se unguían de aceite; los *distractoria*, donde se tumbaban sobre camillas para ser limpiados de los aceites y recibían masajes, depilaciones y otros tratamientos, tareas que realizaban esclavos especializados. Solía completarse la oferta con una sala para la realización de diversos juegos de pelota, muy parecidos a los de nuestros días, y a los que los romanos eran muy aficionados.

Junto a estos servicios relacionados con los los ejercicios físicos, la higiene y los baños recreativos, existían otras estancias para los fines más diversos: bibliotecas, salas de reuniones, reservados, perfumerías, todo tipo de tiendas, tabernas y extensos jardines. Podríamos decir que las termas eran una especie de ciudad en miniatura dedicada al *otium* de los miles de ciudadanos que diariamente acudían a cuidarse y a procurarse un buen estado físico. Los baños se convirtieron en una instalación polivalente, social y de uso muy extendido, lo que no dejaba de provocar molestias y conflictos con los vecinos como nos cuenta un gruñón y divertido Séneca a través de su Epístolas:

Vivo precisamente arriba de unos baños, imagínate ahora toda clase de sonidos capaces de provocar la irritación en los oídos. Cuando los más fornidos atletas se ejercitan moviendo las manos con pesas de plomo, cuando se

fatigan o dan la impresión de fatigarse, escucho sus gemidos; cuantas veces exhalan el aliento contenido, oigo sus chillidos y sus jadeantes respiraciones. Siempre que se trata de algún bañista indolente al que le basta la fricción ordinaria, oigo el chasquido de la mano al sacudir la espalda, de un tono diferente conforme se aplique a superficies planas o cóncavas. Más, si llega de repente el jugador de pelota y empieza a contar los tantos uno está perdido.

Añade al camorrista, al ladrón atrapado y a aquel otro que se complace en escuchar su voz en el baño; así mismo a quienes saltan a la piscina produciendo gran estrépito en sus zambullidas. Aparte de éstos, cuyas voces, a falta de otro mérito, son normales, piensa en el depilador que, de cuando en cuando, emite una voz aguda y estridente para hacerse más de notar y que no calla nunca sino cuando depila los sobacos y fuerza a otro a dar gritos en su lugar. Luego al vendedor de bebidas con sus matizados sonos, al salchichero, al pastelero y a todos los vendedores ambulantes que en las tabernas pregonan su mercancía con una peculiar y característica modulación (SÉNECA. "Epístola moral a Lucilio" VI, 56).

También podemos asegurar que ninguna otra civilización desarrolló la costumbre del baño como consustancial al tiempo libre y a la cultura, elementos a los que toda persona medianamente acomodada tenía aspiración.

Todas las salas estaban suntuosamente decoradas con mosaicos, estatuas y bajorrelieves. Los baños fueron un concepto genuinamente romano que estaba unido a una alta estima de la cultura física, la calidad de vida y el cuidado del cuerpo.

Al baño, propiamente dicho, se le añadían otras numerosas y magníficas salas: gimnasios; biblioteca; lugares para comer; *exedras* o espacios en los que declamaban los poetas, retóricos y dramaturgos; estadios para realizar juegos de pelota y carreras; teatros, y jardines con estanques, juegos de agua

y abundante vegetación; lo que les daba a las termas un carácter de lugares excepcionales para el ocio, el descanso y el placer corporal.

### **El esplendor de las termas.**

Sin embargo los bañistas, sobre todo aquéllos cuya casa no era tan lujosa ni su mesa tan abundante, permanecían en las termas hasta que cesaban sus atracciones; o bien se reunían con los amigos en los salones y jardines habitados por las ninfas; o a veces se quedaban leyendo un libro en las bibliotecas situadas, según los planos de las termas Caracalla, en los dos extremos donde también se hallan los aljibes, fácilmente reconocibles por los nichos rectangulares cavados en los muros para cobijar *plutei*, o cofres de madera que contenían los preciados *volumina* (CARCOPINO, 2001).

Pero había muchos otros que preferían pasear tranquilamente por las alamedas del *xystum*, gozando de obras de arte con las que los emperadores adornaron las termas. Son innumerables las maravillas halladas en las excavaciones de las termas de Caracalla; los suelos de mosaicos, las bóvedas artesonadas, los muros de mármol y las columnatas de capiteles decorados con figuras heroicas, que en otros tiempos tuvieron el honor de cobijar el Toro Farnesio, la Flora Farnesio, el Hércules Farnesio, el Torso de Belvedere y las dos fuentes donde eternamente canta el agua en la plaza del palacio Farnesio (CARCOPINO, 2001). Las termas de Trajano también estuvieron lujosamente adornadas ya que en ellas se hallaba el famoso grupo de Laocoonte, actualmente en el Vaticano (CARCOPINO, 2001). Es imposible que después de los ejercicios y el baño, en un estado de bienestar físico y placidez intelectual, los romanos no quisieran dejarse seducir por la belleza que les rodeaba; como es muy fácil que más de uno saliera de aquel lugar tocado por el genio del espíritu y por la gracia del arte.

A pesar de todo, no cabe duda que algunos romanos renegaban también de sus termas, condenando sus evidentes *flores del mal* que en ellas se

abrieron. Bajo sus pórticos exteriores se refugiaban chaperos, fisgones, celestinos, taberneros, proxenetas, prostitutas, etc. (CARCOPINO, 2001); además sus arcadas cobijaron las citas de glotones, borrachos, exhicionistas, camorristas y pendencieros; gentes había que se bañaban constantemente, otros que llenaban sus vasos sin control y comían sin medida (JUVENAL, I, 143; HORACIO, Epo. I, 6, 61; SÉNECA, Epís., XV, 3). La cínica divisa de todo aquel placer corporal podría ser: *ibalneae, vina, Venus corrumpunt corpora nostra sed vitam facit!* (CARCOPINO, 2001). Pero a pesar de todo ello, estamos convencidos de que las termas del Imperio representaron un gran avance para la vida romana. Con su majestuoso brillo de mármol, no fueron únicamente el espléndido palacio del agua (CARCOPINO, 2001); ante todo fueron los centros de ocio con los que aún sueñan nuestras democracias y que sólo a finales del siglo XX podemos presumir haber superado. Al desarrollar colectivamente el placer por la higiene física, los deportes útiles y la cultura desinteresada, el pueblo romano detuvo su decadencia durante varias generaciones, haciéndose eco de un viejo ideal que en el pasado había inspirado su grandeza y que entonces seguía recomendándoles Juvenal: *Mente sana en cuerpo sano* (JUVENAL, X, 356).

## **2.6. Aspectos de la vida cotidiana en la cultura romana:**

.... después propone un juego  
de veloz jabalina a los guardianes del rebaño:  
el blanco será un olmo; y los robustos cuerpos  
muestran sus desnudez en la augusta palestra.  
Virgilio, *Georgicas II*

Las influencias recibidas por los romanos hay que buscarlas en primer lugar entre los lacios y etruscos y posteriormente la que recibieron de los griegos. Los italiotas, parientes próximos de los griegos, fueron los primeros pobladores de la Península Itálica, pero posteriormente dos pueblos venidos

de Oriente: los etruscos y los griegos, se establecieron en Italia e influyeron en la historia posterior.

Fue entre los etruscos, pueblo Mediterráneo, en el que se encuentran trazas evidentes de prácticas físicas. Este grupo humano, cuyos orígenes son misteriosos a causa, sobre todo, de no haber conseguido aún descifrar su lengua, era poderoso en lo económico y en lo militar. Aprovechaba el trabajo esclavista para las tareas agrícolas, mantenía una industria desarrollada y un floreciente comercio, lo que les obligaba a usar el mar para poder vender sus productos en otras ciudades. Sus urbes estaban fortificadas y edificadas sobre colinas, se confederaban de doce en doce ciudades, mientras que un Consejo resolvía los asuntos comunes. De Etruria recibieron los romanos su afición a las luchas gladiatorias y pasión por los caballos, nociones sobre los órdenes de combates en batalla, el empleo de algunas armas ofensivas y defensivas y gran parte de los métodos de formación de los guerreros.

Los griegos comenzaron a desembarcar en Sicilia y el Sur de Italia a principios del siglo VIII a.C., y lo mismo que los romanos recibieron una gran influencia de los etruscos, aunque es mucho más manifiesta la que recibieron ellos del pensamiento y de la cultura griega. No obstante, nunca llegaron a desarrollar plenamente la cultura física de los helenos, agonística y disciplinada, quizá porque el ejército griego estaba constituido por los propios ciudadanos, mientras que en Roma la milicia era profesional, siendo el soldado romano un guerrero rudo, tenaz, duro y muy disciplinado, que tras licenciarse solía instalarse en el territorio donde había servido.

### **2.6.1. La educación romana.**

Durante la primera infancia el niño era educado por la matrona, la cual tenía un gran consideración en el seno de la familia romana. Al niño se le ves-



tía con la *pretexta*, una túnica con una franja púrpura de simple adorno. Más tarde, el padre, que a su vez, en las familias establecidas, presidía las ceremonias religiosas de los lares, asumía la educación primaria del niño, que podía ir desde los valores sociales: familia, Patria, antepasados, así como leer, escribir y calcular, historia, etc.

A los doce o trece años el niño pasaba a la escuela del "gramático", en la que el maestro leía y explicaba los textos, que el alumno, sentado ante él, escribía al dictado con una varilla de hierro (*stilus*), sobre maderas enceradas. La disciplina era ruda y muy rígida sin escatimar los castigos y golpes (VALENTÍN, 1955). Al pie del mercado donde el pueblo hallaba lo necesario para su subsistencia, en los flancos del foro, donde los cónsules concedían sus audiencias y los emperadores pronunciaban sus arengas; bien como lo hiciera Adriano para anunciar una reducción de impuestos, o como Marco Aurelio para entregar al Tesoro público sus bienes personales, "se alzaba el hemiciclo donde como ha demostrado Marrou, los maestros de literatura en el siglo IV aún reunían a los estudiantes para enseñarles su disciplina" (CARCOPINO, 2001, 27).

A los 17 años, el joven se convertía en ciudadano en el seno de unas ceremonias que se llevaban a cabo en el mes de marzo, durante dicho rito el adolescente recibía la "toga viril", es decir la toga blanca de los hombres, que la tomaba rodeado de sus parientes y amigos, siendo inscrito como ciudadano gentilicio, es decir entre su gens o tribu.

### **2.6.2. Los ejercicios en el campo de Marte.**

Las clases altas continuaban su formación a través de los ejercicios preparatorios para la guerra, que constituían un honor para los que lograban ser admitidos para participar. Los adolescentes de estas familias eran reunidos en el Campo de Marte, una gran explanada en las afueras de Roma, en la que

completaban su educación con ejercicios entre lúdicos y guerreros. Ahí podía estar la base del endurecimiento de las legiones romanas, lo que demuestra que no era necesario llegar a los extremos espartanos, para tener un ejército aguerrido y efectivo.

Los ejercicios realizados tenían un carácter militar: Se instruían en el manejo de la espada, jabalina, lanza, tiro con arco y honda. La carrera era un entrenamiento fundamental y la equitación tendía a lograr jinetes hábiles que pudiesen acometer y retirarse con orden. Las marchas, muy fatigosas por realizarse cargados con el equipamiento del soldado, formaban parte del trabajo de endurecimiento del futuro legionario. Las gentes del pueblo salían, para ver y disfrutar del espectáculo que suponía la ejecución de estos ejercicios y maniobras en el Campo de Marte.

### **2.6.3. La plebe.**

Grande era el abismo entre los ciudadanos y los campesinos de la Antigüedad. Y tanto era así que, según criterio de Rostovtseff (1937), la desigualdad fue lo que les empujó a luchar entre sí en una guerra sorda y encarnizada en la que los campesinos, apoyados por los ciudadanos más desposeídos, lograron romper el dique que una clase privilegiada había levantado para contener la marea de los bárbaros. *“Para algunos, en efecto, eran todos los bienes de la tierra y todas las facilidades. Para los demás, un duro trabajo sin fin ni provecho y la constante privación de las diversiones que, al menos en la ciudad, alegraban el corazón de los miserables: la animación de la palestra, la tibieza de las termas, el alborozo de los banquetes de las corporaciones, la abundancia de las “sportulae” o el brillo de los espectáculos”* (CARCOPINO, 2001, 15).

Al margen de los privilegiados estaba la plebe, la masa con voz y poder de sedición y revuelta. En el siglo V a. C., la ciudad de Roma se la repartían

ciento treinta familias. En el siglo I de nuestra Era había en la ciudad de Roma 320.000 personas inscritas en el registro de los pobres, y quizá 100.000 más que iban por ahí sin saber dónde caerse muertos ni constaban en ningún censo: habían llegado de pueblos conquistados, eran soldados viejos, esclavos que habían conseguido su libertad, etc. (CARCOPINO, 2001). Existían, sumado a lo anterior, cientos de miles de personas que venían del sur, la Magna Grecia, a los que la invasión de Aníbal les hizo salir de allí, y desde entonces la Italia meridional, a pesar de dar los mejores intelectuales de toda la península italiana, no se recupera. Se refugiaron en Roma, en su mayoría eran pequeños propietarios rurales que nunca regresaron, sus tierras se convirtieron en latifundios y la economía falta de diversidad y estímulo, dio paso a la *omertá*.

Esta irrupción de la plebe ha sido poco estudiada. Tiberio Graco intentó un tímido reparto de tierras al inicio de la República, sin consecuencias.

En el siglo IV a.C., como resultado del naciente poder de las clases populares, se establece un cónsul de la plebe, que obliga a recopilar las Doce Tablas, fundamento del Derecho Romano. Anecdóticamente, y como demostración de fuerza de los más ínfimos seres de la sociedad romana, un ejército de esclavos aglutinado en torno a Espartaco estuvo merodeando por los alrededores del Vesubio durante dos años, sin que nadie fuese capaz de derrotarlo o someterlo. César opta por los burgueses como aliados para su golpe de estado, y el elocuente y populista Cicerón peleó duramente contra su enemigo aristócrata Catilina al que no dudaba de tachar de traidor en sus encendidos panfletos *Las catilinarias*. Son datos para ilustrar la representación más clara de la lucha de clases durante el final de la Roma republicana.

Desprovistos de sus derechos políticos, gobernados por oligarcas y aristócratas el gentío vagaba por las calles de Roma sin nada muy claro para hacer. El poeta Lucilio (m. 103 a.C.) nos lo cuenta en sus *Sátiras*: "Desde la maña-

na a la noche, tanto en día festivo como de trabajo, todos -la plebe y los patrios- se agitan bulliciosos en el foro y no salen de él. Y todos se encuentran entregados a un solo afán, a un único arte: estafarse hábilmente, luchar mediante engaños, hacerse trampas, adular y fingirse tontos, simular buena fe, quebrantar la palabra dada, traicionar al amante, como si todos fuesen enemigos de todos". (Sátiras, Frag. 15).

Esto explica el desarrollo de aquellos juegos del circo, bárbaros y entusiasmados. El trabajo en las dependencias imperiales terminaba al mediodía. Los desocupados estaban siempre en la calle, había que alimentarlos y todos necesitaban entretenerse. El dinero, la propiedad, apenas conocía su derivación financiera abstracta y el excedente económico, enorme dado el poderío del Imperio, se dedicaba al lujo y a la ostentación de una ciudad que impresionaba al forastero, al diplomático, al rey invitado o a los enemigos. De ahí los asombrosos *ludi*. Con Trajano, el imperio alcanzó su máxima extensión y durante su reinado unos juegos duraron 117 días seguidos, ¡con 9824 gladiadores que estuvieron matándose sin cesar todo ese tiempo! (DIÓN CASIO. LXVIII, 15, 1).

#### **2.6.4. Política y juegos durante la Roma republicana.**

En la antigua República la asistencia a los espectáculos era gratuita, si bien cada espectador estaba obligado a ocupar la localidad que le correspondía de acuerdo a su condición social, por anillos concéntricos y justo al revés de lo que pasaba y pasa en la vida cotidiana: los más pobres arriba, lo más alejado del espectáculo; y los poderosos, casi a pie de pista.

La participación de los romanos en los juegos obedecía a viejas tradiciones y costumbres que se remontaban a los orígenes de la ciudad romana. Los calendarios que regulaban la vida colectiva alternaban los días festivos, dedicados a honrar a los dioses y en los que los *ludi* constituían un elemento esencial, con los

días no festivos, en los que se podían celebrar las asambleas políticas del pueblo. De esta forma, las fiestas, los juegos y las asambleas eran elementos inseparables que caracterizaban la vida colectiva y cotidiana de los ciudadanos romanos. El participar en ellos era un derecho del que sólo podían ser privados por el exilio y por eso eran muy celosos a la hora de compartir ese honor con otros. En el año 122 a.C. el cónsul Cayo Fannio dirigió un discurso al pueblo para que se opusiese a la concesión de la ciudadanía romana a los latinos, como proponía Cayo Graco. Para convencerles recurrió al argumento de que los latinos pasarían a ocupar sus puestos en las asambleas, en las fiestas y en los juegos (TEJA, 1996). Los romanos, sin embargo, fueron generosos e inteligentes, compartieron sus derechos con los de fuera, y con el tiempo, llegaron a disfrutar de ellos no sólo los moradores de la península itálica sino todos los habitantes del Imperio, sintiéndose éstos, identificados con las obligaciones, derechos y tradiciones, tanto o más que los propios romanos.

Cicerón, de origen latino, cónsul de Roma, descubridor de conspiraciones, orador, escritor, político y romano de pura cepa; cuando en el año 57 a.C. regresó de un corto exilio, recordaba con amargura los placeres de los que había estado ausente: *"... Cuando he estado privado de ellos, he comprendido, mejor que cuando los disfrutaba, cuánto placer proporcionan las amistades, las costumbres, las relaciones de vecindad y, en fin, los juegos y las fiestas"* (CICERÓN, *Tusculanas II, 16, 3*).

Los juegos y la política estaban, durante la época republicana, unidos a las prácticas ciudadanas. Se pone de manifiesto en los escritos de Cicerón cuando dice que la opinión y la voluntad del pueblo se manifiestan principalmente en la asamblea, en los comicios y en las reuniones para la celebración de los juegos y combates, añadiendo que la manifestación más pura de la voluntad popular se hace, por ser más espontánea y menos manipulada,

durante la celebración de dichos espectáculos.

Aunque el desarrollo de todos los juegos estaban acompañados de ritos religiosos, no se puede valorar hasta donde comprendía, un romano común, este significado litúrgico. Lo que resulta indudable es que esta asociación tenía raíces colectivas profundas. Antes de Augusto, las fiestas en honor de los dioses fueron aumentando progresivamente, se fueron ampliando en favor de hombres importantes para la vida de la ciudad. La divinización de César tras su asesinato y, después, de los siguientes emperadores proporcionó el medio adecuado para implicar al pueblo, así de forma colectiva, en la adhesión a lo que representaba la persona del emperador en el nuevo régimen político. Explicándose los dos aspectos más llamativos que presentan los espectáculos en la vida cotidiana de la Roma Imperial: Por un lado, una gran proliferación de días festivos y de circo; y por otro la libre y espontánea utilización, por parte del pueblo, de los espectáculos para controlar y comunicarse con el poder y sus detentadores.

### **2.6.5. La política de la Roma Imperial: Pan y Circo**

*Panem et circenses* es una frase famosa en aquellos tiempos y que nos dejó escrita Juvenal principal poeta satírico de su época para expresar lo que opinaba sobre la situación política del pueblo romano: espectáculos y alimentos distribuidos gratuitamente o a un bajo precio por el todopoderoso estado benefactor de Roma (JUVENAL, *Sátira*, X). Nos lo cuenta Friedländer que a su vez lo cita de Flavio Josefo. La crítica se aplicaba a los habitantes de Alejandría (JOSEFO, *Contra Apión*, II, 63), en el mismo sentido peyorativo con que hoy la conocemos. En Roma se hizo famoso este dicho, probablemente, bajo el dominio de Trajano (FRIEDLÄNDER, 1967).

A finales del período republicano, los políticos iniciaron la costumbre de

distribuir alimentos gratuitos entre la plebe para ganarse su apoyo y atraerse fama de generosos. Augusto regularizó esta práctica y organizó todo un sistema para que los alimentos llegasen con regularidad a la ciudad. Ésta tenía más de medio millón de habitantes y resultaba difícil proveerla de comida, especialmente de trigo, alimento básico, y de aceite. Casi todo había que importarlo por mar desde Egipto, Norte de África y La Bética. Se implantó un sistema de repartos por el que casi todas las familias pobres, no esclavas, recibiesen mensualmente raciones gratuitas de trigo y aceite; más adelante se le sumaron raciones de carne y vino. También fue Augusto el que regularizó la organización de los espectáculos y fiestas pagadas por el emperador y los altos magistrados del Estado. El tiempo y la política fue multiplicando las fiestas, pues a las ya existentes el siguiente emperador, que no se atrevía a tocarlas, les colocaba las propias.

El Estado se aplicaba en el mantenimiento de la tranquilidad de la inmensa y temible plebe, que no dudaba en amotinarse violentamente reclamando sus derechos al poder de Roma. La pérdida de las libertades políticas republicanas, cuando el pueblo elegía a sus gobernantes, quedaba compensada con esta especie de compra-venta del ciudadano romano. Se formó así una plebe ociosa, indolente y turbulenta a la que era difícil contentar, pues consideraban que los alimentos y los espectáculos eran sus derechos y no tenían dudas en ir pidiendo cada vez más cantidades de todo.

Escritores, moralistas e intelectuales, fuesen cristianos o no, coincidieron en describir a estos ciudadanos como parásitos de Roma, exponentes de la decadencia moral y política de un pueblo que había conquistado y civilizado (urbanizado) el mundo a través de sus armas, pero también de su cultura y de su concepto del derecho. El pueblo en aquellos tiempos sólo estaba preocupado de desahogarse en los espectáculos. Así fue reflejándose en el urbanis-

mo de la Ciudad Eterna, dominado por las enormes moles de los edificios destinados a los *ludi*.

Se puede caer, es muy fácil, en trivializar la vida de esta influyente urbe. No nos cabe duda en cuanto a que los emperadores intentaron despolitizar, manipular y pervertir al pueblo manteniendo distraída y entretenida a la muchedumbre. Sin embargo, los gobernantes, más que innovar, tuvieron que dar continuidad a las viejas costumbres republicanas que tenían un profundo significado social y político. Cicerón lo puso de manifiesto en los escritos antes aludidos, planteando que su opinión en el circo era más válida que en las votaciones. En esa tesitura, los emperadores hicieron de las reuniones de masas un diálogo permanente entre el poder y el pueblo.

### **2.6.6. La acción política del pueblo en los “ludi”.**

Octavio, pariente de César, acabó lo que éste había empezado, una rápida y victoriosa guerra civil contra los decadentes republicanos y a continuación la eliminación sistemática de sus compañeros y aliados más ambiciosos, como Marco Antonio. Acaparó todo el poder y con el nombre de César Augusto fue uno de los mejores gobernantes que llegó a tener Roma. Bajo su mandato los espectáculos de masas se convirtieron en un diálogo constante entre el pueblo, depositario de los derechos políticos, y el emperador, que más que como un usurpador se presentaba como el garante de esos derechos. Las ciudades exigían a la persona detentadora de la dignidad imperial que les proporcionara juegos y también que estuviese presente, visible y participativo.

El cauto, sensato e inteligente Augusto sacó las consecuencias políticas de la experiencia anterior. Señala Suetonio: “...Augusto asistía personalmente a los espectáculos del circo... Se ausentaba durante muchas horas, a veces por días enteros, pero después de haber pedido excusas y de haber tomado medi-



das sobre quién debía de sustituirle en la presidencia. Cuando estaba presente, no hacía ninguna otra cosa, tanto para evitar los comentarios hostiles como evitar la bronca con que, recordaba; había sido abucheado públicamente César, porque durante los espectáculos leía o escribía cartas u otros papeles; como por afición y apego a los juegos" (SUETONIO, Vida de Augusto, 43).

Ofrecer espectáculos y participar en ellos era una obligación del poder y un derecho de los ciudadanos; una actividad en la que, como en todas las manifestaciones públicas romanas, política y religión se confunden.

Está por hacer una historia de la actitud de cada emperador respecto a los juegos (Anexo nº 3). Sería una historia de significados políticos y que, curiosamente, no coincidirían con la imagen que de estos emperadores nos ha quedado. Hay que tener en cuenta que los escritores e historiadores pertenecían al estamento aristocrático y senatorial, fenómeno que se repite a lo largo de los "tiempos". Ningún historiador contemporáneo de los hechos, sean los que sean, "cuenta la historia" de los perdedores, si acaso alguna anécdota: la versión más cercana a lo ocurrido hay que reconstruirla al cabo de los siglos.

En los imbornables de las alcantarillas, que restan de la época romana, se puede leer: *Senatus Populusque Romanus*. Es curioso que la denominación de dos poderes, que en la realidad se encontraban enfrentados, se viesen unidos en las tapas de las alcantarillas. El emperador se intentaba presentar como moderador de estas facciones del poder.

Se explican así casos como el del emperador Lucio Domizio Nerón (37-68), odiado por los senadores y el más querido por el pueblo que nunca quiso creer en su muerte. Sin embargo, la historia tampoco le fue favorable a este personaje, al ser el autor de persecuciones contra las entonces pequeñas sectas religiosas de origen greco-judío. El posterior crecimiento en poder y esplendor de estos grupos hizo que Nerón pasara a la posteridad como un

loco vesánico, cuando en realidad no fue ni más ni menos cruel que cualquier otro gobernante de Roma incluídos los Papas renacentistas. La investigadora y arqueóloga Marisa Ranieri Panetta ha intentado romper el mito perverso de este malfamado emperador, publicando un libro *Nerone, il príncipe rosso* sobre el último vástago de la dinastía Julia-Claudia. El libro, cuyo color referencial es por el tono de pelo, así como la sangre que corrió durante la breve etapa de este emperador, desarrolla una tesis ya muy consolidada por otros autores que libran a Nerón de toda responsabilidad en el trágico y famoso incendio de la Ciudad Eterna. Dice esta autora que Nerón pasó los nueve días que duró el incendio redactando normas más severas para evitar los incendios. Planeó una ciudad nueva: Es verdad que la que tenía nunca le gustó. La reconstrucción comenzó al día siguiente de extinguirse el fuego. Esta nueva versión de Nerón nos lo presenta como un hombre culto, lo que no quiere decir bondadoso; popular, buen estadista y tan refinado que amaba las culturas orientales y encontraba provinciana la majestuosa Roma. Su casa la *Domus Aurea*, o mejor, palacio, estaba adornada con frescos, cuadros y estatuas de los mejores artistas helenos (RANIERI, 1999). No quemó Roma, aunque sí ordenó asesinatos a mansalva entre ellos el de su madre Agripina. Todo apunta a que el error que desencadenó su caída en desgracia, propiciando su misterioso suicidio, fue pretender que los romanos ricos pagaran impuestos patrimoniales. En todo caso, el fin de Nerón, según uno de sus coetáneos más próximos Suetonio, estaba ya escrito en las señales del cielo que habían anunciado la extinción de la dinastía Julia-Claudia. Laureles plantados por los césares, que se secaron repentinamente, y gallinas descendientes de la que cayó del cielo directamente a los brazos de Livia, esposa de Augusto, muertas sin causas aparentes, eran, dice Suetonio, augurios clarísimos de este final dinástico (SUETONIO, Augusto).

Se puede citar un sólo caso de emperador que lograra el equilibrio entre

los dos poderes: Trajano, que fue calificado por el senado como *optimus princeps* a pesar de ser un apasionado de los juegos.

El encuentro del poder con los diversos estratos sociales de Roma (senadores, caballeros, pueblo) en los espectáculos no obedecía sólo a la pasión que todos compartían por los juegos, sino al efecto de haberse desplazado la actividad política del foro al circo, al teatro o al anfiteatro. Un desplazamiento que, a pesar de que no llegó a ser institucionalizado, no dejó de ser real, significativo y eficaz.

Siguiendo las viejas tradiciones republicanas, las gentes se manifestaban de maneras ruidosas e incluso exigiendo violentamente las reivindicaciones más variadas, desde el aprovisionamiento de alimentos hasta eliminar a los poderosos consejeros imperiales. Ciertos favoritos de Cómodo y Septimio Severo, fueron destituidos tras violentas y bien preparadas protestas en el circo.

Alguna vez llegó a ocurrir que las manifestaciones eran espontáneas, como la que narra Dión Casio sucedida en el año 196, durante una guerra civil entre Septimio Severo y Albino, en que la muchedumbre que abarrotaba el circo prorrumpió en un griterío unánime contra la guerra y a favor de la paz.

No sólo el pueblo llano se manifestaba aprovechando la *theatralis licentia*, donde casi todo estaba permitido. Bajo el reinado de Augusto, los representantes del orden ecuestre (caballeros), preferidos del César, se manifestaron ruidosamente desde sus asientos reservados para pedir al emperador la abolición de ciertas leyes sobre el matrimonio. Las protestas no quedaban en las insolencias verbales, sino que llegaban a poner en peligro la vida de los asistentes además de llegar, en algunos casos, a asonadas y motines populares políticamente peligrosos. Para evitarlo se situó una cohorte de soldados pretorianos en los grandes espectáculos. En el año 55 Nerón se atrevió a quitar experimentalmente la guardia, como señala Tácito, "para que pudiera haber una mayor demostración de

*libertad y también para que la soldadesca estuviera menos desmoralizada, al no estar en contacto con la licencia del teatro, y para probar si el populacho, en ausencia de una guardia conservaría el dominio de sí mismo” (TÁCITO, Anales, IV)* La experiencia fracasó y en el transcurrir de un año los pretorianos volvieron a mantener el orden en los juegos. Lo significativo de esta anécdota estuvo en que fue el popular Nerón el promotor de la iniciativa.

### **Reacciones especiales ante los ludi romanos.**

Podemos sorprendernos, dentro de nuestra aséptica e hipócrita moral, de que los antiguos romanos disfrutasen con tanta pasión de las luchas a muerte entre personas o contra animales. Pero sería bueno, antes de emitir juicios, la introspección de la actitud pasiva o apasionada, según nos indican los medios de comunicación, que mantenemos la mayoría de las veces ante las guerras, los bombardeos de poblaciones, las represiones policiales, la tortura, las consecuencias manipulativas de los deportes, la caza salvaje o incluso las corridas de toros que han heredado, aunque de forma muy reciente, hasta los modelos de recintos de aquellos juegos romanos.

Pero, como ahora, en aquellos tiempos las opiniones no eran unánimes, existían discrepancias, sobre todo de las que podríamos llamar intelectuales o ideológicas.

Por ejemplo, Plinio *El joven*; senador ilustrado, hombre estudioso, culto y rico que vivió a finales del siglo I y comienzos del II, en tiempos de Trajano, y del que nos ha quedado una amplia producción escrita, era partidario de estos tipos de juegos. Como en las polémicas actuales sobre los toros, los filósofos y pensadores romanos expresaron opiniones muy diferentes sobre los diversos juegos que entusiasmaban a la plebe. El mentado Plinio aborrecía las carreras del circo y era un entusiasta de las luchas de gladiadores, todo lo contrario de lo que podríamos esperar de una persona culta. Dice de los jue-

---

gos del circo: *“un espectáculo que no me seduce de ninguna forma... y extraño que tantos hombres se vean atraídos, como niños, por el deseo de ver a los caballos lanzados a la carrera y a los cocheros de pie sobre los carros”*, en las luchas cuerpo a cuerpo encuentra una actividad hasta educativa: *“Es un espectáculo que no enerva, que no ablanda, incapaz de relajar o degradar las almas viriles, sino que más bien las inflama por las bellas heridas y el desprecio de la muerte y hace aparecer incluso en los cuerpos de los esclavos y de los criminales el amor a la gloria y el deseo de victoria”*. Un pensamiento poco científico y muy clasista.

Pero Plinio coincide en su opinión con otros notables de las artes y de las ciencias, siglo y medio antes Cicerón, se expresaba de una forma parecida: *“Sé que a los ojos de algunas personas los combates de gladiadores parecen una diversión cruel, inhumana; y tal vez no se equivoquen si tenemos en cuenta la manera como dichos combates tienen lugar hoy día. Pero en la época en que eran unos condenados a muerte los que se mataban entre sí, ninguna lección de energía, contra el dolor y la muerte, podía actuar tan eficazmente ante los ojos”*. Así pues, lo que Cicerón condena no es la crueldad, inherente en los combates a muerte, sino que los protagonistas no sean reclutados entre los reos y los condenados.

Estos sentimientos fueron más o menos compartidos por todas las gentes de la aristocracia, en general, leídos y cultos. Seguramente la violencia cotidiana hacía comprensible cierta tolerancia con unas luchas organizadas y circunscritas a un tiempo y un espacio.

No obstante ciertas corrientes filosóficas, como la de los estóicos, se oponían, al menos intelectualmente, a los juegos cruentos. Para el pensador cordobés Lucio Anneo Séneca, los combates eran: *“un puro y simple asesinato, la muerte es la única salida para un luchador”* (SÉNECA. Epístola, VII, 3). Así escribió este filósofo

tras presenciar las violentas atracciones que se ofrecían en el circo, sin embargo se distinguió por una clara oposición a todo ejercicio físico manteniendo afirmaciones como: *“El deporte es una estúpida ocupación que no conviene a un hombre de letras; hace trabajar los brazos, dilatar el cuello, hinchar el pecho...”* (SÉNECA. *Epístola XV*). Los filósofos cristianos no tuvieron ningún inconveniente en condenar todos los juegos, incluidos los del teatro, basándose en el autor de la Bética. Tertuliano a finales del siglo II escribía: *“Séneca está a menudo de acuerdo con nosotros”* (TERTULIANO, *De Spectaculis*, XXVIII, 5).

Sin embargo, tampoco la moral cristiana fue capaz de evitar la muerte como diversión de las masas, cristianas o no. Agustín de Hipona, en su obra autobiográfica *Las confesiones* relata una anécdota que refleja lo que aún pasaba en el siglo IV Describe el obispo y después padre santificado de la Iglesia católica, cómo su amigo Alipio, siendo estudiante en Roma durante el 383, se dejó arrastrar por unos amigos para asisir a una lucha de gladiadores en el Coliseo, quedando fascinado de tal forma que en lo sucesivo no pudo prescindir de algo por lo que antes experimentaba aversión y horror: *“Tan pronto como vio aquella sangre, bebió con ella la crueldad y no apartó la vista de ella, sino que la fijó con detención, con lo que se enfurecía sin darse cuenta, y se deleitaba con el crimen de la lucha y se embriagaba con tan sangriento placer... Contempló el espectáculo, voceó y se enardeció y fue atacado de la locura, que había de estimularle a volver, no sólo con los que primero le habían llevado, sino aparte y arrastrando a otros consigo”* (AGUSTÍN, *Confesiones*, VI, 8, 13).

### **2.6.7. Actitud de los cristianos ante los juegos.**

Puede parecer lógico atribuir la desaparición de los juegos a la influencia del cristianismo, sin embargo, mucho se ha debatido al respecto, pues parece que las motivaciones estarían más en los factores económicos que en los dictados morales.

A partir del siglo IV se constata una decadencia generalizada de los *ludi* con gladiadores en casi todas las ciudades del imperio, no obstante en Roma continuaron con una gran aceptación hasta muy entrado el siglo V, cuando el poder estaba ya claramente en manos de los cristianos. No nos cabe duda que, como decía Séneca, los espectáculos cruentos eran verdaderos asesinatos, a lo que por doctrina debía oponerse todo cristiano consciente; de otro lado, ellos mismos habían sufrido durante tres siglos persecuciones y servido de presa de las fieras o los gladiadores ante el indiferente e inhumano regocijo de la plebe. Constantino, promulgó un edicto en el año 325 prohibiendo estas prácticas carniceras. Ratificado por su biógrafo, el obispo Eusebio de Cesárea: prohibió que se contaminasen las ciudades con el espectáculo sangriento de los gladiadores.

La realidad fue que continuaron las luchas a muerte en muchas ciudades, especialmente en Roma. Así pues, tendríamos que acordar que los hechos son mucho más complejos y no pueden separarse de los gustos que muestran, desde siempre, las clases sociales.

No cabe ninguna duda que desde el principio los pensadores, predicadores e ideólogos del cristianismo se opusieron a esos juegos y no sólo por un problema doctrinal, sino por una sincera repugnancia ante tan bárbaras prácticas. El problema estuvo en que no establecieron diferencias entre los espectáculos que degradaban la condición humana y los simples pasatiempos como el teatro o las carreras del hipódromo. Conforme se fueron afianzando en el poder, los cristianos iban iniciando las persecuciones contra los que no pensaban como ellos y expresaron las motivaciones que tenían contra las carreras de caballos y el teatro: las unas por provocar apasionamiento, apuestas y reacciones desaforadas y el otro por incitar a la lujuria. Estos argumentos se convirtieron en una coletilla común de todos los adoctrinadores y predicadores comenzando por Tertuliano en

el siglo II y siguiendo por Agustín de Hipona en el siglo V.

El resultado de estas proclamas no fue lo fructífero que se esperaba. El pueblo, ahora cristianizado, siguió asistiendo en masa y tropel a los *ludi* del teatro, circo y anfiteatro, produciéndose una disociación entre las soflamas, que se lanzaban desde los púlpitos y la conducta del pueblo llano.

Son variadas las causas aducidas para explicar este hecho. Quizá la más convincente sea que la condena cristiana fuese demasiado radical y generalizada para ser seguida por el pueblo, que sin elementos de discernimiento, ni datos, ni posibilidades de participación en la vida política, se daba a una actitud gregaria y vanal. Todos los espectáculos sin excepción eran obra de Satánas, obras diabólicas, para la curia, si bien, la mayoría de la gente no era capaz de prescindir de ellos, por lo que las condenas no pasaron de ser repri-mendas en el viento. Si se hubiesen establecido diferencias y gradaciones entre los efectos y las consecuencias morales de unos y otros, quizá el resultado hubiese sido distinto. Una obra teatral licenciosa o claramente pornográfica, para los cristianos era tan delictuosa y condenable como el matar a personas públicamente (cosa que nunca se ha dejado de hacer), y estos dos entretenimientos eran comparados en su maldad con una simple carrera de carros que hemos de suponer que no era ni criminal ni licenciosa.

De otro lado los predicadores cristianos tampoco añadieron ningún argumento moral que no hubiese sido utilizado antes por los pensadores latinos.

## **2.7. Las causas de la llamada caída del Imperio: La economía.**

La prosperidad de Roma se basaba en lo que se podía producir dentro del Imperio: materias primas como el mineral de hierro y las pieles, productos alimenticios como el trigo, el maíz, la carne y otros más elaborados. La eco-



nomía base era la del campesino celta: la producción de alimentos en pequeñas haciendas. Sobre este sistema se superponía el de las *villae* romanas, grandes propiedades de terratenientes ricos, cultivadas por esclavos. Este sistema aplicado a los terrenos ligeros de las suaves montañas mediterráneas, con métodos intensivos, producía un alto rendimiento, lo que hacía innecesaria la explotación de los territorios fértiles del norte, que sus habitantes siguieron cultivando para el consumo propio. En tiempos de Augusto, el sur seguía dominando económica y culturalmente. En la ciudad de Roma, que vivía de los impuestos del Imperio y era enormemente rica, había demanda de todo tipo de productos de lujo, los mercaderes emprendían largos viajes a tierras lejanas para conseguirlos. El transporte por mar era más rápido y más barato que por tierra, lo que convirtió al Mediterráneo en la primera ruta comercial. Por el Occidente se encontraba el desconocido Atlántico, lleno de misterios para el viajero, lo que obligaba a que los mercaderes emprendieran los viajes a través de la ruta oriental, más conocida y segura. Cruzaban el mar Rojo y el golfo Pérsico y llegaban a la India y China donde mercaban e intercambiaban sus productos por seda, marfil, resinas y especias. Como consecuencia a tal tráfico los puntos de escala entre el Mediterráneo y los países de Oriente crecieron en tamaño y prosperidad: Constantinopla, Antioquía y Alejandría con el tiempo superaron en importancia económica a la propia Roma.

El historiador Michael Grant estima que *“todo el comercio y toda la industria del imperio probablemente nunca representaron más del diez por ciento de sus ingresos totales”* (GRANT, 1978, 266). La fabricación se realizaba a escala local, lo mismo que el comercio de granos y de alimentos; el combustible era escaso y las riquezas procedían de las conquistas.

### 2.7.1. Crecimiento y caída.

El crecimiento económico no trae por sí mismo progreso social y, aunque la riqueza puede ofrecer a una sociedad oportunidades para poner en práctica sus conocimientos, distribuir sus recursos y educar a su pueblo, la Roma imperial no estaba dispuesta a hacer esto (GIBBON, 2000). Sus preocupaciones fundamentales eran cómo administrar sus grandes provincias y cómo seguir haciendo funcionar su complejo sistema económico, así cómo solucionar los problemas originados por el evidente declive de la propia ciudad y su pantagruélica demanda de bienes y servicios. *“Durante siglos, la opinión de los romanos sobre su sociedad hacia gala de conceptos de libertad y de justicia, pero es importante darse cuenta de que estas opiniones eran, habitualmente, las de la clase dirigente y por lo tanto no podemos tomarlas como guías absolutas, sin temor a equivocarnos en la investigación sobre una determinada sociedad”* (RISEBERO, 1982, 9).

El diseño de los edificios lo confirman. En apariencia, las grandes edificaciones de Roma eran una forma de festejar el ideal romano de dominio y riqueza; lujosos templos, baños, teatros, anfiteatros y circos, al alcance de todos los ciudadanos libres (ROSTOVITZEFF, 1977). Pero en el contexto de los males económicos de la Roma imperial: una creciente inflación, desempleo, una conflictiva clase trabajadora urbana, etc., los juegos y su monumentalidad se pueden considerar como una inversión en la seguridad política y un antídoto contra el descontento de la plebe.

El variopinto imperio al que accedió Augusto tras la guerra civil, le hizo cambiar la política llevada hasta entonces. Se concentró en las mejoras cívicas, en la construcción de calzadas y puentes (asumió el título honorífico de *Summo Pontifice*: Hacedor de puentes), acueductos, murallas, templos, etc. La paz de Augusto hizo florecer las letras y la cultura en una producción tan notable que

aquel tiempo ha sido considerado como la "edad de oro" de la cultura latina.

Embellació Roma y al morir en el año 14 pudo decir: "*Nací en una ciudad de ladrillo y os lego una urbe de mármol*". No fue una mera frase, este emperador construyó bibliotecas, templos y numeros edificios. Animó a los ciudadanos más acaudalados para que emprendieran una auténtica labor de mecenazgo, donando dinero con destino a la construcción de monumentos y edificios públicos (MOMMSEN, 1992). Preocupado por la seguridad y sanidad de la urbe, se encargó de crear un efectivo cuerpo policial y otro de bomberos, así como las obras de ensanche y limpieza del Tiber.

Sin embargo, a finales del siglo III, las circunstancias que habían de llevar Roma a la ruina se asomaban en la historia: de un lado la presión en las fronteras y la consiguiente ósmosis de los llamados pueblos bárbaros, que poco a poco se iban instalando en el interior; de otro lado la gran relajación moral del pueblo romano que, si en tiempos republicanos fue enérgico y guerrero, ahora sólo pensaba en los juegos del circo, los espectáculos y en una vida regalada, blanda y sin esfuerzo (ROSTOVITZEFF, 1977); y como colofón los problemas económicos del inmenso imperio (REID, 1997).

Fuera de las fronteras del Imperio se estaban produciendo cambios sustanciales. De un lado, aquellas gentes cada vez en mayor cantidad traspasaban las marcas y se instalaban en las ciudades romanas, sin por ello romper sus vínculos con sus tribus de procedencia; por otro lado, aquellos pueblos anteriormente derrotados por Roma estaban siendo empujados por las nuevas oleadas de diversas etnias, que viajaban desde Asia huyendo de otros imperios que se estaban formando en la zona central de dicho continente. Al principio aquel peligro fue desdeñado y despreciado. Así ocurrió que cuando, en el siglo V, las tribus asiáticas irrumpieron con violencia devastadora en el corazón del Imperio, no hacían otra cosa que sumarse a la pacífica invasión que

había comenzado en el transcurrir de los doscientos años anteriores.

Por otro lado, las fuerzas que tenían enfrente, la de los llamados bárbaros, eran mínimas; aunque, como decíamos, no eran los tiempos de la venerable república ni los del Alto Imperio. En el ciudadano del Bajo Imperio no había voluntad de acción, ni retos o desafíos; su única pasión era el circo y los excesos que se podían permitir gracias a su boyante economía de deprecación y esclavismo. En dichas cuestiones el pueblo seguía a sus gobernantes, de los que muchos han quedado como un ejemplo de estúpidez, villanía, vileza y tiranía; aunque hubo de todo y no hemos dejado de consignarlo en nuestro escrito.

Pero el principal problema fue el hundimiento económico. El historiador Kennedy habla del fenómeno de la *sobredilatación imperial* teoría que, según él explica, la caída de las grandes potencias, y Roma podría ser el paradigma: llegar al colapso económico a causa de sus enormes gastos de defensa (KENNEDY, 1998). Defender las fronteras de su gigantesco imperio y preservar la paz y la seguridad dentro de las mismas exigía un presupuesto militar astronómico, difíciles de recortar ya que las provincias de frontera se resistían a perder la cómoda protección romana, así como los beneficios de sostener destacamentos y guarniciones que daban vida y riqueza a las poblaciones (KENNEDY, 1998).

Los grandes edificios de Roma, al igual que su ejército, sus administradores y el lujo traído de Oriente, se pagaba con los impuestos al patrimonio agrícola. La economía dependía de la suficiente reserva de tierra productiva para satisfacer la demanda. Éste era el principal papel de las legiones, cuyo complejo sistema de campamentos defendían los límites formados por la costa del Mar Negro, el Danubio y el Rin. Andando el tiempo, empezaron a ponerse de manifiesto los costes que para el contribuyente tenía el defender 5.000 Km. de fronteras. Durante el siglo III la inflación, una mayor mortandad, la

disminución de la natalidad y la emigración a las villas rurales y agrícolas para escapar de los fuertes impuestos urbanos, comenzó a producir estragos en las ciudades del Imperio. La concentración de fuerzas hostiles en las fronteras redujo el comercio y aceleró el desmoronamiento.

Las ciudades del Mediterráneo oriental, más fuerte económicamente, fueron capaces, al contrario que Roma, de capear el temporal. Constatino (306-337), mostrando una gran previsión, trasladó la capital a Bizancio sobre principios del siglo IV, contribuyendo al hundimiento político de Roma; el económico se había producido décadas antes. El sistema romano había superado el límite de sus propias fuerzas; su caída era casi inevitable.

También contaban los gastos de mantenimiento del aparato y boato imperial, con sus corruptas administraciones que rapiñaban, en beneficio propio, todo lo que podían; a lo que había que sumar los gastos en edificios suntuosos como colosales estatuas, templos de autoidolatría, vanidosas villas, arcos triunfales... y el costoso *pan y circo*.

Entre tanto el arte de evadir impuestos alcanzó unas altas cotas entre esa misma clase depredadora: los ricos patricios. Por lo que hubo que sangrar, aún más, a los agricultores y ganaderos, especialmente a los que vivían en la península Itálica con el objetivo de mantener el flujo de ingresos, avituallamientos y abastecimientos.

El Imperio, por otro lado, era una zona de libre comercio, las provincias aprendieron gradualmente a negociar entre ellas, dando de lado a Roma y a sus intermediarios. El resultado fue un enorme cuerpo macrocefálico, en el que todo lo vital se repartía entre los miembros dejando cada vez más exiguos los flujos económicos que tenían que llegar a la cabeza.

### **2.7.2. Los cristianos y su influencia en el Imperio.**

En este factor económico se deben encuadrar las persecuciones a los cristianos. Estos eran una secta religiosa formada principalmente de judíos a los que poco a poco se les fueron sumando los gentiles, griegos y latinos. Su carácter de gentes laboriosas, solidarias y con unos criterios estrictos del trabajo, así como sobre los resultados del esfuerzo y sus métodos económicos fueron muy efectivos. Los beneficios no se hicieron esperar. Comenzaron a acumular bienes, a ser prósperos ante todos los demás, moviéndose sobre una bien engrasada red de abastecimiento y compra-venta con la que cerraban su circuito socio-económico y que les daba unos resultados boyantes, que finalmente eran la envidia de sus vecinos. Las persecuciones fueron más acciones de pillaje que cuestiones religiosas, aunque por otro lado no podemos dejar de suponer que a la creciente molicie de la población romana le “podía caer simpático” el hecho de promover persecuciones contra una secta constituida por unos individuos que eran tan laboriosos y ahorradores como consecuencia de la observancia de unas estrictas reglas morales y de comportamiento.

Los judíos instalados en Roma con el beneplácito de Julio César tuvieron problemas por su actitud díscola, lo que obligó a Tito a exiliar a miles de ellos. Posteriormente empezaron a llegar judíos cristianos que dividieron las fuerzas de éstos y comenzaron a tener otro comportamiento, más culto, pacífico y humanista. Pablo de Tarso, el gran ideólogo del cristianismo, le dio la pátina griega, es decir ese sentido del pensamiento abstracto tan necesario para una religión del Más Allá. Pronto las sinagogas fueron sustituidas por las basílicas cristianas y su influencia no dejaba de crecer. Los cristianos estaban en el ejército, en la administración, entre los intelectuales y sobre todo entre los laboriosos artesanos y campesinos. Se practicaba la ayuda mutua, mediante el ágape o comunión, se buscaban trabajos los unos a los otros, se reconocían

en las necesidades y en los duros momentos de las persecuciones mantuvieron una actitud de valentía y dignidad admirables. Su extensión era el premio normal a su nueva forma de entender las relaciones humanas.

Constantino pactó con los cristianos en un momento en el que éstos dominaban definitivamente las finanzas del Imperio y ocupaban numerosos cargos de la administración imperial. A través del Edicto de Milán se les dio protección y desde ese momento puede decirse que asumieron el poder, incrustándose en el aparato del Estado y comenzando a tener cada vez más influencia. Se dice que el mismo Constantino se convirtió, hecho de difícil constatación a pesar de que su madre fue declarada santa, pero lo cierto es que años después Teodosio declaró el cristianismo religión oficial del Imperio, cerrando así el ciclo de la conquista del poder por los cristianos (GIBBON, 2000).

### **2.7.3. La institucionalización del cristianismo.**

El establecimiento final de la religión cristiana originó un período de construcción de iglesias. En el año 330 Constantino fundó la iglesia de la Natividad en Belén, la del Santo Sepulcro en Jerusalén, San Juan de Letrán y la primitiva iglesia de San Pedro en Roma.

Los templos paganos eran tronos ofrecidos a los dioses, mientras que los fieles se reunían fuera. Una iglesia, por el contrario, debía de albergar en su interior a los adoradores, por lo que era necesaria una nueva forma arquitectónica. Desde el principio, la forma adoptada por los cristianos occidentales fue la basílica. En la Roma imperial, era un tipo de edificio para la administración pública y para las operaciones mercantiles. Su forma típica era una nave larga y estrecha, cubierta con bóveda de cañón o de arista, o más a menudo, una cubierta de cerchas de madera, flanqueada por naves laterales más pequeñas por encima de las cuales las ventanas altas iluminaban la parte

central del edificio. Uno o ambos extremos terminaban en un ábside en el que se situaba el altar votivo (en Roma toda decisión importante era acompañada de un sacrificio), los asientos de los consejeros y el trono del *praetor*. La *básilica* era un edificio relativamente utilitario y su sencilla construcción, una forma barata para cubrir un gran espacio rectangular. En las apuradas condiciones económicas de los inicios de la iglesia, la *básilica* era ideal para el culto, una nave grande, flanqueada por otras más estrechas que llevaban a un altar situado al fondo, se convirtió en arquetipo para la construcción de las iglesias cristianas. La forma fue aprendida de los artesanos romanos que construyeron los primeros ejemplos, a veces con columnas y materiales aprovechados de las ruinas de los templos antiguos.

A partir de aquí la alta jerarquía eclesiástica se apoderó de la liturgia imperial, de sus ostentosas y ampulosas vestimentas, del latín como lengua oficial, de sus títulos, de la capitalidad a través de la Ciudad llamada Eterna, y no tuvieron problemas para anular la tibia y escasa oposición con la que contaron, que fue casi anecdótica, como la del emperador Juliano: un magnífico soldado y gobernante, al que ellos apodaron aviesamente *El apóstata*, y que murió de forma extraña en una batalla (VIDAL, 1983); o un tal Celso, filósofo, que llegó a escribir un duro y razonado panfleto que se llamó: *El discurso verdadero contra los cristianos*.

Sin embargo, dentro del cristianismo estaba la semilla de un nuevo orden, a través de su papel de guardián de la cultura y apoyándose en la vigorosa sociedad tribal local de los galos, celtas y otras tribus, que habían pervivido durante el sistema romano de manera superpuesta. La llegada de los germanos del norte del Rin actuó como catalizador. Desde el siglo II las filtraciones de los llamados bárbaros en el Imperio se habían asimilado sin conflictos, porque la tierra no se cultivaba de forma intensiva. Cuando en el siglo



IV los hunos provenientes del Lejano Oriente avanzaron hacia el oeste en dirección al mar Caspio, las propias tribus germánicas emigraron al sur y al oeste en un movimiento que las desmoralizadas legiones no pudieron resistir. Durante el siglo V, visigodos, vándalos, alanos y suevos cruzaron el Rin y se establecieron en el noroeste.

Los bárbaros eran generalmente tolerantes con las costumbres y leyes locales, y muchos de ellos no sólo toleraban sino que profesaban la religión oficial del Imperio moribundo. Tradicionalmente éstos fueron acusados, por la Historia, de destruir el Imperio, pero cuando ellos llegaron éste ya se había derrumbado: todo lo que hicieron fue asentarse, defender la tierra y desarrollar su agricultura según su antiguo sistema de producción local para satisfacer sus propias necesidades. Declinó el comercio, se comenzaron a vaciar las ciudades y dejó de utilizarse el dinero.

## **2.8. Las urbs romanas.**

Las ciudades basadas en el modelo griego prosperaron, especialmente porque la economía de éstas estaba fudamentada en sistemas de mercado, tanto por lo que se refiere a la agricultura como al comercio o a la rudimentaria industria de aquellos tiempos. Sabido es que el desarrollo urbano corre casi siempre parejo con los métodos del mercado (CHUECA, 1991) y que, en cambio, los regímenes no capitalistas son o fueron en general de raíz más campesina (PIRENNE, 1987).

Tanto los miembros de la antigua como de la nueva aristocracia de Roma y la Península italiana, que en su mayor parte habían hecho sus fortunas en Oriente familiarizándose con el sistema mercantil imperante en Grecia, trasladaron sus prácticas a la propia Italia, e incluso se aprovecharon de esclavos y trabajadores que emigraban de las ciudades helenas a Roma, posi-

bilitando la explotación científica de los recursos culturales y técnicos de los helenos. Con esto la civilización campesina romana se convirtió en una civilización urbana y a los terratenientes se les sumaron los comerciantes y burgueses de las urbes latinas.

El urbanismo de Roma se constituyó como un fenómeno gradual e ininterrumpido. La vida urbana fue fomentada por todos los emperadores del siglo I, principalmente por Augusto y Claudio. Precisamente en el orden urbano, en las aristocracias locales, en la rica burguesía de las ciudades, se había cimentado el triunfo de Augusto y la consiguiente *Pax Augusta*, que permitió la reconstrucción del Imperio (PAOLI, 1964). Frente al antiguo senado republicano, constituido por familias de alcurnia, que podían ser una amenaza para el sistema imperial, el emperador debía buscar su apoyo en las clases dirigentes de nuevo cuño: funcionarios del Estado, ejército, burguesía local, etc. Éstas eran fundamentalmente las clases urbanas. Los primeros emperadores tuvieron dificultades para otorgar a las nuevas gentes la ciudadanía romana, cuyos privilegios defendían los nobles patricios; pero en cambio eran muy dueños de fundar nuevas ciudades por todo el Imperio donde hacer prosperar a una clase dirigente de urbanitas que les apoyasen contra los aristócratas (ROSTOVITZEFF, 1977). Este tipo de evolución se continuó bajo los Flavios y los Antoninos, adquiriendo con estos últimos su máximo esplendor. En esta época se universaliza la burguesía romana, y no sólo son romanos los que lo eran por origen, sino todos aquellos que destacaran por sus cualidades en cualquier ciudad del Imperio (GIBBON, 2000).

La mayoría de las nuevas ciudades surgieron, como desarrollo de antiguas aldeas indígenas, como consolidación de los campamentos militares y las colonias de soldados veteranos, como ampliación de grandes propiedades rústicas de senadores o emperadores, etc. Según Rostovtzeff (1977), el Imperio romano era un agregado de ciudades griegas, itálicas y provinciales, estas

últimas habitadas por los naturales romanizados o helenizados de aquellas provincias. Cada ciudad tenía un área rural más o menos extensa, que era su territorio. En realidad seguían teniendo la estructura de las ciudades-estado.

Cada *civitas* tenía su gobierno autónomo, su vida política local. La burocracia imperial muy raras veces se mezclaba en los asuntos internos de las ciudades. Recaudaban los impuestos pero por medio de las organizaciones locales. *“El Imperio romano del siglo II fue una curiosa mezcla de federación de ciudades autónomas regidas por una monarquía absoluta, sobrepuesta a la dicha federación”* (ROSTOVITZEFF, 1977, 267).

Desde el punto de vista urbanístico, las ciudades del Imperio romano fueron herederas de las helenísticas, de las que tomaron todos sus refinamientos técnicos: alcantarillado, traída de aguas, agua corriente, baños, pavimentos, servicios de incendios, foros, mercados, plazas, recintos para las actividades corporales, palestras, hipódromos, etc. Las había, como es natural, de muchas clases, según su evolución histórica, condiciones del suelo, clima y características locales. Podían ser comerciales e industriales, como ocurría con las más importantes: Roma, Alejandría, Antioquía, Cartago, Éfeso, etc.; centros de paso comercial como las que soportaban el discurrir y estancias de las caravanas, caso de Palmira o Petra; cabezas provinciales o departamentos agrícolas, como Verona, Mérida, Londres, Tarragona, Córdoba, Esmirna, Pérgamo, etc.

En cuanto a su trazado, o era desarrollado por las poblaciones indígenas, como Numancia, que luego eran magnificados y ampliados, o eran ciudades helenísticas romanizadas que continuaban la tradición hipodámica, o las ciudades que resultaban de los antiguos campamentos militares como León o Lugo.

### **2.8.1. El trazado de la ciudad latina.**

La aportación más original al trazado de las ciudades romanas es precisamente aquella que debe su origen a los campamentos militares. Los romanos eran un pueblo eminentemente práctico y organizador, que buscaba las soluciones simples y claras que han preferido siempre las grandes empresas coloniales. Carecía del refinamiento artístico de los griegos y eran más ingenieros que arquitectos. Cuando utilizaban los recursos del arte, lo hacían más para impresionar que por la emoción estética (CHUECA, 1991). Los romanos o buscaban trazados regulares, o cuando no eran posible, incluían en las ciudades organizaciones urbanísticas de gran esplendor, que por sí mismas constituían la parte más impresionante y majestuosa de la ciudad.

Roma es la ciudad más monumentalizada del mundo. Los edificios singulares estaban situados de una manera geométrica, dentro de la irregular estructura de la ciudad. En primer lugar, los foros que desde el Romano al de Trajano fueron aumentando poco a poco en esplendor. Luego tenemos que considerar los palacios, templos, anfiteatros, termas y circos que eran por sí mismas verdaderas composiciones urbanísticas, que enlazadas entre ellas formaban un grandioso conjunto.

Los edificios e instalaciones del ocio, como hemos podido comprobar en los planos de diversas ciudades romanas como Tarraco, Alejandría, Constantinopla o la misma Roma, servían para separar la ciudad oficial del resto y se situaban, dentro de las murallas, pero en los límites; es decir, tenían la misma función que hoy le dan los urbanistas a estos edificios públicos.

La admistración de la ciudad de Roma suponía una pesada carga para el Estado, que tenía la obligación de engrandecerla para hacerla digna de su papel como cabeza del Imperio y de sufragar su mantenimiento. No se puede olvidar que el gobierno imperial estaba vinculado a la ciudad de Roma, que

---

había venido a ser una antigua ciudad-estado que dominaba el amplio margen del Mediterráneo. De su salud dependía todo el sistema colonial.

Las ciudades de origen militar eran las más regulares. Formaban un perímetro rectangular, rodeado generalmente de murallas; el recinto estaba cortado interiormente por doce grandes ejes o calles principales, a veces porticadas, que se llamaban *cardo*, con eje norte-sur, y el *decumano* con eje este-oeste. En el encuentro de éstas solía situarse el foro, y en su entorno los templos, la curia y la basílica. El resto de las manzanas solían ser perfectamente regular, como consecuencia de la distribución de las calles del antiguo campamento. Su trazado era un poco seco pero absolutamente práctico (11).

El arquitecto de César y Augusto, Vitrubio, como hombre al servicio de militares nos dice en su *Los nueve libros de la arquitectura*: “Establecidas las calles mayores y menores, se sigue tratar de las áreas oportunas para el uso común de la ciudad, como son Templos sagrados, foro, y demás lugares públicos. Si la ciudad fuere marítima, el área para el foro se destinará junto al puerto: pero siendo mediterránea, se establecerá en medio de la ciudad; como también para Jupiter, Juno y Minerva, se construirán en el sitio más elevado, desde donde se descubra la mayor parte de la ciudad. A Mercurio en el foro, o en el mercado; como también a Isis y a Serápis. A Apolo y a Libero Padu junto al teatro. A Hércules, en las ciudades donde no hubiese gimnasios ni anfiteatros, se pondrá junto al circo. A Marte fuera de la ciudad, pero hacia su campo. A Venus junto a las puertas” (VITRUBIO, Lib. I, cap. VII, 51).

### **2.8.2. Cuerpo y ciudad.**

Vitrubio, había demostrado que el cuerpo humano está estructurado según relaciones geométricas, principalmente las simetrías bilaterales de los huesos y los músculos, los oídos y los ojos (12). Al estudiar estas simetrías,

Vitrubio mostró cómo las estructuras del cuerpo podían ser trasladadas a la arquitectura de un templo (VITRUBIO, Lib. III, capit. 1). Otros romanos utilizaron una imaginería geométrica similar para planificar ciudades siguiendo las reglas de la simetría bilateral y concediendo un lugar privilegiado a la percepción visual del tipo lineal. Del parámetro del geómetra salió la Regla y el reglamento. *“Las líneas de los cuerpos, de los templos y de las ciudades parecieron revelar los principios de una sociedad ordenada y que nada más mirar se sentía y se creía en ese orden y poder”* (SENNET, 1997, 98).

El paso del panteísmo al monoteísmo puso de manifiesto un gran drama sobre el cuerpo, el lugar y el tiempo (13). El intenso amor del griego por sus polis se convirtió, entre los romanos, en un deseo acuciante de seguridad y la necesidad de verlo y verse reflejado en los monumentos y en la representación de los dioses siempre en su “sitio”. El monoteísmo representa no sólo la interiorización de un sencillo dios, sino también la renuncia a su imagen exterior y, por tanto, la renuncia a la carta de ciudadanía y, con el tiempo, la supresión de la imagen de su propio cuerpo en el entorno urbano. No obstante algo quedó de lo uno en lo otro, el politeísta no se acabó de fiar de la piedra hecha ciudad y al monoteísta no acabó de bastarle la interiorización de su orden (SENNET, 1997).

Adriano se convirtió emperador entre las dudas de su legitimidad. Nunca se ha tenido la certeza de que Trajano eligiera como sucesor a su joven paisano andaluz. Es posible, y eso es lo que sospechan los historiadores, que la emperatriz, pieza clave del potente partido hispano, fuese la valedora de titubeante emperador. El joven Adriano se sintió eclipsado por la personalidad y popularidad de Trajano, único emperador sobre el que tanto el Senado como el pueblo coincidieron en nombrarle *optimus princeps*. Nada más tomar la púrpura imperial, Adriano, hizo asesinar a cuatro senadores rivales. En el año 116, y al poco tiempo de los hechos, pronunció un discurso disculpatorio en

el Senado; repartió dinero entre el pueblo, perdonó las deudas de las clases populares con el Estado y quemó las obligaciones en una hogera pública. Más que combatir la fama de Trajano, decidió apropiársela mediante la continuidad. Enterró al emperador desaparecido al pie de la columna trajana, ese monumento que recordaba los hechos gloriosos del hombre que le había dado la máxima anchura al Imperio. Además, Adriano trató de vincularse al primer emperador, el divino Augusto. Las monedas de Adriano mostraban un ave fénix renaciendo de las cenizas, emblema de la restauración del orden como había hecho Augusto en su momento. A partir de aquí comenzó las obras del Panteón (SENNET, 1997) (14).

*“El emperador era lo que el emperador hacía” (MILLAR, 1992, 6).* Construir edificios intimidantes e impresionantes se encontraba entre los más importantes de estos actos, tanto para el prestigio del gobernante como para el Imperio. Mediante sus edificios, el emperador construía literalmente su legitimidad a los ojos de sus súbditos. Vitrubio, dirigiéndose a Augusto declaró que *“la majestad del Imperio se expresa en la eminente dignidad de sus edificios públicos” (VITRUBIO, Libr. I, Proemio).*

Esta jactancia tenía una implicación distinta cuando Pericles afirmó quinientos años antes que Atenas era una lección para Grecia. *“Atenas no tenía intención de convertir en ateniense a ninguno de los pueblos conquistados. Roma sí” (SENNET, 1997, 103).*

La ciudad atraía como un imán a todos los que dominaba, y se fue llenando de emigrantes que deseaban estar cerca de ese centro de riqueza y poder. Excepto por lo que se refiere a los judíos, a los que persiguió despiadadamente, Adriano mostró tolerancia hacia la enorme inmensa diversidad de sectas y religiones que se instalaban en Roma. *“Durante su gobierno, los territorios capturados fueron incluidos en la definición de Roma, como miembros de una comunidad en la que cada provincia y nación individualizada poseía su identidad orgullosa”*

(GRANT, 1978, 302). En la época en la que Adriano llegó al poder, vivían en Roma cerca de un millón de personas, en su mayor parte en barrios con una densidad de población que se aproximaba a los distritos más abarrotados de la moderna Bombay. La masiva corriente humana fue deformando el trazado de las calles, a medida en que los edificios la cortaban o incluso las llenaban (CARCOPINO, 2001). La presión de la población era tanto vertical como horizontal, recluyendo a los romanos más pobres en *insulae*, las primeras casas de pisos, que eran estructuras irregulares construidas piso a piso, y “que a veces alcanzaban los treinta metros de altura” (SENNET, 1997, 103; CARCOPINO, 2001).

### **2.8.3. La ciudad como un recinto teatral.**

Por todas las razones expuesta anteriormente, el ideal de una Roma esencial y perdurable era una ficción necesaria para los romanos. Representaba la afirmación de unos valores estables bajo la inseguridad, la miseria y la humillación de la vida cotidiana. Con todo difícilmente podía bastar con afirmar que la ciudad era “Eterna”. Aquella enorme aglomeración urbana no se parecía en nada al pequeño villorrio que se había formado, en siglos pasados, a orillas del Tíber con el mismo nombre, ni la historia política de Roma era precisamente una historia de conservación y continuidad. Para hacer verosímil la ficción de la Ciudad Eterna, el emperador tenía que dramatizar de alguna manera sus poderes, y la vida urbana tenía que ser para la gente una especie de experiencia teatral, los juegos eran la gran falacia de la política del poder (SENNET, 1997).

También el pueblo se beneficiaba creyendo que las obras de sus gobernantes llevaban el sello de la autoridad absoluta y de la benevolencia de los gobernantes. A los romanos debemos la expresión *teatrum mundi*, traducida más tarde por Shakespeare como *el mundo es un escenario* y definida magistralmente por Calderón en *La vida es sueño*. Un romano podía entregarse a



esa suspensión incrédula que es la esencia del teatro, siempre que el poder le garantizara que aquellos lugares en los que se desarrollaba el espectáculo vital fuesen correctos y consecuentes. El ámbito de la piedra certificada en la ciudad, constituía el escenario para que los romanos creyeran en las pruebas que manifestaban los artistas ante ellos (15).

Esto sería una historia acerca del poder del artista para crear una ilusión. Para el romano mostraba la relación del arte con la realidad: el añadido de Parrasio a su pintura la hacía más real para Zeuxis. El tomar las apariencias de una manera tan literal caracterizaba una institución de Roma que también puede parecernos alejada de la sede de los dioses construida por el culto helenista Adriano (16). Nos estamos refiriendo a la sede del gladiador: el anfiteatro.

El anfiteatro romano, como hemos dicho, tenía la forma de dos teatros griegos semicirculares unidos, de tal manera que el espacio quedaba totalmente cerrado. Durante siglos, en estos vastos espacios circulares u ovals, los romanos habían contemplado a los gladiadores luchar entre sí hasta morir; se habían divertido viendo a los leones, osos y elefantes despedazarse mutuamente o a los hombres; habían contemplado cómo los criminales, los herejes religiosos y los desertores del ejército eran torturados, crucificados o quemados vivos. *“La muerte es la única salida para un luchador”*, escribió Séneca tras presenciar las violentas atracciones que se ofrecían en el circo (*Epístolas a Lucilio, XXXVII*). Barton estima que un gladiador entrenado tenía una posibilidad entre diez de morir cada vez que salía, mientras que los esclavos, los criminales y los condenados políticos casi no tenían posibilidades de sobrevivir al primer encuentro (BARTON, 1993). Las perspectivas eran peores cuando los emperadores organizaban teatrales batallas en las que ejércitos de gladiadores peleaban en el anfiteatro. *“En una ocasión Trajano hizo combatir hasta la muerte a diez mil luchadores durante un período de cuatro meses”* (SENNET, 1994, 106).

Este teatro de la crueldad era más que un entretenimiento sádico. “Los espectáculos acostumbraban a la gente a las carnicerías necesarias para realizar las conquistas imperiales”, como ha señalado el historiador Hopkins (1983, 13). Además, los romanos inducían a los dioses a aparecerse en el anfiteatro, personificados en gentes que se prestaban o los obligaban a ello cuando el desenlace era la muerte. Marcial describió uno de estos espectáculos en el que Orfeo aparece con un atavío del rústico rico. “Va tañendo la lira, cuando de repente es atacado por un oso que le “sorprende” a través de una trampilla de la arena” (SENNET, 1994, 107). Detrás del escenario los sicarios del empresario armados con hierros al rojo y látigos le azuzaban, obligando al infeliz a continuar con su papel (JUVENAL, VIII, 125 y sig.). O, como testimonia Tertuliano, una vez vimos cómo castraban a Atis y a un hombre quemado vivo mientras interpretaba el papel de Hércules (TERTULIANO, Apología, XV). En el teatro llamado clásico, las obras representadas también se “beneficiaban” de este realismo, como *Laureolus* que estuvo en cartel dos años, durante el gobierno de Domiciano, y en la que al protagonista, un terrible criminal, se le ajusticiaba al final de la obra, en medio de tormentos auténticos (CARCOPINO, 2001, 292). Los gladiadores y los condenados que salían al anfiteatro aceptaban la realidad de las apariencias como había hecho Zeuxis. Marcial declaró: “La arena convierte en realidad lo que canta la fama” (*De spectac.*, 7). Como observa Sennet: “los romanos mejoraron el mito haciéndolo realidad” (1997, 107).

#### **2.8.4. Mirar y obedecer.**

Por regla general no encontramos semejanzas entre los actores y los géometras. No obstante, los gestos corporales se fundaban en una imaginería más sistemática, en el sistema de simetrías y equilibrios visuales que los romanos creían haber descubierto en el cuerpo humano. A su vez, esta geometría corporal era utilizada para imponer el orden en el mundo que gobernaban como con-

quistadores imperiales y constructores de ciudades. De esta manera, los romanos combinaron el deseo de mirar y creer con el mandato de mirar y obedecer.

Los miembros pueden extenderse así de tal manera que los brazos y las piernas formen líneas: las dos líneas de los miembros se cruzarán en el ombligo. Las puntas de los dedos establecen entonces las líneas del cuadrado. Ése es el cuerpo de Vitrubio, tal y como Leonardo y Serlio lo dibujaron, con el cuadrado inscrito en el interior de un círculo, y este principio vitrubiano configurará en interior del Panteón.

Los artistas renacentistas como Alberto Durero que estudiaron los escritos de Vitrubio se quedaron sorprendidos por las posibilidades de trazar un conjunto de cuadrados más pequeños dentro del cuadrado original inscrito en un círculo, de manera que las partes del círculo pudieran quedar definidas dentro del sistema geométrico general.

En Roma, la gente veía a los gladiadores y a los ajusticiados matar y ser sacrificados en pantomimas repetidas de manera obsesiva. En la frontera, las tropas se reunían para ver a los supervisores situar el *umbiculus*, cavar el *mundus* y trazar el *pomerium* en una elaborada ceremonia. Los supervisores repetían las ceremonias siempre y por donde avanzaran las legiones. En las Galias, en el Danubio, en Bretaña se pronunciaban las mismas palabras y se ejecutaban los mismos gestos para conjurar la misma imagen del lugar.

En efecto, los conquistadores romanos tenían la sensación de que se adentraban en el vacío, aunque en realidad el territorio estuviera salpicado de poblados. *"Si miro el país, carece de todo encanto, nada puede haber en el mundo menos alentador (escribió Ovidio, en el exilio); si miro a los hombres apenas puede decirse que merezcan ese nombre. Son más crueles que los lobos... Se protegen de los rigores del frío con pieles y pantalones sueltos. Llevan los rostros peludos cubiertos con largos mechones de pelo"* (OVIDIO, *Tristia*,

v, 7). Si los romanos que avanzaban seguían siendo romano, en la repetición compulsiva se manifestaba también una gran división entre la urbe y la frontera: en el límite del Imperium Mundi, estas pantomimas de refundación de Roma amenazaban con destruir la vida de los conquistados.

### **2.8.5. El foro romano.**

El antiguo *Forum Romanum* era un centro urbano muy similar al ágora ateniense de la época de Pericles, en el que se mezclaba la política, la economía, la religión y la vida social. Entre la muchedumbre existían grupos que disponían de sus propios sitios. Plauto, el comediógrafo romano, describió sardónicamente estos lugares durante los primeros años del siglo II a. C. según los diversos gustos sexuales: “ ... *Los haraganes casados ricos rondan los alrededores de la Basílica. un buen número de prostitutas también, aunque no sean de primera, así como algunos hombres se alquilan o venden ... en el foro bajo pasean acomodados ciudadanos respetables. En el foro medio son más ostentosos. Por las antiguas tiendas, los cambistas, negocian o aceptan préstamos ... En el barrio tusco, los homosexuales, muy volubles, deambulan con todas sus galas*” (PLAUTO, *Curculius*, 466).

El Foro difería del Ágora en que encuadraba a esta variopinta muchedumbre en un espacio más rectangular, delimitado en los cuatro lados por edificios. De particular importancia era un edificio religioso, llamado el Pórtico de los Doce Dioses, que lindaba con el antiguo al pie de la colina del Capitolio. Mientras que los dioses griegos luchaban entre sí constantemente, aquí, un tanto como en un panteón primitivo, las deidades se trataban con pacífico respeto. Los doce dioses eran conocidos como *Di Consentes et Complices*: de acuerdo y en armonía (SENNET, 1997).

La geometría del espacio romano transmitía su disciplina al movimiento

corporal y, en este sentido, comunicaba la orden de mirar y obedecer. Este mandato se solapó con el otro *dictum* romano, el de mirar y creer, en un famoso punto de inflexión de la historia de Roma. Mientras combatía en las Galias, Julio César quiso recordar a los romanos su existencia mediante la creación de un nuevo Foro, al pie de la colina del Capitolio, justo al oeste del foro romano. *“Aunque su propósito declarado era facilitar más espacio a los negocios legales de la República, su intención real era exhibir ante los romanos el poder de César mientras se hallaba ausente. En él edificó un templo de Venus Genetrix. Se suponía que la familia de César, la Julia, era del linaje de la diosa Venus. La construcción de César fue en efecto, un templo a la familia Julia”* (STAMBAUGH, 1988, 44). Este monumento tenía una posición dominante, como la cabeza del conjunto de construcciones. Desde él arrancaban los edificios o muros subsidiarios precisamente para crear una simetría bilateral en los lados del rectángulo. Al situar al espectador directamente frente al templo principal, como si se tratara de un santuario dedicado a los dioses, César intentaba subrayar los orígenes supuestamente divinos de su familia y hacer sentir su poderosa presencia.

Como en las ciudades provincianas, la geometría del poder en el centro de Roma redujo la exhibición de diferencias humanas. A medida que el foro romano se fue regularizando, los carniceros, los tenderos, los pescaderos y los comerciantes de la ciudad se fueron desplazando a los distintos barrios de la *urbs*, dejando los asuntos del foro, en el período republicano, a los abogados y burócratas.

Al reducirse la diversidad, este antiguo centro de Roma se convirtió en un lugar dedicado al ceremonial, un punto en el que el poder se investía de los tranquilizadores atavíos y roles de la pantomima. Por ejemplo, hasta el año 150 aproximadamente, tanto los juicios con jurado, como ciertas votaciones realizadas por los ciudadanos se celebraban en un edificio situado al lado del foro romano, el

comicio. Cuando dejaron de ofrecerse, a los asistentes, los raros albaricoques de Esmirna o testículos de toros, las votaciones y las discusiones políticas fueron abandonadas. Los oradores arengaban a la multitud desde los rostra, originalmente una plataforma curvada que sobresalía del comicio, y la voz del orador se veía reforzada por el sólido edificio que se encontraba a sus espaldas. Cuando Julio César trasladó los antiguos rostra al extremo noroccidental del foro romano, quería dar a entender que esta nueva tribuna sería para declaraciones ceremoniales más que para la participación política. El orador ya no hablaría rodeado por el pueblo desde tres lados. Por el contrario, se colocaba como un juez en el interior de las basílicas más antiguas: Su voz, llegaba ahora débilmente al exterior, pero no importaba; tenía que aparecer, señalar con el dedo, echarse las manos al pecho, extender los brazos: debía parecer un estadista a la amplia multitud que no podría escucharlo y que en cualquier caso había perdido el poder de influir en sus palabras.

El orden visual también dejó su impronta en los edificios que albergaban el senado romano, cuando la suprema institución de la República romana entró en decadencia con la llegada de los emperadores para convertirse en un organismo fundamentalmente ceremonial. Hasta cerca del final de la República, el senado ocupaba un lugar prominente en el foro romano, en la Curia Hostilia, albergando a los trescientos senadores en un edificio dispuesto interiormente en una serie de niveles. Julio César sacó del foro la Curia, que quedó oculta detrás de otro gran edificio, la Basílica Emilia. Aquí, en la Curia Julia (Curia Iulia), un pasillo llevaba desde la entrada hasta un podium destinado a los senadores. Este eje cortaba las filas de asientos en ángulo recto; los lugares se ocupaban de acuerdo con el rango: los más antiguos delante y los más recientes detrás. Sin embargo, las votaciones no eran como en la colina griega de Pnyx. Los senadores se desplazaban desde un lado del pasillo principal al otro, permaneciendo en la hilera correspondiente a su

rango, y el presidente consideraba tomada una decisión cuando veía más personas a un lado que a otro. Las apretadas filas de los dioses quedaban así reproducidas en un Senado que cada vez era más impotente para controlar los asuntos del estado (SENNETT, 1994).

La historia del Foro romano prefiguró la frecuencia de grandes foros imperiales que se construyeron bajo el Imperio. Hacia el final de la época imperial, éstos constituían inmensos espacios ceremoniales que los romanos atravesaban longitudinalmente, ante edificios enormes e impresionantes que representaban la majestad de los dioses vivos que regían sus vidas. No hubo un astuto Matemático Supremo que presidiera las fortunas del foro romano, el nacimiento del foro Julio y el desarrollo de los foros imperiales, haciendo estos espacios cada vez más intimidantes a medida que las voces de los ciudadanos se iban debilitando. En lugar de eso, el control visual que el imperio practicaban cuando construía las ciudades situadas en la frontera se había asentado ahora en la capital. Aunque los romanos cosmopolitas aborrecían las provincias, en la época de Adriano las órdenes visuales que Roma daban a los pueblos conquistados también regían su propia vida.

### **2.8.6. Lectura del espacio deportivo de la Antigua Roma.**

Si hasta ahora hemos destacado aquella síntesis unitaria que era la *"kalòs-kagathós"*; la cultura romana ofrece acentuados elementos de disociación entre los aspectos formales y los estructurales del espacio. *"La cultura se esclerotiza bruscamente y muere. Su sangre se desparrama, sus fuerzas se dividen: aparece la civilización; Grecia era una cultura; Roma, que rápidamente la sustituyó, será una civilización"* (SPRENGLER, 1918, 22). Grecia fundando polis, navegando y colonizando, llevaron a sus ciudadanos a renovarse en otros lugares geográficos, crearon otras densidades ciudadanas que separaban con claridad, a través de sus murallas, la naturaleza, siempre exterior, del interior

urbano. Roma, si embargo, conquistaba las ciudades, expandía su territorio, urbanizando lo extraurbano con una red de infraestructuras motivadas por las necesidades de la guerra (ciudades, murallas, calzadas y vías de comunicación...) o de sus ciudadanos (acueductos, baños, viaductos, cloacas, instalaciones deportivas y culturales, foros...). Se podría resumir diciendo que los griegos creaban y los romanos producían.

El espacio del ludi en el mundo romano se caracteriza en dos vertientes: una higiénica, ciudadana, pacífica y formativa y la otra de viva intensidad espectacular, política y cruel. Ambos modelos fueron herederos de las instalaciones helenas, pero transformando hondamente sus modos de uso: la palestra y los gimnasios se agrandaron y convirtieron en un órgano polifuncional como fue la terma; los estadios (hipódromos) y teatros se modificaron hasta convertirse en los imponentes edificios que llamaron circos y anfiteatros.

El problema de las grandes dimensiones de estos equipamientos encontró sus soluciones constructivas, inéditas hasta ese momento de la historia, transmitiéndonos la adopción del arco en el puesto del arquitrave. Controlan la acción de las cargas, incardinándolas en determinados puntos de la estructura muraria, liberan la concepción bloqueada del espacio arquitectónico de la instalación, consintiendo las articulaciones de los recorridos de los usuarios y otras funciones extremadamente ricas y racionales, entre las que se da una fluidez orgánica en las correlaciones entre el espacio interno formateado y vacío y el externo creado y manufacturado.

Los edificios lúdicos se convirtieron en elementos de referencia del tejido urbano, nudos espaciales de la red de los recorridos de la ciudad, puntos privilegiados en la jerarquía del espacio edificado. Eso, en la Roma Imperial, constituyó un elemento de centralidad polinuclear para todo el espacio urbano más densamente habitado, excluyendo algunas cuestiones de penetración



de la naturaleza en lo edificado, así como las valoraciones del espacio periférico. La Urbe es toda una alternancia difusa de edificios emergentes desde su calidad y tipología, con reducidas áreas habitables en los suburbios y grandes "vacíos" urbanísticos construidos (circos, estadios, hipódromos, anfiteatros...). El espacio físico dedicado a los Juegos tenía una extensión en la superficie urbana que, hasta ahora, no ha sido superada y una distribución de instalaciones lúdicas absolutamente ejemplar. En la confrontación con la Atenas de Pericles, se evidencia la diversidad de concepción del espacio urbano respecto al espacio de lo agonístico; carácter de centralidad sagrada de las instalaciones en el tejido urbano y el estadio olímpico situado en el exterior de las murallas protectoras de los ciudadanos.

El carácter de los juegos romanos empobreció el espíritu agonístico griego que, después de su primera expansión ideológica, se resiente de la división social y la disociación cultural del mundo latino. Los Juegos romanos se mercantizaron y acabaron como un instrumento de los políticos para satisfacer a los ciudadanos, llamados despectivamente plebe que, en los juegos circenses y en las crueles luchas del anfiteatro desahoga su propia alienación reprimida y adulterada por su propia impotencia como pueblo. Los césares dictadores y los ricos compran campeones y gladiadores para ofrecérselos como espectáculo a los embrutecidos ciudadanos y hacer ostentación de su opulencia. Las Olimpiadas fueron decayendo, pero la decrepitud fue mayor cuando el cristianismo gobernó desde el Estado romano, implantó su ideología sectaria, prohibiendo todo lo que no fuese su culto religioso. Así, el cultivo de la belleza, el teatro, las actividades físicas y el cuidado del cuerpo fue abandonado y comparado con los espectáculos cruentos del circo y del anfiteatro. Algunos años antes que los visigodos de Alarico destruyeran y saquearan la descuidada Olímpia, Las Olimpiadas fueron abolidas por el emperador Teodosio en el año 393.

## **2.9. Discusión.**

La educación intelectual de Roma en el último siglo de la República y los dos primeros del Imperio se fundamentaba en lo asimilado de la cultura griega, los ejercicios físicos fueron sólo una vaga imitación y no entraron en las costumbres del pueblo: reduciéndose la educación física no guerrera a la vida privada de los poderosos, construyéndose pequeños gimnasios en los palacios de los ricos hacendados, perdiendo su objetivo vital, reduciéndose a poco más que un entretenimiento, un mero auxilio complementario de los baños en donde los romanos gustaban de pasar un rato agradable.

Por otra parte, si bien los niños romanos tenían agones, especialmente juegos de pelota, que promovían su desarrollo físico y conservaban su agilidad, únicamente la idea de recreo imperó soberana. Incluso los Juegos griegos, que también fueron imitados en su forma exterior, en Roma eran meras fiestas en las que gladiadores alquilados o prisioneros luchaban para entretenimiento del populacho, cada vez más endurecido y brutal. Por otra parte, salvo los ejercicios de gimnasia militar en el Campo de Marte, no es posible encontrar en Roma un sistema que, como en Atenas, constituyera un programa educativo. El concepto de una educación intelectual, ética, y fisiológica, no se encuentra entre los romanos.

No presentando lo que podríamos llamar educación física romana un aspecto unitario pedagógico, no podemos distinguir las fases de su desarrollo, pero sí hemos de registrar el hecho de la favorable acogida que el público otorgó a algunos aspectos gimnásticos como espectáculo, limitando con esto el campo de la pretendida educación física romana por su falta de significaciones pedagógicas.

### **2.9.1. Comparación.**

Tras el breve recorrido por el mundo griego y romano, vamos a señalar algunas diferencias que se observan a simple vista en el deporte de cada uno de estos pueblos.

En primer lugar tenemos la figura del deportista, atleta o gladiador, según los casos. En Grecia, con la preparación del protagonista de los Juegos se buscaba, por encima de todo, la formación de cuerpos armónicos, bellos, perfectos. En Roma, ya desde el principio se busca principalmente el triunfo. No se conocen, como en Grecia, sanciones por no respetar las normas del juego. Tampoco se evita en Roma provocar accidentes en los otros participantes con tal de conseguir la victoria. Además, el atleta griego era un hombre libre, de conducta intachable. Esto contrasta vivamente con lo que ocurre en Roma, donde el atleta era un mercenario, un condenado a muerte, un esclavo o un prisionero de guerra. Ésta quizá sea la raíz de la diferente concepción del deporte entre estos dos pueblos.

En cuanto al tipo de deporte, el romano, en general, es más sangriento que el griego. Muchas de las manifestaciones deportivas romanas eran griegas, pero llevadas a su forma más dura. En Grecia el participante debía tener una gran preparación, fuerza de voluntad para superar las hazañas anteriores y orgullo por defender los colores. Por añadidura, recibía premios materiales. En Roma parece que el afán de superación vendría dado no sólo por el triunfo y las recompensas materiales, sino también por defender la propia vida. El gladiador vencido sabía que su vida dependía de la generosidad de la muchedumbre, ávida de emociones fuertes, y del capricho del Emperador.

Más anecdótico es saber que la mujer casada griega no podía asistir a los juegos, prohibición que no pesaba sobre la mujer romana.

Al lado de estas diferencias podemos señalar algunos rasgos en común. En ambos pueblos el deporte tuvo gran trascendencia social, cultural y política. En Grecia la celebración de los juegos llevaba a suspender las acciones bélicas: Eran días de tregua. La importancia política se pone aún más de manifiesto cuando vemos que era una de las pocas ocasiones en que las *poleis* griegas, ciudades-estado, tomaban conciencia de pertenecer a una unidad política superior, a la Helade. A esto debemos añadir el influjo del deporte en el arte, donde el estudio anatómico de los músculos en tensión raya la perfección.

En Roma también tiene interés político la celebración de los juegos, de un signo distinto, pero igualmente patente. El prestigio que adquirían los organizadores era tal que algunos ediles, interesados en hacer carrera política, llegaban a arruinarse organizándolos. No es tan grande la repercusión en el campo artístico, pero encontramos interesantes mosaicos y relieves de carreras de caballos, de carros y combates.

Para terminar podemos afirmar que el deporte, en el sentido actual de la palabra, tuvo su cuna en Grecia, llegando a alcanzar, tanto aquí como en Roma, unos años después, un auge poco común (CASTIELLA, 1975).

### **2.9.2. Fin y principio.**

El Imperio, a pesar de todo, tuvo su continuidad: muchas instituciones (qué duda cabe) desaparecieron, pero otras se mantuvieron en formas adaptadas a las nuevas circunstancias. Su sistema legal fue incorporado a los distintos y complejos códigos y fueros de los germanos. Su red de calzadas y comunicaciones cayó en el abandono (las comunidades rurales autosuficientes de los bárbaros tenían una menor necesidad de comerciar y por tanto de viajar), para ser redescubierta, en parte, varios siglos después. Las ciudades empezaron a decaer sobreviviendo alguna en torno a la agricultura, los

monasterios, abadías, castillos o palacios eclesiásticos, otras desaparecieron por completo.

En el 324, cuando Constantino fundó una nueva capital en Bizancio, a la que rebautizó como Constantinopla, Roma inició su declive; Precisamente en su mejor momento como ciudad, cuando tenía su mayor dimensión y un millón de habitantes. Política y económicamente, Bizancio fue la heredera del Imperio. En una clara continuidad de casi mil años, preservó los enclaves urbanos, los edificios institucionales y deportivos, en los que mantuvo una gran pasión por las actividades del hipódromo, así como el culto al agua a través de los baños. Las tradiciones, la artesanía, la arquitectura, el saber y la ciencia con la fundación de la universidad de Constantinopla, las bibliotecas, los códigos legislativos y el arte militar se conservó en Bizancio

En otro orden de cosas la Iglesia fue la depositaria espiritual y cultural de Roma: Recogió la brillante liturgia romana, los títulos de dignidad y su organización jerárquica, así como parte de la cultura y de la literatura; pudiéndose decir que la literatura latina no es sólo la que se produjo en Roma sino, y además, la gran cosecha de los siglos posteriores, comenzando con la patrística y acabando con los eruditos de Renacimiento. Pero también fue la institución que mantuvo el ideal político de una Europa sustentada sobre una misma forma de pensar: Su fuerte tendencia al proselitismo y el enfrentamiento a todo lo que opusiera a su concepto de vida mantuvo viva la idea imperial.

Por otro lado, los pueblos celtas y germanos desarrollaron un nuevo orden económico del que emergería el feudalismo, base de la sociedad medieval.

## NOTAS:

(1). Este siniestro y reconocible personaje llegó a ser el más importante propietario inmobiliario del imperio. Socio de César y Pompeyo, cuando se incendiaba una casa, su bomba de agua tirada por caballos atravesaba las empedradas calles de Roma. Mientras la casa ardía el usurero Craso regateaba el precio. Cuando en el año 71 a. C. fue sofocada la rebelión de los esclavos; más de dos kilómetros y medio de la Vía Apia fueron adornados con el sufrimiento de miles de crucificados, que nunca quisieron ni consintieron denunciar a Espartaco, al que los romanos deseaban presentar humillado, vencido y doliente ante Roma; Craso lo celebró con un enorme banquete, que duró varios días, para unas cincuenta mil personas que reunió en el Foro (FRIEDLÄNDER, 1976).

(2). Este faro después de las profundas reformas del siglo XVII, sigue en servicio y es posible que ese faro-columna, que en la antigüedad se llamó Coronium, otros dicen que se llamaba columnae, diese nombre a dicha ciudad.

(3). Friedlander, Ludwig. "Juegos y espectáculos romanos". (Desde Augusto hasta el fin de los Antoninos). Citius, Altius, Fortius, p. 5- 257. Delegación Nal. de deportes. Madrid, 1967.

Este trabajo, se publicó en Alemania bajo el título de Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms, escrito en 1864 cuando su autor apenas tenía cuarenta años. Ello explica algunos anacronismos y pequeños errores referentes a las corridas de toros españolas. Pero, a pesar del tiempo transcurrido, es la obra más completa sobre los deportes del imperio romano, no superada más que por monografías de aspectos parciales y sin la misma visión de conjunto.

La traducción española de C.A.F. se debe al profesor W. Roces. Publicada en Méjico, en 1947, si bien desprovista de las valiosísimas notas del autor y carente de ilustraciones. Estos defectos los palió Citius... recuperando las notas e usando las ilustraciones del Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines, de Daremberg y de la obra Gladiators, de M. Grant.

(4). "...Auriga español... (que)... había comenzado a empuñar las riendas a la edad dieciocho años, corrido 4.257 veces y obtenido 1.462 victorias... Al retirarse del oficio después de 42 años de conducir el carro... llegando a ganar un total de 35.863.120 sextercios ... había corrido dos veces en un día por el premio de 40.000 sextercios con un tiro de seis caballos, saliendo victorioso las dos veces, cosa que hasta entonces jamás había sucedido...". (GARCÍA BELLIDO. 1959, 165-183; PIERNAVEJA, P. 1977).

(5). "A los dioses manes. Al auriga Eutiques de veintidos años. Flavio Rufino y Sempronia Diófanes hicieron (este monumento) a su buen siervo.

Descansan en este sepulcro los restos de un auriga principiante, bastante diestro, sin embargo, en el manejo de las riendas. Yo que montaba ya sin miedo carros tirados por cuatro caballos, no obtuve permiso, con todo, para conducir más que los de dos. Los hados, los crueles hados, a los que no es posible oponer resistencia, tuvieron celos de mi juventud. Y, al morir, no me fue concedida la gloria del circo, para evitar que me llorara la fiel afición. Abrasaron mis entrañas malignos ardores, que los médicos no lograron vencer. Caminante, te ruego derrames flores sobre mis cenizas: tal vez tú me aplaudiste mientras vivía".

Esta inscripción, la más bella poesía de la epigrafía hispano-romana, que "puede remontarse al siglo III, fue descubierta en el siglo XVI en el huerto del arzobispo Antonio Agustín, en Tarragona" (PIERNAVEJA, P. 1968, X, fasc 3 y 4, 259 s.).

(6). Cinco autores antiguos hacen memoria de Vitrubio, y son Plinio el mayor, Frotino, Sidonio Apolinar, Servio y un Compendio de Architectura anónimo, reputado por autor del siglo VIII. Geronimo Mercurial, docto Médico Italiano, en su tratado De arte Gymnastica (el escrito está en latín y se recoge que Mercurial duda, apoyándose en Plinio, de la calidad de Vitrubio). Tengo por cierto que Mercurial se arrojó á llamar "falsario" (en realidad la palabra es mía, el original está en griego) á Vitrubio con el apoyo de Leon Bautista Alberti. Dos cuestiones se desprenden del odio de Mercurial y Alberti; una es que en realidad no le entendieron en muchos lugares; y el otro motivo fue para disimular el plagio que de él hicieron (ORTIZ SANZ, 1974, XXII).

(7). Todo esto lo hallamos también establecido en los preceptos y ritos de los agoreros Hetruscos, en la siguiente forma. A Venus, Vulcano y Marte se le edificarán los templos extramuros, para que no se haga común a las jóvenes, o a las matronas la lujuria dentro de la ciudad: para que removiéndose en ella el rigor de Vulcano con sacrificios y actos religiosos; parezcan estar seguros del temor de los incendios; y a Marte dándole su templo fuera de la ciudad, no habrá guerras ni discordias civiles; antes será defendida de los enemigos, y libre de los peligros de la guerra. También a Ceres se le dará templo fuera de la ciudad, adonde las gentes no necesitan ir sino para ofrecer sacrificios; debiendo tratarse este lugar casta y religiosamente, y con santas costumbres (VITRUBIO, Lib. I, cap. VII, 52).

(8). Campo de Marte se llamaba a un sitio destinado a los ejercicios militares.

(9). Stieglitz, Archäologie der Baukunst, II, pág. 301, no pone en duda la información de Plinio, que suena a leyenda; tampoco Durm, Baukunsider Etrusker und Römer, 1905, pág. 665 y sig. Y Stieglitz se apoya en un trabajo del arquitecto Weinbrenner, Die beweglichen Theater des Curio, N. teusch. Merkur 1797, pág. 307 y ss. Tampoco el profesor Rudolf Bergau considera imposible esta obra "ya que la construcción de los edificios romanos y su realización técnica permiten suponer un grado muy alto de perfeccionamiento de las máquinas, del oficio, de la técnica en general. Aunque nos acordemos sólo del toldo que cubría todo el Coliseo, de la erección los obeliscos que fueron considerados como una obra magnífica no sólo en el año 1586 (HÜBNER, Sixte-Quint, II, 127 y sg.), sino todavía en el París del siglo XVIII y del techo de la basilica del foro de Trajano. De la misma manera se pronuncia Paul Laspeyres, quien señala que la construcción hubiera sido mucho más sencilla si se hubiera basado en asientos cambiables para los espectadores; sin embargo, no parece imposible que con los medios de aquella época pudieran mover grandes estructuras, teniendo en cuenta que las construcciones en cuestión no eran de dimensiones demasiado grandes. No conozco el trabajo de Ninot, Essai de restauration de l'amphithéâtre de Curion, Gaz, Archéolog. XIV, 1889, pág. 11-16.

(10). Vimos hasta el cielo un anfiteatro de vigas trabadas / levantarse, casi por encima de la cumbre Tarpeya, / gradas enormes y rampas suavemente inclinadas; / llegamos al lugar donde sucia, con ropa burda; / una muchedumbre miraba entre sillas de las mujeres. / Pues todos los asientos que libres hay bajo el cielo abierto / o un caballero los ocupó o los tribunos de blanco. / Del modo que este valle se abre en círculo espacios / y su costado sinuoso, lleno por doquier de bosques soberbios, / se curva cóncavo en medio de cadenas de montes, / así, allí, la hondonada de la curva arena circunda la llanura / y a dos moles gemelas se amarra, en el centro del óvalo. / ¿Qué te voy a contar ahora, si apenas pudimos bastarnos / para verlo todo por partes? Hasta tal punto, sin cesar, el brillo / nos cegó. Yo estaba de pie, clavado y boquiabierto contemplando / todo a la vez, sin poder aún admirar cada maravilla por separado, / cuando un viejo, que por azar a mi lado izquierdo / se encontraba, me habló: ¿De qué te asombras, campesino, / al ver tamañas riquezas, tú que, lejos del oro, / techos pobres, chozas y cabañas sólo has probado? / Soy yo, ya tembloroso y de cabeza cana, en esta / ciudad enve-

jecido, y - con todo - también me quedo atónito: / en verdad, de nada valen las cosas que en años atrás / vimos y resulta sórdido lo que contemplamos en otro tiempo". / Aquí una galería llena de joyas, allí columnas bañadas en oro / a porfía fulguran; e incluso, donde el límite de la arena / ofrece los espectáculos muy de cerca al muro de mármol, / se levanta una valle de marfil en fustes primorosamente unidos, / formando un círculo que, escurridizo gracias a su superficie lisa, / escapa a las zarpas que pudieran lanzar en movimiento súbito / las fieras y las haría caer. De oro también relumbran redes, / entrelazadas, que hacia la arena muestran las puntas, puntas / igualadas que las sujetan; y era (puedes creerme, Licotas, / si aún te queda fe) cualquier diente más largo que nuestro arado. / ¿Qué orden seguiré? Vi fieras de todo tipo, / aquí liebres blancas y jabalíes de grandes colmillos, / allí un alce, rara bestia de los bosques en donde la haya. / Vimos también toros de cuya elevada cerviz y espaldas / deformes una protuberancia se alza, o a los que hirsutas / crines les caen por el cuello y, de su metón, áspera / barba cuelga, y las papadas se les erizan con cerdas temblonas. / Y no sólo contemplar monstruos selváticos / pudimos: yo llegué a ver vacas marinas / con osos que combatían y esos "caballos", según se les llama / a pesar de su aspecto deforme, nacidos en aquel río / que los sembrados de sus riberas riega con aguas crecidas. / ¡Ah! ¡Cuántas veces, asustados, el suelo de arena que se separa / vimos invertir y, por el abismo, quebrado de la tierra, / salir fieras; y, con frecuencia, de esas mismas cavidades, / crecieron madroños de oro en medio de aguacero repentino. / ¡Coridón dichoso, a quien la vejez temblorosa en nada / detiene! ¡Feliz porque en estos tiempos a ti descontar / un dios indulgente permite tus años primeros! / Ahora, si de cerca contemplar la divinidad venerable / el azar te otorgó, y allí presente su rostro y su vestido viste, / di, ea, di, Coridón, cuál es el aspecto de los dioses. / ¡Ojalá de ropas campesinas no hubiera estado cubierto: / habría visto más de cerca a mis dioses! Más para mí la suciedad / y la pobreza zafia y la hebilla de mordisco corvo / fueron un obstáculo. Pero, aun con todo, lo vimos en persona, / de lejos; y, si la vista no me engaña en uno solo / los rostros de Marte y de Apolo fundirse parecían (Sículo, Los prestigios de Roma, VII).

(11). El Decoro natural será, que para los templos se procuren elegir los sitios más sanos, se traigan aguas suficientes y salubres, y allí se construyan: especialmente los dedicados a Esculapio, a la Salud, y aquellos Dioses por cuyo beneficio parecen sanan muchos enfermos; porque llevados los cuerpos accidentados de un lugar pestilente a otro saludable, y bebiendo buenas aguas, convalecerán más presto: así las deidades aumentarán su fama con la bondad del sitio. "Será también "Decoro natural" dar luz de oriente a las alcobas y dormitorios, y a las bibliotecas. A los baños y habitaciones de invierno, del poniente ibernal" (VITRUBIO, Lib. I, cap. II, 20).

Las torres no distarán entre sí más de un tiro de flecha; para que si alguna de ellas fuese opugnada, pueda de las proximas a una y otra mano, ser rechazado el enemigo con los escorpiones\*, y demás armas arrojadas (VITRUBIO, Lib. I, cap. V, 36).

\* Escorpión era la ballesta de mano, con que los soldados llamados "sagittarii" disparaban flechas. Vitrubio los nombra diferentes veces, pero no los describe, por no contener su construcción especial dificultad. Esta es la única máquina bélica que nos quedó de los antiguos, después de la invención de la pólvora. Las catapultas, ballestas, tortugas, clépoles, arietes, etc., como máquinas costosísimas y muy embarazosas desaparecieron del mundo, luego que se conocieron los cañones.

(12). "Aunque los atenienses conocían la oscuridad y la fragilidad de la vida humana, celebraban la pura fortaleza del músculo y del hueso" (SENNET, 1997, 97).

(13). Quinientos años después de que Adriano construyera el Panteón, se convirtió en una iglesia cristiana, Santa María de los Mártires, consagrada por el papa Bonifacio IV en el 609. Fue uno de los primeros tem-



plos paganos de Roma utilizado para las adoraciones cristianas y debe mantenerse en pie a este factor, como ha ocurrido con tantos otros edificios religiosos estilo Hagia Sofía, El Coliseo, la Mezquita de Córdoba, etc. Por el contrario otros edificios de los romanos se vinieron abajo durante la Edad Media, o se convirtieron en simples canteras de piedra para los constructores que, sin salir de Roma, saquearon el Coliseo y el Circo para magnificar San Pedro con sus mármoles y obeliscos. "El salvado Panteón adquirió una nueva vida consagrado a los mártires del cristianismo" (SENNET, 1997, 96). Estos numerosos mártires, en realidad son la muestra del panteísmo cristianos, Y si en otro tiempo estuvo dedicado a una multitud de dioses que favorecían al Poder del Imperio después sirvió a un sólo dios favorecedor de un sólo, el mismo, poder terrenal. El edificio marca el hito del paso del politeísmo grecorromano al monoteísmo judeo-cristiano.

(14). La construcción del Panteón significó un drama en su época. El Imperio romano había hecho inseparables el orden visual y el poder imperial. El emperador necesitaba que su poder fuera visto en los monumentos y en las obras públicas. El poder necesitaba de la piedra.

(15). Dicen que Zeuxis pintó un cuadro de uvas tan magistralmente representadas que los pájaros comenzaron a descender para comer del racimo pintado. Parrasio realizó entonces un dibujo tan parecido de una cortina que Zeuxis, orgulloso del veredicto de los pájaros, solicitó que la cortina fuera corrida y su pintura quedara al descubierto (PLINIO V., *Historiae Natural*, XXXV).

(16). El amor por lo griego, del emperador, se manifiesta en la suntuosa mansión diseñada por el propio Adriano en los alrededores de Roma conocida como La Villa de Adriano. Esbeltas estatuas de dioses y una hilera de cariátides enmarcan el estanque en la sala de banquetes. Terminada hacia el 135 d.C., la villa, con sus templos, termas, jardines y teatros abundan en las referencias a la Atenas clásica.

### **3. BIZANCIO: El imperio olvidado.** (Anexo 1)

Por un momento tenemos que abandonar nuestro acordado discurrir occidental, para tender una necesaria y melancólica mirada al Imperio de Oriente, lugar donde se conservaron con pujanza y casi durante un milenio las costumbres de la antigua Roma, sus comportamientos, cultura, lengua, saberes, boatos y religión (NORWICH, 2000), así como se guardó la cultura grecolatina y se desarrollaron las formas arquitectónicas heredadas de Roma como la portentosa Hagia Sofía. Se matuvieron, aunque más pequeños, los hipódromos y se levantaron sus inexpugnables murallas. También se introdujeron importantes cambios en la técnica militar, como la caballería y posteriormente las armas de fuego, que serían exportadas a Occidente. Y, sobre todo, podemos decir incluso que no sólo se guardó la cultura clásica sino que además se defendió ésta, claro que no de forma deliberada sino por necesidad propia. Así la Europa medieval ganó el tiempo necesario para emerger por el Renacimiento, espléndida en su nueva cultura urbana, apuntando los incipientes Estados y contando con una burguesía emprendedora que comenzaba a crear su rudimentario capitalismo (BRAVO, 1998; NORWICH, 2000). En Occidente nunca hubo un mínimo reconocimiento a este papel (BRAVO, 1998). Vayan estas modestísimas páginas en esa línea.

#### **3.1. Introducción: Breve pasaje histórico y significaciones.**

Cuando se piensa en el devenir histórico de la Edad Media, solemos hacerlo desde la idea estereotipada de la caída del Imperio Romano y la consiguiente victoria de los bárbaros (Anexo nº 1). Pensaremos en la decadencia del saber, en el advenimiento del feudalismo y en las luchas mezquinas por trozos de tierras y cuestiones decididamente terrenales.

Sin embargo, las cosas no fueron exactamente así, puesto que el Imperio no cayó en su totalidad. La parte Oriental se mantuvo durante toda la Edad Media, pudiendo afirmarse que ni Europa ni América serían como son en la actualidad si este trozo del Imperio romano no hubiera continuado existiendo mil años después de su supuesta caída (NORWICH, 2000).

Al decir que Roma cayó, lo que queremos expresar es que las tribus que ocuparon el centro de Europa, sobre todo las germánicas, invadieron sus provincias occidentales y destruyeron su organización social, así como sus formas urbanas. No obstante, la mitad oriental del Imperio permaneció intacta y durante siglos ocupó el extremo suroeste de Europa y las tierras contiguas en Asia.

Esta porción geográfica de Europa continuó siendo rica y poderosa durante los siglos en los que la parte Occidental estuvo debilitada y dividida. El Imperio siguió manteniéndose dentro de la cultura clásica, mientras que el resto del continente vivió en la ignorancia y la barbarie. El Oriente imperial gracias a su poderío militar y científico, contuvo las fuerzas, cada vez mayores, de los invasores provenientes de Asia durante mil años; y la Europa Occidental, protegida por esta barrera de fuerzas militares, económicas y culturales, pudo desarrollarse en paz hasta que el comercio y el desarrollo de los mercados, como la Liga Hanseática, Lombarda, etc., dio, a lo largo del siglo XIII, una gran fuerza a las ciudades del Mediterráneo, a la vez que el ala oriental del Imperio formó una civilización específicamente suya: Bizancio y el bizantinismo (NORWICH, 2000).

### **3.1.1. La labor de Constantino.**

Fue durante el siglo I, concretamente durante el año 74 cuando Bizancio se incorpora al Imperio Romano (ASIMOV, 1982, NORWICH, 2000).

Durante el siglo IV, el emperador Constantino retoma la ciudad de Bizancio (año 324) a la que le cambia, como se hacía en aquellos tiempos con harta fre-

cuencia, el nombre que tenía por el de Nueva Roma, nombre oficial con el que nadie la nombró y con el que nunca fue conocida, resultando más convincente el de Constantinopolis, en honor a su refundador, Constantino (NORWICH, 2000).

Este inteligente emperador decidió que la ciudad que llevaba su nombre fuese la capital del Imperio. Comenzó por construir notables edificios siguiendo el modelo romano: un foro, un senado, un hipódromo y un palacio imperial. Además, de un modo más práctico, el emperador romano, que durante la época clásica había sido, como "*Pontifex Maximus*" (GIBBON, 2000), la cabeza de la religión oficial del Estado, dio por sentado que, por el hecho de la asunción de este cargo, adquiriría el mismo significado y el mismo poder dentro de la estructura de la Iglesia, pudiendo pasar él a ser la cabeza de la ya pujante y dominante religión cristiana. Esta medida, en realidad y con el tiempo, acabó funcionando al revés y dando al obispo de Roma, el Papa, no sólo el dominio religioso sino también la representatividad legítima del Imperio que gobernó la Europa civilizada de la Antigüedad, papel que desempeñaron los papas durante la Edad Media, el Renacimiento y aún durante los siglos XVI y XVII, mediante su potestad para otorgar y quitar el título y la corona del *Sacro Imperio Romano* (DUCELLIER, 1993).

Posteriormente, en otra de sus intuitivas decisiones, Constantino divide el ingobernable, por enorme, Imperio en dos partes: Oriente y Occidente. Esta división se hace definitiva en el año 395, bajo el gobierno de Teodosio I; 15 años antes de que Roma cayera en manos de Alarico y se fijase este año como una fecha para datar la caída del mundo Occidental (BRAVO, 1998; NORWICH, 2000).

Tras ese tremendo período inicial de desmoronamiento del antiguo Imperio, las cosas se van calmando. El saber se apila a buen recaudo en Bizancio a la espera de las traducciones árabes. Los reyezuelos bárbaros se van asentando y convirtiéndose en señores pre-feudales que guerrear con-

tantemente defendiendo sus posesiones o arramblando con las de los demás. Sin embargo, es necesario reconocerlo, *“desde Asia estaba entrando savia nueva, gentes emprendedoras, luchadoras, fuertes y muy combativas, un magma humano que aún bulle en la agotada Europa actual”* (MANDELL, 1986, 117).

### **3.1.2. La soledad de Bizancio.**

Constantinopla comenzó, según nos cuentan Bravo (1998) Gibbon (2000) y Norwich (2000), su solitario e incomprendido periplo cuando bajo el gobierno de Teodosio II consiguió unos beneficiosos logros en la legislación, en lo militar y en la economía.

No obstante, todos los intentos para reunir las diferentes partes cristianizadas del aquel fragmentado Imperio fueron fracasando una tras otra. Sólo en el Este se mantuvo unido, con todo lo que ello suponía: continuidad de las leyes y de la cultura escrita, avances en la ciencia, interés por la actividad física y el cuidado corporal; habilidades constructivas en relación a los edificios públicos, como Hagia Sofía; el mantenimiento, uso y embellecimiento del hipódromo, ubicado al lado del soberbio templo, así como de los baños; la construcción de sus infranqueables defensas, el puerto etc. Los emperadores de Oriente mantuvieron el orden político en toda la Europa oriental, desviaron los mayores peligros de las invasiones asiáticas y mantuvieron abiertas las líneas del comercio, cuando éste comenzó a establecerse entre las repúblicas del Mediterráneo y las alejadas tierras de Asia, a través de la mágica Ruta de la Seda. *“La capital del Imperio de Oriente fue Constantinopla, antes se llamó Bizancio, situada entre el mar Negro y el Mediterráneo, y la base de un poder euroasiático que dominó esa estratégica zona del mundo hasta su conquista por los turcos en 1453, año en el que comienza la Edad Moderna”* (MANDELL, 1986, 118). Bizancio dominó la mayor parte de la Grecia clásica, partes importantes de las costas adriáticas, el sur de Italia, toda la franja sur del Mediterráneo, Egipto, Armenia, Capadocia, etc (NORWICH, 2000).

Este Imperio romano cristianizado pudo sobrevivir, frente a las sucesivas oleadas de tribus asiáticas, la amenaza musulmana y los asaltos de búlgaros, eslavos e incluso cruzados, gracias a un eficaz sistema administrativo y fiscal, al mantenimiento de un poderoso ejército abierto a todas las innovaciones en el arte de la guerra y a las tecnologías adaptadas tanto al arte ecuestre como a las máquinas bélicas (MANDELL, 1986).

### **3.2. Las actividades físicas.**

En el Imperio de Oriente se conservaron las prácticas físicas y deportivas de la antigua Roma, así como los mismos motivos para practicarlas (BREHIER, 1970), *“pero se eliminaron de ellas, en el reinado de Constantino, por influjo y presiones del cristianismo, los cruentos espectáculos de gladiadores”* (ASIMOV, 1982, 33).

En contraste con las regiones de la Europa occidental, las grandes ciudades del Oriente mediterráneo, sobre todo Constantinopla, residencia de los emperadores bizantinos, conservaron parte de la tradición de los juegos circenses romanos. Se impusieron con gran fuerza las carreras de carros y caballos. Las carreras se celebraban con harta frecuencia, aunque no tanta como en Roma, y las esperas se amenizaban con entretenidas funciones de volatineros, danzantes y malabares (FRIEDLÄNDER, 1967; BREHIER, 1970; GIBBON, 2000).

Los *balnea* fueron recintos públicos que seguían atrayendo a los altos funcionarios y nobles, así como a parte del pueblo para realizar un ritual de purificación corporal, en el que se incluían los ejercicios físicos, los baños y el cuidado del cuerpo (LEBOREIRO, 1994).

Las carreras de carros del hipódromo perduraron en Bizancio hasta el saqueo de la capital por los cruzados en 1204, aunque en el siglo XII se recogen variaciones notables, en el hipódromo se celebraron lides como carreras de caballos al uso de nuestros días y torneos muy parecidos a los de la caba-

llería occidental (BREHIER, 1970). Otra actividad deportiva que recogieron los bizantinos de su vecinos del este, los persas que lo practicaban con pasión, fue el polo, un bello deporte que ha llegado hasta nuestros días de mano de los ingleses, que a su vez lo aprendieron en la India donde se mantuvo como juego por influencias de los mentados persas (ZABALO, 1975).

En el *Digesto* son recordados ciertos juegos: "*certare hasta, pilo iaciendo, currendo, saliendo, luctando, pugnado...*" (XI, 5, 2, 1). En el *Corpus* (III, 43, 15), se citan otro monto de juegos practicados por los soldados para entretenerse en las largas pausas cuarteleras y no aburrirse en las tediosas y extenuantes esperas. Son actividades deportivas, paradesportivas y seudodesportivas, como la lucha con animales, carreras de bigas y luchas gladiatorias, prácticas sobre las que los espectadores y participantes cruzaban "puestas" de dinero y bienes. El Código Justiniano intentaba controlar y regular estos usos para evitar los abusos típicos de las apuestas mezcladas con el deporte: las trampas (GUALAZZINI, 1968).

### **3.2.1. Las carreras de caballos y carros.**

*"Al igual que en Roma, en Constantinopla los festejos públicos formaban parte de la política del Estado. Si la religión cristiana, oficial en Bizancio, atemperó algo los aspectos lascivos, violentos y decadentes de Roma, no pudo nada contra la pasión que suscitaban las carreras de cuadrigas en los festivales de los hipódromos situados en las diversas ciudades del Imperio Oriental, excediendo en mucho a los que se celebraban en la Roma Imperial de otros tiempos"* (FRIEDLÄNDER, 1967, 67).

Las carreras de cuadrigas del Imperio Oriental era técnicamente similares a las que se celebraban en los hipódromos griegos mil años atrás (MANDELL, 1986). Los carros solían ser tirados por dos o cuatro caballos, según fuesen bigas o cuadrigas, y conducidos por conductores que vivían de ese trabajo. Se

creo que las distancias que se llegaron a recorrer fueron de 6.000 metros, repartidos en varios trechos de ida y vuelta girando en torno a los postes que marcaban los extremos de la pista. Todas las grandes ciudades del Imperio de Oriente disponía de una pista de carreras hípicas o hipódromos y el de Constantinopla era particularmente lujoso y tecnificado.

El curso de una carrera, en esta pista, podía seguirse a través de una hilera de fuentes acuáticas que iban agotándose una tras otra a medida que se cumplían las vueltas previstas. Los programas se prolongaba durante el día; en esto eran más comedidos que los romanos.

Las ceremonias inaugurales comenzaban con las bendiciones del clero y, como en Roma, la señal de salida la daba el emperador, que se sentaba en un magnífico palco rodeado de su corte y magnatarios, dejando caer un pañuelo. Entonces se abrían las caballerizas o carceres, y en medio del griterio ensordecedor de la muchedumbre, que animaba a sus respectivos favoritos, salían en estampida cuatro cuadrigas, cada una representando los colores en liza: blanco, azul, verde y rojo para dar siete vueltas al recinto y comprobar cuál de ellas llegaba primera (BREHIER, 1970).

El espectáculo se prolongaba durante todo el día, con cuatro carreras por la mañana y otras tantas por la tarde, por lo que los espectadores se llevaban la comida al estadio. Los embajadores extranjeros eran invariablemente invitados a contemplar estos juegos deportivos del hipódromo, que la magnitud del recinto, adornado de columnas, estatuas y obeliscos, junto con las ruidosas aclamaciones al emperador y a los vencedores convertían en un espectáculo sin comparación en el mundo medieval.

*“Los intermedios entre carrera y carrera estaban amenizados por espectáculos circenses y variadas actuaciones de cómicos, volatineros, acróbatas, bailarines, animales exóticos o monstruosos y otros entretenimientos muy del*



gusto del público de entonces y de siempre" (BREHIER, 1970, 42); todo entre la música de las bandas que estaban en el recinto y envueltos en desfiles y paseos de fastuosos carros engalanados (ZABALO, 1975).

Las vicisitudes de las distintas cuadradas, la vida más o menos ordenada de los aurigas, los entrenamientos de éstos y sus caballos eran temas de discusión, conversación y controversia entre los habitantes de Bizancio, lo que facilitaba ciertas relaciones sociales por encima del complejo sistema de clases reinante, ya que el gusto era común a todas las escalas sociales, desde el emperador y sus hieráticos aristócratas hasta los más humildes artesanos. "Un escritor del siglo IV nos describe la pasión de los espectadores, muchos de ellos pobres hasta no saber qué comer ese día, gritando, saltando y gesticulando en las gradas como si ellos fuesen los aurigas que azuzaban a los caballos" (cit, por BREHIER, 1970, 85). Es evidente que existió una desmesurada pasión por estas carreras, continuación clara, salvando los añadidos producidos por los adelantos técnicos, de las competiciones romanas.

Como hemos dicho, la costumbre manifestada en la Roma Imperial de identificar las distintas cuadradas o equipos por los colores de las casacas de los aurigas fue mantenida en Bizancio, y en los hipódromos, los fanáticos de las diferentes cuadradas se concentraban en secciones propias del graderío para divertirse interviniendo con gritos de ánimo o furor según el desarrollo de las carreras. La clase social era uno de los motivos para afincarse en un color y odiar al otro, pero también se podía cambiar según las generaciones; así un bando antisemita, identificado con una determinada cuadrada durante una generación podía pasarse al bando de fanáticos de otra cuadrada durante la generación siguiente. "Si la dinastía reinante era proazul, una familia opositora con pretensiones de poder sería proverde. Los hijos se enfrentaban a los padres abrazando los colores opuestos a su progenitor y así todos los enfren-

*tamientos de la vida y la política cotidiana se trasladaban al hipódromo y al resultado de sus carreras” (MANDELL, 1986, 119).*

Así se explica que los aurigas ganadores alcanzasen una gran relevancia en la vida cotidiana del Imperio, colmados de riquezas y honores, cantados por los poetas y retratados por los escultores y pintores. En el siglo V se les llegó a levantar en el Senado estatuas de bronce para ser recordados después de muertos (BEHIER, 1970; MANDELL, 1986). La cuadriga en plena carrera era uno de los motivos decorativos más extendidos y frecuentes en los escasos paños preciosos que nos han llegado del siglo VI (HAUSER, 1979).

### **3.2.2. Las banderías en Constantinopla.**

*“Sin embargo, no fue en Roma ni en el Occidente donde las banderías circenses llegaron a su apogeo, sino en Constantinopla, ciudad en la que, al parecer, la pasión desenfrenada de los espectáculos desencadenaba verdaderos tumultos ya a mediados del siglo VI” (FRIEDLÄNDER, 1967, 67).* Ese siglo es la época Bizantina de la que poseemos informes más precisos, los dos partidos entre los que existía una verdadera pugna, aunque subsistiesen todavía en segundo plano los otros dos, eran los azules y los verdes. *“La rivalidad adquiriría, por lo menos en ciertos momentos, un matiz marcadamente religioso, generacional o político, lo cual hacía que tomase caracteres de verdadera furia e hiciese estremecer a todo el Imperio” (FRIEDLÄNDER, 1967, 67).* Los afiliados a cualquiera de los bandos sacrificaban su fortuna, soportaban con supuesto gusto el martirio hasta la muerte, si era necesario, y fueron capaces de robar y matar por él. La pasión por el bando en que se militaba estaba por encima del parentesco y la amistad, de la familia y de la patria, la religión y la ley. Hasta las mujeres, que por aquella época no solían asistir a los espectáculos, se dejaban arrastrar por esta pasión desenfrenada; era una verdadera locura colectiva: no había otro modo de calificarla. *“Las carreras de caballos, dice*

Coricio, en tiempos de Justiniano, enloquecen los espíritus de los espectadores mucho más de lo que los divierten y han llevado ya a la ruina a muchas grandes ciudades" (CORICIO, *Historia*, 14, 4). Por lo demás, podemos suponer como probable que los afiliados a estos bandos lucirían por lo menos en el circo sus colores respectivos; sólo encontramos una alusión a esto en un epigrama muy anterior, del romano Marcial, en el que se dice, con cierto humor, que un manto escarlata no cuadra a un partidario de los verdes o de los azules y que quien obtuviese una prenda de ese color en un sorteo de lotería se exponía a la tentación de desertar de su partido (MARCIAL, XIV, 131). En el siglo IX, aún existían cuatro colores; sin embargo, un escritor del siglo XII ya habla de estas banderías hípicas como de algo que pertenecía al pasado (Cit. FRIEDLÄDER, 1967).

### **3.2.3. La rebelión del hipódromo o la insurrección Nike. Un ejemplo del uso político del estadio.**

Al igual que en Roma las carreras se utilizaron con fines políticos (GIBBON, 2000). Los aficionados disponían de espacios propios en las gradas, según sus colores y condición social. Como en toda la historia que vamos desgranando, las instalaciones deportivas eran construidas por los poderes políticos para usufructuar sus contactos con el pueblo, además de controlarlo. Las edificaciones tenían la clara vocación de formar un muro protector de las dependencias imperiales. "En esto también, Bizancio, era fiel seguidor de los modos romanos" (BRAVO, 1998, 52 y sig.). En Constantinopla, los descontentos se hacían sentir en el hipódromo de formas peligrosas, en esa unión evidente, desde siempre, entre los recintos deportivos y la excitación de las masas. La pasión pública por la diversión (prohibidos los combates de gladiadores), se concentró con enorme intensidad en las carreras de carros del hipódromo (BREHIER, 1970).

Como es natural y desde el apoyo del mundo de las apuestas, los espectadores se identificaban con determinados colores, llegando a apasionarse tanto o más que hoy lo hace la gente que siente suyos los colores de un equipo de fútbol.

Los Azules y los Verdes llegaron a eclipsar, como ya hemos dicho, a los otros dos colores, sus partidarios se hicieron cada vez más numerosos y fuertes hasta que a la postre se convirtieron en peligrosas fuerzas hostiles entre ellas (BREHIER, 1970).

Sus odios no se reducían a los resultados de las carreras. Sustentaban ideas políticas y religiosas opuestas, al menos en lo formal. Los Azules eran partidarios del catolicismo y los Verdes del monofisismo; así, cuando el basileo Anastasio adoptó una estrategia de acercamiento a los más meridionales, estallaron motines instigados por los Azules en toda Constantinopla. Incluso el jefe del ejército de los Balcanes, destacado a luchar contra los eslavos y los búlgaros, se unió a los insurgentes en el año 513. Lo curioso es que la solución, después de años de luchas y desórdenes, fue la aparición de Justiniano.

Esta rebelión, recogida por todos los autores que estamos utilizando, la narra magistralmente el discutido Graves, en el capítulo 9 de su novela *El conde Belisario*, para lo que se ha basado en la crónica de Procopio de Cesárea. Durante el reinado de este emperador las facciones de Azules y Verdes seguían su turbulenta oposición, y cada vez eran más frecuentes las luchas callejeras. Por otro lado, no se podía evitar que, bajo las banderas de los Azules o de los Verdes, delincuentes comunes se dedicaran al saqueo y al vandalismo indiscriminados con total impunidad. En general, la facción de los Azules, la del catolicismo, aparecía como ganadora, así que un Justiniano oportunista se puso de su parte (BREHIER, 1970; BRAVO, 1998; NORWICH, 2000).

Los Verdes se resistían a quedar en un segundo plano, lo que les llevaba a situarse en franca rebeldía. Y lo que encendió la mecha fue que no faltaban los intrigantes que, con la idea de sacar provecho de la debilidad de los Verdes, azuzaban los odios, entregándoles armas y dinero. Las cuestiones dinásticas también entraron en juego, de este modo los sobrinos del anterior emperador, Anastasio, abrigaron pretensiones legítimas sobre el trono y, aunque éste no se transmitía por

derechos hereditarios sino de quién era capaz de cogerlo y hacerlo efectivo, los pretendientes comenzaron a soliviantar y financiar a los Verdes.

*La culminación del enfrentamiento teológico-político se concretó el 11 de enero de 512. La rebelión estalló ese día (FRIEDLANDER, 1967, 67), durante un gran festival en el hipódromo. Mientras se sucedían una tras otra las estruendosas carreras de carros, los Verdes se convertían a cada vuelta en más bulliciosos y provocativos, gritando sus quejas hacia el palco imperial donde el emperador permanecía encerrado en un severo silencio (MANDELL, 1986).*

Al comenzar la vigesimosegunda carrera, Justiniano no aguantó más e hizo pregonar la orden de silencio para los Verdes. Éstos, aumentaron su griterío e insultaban directamente al emperador que, caso insólito, les contestaba igualmente con insultos. La dignidad imperial sufrió un duro golpe y los Verdes estaban dispuesto a todo. Las primeras escaramuzas se produjeron en las entradas del hipódromo. Dicha facción salió a la calle enfurecida y arrasando con todo lo que se le ponía por delante (MANDELL, 1986; BRAVO, 1998).

Aquello se convirtió en el estallido de una guerra civil. Después de unos días de agitación ininterrumpida por toda la ciudad, los disturbios se fueron extendiendo, poco a poco, a las ciudades cercanas desde la capital del Imperio. La consecuencia fue una frenética orgía de destrucción, la mitad de Constantinopla desapareció en los incendios, los asesinatos fueron muchos y los Azules comenzaron a huir presa del pánico (MANDELL, 1986; BRAVO, 1998).

*“La confianza, por parte de los Verdes, de su segura victoria, les hizo salir a las calles para proclamar inmediatamente su seguridad en el desenlace, gritando: ¡Nike, Nike! (victoria), por ello, este triste capítulo se conoce como la insurrección Nike” (GRAVES, 1982, 161).*

Totalmente alarmado, Justiniano intentó apaciguar a los alborotadores con concesiones, pero a esa altura los extremistas controlaban el movimiento. Sus

ofertas, que habrían sido aceptadas con agradecimiento el día anterior, fueron recibidas con ominosa desconfianza y como un signo de debilidad (BRAVO 1998).

Justiniano se retiró a su palacio, que era casi una fortaleza, y reflexionó sobre lo que tenía que hacer. Los días pasaban, la ciudad, o lo que quedaba de ella, envuelta en humo y llamas, estaba en manos de los alborotadores, e incluso la plebe coronó emperador a uno de los sobrinos del mentado Anastasio (MANDELL, 1986; BRAVO, 1998).

Sólo parecía existir una salida. Los terrenos del palacio, cercanos al hipódromo, lindaban con el Bósforo y allí había naves listas para zarpar. En la reunión del consejo, donde estaban presentes Teodora y el joven Belisario, Justiniano se dio totalmente por vencido. *“Propuso reunir todos los tesoros que se pudieran recoger en las naves que esperaban y retirarse a algún lugar seguro, lejos de Constantinopla. Ya se presentaría una oportunidad para devolver los golpes”* (GRAVES, 1982, 165).

Podía haber sido así, y Justiniano seguramente, según todas las experiencias habría acabado muerto. Sin embargo, tenía a su lado las soluciones: Teodora y Belisario. La basilea Teodora, una mujer enérgica y decidida que no estaba dispuesta a dejar el trono, al menos sin luchar: *“Ahí están tus naves”*, dicen que le dijo a Justiniano (GRAVES, 1982, 166) y se dispuso a defender el palacio. Con estas perspectivas Justiniano se quedó e inició conversaciones con Belisario que también estaba dispuesto a luchar.

Contaba, el general, con 3.000 soldados de su regimiento personal, a quienes llevó de manera discreta al hipódromo donde los rebeldes se encontraban reunidos en deliberaciones sobre cómo dar el golpe final (BRAVO, 1998). Belisario cerró las salidas y mandó cargar contra ellos; había muchos más alzados que soldados, pero el factor sorpresa, al estar en una zona de difícil maniobrabilidad, su falta de preparación guerrera y la posibilidad de no estar

en plenas facultades debido a las frecuentes celebraciones de los saqueos, hizo de aquello un paseo para los disciplinados soldados de Belisario. Se convirtió en una carnicería. *“Se dice que antes de que se hubiesen dado cuenta había treinta mil muertos”* (FRIEDLANDER, 1967, 67), cosa exagerada, si nos entretendemos en hacer cuentas, pero de todas las maneras el fin de la rebelión se saldó con una matanza; para Graves también fueron *“treinta y cinco mil muertos”* (1982, 169). Constantinopla se postró arruinada y silenciosa a los pies de Justiniano que no perdonó: Anastasio y sus familiares fueron asesinados y *“el enorme poder de las facciones en el hipódromo se quebró durante un tiempo y nunca más volvió a ser tan tumultuoso”* (ASIMOV, 1982, 74).

No obstante, no fue éste el único acto político de aquel recinto deportivo. El hipódromo fue testigo de numerosos asesinatos y ajusticiamientos de los enemigos de los basileos reinantes, en medio de aclamaciones de la plebe o de simples actos de crueldad con personajes notables, incluidos emperadores, que eran cegados a la vista de todos, costumbre muy bizantina, y abandonados después en un hipódromo solitario y vacío (GRAVES, 1982; ASIMOV, 1982; HERNÁNDEZ, 1998).

### **3.3. Las instalaciones deportivas: Termas e hipódromos.**

El arraigo de la institución del baño, tiene un reflejo en la obstinación con que Bizancio la defendió hasta su declive (HERNÁNDEZ, 1998), pero hay que tener en cuenta su aceptación por parte de los pueblos bárbaros y los herederos del imperio bizantino, y así parecen confirmarlo las sucesivas restauraciones que se llevan a cabo en las termas de Caracalla, que no dejaron de funcionar hasta el año 537 en tiempos de Teodorico. Carlomagno y los califas musulmanes mantienen vivo su empeño de conservar en buen estado las termas de origen romano y explotar con fines económicos las construidas bajo sus auspicios (LEBOREIRO, 1994; GARCÍA NAVARRO Y PEÑA, 1999).

### 3.3.1. Las termas.

La descripción del esquema de una terma bizantina no tiene mayor interés que la comprobación de su persistencia a lo largo del tiempo, fundamentalmente en lo que al carácter simétrico de sus instalaciones se refiere, signo que permanecerá como invariable tipológica hasta nuestros días (LEBOREIRO, 1994). Ya hemos descrito las termas romanas, los baños bizantinos, como sus continuadores, eran muy similares. Constaban, básicamente, de las tres habitaciones de temperaturas ascendentes (LEBOREIRO, 1994). A estas salas principales añadirían otras auxiliares como el *apodyterium*, una especie de vestuarios, el *laconium* para sudar y espacios abiertos al exterior para los ejercicios físicos, juegos de balón y de palestra. El transcurso del tiempo hizo más complejo el esquema añadiendo nuevos elementos como la biblioteca, sala de tertulias, etc, pero siempre el núcleo central se reservaba para el edificio destinado al baño en sus distintas fases (LEBOREIRO, 1994; GARCÍA NAVARRO Y PEÑA. 1999). Y los baños de Zeuxipos, situados entre la Morada de Bronce y el Hipódromo, del que aún se conserva la planta de la exedra, es un buen ejemplo (LEBOREIRO, 1994).

La civilización del agua, guardada por Bizancio desde los tiempos del clasicismo, dio paso a otro período que basó su higiene en lo espiritual y en el desprecio a la salud corporal. Sin embargo la atracción por los baños pervivió y continuó en las culturas orientales, como la de los pueblos árabes quienes, durante la misma Edad Media, mantuvieron en sus ciudades los baños romanos o abrieron los suyos propios pero con la estructura heredada de la Roma imperial (LEBOREIRO, 1994; GARCÍA NAVARRO Y PEÑA. 1999). Bizancio como continuador y depositario de dicha cultura romana también lo fue de las termas y es curioso comprobar que los baños turcos o *hammam* son una pervivencia de la cultura de la higiene de los latinos que les llegó a través de los árabes y sobre todo de los bizantinos (GARCÍA NAVARRO Y PEÑA. 1999).



### 3.3.2. Los hipódromos.

En este apartado nos limitaremos a describir el primer hipódromo que se construyó con sólidos cimientos en Bizancio: El Hipódromo Imperial de Constantinopla. En esta ciudad existían otros recintos para que corrieran deportivamente los caballo, éstos, si no llegaron a ser tan numerosos como los que existieron en la ciudad de Roma, sí fueron superiores en cuanto a comodidades y organización (BREHIER, 1970).

Constantino fue el que edificó el hipódromo Imperial de Constantinopla en el que se celebrarían juegos para divertir a la plebe. Fue utilizado, principalmente, para las carreras de carros. Este edificio se construyó en el mismo sitio en el que Severo levantó el suyo cuando se arrepintió de la destrucción de la ciudad, quedando finalmente situado en las cercanías de Hagia Sofía y hacía las afueras de la ciudad. Aquella nueva estructura fue más grande que el edificio destruido, de una envergadura y lujo tal que pudiese albergar los espectáculos imperiales, con *“una capacidad para 60.000”* personas (BRAVO, 1998, 42); si bien Brehier nos da un aforo de *“poco más de 30.000”* (1970, 34), es decir que nunca llegó a las colosales proporciones del Circo Máximo de Roma. El graderío y la pista estaban separados por un canal, el *euripo*, que ya había existido en los hipódromos romanos. Aún así era un vasto recinto de 500 metros de largo por 117 de ancho, incluidos los graderíos, la pista se reducía a unos ejes de 370 por 70 metros (BREHIER, 1970).

El hipódromo se extendía paralelamente al palacio, por el oeste de la residencia imperial, en la pendiente que baja hasta el mar de Mármara. Como copia de los hipódromos romanos contaba con la misma distribución de espacios: las carceres, cuadras, depósitos de carros y almacenes se situaban en sus extremos. En la punta norte había dos torres y allí estaban ubicadas las caballerizas, cocheras y salas para los actores, mientras que en la otra punta se

podía abrir la gran puerta de entrada, para los días de gloria y ceremonias imperiales (FRIEDLÄNDER, 1967). Era la puerta más cercana al templo de Hagia Sofía, desde donde se trasladaba la corte después de los oficios a ocupar el palco. El dicho palco estaba en lo alto, a un costado, en el lugar desde donde se tiene el mejor panorama de la línea de salida; la tribuna real se remataba con las estatuas de los caballos dorados traídos de Quíos y que hoy lucen en lo alto de la basílica de San Marcos de Venecia (FRIEDLÄNDER, 1967). Por debajo de la tribuna, y en comunicación directa con el palacio imperial, se extendía una terraza destinada a la guardia, lugar estratégico para aislar y asegurar el palacio en caso de asonada popular.

No obstante, como en todas las instalaciones a las que deben asistir las autoridades, éstas tenían un trayecto exclusivo y de seguridad. A los asientos reales se llegaba por una arcada privada que, desde el palacio Dafne y bordeando la iglesia de San Esteban, llegaba a la tribuna de notables, de modo que el Basileo y sus corte no tuvieran que aventurarse por las vías públicas, evitando de esta manera los peligros de las seguras conspiraciones y atentados.

Los edificios deportivos, aquí también, ayudaban a crear una especie de ciudadela que rodease, como un colchón de seguridad, las dependencias del poder. Actuaban como verdadero muro de cierre separando el sector del poder de la zona residencial.

### **3.4. La vida cotidiana.**

La gran ciudad del Bósforo era comparable, en muchos aspectos, a la antigua capital del Imperio Romano; su población de casi un millón de habitantes, incluía un elevado porcentaje de aventureros cosmopolitas, mercenarios y desocupados. *“En Bizancio, más que en Roma, el mando absoluto estaba en manos del emperador y las alteraciones del poder establecido solían ser*

el resultado de intrigas de altos cortesanos o de los generales" (MANDELL, 1986, 118), el pueblo no participaba en estas revueltas palaciegas.

### **3.4.1. La regulación.**

El gobierno estaba dominado plenamente por el cristianismo más ortodoxo y reaccionario. La vida intelectual fue controlada por la jerarquía religiosa, cuyos objetivos no eran otros que la defensa de sus intereses, lo que llevaba a fuertes enfrentamientos entre los diversos centros religiosos, así como las controversias dogmáticas entre ellos y contra los cristianos católicos de occidente. Las luchas de iconoclastas contra iconodulas o la revuelta Nike fueron los ejemplos sangrientos de estas luchas, así como las rivalidades económicas que suscitaron los amontonamientos de reliquias de todo tipo de santos y objetos relacionados con Cristo fueron objeto de discusiones y peleas. No obstante, como en la Roma imperial, la jerarquía eclesiástica estaba dominada y sometida al poder del Emperador que era quien nombraba, cesaba o desterraba a los patriarcas según las afinidades de estos con el poder imperial (DUCELLIER, 1993).

Sin embargo, la sociedad bizantina era rica, dominaba en ella una clase mercantil, guerrera, enérgica y con grandes cantidades de tiempo libre y ocio, por lo que las carreras de caballos recibían una atención prioritaria y, en consecuencia, sus necesidades pasaban por delante de los intereses de la población más desprotegida (NORWICH, 2000).

En el año 425, se organizó la Universidad de Constantinopla como centro cristiano para la enseñanza. La única escuela existente era la venerable Academia de Atenas, reliquia del conocimiento griego fundada por Platón siete siglos y medio antes. También se redactó y publicó en el 438 una nueva recopilación de leyes como pautas de regimiento para los funcionarios públicos. Tal corpus legislativo se llamó el Código de Teodosio (BREHIER, 1970).

### 3.4.2. El esplendor.

Un siglo después llegan al trono Justiniano y Teodora, pareja que preside uno de los momentos históricos más importante del mundo Oriental: Crean un Código Legislativo que fue emblemático como continuador del derecho romano y superador del anterior, el de Teodosio; se levantó Hagia Sofía (Santa Sabiduría). que fue el símbolo de la ciudad en los siglos venideros; se fomentó las artes y, entre otros, aparece una extraña, por modesta, y extraordinaria figura militar, el llamado Conde Belisario. No obstante, en tiempos de este emperador se llevaron a cabo peligrosos motines que asolaron la ciudad y dieron pie a su reconstrucción, lo que permitió al basileo dedicarle mucha energía y dinero para buscar su engrandecimiento individual a través de una hermosa ciudad.

*“Alrededor del 480, atrajo a dos competentes arquitectos Isidoro de Mileto y Antemio de Tralles, ciudades situadas en el suroeste de Asia Menor, y éstos perfeccionaron un sistema para colocar una cúpula hemisférica sobre un soporte cuadrado, de tal manera que la parte inferior de la cúpula podía ser perforada por muchas ventanas sin sacrificar su estabilidad” (RISEBERO, 1982, 20).* A partir de esta solución se podían construir cúpulas inmensas sin peligro de derrumbamientos. Aquella obra se mantuvo en pie durante nueve siglos.

Está claro que hubo modificaciones, pero mientras duró el Imperio, la ciudad continuó siendo en esencia la misma que habían construido Isidoro y Antemio durante el reinado de Justiniano. El nuevo tipo de edificación tuvo la oportunidad de casi alcanzar la perfección. La insurrección Nike había destruido totalmente la iglesia de Hagia Sofía, el edificio religioso más importante de Constantinopla y Justiniano se dedicó a reconstruirla con gran magnificiencia (MANDELL, 1986).

De aquellos tiempos nos vienen el término de *discusiones bizantinas*, basadas en interminables debates sobre religión y formas de entender la vida. Los griegos bizantinos, más

artísticos, necesitaban hacer representaciones de todo tipo de concepto, mientras que la expresión de los judíos bizantinos era más contenida. Durante los primeros siglos de Bizancio, las pasiones suscitadas por los debates religiosos en torno a la divinidad de Cristo fueron una especie de amenaza para la estabilidad política, aunque, como es fácil de entender, estos debates escondían una profunda crisis social y económica, motivos sustanciales del hondo malestar de los habitantes del Imperio que, como en todos los tiempos, los discutían, a través de sus pasiones religiosas, en el hipódromo. En el siglo VI, los Azules eran trinitaristas ortodoxos mientras que los Verdes se definían monofisistas disidentes. Claramente la militancia en uno u otro color era meramente accidental y no afectaba al desarrollo del espectáculo deportivo, más bien podemos pensar lo contrario, en el graderío se azuzaban las pasiones a favor o en contra de uno u otro bando (DUCELLIER, 1993).

### **3.4.3. La conversión en un estado medieval.**

Durante los reinados de los sucesores de Justiniano, este imperio fue helenizándose, es decir ganaron los partidarios de los iconos y la cultura griega comenzó su dominio. No obstante, con los emperadores macedonios (867-1056) el territorio imperial alcanzó su máxima extensión y también un florecimiento de las artes y las letras, lo que no evitó la ruptura de la llamada Iglesia ortodoxa con el catolicismo romano en el año 1054 (DUCELLIER, 1993).

Lo que quedaba del imperio era ya enteramente cristiano-ortodoxo y de completa cultura helena. Al final del reinado de Heraclio el imperio era definitivamente griego y así le llamaban, aviesamente, en Occidente a finales de la Edad Media (DUCELLIER, 1993). El latín dejó de ser el idioma oficial de la corte, los funcionarios comenzaron a recibir sus títulos en griego y las leyes se redactaron en esa lengua. Por entonces, comenzaron a romperse aquellos tenues lazos. Como los sacerdotes occidentales hablaban latín y no sabían el griego, y el clero oriental hablaba el griego sin saber el latín, las dos ramas se convirtieron en extrañas entre sí (DUCELLIER, 1993).

#### **3.4.4. La decadencia.**

La dinastía Comnenos mantuvo cierta cohesión territorial, pero nada se pudo hacer para evitar las divergencias entre el Oriente y el Occidente mediterráneo. También en lo político todas las nacientes repúblicas mediterráneas se atrevían a disputar territorios a Constantinopla. Bizancio se convirtió en un reino continental dividido en dos partes, los Balcanes y Asia Menor, que hasta su caída en el año 1453 vivió en una continua amenaza, controlado en lo económico por las repúblicas de Venecia y Génova fundamentalmente, *“que no dudaron en saquear Constantinopla en el año 1204”* (CECAUMENO, 2000, 123).

A partir de esos momentos Bizancio se convierte en un estado medieval en decadencia, puesto en una encrucijada de caminos sin posibilidades de subsistir. Los reinos cristianos mediterráneos no tuvieron ningún miramiento en sus pretensiones: Los cruzados arrasaron grandes partes del territorio bizantino, además de quemar los rollos manuscritos que contenían las obras clásicas, los almogávares catalano-aragoneses tomaron y saquearon Atenas (1305), los serbios (1) asumían cada vez más territorios y finalmente el sultán turco Mohammed II toma la ciudad de Constantinopla en el año 1453, cerrando un capítulo de la historia occidental y abriendo la Edad Moderna.

#### **3.5. El modelo de ciudad bizantina.**

Las ciudades del Oriente griego no sufrieron durante la invasión de los bárbaros la ruina de su cultura, como les ocurrió a las de Occidente. La economía urbana y monetaria, que en lo que quedaba del Imperio Romano había desaparecido casi por completo, florecía en las ciudades orientales con mayor vitalidad que nunca. La población de Constantinopla sobrepasó el millón de habitantes (RACIONERO, 1996), y lo que cuentan los contemporáneos de su riqueza y esplendor parece un cuento de hadas. Para toda la Edad Media, Bizancio fue el país de las

maravillas, en el que existían tesoros ilimitados, palacios centelleantes de oro y fiestas inacabables. Bizancio sirvió a todo el mundo de modelo de elegancia y de esplendor. Los medios para sostener tal magnificencia provenían del comercio y del tráfico. *“Constantinopla era una metrópolis en el sentido moderno en mucha mayor medida que lo había sido Roma; era una ciudad cuya población constituía una mezcla de gentes de todo lugar y de opiniones cosmopolitas, un centro de industria y exportaciones, un nudo comercial con Asia, África y los países al norte del Mar Negro y Caspio”* (PIRENNE, 1933, 26); era, a la vez una ciudad genuinamente oriental, a la que le hubiera parecido incomprensible la idea occidental de que el comercio es una actividad deshonrosa. La corte misma, con sus monopolios, fue una gran empresa industrial y comercial.

### **3.5.1. El factor económico en consolidación de las urbes orientales.**

*“Precisamente la limitación de la libertad económica impuesta por estos monopolios hacía que, a pesar de la estructura capitalista de la economía bizantina, la fuente principal de la riqueza privada no fuese el comercio, sino la propiedad territorial”* (HAUSER, 1979, I, 168). El Estado se reservaba la fabricación y comercialización de la seda y de los alimentos más necesarios. Mientras que los artesanos tenían que entregar sus productos a los administradores que eran los encargados de venderlos y distribuirlos. Este sistema permitió unos ingresos regulares y abundantes al Estado, con los que podía mantener a un ejército de mercenarios y una eficaz administración, ambos al servicio del poder.

De esta forma se provocaron dos efectos: La estabilidad del poder, con unos aristócratas leales y la inmovilidad de las clases sociales, a pesar de la existencia de mercaderes, lo que causa generalmente efectos progresistas y tendentes a mover el dinero.

La vida urbana, que en otros casos ejerce una influencia niveladora y emancipadora, se había convertido en conservadurismo y disciplina. Gracias a la política de Constantino que favoreció a las ciudades, Bizancio adquirió por anticipado una estructura social distinta de la de las ciudades de la Antigüedad o de la Alta y Baja Edad Media. Sobre todo, la ley que prescribía que la propiedad territorial en ciertas partes del Imperio tenía que estar unida a la posesión de una casa en Constantinopla tuvo como consecuencia el traslado de los terratenientes a la ciudad. Esto hizo que se desarrollase una verdadera aristocracia ciudadana, que se portó, respecto al emperador, con mayor lealtad que la nobleza en Occidente (HAUSER, 1979, I, 169). Esta clase social, materialmente satisfecha y conservadora, debilitó también la movilidad del resto de la población y contribuyó de modo esencial a que en una ciudad comercial característicamente inquieta como Constantinopla se pudiera establecer y mantener la cultura típica de una monarquía absoluta, con su tendencia uniformadora, convencional y estática.

### **3.5.2. La ciudad de Constantinopla.**

Los modernos proyectistas de ciudades considerarían a Constantinopla hoy día inadecuada, por la escasez de auténticas vías públicas: Casi toda la ciudad era un laberinto de angostas calles, en las que vivían hacinadas montones de personas en pésimas condiciones de salubridad. Aunque en esto no era distinta a las ciudades posteriores de la *"Edad Media y del Renacimiento, debemos tener en cuenta que su miseria se debía a su propia magnitud"* (RISEBERO, 1982, 20). En los *"tiempos de Justiniano llegaron a habitarla unas 600.000 personas"* (NORWICH, 2000, 58) llegadas de todas las partes del Imperio, y hubo momentos de su historia que, dicen, *"alcanzó el millón de habitantes"* (RACIONERO, 1996, 128), lo que los expertos dan *"como máximo de lo que una ciudad podía aguantar (así fue en la Roma Imperial y en la Córdoba califal), antes de la Revolución Industrial, sin provocar hambrunas"*



y graves epidemias" (RACIONERO, 1996, 46 y sig.).

Por otra parte, tras los veinticinco kilómetros de sus inexpugnables murallas y los cincuenta portales de entrada a esta ciudad, existían maravillas que ninguna ciudad contemporánea poseía. Algunas eran sólo para exhibir poder, hermosísimos palacios e iglesias, con estatuas y obras de arte recubiertas de oro; otras tenían un valor mucho más real, pues había hospitales públicos y asilos para los indigentes, alumbrado en las calles y bomberos; también existía un buen abastecimiento de agua potable y un sistema de alcantarillado con un aceptable funcionamiento. Ninguna ciudad de aquellos tiempos o posterior, salvo Córdoba, pudo igualarse durante más de un milenio a Constantinopla (RACIONERO, 1996).

Estaba bien pertrechada para la guerra. Tras aquellos kilómetros amurallados se mantenían cisternas y aljibes con agua, silos y graneros llenos y siempre dispuestos para su uso en caso de asedio. Una gran cadena se podía extender en la bocana marítima del Cuerno Dorado, si era necesario, para evitar la entrada de naves de guerra enemigas. Constantinopla fue un dechado de buena organización, lo que le dio brillo, fama, opulencia, riqueza y durabilidad (DUCELLIER, 1993).

### **3.5.3. La representación corporal en el arte.**

Para el bizantinismo, entusiasta de las imágenes, la aversión contra la representación plástica de lo corporal, así como el horror contra todo lo que recordaba a la idolatría no tuvieron mayor importancia que la que tuviese para el cristiano antiguo. Hasta que el cristianismo no fue reconocido por el Estado, la Iglesia había combatido el uso de las imágenes en el culto, y en los primeros cementerios sólo las había tolerado con limitaciones esenciales (HAUSER, 1979). Los retratos estaban prohibidos, las escrituras se evitaban y las pintu-

ras quedaban reducidas a representaciones simbólicas. En las iglesias estaban prohibidas las obras del arte figurativo. *"Clemente de Alejandría insiste en que el segundo mandamiento se dirige contra las representaciones figurativas de todo género"* (Cit. HAUSER, 1979, I, 177). Esta fue la norma por la que se rigieron los Padres eclesiásticos.

Después de la extensión y asunción del poder por la Iglesia no cabía el temor a una recaída en el culto a los ídolos; la plástica pudo entonces ser puesta al servicio de la religión cristiana, aunque no siempre sin resistencias y restricciones. En el siglo III *"Eusebio dice que la representación de Cristo es idolátrica y contraria a las Escrituras"* (Cit. HAUSER, 1979, I, 178). Todavía en el siglo siguiente eran relativamente raras las imágenes aisladas de Cristo. Sólo en el siglo V se desarrolla la producción en este género artístico. La imagen del Salvador mayestático se convierte más tarde en la imagen del culto por excelencia, y al fin constituye una especie de protección mágica contra los malos espíritus (HAUSER, 1979, I).

Otra de las raíces de la ideología iconoclasta, ligada indirectamente con el horror al ídolo era la repulsa del cristianismo primitivo contra la sensual cultura estética de los clásicos greco-latinos. Este espiritual motivo encontró entre los cristianos infinitas formulaciones, de la que la más característica es quizá la de Asterio de Amasia, que rechazaba toda representación plástica de lo santo, porque, según él pensaba, una imagen no podía menos que subrayar en lo representado lo material y lo sensual. *"No copies a Cristo, advertía, ya le basta con la humillación de la Encarnación, a la cual se sometió voluntariamente por nosotros, antes bien lleva tu alma espiritualmente el Verbo incorpóreo"* (Cit. HAUSER, 1979, I, 178).

Así pues los mosaicos y la pintura se alejan de la naturalidad, representándose a los altos mandatarios como imágenes de la divinidad en la tierra:

a Justiniano le gustaba titularse "archisacerdote" de Dios. Los mosaicos de San Vitale en Ravenna, nos muestran a la corte imperial en una frontalidad extraña, pero que realza la dignidad, el respeto, la inaccesibilidad, la autoridad y la grandeza sobrehumana de las figuras. En aquella cultura el poder era de grandes ceremonias, lento, ritual e inhumano (HAUSER, 1979), como aún podemos admirar sobrecogidos en las ceremonias de enterramientos papales.

El mismo espíritu mayestático, autoritario y solemne que predomina en los mosaicos de los muros se expresa también en la arquitectura, especialmente en la disposición interior de las iglesias. La iglesia cristiana se diferenció desde el principio del templo politeísta por ser ante todo la casa de la comunidad, no de la divinidad. Con ello, el centro de gravedad de la disposición arquitectónica se desplazó desde el exterior al interior del edificio. Pero sería infundado ver ya en ello la expresión de un principio democrático y decir de antemano que la iglesia era un tipo de arquitectura más popular que los templos romanos. El desplazamiento de la atención del exterior al interior se realiza ya en la arquitectura romana y de por sí nada dice acerca de la función social de la obra. La planta basilical que la iglesia cristiana primitiva toma de la construcción oficial latina, en la que el interior está dividido en secciones de distinta importancia y valor, y el coro, reservado al clero, está separado del espacio restante, correspondiendo a una concepción más aristocrática que democrática. Pero la arquitectura bizantina, que completa el sistema formal de la antigua basílica cristiana con la cúpula, intensifica más aún el concepto antidemocrático del espacio al separar las distintas partes más marcadamente. *"La cúpula, como corona de todo el espacio, realza, distingue y acentúa la separación entre las diversas partes del interior"* (HAUSER, 1971, I, 174).

### **3.6. Aportaciones de Bizancio a la Cultura occidental. Conclusiones y discusión.**

Como ya hemos dicho, el Imperio del sudeste de Occidente guardó tanto el derecho romano (HERNÁNDEZ, 1998; FERNÁNDEZ de BUJÁN, 1999) como la sabiduría griega (BRAVO, 1998); nos legó el arte, la arquitectura (RISEBERO, 1982) y ciertas costumbres (NORWICH, 2000); aunque también dio a Occidente grandes abstracciones, como la propia de hablar de Occidente y Oriente, la noción de la monarquía absoluta y hasta pequeños útiles como los tenedores. Pero sobre todo, Europa se pudo beneficiar de su pujante comercio, tanto con las repúblicas veneciana y genovesa, entre otras italianas, como con el Reino de Aragón en el Mediterráneo y los eslavos del norte, posibilitando la prosperidad y la recuperación de Europa.

Bizancio fue una reliquia histórica que hubo de vivir a la defensiva. No es casual la invención de la caballería como arma de combate, el empeño en mantener un ejército mercenario o, como se dice ahora, profesional, las famosas murallas de Constantinopla o el uso del "fuego griego". Guardaron una gran parte del bajaje cultural del mundo clásico pero, incapaces de evolucionar, anclados en su fastuoso pasado, desaparecieron entre sus sangrientas discusiones y el abandono, por no hablar de la brutal agresión, de Occidente.

#### **3.6.1. La conservación de la cultura clásica (Anexo nº 4).**

Pero el mérito más impresionante y agradecible de Bizancio fue el haber guardado el tesoro de la escritura clásica (CAHILL, 1998), o al menos lo que quedaba de aquellos escritos. Aquel período hizo volver los ojos hacia las letras clásicas, hasta tal punto que ciertos santones cristianos se atrevieron a encomendar la gracia de Dios a Platón y Plutarco. En esa época Focio (820-891), patriarca de Constantinopla, salvó los principales tesoros literarios de la

Antigüedad, según su recto criterio, buscándolos por doquier, recopilándolos y extractándolos, hasta reunir todos aquellos conocimientos enciclopédicos en los trescientos ensayos de su famosa biblioteca. El trabajo de búsqueda, selección y resúmenes no estuvo exento de dureza. El patriarca lo hizo con un sentido cristianísimo, es decir eliminó todo aquello que no estuviese en su línea ideológica. Otros problemas, éstos de otra índole, fueron las traducciones que los religiosos copistas hacían de manera rudimentaria al usar modalidades del griego sobre las que tenían escasos conocimientos (BRAVO, 1998).

El otro foco de conservación de la cultura clásica fue el de los monjes irlandeses, como ha recogido Cahill (1998). Los textos llegan a Irlanda no a través de los gentiles romanos sino de los cristianizados. Durante los años oscuros que tuvo que vivir Europa desde la caída del Imperio a la coronación de Carlomagno como depositario de la reconstrucción imperial-europea, Irlanda fue un oasis cultural, mientras que en Europa reinaba la barbarie destructora. Los monjes en su celo no dudaron en viajar hasta la Italia bizantina: Venecia, Ravenna, Ragusa, todas a orillas del Adriático, para recoger más textos y aprender el griego.

Se podría decir que, en ambos casos, se trata de un gran esfuerzo epopéyico, preservando la historia y la cultura europea. Con infinita paciencia, los monjes bizantinos de la biblioteca-taller de Focio y los celtas fueron copiando no sólo los textos bíblicos, su primera misión, sino también las obras capitales, para el cristianismo, de la filosofía griega, el derecho romano o los de la literatura antigua. Gracias a su minucioso trabajo se salvaron determinadas obras clásicas.

En aquellos lugares de laboriosa escritura los monasterios cristianos y ortodoxos realizaron un notable esfuerzo por guardar la cultura que el cristianismo consideraba vital y modélica: Homero, Virgilio, Platón, etc., pero no

podieron evitar ciertos vicios: como por ejemplo, eliminar a los autores que no les convenía; realizar en algunos textos interpretaciones sesgadas e interesadas; fantasear de manera exagerada, aunque esto último dio pie a un hermoso cuerpo de sagas y leyendas de gran belleza que constituyeron después los ciclos artúricos y que, evidentemente, no son de este trabajo.

Aquel callado y miniado corpus literario, cuando fue concluido, recorrió diversos caminos, desde la isla verde saltó a Inglaterra y después al continente, llevando la cultura hasta Nápoles por el sur y hasta Kiev por el Este. Los monjes irlandeses crearon bibliotecas y universidades; alfabetizaron a monarcas y emperadores; fundaron villas y monasterios. *“Eran gentes rústicas que sabían de geografía, filosofía, medicina, además de ser grandes narradores, por estas raras cualidades, para aquellos tiempos, se les vio aconsejando a reyes y papas, disputando con ellos, aunque al parece, sin mucho tacto y diplomacia”* (LUJÁN, 1994, I, 38).

En la otra vertiente las traducciones y textos fueron recogidos por los árabes, que nuevamente, en un proceso de cariño al saber pero también de manipulación y posibles torpezas, los introdujeron en Europa a través de las distintas Cortes que promocionaban estos encuentros, como la llamada escuela de traductores de Toledo o la de Palermo (hacia 1225), etc.

La invasión de los cristianos de la IV Cruzada produjo daños importantes a las bien surtidas bibliotecas bizantinas; la fiereza y analfabetismo de éstos no era la mejor preparación para encontrarse con los notables tesoros clásicos acumulados, mimados y trabajados durante tanto tiempo. Muchos de estos textos no volvieron a ser tratados con el rigor científico que merecían hasta el siglo XIX por los filólogos alemanes, ingleses y franceses.

### **3.6.2. Los cambios técnicos en la caballería.**

Los caballos de carreras, así como los dedicados a las tareas militares, eran pequeños y delicados, utilizables a pleno rendimiento sólo por un jinete liviano cabalgando a pelo. El arnés, que permitiría utilizar eficientemente la fuerza de tracción del animal, no había sido inventado todavía y, por tanto, la utilización del caballo como animal de tiro no tendría su momento hasta la Edad Media.

El aura de esplendor del caballo se intensificó con el desarrollo de las nuevas técnicas que llegaron de las estepas asiáticas y su consiguiente adopción por los bizantinos: espuelas, estribos, herraduras y freno dieron al jinete un mayor control sobre el animal. La herradura metálica aumentó la variedad de terrenos y las distancias practicables por los caballos. Pero estas nuevas técnicas obligaron, para un mayor aprovechamiento del caballo, al aumento de la carga que debía soportar el animal. Es evidente que el paso siguiente se centró en la búsqueda de un caballo de mayor envergadura.

Los primeros grandes caballos aparecieron como accidentes de la genética en África del Norte o Persia sobre el siglo IV. Estos preciados animales fueron criados selectivamente y su descendencia pasó a formar parte de la exquisita remonta de la caballería bizantina. Este formidable cuerpo de caballería, con hombres armados de arcos y lanzas, protegió a sus caballos con caparazones de cuero y metal, transformándose en un baluarte defensivo contra las hordas que viniendo desde Asia amenazaban los asentamientos europeos.

### **3.6.3. La aparición de la caballería como cuerpo determinante en las guerras.**

La caballería acorazada es obra de Belisario. Este general, con sus logros militares, consigue que el Mediterráneo vuelva a ser el mar interior de un Imperio (GIBBON, 2000); para ello, crea un cuerpo especial de combate: la caballería.

Las victorias de Belisario frente a los reinos germánicos y vándalos, entonces y más tarde, fueron en parte el resultado de su habilidad en el trato con sus hombres y de su manera de hacerles maniobrar durante las batallas. También se debió, en parte, a los nuevos adelantos en la técnica de guerra (GIBBON, 2000).

El ejército bizantino, como hemos dicho ya, había adoptado los estribos metálicos inventados por los hunos, y esto hizo que su caballería fuera una fuerza de choque muy eficaz, capaz de una tumultuosa carga sin miedo a las caídas (MANDELL, 1986). Además adoptaron el catafracto de los persas. Se trataba de un jinete y su caballo totalmente cubiertos por una armadura, la misma palabra viene a significar encerrado. Estos guerreros actuaban además como arqueros, formando la espina dorsal del ejército bizantino (MANDELL, 1986). Se encargaban de iniciar, desde cierta distancia, los primeros choques. Puesto que iban acorazados, estaban a cubierto de la acción de las flechas enemigas. *“Cuando éstos se encontraban desconcertados, por el nulo resultado de sus arqueros, otros jinetes armados con largas lanzas entraban en acción buscando el cuerpo a cuerpo y la matanza era lo que seguía”* (ASIMOV, 1982, 78).

Sin embargo, la caballería germánica no podía buscar el desquite adoptando el sistema bizantino. El catafracto era algo más que caballo, arco y armaduras. *“Era necesario un largo y cuidadoso entrenamiento que permitiera al jinete gobernar el caballo con las rodillas, dejarle las manos libres, para apuntar su arco en todas las direcciones y poder mantenerse estable y en equilibrio con el animal lanzado al galope”* (ASIMOV, 1982, 79). Esta movilidad es una de las soluciones técnicas que aportó Belisario.

*“Belisario unía a sus innegables virtudes personales, una gran capacidad estratégica y unas prudentes dotes de mando lo que le colocó como uno de los puntales del buen gobierno de Justiniano”* (ASIMOV, 1982, 12) a pesar de las leyendas que después corrieron sobre las envidias del emperador, probablemente



ciertas, pero no en el grado de crueldad que se cuenta del fin de Belisario.

El Conde fue coetáneo del personaje histórico sobre el que se fundó la leyenda del rey Arturo, emblema de la caballería y monarca de Camelot. Según Robert Graves en su novela histórica *El Conde Belisario*, "*Arturo podría ser un reyezuelo bretón con mando en la caballería aliada del Imperio, a quien los romanos abandonaron a su suerte cuando retiraron la infantería regular de las guarniciones británicas, a principios del siglo V. Este monarca tuvo que guardar las esencias de la cultura clásica, conservando cierta unidad de acción y, por supuesto, de autoprotección*" (GRAVES, 1982, 11).

No deja de ser curioso que el inventor real de la caballería y el personaje de esa hermosa saga del ciclo artúrico, que inicia el idealismo de un modélico comportamiento, se superpusiesen en sus vidas reales. Belisario es un general romano cuyas victorias no son menos romanas, ni sus principios estratégicos menos clásicos que los de Julio César. Sin embargo, el ejército ha cambiado hasta volverse irreconocible, pues la vieja legión ha desaparecido y el conde es un comandante cristiano de caballeros con cotas de mallas, cuyas proezas individuales podrían rivalizar con las de los héroes del rey Arturo; pues, al parecer, los soldados de Belisario fueron caballerosos en las campañas del Norte de África, magnánimos en el Levante español y parece ser que fantásticos en ambas orillas del Adriático.

El elemento milagroso en la historia que parte de Camelot, es la saga primitiva y el cuento popular que va rodando de boca en boca y de fuego en fuego, hasta hacerse literatura en siglos claramente medievales y al abrigo del misticismo monástico en, probablemente, tierras de Irlanda (CAHILL.1998).

La vida de Belisario y sus campañas no fue contada por un huno o un godo de su regimiento personal, quienes la habrían transformado en un episodio épico fantástico que los monjes posteriores no dudarían en adornar, sino por un hom-

bre culto y escritor juicioso: Procopio de Cesarea, que no cometió en sus escritos ningún desafuero romántico (2). Si esto hubiera ocurrido con la extraña situación de Camelot, leeríamos, en todo caso, *“un par de lúcidos capítulos sobre la historia militar tardía de los romanos: los valerosos afanes de Arturo por preservar un vestigio de civilización cristiana en la región occidental, ante la presión de la invasión pagana”* (GRAVES, 1982, 12). Por el contrario la corte de Arturo nos la habrían presentado como una fábula comprensible y fácil y no como un lugar dominado por la Dama del Lago, Excálibur, caballos voladores y los enfrentamientos entre el nigromante Merlín y Fata Morgana.

#### **3.6.4. Ocaso de la caballería bizantina y sus consecuencias.**

Entre los siglos VI y VII, los persas, revitalizados en una nueva dinastía gobernante, deciden atacar parte del Imperio. Los bizantinos reaccionan tarde pero con cierto éxito. *“Mientras el Basileo Heraclio derrotaba a los persas en tremendas campañas por el Oriente, un profeta llamado Mahoma estaba reuniendo a las tribus árabes y forjando un osado ejército de caballería ligera alentado por otra creencia monoteísta y la justicia de su causa, anhela convertir el mundo a lo que le parecía la única fe verdadera”* (ASIMOV, 1982, 109).

En el año 632 d. C. murió Mahoma, pero dejó tras de sí una Arabia unida y a punto de explotar. Esta explosión llegó al cabo de un año y las incursiones de los ejércitos árabes comenzaron a tantear las fronteras de los dos gigantes del norte: Bizancio y Persia. Eran dos colosos por su tamaño y fama, pero los dos estaban malheridos y terriblemente agotados por las mutuas guerras. De otro lado, se puede decir que los dos imperios subestimaron la fuerza de los árabes.

Por esta razón la ciudad de Bosrah, a unos ciento veinte kilómetros al este del río Jordán, fue conquistada a principios del año 634 y su responsable entregó la ciudadela en un acto que se consideró como una traición en

Constantinopla. En el verano del 635, la importante ciudad de Damasco, a unos ciento sesenta kilómetros al norte de Bosrah, cayó después de un largo sitio.

Sólo entonces empezó a actuar el emperador Heraclio. Por lo visto los árabes no eran simples bandas de merodeadores del desierto que se podían liquidar en un expedición de castigo, sino una amenaza importante que precisaba mejores soluciones. Se reunió un formidable ejército imperial, que fue enviado a Siria bajo la dirección del hermano imperial, Teodoro. Volvieron a tomar Damasco y durante un tiempo pareció que todo seguiría igual.

Sin embargo, los árabes agruparon un importante contingente de gentes armadas y volvieron a la carga. En el año 636, cerca del nacimiento del río Yarmuk, que desemboca en el Jordán, al sur de Galilea y relativamente cercano a Bosrah, los ejércitos imperiales y las mesnadas árabes libraron una importante batalla que vio el choque entre la pesada caballería bizantina contra la más ligera de los árabes; fue el encuentro entre una fuerza de aplastante peso y el valor que puede tener la movilidad y la agilidad (ASIMOV, 1982).

Nos gustaría suponer que si aquel formidable cuerpo de combate hubiese sido dirigido por el imaginativo Belisario y no por Teodoro, éste hubiese hallado las acciones más correctas a seguir en esta batalla contra un enemigo nada convencional. Las fuerzas imperiales, y aquí seguimos el relato literario de Asimov, *"magníficamente entrenadas, como siempre, tenían que cargar sobre las líneas más concurridas de los enemigos, al objeto de romperlas. Lo hicieron hasta tres veces. Pero las cargas no tenían sentido; era como abrir agujeros en el agua. Los árabes se dispersaban inmediatamente ante la carga, cambiaban de dirección y volvían a sus puestos de combate. El ejército imperial estaba agotado, el calor del desierto empezó a cobrar su impuesto y lo peor era que no había ningún resultado, las fuerzas enemigas estaban intactas. Las fortalezas bizantinas estaban agrupadas con los caballos exhaustos y*

*sus jinetes muertos de sed, la caballería ligera de los mahometanos apareció por todos los lados, gritando sus consignas religiosas. Lo que ocurrió después fue una simple carnicería. La mayor parte del ejército bizantino dejó de existir y los árabes entraron en la Historia con una victoria increíble, incluso para ellos mismos. Constantinopla quedó paralizada, el emperador, al que sólo le quedaban cinco años más de reinado, no fue capaz de reunir otro ejército y no hubo ninguna reacción, al menos militar” (ASIMOV, 1982, 111).*

El Imperio continuó sufriendo derrotas, perdiendo territorios casi sin resistencia. En el 637 los árabes se habían apoderado de Jerusalén sólo nueve años después de su liberación de los persas. Ese mismo año los árabes, envaletonados, pusieron cerco a la capital. Sufrieron un importante revés y el terror de experimentar los efectos devastadores del llamado fuego griego. Producto que se le atribuye a un tal Calínico, que consiguió una mezcla que ardía con una llama candente y parecía poseer el milagroso poder de encenderse y quemar con especial viveza al entrar en contacto con el agua. Se solía echar, el líquido inflamable, desde calderas o a chorros por tubos. *“Tan pronto como estaba en contacto con el agua del puerto, se prendía fuego, si flotaba hacia las naves enemigas, éstas quedaban envueltas en llamas” (ASIMOV, 1982, 124-125).* De esto podemos deducir que los bizantinos conocían y usaban habilmente el petróleo.

De resultas de estas defensas, los árabes levantaron el cerco tres años después y aún, a casi un siglo de distancia, volvieron a poner sitio a Constantinopla con el mismo resultado. Desde entonces los árabes evitaron las murallas de esta ciudad y cambiaron de estrategia. Se dedicaron a ir conquistando poco a poco Egipto, cosa que completaron en el 642 con la caída de Alejandría (ASIMOV, 1982).

Poco después del segundo fracaso del Islam en Constantinopla, éste se metió profundamente en España llegando sus correrías hasta el sur de Francia.

Los francos les derrotaron en Tours en el 732. El ejército que fue a Tours era una avanzadilla de reconocimiento y la dicha escaramuza les dio a entender que necesitarían una ofensiva mayor para seguir avanzando, de otro lado su situación en España no era para organizar una expedición de conquista fuera de este territorio; así que se retiraron y permanecieron durante ocho siglos en la Península Ibérica. Sin embargo, si Constantinopla no hubiese aguantado aquel primer envite, tenemos que suponer que habrían avanzado por una ruta más directa sobre Europa a través de las líneas de sureste.

### **3.6.5. Difusión de la Cultura Clásica y la caballería.**

Incluso la vieja Italia se encontró con que nuevamente formaba parte del Imperio Romano, unos ochenta años después de que hubiera caído. No fue ésta una situación temporal. Algunas zonas continuaron formando parte de dicho Imperio durante cinco siglos, y la cultura bizantina dejaría en ellas una huella permanente. Se construyeron iglesias de estilo Bizantino adornadas con mosaicos por toda Italia; todavía existen algunas de ellas. En Venecia, ciudad-estado que tuvo una larga relación con Bizancio a lo largo de la Edad Media, la iglesia de San Marcos, que preside la más bella plaza de esta ciudad, guarda ese inconfundible sabor bizantino. También en San Vitale de Ravenna, a unos cien kilómetros de Venecia, se pueden encontrar los famosos mosaicos que guardan los retratos de Justiniano, Teodora y su corte bizantina. Por el norte y oeste su arte se puede ver aún en las doradas cúpulas de las iglesias rusas y búlgaras. Y del contacto con el arte carolingio fue surgiendo el románico. Otras de sus inesperadas influencias se nota con total claridad en la arquitectura árabe y en la pervivencia de sus termas en los baños turcos.

Así pues, gracias al gobierno bizantino, Italia continuó siendo más culta de lo que hubiera podido ser y nunca se hundió tanto en la oscuridad como los territorios bajo el dominio de los francos y las variedades de germanos. La distante

cultura bizantina iluminó incluso a los godos, francos, celtas y sajones, llegando hasta las lejanas tierras de Bretaña a través de los monjes irlandeses, que estudiaron griego en la Italia bizantina llevando consigo su erudición oriental en sus misiones de cristianización a las islas británicas (CAHILL, 1998).

Por otro lado, el elaborado rito oriental visto desde cerca en Italia impresionó a los occidentales. Así, una gran parte del ritual vaticano es de origen bizantino y los ritos de coronación de los monarcas británicos le deben gran parte de su boato. Así mismo, esa leyenda sobre el origen divino de los monarcas se generó entre los basileos bizantinos, influencia que rodando llegó al día de hoy (3).

La caída de Bizancio ante el empuje otomano cerró el comercio y el intercambio con el Cercano y Lejano Oriente a través de la Ruta de la Seda. Ese taponamiento oriental llevó a las recién instauradas naciones mejor situadas en el Atlántico, España y Portugal, a lanzar sus naves a Occidente en la búsqueda de nuevas rutas, mercados y territorios; en definitiva para la restauración de las viejas rutas comerciales que llevó a buscar las Indias y a encontrar América.

Pero también produjo la diáspora de los artistas, artesanos, arquitectos, científicos, escritores y una larga pléyade de personas valiosas que en su dispersión llegaron a crear, por ejemplo, el bello cimborrio de la catedral de Zamora.

### **3.6.6. Las actividades físicas y sus instalaciones.**

En lo referente a las instalaciones para el ocio y el deporte, su mayor logro fue guardar y continuar la tradición de las termas, a las que fueron tan aficionados como los romanos. Sin embargo, la cultura corporal de los bizantinos, totalmente dominada por la religión, no era tan exhibicionista como pudo ser la cultura griega y romana. Las discusiones bizantinas sobre la representación de imágenes que llegó a producir ríos de sangre, no era un tema

baladí, en el fondo de todo ello se enfrentaban dos modos de concebir el cuerpo: el griego y el judío. Fue del todo evidente que estas consideraciones llegaron a los baños, que se hicieron más recatados y restrictivos al uso de mujeres y hombres. Las consecuencias arquitectónicas igualmente se hicieron notar en las dimensiones de las dependencias que se redujeron o suprimieron. No obstante, el beneficio del baño era tan evidente, que nada ni nadie se atrevió a suprimirlos, ni aún en los momentos más represivos.

Los turcos al entrar en Constantinopla se encontraron con estas joyas de la arquitectura del ocio y no tuvieron ningún reparo en apropiárselas para su uso y disfrute. Redujeron las dimensiones y nos las devolvieron con el nombre de "baños turcos" o *hammam*, en España se denominaron Alhama. Igualmente, ciertas piezas de la higiene pública han llegado a nuestros días en sus usos con el nombre de "tazas turcas".

En cuanto a la dialéctica entre los distintos espacios de las instalaciones: espacios de poder, espacio de la actividad y espacios para ver no aportaron ningún cambio notable, no siendo el hecho de guardar las relaciones y proporciones y el de darles una dimensión más pequeña y controlable. Aumentaron las medidas de control y seguridad, así como realzaron todo lo que pudiese magnificar el boato de la corte.

En Bizancio, las instalaciones, en concreto el hipódromo, eran espacios políticos en los que el diálogo entre el poder y la plebe se resolvió con el aplastamiento y el silencio de ésta. A partir de la revolución Nike el papel del espectador se limitaba a su asistencia para realzar y servir de *atrezzo* a las representaciones del mayestático palco.

**Notas**

(1). Servia y servío se escribió, en castellano, con uve. Es a raíz del llamado conflicto de los Balcanes cuando la prensa anglófona impone su Serbia y derivados. El diccionario de la lengua española de la RAE, 21 edición del 2001, recoge las dos formas como correctas.

(2). Sin embargo, Procopio escribió, después de hacer las crónicas del reinado de Justiniano, las "Anécdotas", en las que trata con gran severidad crítica a los emperadores; de su mordacidad tampoco escapa Belisario, pero, teniendo en cuenta que con este personaje los historiadores son unánimes, también podemos dudar de su opinión con respecto a Justiniano y Teodora.

(3). Nadie que en España tenga más de veinticinco años, podrá negar haber llevado en sus bolsillos monedas con la inscripción de: "Caudillo de España por la gracia de Dios"



